El reino
de Dios
y
el reino de
los cielos

Estos fueron comprados de entre los hombres
como primiciaspara Dios y para el Cordero

ISBN Obra independiente: 978-958-49-9074-7.

©Todos los derechos de esta obra son propiedad intelectual del autor-editor registrado en el ISBN respectivo.

El libro puede ser descargado para ser leído en un teléfono celular, en una tableta o un computador.

Se ruega a los lectores no modificar ninguna de las partes del libro.

Cualquier inquietud puede comunicarse al whatsapp 57 3002928232.

www.las-primicias.com.

Índice

Introducción 13

Capítulo 1 - DIOS DESEA TENER SU REINO (1)
La primera rebelión 18
La creación de lucero hijo de la mañana 19
El deseo de satanás 21
La influencia de satanás en el hombre 22
La actitud del Señor Jesús 23
La caída del hombre 24
El juicio de Dios 26
El reino de las tinieblas 27
La recreación 28

Capítulo 2 - DIOS DESEA TENER SU REINO (2)
Dios creó al hombre con el fin de que lo contenga y lo exprese 34
Los atributos de Dios 35
Las virtudes 36
Dios creó al hombre para señorear 37
Dios desea que el hombre lo reciba en su espíritu y llene su corazón de Él 39
El hombre no se llenó de Dios sino de satanás 41
Cómo satanás logró meterse en el hombre 43

Capítulo 3 -DIOS DESEA TENER SU REINO (3)
El hombre cayó aún más 48
La línea de Caín 48
La mezcla inmunda de ángeles caídos con humanos 50
El hombre quiere ser igual a Dios 51
Dios se provee con quien establecer Su reino 52

Los israelitas desechan al Señor como su Rey.....54
El fracaso de los reyes en Israel.....55
Dios desea tener Su reino y así lo hace.....56

Capítulo 4 - EL REINO DE DIOS (1)
1. El pecado.....61
2. Los pecados.....63
3. El mundo.....64
4. El viejo hombre, el ego, el yo y la carne.....67
5. Satanás.....68
6. Nos reconcilió con Dios.....69
7. Nos constituyó como Su familia.....72
8. Triunfó sobre los principados y las potestades, destruyendo totalmente el reino de satanás.....72
Debemos tomar la cruz.....74

Capítulo 5 - EL REINO DE DIOS (2)
La resurrección.....80
Ascensión, glorificación y entronización.....83
¿Cómo entrar en el reino de Dios?.....85

Capíulo 6
EL REINO DE LOS CIELOS (1)
Breve repaso.....96
El comienzo del reino de los cielos.....98
Cómo entrar en el reino de los cielos.....100
Requisito único: Hacer la voluntad del Padre.....101
La invocación del nombre del Señor.....102
1. Conocerla.....103
2. Hacer la voluntad del Padre.....104
La resurrección y sus efectos.....109
La ascensión.....110

Capítulo 7 - EL REINO DE LOS CIELOS (2)
1. Profecías.....115
2. Expulsión de demonios.....117
3. Obras prodigiosas.....120
La respuesta del Señor.....125

Capítulo 8 -EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE .... QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (1)
LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN EL REINO DE LOS CIELOS.....133
No a la multitud sino a los Suyos, Sus íntimos.....135
1. Pobres en espíritu.....140

Capítulo 9 -EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE .... QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (2)
2. Los que lloran 146
3. Mansos 156

Capítulo 10 - EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE .. QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (3)
4. Tienen hambre y sed de justicia 160
5. Los misericordiosos 165
6. De corazón puro.....170

Capítulo 11 - EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE .. QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (4)
7. Pacificadores 178
LA GRACIA.....178
Vida 180
Santidad 180
Justicia 181
Amor 182
Luz 183
LAS VIRTUDES 185

Capítulo 12 - EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE .. QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (5)
EL PROCESO DE REDENCIÓN 188
Encarnación 188
Vivir humano 190
Muerte 191
Resurrección 197
Ascensión 200
Entronización, Glorificación y Bautismo en el Espíritu Santo 201

Capítulo 13 - EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE .. QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (6)
8. Los que padecen persecución 206
9. Los que son 210
vituperados 210
10. La sal de la tierra 212
Las etapas de la salvación 217
11. La Luz del Mundo 218

Capítulo 14 - LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y LA LEY (1)
Frente a la ley 224
La ley de Dios 227
La ley de la mente 227
La ley del pecado 227
y de la muerte 227
La ley del Espíritu de vida 230

Capítulo 15 - LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y LA LEY (2)
La Ley moral (1) 236
El verdadero significado del día de reposo 244

Capítulo 16 - LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS LA LEY (3)
La Ley moral (2) 252
El sexto mandamiento 253
El séptimo y el décimo mandamientos 257
Los juramentos 262

Capítulo 17 - LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (1)
Las cosas que debemos hacer en secreto 267
1. Según el propósito del corazón 272
2. No por obligación ni de mala gana 272
3. Con alegría 273
4. Con abundancia, no con escasez 273

Capítulo 18 - LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (2)
Ocupados por el reino de los cielos 276
1. Los tesoros terrenales 276
2. La falta de visión.....280
3. La falta de servicio a Dios.....280
4. La falta de encargo por el reino.....288

Capítulo 19 - LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (3)
5. Nuestra búsqueda: el reino y Su justicia 290
6. La preocupación por el futuro 297

Capítulo 20 - LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (4)
El juicio 300
Pedir, buscar y llamar.....308
Petición 308

Capítulo 21
LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (5)
Búsqueda 314
Llamado 314
Hacer con otros lo que queremos que nos hagan 321
La puerta ancha y el camino espacioso, ...322
y la puerta estrecha y el camino angosto.....322
Capítulo 22
LOS FALSOS PROFETAS (1)
LOS FALSOS MAESTROS.....331
1. Introducen secretamente herejías destructoras.....331
2. Niegan al señor que los compró 332
3. Muchos seguirán su lascivia.....335
Capítulo 23
LOS FALSOS PROFETAS (2)
4. El camino de la verdad es injuriado 344
5. Codiciosos y mercaderes.....345
Profetas y maestros genuinos.....350

Capítulo 24 - LA ENTRADA AL REINO DE LOS CIELOS (1)
SABIDURÍA, REVELACIÓN Y PLENO CONOCIMIENTO
DE DIOS EN EL ESPÍRITU HUMANO 363
1. espíritu 363
2. Sabiduría 363
3. Revelación 365
4. Conocimiento de Dios 366

Capítulo 25 - LA ENTRADA AL REINO DE LOS CIELOS (2)
VISIÓN EN EL ALMA HUMANA 370

Capítulo 26
LA ENTRADA AL REINO DE LOS CIELOS (3)
3. El supereminente poder 380
3.1. Resucitándole de entre los muertos 380
3.2. Sentándole a la diestra del Padre 381
3.3. Por encima de todos 382
3.4. Lo dio como cabeza a la iglesia.....383

Capítulo 27 - LAS PARÁBOLAS DE LA APARIENCIA
DEL REINO DE LOS CIELOS (1)
LA PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA.....394

Capítulo 28 - LAS PARÁBOLAS DE LA APARIENCIA
DEL REINO DE LOS CIELOS (2)
LA PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.....404
LA PARÁBOLA DE LA LEVADURA 406

Capítulo 29 - LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD
DEL REINO DE LOS CIELOS (1)
1. LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR. 414
El corazón endurecido.....416
El corazón pedregoso 419
El ayuno del creyente 420
1. Desatar las ligaduras de impiedad 422
2. Soltar las cargas de opresión 423
3. Dejar ir libres a los quebrantados 425
4. Romper todo yugo 426

Capítulo 30 - LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD DEL REINO DE LOS CIELOS (2)
El ayuno del creyente (continuación).....428
1. Partir el pan con el hambriento. 428
2. Albergar en casa a los errantes 428
3. Cubrir al desnudo 429
4. No esconderse del hermano 430
Corazón espinoso 431
La buena tierra 433
2. LA PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO 436
2.1. La Unidad de la Fe 437

Capítulo 31 - LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD DEL REINO DE LOS CIELOS (3)
2.2. El pleno conocimiento del Hijo de Dios 442
2.3. Un varón perfecto 442
2.4. La medida de la estatura de la plenitud de Cristo. 444

Capítulo 32 - LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD DEL REINO DE LOS CIELOS (4)
3. LA PARÁBOLA DE LA PERLA PRECIOSA 458
La usurpación.....458
La compra.....459
El precio 461
4. LA PARÁBOLA DE LA RED.....469

Capítulo 33 - OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (1)
LA PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES.....480
1. La Salvación del espíritu 483

Capítulo 34 - OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (2)
La parábola de las Diez Vírgenes (continuación) 488
2. La Salvación del alma 488
3. La salvación del Cuerpo 493

Capítulo 35
OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (3)
LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (1).....502
Dones, operaciones y ministerios 504
Palabra de sabiduría.....506
Palabra de ciencia.....509
Fe 512

Capítulo 36 - OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (4)
LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (2) 516
Dones de sanidades.....516

Capítulo 37 - OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (5)
LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (3) 530
Hacer milagros 530

Capítulo 38 - OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (6)
LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (4) 540
Profecía 540
1. Edificación 542
2. Exhortación 544
3. Consolación 546
4. Discernimiento de espíritus.....547

Capítulo 39 - OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (7)
LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (5) 554
Diversos géneros de lenguas 554
Las Lenguas: una señal para los incrédulos y no para los creyentes 570

Capítulo 40 - OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (8)
LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (6) 574
6.Interpretación de Lenguas 574
Los miembros del Cuerpo no se excluyen.....580

Los miembros del cuerpo se ayudan entre sí.....581
Las funciones en el cuerpo 584

Capítulo 41 - LA RECOMPENSA DEL REINO DE LOS CIELOS
Los Obreros de la hora Undécima.....605

Capítulo 42 - EL JUICIO DE LAS NACIONES (1)
LA SEPTUAGÉSIMA SEMANA Y LA GRAN 614
TRIBULACIÓN.....614
1. Las primeras siete semanas.....615
2. Las siguientes sesenta y dos semanas.....617
3. La septuagésima semana.....618

Capítulo 43 - EL JUICIO DE LAS NACIONES (2)
EL RAPTO O ARREBATAMIENTO 626
El arrebatamiento del Hijo Varón.....628
El arrebatamiento de las Primicias vivas 628

Introducción

El Señor nos está bendiciendo con Su gracia, amor, bondad y benignidad, y nos está mostrando cosas preciosas que no todos los hijos de Dios tienen la oportunidad de ver. En esto somos verdaderos privilegiados.

*En este segundo libro que hemos titulado "**El reino de Dios y el Reino de los Cielos**", el Señor quiere revelarnos el camino para que seamos parte del reino de Dios, que definitivamente es un enorme galardón que el Señor nos otorga, después de ser enemigos y opositores Suyos, después de estar caminando hacia la perdición eterna y tener la seguridad de ser condenados a vivir por la eternidad en el lago de fuego.*

En este libro el lector podrá encontrar el camino para entrar en el reino de Dios y hacer parte de la familia más elevada y preciosa que existe en el universo: la familia de Dios. Tú podrás descubrir en las páginas de este libro cómo llegar a ser parte de ese magnífico reino y cómo participar de la familia de Dios.

Pero el Señor no se detiene en hacernos partícipes del reino de Dios, sino que Él tiene un galardón más elevado, más rico, más gozoso y disfrutable que la Biblia presenta como el reino de los cielos.

Una cosa es entrar en el reino de Dios, en el cual estamos los hijos de Dios, todos aquellos que el Señor escogió antes de la fundación del mundo, los predestinó para ser iguales a Su Hijo, los llamó, los justificó y los glorificó, y otra cosa bien distinta es entrar en el reino de los cielos, que está destinado ya no a todos los hijos de Dios, sino a unos pocos que alcancen un grado de total madurez y que el lector podrá discernir en las páginas del libro.

El punto de partida y un asunto de mucha importancia es alcan-

zar revelación. Pablo en oración rogó al Padre que nos concediese un espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él y que alumbrase los ojos de nuestro corazón, para saber las cosas que Él ha preparado para nosotros.

Este es el punto de partida indispensable para conocer a Dios, Su Persona, Su plan y la elevada obra de redención que hizo a nuestro favor. Si nuestro vivir de hijos de Dios carece de sabiduría y revelación de Dios en nuestro espíritu y si no hay una clara visión de quién es Dios y qué es lo que Él hizo y está haciendo, ese vivir será vano, sin sentido y nos llevará lejos de la meta que el Señor ha determinado para nosotros.

Tú, apreciado lector puedes ir al trono de la gracia y pedir al Señor que te conceda ese espíritu de sabiduría y revelación, puedes decirle que anhelas conocerlo, que necesitas llenarte de Él, que es necesario que te quite los velos que satanás ha puesto en tu corazón, que te impiden ver la realidad que hay en el Señor.

Puedes tener la seguridad de que esta es una oración que el Señor te responde sin tardanza y podrás tener una comunión íntima y personal con Él, podrás obtener una revelación insondable y disfrutar diariamente de todas las riquezas que el Señor ha preparado para Sus hijos.

En los tres primeros capítulos del libro nos hemos dedicado a mostrar el deseo eterno del Señor de tener Su reino; en los tres siguientes hablamos acerca de qué es el reino de Dios y cuál es el requisito para entrar en él; los subsiguientes capítulos –6 al cuarenta—se han dedicado a hablar del reino de los cielos y todos sus pormenores y los capítulos 41 y 42 nos enseñan cómo será el juicio de las naciones después de la Gran tribulación y antes del comienzo del reino milenario, que es el reino de los cielos. En ese juicio sobre las naciones nosotros participaremos juzgando a las personas, pero solamente si somos vencedores, es decir, si nos disponemos para que el Señor trabaje en nosotros y maduremos para ganar el galardón de entrar en el reino de los cielos.

La Biblia en algunos pasajes para referirse a nosotros los hijos de Dios, nos compara con las ovejas. En el Antiguo Testamento Dios clasificó a los animales en dos grupos: animales limpios e

inmundos y las ovejas están en la categoría de animales limpios porque reúnen dos requisitos indispensables para ser limpios: las ovejas rumian y tienen la pezuña hendida.

Rumiar, quiere decir que las ovejas no tragan la comida entera como hacen los perros y los cerdos, sino que toman el pasto, lo mastican una vez, lo insalivan, lo llevan a la primera cavidad de su estómago. Poco tiempo después lo regresan a la boca, nuevamente lo mastican y lo insalivan y lo llevan a la segunda cavidad del estómago. El ciclo se repite cuatro veces, porque son cuatro las cavidades que tiene el estómago de la oveja.

Una vez se ha cumplido este ciclo cuádruple, el pasto verde se transforma en nutrientes que alimentan a la oveja y se convierten en leche, un alimento muy completo para los humanos y para las ovejas mismas; igualmente se transforma en carne roja que nos aporta las proteínas que los humanos necesitamos para vivir; así mismo se transforma en lana que la oveja provee para nuestro abrigo y en piel que el hombre utiliza para hacer una gran variedad de elementos que suplen necesidades del hombre, tales como zapatos, bolsas y vestidos.

Si tú, apreciado lector lees este libro de afán, con el propósito de aumentar tu cultura, estás siendo similar a los animales inmundos como el perro y el cerdo; la lectura no te será de provecho espiritual; pero si lo lees una y otra vez y disfrutas de la revelación contenida en él, te constituirás con Su revelación, el Señor crecerá en ti y rápidamente llegarás a la plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo y estarás listo para entrar en el reino de los cielos cuando el Señor Jesús regrese a la tierra.

La pezuña o los cascos hendidos de los animales limpios implica discernir entre las cosas que son del Señor, que lo agradan y en las que debemos vivir en nuestro día a día. Si observas un animal de pezuña hendida como la vaca o la oveja, notarás que ella toca la tierra solamente con las puntas de los cascos; parecen bailarinas de valet; esto quiere decir que el contacto de esos animales con la tierra es mínimo. En este caso, la tierra representa el mundo y todas las cosas pecaminosas que hay en él y que apartan a las personas del Señor

convirtiéndolas en Sus enemigos.

En la medida que tenemos revelación, el Señor nos muestra todo aquello que en nuestro vivir no le agrada y también todo lo que es agradable para Él, es decir, discernimos lo que es inmundo de lo que es limpio y así podremos vivir una vida de continua comunión con Él, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo por medio de conocerlo en nuestro espíritu humano.

Haciendo así, tendremos un continuo disfrute de todas las riquezas del Señor, que Él ha preparado para nosotros Sus hijos, y cuando Él venga tendremos Su estatura y estaremos listos para entrar en el reino de los cielos.

Para facilitar la lectura del libro hemos considerado importante transcribir los versículos de la Biblia que el Señor nos ha dado como base para la escritura de este. Para ello hemos usado múltiples versiones de la Biblia en español y algunos interlineales griegos, para encontrar la mayor revelación posible.

Te recomendamos que compares lo escrito con distintas versiones de la Biblia y así puedas ganar mayor revelación del Señor, Su persona y Su obra y el deseo que tiene contigo.

En esta edición que es una revisión de la primera, hemos acortado los capítulos, con el fin de que tú lo leas con calma y sosiego y sin fatiga, y puedas aprovechar al máximo lo que el Señor te está dispensando.

¡Esperamos que tú puedas disfrutar la lectura de este libro, tanto o más de lo que nosotros hemos disfrutado al escribirlo!

Capítulo 1

DIOS DESEA TENER SU REINO (1)

Poco se habla en el cristianismo del reino de Dios y el reino de los cielos y la inmensa mayoría entre ellos, si no todos, ignoran la diferencia entre esos dos reinos. Como consecuencia, muchos hijos de Dios van a perder la oportunidad de participar en el reino de los cielos, porque se conforman con estar solamente en el reino de Dios y piensan que eso es suficiente para "*ir al cielo*".

Un reino es un ámbito donde un rey reina y un núcleo humano donde el rey ejerce su jurisdicción y donde se hace su voluntad. El reino de Dios es semejante; es el ámbito donde Él reina, donde se hace Su voluntad, y ese ha sido Su deseo desde que creó los ángeles, los cielos, la tierra y el hombre.

La primera rebelión

Después de que Dios creó los cielos, creó los ángeles, y después creó la tierra, y quiso reinar sobre los ángeles, pero algunos no se sometieron al Señor, sino que encabezados por un arcángel conocido en la Biblia como Lucero hijo de la mañana, que era un querubín grande y protector, la tercera parte de ellos se levantaron en rebelión y constituyeron otro reino que se opone a Dios y que la Biblia denomina el reino de las tinieblas o reino de satanás.

La Biblia nos enseña que cuando hubo un principio, es decir, lo primero que Dios creó cuando comenzó el tiempo, fue los cielos y la tierra: "***En el principio creó Dios los cielos y la tierra***" (Génesis 1.1).

¿Cómo sería la tierra cuando fue creada? El Espíritu nos muestra en la Biblia que la tierra era muy hermosa, que su creación fue motivo para que los hijos de Dios—los ángeles— que son las estrellas del alba, gritaran de júbilo, al ver lo maravilloso de la creación de Dios: "***¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia… Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios***" Job 38.4, 7.

Indudablemente la tierra fue creada colmada de hermosura, porque Dios no puede crear nada horrendo ni desordenado. El Espíritu testifica que las estrellas del alba y los hijos de Dios se regocijaban. Si la tierra hubiera sido creada en desorden y vacía nadie hubiese tenido regocijo por su creación.

Desolación y vacío es precisamente lo que declara el Señor en el segundo versículo de la Biblia: "***Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas***" Génesis 1.2. La tierra no pudo ser creada así como la describe este versículo,

llena de desorden, vacía, sin ningún contenido, ni llena de tinieblas, ni con el abismo como lo más notorio, porque eso contradice la naturaleza de Dios.

En el Señor solo hay perfección y nada imperfecto sale de Él; es ordenado y nada desordenado puede emanar de Él; el Señor es luz y las tinieblas no pueden nacer de Él, entonces entre Génesis 1.1 y 1.2 debió haber un hecho muy especial que trataremos de descubrir.

El Espíritu mismo testifica en la Biblia que Dios hizo la tierra para que fuera habitada y en consecuencia no pudo crearla llena de tinieblas y de vacío, como estaba en Génesis 1.2. "***Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo soy Jehová, y no hay otro***" Isaías 45.18. La creación de la tierra hermosa es un claro testimonio de quién es Dios: Hermoso y perfecto.

Si Dios no creó la tierra desordenada y vacía, pero en Génesis 1.2 estaba así, se puede inferir que entre Génesis 1.1 y 1.2 hubo un periodo de tiempo que puede ser de cientos o de millones de años. El Señor no nos revela cuánto tiempo, pero cuando Él venga conoceremos exactamente qué sucedió en ese tiempo y cuál fue su duración.

El verbo usado en el original hebreo para decir que la tierra estaba desordenada y vacía da el sentido de que la tierra ***llegó a ser***, es decir, inicialmente no estaba desordenada y vacía, sino que ocurrió un proceso y en ese proceso, la tierra se llenó de desorden y se tornó vacía, fue cubierta de agua y de tinieblas. No obstante, Dios el Espíritu se movía, se cernía sobre las aguas, porque estaba a punto de ejecutar Su recreación de seis días.

Lo que sí podemos saber por la Biblia es que antes de que el Señor creara la tierra había creado los ángeles, porque estos fueron testigos de la hermosura de la tierra cuando fue creada y gritaron cuando vieron la maravilla que Dios hizo.

La creación de lucero hijo de la mañana

Si consideramos Isaías 14.12-15 y Ezequiel 28.12-28, podremos entender qué ocurrió en ese periodo entre Génesis 1.1 y 1.2. Entre los ángeles había uno especial que la Biblia llama en Isaías, Lucero Hijo de la Mañana y Ezequiel lo llama querubín grande protector, y también habla de todos los elementos que Dios dispuso para la creación de ese ángel: "***En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro;***

los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación" 28.13.

Edén representa el ámbito donde Dios y Su criatura podían tener una comunión íntima, podían comunicarse sus necesidades sin ninguna interrupción, y en ese ámbito estaba ese ángel tan especial que Dios creó.

La palabra nos muestra la singularidad de la creación de este ángel. El día de su creación fue especial y extraordinario: Hubo una fiesta en Edén el Huerto de Dios, con tamboriles y flautas. Dios realmente estaba feliz al obtener una criatura como este querubín grande protector. Cuando dice que estaba en Edén en el huerto de Dios, está indicando que nada le impedía estar en la presencia de Dios y se paseaba en medio de las piedras de fuego: "***en medio de las piedras de fuego te paseabas***" v. 14.

La vestidura del querubín estaba conformada por nueve piedras y un metal precioso: oro. Esto significa que, a diferencia del hombre, no requería ningún proceso de transformación, porque tenía todo lo necesario para participar del plan que Dios tenía para los ángeles, sin necesidad de agregar nada.

Debe notarse que las vestiduras, que también se refieren a la morada del ángel, el palacio donde vivía tiene algún parecido con la Nueva Jerusalén, en la que el muro está adornado con doce piedras preciosas y la ciudad es toda de oro puro y sus doce puertas son perlas. Las perlas no están en el vestido del querubín, porque la perla representa el proceso de redención, el cual se aplica únicamente para la raza humana. Desde aquí se vislumbra la consumación del plan de Dios, en la Nueva Jerusalén.

En la creación de Dios no hubo nadie más perfecto, sabio y hermoso que este ángel, que en todo era especial: "***Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura***" Ezequiel 28.12. El sello de la perfección quiere decir que no había ningún ser creado más perfecto que él; cuando Dios lo creó, hizo en él una obra excelsa, extraordinariamente perfecta.

Igualmente, ese ángel estaba lleno de sabiduría. Él no necesitaba adquirir sabiduría porque en el momento en que fue creado, Dios le dio toda la sabiduría que necesitaba para disfrutar de Dios por la eternidad.

Su hermosura tampoco tenía comparación. Dios es la suma de la hermosura y este ángel en el aspecto de la belleza era sin igual, no había otro ser creado con el que pudiese ser comparado.

A este ser tan perfecto, sabio y hermoso, Dios lo creó con el propósito de ponerlo en Su reino, sobre el monte de Dios: "***Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste***" Ezequiel 28.14. Esto nos lleva a inferir que este querubín estaba en lo más alto del reino de Dios. En el reino de Dios había una jerarquía angelical, porque así lo relata la Biblia en Colosenses 1.16: "***Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él***". En esa jerarquía angelical, Lucero hijo de la mañana estaba por encima de todas las criaturas y únicamente por debajo de Dios, según lo veremos más adelante. No había nadie igual a él ni tampoco por encima de él; solamente el Creador de este ángel era superior.

Dios lo puso para gobernar en toda la creación, tal vez en todo nuestro sistema planetario, y especialmente en la tierra. Por eso en una de las tentaciones de satanás a Jesús, la Biblia dice que: "***le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos***" Lucas 4.5-7.

En este pasaje el diablo afirmó que todos los reinos del mundo y su gloria le habían sido entregados; indudablemente esto ocurrió cuando satanás, como querubín grande protector, fue creado y puesto sobre el santo monte de Dios. Jesús no refutó ni desmintió esta afirmación de satanás.

Dios vive en una esfera de santidad y de gloria y todo lo que hace está en gloria y es santo y Su reino es santo y lleno de gloria y en ese ambiente estaba el querubín grande protector cuando fue creado, y el gobierno que le fue dado para ejercer debía ser realizado en la gloria y en la santidad de Dios.

¿Qué pasó entonces? Para verlo vayamos a Isaías 14.13-14 "***Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo***".

El deseo de satanás

Al verse lleno de perfección, de sabiduría y de hermosura, y que todo lo tenía bajo su gobierno, todo menos a Dios, se consideró con el derecho de hacerse igual al Señor y manifestó el deseo de su corazón, consistente en subir al

cielo, donde está el trono de Dios.

Él se consideraba bajo, no estaba satisfecho con estar por debajo de Dios y por eso dice: "***subiré al cielo***", "***iré a lo alto***". Él deseaba que su trono estuviera más alto, porque pensaba que, siendo gobernado por Dios, su trono no tenía la altura que en su concepto debería tener. Deseaba igualarse a Dios, porque sabía que no podía estar por encima de Él, pero sí consideraba que podía estar a la par con el Señor. Deseó ser igual a Dios, semejante a Él.

Aquí están reunidas las principales características de satanás, tales como la altivez, la soberbia, el orgullo, la jactancia, la vanidad, la presunción, la vanagloria, la fantasía, la pretensión, la ambición y todas las cosas que tienen que ver con el orgullo.

La influencia de satanás en el hombre

Todos estos pecados los inoculó satanás en el hombre cuando logró convencer a Adán de que recibiera su naturaleza pecaminosa en el Huerto de Edén, comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal

Desde ese entonces el hombre se esfuerza por subir, por encumbrarse, por descubrir, por explorar el universo, por edificar grandes torres. Desde la Torre de Babel hasta ahora, el hombre hace obras que manifiestan el orgullo diabólico de intentar hacerse igual a Dios.

Los descubrimientos científicos y los inventos tecnológicos tienen esa finalidad, tratar de hacer que el hombre se iguale a Dios, y esta es la promesa que satanás le hizo a Eva cuando la indujo a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal: hacer al hombre igual a Dios: "***sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal***" Génesis 3.5.

Una de las actividades en que más se destaca el hombre en esta ambición de igualarse a Dios, es en la construcción de edificios que ya han llegado a superar los 800 m de altura, y la construcción de obeliscos en distintos lugares de la tierra, que tienen la misma intención de la construcción de la torre de Babel: "***Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre***" Génesis 11.4.

Un ejemplo de estas construcciones altas es la torre *Burj Khalifa* ubicada en Dubái, con una altura de 828 m y 163 pisos, o las torres *Abraj Al Bait* de la Meca, con 601 m de altura y 95 pisos, o el *One World Trade Center*, que reemplazó las torres gemelas derribadas en septiembre de 2001, que tiene 541 m de altura y 105 pisos, y el final de su construcción se dio en el año 2013. Hay

unos trecientos edificios más conocidos como rascacielos y esparcidos por América, Europa y Asia, todos con alturas superiores a 300 m.

Como satanás había fracasado en su intento de igualarse a Dios, a lo largo de seis mil años trata de lograrlo por medio del hombre, y todos los medios científicos y tecnológicos ideados a lo largo de la historia de la humanidad, especialmente en los últimos años, en los que ha sido notorio el avance del desarrollo en esos campos, apuntan a lograrlo; pero Dios, dentro de muy poco pondrá fin a ese intento y tomará posesión de los reinos del mundo, para gobernar junto con algunos hombres que le han dado su corazón y Él los ha convertido en vencedores[1].

La actitud del Señor Jesús

Todo lo contrario, es la actitud de Dios en el Señor Jesucristo: "***Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre***" Filipenses 2.5-11.

Él, como Dios está por encima de todos y de todo, y en lugar de ensoberbecerse, se humilló a Si mismo haciéndose hombre; como hombre no nació en un palacio ni en una familia destacada de la nación más poderosa del mundo, sino de una familia muy humilde, originaria de una región despreciada.

Estando en la condición de hombre no vivió en el palacio de un rey, aunque Él es Rey, descendiente según la carne de reyes, sino que vivió como un siervo, como un esclavo, como un servidor de Dios y de los hombres.

Al final de Su vida en carne fue muerto con la muerte más infame: fue crucificado. Esta clase de condena ni siquiera figuraba en la ley de los israelitas, porque los romanos la aplicaban a los malhechores y bandidos más abyectos y ruines que encontraban en el mundo que dominaban. Ni siquiera la crucifixión era aplicada a los ciudadanos romanos, por la

1. Te recomiendo la lectura de ***Los Vencedores***, que puedes adquirir en esta página www.las-primicias.com.

condición infamante que tenía esa clase de sentencia a muerte.

El Señor, humillado hasta ese extremo, aceptó el sacrificio, y eso le permitió obtener de Dios que, como hombre, lo exaltase hasta lo más alto y como hombre le diera un nombre encima del cual no hay ninguno, y en ese nombre ha ordenado que todos los seres que hay en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, se humillen y se postren de rodillas. Con esta actitud es glorificado el Padre.

La caída del hombre

Volviendo a considerar el caso del querubín grande protector, que después de su caída se convirtió en satanás, encontramos que: "***Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor***" Ezequiel 28.17.

Cuando el querubín grande protector consideró su hermosura, se llenó en su corazón de altivez y de orgullo. Al considerar que estaba lleno de sabiduría, la corrompió, porque estaba convencido de que, teniendo tanto esplendor, merecía mucho más de lo que se le había dado.

Así es el mundo actual en el que hay personas llenas de sabiduría. Los hombres hemos sido dotados con la capacidad de descubrir muchos de los principios que Dios puso en la naturaleza, de inventar máquinas, de mezclar los elementos de la tierra y producir muchas cosas útiles para tener una "*mejor calidad de vida*", pero con nada de eso es glorificado el Señor, sino que el hombre considera que todo se debe a su sabiduría y a su capacidad.

Este es el desarrollo de la semilla de oposición a Dios, de soberbia y de orgullo, que satanás sembró en el alma del hombre, cuando en el Huerto de Edén, lo sedujo a recibir la naturaleza pecaminosa que él ya poseía.

Dios le dio al hombre una sabiduría casi ilimitada, y el Señor quería que el hombre se mezclara con Él y juntos usaran ese potencial para agradarlo y para llevar adelante, en comunión con Él, el plan que se había propuesto desde la eternidad; pero, a partir del momento en que el hombre comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, se independizó de Dios; satanás lo hizo creer que él era capaz de decidir y resolver su propio destino, y desde entonces el hombre tiene la misma intención de satanás: ¡hacerse igual a Dios y competir con Él! Pero esta intención no es propia de los hombres, sino que éstos, instigados por satanás, quieren igualar al Señor único e inigualable.

Por tratar de hacerse igual a Dios, el querubín grande y protector lo único que logró fue profanar lo que Dios le había designado: "***Con la multitud de tus***

maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario" Ezequiel 28.18. Dios le dio una misión y le determinó unos límites, pero él no los respetó, sino que corrompió su sabiduría y sobrepasó los linderos que Dios le había establecido.

Por todas estas cosas que surgieron en el querubín grande y protector, Dios lo arrojó por tierra y determinó que los gobernantes del mundo estuviesen sujetos a él: "***yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti***" Ezequiel 28.17.

Eso es exactamente lo que ocurre en el mundo actual; todos los gobernantes del mundo, llámense reyes, presidentes, primeros ministros, dictadores, parlamentos, congresos, etc., todos están postrados bajo el gobierno de satanás, y esto lo afirma el Espíritu a través del apóstol Juan: "***Sabemos que somos de Dios, y que todo el mundo yace bajo el poder del maligno***" 1 Juan 5.19—Biblia de las Américas.

Jesús mismo, cuando satanás le dijo que todos los reinos del mundo y su gloria le habían sido dados y los daba a quien él quería, no lo contradijo ni lo refutó. Él mismo testifica: "***Ya no hablaré mucho más con ustedes, pues se está acercando el que gobierna este mundo. En mí no encontrará nada suyo***" Juan 14-30—Biblia Latinoamericana.

El mundo es un sistema de satanás y mediante él engaña a todas las gentes de todas las naciones y de todos los tiempos, y procurará establecer su reino y eliminar el reino de Dios. La máxima expresión de su reino, la logrará satanás en la Gran Tribulación, con la entronización del anticristo.

Al final de ese periodo el Señor vendrá con Sus decenas de millares de vencedores y destruirá su reino, por lo menos por mil años, al final de los cuales le permitirá hacer un poco más de sus locuras, pero finalmente será echado en el lago de fuego, por toda la eternidad, y su reino será totalmente aniquilado para nunca más volver a levantarse.

Como el querubín grande protector intentó hacerse igual a Dios, poner su trono al lado del trono de Dios y ser semejante al Altísimo, el Señor tuvo una respuesta inmediata: "***Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo***" Isaías 14.15.

Este fue uno de los hechos ocurridos en el tiempo transcurrido entre Génesis 1.1 y 1.2, que como hemos afirmado es un periodo de tiempo del cual el Señor no nos ha revelado otros datos, pero que ahora podemos ver que en él ocurrió la rebelión del Lucero hijo de la mañana, quien fue creado como un querubín grande y protector y quien fue puesto por encima de todas las criaturas

y de toda la creación.

En esa rebelión participó la tercera parte de los ángeles y otros seres creados que habitaban en la tierra y tal vez en algunos planetas y satélites y cuerpos celestes de nuestro sistema planetario, inmerso en el vasto universo que el Señor creó: "***También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra***" Apocalipsis 12.3-4.

El juicio de Dios

Dios no se quedó impasible y profirió un juicio contra todos los rebeldes. Así llegamos a Génesis 1.2, donde el Espíritu nos dice que todo estaba desordenado, vacío, lleno de tinieblas y cubierto de agua. Por causa del juicio de Dios la tierra y probablemente nuestro sistema solar quedó en tinieblas, en oscuridad, la tierra anegada en agua y desapareció toda clase de vida que había en ella. Leamos Génesis 1.2 en versión 'La Biblia Palabra de Dios para Todos: ***"reinaba el caos y no había nada en ella. El abismo estaba sumido en la oscuridad***".

No obstante, Dios como el Espíritu se movía sobre esa tierra caótica y en el versículo 3 comienza Su obra de recreación y de restauración de la tierra y sus contornos.

En ese querubín grande y protector, que quiso ser igual a Dios, que deseó poner su trono al lado del trono de Dios, que tuvo la ambición de tener la misma preeminencia que el Creador, se halló iniquidad, se halló pecado: "***Perfecto eras en tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que la iniquidad fue hallada en ti***" Ezequiel 28.15.

En otras palabras, debido a su corrupción, ambición, orgullo y soberbia, el pecado se convirtió en su naturaleza. Por eso el versículo siguiente afirma: "***A causa de la abundancia de tu tráfico, llenaron tus calles de violencia, y tú has pecado; por tanto, yo te degrado, echándote del monte de Dios; y te destruyo, ¡oh querubín que cubres con tus alas! y te echo de en medio de las piedras de fuego***" Ezequiel 28.16—Versión Moderna.

Las piedras de fuego en medio de las cuales se paseaba el querubín y de las que fue echado, deben referirse al ámbito de santidad, justicia y gloria de Dios, en que él se movía antes de caer. El fuego, en primer lugar, alumbra y en segundo lugar purifica, quemando toda inmundicia, pero al ser hallada inmundicia en el querubín, Dios no tuvo más remedio que echarlo de allí.

Él era un gran querubín que

cubría con sus alas y al estar solo fracasó; por eso, cuando Dios le ordenó a Moisés que levantara el tabernáculo, le dijo que sobre el arca pusiera el propiciatorio y sobre este dos querubines con sus alas extendidas, con las cuales cubrían el propiciatorio. Ya no era uno solo sino dos querubines, y esos eran una réplica del modelo celestial que se le había mostrado a Moisés.

Igualmente, y por esa razón, cuando Jesús envió los setenta discípulos, los envió de dos en dos: "***Después de estas cosas, designó el Señor a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de Él a toda ciudad y lugar adonde Él estaba por ir***" Lucas 10.1. Siempre debemos buscar compañía en las cosas espirituales, para protegernos de caer en la tentación del orgullo diabólico.

El reino de las tinieblas

Desde el momento en que ocurrió la rebelión dejó de existir un solo reino; ahora el reino de Dios tiene competencia y es el reino de las tinieblas encabezado por satanás y conformado además por ángeles caídos, demonios y hombres. Los primeros están en los aires, a los que la Biblia también denomina las regiones celestes, y están organizados como principados, potestades, gobernadores de este mundo de tinieblas y huestes espirituales de maldad.

A ellos se refiere el Espíritu Santo cuando escribió en la carta a los Efesios: "***Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes***" Efesios 6.12. Por su parte los demonios están en la tierra y en las aguas, el mar y los lagos.

Este reino se opone a Dios y procura dañar Su plan, porque cuando Dios actuó contra la rebelión del querubín grande protector, que se llamaba Lucero hijo de la mañana, lo arrojó a la tierra, y con él juzgó también al planeta, que quedó en tinieblas, desolada, sin posibilidad de que existiera ninguna vida, y el querubín comenzó a ser llamado satanás, lucifer y diablo.

El propósito de Dios de tener un reino fue frustrado; el orgullo de un ángel lleno de sabiduría, sellado de perfección y acabado de hermosura, su ambición de hacerse igual a Dios, hizo que Dios juzgase la tierra y que ésta se llenara de tinieblas y de agua.

No obstante, Dios no es vencible, a Él no se le puede vencer. En su gran perseverancia, esperó el tiempo conveniente, y en el versículo 3 de Génesis 1, comenzó una recreación que duró seis días.

La recreación

Debido a que la tierra estaba cubierta de agua y de tinieblas, lo primero que Dios hizo es la luz. Génesis 1.3-5 dice: "***Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día***".

En este primer día, Dios hizo una separación entre la luz y las tinieblas y sabemos mediante la Biblia que la luz se refiere a Dios y a Su reino, y las tinieblas hacen alusión a satanás y a su reino: "***Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él… el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo***" 1 Juan 1.5; Colosenses 1.13. En el primer día de la recreación, Dios hizo separación entre el reino de la luz, que es el reino de Dios y el reino de las tinieblas, que es el reino de satanás.

La tarde, que es la noche, se refiere a las tinieblas y el día se refiere a la luz; por eso dice que vio Dios que la luz era buena. Dios encuentra bondad en la luz, pero no encuentra ninguna bondad en las tinieblas, porque solamente lo que está en el ámbito de Su reino es bueno y agradable a Él; lo demás le desagrada.

En el segundo día de la recreación hizo una separación entre las aguas que hay arriba de la expansión y las aguas que hay debajo de la expansión y entre las dos aguas quedó la expansión, que es la atmósfera que rodea la tierra y que les permite respirar a los seres vivos: "***Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así. Y llamó Dios a la expansión Cielos. Y fue la tarde y la mañana el día segundo***" Génesis 1.6-8.

Si lees cuidadosamente la Biblia, notarás que Dios no declaró de Su recreación en el segundo día que hubiera algo bueno en ella. ¿Por qué? Como ya vimos, en esa expansión que es la atmósfera o las regiones celestes, quedaron establecidos los ángeles caídos, como principados, potestades, gobernadores del mundo de tinieblas y huestes espirituales de maldad, de los que habla Efesios 6.12 y que hacen parte del reino de satanás, el reino de las tinieblas.

Esto nos hace ver que en todos los ambientes donde nos encontremos, satanás tiene parte de su reino, y ese ambiente está lleno de ángeles caídos y a eso se refiere la palabra del Señor en Marcos 16.16, cuando dice: "***Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera***

demonios".

Donde quiera que se encuentre una persona, ahí hay espíritus inmundos, que no podemos percibir con nuestros ojos físicos, pero que cuando pronunciamos el nombre del Señor se alejan, porque no pueden resistir la derrota que el Señor Jesús les propinó en la cruz. Siempre que un creyente invoca el nombre del Señor Jesús, está proclamando Su señorío y el ambiente es totalmente limpio de espíritus inmundos: "***Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz***" (Colosenses 2.15).

En el tercer día de la recreación, Dios separó la tierra seca de las aguas y les puso límite a éstas: "***Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno. Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así. Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día tercero***" Génesis 1.9-13.

Mientras la tierra estaba cubierta de agua, no había la posibilidad de que en ella existiera la vida, porque, aunque el agua es un elemento indispensable para la existencia de la vida, si ella es excesiva en los seres vivos terrestres, estos mueren. Entonces, en el tercer día ordenó que las aguas se juntasen en un lugar y la tierra seca fuese descubierta y en ese día hizo que de la tierra brotase la vida vegetal en tres niveles bien diferenciados: la hierba, la hierba que da semilla y los árboles que dan semilla y fruto respectivamente, y según su género.

Es bueno hacer ver que en el tercer día el Señor Jesús resucitó de entre los muertos, y cuando Él resucitó, los seres humanos que antes estábamos muertos en delitos y pecados, ahora podemos tener la vida eterna, la vida de resurrección, gracias a que Él resucitó en el tercer día: "***Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros nos conducíamos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de***

ira, lo mismo que los demás; pero Dios, que es rico en misericordia, por Su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvos), y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús" Efesios 2.1-6.

No obstante que había luz y aire, y que la tierra seca había sido descubierta y ahora en ella había vida como hierba y árboles, Dios quería ir mucho más allá en Su proceso de restauración; por eso en el cuarto día "***Dijo Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día cuarto***" Génesis 1.14-19.

En este día Dios hizo la lumbrera mayor a la que el hombre llama sol, y ella señorea en el día. Hizo también la lumbrera menor, a la que se le ha denominado luna y ella señorea en la noche; hizo también las estrellas[2]. Todas sirven para separar la luz de las tinieblas y para medir los tiempos en días, meses y años y para diferenciar las cuatro estaciones anuales, y para permitir la existencia y la continuidad de la vida en la tierra. Todas ellas las hizo Dios con el fin de que alumbraran la tierra.

Sabemos que, si el sol no alumbra, no existiría el proceso de la fotosíntesis, sin el cual los vegetales morirían y al no existir vegetales, el ciclo alimenticio se interrumpiría y toda clase de vida biológica desaparecería de la faz de la tierra.

De otro lado, en la Biblia, la lumbrera mayor representa a Cristo y la lumbrera menor representa a la iglesia y las estrellas representan a los santos, quienes tenemos a Cristo como la luz en nuestro interior y alumbramos con Su luz, para separar la luz de las tinieblas y para resplandecer como luminares en medio de la generación perversa y adúltera en la cual vivimos: "***Mas a voso-***

2 .Lamentablemente los nombres de sol, luna, los planetas del sistema solar, los días de la semana y los meses del año, son nombrados con el hombre con nombres de dioses paganos, es decir, son nombres de idolatría, pero Dios los llama lumbrera mayor y lumbrera menor.

tros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada… Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre… y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza… para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo… Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" Malaquías 4.2; Apocalipsis 1.12-13, 16; Filipenses 2.15; Mateo 5.14-16.

Cuando llegó el quinto día, Dios creó en el mar y en las aguas toda clase de animales acuáticos y en los aires las aves, de todas las especies: "***Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos***" Génesis 1.20.

De esta manera hizo que el mar se llenara de seres vivos, incluidos los monstruos marinos. Igualmente hizo que los cielos se llenaran de aves según su especie, y al ver que todo era bueno, los bendijo, diciéndoles que se multiplicaran y llenaran las aguas en los mares y que las aves se multiplicaran en la tierra: "***Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra. Y fue la tarde y la mañana el día quinto***" Génesis 1.21-23.

El sexto día, el último que Dios utilizó para Su recreación, tiene bien diferenciadas dos partes. En la primera creó los animales terrestres: los animales domésticos, los animales salvajes y los reptiles: "***Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno***" Génesis 1.24-25.

La segunda parte del día sex-

to es muy especial, porque en ese resto del día, Dios se propuso crear una criatura muy especial, que, aunque no era lleno de perfección, de sabiduría y acabado de hermosura, sí lo hizo a Su imagen conforme a Su semejanza.

Capítulo 2

DIOS DESEA TENER SU REINO (2)

Dios creó al hombre con el fin de que lo contenga y lo exprese

Así llegamos al versículo 26 del capítulo 1 de Génesis, donde encontramos a una criatura muy especial, el hombre: "***Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra***". Esa criatura es especial, porque es la única de la cual Dios dice que es hecha a Su imagen, conforme a Su semejanza. Esto no fue dicho de los ángeles, ni de las plantas, ni de los animales.

¿Qué es la imagen de Dios? Es la capacidad que el hombre tiene para recibir y contener a Dios. La Biblia dice que el hombre fue creado tripartito— de tres partes— espíritu, alma y cuerpo. La imagen se refiere al espíritu del hombre, porque es el "*órgano*" que puede recibir y contener a Dios, debido a que Dios es Espíritu.

Como la naturaleza de Dios es espiritual, solamente el espíritu humano puede recibir y contener a Dios, y éste es uno de los propósitos que tiene el Señor al crear al hombre a Su imagen, para que éste lo reciba y lo contenga; Dios desea, en este punto de la creación, mezclarse con Su criatura, vivir con y en el hombre, ser uno con él y hacer que el hombre sea uno con Dios. El hombre tiene un propósito especial y muy elevado en la creación de Dios. Este punto es crucial y muy importante en la revelación, visión y comprensión del plan de Dios.

¿Qué es la semejanza? La semejanza tiene que ver con similitud, con parecido y con expresión. Dios le dio un alma al hombre con el fin de que una vez que el hombre reciba a Dios en su espíritu humano, desde allí pueda llenar el alma del hombre y a través de ella el hombre exprese a Dios.

De acuerdo con la Biblia, el alma humana tiene tres funciones o partes: la mente, la voluntad y la emoción. La mente es la facultad del alma que nos permite pensar, raciocinar, hacer planes, recordar, etc., y el deseo y el plan original de Dios es que nuestra mente se llene de los pensamientos de Él, que nuestra mente esté saturada de la mente de Dios.

Por eso el Espíritu Santo dice con respecto a los creyentes, los hijos de Dios: "***En cambio el hombre espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado por nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo***" 1 Corintios 2.15-16

La voluntad es otra facultad del alma, que nos permite deci-

dir acerca de las disyuntivas que enfrentamos todos los días. Cada momento de nuestra vida aceptamos o rechazamos pensamientos, actitudes y otras cosas. Dios desea que nuestra voluntad sea llena de Su voluntad y que hagamos en nuestro diario vivir solo lo que a Él le agrada.

La tercera función o facultad del alma es la emoción y Dios quiere que mediante ella lo amemos por encima de todas las cosas, que amemos lo que Él ama y aborrezcamos lo que aborrece.

En ese sentido fuimos creados a la semejanza de Dios. Nuestra mente voluntad y emoción nos fueron dadas para que las llenemos del Señor y expresemos Su mente, Sus deseos y Sus sentimientos.

Los atributos de Dios

Dios tiene atributos y virtudes que desea manifestar, pero no directamente, sino a través del hombre. Uno de los atributos de Dios es la justicia; Dios es justo y desea expresar Su justicia por medio del hombre; pero para que el hombre exprese la justicia de Dios en su alma, tiene que llenar su alma de la persona del Dios justo: "***Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo, para todos los que creen***" Romanos 3.21-22.

Otro atributo que caracteriza la esencia de Dios es la vida, la vida eterna, que no se corrompe—incorruptible—, la vida que no se envejece—inmarcesible—, la vida eterna—que no tiene principio ni tiene fin—, y Dios tiene entre Sus propósitos que el hombre reciba esa vida y viva para siempre. La vida humana tiene principio, pero Dios deseó, al crear al hombre, que se mezclara con Su vida eterna y viviera para siempre, perpetuamente: "***Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia***" Juan 10.10.

Un tercer atributo de Dios es el amor; el amor es una de las características de Dios y Él desea que el hombre, llenando Su alma de la naturaleza de Dios, exprese a Dios como amor, amor por Dios mismo y amor por sus semejantes. En la medida que nos llenamos de Dios en nuestra alma, en nosotros se manifestará el amor de Dios hacia Él y hacia los demás: "***El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor***" 1 Juan 4.8.

Un atributo más de Dios es la luz; Dios es luz, en Él no hay tinieblas ni oscuridad. Un ser humano que recibe a Dios en su espíritu y llena su alma con la esencia de Dios siempre vivirá en luz, porque vivirá en Dios; en ese hombre no habrá tinieblas, no habrá oscuridad y su vivir será en permanente comunión

con Su Señor. Este es el deseo del corazón de Dios desde que creó al hombre a Su imagen y Semejanza: "***Y éste es el mensaje que hemos oído de Él, y os anunciamos: Dios es luz, y en El no hay ningunas tinieblas. Si decimos que tenemos comunión con Él y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado***" 1 Juan 1.5-7.

Un quinto elemento que caracteriza a Dios en Su esencia es la santidad. La santidad de Dios indica que Él no es común, que en Él no hay nada inmundo, que en Él no hay ni el más mínimo vestigio de pecado; Dios en Su santidad es totalmente separado de todas las cosas, es único, puro, sin ninguna contaminación, y desea que el hombre se llene de Su naturaleza y sea totalmente santo, separado para Él, libre de inmundicia y de pecado: "***Sino, así como el Santo, quien os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está:*** "***Sed santos, porque Yo soy santo»***" 1 Pedro 1.15-16[1].

Todo esto lo previó Dios cuando creó al hombre; deseó que toda Su naturaleza fuese constituida en el hombre para que fuera expresado por medio de Él y el hombre llegara a ser como Dios: justo, lleno de vida, amoroso, lleno de luz y santo, lo mismo que Dios es, que viviera eternamente porque Él es vida eterna. Lo único que Dios se reservó para Él es la Deidad, esa característica que hace a Dios adorable; todo lo demás anhela compartirlo con el hombre.

Pero no solo estos cinco atributos hacen parte de la esencia y la naturaleza de Dios, sino que estos son innumerables; por ejemplo, Dios es soberano, es fiel, Él es rico, es sabio y prudente; el Señor es veraz, sincero, bondadoso, misericordioso, compasivo. Consolador, paciente, benigno, perseverante, severo, celoso, inmutable, Su ámbito es de gloria y de majestad; Él es la mayor autoridad que hay en el universo y ningún poder está por encima de Él, es lleno de fortaleza y es un amoroso emperador, entre otros muchos atributos que no alcanzamos a discernir, y todos estos atributos hacen parte de Sus riquezas que nos ha dado como herencia, para nuestro disfrute.

Las virtudes

De los atributos de Dios se desprenden una enorme cantidad de virtudes, de las que desea llenar al hombre, para que igualmente el hombre las exprese en su diario vivir.

1. Una descripción sucinta de algunos de los muchos atributos de Dios, puedes encontrarla en el capítulo 2 de La Degradación de la Iglesia, publicado en esta página

Son tantas las virtudes de Dios que solo alcanzamos a enumerar unas pocas. Por ejemplo, Dios es manso, en Él no hay soberbia; Dios es humilde, en Él no hay ninguna clase de altivez. Dios es gozo y desea que el hombre viva permanentemente en el gozo del Señor. Dios es misericordioso y anhela que Sus hijos estemos llenos de misericordia, unos con otros. Dios tiene dominio propio, y espera que los hombres tengamos la templanza que lo caracteriza a Él. Dios es paciente y longánimo y aspira a que Sus hijos expresemos paciencia y longanimidad con otros hijos de Dios y en todas las circunstancias. Dios es bondadoso y quiere expresar Su bondad por medio nuestro...

Dios quiere que expresemos Su persona, Sus cualidades por medio de la fe; anhela que nuestra fe crezca hasta que llegue a ser igual a la persona de Él. En fin, son tantas las virtudes de Dios, que, para expresarlas, manifestarlas y hacerlas realidad, creó al hombre a Su imagen y conforme a Su semejanza.

¡Qué rico y profundo es el hecho de que Dios haya decidido crear al hombre a Su imagen y a Su semejanza! Los biólogos y los sicólogos afirman que los humanos somos animales racionales, pero están muy equivocados.

Si usted mira con cuidado la creación de los seis días, notará que a todos los seres vivos que Dios creó, animales y plantas, les ordenó que se reprodujesen según su género y su especie, pero del hombre dice que es creado a la imagen y a la semejanza de Dios, lo cual nos lleva a concluir que los seres humanos no pertenecemos a la especie animal, sino que pertenecemos a la especie de Dios.

No hay nada vano en la creación del hombre, sino un propósito muy elevado: contener y expresar a Su Creador. ¡Esto es sublime!

Dios creó al hombre para señorear

Dios se propuso crear al hombre a Su imagen y conforme a Su semejanza para que el hombre lo contenga y lo exprese, pero este propósito tiene una intención adicional, que la encontramos en la segunda parte del versículo 26 del capítulo 1 del libro de Génesis: "***y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra***".

Dios no solo desea morar en el hombre y expresarse a través de él, sino que, mezclado con el hombre quiere gobernar sobre los peces del mar, las aves de los cielos, en las bestias y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.

¿Será que Dios tiene problemas para gobernar sobre los peces, las aves y los animales terrestres? Indudablemente no. Debemos recordar que la Biblia fue escrita en un lenguaje típico que está lleno de tipos, sombras y figuras, mediante los cuales Dios desea darnos a conocer secretos y misterios profundos, a los que se puede acceder mediante revelación.

Por eso debemos conservar un corazón de humildad y mansedumbre delante del Señor y acercarnos al trono de Su gracia y rogarle que nos dé revelación y luz para comprender todo aquello sobre lo cual quiere darnos revelación y visión.

Recordemos que cuando Dios recreó la tierra y el universo, destinó los mares para habitación de los demonios, los seres bipartitos que vivían en la tierra, en los tiempos en que Lucero hijo de la mañana era el más alto gobernante del universo, seres que se rebelaron junto con satanás, perdieron su cuerpo y quedaron en el mar, los lagos y sobre la tierra[2].

Entonces Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza, con el fin de dominar esos demonios: ***señoree en los peces del mar.*** Pero Dios no quiere hacerlo solo, ni tampoco creó al hombre para que dominara a los demonios por sí mismo, sino Dios mezclado con el hombre, unidos los dos en un solo organismo, desea gobernar a esos espíritus rebeldes, que por su insurrección se llenaron de inmundicia y buscan estropear el plan de Dios y destruir Su creación. A eso hace referencia el señorear en los peces del mar.

Igualmente, Dios desea por medio de la criatura creada a Su imagen y semejanza gobernar sobre las aves del cielo, que hacen referencia a los ángeles caídos, quienes antes de rebelarse junto con satanás estaban organizados en tronos, dominios y potestades. Estos ángeles—la tercera parte de la totalidad de todos los ángeles—, se rebelaron junto con satanás.

En el segundo día de la creación, Dios les dio los aires—la expansión— para que vivan como principados, potestades, gobernadores del mundo de tinieblas y ejércitos espirituales de maldad: "***Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en los aires***" Efesios 6.12. Dios desea mezclarse con algunos hombres, para ejercer dominio sobre esos espíritus llenos de inmundicia, que pertenecen al reino de satanás.

En Génesis 1.26 Dios desea

2. Sobre este tema se puede encontrar luz en el libro ***Las eras más primitivas de la tierra***" de G. H. Pember, disponible en español.

mezclarse con el hombre para ejercer dominio sobre las bestias y en toda la tierra, porque esas bestias representan tanto a demonios que se esfuerzan por poseer a las personas y a los animales; y los ángeles caídos que permanentemente atacan a los hombres y los hacen uno con ellos, para cometer crímenes y toda clase de pecados abominables, que ofenden la persona y el plan del Señor.

Finalmente, el Señor creó al hombre a Su imagen conforme a Su semejanza para señorear en todo animal que se arrastra sobre la tierra, haciendo una clara alusión a los reptiles que representan a satanás, su persona y obra, el cual es tipificado especialmente por dos reptiles destacados: la serpiente y el dragón: "***Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él***" Apocalipsis 12.9.

Una vez que tenemos claros los dos propósitos con los cuales Dios creó al hombre a Su imagen, conforme a Su semejanza, que son: contenerse en el hombre y expresarse mediante él, el primero; y el segundo, dominar y aplastar el reino de satanás, conformado por ángeles caídos, demonios y hombres, podemos colegir el eterno deseo de Dios, de tener Su reino en la tierra, deseo para el cual cuenta con el hombre, y el que logrará por encima de toda oposición.

Dios desea que el hombre lo reciba en su espíritu y llene su corazón de Él

En el capítulo 2 de Génesis encontramos los pasos que Dios pretendía dar para llenar al hombre de Él y junto con Su criatura someter el reino de las tinieblas. En primer lugar, el versículo 7 dice: "***Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente***".

Este versículo nos muestra que el hombre fue creado con tres partes: espíritu, que es el aliento de Dios soplado sobre el barro con que había formado el cuerpo del hombre. Se debe tener en cuenta que el soplo de Dios no es el Espíritu de Dios, sino que ese soplo al mezclarse con el cuerpo hecho de barro constituye el espíritu humano. El cuerpo fue formado del polvo de la tierra y como resultado de unirse con el soplo de Dios—el espíritu humano— resultó en un ser viviente. Ser viviente, traducido de mejor manera, es el alma humana. Aquí tenemos las tres partes del ser humano, confirmadas en 1 Tesalonicenses 5.23: "***Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro***

ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo".

Hasta aquí el hombre es un vaso vacío que tiene la oportunidad de ser llenado. ¿De qué? Los versículos 8 y 9 dicen: "***Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal***".

En primer lugar, Dios hizo un huerto para que el hombre viviera. De la tierra, en ese huerto, hizo nacer todo árbol, que al ser contemplado daba una sensación deliciosa a la vista y también era apropiado para que el hombre comiera y se alimentara.

Efectivamente, Dios deseaba que el hombre comiera de todos los árboles que había hecho nacer de la tierra, pero le prohibió que comiera de uno, el árbol de la ciencia del bien y del mal: "***Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás***" Génesis 2.16-17.

Cuando Dios le dijo al hombre que comiera de todos los árboles del Huerto, incluyó el árbol de la vida, lo que quiere decir que Dios ordenó al hombre que comiera del árbol de la vida, el cual era y estaba el centro del Huerto de Edén, porque era el árbol que estaba en medio de él.

¿Y qué es el árbol de la vida? No olvidemos que la Biblia tiene en buena medida un lenguaje típico, con el que, mediante tipos, desea Dios mostrarnos y revelarnos Sus profundos misterios.

El árbol de la vida indudablemente es un tipo que se refiere a Dios mismo. Por ejemplo, el Salmo 36.9 dice: "***Porque contigo está el manantial de la vida***".

Jesús afirma: "***Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí***" Juan 14.6.

Igualmente Él afirma que Él es el pan vivo que descendió del cielo y que Él es el pan de vida: "***Yo soy el pan de vida…Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre… Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí… el que come de este pan, vivirá eternamente… las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida***" Juan 6.35, 51, 57, 58, 63.

Recordamos que el Antiguo Testamento de la Biblia fue escrito en hebreo y en arameo y el

Nuevo Testamento en griego. En la antigüedad, hacia el siglo III a. C., el Antiguo Testamento fue traducido al griego, lo que nos permite afirmar que toda la Biblia está escrita en griego.

En el idioma griego hay tres palabras diferentes para designar la vida, que se puede traducir al español solamente como una palabra: vida, porque nuestro idioma es mucho más limitado que el griego.

Las tres palabras son: ***Bios***, que se refiere a la vida biológica, a la vida física que se encuentra en las plantas, en los animales y en el hombre.

La otra palabra es ***psique***, que se traduce comúnmente como alma y se refiere a la vida sicológica encontrada en el hombre y en los animales, en éstos en un grado inferior.

La tercera palabra es ***Zoé***, que hace referencia a la vida eterna, a la vida espiritual, a la vida increada, inmarcesible, incorruptible y eterna de Dios. Por ejemplo, en Juan 10.10: "***yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia***" Esa vida a la que se refiere el Señor es ***Zoé***, lo que indica que Él ha venido para que tengamos abundantemente Su vida eterna.

Así las cosas, el árbol de la vida se refiere a la vida de Dios, la vida eterna, la que Dios deseaba que el hombre recibiera, se llenara de ella, y por eso puso el árbol de la vida en medio del Huerto de Edén, en el centro, en lo más notorio y notable, con el fin de que el hombre se fijara en Él, lo comiera y lo disfrutara.

Si Adán y Eva hubiesen obedecido a Dios comiendo del árbol de la vida, inmediatamente hubiesen sido regenerados, la vida eterna de Dios habría entrado en ellos y hubiesen sido uno con el Señor por la eternidad.

De esa manera, Dios y el hombre siendo uno, hubiesen dominado sobre los peces del mar—los demonios—, sobre las aves de los cielos—los ángeles caídos, que moran en los aires como principados, potestades, gobernadores de este mundo de tinieblas y ejércitos espirituales de maldad—y sobre las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo lo que se arrastra sobre la tierra—satanás.

El hombre no se llenó de Dios sino de satanás

Pero el hombre no obedeció, sino que, por medio de la mujer, satanás incorporado en la serpiente vino a engañarla y a hacerle creer que Dios los estaba engañando y que ellos necesitaban comer del árbol de la ciencia del bien y del mal.

¿Qué es ese árbol? Este es otro de los tipos que el Señor emplea en la Biblia, pero que, si lo buscamos en intimidad, Él nos re-

vela Su palabra. La consecuencia de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal es la muerte. Dios advirtió al hombre: "***el día que de él comieres, ciertamente morirás***". Aquí se comprueba que la causa de la muerte es el árbol de la ciencia del bien y del mal.

No debemos buscar interpretaciones personales ni extrañas de la Biblia; ella se interpreta a sí misma, pero para interpretarla correctamente debemos buscar en nuestro espíritu humano que el Padre nos dé sabiduría y revelación: "***para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él***" Efesios 1.17.

Así las cosas, si leemos Romanos 5.12: "***Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron***", encontraremos que la causa de la muerte es el pecado. Note que ese pecado está en singular y se refiere a una persona. Así como el árbol de la vida hace referencia a la persona de Dios, el árbol de la ciencia del bien y del mal, se refiere a otra persona.

Para descubrirla, leamos dos versículos que nos darán plena claridad sobre el asunto: "***El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio… Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira***" 1 Juan 3.8; Juan 8.44.

El primero dice que el diablo peca desde el principio. ¿Por qué peca? Porque esa es su naturaleza; él es pecador, es el pecado. Cuando él estaba en el Edén de Dios, era el sello de la perfección, acabado de hermosura y lleno de sabiduría y tenía comunión con Dios, luego no tenía pecado; pero un día se halló en él pecado, manifestó una naturaleza extraña y por eso él peca desde el principio, y cuando habla, solo exterioriza mentiras.

Esto nos lleva a concluir que el árbol de la ciencia del bien y del mal es el pecado y que el pecado es la naturaleza de satanás; luego, cuando Adán y Eva comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, comieron la naturaleza de satanás, se hicieron uno con él, recibieron su naturaleza en ellos.

Así podemos colegir que cada uno de los dos árboles representan a dos personas: el árbol de la vida representa a Dios y el árbol de la ciencia del bien y del mal representa a satanás. El hombre

estaba entre estos dos caminos: o recibir a Dios o recibir a satanás. Lamentablemente Adán escogió la segunda opción y el propósito de Dios de reinar junto con el hombre, se frustró..., pero sólo temporalmente.

Desde ese momento entre Dios y el diablo hay una batalla permanente, y el campo de batalla es el hombre. Dios desea ganar al hombre para Sí, por medio de infundirle Su vida eterna, y satanás se esfuerza por penetrar en el hombre y corromperlo usando medios tales como el mundo, la ciencia, la tecnología y casi todas las cosas buenas y malas que hay en el universo, porque no se debe olvidar que el bien y el mal están en el mismo árbol y su resultado es la muerte.

Cómo satanás logró meterse en el hombre

Veamos un poco el proceso que satanás utilizó para engañar a Eva. Incorporado en la serpiente se acercó a Eva y le formuló una pregunta: "***¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?"*** Génesis 3.1. La mujer de manera confusa le respondió: ***"Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis***" vs. 2-3. Aquí se puede ver que Eva no tenía claridad sobre la palabra y sobre el mandato de Dios.

En primer lugar, el árbol del cual Dios les prohibió comer fue el árbol de la ciencia del bien y del mal, y éste no estaba en el centro del Huerto de Edén, como afirmó Eva. El árbol que ocupaba la posición central era el árbol de la vida y de ese árbol, Dios sí quería que comiesen.

Ante esa confusión, satanás aprovechó la ocasión para confundirla más, tratando a Dios de mentiroso, endilgándole al Señor lo que en verdad es satanás: mentiroso: "***No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal***" Génesis 3.4-5, y de paso le prometió que él, satanás, los haría iguales a Dios conocedores del bien y del mal.

Al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal estaban recibiendo en ellos la naturaleza pecaminosa de satanás.

Es necesario tener claridad en el sentido de que a Dios no le interesa el bien y el mal, porque nada tiene que ver con Su plan. A Dios le interesa si las cosas tienen como fuente la vida eterna, que es Él mismo.

A Dios no le interesa nada que tú hagas bueno o malo; a Él le interesa si tú, como Su hijo, haces, dices y piensas las cosas que provienen de Él, que tienen como origen la vida eterna, la luz, el

amor, la justicia y la santidad, que son algunos de los atributos de Dios. Todo lo demás es aborrecible y abominable para el Señor.

Una vez que Eva abrió su mente a satanás, su alma fue llena de él y tuvo una visión, pero esa visión es diabólica: ella vio que el árbol era agradable a la vista y codiciable para alcanzar sabiduría. Sin embargo, esa sabiduría no proviene de lo alto, porque la que proviene de Dios es "***primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía***" Santiago 3.17, mientras que la sabiduría que Eva recibió es terrenal, anímica [del alma] y diabólica. Santiago 3.15.

Como resultado de ese proceso la mujer alargó su mano, tomó del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, le dio a su marido quien también comió, y ahora ellos recibieron dentro de sí la naturaleza diabólica de pecado: "***Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió, así como ella***" Génesis 3.6.

¿Qué actitud asumió Dios ante tal situación? Él vino a tomar cuenta de la desobediencia de Su criatura. Lo primero que le preguntó a Adán fue: "***¿Dónde estás tú?***" Génesis 3.9. Adán no pudo escapar del juicio de Dios. Su actitud frente a Él fue evasiva y terminó echándole la culpa de su desgracia a Dios mismo: "***La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí***" Génesis 3.12.

Este es un episodio lamentable y muy triste. El hombre que Dios había creado con tanto amor, el único que decidió hacer a Su imagen conforme a Su semejanza, al que tenía el propósito de llenar una vez lo recibiera, se había llenado de un elemento extraño, se había llenado de la naturaleza del enemigo de Dios; en lugar de participar del reino de la luz, el hombre decidió hacerse miembro del reino de las tinieblas, hacerse uno con satanás y convertirse en enemigo de Dios.

Por eso el Señor maldice a satanás, maldice la tierra, pone una carga pesada sobre el hombre para obtener su sustento, cuando antes de la caída Dios proveía toda clase de árboles deliciosos a la vista y buenos para comer, y a la mujer le da la carga de concebir y dar a luz sus hijos con mucho dolor.

Para evitar que el hombre comiera del árbol de la vida y viviera para siempre sin esperanza de redención, selló el camino al árbol de la vida con querubines y una espada que se revolvía por todos lados: "***Y dijo Jehová Dios:***

He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida" Génesis 3.22-24.

¿Resultado? El hombre fue echado de la presencia de Dios, fue sacado del Huerto de Edén, que no es un huerto físico donde hay un poco de árboles frutales, sino un ambiente maravilloso donde Dios y el hombre vivían juntos y no había ninguna restricción para la comunión. Sin embargo, ahora esa delicia había llegado a su fin.

No obstante, a pesar de la caída, Dios siguió siendo misericordioso con el hombre y antes de expulsarlo del Huerto, lo vistió, a él y a su mujer, con pieles de animales. Seguramente, el Señor sacrificó algunos corderos, arregló la piel de éstos y con ellas hizo vestidos para el hombre y su mujer, en lugar de los vestidos de hojas de higuera que ellos habían hecho para cubrir su desnudez, pero que durarían muy poco tiempo y volverían a estar desnudos.

Capítulo 3

DIOS DESEA TENER SU REINO (3)

El hombre cayó aún más

Pero la caída del hombre no se limitó a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, sino que ahora que satanás poseía el alma del hombre, trató de hacerlo caer cada vez más bajo y hacerlo más vil; y lo logró.

Una vez que Adán y Eva fueron expulsados del Huerto de Edén, tuvieron dos hijos: Caín y Abel. El primero se dedicó a cultivar la tierra con el fin de extraer de ella su sustento mediante el sudor de su frente, mientras que el segundo se dedicó a cuidar ovejas.

Si tenemos en cuenta que en ese tiempo el hombre no comía carne de animales, porque fue solo hasta Génesis 9 cuando Dios le permitió comer carne: "***Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis***" v. 4, entonces podemos afirmar que Abel cuidaba las ovejas para ofrecerlas en sacrificio a Dios, pues eso testifica Hebreos 11.4: "***Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella***".

A pesar de la caída del hombre y de la expulsión del Huerto de Edén, los canales de comunión con Dios no fueron totalmente cerrados y el hombre podía acercarse a Dios por medio de ofrendas.

La línea de Caín

Fue así como Caín presentó a Dios de lo mejor de su cosecha y Abel sacrificó holocaustos con lo mejor de sus ovejas, pero Dios rechazó a Caín y a su ofrenda y se agradó de la ofrenda de Abel: "***Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante***" Génesis 4.3-5

¿Cuál sería el motivo de tal determinación de Dios? Caín cultivaba la tierra que Dios había maldito y obtenía de ella el sustento, mediante su propio esfuerzo y sudor, mientras que Abel cuidaba ovejas para sacrificarlas en holocausto al Señor.

La ofrenda que Caín presentó a Dios tenía como fuente su propio esfuerzo y su sudor; Dios la rechazó y también rechazó a Caín. Abel sacrificaba las ovejas, disfrutando, mediante ese sacrificio, un tipo de Cristo, como el Cordero de Dios. Abel aprendió que para acercarse a Dios necesitaba que hubiese de por medio redención a través de sangre.

Caín presentó la cosecha de su

propio esfuerzo, sin importar que su condición de pecador le impidiera acercarse a Dios y agradarlo con sus acciones.

En palabras sencillas, mientras Caín pretendió servir a Dios según sus propios conceptos y deseos, Abel sirvió según la voluntad de Dios. Dios mismo les había dado ejemplo a Adán y Eva, cuando sacrificó algunos animales para obtener pieles y vestir la desnudez de ellos. Así fueron vestidos de Cristo y no de su justicia propia. Por eso Apocalipsis 13.8 afirma que "***el Cordero fue inmolado desde el principio del mundo***".

Como Dios no acepta nada que se origine en nosotros mismos, Caín fue rechazado e igualmente su ofrenda; entonces él se ensañó contra su hermano Abel y lo mató. Como consecuencia del asesinato cometido por Caín, Dios lo maldijo y lo echó de su presencia: "***Y dijo Caín a Jehová: Grande es mi castigo para ser soportado. He aquí me echas hoy de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra***" Génesis 4.13-14.

Desde entonces Caín se volvió un errante, un hombre que vagaba por el mundo sin Dios, haciendo las cosas a su manera y siendo uno con satanás.

Lo primero que hizo fue edificar una ciudad y darle el nombre de su hijo Enoc. Esa ciudad es una falsificación de la Nueva Jerusalén, que es la consumación del plan eterno de Dios, y el nombre de su hijo Enoc, es igualmente una falsificación de Enoc que está en la línea de Set, séptimo desde Adán, quien caminó con Dios y el Señor le evitó la muerte y lo raptó vivo: "***Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años. Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios… Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios"*** Génesis 5.21-24; Hebreos 11.5.

Enoc es un tipo de las Primicias que no pasarán por la muerte y que serán raptados vivos antes del comienzo de la Gran Tribulación.

La descendencia de Caín, registrada en Génesis 4, se convirtió en la edificadora del sistema satánico que la Biblia identifica como el mundo, mediante el cual satanás atrapa a las personas y las cautiva de manera furtiva y por medio de él se opone a Dios. Esta es la continuación del reino

de las tinieblas y continuará existiendo hasta la venida del Señor Jesús. Es por eso que el Espíritu Santo por medio de Santiago afirma: "***¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios***" Santiago 4.4.

La mezcla inmunda de ángeles caídos con humanos

La caída del hombre no terminó con la destitución de Caín de la presencia de Dios, y el comienzo del sistema conocido como el mundo, sino que más adelante en Génesis 6, ocurre algo más grave aún: "***Cuando los seres humanos comenzaron a multiplicarse sobre la tierra y tuvieron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los seres humanos eran hermosas. Entonces tomaron como mujeres a todas las que desearon"*** Génesis 6.1-7—Biblia al Día.

Satanás sabe que el deseo de Dios es morar dentro del hombre y mezclarse con él, hasta que el hombre sea totalmente uno con Dios. Con el fin de dañar más al hombre, los ángeles caídos tomaron forma corpórea, escogieron mujeres para ellos, fornicaron y les engendraron hijos que constituyeron una raza de gigantes, raza que no es pura, sino una mezcla inmunda de ángeles caídos y mujeres.

Estos gigantes poblaron buena parte de la tierra, especialmente Canaán la tierra que Dios le había prometido a Abraham y a su descendencia. Allí, por ejemplo, se testifica que la cama de Og rey de Basan medía 9 codos de longitud y 4 de ancho. Un codo tiene entre cuarenta y cinco y cincuenta centímetros, lo que nos da una cama de un poco más de cuatro metros. El exceso de la longitud de una cama es poco con respecto a la estatura del usuario, lo que nos hace inferir que este rey medía un poco más de cuatro metros de estatura.

Esta raza que la Biblia identifica como *Nefilim*, no era una raza humana pura, sino una falsificación del plan de Dios, realizada por satanás: espíritus inmundos mezclados con seres humanos.

Fue tan ofensivo para Dios el advenimiento de esta raza que corrompió totalmente a los habitantes de la tierra, al grado que el Señor decidió destruir todo ser viviente de sobre la faz de la tierra. Sin embargo, Dios halló un hombre agraciado delante de Él y aunque la destrucción vino, Noé y su familia fueron salvos, para dar continuidad a la raza humana y al propósito eterno de Dios: "***Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo sola-***

mente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho. Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová" Génesis 6.5-8.

El hombre quiere ser igual a Dios

Después del diluvio, los hombres volvieron a multiplicarse y a poblar la tierra y así vino una caída más. En Génesis 10, de la descendencia de Cam, hijo de Noé, maldito por su padre, se levantó Cus, y éste engendró un hijo llamado Nimrod, que la Biblia identifica como el primer poderoso en la tierra: "***Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra***" Génesis 10.8.

Este hombre, para aumentar su poderío, inició un reino separado de Dios y lo hizo fundando ocho ciudades: "***Y fue el comienzo de su reino Babel, Erec, Acad y Calne, en la tierra de Sinar. De esta tierra salió para Asiria, y edificó Nínive, Rehobot, Cala, y Resén entre Nínive y Cala, la cual es ciudad grande***" Génesis 10.10-12. Entre estas ciudades se destacan Babel y Nínive, caracterizadas por la idolatría y la invocación de demonios, y el pecado respectivamente.

En el tiempo de Nimrod, la raza rebelde separada de Dios hizo germinar la semilla que satanás les había sembrado, semilla que consiste en querer igualarse a Dios y "***se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra***" Génesis 11.3-4.

Obsérvese que es la misma decisión que tomó Lucero hijo de la mañana, cuando decidió hacerse igual a Dios, e intentó poner su trono al lado del trono de Dios. En esta ocasión los hombres querían hacer una torre que llegara al cielo; esta es la misma actitud que produjo la caída de satanás.

Dios vino a ver la obra de los hombres y confundió sus lenguas. Así no pudieron entenderse y tuvieron que desistir de su obra diabólica. Desde ese tiempo, los hombres encabezados por Nimrod establecieron una enérgica oposición a Dios, en un sistema religioso tan poderoso que ha estado presente en todas las épocas del hombre en la tierra y hoy se manifiesta en el sistema religioso que domina al mundo en el extenso número de religiones que existen, incluidas las lla-

madas cristianas.

Hasta aquí vemos la paciencia de Dios y Su propósito de ganar al hombre para Su reino, pero el género humano está lleno de rebeldía y se opone obstinadamente a los propósitos del Señor.

Dios se provee con quien establecer Su reino

Él entonces, del seno de esa raza que había caído una y otra vez, decidió llamar a un hombre y trabajar solamente con él y su descendencia; ese hombre es Abraham. El Señor lo llamó de Ur de los caldeos, una tierra llena de idolatría y de invocación de demonios, y lo llevó a la tierra de Canaán, donde Abraham vivió hasta el fin de sus días.

Allí Abraham aprendió a obedecer y a seguir al Señor y su fe creció al punto de que Dios lo llamó Su amigo: "***Y se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia», y fue llamado amigo de Dios***" Santiago 2.23.

Mientras la raza humana se había separado de Dios y por persuasión de satanás se había convertido en su enemiga, Abraham es un hombre que tiene comunión con el Señor y es Su amigo; Dios entonces decidió continuar Su trabajo en la tierra con él y dejar a un lado a los demás hombres.

De Abraham nació Isaac, de este Jacob quien fue el padre del pueblo de Israel, que en el Antiguo Testamento era el reino de Dios en la tierra. Cuando vivía Jacob con sus once hijos en la tierra de Canaán, se levantó una enorme hambruna que los obligó a bajar a Egipto, donde José, uno de los hijos de Jacob, era el segundo en autoridad. Estando en Egipto murió Jacob y murió José y el pueblo estuvo allí más de cuatrocientos años.

Después de la muerte de José se levantaron en Egipto reyes que no conocían la historia de Israel y los esclavizaron sometiéndolos a duros trabajos; ellos clamaron al Señor y Él levantó a Moisés y por su mano los sacó de esa tierra, con el fin de introducirlos en la tierra de Canaán, la que Dios le había prometido a Abraham, Isaac y Jacob.

El Señor sacó al pueblo de Israel de Egipto, con mano poderosa e hizo delante de ellos milagros y señales portentosas, pero el pueblo era duro de cerviz y por más que Dios intentó gobernar sobre ellos, no fue posible hacerlo, pues siempre fueron rebeldes contra el Señor.

Cuando los sacó de Egipto, el Señor primero los llevó al desierto de Sinaí, donde los sostuvo por dos años, periodo en el cual Moisés subió al monte, en dos ocasiones, para entrevistarse con Dios, y recibir la ley escrita en dos tablas de piedra.

Igualmente, en ese periodo de dos años, los israelitas construyeron el tabernáculo de reunión, que era una tienda donde Dios se encontraba con algunos de ellos y desde donde les hablaba Sus mandamientos.

El Señor se dedicó por completo a cuidar a Su pueblo, teniendo la esperanza de que con él podría establecer Su reino en la tierra. Les dio comida en forma de maná, que caía del cielo seis días a la semana y con él se alimentaron durante los cuarenta años que peregrinaron por el desierto.

Igualmente, para evitar que el calor los abrasara en el día, puso sobre ellos una nube, la que de noche se convertía en columna de fuego que los alumbraba y los calentaba. La nube y la columna de fuego, también los guiaba en el camino por donde debían andar, porque no tenían ningún medio de orientación. La nube, tipo de Cristo, era quien los guiaba cada día.

Pasados dos años de haber salido de Egipto, ya edificado el tabernáculo, estaban listos para atravesar el desierto y las tierras de diversos pueblos, y entrar en la tierra de Canaán. La travesía había de durar once jornadas. Sin embargo, el pueblo se llenó de rebeldía, blasfemó contra Dios, le pidieron a Moisés que enviara espías a reconocer la tierra; Moisés tuvo comunión con Dios al respecto, y el Señor aceptó el pedido del pueblo y enviaron doce hombres, uno por cada tribu, a que reconocieran la tierra, misión que duró cuarenta días.

Transcurrido ese tiempo, los espías regresaron y diez de ellos dieron noticias desfavorables al pueblo, lo que hizo que éste se rebelara contra Dios, y contra Moisés y Aarón.

Como consecuencia de la rebelión, Dios los hizo deambular por el desierto treinta y ocho años más, hasta completar cuarenta; un año por cada día que duró la exploración de los doce varones que reconocieron la tierra.

En ese lapso murieron Moisés, Aarón y todos los varones que tenían más de veinte años cuando salieron de Egipto, a excepción de Josué y Caleb, quienes hicieron parte de los doce espías que habían reconocido la tierra, pero que con su hablar no desanimaron al pueblo, sino que lo motivaron para que subieran y tomaran la tierra, porque el Señor se la había entregado. El pueblo en su rebeldía no los oyó y más bien quería apedrearlos.

Finalmente, el Señor introdujo a Israel en la tierra de Canaán, por mano de Josué y éste les repartió la tierra conforme a la orientación de Dios. Una vez cumplida su misión de introducir a los israelitas en la buena tierra y de repartirla conforme a la guía del Señor, Josué durmió y no

hubo un líder que lo sucediera en la dirección de Israel.

¿Por qué el Señor obraría de esa manera, no designando un sucesor de Josué? Porque tenía la esperanza de que el pueblo de Israel permitiese ser gobernado directamente por Él, ya que el pueblo se comprometió delante de Josué a seguir y a amar al Señor y no a los ídolos.

Dios siempre ha deseado reinar directamente sobre Su pueblo, sin que haya ningún mediador, sino que Él sea el Rey, pero en ese periodo subsiguiente, conocido como el de los Jueces, el pueblo se corrompió adorando ídolos y sirviendo a los dioses que había en esa tierra idólatra. Dios los castigaba permitiendo que los enemigos los dominaran y los saquearan; ellos se arrepentían, clamaban al Señor y Él les levantaba un juez y con ese juez los liberaba, destruyendo a los enemigos que los oprimían.

Esta situación duró alrededor de cuatrocientos cincuenta años; los jueces fueron decayendo, hasta que fue levantado Samuel, el último juez y quien también era profeta.

Los israelitas desechan al Señor como su Rey.

Samuel fue un buen juez, pero al final de sus días cometió un gran error al nombrar jueces a sus hijos, que no andaban ordenadamente y el pueblo prefirió pedirle que les estableciese un rey como tenían las demás naciones: "***Aconteció que, habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel. Y el nombre de su hijo primogénito fue Joel, y el nombre del segundo, Abías; y eran jueces en Beerseba. Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho. Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel, y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones***" 1 Samuel 8.1-5.

Cuando Samuel tuvo comunión con Dios al respecto, el Señor le dijo que el pueblo no había rechazado a Samuel sino al Señor, para que no reinase sobre ellos: "***Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos***" 1 Samuel 8.7.

Una vez más la rebeldía del pueblo se manifestó rechazando al Señor como Su Rey; una vez más el deseo del Señor es desechado por Su pueblo. Las naciones que hacen parte del mundo, que es gobernado por satanás,

siempre inducen a los hijos de Dios a no cumplir la voluntad del Señor.

El fracaso de los reyes en Israel

Dios entonces, sin ser Su voluntad buena, agradable y perfecta, permitió que el pueblo tuviese un rey, distinto a Él. Ese rey fue primero Saúl, quien fue rechazado y desechado por Dios, debido a sus actitudes. Después David fue puesto como rey, que es uno de los pocos reyes de los que Dios da testimonio que era conforme a Su corazón y que haría lo que Él deseaba.

David reinó cuarenta años sobre Israel y murió. En su reemplazo reinó uno de sus muchos hijos: Salomón. Este rey al comienzo procuró hacer la voluntad de Dios, pero pasando el tiempo su corazón se inclinó tras las mujeres gentiles y éstas lo llevaron a adorar a sus falsos dioses, lo que disgustó profundamente a Dios y como consecuencia, el reino fue dividido, después de la muerte de Salomón.

Bajo el reinado de Roboam hijo de Salomón, y debido a la idolatría de éste, diez de las tribus de Israel se quedaron en el norte, bajo el reinado de Jeroboam; solamente dos, se quedaron al sur, bajo el estandarte de Roboam.

La Casa de Israel, que así se le llamó al reino del Norte, tuvo reyes que siempre contrariaron el deseo del Señor. Al leer los relatos de sus hechos, en la inmensa mayoría se encuentra esta frase: "***E hizo lo malo ante los ojos de Jehová***".

El corazón de los reyes y del pueblo de la Casa de Israel se corrompió y ofendió tanto al Señor, hasta el punto de que Él tuvo que mandar a los asirios a que los invadieran, los llevaran cautivos y fueran remplazados en sus tierras por pueblos gentiles. Nunca más volvió a restablecerse como nación, ni como reino.

Judá no tardó en seguir el ejemplo de Israel, aunque en ella hubo algunos reyes que agradaron al Señor. En general la maldad en Judá fue tanta que el Señor envió al rey babilonio Nabucodonosor, quien quemó la ciudad, destruyó el templo y llevó cautivos a la mayoría de los habitantes de Judá.

Sin embargo, el tratamiento del Señor para la Casa de Judá o Reino del Sur fue distinto, porque después de setenta años, Babilonia fue invadida por Media y Persia, y tal como lo había profetizado Jeremías, el rey persa Ciro el Grande, decretó el regreso a Jerusalén de los judíos cautivos, con el fin de reedificar el templo y la ciudad, lo que ellos hicieron en un periodo cercano a los cincuenta años.

Desde entonces Judá se esta-

bleció como nación, pero en ella no se estableció un rey, de acuerdo con lo que se había determinado desde el tiempo de Samuel. Además, fue poco el tiempo que lograron permanecer como una nación libre, porque fueron siempre invadidos y acosados por los imperios de turno, como el imperio griego y el romano, bajo el cual fueron nuevamente dispersos entre los pueblos gentiles y durante un periodo cercano a los 1900 años, vivieron sin patria y sin tierra, hasta mayo de 1948, cuando lograron establecerse nuevamente como nación, gracias a una resolución de la entonces naciente Organización de las Naciones Unidas—ONU.

Esta brevísima reseña histórica pretende demostrar cómo algo que no se inicia en la voluntad del Señor, nunca perdurará en el tiempo, así Él permita ciertas cosas y sucesos históricos. Por eso, debemos procurar que todo nuestro vivir esté bajo la voluntad de Él, porque "***el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre***" 1 Juan 2.17.

Dios desea tener Su reino y así lo hace

Dios, en Su intención de obtener Su reino en la tierra, ejecutó una segunda parte de Su plan, en el que por un periodo de tiempo hace a un lado al pueblo de Israel y se vuelve a los gentiles. Para ello, Él mismo se hizo carne, vivió entre los hombres por más de treinta años, murió en la cruz, con el fin de eliminar todas las cosas que satanás había venido inoculando en el hombre y que lo constituyeron en enemigo de Dios.

Después de tres días de muerto resucitó y vino y se introdujo en los discípulos que Él había escogido cuando vivió en la tierra, consumando así uno de los pasos más gloriosos y sublimes del plan de redención. Dios ahora mora no solo con, sino dentro de Sus discípulos, y de esta manera, el establecimiento de Su reino en la tierra, entre y con los hombres, era una realidad que nada ni nadie podría frustrar.

Cuarenta días después de haber resucitado, ascendió al cielo a la vista de Sus discípulos, para ser entronizado y glorificado y desde allí se derramó como el Espíritu de poder el día de Pentecostés, Los bautizó introduciéndolos en el Espíritu Santo e inició Su obra de edificar la iglesia con y por medio de Sus discípulos.

Ahora el reino de Dios es real en esta tierra, porque Dios mora dentro de algunos hombres con el deseo de que ellos lo obedezcan en todo, hagan Su voluntad y lo complazcan en toda su manera de vida.

El comienzo de la manifestación de la iglesia es verdaderamente maravilloso, porque durante un buen número de años,

desde Pentecostés, los discípulos hicieron la voluntad del Espíritu y solamente esa voluntad se manifestó en la iglesia.

Pero satanás no descansa en su deseo de hacer daño y de estorbar el plan que el Señor tiene en Su corazón desde la eternidad y poco a poco se fue infiltrando en la iglesia y ha logrado damnificarla hasta el punto de llevarla a la situación actual, descrita en la cartas que el Señor escribió al ángel de la iglesia en cada una de las manifestaciones, en Apocalipsis 2 y 3.

En esa situación, la iglesia se llenó de tantas cosas extrañas que el Señor decidió quedarse fuera, a la puerta, para llamar a quienes quieran oír Su voz, abrirle la puerta y permitirle entrar para que el Señor y el creyente tengan un disfrute mutuo, y de esa manera el Señor pueda ganar a aquellos que está llamando para establecer el reino de los cielos.

A pesar del trabajo del enemigo para dañar el plan del Señor, la situación en el Nuevo Testamento es bien distinta, porque ahora Dios no es lejano, sino que mora en los discípulos que Él escogió desde antes de la fundación del mundo y que lo han recibido como su vida en su espíritu[1].

Todos aquellos que lo han recibido, han sido regenerados y hacen parte del reino de Dios, pero aquellos que estando en el reino de Dios procuran hacer la voluntad del Padre, serán preparados para entrar en el reino de los cielos y entrarán cuando el Señor venga.

Su venida será la manifestación máxima del reino de los cielos y tendrá una duración de mil años.

1. Para conocer todos los aspectos del daño que satanás ha hecho entre los cristianos recomendamos a lector dos libros del mismo editor: ***La Degradación de la Iglesia*** y ***¿Cuál Iglesia?*** Están publicados en la página: www.las-primicias.com

Capítulo 4

EL REINO DE DIOS (1)

En los variados intentos que hizo el Señor en el Antiguo Testamento por tener Su reino, primero con Adán y sus descendientes, después del diluvio con Noé y sus descendientes y finalmente con el pueblo de Israel, en los que no hubo éxito, Dios decide poner en acción Su plan definitivo de redimir al hombre y abrirle el camino para que se haga parte de Su reino. El primer paso que da el Señor consiste en que Él mismo se hizo hombre en Jesús: "***En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios… Y el verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros (y contemplamos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de realidad***" Juan 1.1, 14.

Al encarnarse como hombre, Dios recobró lo que se había perdido en el Huerto de Edén, cuando Adán comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, haciéndose uno con satanás y participando del reino de las tinieblas. Por eso Jesús es llamado el segundo hombre y el postrer Adán: "***El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo…Así también está escrito: El primer hombre, Adam, vino a ser alma viviente: mas el postrer Adam vino a ser un espíritu vivificador***" 1 Corintios 15.47, 45.

Lo que se había perdido en el Huerto de Edén era el deseo que el Señor tenía de mezclarse con el hombre para que éste lo contuviera y lo expresara, Dios ahora lo recobra en Jesús. Jesús es Dios mezclado con el hombre y en este hombre, Dios es contenido y expresado.

Cuando Jesús vivió en carne en la tierra, Él era el reino de Dios manifestado, porque Jesús siempre hizo la voluntad del Padre. En Sus pensamientos, palabras y hechos fue absolutamente gobernado por el Padre y nada hizo sin que el Padre lo hiciese en Él y por medio de Él: "***¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, El hace Sus obras"*** Juan 14.10 - Versión Recobro. Jesús es un hombre gobernado totalmente por Dios.

Pero, aunque Dios estaba plenamente satisfecho en Jesús, Su deseo no era tener Su reino solamente en un hombre. Todos los demás hombres que vivían en el tiempo en que el Señor Jesús anduvo en carne en esta tierra pertenecían al reino de las tinieblas, eran uno con satanás, y eso era así desde que Adán cayó del propósito de Dios en el Huerto de Edén. En esos hombres Dios no podía morar ni ellos podían expresar a Dios.

Jesús anduvo en esta tierra

por un periodo mayor de treinta años y en ese lapso siempre fue uno con el Padre y lo agradó en todo. Cuando llegó el tiempo que Él y el Padre habían determinado en Su presciencia, Jesús fue a la cruz a morir e identificarnos con Su muerte, porque estábamos sentenciados a muerte, desde que Adán cayó comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal: "***mas del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comerás; porque en el día que comieres de él, de seguro morirás***" Génesis 2.17.

Además de hacernos uno con Su muerte, también murió para quitar todos los obstáculos que satanás había puesto en el camino, obstáculos que nos impedían llegar a Dios.

Haremos una breve descripción de todas aquellas cosas que el Señor eliminó con Su muerte en la cruz:

1. El pecado

Sabemos que el pecado (en singular) hace referencia a la naturaleza satánica, y esa naturaleza satánica la inoculó satanás en Adán, en el Huerto de Edén, y todos los hombres, descendientes de Adán, la heredamos de nuestros padres: "***Por tanto, como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron***" Romanos 5.12.

Todos los seres humanos, nacidos de hombre y mujer, heredamos la naturaleza pecaminosa y eso nos hace pecadores. Al ser pecadores, no podemos entrar en el reino de Dios, no podemos entrar en la presencia de Dios ni tener comunión con Él.

No es así con Jesús, porque Él no fue engendrado por un hombre. Aunque fue concebido de una mujer, María, de quien recibió la naturaleza humana, Jesús fue engendrado por Dios, el Espíritu Santo: "***El origen de Jesucristo fue así: Estando desposada María Su madre con José, antes que se juntasen, se halló que estaba encinta por obra del Espíritu Santo***" Mateo 1.18. Al ser engendrado por el Espíritu Santo, Jesús no tenía la naturaleza pecaminosa con la que nacemos todos los hombres.

Él solamente tenía la semejanza de carne de pecado, es decir, aparentemente era igual de pecador a todos los hombres, pero Él no era pecador: "***Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y en cuanto al pecado, condenó al pecado en la carne***" Romanos 8.3.

Jesús como hombre, era el único que podía satisfacer los requisitos de Dios para quitar

el pecado del mundo, porque Él es un Cordero sin mancha, que, por amor a nosotros murió, para cumplir la sentencia que Dios le había dado a Adán en caso de que comiese del árbol de la ciencia del bien y del mal, y Jesús es el único capacitado para quitar el pecado del mundo: "***El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!... sabiendo que fuisteis redimidos de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero sin defecto y sin mancha, ya conocido desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros***" Juan 1.29; 1 Pedro 1.18-20.

Cuando llegó el tiempo determinado por Dios, Jesús fue a la cruz y murió. Cuando el Señor murió, Dios puso en su carne el pecado, para matarlo y destruirlo para siempre, a fin de que no fuésemos más esclavos del pecado, sino que por medio de Su muerte fuésemos justificados; en Cristo fuimos hechos la justicia de Dios: "***Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en ÉL***" 2 Corintios 5.21.

¿En qué momento Dios hizo pecado a Jesús? Sabemos que Jesús fue crucificado a la hora tercera del día—las 9 de la mañana— y que durante las tres primeras horas de la crucifixión fue juzgado por los hombres. Sin embargo, cuando llegó la hora sexta—las 12 del mediodía— la tierra se llenó de tinieblas: "***Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lama sabactani? Esto es: Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?***" Mateo 27.45-46.

Cuando estaba cerca la hora novena—las 3 de la tarde—, la última hora de Su crucifixión, Jesús clamó al Padre, porque se sentía abandonado. Y era verdad. No quiere decir esto que Dios lo había dejado esencialmente en Su interior, porque Jesús como Dios no podía ser separado del Padre, puesto que Él es Dios, Su esencia es divina y no podía ser cambiada, pero en su investidura exterior, la que recibió cuando fue bautizado "***Y Jesús, después que fue bautizado, en seguida subió del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre Él***" Mateo 3.16, le había sido quitada para poner en Su carne la naturaleza satánica, el pecado, con el fin de matarlo y destruirlo en la cruz, mediante Su muerte.

En las tres últimas horas de la crucifixión de Jesús, Dios puso en la carne de Jesús el pecado para juzgarlo, y Dios no podía vestirlo de Él, no podía estar sobre Él, porque en la carne de Jesús estaba el pecado y Dios no puede tener ningún contacto con esa naturaleza corrupta. Por eso Jesús clamó: ***Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?*** Mediante Su muerte en la cruz, como el Cordero de Dios, el Señor Jesús quitó, eliminó y abolió el pecado del mundo: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo***" Hebreos 2.14.

Cuando el cuerpo de Jesús murió—Su carne—, el pecado fue aniquilado, fue quitado del mundo, fue sentenciado a no molestar más a los hombres que han recibido al Señor. Él murió como el Cordero de Dios que quita el pecado: "***El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!***" Juan 1.29.

Esta es la razón por la cual el Señor Jesús en el momento de expirar exclamó: "***consumado es***" Juan 19.30

2. Los pecados

Debido a que el hombre desde el Huerto de Edén se volvió pecador, todos sus actos se convirtieron en conductas inaceptables delante de Dios, y esas conductas se llaman los pecados.

Todos los hombres cometen pecados porque son pecadores, es decir, dentro de ellos está la naturaleza pecaminosa que los esclaviza y los obliga a pecar.

Ningún hombre, por más poderoso y potente que sea, puede luchar y vencer esa naturaleza: "***Porque lo que hago, no lo admito; pues no práctico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago… De manera que ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí… Mas si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí… pero veo otra ley en mis miembros, que está en guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros***" Romanos 7.15, 17, 20, 23.

Todos fuimos pecadores hasta antes de que el Señor Jesús muriese en la cruz y aplastase al pecado: "***Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, los muchos serán constituidos justos***" Romanos 5.19.

Todos los hombres desde que nacen cometen pecados de dis-

tinta índole, y ante Dios cada uno tiene una enorme lista donde están escritos todos los pecados que comete en su vida. No obstante, gracias a la sangre que el Señor derramó en la cruz, esas conductas pecaminosas, por las cuales merecíamos la condenación eterna, nos fueron perdonadas y su registro borrado para siempre: "***En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia… Yo les perdonaré sus iniquidades, y nunca más me acordaré de sus pecados… Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad***" Efesios 1.7; Hebreos 8.12; 1 Juan 1.9. A quienes hemos creído en el Señor, Dios nos ve en Cristo sin ningún pecado, porque Él perdonó nuestros pecados y se olvidó de ellos.

Gracias a la muerte del Señor Jesús, Dios perdonó la totalidad de nuestros pecados y en su registro ya no somos pecadores ni tenemos ningún pecado; el Señor los perdonó todos y no recuerda ninguno: "***Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades***" Hebreos 8.12.

3. El mundo

Desde la caída de Adán, la mayoría de los hombres se alinearon con satanás y éste ha desarrollado un sistema que los esclaviza, los atrapa y los convierte en enemigos de Dios: "***Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que decide ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios… No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre***" Santiago 4.4, 1 Juan 2.15-17

Ese sistema se conoce en la Biblia como el mundo, y satanás comenzó a implantarlo desde que Caín quiso servir a Dios a su manera, no a la manera de Dios; como consecuencia el Señor lo rechazó, a él y a su servicio. Caín, después de que perdió la presencia de Dios, edificó una ciudad a la que le puso el nombre de su hijo Enoc, falsificando de paso dos hechos que se dan en el desarrollo del plan de Dios:

El primero es que la consumación del plan de Dios es la Nueva Jerusalén, que es la mezcla total de Dios con el hombre, y ***el segundo*** que Enoc, séptimo desde Adán por la línea de Abel y Set, fue un hombre que amó a

Dios, caminó con Él y Dios lo llevó sin que tuviera que pasar por la muerte. Este Enoc, es tipo de las Primicias, que serán transfiguradas y arrebatadas vivas antes del comienzo de la Gran Tribulación. Caín, tratando de confundir a los hijos de Dios, ayudado por satanás puso a su hijo ese mismo nombre: Enoc.[1]

Los descendientes de Caín, en la sexta generación eran adúlteros, pues Lamec (también la falsificación de Lamec en la línea de Set) tuvo dos mujeres, y de esas dos mujeres nacieron tres hijos que se dedicaron a hacer tiendas y a cuidar ganado, a fabricar y a interpretar instrumentos de música y a trabajar el hierro y el bronce. Con estas tres actividades pretendieron suplir las tres necesidades básicas del hombre, como son el sustento, la recreación y la defensa.

Cuando el hombre estaba en el Huerto de Edén, tenía cómo suplir abundantemente todas sus necesidades, porque en el Huerto había toda clase de árboles deliciosos a la vista y buenos para comer, con lo cual Dios suplía las necesidades de deleite y sustento. El hombre en el Huerto de Edén era cuidado por Dios mismo y estaba totalmente seguro, no había miedo ni incertidumbre.

El sistema mundano ha sido astutamente desarrollado por satanás a lo largo de los siglos, al punto de que todas las gentes que están en el mundo y muchos creyentes hijos de Dios son totalmente esclavos de él.

Los hombres contemporáneos hacen colosales esfuerzos para labrar la tierra que le produce espinos y abrojos, es decir, trabajan intensamente en sus distintas fuentes laborales, y nunca están satisfechos. Igualmente buscan tantas maneras de diversión y nunca logran colmar su sed de placer, siempre queda un remanente de sed que jamás pueden saciar.

De la misma manera, cada día se inventan sistemas de seguridad más sofisticados, pero nunca logran dar una absoluta certidumbre a los hombres y tampoco anular sus temores e incertidumbres.

Cuando a Set, hijo de Adán, le nació un hijo a quien llamaron Enós, que quiere decir frágil, entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre del Señor, demostrando con ello, por un lado, su fragilidad y por otro la necesidad que tenían de depender de Él.

En el mundo contemporáneo las cosas siguen siendo iguales; hay un grupo de creyentes que seguimos al Señor de manera absoluta, recordando nuestra fragi-

1.Mucha revelación sobre las primicias puedes encontrarla en el libro ***Los Vencedores,*** del mismo editor y publicado en al página www.las-primicias.com.

lidad y dependiendo totalmente de Él, invocando Su nombre. A esos santos, Dios suple sus necesidades de sustento y abrigo, recreación y seguridad. Él nos da trabajo, en el que no vivimos estresados ni desesperados y obtenemos lo suficiente para nuestro sustento; por otro lado, el Señor es nuestro placer y deleite; estar en comunión con Él, agradarlo y complacerlo es nuestra mayor delicia y en Él estamos totalmente seguros, no tenemos incertidumbre ni temor del futuro ni del presente, porque el Señor todo poderoso es nuestra esperanza y nuestro diario vivir.

¿Por qué podemos vivir esta realidad hoy? Porque cuando el Señor fue a la cruz crucificó con Él al mundo y éste ya no puede enseñorearse de nosotros para esclavizarnos.

Por esta razón Pablo exclama en Gálatas 6.14: "***Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo***". La cruz del Señor Jesucristo hizo que el mundo muriese para nosotros y que nosotros muriésemos para el mundo. El sistema diabólico no es agradable para los creyentes genuinos que estamos siguiendo al Cordero y nosotros igualmente somos muy desagradables para el mundo. No tenemos nada en común.

Es cierto que aún estamos en el mundo, pero no nos amoldamos a Él, sino que cumplimos lo que el Espíritu Santo dice en Romanos 12.2: "***No os amoldéis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable y lo perfecto***".

Igualmente, en nosotros se hace realidad la oración que el Señor Jesús, antes de Su muerte, elevó al Padre: "***Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre santo, guárdalos en Tu nombre, el cual me has dado, para que sean uno, así como Nosotros… No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo***" Juan 17.11, 15-16.

Las gentes del mundo están sumergidas en él y son esclavos de satanás, y lamentablemente hay muchos creyentes, hijos genuinos de Dios, que son uno con el mundo, que viven en él, en sus deleites, y aunque son hijos de Dios se constituyen en Sus enemigos.

Sin embargo, quienes seguimos al Cordero por donde va, hemos cortado totalmente con el mundo: nuestro sustento es Dios y esperamos en Él; igualmente Él es nuestro deleite y nuestra alegría y diariamente vivimos en Él, en paz y seguridad. El Señor Je-

sús, en Su cruz acabó con el mundo.

4. El viejo hombre, el ego, el yo y la carne

Cuando satanás inoculó el pecado en Adán, éste se volvió el viejo hombre; el viejo hombre es la mezcla de la naturaleza humana con la naturaleza satánica, que conocemos como el pecado. Este no es un matrimonio sino un amancebamiento, un concubinato, que se produjo entre el hombre y satanás y que se expresa por medio de la carne, en cosas buenas y malas, porque no debemos olvidar que todo esto pertenece al árbol de la ciencia del bien y del mal, y en ese árbol hay tres cosas que debemos ver con claridad: conocimiento, bien y mal.

El viejo hombre, el ego, el yo y la carne no se refieren solamente a las cosas malas y horribles, sino también tiene que ver con las cosas buenas y destacadas que los hombres tienen en su día a día.

El mundo y las religiones, cualesquiera que ellas sean, viven discerniendo el bien y el mal, procurando evitar las cosas malas y tratando de practicar todo lo que consideran que es bueno y no se dan cuenta de que tanto unas como otras pertenecen al mismo árbol, tienen la misma fuente y su resultado es idéntico: la muerte.

A Dios no le interesa si eres muy bueno, excelente o si eres muy malo y ruin, porque los dos tienen el mismo resultado: la muerte. Lo que a Dios le interesa es si tus pensamientos, palabras y hechos se originan en Él; y se originan en Él cuando permites que el Señor llene tu alma con Sus riquezas insondables.

Antes de que el Señor Jesús viniese y muriera, los hombres estaban atados, amarrados y ligados a satanás, en el hombre viejo; pero cuando el Señor Jesús fue a la cruz y murió, nosotros morimos con Él, y como consecuencia ese hombre viejo, ese falso matrimonio entre satanás y nosotros, lo anuló, lo mató y lo extinguió para siempre.

Ahora somos libres, tenemos un nuevo marido y ese marido es el Señor Jesús resucitado. Ahora vivimos en el nuevo hombre que es un matrimonio genuino entre Jesús resucitado y los hombres que Él escogió para que sean Sus hijos: "***Hemos sido, pues, sepultados juntamente con El en Su muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida… sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos… No reine, pues,***

el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a las concupiscencias del cuerpo; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas de justicia" Romanos 6.4, 6, 12-13.

El Señor Jesús murió en la cruz y al morir mató el viejo hombre; nosotros morimos con Él. Pero nuestro Señor no permaneció en la muerte, sino que resucitó y nosotros resucitamos con Él. Cuando resucitó entró en nosotros y se mezcló con nuestra humanidad. Ahora estamos en Él y somos el nuevo hombre. ¡Aleluya! Estamos en Él, somos el nuevo hombre y vivimos en el nuevo hombre.

5. Satanás

La muerte del Señor Jesús en la cruz no sólo destruyó al pecado, los pecados, el mundo y el viejo hombre, sino que también acabó con el autor de todas esas abominaciones, es decir satanás y su reino de tinieblas.

Hebreos 2.14 dice: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo***". Satanás estaba convencido de que instigando a los religiosos judíos y a los políticos romanos para que condenaran y dieran muerte al Señor Jesús, lograría frustrar el plan de Dios, pero no se dio cuenta que Dios había tomado carne y sangre en Jesús para adquirir la capacidad de morir, por cuanto en Su divinidad era imposible que Dios muriera, y si Jesús que es Dios hecho hombre no podía morir, no habría esperanza de salvación para ningún hombre.

Tampoco satanás cayó en la cuenta de que mediante la muerte de Jesús estaba siendo destruido él mismo, quien tiene el imperio de la muerte. 1 Corintios 15.56 dice que "***El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley***". Con la introducción del pecado en el hombre la muerte pasó a reinar en éste, y satanás convirtió al pecado en el aguijón por medio del cual inyecta el veneno del pecado en la humanidad, un veneno que mata todo lo que toca.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, el pecado fue destruido y el aguijón con el cual satanás inoculaba el pecado dentro de la humanidad se tornó ineficaz. Lógicamente, este hecho es real en los creyentes, en los hijos de Dios, en aquellos que han recibido al Señor creyendo en Su nombre y constituyéndose en hijos de Dios. Esto no es real para los incrédulos.

Antes de que Jesús muriera estábamos a merced de satanás, atemorizados por el miedo a la muerte, pero al ser destruido el autor del pecado y de la muerte, ni uno ni otro tienen eficacia contra nosotros: "***y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud***" Hebreos 2.15. Los incrédulos tienen mucho miedo a la muerte y ese miedo los mantiene permanentemente esclavizados.

Aunque satanás todavía opera, engaña y tiene el mundo a su merced y aun es señor de la muerte, con respecto a nosotros los creyentes fue totalmente vencido, anulado y aniquilado mediante la muerte del Señor Jesús en la cruz.

Aunque él ande alrededor como león rugiente buscando a quien devorar "***Sed sobrios, y velad. Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar***" 1 Pedro 5.8, mientras los hijos de Dios nos mantenemos en el espíritu, no puede encontrarnos, porque estamos escondidos en Cristo, y Su muerte es totalmente eficaz en nosotros contra sus asechanzas: "***Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios***" Colosenses 3.3.

Por mucho que nos busque, nunca podrá encontrarnos, porque nosotros estamos escondidos en Dios, por medio de Cristo.

6. Nos reconcilió con Dios

Antes de que Cristo viniera y muriera en la cruz, había dos pueblos irreconciliables: los judíos y los gentiles. Los judíos consideraban a los gentiles enemigos de ellos y de Dios, y en verdad los gentiles eran enemigos de Dios, pues así lo declara el Espíritu Santo, en Efesios 2.1-3: "***Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros nos conducíamos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás***".

Y en Romanos 5.10 se habla de que esa enemistad fue anulada y eliminada por medio de la muerte del Señor Jesús en la cruz: "***Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo***".

No solo los gentiles eran enemigos de Dios, también los judíos, aunque eran un pueblo escogido por Dios a lo largo de los siglos se convirtieron en enemigos del Señor. A ambos, judíos

y gentiles, el Señor Jesús por medio de Su cruz reconcilió con Dios a unos y otros: "***y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, habiendo dado muerte en ella a la enemistad… porque por medio de El los unos y los otros tenemos acceso en un mismo Espíritu al Padre***" (Efesios 2.16, 18)

Todas estas cosas eran obstáculos que satanás fue poniendo en el camino por el que podíamos acercarnos a Dios, pero la muerte del Señor es tan maravillosa para nuestra redención, que, mediante ella, el Señor Jesús, eliminó uno a uno esos obstáculos, nos reconcilió totalmente con Él, y de los dos pueblos, judíos y gentiles, hizo uno, y nos llevó a Él para hacernos parte de Su familia.

Antes de la muerte del Señor, quienes pertenecíamos al pueblo gentil, los que éramos llamados incircuncisión por los judíos, que tenían la circuncisión, vivíamos sin esperanza y sin Dios en el mundo, estábamos sin Cristo y no teníamos con Dios ningún pacto, ni éramos agraciados con ninguna de Sus promesas y no teníamos ninguna ciudadanía que nos relacionara con Dios, como sí la tenía el pueblo de Israel: "***Por tanto, recordad que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión, hecha por mano en la carne. Recordad que en aquel tiempo estabais separados de Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo***" Efesios 2.11-12.

Sin embargo, el Señor Jesús mediante Su cruz, derribó la pared intermedia de separación, acabó la enemistad, y de ambos pueblos, judíos y gentiles, hizo uno solo: "***Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque El mismo es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad***" Efesios 2.13.

En la iglesia, el cuerpo de Cristo, la extensión de Dios en esta tierra, ya no hay judíos ni tampoco hay gentiles; solamente hay un pueblo, que es el nuevo hombre. En el nuevo hombre ya no hay distinción de razas ni de género. Si en verdad vivimos en el Espíritu somos uno y solo uno: somos el Cristo: "***Porque, así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo; siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo***

Espíritu" 1 Corintios 12.12-13.

En la ley había una cantidad de mandamientos expresados en estatutos, decretos y ordenanzas, que eran accesorios de la línea central de la ley, expresada en los diez mandamientos, que en dos ocasiones el Señor escribió en tablas de piedra y le entregó a Moisés.

Cuando el tabernáculo fue erigido, una y otra vez Moisés entraba en el Lugar Santísimo para consultar a Dios sobre casos particulares, y Dios le daba mandamientos con respecto a cómo hacer una u otra cosa o cómo resolver distintos problemas. En otras ocasiones era Dios mismo quien por Su propia iniciativa daba mandamientos a Moisés, para que los transmitiera al pueblo.

Todos estos mandamientos constituyen las ordenanzas de la ley, que ni los israelitas pudieron cumplir cabalmente, y mucho menos los gentiles, porque esos mandamientos eran extraños a ellos.

Cuando el Señor Jesús anduvo en carne afirmó que no había venido para abrogar la ley, sino para cumplirla. Efectivamente, Él era el único capaz de guardar toda la ley, porque ésta es buena, santa y justa, y solamente Él, que como hombre no participó de la naturaleza pecaminosa, reunía los requisitos necesarios para cumplir la totalidad de la ley, y la cumplió.

Al cumplirse la ley de las ordenanzas por parte de Cristo ya no había ninguna razón para que permaneciera, y con ello se acabó la jactancia de los judíos que se consideraban ser el único pueblo que podía relacionarse con Dios por medio de la ley. Por esa razón, menospreciaban y rechazaban a los gentiles.

El Señor Jesús abolió en la cruz esos mandamientos expresados en ordenanzas, que se constituían en un muro de división y separación entre judíos y gentiles: "***aboliendo en Su carne la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en Sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, habiendo dado muerte en ella a la enemistad***" Efesios 2.15-16.

Es asombroso que el Señor mediante Su cruz haya hecho de judíos y gentiles un solo y nuevo hombre. Antes unos y otros estábamos en el viejo hombre, amancebados con satanás, y permanecíamos divididos; pero cuando el Señor murió, acabó con todos los elementos del viejo hombre, es decir, destruyó a satanás en la cruz, nos libró de él y de todas sus artimañas.

Tres días después de haber

muerto resucitó y en la noche de la resurrección vino y se sopló como el Espíritu Santo dentro de Sus discípulos, convirtiéndolos en parte de Él, en Su Cuerpo, en Sus miembros, en Su extensión y haciéndolos el nuevo hombre: "***Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo***" Juan 20.22.

Ahora estamos en el nuevo hombre "***De modo que, si alguno está en Cristo, nueva creación es; las cosas viejas pasaron; he aquí son hechas nuevas***" 2 Corintios 5.17.

Cada día hacemos realidad la obra del Señor en la cruz, despojándonos del viejo hombre y renovándonos, poniendo la mente en el Espíritu. De esta manera nos vestimos del nuevo hombre, nos compenetramos con Cristo, nos llenamos de Él y vivimos en Su voluntad: justicia, santidad y realidad: "***que, en cuanto a la pasada manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a las pasiones del engaño, y os renovéis en el espíritu de vuestra mente, y os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la realidad***" Efesios 4.22-24.

7. Nos constituyó como Su familia

Además de todas estas cosas ricas y deliciosas, el Señor nos ha hecho miembros de Su familia: "***Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios***" Efesios 2.19. Una familia es un ámbito donde podemos tener un disfrute máximo de armonía, de amor, de felicidad, de bienaventuranza, de paz, de gozo, de seguridad, de alegría, de esperanza, de realidad... y esta es la familia para Dios y para nosotros.

En la familia de Dios, Él disfruta de la labor que ha realizado a lo largo de los siglos para ganarnos. Él está satisfecho y es feliz con Su familia. Nosotros disfrutamos Su persona, Sus riquezas; todo lo que es Suyo es nuestra herencia porque somos Su familia, la familia más elevada y bienaventurada que hay en el universo.

Qué maravillosa es la obra que nuestro Señor Jesucristo realizó mediante Su muerte en la cruz, y toda esa obra fue hecha a nuestro favor, única y exclusivamente para redimirnos, para comprarnos, para hacernos Suyos, para constituirnos en Su pueblo y hacer con nosotros Su reino.

8. Triunfó sobre los principados y las potestades, destruyendo totalmente el reino de satanás

El reino de satanás está constituido por satanás, que es el príncipe; los ángeles caídos que están en los aires como principados,

autoridades, gobernadores del mundo de tinieblas y ejércitos espirituales de maldad; también por los demonios, junto con los hombres que no fueron escogidos por el Señor en la eternidad pasada. Todos ellos hacen parte del reino de las tinieblas.

Al leer el Salmo 22 y compararlo con el relato que los Evangelios hacen de la crucifixión del Señor Jesús, inferimos que alrededor de la cruz de Jesús estaba todo el reino de la tinieblas: satanás, los ángeles caídos, los demonios y los hombres, presionándolo para que desistiera de concluir el plan de redención: "***No te alejes de mí, porque la angustia está cerca y no hay nadie que me ayude. Muchos toros me rodean; fuertes toros de Basán me cercan. Contra mí abren sus fauces leones que rugen y desgarran a su presa. Como agua he sido derramado; dislocados están todos mis huesos. Mi corazón se ha vuelto como cera, y se derrite en mis entrañas. Se ha secado mi vigor como una teja; la lengua se me pega al paladar. ¡Me has hundido en el polvo de la muerte! Como perros de presa, me han rodeado; me ha cercado una banda de malvados; me han traspasado las manos y los pies. Puedo contar todos mis huesos; con satisfacción perversa la gente se detiene a mirarme. Se reparten entre ellos mis vestidos y sobre mi ropa echan suertes***" Salmos 22.11-17.

Los hombres que estaban cerca de la cruz lo injuriaban y lo desafiaban a que se bajara de la cruz; se burlaban y blasfemaban contra Él procurando que Jesús desistiera de cumplir la redención por nosotros: "***Los que pasaban meneaban la cabeza y blasfemaban contra él: Tú, que destruyes el templo y en tres días lo reconstruyes, ¡sálvate a ti mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz! De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes, junto con los maestros de la ley y los ancianos. —Salvó a otros —decían—, ¡pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Y es el Rey de Israel! Que baje ahora de la cruz, y así creeremos en él. Él confía en Dios; pues que lo libre Dios ahora, si de veras lo quiere. ¿Acaso no dijo: "Yo soy el Hijo de Dios"? Así también lo insultaban los bandidos que estaban crucificados con él... Los soldados llevaron a Jesús al interior del palacio (es decir, al pretorio) y reunieron a toda la tropa. Le pusieron un manto de color púrpura; luego trenzaron una corona de espinas, y se la colocaron. —¡Salve, rey de los judíos! —lo aclamaban. Lo golpeaban en la cabeza con una caña y le escupían. Doblando la rodilla, le rendían homenaje. Después de burlarse de él, le quitaron el manto y le pusieron su propia ropa. Por fin, lo saca-***

ron para crucificarlo... La gente, por su parte, se quedó allí observando, y aun los gobernantes estaban burlándose de él. —Salvó a otros —decían—; que se salve a sí mismo, si es el Cristo de Dios, el Escogido. También los soldados se acercaron para burlarse de él. Le ofrecieron vinagre y le dijeron: —Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo... Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros" Mateo 27.40-44; Marcos 16.16-20; Lucas 23.35-37,39.

Los hombres que allí estaban blasfemando contra el Señor, no lo hacían por sí mismos, sino que estaban bajo la influencia de los ángeles caídos, los demonios y de satanás mismo; todo el reino de las tinieblas.

Sin embargo, el Señor no cedió y por el contrario "***despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz***" Colosenses 2.15.

Aquí la Biblia nos muestra con toda claridad que el reino de las tinieblas fue exhibido públicamente y aniquilado por el Señor, mediante Su muerte en la cruz. Esto hace parte de la maravillosa obra que el Señor logró con Su muerte y cuando tomamos la cruz, la hacemos realidad para nosotros.

Debemos tomar la cruz

En varias ocasiones, mientras el Señor anduvo en carne en la tierra les dijo a los discípulos que, para seguirlo, era necesario tomar la cruz. Pablo dijo que lejos estuviera de él gloriarse sino en la cruz de Cristo.

Los cristianos religiosos malentienden las palabras del Espíritu y hablan de la cruz como una pesada carga que debemos tomar cada día y seguir al Señor sufriendo, llorando y lamentándonos. El degradado papa de los católicos romanos, cada año en la fiesta pagana y diabólica de semana santa, toma una cruz y la carga por 14 estaciones de lo que llaman el viacrucis. Esta ceremonia es una burla de la muerte de nuestro amado Señor.

En algunas ciudades y pueblos hay hombres que durante esa fiesta pagana llamada semana santa se flagelan y se crucifican, dizque imitando la muerte del Señor.

No entienden que nadie puede imitar esa obra tan elevada, que solamente Él podía morir en nuestro reemplazo, que solamente Él mediante Su muerte podía eliminar todas las cosas que satanás puso entre Dios y nosotros. Esas imitaciones se constituyen en una burla a la obra de redención del Señor y una alabanza a satanás.

Tomar la cruz no es un acto de

lamentación, de tristeza, de sufrimiento ni de angustia. Nada de eso. Tomar la cruz es hacer realidad en nuestro vivir toda la obra que el Señor hizo mediante Su muerte de Cruz. Él nos liberó del pecado y nosotros ya no somos pecadores, porque fuimos liberados del pecado mediante la muerte del Señor.

Tomar la cruz es hacer realidad en nuestra vida el hecho de que el Señor Jesús derramó Su sangre para perdonar y limpiarnos de nuestros pecados que cometemos debido a la naturaleza caída que estaba en nosotros.

Cuando cometemos faltas, el Señor en Su fidelidad y justicia, mediante la sangre que derramó en la cruz y que introdujo en el cielo, perdona nuestras faltas y nos limpia de todos los actos injustos que cometemos: "***y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por Su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, obteniendo así eterna redención***" Hebreos 9.12.

Tomar la cruz es vivir la realidad día a día, de que el Señor en la cruz juzgó y aniquiló el sistema satánico del mundo que atrapa y esclaviza a las personas. Aunque nosotros estamos en el mundo, no pertenecemos a él, ya no somos sus esclavos, porque el Señor Jesús nos libertó totalmente de él.

Aunque nosotros estamos en el mundo, el mundo no está en nosotros, no somos de él, no le pertenecemos y él nada tiene en nosotros. Así como es verdad que, debido a nuestra debilidad y falta de comunión con el Señor, a veces caemos en el mundo, lo tocamos y nos relacionamos con él, también es verdad que podemos tomar la cruz del Señor para aniquilar al mundo, salir de él, arrepentirnos e introducirnos y escondernos en Él. Cuando vivimos en Él, el maligno no puede tocarnos con el mundo: "***Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues el que es nacido de Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca***" 1 Juan 5.18.

Tomar la cruz consiste en despojarnos diariamente del viejo hombre, el cual se va corrompiendo cada vez más; una vez despojados del viejo hombre nos renovamos en el espíritu de nuestra mente y nos vestimos del nuevo hombre, que ha sido creado en la cabal voluntad de Dios y en el que satanás no tiene nada.

En otras palabras, tomar la cruz es pensar en las cosas del espíritu, poner la mente en las cosas del espíritu y vivir en el trono de Dios, en el Lugar Santísimo, disfrutando de todas Sus riquezas, viviendo en Él y para Él, andando como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto para Su satisfacción y cono-

ciéndolo en nuestro espíritu para agradarlo en todas las cosas.

Tomar la cruz no consiste en lo que hacen los católicos que cuando son atacados por demonios, ángeles caídos o por el mismo satanás, a manera de fantasmas, toman dos maderos u otro material en forma de cruz y gritan una frase en latín: "*vade retro satana*".

Tomar la cruz consiste en que cuando satanás nos tienta o nos ataca, bien sea directamente o por medio de sus secuaces, nosotros tomamos la palabra de Dios y le decimos que él fue aplastado por el Señor Jesús en la cruz y que su reino fue destruido para siempre; que nosotros estamos en Cristo y que Él nos libró para siempre de su potestad; que, si es cierto que una vez pertenecimos a su reino, hoy estamos trasladados al reino de la luz, el reino del Hijo del amor.

Tomar la cruz consiste en llenarnos de la vida del Señor y expresarlo como amor, de tal manera que para nosotros no haya ningún enemigo distinto al diablo y sus seguidores. Nuestros hermanos son hijos de Dios como nosotros y los amamos en el amor de Cristo, en el amor con que el Señor nos ama y los recibimos siempre en Cristo.

Tomar la cruz consiste en proclamar que satanás ha sido totalmente destruido y que ya nada tiene en nosotros. Tomar la cruz es tener conciencia de que ya no somos pecadores, que el pecado no puede tener ningún señorío sobre nosotros.

Tomar la cruz es tener realidad del hecho de que todas nuestras faltas que cometimos mientras fuimos pecadores han sido perdonadas por el Señor y además de perdonadas han sido olvidadas.

Tomar la cruz es ser conscientes de que el viejo hombre que nos esclavizó durante cuatro milenios murió en la cruz y fue sepultado con el Señor Jesús. Cuando Él resucitó, el viejo hombres e quedó en la tumba; Él vino en resurrección y se metió en nosotros y nos hizo el nuevo hombre en el cual vivimos.

Tomar la cruz consiste en vivir la realidad de que, aunque estamos en el mundo no somos de él; el mundo nos aborrece y nosotros igualmente lo aborrecemos. Fuimos trasladados de la esfera mundana de satanás y ahora nuestro vivir es en el reino del Hijo del amor.

Tomar la cruz es proclamar que satanás, sus demonios, sus huestes espirituales de maldad, gobernadores de tinieblas, príncipes malignos y los hombres fueron exhibidos públicamente, aplastados y nosotros somos totalmente libres de ellos; nada tienen que ver con nosotros y noso-

tros estamos lejos de ellos.

Tomar la cruz es disfrutar el hecho maravilloso de que, siendo Sus enemigos, el Señor nos reconcilió con Dios y ahora somos Sus amigos, Sus íntimos, Sus hijos y Su familia. Nuestro vivir es un continuo disfrute de la familia más elevada y excelsa que hay en el universo.

Tomar la cruz consiste en disfrutar diariamente de todas las riquezas que nuestro Señor como Padre amoroso ha preparado para nuestro disfrute, nuestro sustento y nuestra felicidad. ¡Estamos completos en Él y somos inmensamente felices!

¡Que el Señor nos ayude a vivir la realidad de la obra preciosa de Su muerte en la cruz!

Capítulo 5

EL REINO DE DIOS (2)

La resurrección

El Señor Jesús no permaneció muerto, sino que la misma muerte fue vencida por medio de Su resurrección. Al tercer día después de muerto Él resucitó y al resucitar vino a los Suyos y se metió en sus espíritus para quedarse con ellos para siempre.

Este es un hecho muy elevado del proceso de redención que el Señor hizo a nuestro favor, pero infortunadamente no ha sido visto por los creyentes en su dimensión real.

La resurrección del Señor Jesús no consiste solamente en que Él venció la muerte, sino que Él la venció por nosotros, es decir, nosotros resucitamos con Él para no morir jamás; en Su resurrección nosotros resucitamos con Él: "***y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús***" Efesios 2.6.

Un segundo punto que es muy importante y destacado en la resurrección del Señor es el hecho de que, una vez resucitado, vino y se mezcló con Sus discípulos, con aquellos que Él había escogido: "***Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo***" Juan 20.22. Nótese que una vez resucitado, el Espíritu Santo es el soplo del Señor, lo que demuestra una vez más la unidad indisoluble que hay entre el Padre, el Hijo y el Espíritu.

¿Para qué se sopló el Señor como el Espíritu Santo en los discípulos? Cuando Dios creó a Adán y lo puso en el Huerto de Edén, Su deseo era que el hombre comiera del árbol de la vida que es Dios mismo, y se mezclara en su espíritu con Dios. Infortunadamente, satanás el astuto, vino y engañó a Eva y a Adán, y en lugar de que ellos se mezclaran con Dios, fue satanás quien se mezcló con el hombre.

Por esa causa, Dios no podía mezclarse con un hombre que estaba corrompido por el pecado, porque Dios es santo; tampoco podía mezclarse con un hombre que estaba lleno de muerte, de tinieblas y de injusticia, porque Dios es vida, luz y justicia.

El plan de Dios fue frustrado, o por decirlo en palabras apropiadas, fue aplazado. Sin embargo, Dios tiene propósitos que no pueden ser obstruidos ni derribados. Si bien es cierto que a veces el Señor tiene que esperar en el tiempo para realizar Sus decisiones, Sus propósitos se cumplen en su totalidad.

Hemos visto que por medio de Su muerte en la cruz el Señor aniquiló todos los obstáculos que había en el camino por el cual los hombres podemos llegar a Dios. Es por eso por lo que Él afirma en Juan 14.2-3: "***En la casa de Mi***

Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis".

La casa del Padre no es un lugar físico; es el Padre mismo, es Dios, y en Él hay lugar para nosotros Sus hijos, pero el camino estaba obstruido por todas las cosas que el diablo inoculó en el hombre.

Por otro lado, Dios mismo cerró el camino para que el hombre no pudiese llegar a Él, debido a la condición pecaminosa del hombre después de haber comido del árbol de la ciencia del bien y del mal, en el Huerto de Edén, y fue así como en Génesis 3, echó al hombre del Huerto y puso en el camino del árbol de la vida querubines y una espada de fuego que se revolvía por todos lados: "***Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida***" vs. 23-24.

Los querubines, la espada y el fuego representan la gloria, la justicia y la santidad de Dios respectivamente.

Si el hombre quería acercarse a Dios, después de la caída, debía cumplir estos requisitos. Al no poder cumplirlos porque no tenía la capacidad de hacerlo, Dios mismo se hizo carne en Jesús, y como hombre cumplió esos requisitos y nos abrió el camino al árbol de la vida: "***Así que, hermanos, teniendo firme confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, entrada que El inauguró para nosotros como camino nuevo y vivo a través del velo, esto es, de Su carne, y teniendo un gran Sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos al Lugar Santísimo con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia con la aspersión de la sangre, y lavados los cuerpos con agua pura… Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***" Hebreos 10.20-22; 4.16.

Es por eso que el Señor, en los versículos de Juan 14 arriba mencionados, dice que en la casa del Padre hay muchas moradas y que Él iba a preparar lugar para nosotros. Esa ida del Señor hace referencia a Su muerte; con Su muerte en la cruz cumplió los requisitos de la gloria, la santidad y la justicia de Dios, y además eliminó todas las cosas inmundas que satanás había interpuesto entre Dios y nosotros.

Él dice además que una vez que haya ido y nos haya preparado lugar, vendría y nos tomaría para Sí mismo, para que donde Él está, nosotros también podamos estar. Esa venida no se refiere a Su segunda venida que está a punto de ocurrir, sino a Su resurrección.

En pocas palabras, mediante Su muerte fue a prepararnos lugar y mediante Su resurrección vino a tomarnos para Él mismo y llevarnos a donde Él está, al lugar que preparó para nosotros. Esta es la razón por la que Efesios 2.6 declara que Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Mediante la fe, aunque aún vivimos en esta tierra, cuando estamos en el espíritu, estamos sentados en lugares celestiales con Cristo Jesús.

Igualmente, la resurrección del Señor Jesús manifiesta la aprobación del Padre a toda Su obra de redención. El hecho de que Jesús haya resucitado de entre los muertos quiere decir que el Padre estaba complacido con todas las cosas que Jesús hizo y esa obra fue aprobada por el Padre. Gracias a ella todos los obstáculos que satanás había interpuesto en el camino al Padre, fueron totalmente eliminados.

Ahora los hombres tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo, y el camino para llegar al Padre está despejado.

Sabemos que el mayor poder que había en la tierra es la muerte y que por ella todos los hombres se convirtieron en esclavos de satanás.

A lo que más temen los hombres es a morir, y ese temor los hace que se esclavicen y se sometan al diablo. Con Su resurrección el Señor Jesús aplastó la muerte y quitó el temor que, quienes somos hijos de Dios, profesábamos por la muerte: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud***" Hebreos 2.14-15.

Además, la resurrección del Señor Jesús y el hecho de que Él more en nuestro espíritu nos capacita para tener un vivir que le sea agradable, que lo satisfaga y que produzca frutos para Su disfrute: "***Porque el amor de Cristo nos constriñe, habiendo juzgado así: que uno murió por todos, por consiguiente todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió por ellos y fue resucitado***" 2 Corintios 5.14-15.

Todo esto implica la resurrección del Señor; es un paso de la redención que tiene que ver con

nosotros; no solamente es un hecho histórico que ocurrió con el Señor Jesús hace cerca de dos mil años, sino que es un hecho actual y real en la vida de aquellos creyentes que estamos aprendiendo a vivir en el Espíritu.

El Señor resucitado se ha mezclado con nuestro espíritu humano y es uno con él, y desde ahí está llenando nuestra alma, en la medida que nos disponemos para que lo haga. Cuando nuestra alma esté totalmente saturada con Su vida y naturaleza, habremos alcanzado la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. En ese entonces estaremos listos para entrar definitivamente en Su trono y en Su reino.

El día que el Señor resucitó, el primero de la semana, muy de mañana encontró a una discípula: María Magdalena. Cuando ella lo reconoció quiso tocarlo, pero el Señor le replicó: "***No me toques, porque aún no he subido a Mi Padre; mas ve a Mis hermanos, y diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios***" Juan 20.17.

En el mensaje que el Señor les manda a los discípulos hay algunos hechos que son muy dicientes. Antes de que Él muriera y resucitara, quienes andaban con Él eran Sus discípulos, Sus amigos y Sus siervos, pero ahora que ha resucitado son Sus hermanos y Dios es su Padre.

Ahora que Jesús había resucitado de entre los muertos, ahora que había vencido todas las cosas que satanás había sembrado en el hombre, el Señor por medio de Su muerte y resurrección, tiene el poder, la autoridad y la capacidad de engendrar hijos para Dios. Por eso Él era el hermano de Sus discípulos y Dios el padre de esos discípulos.

Desde ahí Dios no es lejano, que solamente está en el cielo, sino que ahora es Dios cercano que mora en el espíritu de los discípulos, es uno con ellos y aun, algo por demás maravilloso, es Su Padre y es Su hermano. Desde aquí Jesús fue constituido como el Hijo Primogénito de Dios. Por esa razón, esa misma noche vino a los discípulos y se sopló para dentro de ellos como el Espíritu Santo.

Ascensión, glorificación y entronización

Sin embargo, antes de venir a los discípulos, cuando encontró a María Magdalena le dijo que no lo tocara porque primero debía subir al Padre, para que el Padre fuese el primero en disfrutar las primicias de la obra que había trazado antes de la fundación del mundo. El Padre tenía ese derecho de gozar las primicias de Su obra de redención. Jesús enton-

ces subió al Padre.

Esto nos lleva a colegir que la ascensión es un proceso que tiene varias etapas. Esta es la primera de ellas: Él se presenta al Padre como las primicias de entre los muertos: "***Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho***" 1 Corintios 15.20.

Una vez que este disfrute fue consumado en el trono de Dios en el cielo, delante de los veinticuatro ancianos, de los cuatro seres vivientes y de los millones de millones de los ángeles, Jesús glorificado se manifiesta a los discípulos la noche de ese mismo día, el primero de la semana, el día de la resurrección. Estando ellos escondidos en alguna casa de Jerusalén, el Señor les aparece en medio, les muestra las llagas de sus pies, Sus manos y Su costado y luego los inocula con el Espíritu Santo, que es Dios mismo.

¡Qué contraste más asombroso! Mientras en el Huerto de Edén, el lugar donde Dios había puesto a Adán para que tuviese un continuo disfrute de las riquezas de Él, satanás vino e inoculó en el hombre su inmunda naturaleza pecaminosa; cuatro mil años después, en esa casa de Jerusalén, el postrer Adán, que había resucitado y ahora era el Espíritu dador de vida, inoculó dentro de los Suyos Su naturaleza santa, Su vida eterna que derrotó la muerte, Su luz de vida que rechaza las tinieblas y prevalece contra ellas, Su justicia y Su amor. Ahora, en esos hombres y mujeres, mora el Dios todopoderoso y eterno.

Durante los siguientes cuarenta días después de aquella noche, el Señor, que ahora vivía dentro de los discípulos se manifestó de manera visible en un buen número de ocasiones y en cada una les dejó valiosísimas lecciones de vida.

Al final de los cuarenta días los llevó al Monte de los Olivos, les dio algunas instrucciones y de pronto ascendió de manera visible hasta que lo ocultó una nube. Los discípulos que habían ido a aquel lugar y que vieron la escena maravillosa de la ascensión, se quedaron perplejos mirando al cielo, a donde había subido Jesús. Entonces les aparecieron dos varones con vestiduras blancas y les dijeron que ese mismo Jesús que habían visto ascender, de la misma manera regresaría a la tierra.

Ellos entonces instruidos por el Señor no abandonaron Jerusalén, sino que en número cercano a ciento veinte, fueron a vivir en una casa que llamaron el aposento alto y de acuerdo con la instrucción del Señor permanecieron allí en oración y ruego.

Cuando pasaron los diez días, el Señor vino sobre ellos (ya no

dentro de ellos, porque dentro de ellos estaba desde la noche de la resurrección), sino ahora vino a morar sobre ellos, alrededor de ellos, y obrando en y por medio de ellos, comenzó la obra de conformación y edificación de la iglesia.

Estos ciento veinte que permanecieron en oración y ruego durante diez días en el aposento alto, y los que el Señor fue añadiendo a la iglesia, tres mil el día de Pentecostés y cinco mil el día que sanó a un cojo por medio de Pedro y Juan, y todos aquellos que estaban destinados para vida eterna, que iban recibiendo al Señor y añadiéndose a la iglesia, conforman el reino de Dios establecido en la tierra.

Esta es la respuesta a la petición que el Señor hizo y enseñó a Sus discípulos por medio de la oración registrada en Mateo 6: "***Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra***" v. 10.

Estos ciento veinte que fueron testigos de la ascensión del Señor, durante los diez días anteriores a Pentecostés y muy seguramente por el resto de sus vidas en la tierra, sólo hicieron la voluntad de Dios. En casi todo el libro de los Hechos de los Apóstoles, podemos ver la misma tónica: unos hombres y mujeres redimidos, regenerados y nacidos de nuevo, haciendo la voluntad del Padre. Este es el reino de Dios y su realidad en la tierra.

¿Cómo entrar en el reino de Dios?

El reino de Dios no era solamente para aquellos ciento veinte que durante diez días permanecieron en el aposento alto haciendo la voluntad del Señor, ni solamente para los tres mil que fueron añadidos el día de Pentecostés, ni solamente para los cinco mil que fueron ganados para Dios en Hechos 5, ni para el resto de almas ganadas a lo largo del libro de Hechos, sino que Dios ha escogido a millones de hombres y mujeres para que hagan parte de Su reino, y hoy, aquellos que han sido escogidos, hacen parte del reino de Dios.

Para entrar en Él no hace falta hacer buenas obras o pertenecer a determinada familia o raza, o ser de cierta nacionalidad, o practicar determinados ritos establecidos por alguna "iglesia", o visitar ciertas catedrales o centros religiosos o rezar determinadas oraciones, o graduarse en teología en un seminario o instituto bíblico o adquirir ciertos títulos de pastor, reverendo, apóstol u otros, ni ser bautizado cuando niño, ni asistir a determinada iglesia, ni confesarse, ni ir a misa o a culto.

El único requisito para entrar en el reino de Dios es nacer de nuevo, nacer de agua y del Espíritu: "***Respondió Jesús y le dijo:***

De cierto, de cierto te digo: El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo: El que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" Juan 3.3-5.

En cierta ocasión un maestro judío fue a visitar al Señor Jesús de noche, e inquieto por las obras que el Señor hacía, afirmó que necesariamente Él tenía que haber venido de Dios.

Muy seguramente este maestro deseaba que el Señor le diera algunas orientaciones teológicas que le ayudaran a mejorar su función de maestro fariseo entre los israelitas, pero Jesús, sin titubeos, le planteó de una vez el asunto de ver el reino de Dios y entrar en ese reino, pues Dios no tiene una preocupación distinta a que Su reino sea establecido en la tierra.

Por eso el Señor fue directo al grano y le dijo: "***De cierto, de cierto te digo: El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios***" Juan 3.3. Ver el reino de Dios no es un asunto de conocer conceptos teológicos, sino que está basado en un hecho real y ese hecho es nacer de nuevo.

Como nos hubiera ocurrido a cualquiera de nosotros en esa época, Nicodemo quedó perturbado por la afirmación del Señor y le dijo: "***¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?***" (Juan 3.4). Nicodemo, aunque era maestro de Israel y estaba en una posición superior a muchos del pueblo (ese es el significado de su nombre), estaba convencido que nacer de nuevo era repetir el proceso de nacer de su madre.

El Señor le replicó: "***Lo que es nacido de la carne, carne es***" Juan 3.6. Es como si Jesús le dijese: "***Mira Nicodemo, si tú pudieras entrar en el vientre de tu madre y nacer otra vez, ese no sería un nuevo nacimiento, sino un nacimiento de la carne, igual al anterior***".

El Señor entonces le da claridad sobre el requisito *sine quanon* para entrar en el reino de Dios: "***De cierto, de cierto te digo: El que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios***" Juan 3.5. No hay ninguna posibilidad siquiera de ver el reino de Dios y mucho menos entrar en Él, a menos que se nazca de nuevo y ese nuevo nacimiento es nacer de agua y del Espíritu.

Nacer de nuevo significa tener un nuevo nacimiento, pero ya no de la carne, no un nacimien-

to de nuestros padres terrenos, sino que la vida de Dios, la vida eterna e increada, la vida santa, la vida llena de luz que repele las tinieblas, la vida amorosa y justa de Dios, entra en nosotros y se mezcla con nuestro espíritu y desde él avanza hasta abarcar el resto de nuestro ser: alma y cuerpo. Cuando eso ocurre, además de la vida humana, tenemos la vida divina de Dios morando en nosotros.

Nacer de agua es tomar la muerte del Señor Jesús para anular y eliminar de nuestra vida todas las cosas inmundas que satanás sembró en nuestro ser: "***¿O ignoráis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en Su muerte? Hemos sido, pues, sepultados juntamente con El en Su muerte por el bautismo***" Romanos 6.3-4.

Nacer del Espíritu es recibir a Cristo resucitado dentro de nuestro espíritu humano para que Él sea nuestra vida y nuestro diario vivir, haciéndonos miembros de la familia de Dios al ser engendrados por Él y constituídos en Sus hijos legítimos: "***Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de Voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino*** **[son engendrados]** ***de Dios***" (Juan 1.12-13

Nicodemo, sin ninguna luz, se da por vencido y le pregunta al Señor: "***¿Cómo puede hacerse esto?"*** Juan 3.9. Las palabras que el Señor le dice a Nicodemo, además de ser un reproche, son una advertencia para nosotros: ***"¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?***" Juan 3.10.

Esta es la triste situación del cristianismo contemporáneo: en su seno hay un elevado número de falsos maestros que enseñan cosas equivocadas con respecto a Dios y a Su reino, aparentemente basados en la Biblia, pero sin tener un testimonio genuino del Señor, porque nada han recibido de Él, sino que todos son inventos de su propia fantasía: "***De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho las cosas que están en la tierra, y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las que están en el cielo?***" Juan 3.11-12.

Si anhelamos enseñarnos la palabra del Señor unos a otros, entre los hijos de Dios, debemos tener tres cosas: ***la primera***, sabiduría, la cual es Dios mismo y se da por revelación en nuestro espíritu humano; ***la segunda***, visión, que se da en nuestra alma y proviene de la revelación que el Señor da a nuestro espíritu; y ***la tercera***, alcanzar un testimonio del Señor mismo, siendo enseñados por Él acerca de las cosas

celestiales.

Si fungimos de maestros y no tenemos estas tres cosas, caemos inmediatamente en lo que dice el Espíritu Santo por medio de Santiago: "***Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos un juicio más severo***" Santiago 3.1.

La iglesia sí necesita maestros, pero entendamos que esta clase de dones no se forman en un instituto bíblico o en un seminario teológico, ni surgen por determinación de una "*iglesia*" o de un cuerpo élite de cristianos, ni por una organización cristiana con personería jurídica, sino que son constituidos por el Señor, según lo relatado en Efesios 4.11: "***Y él mismo constituyó a algunos apóstoles; y a otros, profetas; y a otros evangelistas; y a otros, pastores y maestros***". Es el Señor quien constituye esta clase de dones y solamente Él.

De otro lado, estos apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros constituidos no tienen como oficio dirigir la iglesia, ni enseñorearse de los santos, ni siquiera de edificar la iglesia. El Señor restringió su función "***a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo***" Efesios 4.12.

Es muy difícil encontrar en la iglesia contemporánea un maestro o un líder que se ajuste a la voluntad del Señor en este aspecto.

Por el contrario, se está cumpliendo la palabra del Señor en el sentido de que la iglesia se llenaría de falsos ministros, que son más bien ministros de satanás disfrazados de ángel de luz. Sobre el particular, considera estos versículos: "***Porque vendrá tiempo cuando no soportarán la sana enseñanza, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a los mitos… Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como también entre vosotros habrá falsos maestros, que introducirán secretamente herejías destructoras, y aun negarán al Amo que los compró, acarreando sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán su lascivia, por causa de los cuales el camino de la verdad será injuriado, y en su codicia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas… Porque algunos hombres se han introducido encubiertamente, los que ya desde antiguo estaban inscritos para este juicio, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a nuestro único Amo y Señor Jesucristo… Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os desvíe. Porque***

vendrán muchos en Mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos desviarán… Y muchos falsos profetas se levantarán, y extraviarán a muchos" 2 Timoteo 4.3-4; 2 Pedro 2.1-3; Judas 1.4; Mateo 24.4-5, 11.

Volviendo al tema de nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios, ya tenemos claridad sobre el requisito indispensable para entrar en él: nacer de nuevo, nacer de agua y de Espíritu. Como hemos afirmado, en palabras sencillas, no es nada distinto a recibir por fe, al Señor Jesús como Dios y como hombre, tomando toda la obra de redención que Él hizo a nuestro favor, obra que comprende ocho pasos, de los que debemos tener claridad: ***el primero, la encarnación***. El Verbo siendo Dios eternamente se hizo carne para mezclarse con la humanidad y recobrar lo que satanás había dañado en el Huerto de Edén.

El segundo paso es Su vivir humano. Cuando Jesús estaba en esta tierra era Dios viviendo Su vida eterna en un hombre. Él estaba limitado por la carne que tenía semejanza de pecado, pero en su ser no había ni el más mínimo vestigio de la naturaleza pecaminosa de satanás. Con Su vivir humano, demostró que sí es posible que un hombre viva en plena comunión con Dios y haga Su voluntad en todo su vivir. Él nos dio ejemplo para que sigamos Sus pisadas.

El tercer paso es Su muerte en la cruz, de la que hemos hablado en el capítulo anterior, con alguna extensión. No obstante, queremos recabar que, con Su muerte en la cruz, el Señor anuló y eliminó todas las cosas propias de la naturaleza y la vida de satanás que éste había venido sembrando en el hombre desde la caída de Adán en el Huerto de Edén. Para quienes hemos recibido al Señor creyendo en Él, todas esas cosas hacen parte de una historia pasada que Dios ha olvidado y ahora somos plenamente libres para andar en comunión con nuestro Señor todos los días de nuestra vida.

El cuarto paso es la resurrección, con la cuál venció la muerte y como hombre fue designado Hijo de Dios: "***el evangelio de Dios, que Él había prometido antes por medio de Sus profetas en las santas Escrituras, acerca de Su Hijo, que era del linaje de David según la carne, que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor***" (Romanos 1.1-4).

Antes de que Dios se hiciera hombre en Jesús, viviera en esta tierra expresando a Dios, muriera y resucitara, ningún hombre era Hijo de Dios. Pero cuando Él resucitó fue declarado Hijo

de Dios como hombre. Esa declaración no recayó solamente en Jesús, sino que nosotros los creyentes fuimos designados con Él, hijos de Dios, y Él ahora es el Primogénito, el hermano mayor, y nosotros somos hijos de Dios, hermanos del Señor Jesús.

El quinto paso es la ascensión, que se da por lo menos en dos grandes etapas: la primera, el día de la resurrección, el primero de la semana, después de que María Magdalena encontró al Señor resucitado, Él subió al trono del Padre para presentarse como resucitado de entre los muertos, como las primicias, y recibir la gloria que había tenido con el Padre antes de que existiera el mundo: "***Ahora pues, Padre, glorifícame Tú junto contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese***" (Juan 17.5).

En esta etapa de la ascensión, el Señor fue adorado y alabado por los veinticuatro ancianos, los cuatro seres vivientes y los millones de millones de ángeles que están alrededor del trono de Dios y lo sirven.

La segunda etapa de la ascensión del Señor resucitado se dio cuarenta días después, cuando el Señor llevó a los discípulos al Monte de los Olivos y después de hablarles del reino de Dios y de darles algunos mandamientos ascendió a la vista de ellos y fue cubierto por una nube.

Debemos entender que por un lado el Señor ascendió al cielo y por otro se quedó en el espíritu de los discípulos. Igualmente, que, al ascender por encima de todas las cosas, inclusive de los cielos, Sus discípulos, Sus hijos, Sus hermanos, ascendimos con Él: "***Padre, en cuanto los que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo… En la casa de Mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis… y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús***" Juan 17.24; 14.2-3; Efesios 2.6.

Debemos procurar tener realidad de todas las cosas que el Señor hizo en el proceso de la redención, porque todas fueron hechas por nosotros y para nosotros. Con la obra de redención el Señor Jesús no buscó llenarse de fama ni convertirse en el hombre más famoso de la historia, porque a él no le interesa la gloria de los hombres. Él hizo todo por amor a nosotros Sus hijos, para que esa magnífica obra redentora sea nuestra realidad día a día.

El sexto paso dado por el Señor después de la ascensión es la entronización. El Señor Jesús una vez resucitado y ascendido se sentó en el trono del Padre, para ser el rey de todo el universo, para sustentar todas las cosas con la palabra de Su poder, para gobernar toda la creación y para edificarnos como Su cuerpo, la iglesia y tener Su reino en la tierra: "***Yo también he vencido, y me he sentado con Mi Padre en Su trono… Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo… el cual, siendo el resplandor de Su gloria, y la impronta de Su substancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder***" Apocalipsis 3.21; Hechos 2.36; Hebreos 1.3.

Con respecto a esa entronización como Rey y Señor del universo, nosotros no somos ajenos, porque ahora por fe, estamos donde Él está y hacemos lo que Él hace, aunque no tenemos la plenitud sino el anticipo, las arras. En un sentido nosotros gobernamos la tierra con el Señor, especialmente cuando vivimos en nuestro espíritu humano, que es nuestro aposento más interior, cerramos la puerta y en comunión con Él oramos al Padre en secreto, llevamos Sus cargas a Su trono de gracia y el Señor opera conforme a esa oración que hacemos según Su voluntad. En ese sentido estamos gobernando con Él, estamos ejerciendo Su reinado.

Cando el Señor regrese, los vencedores ejerceremos ese gobierno en plenitud y en la Nueva Jerusalén, todos Sus hijos lo ejerceremos por la eternidad.

El séptimo paso dado por el Señor es la glorificación. Desde que el Señor Jesús se sentó en el trono del Padre, es adorado y alabado por los veinticuatro ancianos, por los seres vivientes, por los millones de millones de ángeles y por todos los seres creados. Podemos deleitarnos con esa adoración y alabanza leyendo y disfrutando el capítulo 5 de Apocalipsis: "***Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que proclamaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro y sus siete sellos. Y vi en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero***

en pie, como recién inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, las cuales son las oraciones de los santos; y cantan un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque Tú fuiste inmolado, y con Tu sangre compraste para Dios hombres de toda tribu y lengua y pueblo y nación y de ellos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes, y reinarán sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era miríadas de miríadas y millares de millares, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la bendición. Y a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, la honra, la gloria y el imperio, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los ancianos se postraron y adoraron".

Ahora Jesús como hombre está en la gloria de Dios, en la gloria de la que se había despojado. Ahora no tiene ninguna relación con nada de las cosas satánicas: ni con el pecado, ni con el mundo, ni con satanás, porque Su gloria no puede ser penetrada por nada inmundo. ¡Qué alegría! Nosotros, Sus hijos, los miembros de Su cuerpo, los ciudadanos de Su reino lo adoramos, lo alabamos y por fe disfrutamos Su gloria.

El octavo paso que el Señor dio para completar Su obra de redención fue el bautismo en el Espíritu Santo ocurrido el día de Pentecostés y relatado en Hechos capítulo 2. Después de la ascensión del Señor, los discípulos regresaron a Jerusalén y vivieron durante diez días en una casa que llamaron el aposento alto. El nombre que el Espíritu Santo dio al lugar es muy apropiado, porque en verdad era alto, tan alto que estaba en el mismo cielo, en la presencia del Señor, en Su trono. Los ciento veinte que estaban allí, aunque su cuerpo estaba en la tierra, Su espíritu y su alma estaban en la presencia de Dios, estaban en Su gloria, porque durante esos diez días no hicieron nada que no fuera conforme a la voluntad de Dios.

Su vivir, sus pensamientos,

sus oraciones y sus actos estaban totalmente armonizados con la voluntad de Dios. En esos diez días nadie desentonó, nadie fue corregido ni ajustado, todos estaban sometidos al Espíritu, todos y cada uno de los ciento veinte eran uno en sus espíritus con el Espíritu Santo; aprendieron a ser uno entre ellos, es decir a ser unánimes, pues así lo declara Hechos 2.1: "***Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos***".

Si somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu, que no es nada distinto a que cada uno somos uno en nuestro espíritu con el Espíritu del Señor, si permitimos que el Señor desde el espíritu llene el alma, espontáneamente seremos uno en nuestra alma, es decir, tendremos la misma mente, el mismo pensar, la misma opinión, la misma visión, el mismo sentir y el mismo hablar. Esto es unanimidad.

En una situación así, el Señor envía bendición y vida eterna: "***¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, El cual desciende sobre la barba, La barba de Aarón, Y baja hasta el borde de sus vestiduras; Como el rocío de Hermón, Que desciende sobre los montes de Sion; Porque allí envía Jehová bendición, Y vida eterna***" Salmos 133.1-3.

Y eso fue lo que ocurrió en Pentecostés: El Señor descendió como el Espíritu de poder y los invistió con Él mismo, para en una unidad absoluta con Sus discípulos llevar adelante Su obra de conformación y edificación de Su cuerpo. Cumplió en ellos la promesa que les había hecho en Lucas 24.40: "***He aquí, Yo envío la promesa de Mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto***".

Con todos estos pasos el Señor ha obtenido Su reino, un buen número de hombres y mujeres donde Él reine, donde Él sea el Rey y los ciudadanos de ese reino hagan Su voluntad. Todos aquellos que hemos creído en el nombre del Señor recibiéndolo en nuestro espíritu, hacemos parte de ese reino y estamos en el reino de Dios y nunca más saldremos de allí, viviremos en él por la eternidad.

Sin embargo, no debemos dejar de lado el hecho de que frente al reino de Dios hay otro reino que busca damnificar el reino de Dios y se esfuerza por destruirlo: es el reino de las tinieblas liderado por satanás, donde además hay ángeles caídos en forma de principados, potestades, gobernadores del mundo de tinieblas y ejércitos espirituales de maldad; también hay demonios en ese reino y miles de millones de

hombres.

A lo largo de los dos mil años de existencia de la iglesia, el reino de Dios en el Nuevo Testamento, satanás ha logrado infiltrar el reino, y hoy la iglesia, lamentablemente, está llena de tinieblas, y el reino de Dios está lleno de confusión y en él hay muchos, pero muchos falsos creyentes. Los genuinos hijos de Dios han perdido la visión y no hacen la voluntad de Dios.

Por eso el Señor en Su sabiduría, dentro del reino de Dios, ha introducido un segundo reino que es temporal, es decir, tiene principio y fin, y a ese reino Él lo ha llamado el reino de los cielos, del cual nos ocuparemos desde el próximo capítulo y en el resto de este libro.

Capíulo 6

EL REINO DE LOS CIELOS (1)

Breve repaso

En los capítulos anteriores el Señor nos mostró lo relacionado con el reino de Dios, quiénes pertenecen a él y cuáles son los requisitos para entrar en ese reino.

Igualmente sabemos que el reino de Dios es eterno, que comenzó en la eternidad antes del tiempo y que se extenderá por la eternidad, después de que el tiempo finalice.

También vimos que paralelo al reino de Dios existe el reino de satanás, que es el reino de las tinieblas que se formó cuando el arcángel llamado querubín grande protector y lucero hijo de la mañana se rebeló contra Dios, queriendo hacerse igual a Él, y a su rebelión se unieron la tercera parte de los ángeles, que actualmente conocemos como los ángeles caídos. Los seres dicótomos que vivían en la tierra, igualmente se rebelaron, junto con el querubín grande protector, perdiendo su cuerpo y convirtiéndose en espíritus incorpóreos que hoy se conocen como los demonios[1].

El reino de satanás, que lucha por dañar y destruir al reino de Dios, está conformado entonces por satanás, que es su príncipe, por los ángeles caídos que están en los aires organizados como principados, potestades, gobernadores de las tinieblas y ejércitos espirituales de maldad, y los demonios que hacen parte de las huestes espirituales de maldad y están en la tierra, en el mar y en las grandes superficies acuáticas. Igualmente está conformado el reino de las tinieblas por miles de millones de hombres que viven bajo el dominio de satanás.

Vimos igualmente que para hacer parte del reino de Dios se requiere nacer de nuevo, es decir, ser regenerados, que no es nada distinto a recibir al Señor en nuestro espíritu, con lo que nos convertimos en hijos de Dios: "***Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de Voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios***" Juan 1.12-13.

Cuando una persona que ha sido escogida por Dios desde antes de la fundación del mundo, recibe al Señor creyendo en Su nombre, inmediatamente entra

1. Sobre el particular puedes encontrar información en el libro ***Las Eras Más Primitivas de la Tierra*** de G. H. Pember, disponible en español.

en el reino de la luz, el reino de Dios, porque ha nacido de nuevo, y ese nacimiento nuevo no es nada distinto a que Dios, con todo lo que Él es, tiene y ha logrado mediante el proceso de redención a favor del hombre, viene a morar dentro de la persona que ha creído y lo ha recibido: "***el cual nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor***"(Colosenses 1.13.

En otras palabras, una persona regenerada, un nacido de nuevo, es aquel que ha recibido en su espíritu la vida divina, que es Dios mismo. Esa persona, además de su vida humana, ahora tiene otra vida morando en él y esa otra vida es la vida eterna, la vida increada, la vida santa e incontaminada, que es Dios mismo. Igualmente, un regenerado, ha sido trasladado por Dios, del reino de las tinieblas, el reino de satanás, al reino de Su Hijo Amado.

Ser regenerado no consiste en que una persona antes hacía una cantidad de cosas degeneradas y de pronto deja de hacerlas; ser regenerado es recibir la vida de Dios en el espíritu mediante creer. Eso es nacer de nuevo y ese es el requisito para entrar en el reino de Dios. Toda persona que nace de nuevo, que es regenerada, que recibe al Señor Jesucristo creyendo en Su nombre entra a formar parte del reino de Dios y ese reino en el Nuevo Testamento es la iglesia.

Debemos recalcar que un reino es un ámbito donde hay un rey y quienes viven en el reino hacen la voluntad del rey, viven bajo su jurisdicción y acatan las normas que hay en el reino, instauradas bajo la voluntad del rey.

El mayor deseo de Dios es que aquellos que, en Su amor y misericordia, Él ha introducido en Su reino, hagan Su voluntad y lo obedezcan en todo, y este anhelo lo incluyó el Señor Jesús cuando enseñó a orar a Sus discípulos: "***Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra***" Mateo 6.10.

Cuando el Señor Jesús eleva este clamor al Padre pone un ejemplo de dónde se hace la voluntad del Padre: el cielo. En el cielo, donde está el trono de Dios, no hay ningún problema con respecto a cumplir Su voluntad. En el cielo no hay ninguna rebelión y todos los seres que allí habitan no tienen el más mínimo problema en cuanto a obedecer la voluntad del Padre.

El problema está en la tierra, porque ni siquiera los hijos de Dios que están en el reino de Dios hacen Su voluntad, sino que instigados por satanás y todo su reino de tinieblas, los mismos hijos de Dios son desobedientes al Padre y resisten a Su voluntad. Mucho más ocurre esta situación con quienes no hacen parte del reino de Dios.

Como Dios conoce perfectamente el corazón de Sus hijos, y sabe que, debido a la caída en el Huerto de Edén, los hombres tienen una tendencia natural a rebelarse contra Dios y a oponerse a Su voluntad, aun siendo hijos Suyos redimidos por Él, dentro del reino de Dios que es eterno, ha establecido un reino temporal que la Biblia llama el reino de los cielos y del que nos ocuparemos en este capítulo y en el resto de este libro.

El comienzo del reino de los cielos

Cuando Juan el Bautista como precursor del Señor Jesús comenzó a anunciar el evangelio dijo: "***Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado***" Mateo 3.2. Jesús mismo cuando comenzó la anunciación de Su palabra habló de la cercanía del reino de los cielos: "***Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado***" Mateo 4.17.

Observe que tanto Juan como Jesús afirman que el reino de los cielos se ha acercado y que para participar de él se requiere arrepentimiento.

Al afirmar que se ha acercado quiere decir necesariamente que el reino de los cielos tiene un comienzo, es decir no es eterno, y si tiene comienzo también tiene fin, no es perpetuo.

Surge inmediatamente la pregunta: ¿Cuándo comienza el reino de los cielos? Juan el Bautista afirma que el reino de los cielos se ha acercado, y el acercamiento no implica necesariamente su inicio. La misma afirmación es hecha por el Señor Jesús, luego Su encarnación tampoco indica el comienzo del reino de los cielos.

Para poder entender el momento en que el reino de los cielos se inicia, debemos entender que un reino es un ámbito donde se hace totalmente la voluntad del rey. El reino de los cielos es el espacio, el ámbito, donde se hace la voluntad del Rey de los cielos y ese Rey, no cabe duda de que es

Dios, el Señor Jesucristo.

Aunque el propósito eterno de Dios es lograr en la tierra un gran número de hombres y mujeres que hagan Su voluntad, en los intentos que el Señor hizo en el Antiguo Testamento, Su propósito no fue logrado a cabalidad. Son muy pocas las personas que a lo largo de los cuatro mil años del Antiguo Testamento vivieron plenamente y obedecieron absolutamente la voluntad del Señor.

Por esta razón, dentro de Su plan eterno, el Señor decide encarnarse en Jesús; y en ese hombre, en ese judío que anduvo por la tierra durante más de treinta años, estaba tanto el reino de Dios como el reino de los cielos, porque en todo lo que Él pensó, habló e hizo, el Padre Dios siempre hizo Su voluntad.

Jesús, como hombre, nunca pensó, dijo ni hizo nada por Sí mismo; en todo actuó el Padre: "***¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, El hace Sus obras. Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí; y si no, creedme por las mismas obras***" Juan 14.10-11.

Entonces Jesús es la plena manifestación del reino de Dios y del reino de los cielos, y a la vez, Él es el rey de esos dos reinos.

Pero Dios no está satisfecho con manifestar Su reino solamente en un hombre, sino que quiere hacerlo en miles; pero por sí mismo ningún hombre está en capacidad de hacer la voluntad de Dios. Por mucho que una persona se esfuerce por agradar a Dios siempre fracasará y su esfuerzo termina siendo abominable para Dios, como fue Caín con su ofrenda: "***pero no miró Dios con agrado a Caín y a la ofrenda suya***" Génesis 4.5.

Para incluir a muchos hombres en el reino de Dios, Jesús fue a la cruz y murió; y tres días después resucitó y una vez resucitado se inoculó como el Espíritu Santo en Sus discípulos; ahora allí estaba el reino de Dios, y ese reino de Dios, partiendo de Jerusalén se ha venido extendiendo a lo largo y ancho de toda la tierra, desde hace 2.000 años.

Debido a que Jesús resucitado, ascendido y glorificado mora dentro de esos hombres, ellos tienen la capacidad de hacer la voluntad de Dios, y Dios puede tener Su reino en la tierra.

Para responder la pregunta acerca del inicio del reino de los cielos, podemos decir que ese reino tuvo Su comienzo cuando Jesús resucitó, se inoculó como el Espíritu Santo en los Suyos, y estando en ellos los capacita para hacer Su voluntad. El reino de los cielos tendrá su manifestación plena en el reino milenario, después de que Jesús venga con Sus vencedores, tome posesión de los reinos de la tierra y los gobierne con ellos por un lapso de mil años.

Se puede afirmar que el reino de los cielos está actualmente en aquellos que hacen la voluntad del Padre, en los que siguen al Cordero por donde quiera que va, que crecen diariamente y producen fruto para satisfacer al Señor, en aquellos que buscan una permanente comunión con el Señor viviendo en el trono de gracia y en el Lugar Santísimo, en aquellos santos hijos de Dios que no siguen a líderes ni a organizaciones cristianas, sino que siguen al Señor Jesús como Su único Pastor: "***las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las conduce fuera. Y cuando ha sacado fuera todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz... Porque erais como ovejas descarriadas; mas ahora os habéis tornado al Pastor y Obispo de vuestras almas***" Juan 10.3-4; 1 Pedro 2.25.

El reino de los cielos hoy está en aquellos que no permanecen en comuniones particulares sino en la única comunión, la del Hijo Jesucristo nuestro Señor: "***Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor***" 1 Corintios 1.9.

Sin embargo, debemos entender que el punto central del reino de los cielos es que la manifestación plena se dará en el futuro y que en este tiempo algunos hijos de Dios están siendo preparados para entrar en ese reino.

Cómo entrar en el reino de los cielos

De aquí surge una pregunta inevitable. ¿Cuáles son los requisitos para entrar en el reino de los cielos?

Para responderla, debemos buscar revelación en el pasaje de Mateo 7.21-23: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos***

en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad".

La palabra aquí nos habla de entrar en el reino de los cielos y el tiempo del verbo entrar es futuro: ***entrará en el reino de los cielos***. Esto quiere decir que hasta ahora nadie ha entrado, sino que se requiere una preparación y el cumplimiento de unos requisitos y cuando estos se hayan logrado, entonces se podrá entrar en ese reino.

Requisito único: Hacer la voluntad del Padre

Esa preparación la está realizando el Señor en algunos que se disponen para que Él haga Su voluntad en ellos en su diario vivir, porque en verdad, sólo hay un requisito para entrar en el reino de los cielos: hacer la voluntad del Padre: ***sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos***.

La frase anterior nos advierte claramente que no se entra en el reino de los cielos por decir Señor, Señor. Debemos entender que para que una persona llame a Jesús Señor, es porque necesariamente es un creyente, es decir, dentro de esa persona mora el Señor como el Espíritu, es una persona regenerada, nacida de nuevo y en esa condición está en el reino de Dios. Para comprobarlo lee 1 Corintios 12.3: "***Sólo quienes son guiados por el Espíritu Santo reconocen que Jesús es el Señor. Por eso, quiero que entiendan que ninguna persona puede maldecir a Jesús, si es guiada por el Espíritu Santo***" –Biblia en Lenguaje sencillo.

El Señor Espíritu afirma enfáticamente que alguien que haga de Jesús Su Señor y lo llame así, no puede hacerlo sino por el Espíritu Santo, es decir, solamente aquellos que han recibido al Señor como el Espíritu en sus espíritus pueden llamar a Jesús Señor y someterse a Su señorío. Luego, sin temor a equívocos, podemos afirmar que las palabras de Mateo 7.21 y subsiguientes, el Señor Jesús las dirigió a creyentes, no a incrédulos, y esto es verdad porque solamente los creyentes, los que ya hacen parte del reino de Dios pueden aspirar a entrar en el reino de los cielos. Este reino está cerrado para los incrédulos.

Partiendo de este hecho, podemos concluir que los hijos de

Dios, los creyentes, están todos en el reino de Dios, que es la iglesia en esta era, pero el hecho de estar en el reino de Dios no les garantiza que estén en el reino de los cielos, ni que puedan entrar en él cuando llegue el tiempo de su plena manifestación.

La invocación del nombre del Señor

Por eso las palabras del Señor son enfáticas: ***No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos***. Debemos ser muy cuidadosos con la Biblia y buscar revelación en ella para que sepamos con exactitud lo que Él quiere decir en cada frase. Observe la frase adverbial, no todo.

Esto quiere decir que hay algunos que invocan el nombre del Señor, que llaman a Jesús como Su Señor y viven bajo Su señorío, que sí entrarán en el reino de los cielos. Por otro lado, el hecho de invocar no es suficiente para ganar el reino de los cielos, porque muchos creyentes invocan a Jesús como Su Señor, pero lo hacen sin realidad, es decir, el invocar se convierte en una frase manida, en una tradición sin realidad, en un rezo como los rezos católicos, donde el Señor no está. En ellos se cumple lo dicho por el Señor en Lucas "***¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que Yo digo?***" Lucas 6.46.

Invocar el nombre del Señor es totalmente bíblico, pero se debe ser cuidadoso en invocarlo con realidad, es decir, que cuando se llama a Jesús como Señor haya una auténtica disposición en el corazón para someterse a Su señorío, para hacer Su voluntad, aquello que Él dice.

Hay creyentes que han degenerado el invocar y le dan un estilo tan particular, tal como hacerlo determinado número de veces, o decir tres o más veces: "***Oh Señor Jesús…***", lanzando el puño hacia adelante como si fuera un entrenamiento de boxeo. Esta es una manera carnal de invocar, que degrada la práctica maravillosa de invocar el nombre del Señor.

Cuando invocamos al Señor de manera genuina lo hacemos desde nuestro espíritu humano, reconociendo nuestra fragilidad y la inmensa necesidad que tenemos de Él. Le estamos diciendo que necesitamos de Él, de Sus riquezas, en cada instante de nuestra vida; estamos reconociendo que nada podemos hacer separados de Él y que sin Su ayuda no tenemos ninguna esperanza.

Cuando invocamos el nombre del Señor estamos clamando por nuestra necesidad de hacer Su voluntad, estamos reconociendo que por nosotros mismos nada podemos hacer y que todo intento que sale de nosotros se convierte en fracaso y es abominación en Su presencia.

Si el invocar el nombre del Señor es una práctica carnal en el creyente, él mismo se está negando la oportunidad de entrar en el reino de los cielos.

Cuando el Señor habló de entrar en el reino de los cielos, primero tocó el asunto de invocar Su nombre como Señor, para demostrar que esa palabra la estaba dirigiendo a creyentes y no a incrédulos, y además para indicar que algunos invocadores (no todos) lograrán entrar en la manifestación plena del reino de los cielos.

Pero el Señor mostró que hay una única condición para entrar en el reino de los cielos: ***hacer la voluntad del Padre***: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos***". Al reino de los cielos no se puede entrar solamente invocando, sino que el primer requisito es hacer la voluntad del Padre, y el Padre está en el cielo.

Si miramos Apocalipsis 4, entenderemos que Dios está sentado en Su trono y que desde él gobierna el universo y en el cielo se hace plenamente Su voluntad. Si no hacemos esa voluntad que se manifiesta desde Su trono, definitivamente nos será cerrado el reino de los cielos.

Para hacer la voluntad de Dios se requieren algunos aspectos que consideraremos a continuación:

1. Conocerla.

No hay ninguna posibilidad de hacer la voluntad de Dios si primero no la conocemos y para conocerla se requiere que obtengamos revelación de Él, y obtenemos revelación solamente si aprendemos a usar nuestro espíritu humano, a vivir en el Lugar Santísimo, a estar en el trono de la gracia y a permanecer en el aposento más interior teniendo comunión con el Señor, porque "***Todas las cosas me fueron entregadas por Mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar***" Mateo 11.27.

Conocer la persona del Padre

y conocer la persona del Hijo, es conocer la voluntad del Padre y del Hijo, y como dice el versículo, solamente se logra mediante revelación y esa revelación la da el Espíritu Santo en el espíritu humano de los creyentes que buscan revelación: "***Antes bien, como está escrito: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman". Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios***" 1 Corintios 2.9-10.

Un genuino hijo de Dios ama entrañablemente a Su Señor, y en contraprestación, el Espíritu le revela las cosas que no han sido vistas por ojo humano, ni han sido oídas por nadie, ni han estado en el pensamiento de ningún hombre.

Si no hay revelación en el espíritu del creyente no hay ninguna posibilidad de conocer a Dios y Su voluntad. Por eso Pablo oró al Padre de gloria, rogándole que nos diese espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él: "***no ceso de dar gracias por vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él***" Efesios 1.16-17.

Si no hay conocimiento de la voluntad de Dios mediante revelación, no hay ninguna posibilidad de entrar en el reino de los cielos. Observa bien lo que dice el Señor al respecto: "***entrará en el reino de los cielos, el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos***" Mateo 7.21.

2. Hacer la voluntad del Padre.

Conocer la voluntad del Padre tiene un objetivo: hacerla. Si conocemos la voluntad del Padre y no la hacemos nos convertimos en oidores olvidadizos de la palabra y no en hacedores: "***Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo el rostro con el cual nació. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida qué clase de persona es***" Santiago 1.22-24.

Una vez que conocemos la voluntad de Dios es necesario ha-

cerla, ponerla en práctica y para ello, debemos aprender a ser uno con el Señor para que sea Él quien hace Sus obras en nosotros.

Para lograr hacer la voluntad del Padre, el Señor mismo nos muestra un camino sencillo, que está registrado en Mateo 7.24-25: "***Todo aquel, pues, que oye estas palabras Mías y las pone por obra, será semejante a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca***".

El Señor aquí habla de dos aspectos que nos llevan a hacer Su voluntad.

El primero consiste en oír las palabras de la boca del Señor. Debemos tener claridad de que la Biblia contiene la palabra de Dios y las palabras de la Biblia se convierten en la palabra de Dios solamente cuando nos son reveladas en nuestro espíritu. Si no hay revelación en nuestro espíritu, las palabras de la Biblia se convierten en letra muerta que mata: "***el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, ministros no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica***" 2 Corintios 3.6.

Lamentablemente esta es la práctica de casi todo el cristianismo. Los predicadores y los cristianos en general, repiten como grabadoras un gran número de versículos, pero no tienen revelación de ellos en su espíritu; sin embargo, hacen grandes esfuerzos por vivirlos. Con esta actitud se llenan de muerte, porque convierten la Biblia en letra muerta: "***Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo***" Gálatas 1.11-12.

Ese precisamente es el reproche que el Señor hace al ángel de la iglesia en Sardis: "***Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto***" Apocalipsis 3.1.

Los grupos evangélicos denominados y los que se precian de ser libres, han caído en esta condición de muerte, y si no hay arrepentimiento, la venida del Señor para ellos será un hecho sorpresivo y tendrán que quedarse en la tierra y pasar la Gran Tribulación, en la que el Señor juzgará la tierra con un juicio tan grande

que no hay palabras adecuadas para describir las dificultades que habrá en esa época, aun para los creyentes: "***Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti***" Apocalipsis 3.3.

Solamente cuando leemos la Biblia, oramos sus palabras y el Señor nos revela en nuestro espíritu la palabra que ella contiene, esa porción de la Biblia se convierte en la palabra del Señor, que es Espíritu y es vida: "***El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida***" Juan 6.63.

Cuando tenemos esa realidad, podemos decir que hemos oído las palabras del Señor. Ahora nos queda el segundo paso que es hacer esas palabras, pero debemos tener cuidado porque tenemos una tendencia natural a usar nuestros esfuerzos humanos para hacer las palabras que oímos del Señor, y en ese caso estamos viviendo en el hombre viejo.

Es necesario insistir que el viejo hombre es la unión ilegal de la naturaleza satánica con la naturaleza humana. Desde que satanás se unió al hombre en el Huerto de Edén, éste se independizó de Dios y comenzó a hacer sus obras separado de Dios.

Dios no quiere que ningún hombre haga nada para Él. Todas las obras que el hombre hace en su capacidad humana, siendo buenas y excelentes, son obras de la carne y la carne es abominable para Dios, porque la carne es la expresión de satanás.

Hacer cosas para Dios en nosotros mismos, usando nuestro esfuerzo, es desconocer toda la obra de redención que el Señor amorosamente realizó por todos nosotros.

El Señor Jesús vivió en la eternidad en Su gloria, junto con el Padre, y para llevar adelante Su plan con el hombre, un día se despojó de Su gloria y se hizo hombre. Decidió venir a la tierra mezclando Su naturaleza divina con la naturaleza humana: "***Haya, pues, en vosotros esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús, el cual, existiendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo, tomando forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres; y hallado en Su porte exterior como***

hombre, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese públicamente que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" Filipenses 2.5-11.

Debido a que Jesús no fue engendrado por José, sino por el Espíritu Santo, en Él no estaba la naturaleza pecaminosa de satanás, es decir, Él no tenía pecado, y en consecuencia, durante sus más de treinta años que vivió en carne en la tierra, nunca cometió ni siquiera un solo pecado. Todo Su vivir fue santo.

Igualmente, en todo lo que hizo, habló y pensó, jamás se basó en la naturaleza humana caída y separada de Dios, sino que como hombre fue uno con Dios en todas Sus obras. En todo lo que Jesús pensó, habló e hizo, todo el tiempo expresó al Padre: "***¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, El hace Sus obras. Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí; y si no, creedme por las mismas obras***" Juan 14.10-11.

Después de haber permanecido en esta tierra un poco más de treinta años, de acuerdo con el plan que había trazado con el Padre y por el Espíritu, el Señor Jesús fue a la cruz y murió, pero no murió como un mártir, ni para hacerse famoso, sino que todo estaba preconcebido en el plan que Dios había trazado desde la eternidad anterior al tiempo, y con Su muerte, fueron quitados, anulados y aniquilados todos los obstáculos que impedían al hombre acercarse a Dios.

Esos obstáculos podemos resumirlos en siete grandes puntos que ya hemos tratado con alguna profundidad en este libro, y que vamos a resumir aquí.

En primer lugar, el Señor anuló y mató al pecado que es la naturaleza del diablo, que éste inoculó en Adán en el Huerto de Edén y que hace que todo los hombres seamos constituidos pecadores: "***por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores***" Romanos 5.19.

Debido a que fuimos constituidos pecadores, es decir, la naturaleza pecaminosa fue introducida en nuestro ser, durante nuestra vida todos cometimos actos pecaminosos que la Biblia identifica como pecados.

Cada uno de los creyentes hijos de Dios, teníamos una enorme lista de conductas pecaminosas que nos impedía acercarnos a Dios. Cuando el Señor Jesús derramó Su sangre en la cruz, con ella perdonó nuestra conductas horribles y limpió el registro de ellas, que figuraban en contra nuestra, y que satanás exhibía, si alguna vez intentábamos acercarnos a Dios.

Igualmente, el Señor Jesús en la cruz, puso fin al sistema que satanás ha desarrollado a lo largo de los siglos, con el cual atrapa y esclaviza a todos los hombres y que se conoce como el mundo. El mundo es un sistema atractivo, sutil y seductor, que envuelve cautelosamente a las personas y las constituye en enemigas de Dios. El Señor dio buena cuenta de ese sistema engañoso y ahora somos libres de él.

De la misma manera, la muerte del Señor en la cruz mató al viejo hombre. Esa unión fraudulenta entre satanás y el hombre llegó a su fin, se acabó. El diablo nos usurpó en el Huerto de Edén y nos unió a él y nos esclavizó, nos quitó la libertad.

El Señor en la cruz rompió ese yugo de esclavitud y nos hizo libres para que por amor, en plena libertad y de manera voluntaria nos unamos a Él: "***Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres***" Juan 8.36. Ahora tenemos a nuestro verdadero marido; ahora sí estamos genuinamente casados y nuestra unión con Él es por amor, no por obligación. Además, esa unión es indisoluble, nadie la puede romper. Esa unión indisoluble se llama el nuevo hombre.

Otra cosa que hizo el Señor por medio de Su muerte fue aniquilar, destruir al autor de todas nuestras desdichas, el diablo: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo***" Hebreos 2.14.

Antes de que Jesús viniese y muriese en la cruz, los dos pueblos que para Dios existen, que son judíos y gentiles, eran irreconciliables, eran enemigos, se

odiaban profundamente; entre los dos había una pared de separación. El Señor nos reconcilió e hizo de los dos pueblos un solo y nuevo hombre. Con Su muerte se acabaron las divisiones.

Finalmente, en la cruz, el Señor Jesús exhibió públicamente a los principados y potestades y triunfó sobre ellos, es decir, destruyó la totalidad del reino de las tinieblas

La resurrección y sus efectos

Tres días después de Su muerte el Señor resucitó y Su resurrección cumplió básicamente dos objetivos: ***el primero***, vencer la muerte. El poder más grande que había en el mundo, aparte del Señor, era el de la muerte. Sabemos que la muerte es la consecuencia del pecado, que éste es el aguijón de aquélla, es decir, cuando satanás inyectó el pecado en el hombre, su consecuencia es la muerte; el pecado trajo consigo la muerte.

Antes de que Jesús viniese y muriese en la cruz, ningún hombre estaba exento de morir, todos teníamos que someternos a la muerte y morir, pero el Señor con Su muerte venció al pecado y con Su resurrección venció la muerte y su poder.

¿Por qué era necesario vencer la muerte? El proceso de redención apunta a que el hombre pudiera llegar a Dios, participar de Sus riquezas y ser uno con Él. Dios es vida, en Él no hay nada de muerte y nadie que tenga muerte puede llegar hasta Él. Antes de que Cristo viniera, muriese y resucitase, todos los hombres estábamos muertos, llenos de muerte. Para poder acercarnos a Dios era necesario ser totalmente limpios de la muerte, liberados de ella y solamente el Señor Jesús mediante Su resurrección quitó de nosotros la muerte y trajo a luz la vida.

Ahora no estamos bajo el yugo de la muerte, ni la muerte se enseñorea de nosotros. Ahora tenemos la vida eterna, la vida de Dios, y cada día somos vivificados: "***pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús, el cual anuló la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción por medio del evangelio***" 1 Timoteo 1.10.

El segundo aspecto que hacía necesaria la resurrección del Señor es que con ella se despojó de la carne y nos despojó a nosotros de esa expresión de satanás.

Cuando Jesús resucitó, se hizo, llegó a ser el Espíritu vivificador, el Espíritu vivificante. Después de la resurrección Él tiene la capacidad de entrar en el hombre como vida y vivificarlo, y eso hizo la noche de la resurrección: se sopló dentro de los discípulos como el Espíritu Santo: "***Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo***" Juan 20.22. Después lo ha venido haciendo en millones de seres humanos, entre los que estamos incluidos.

El tercer aspecto de la resurrección consiste en mezclarse con los hombres que Él había escogido. Ahora Dios y algunos hombres, Sus hijos, ya no están separados. Ahora Dios no está solamente en el cielo, sino en la tierra morando con aquellos humanos que había escogido antes de la fundación del mundo y a quienes ha venido regenerando a lo largo de los siglos, para convertirlos en los miembros de Su cuerpo que es la iglesia, para edificarlos conformándolos y transformándolos hasta que lleguen a ser iguales a Él. Todo esto tiene que ver con la resurrección del Señor.

La ascensión

En la mañana de Su resurrección el Señor Jesús ascendió al trono del Padre para presentarse ante Él como las primicias de Su obra de redención y para recibir del Padre la aprobación de la obra que había realizado en la tierra, y cuarenta días después de esto, ascendió de manera visible, para ser entronizado a la diestra del Padre y tomar posesión como el Rey de reyes y Señor de señores y tomar las riendas del universo.

Cuando el Señor ascendió, Sus hermanos, los creyentes, ascendimos con Él y nos sentamos en lugares celestiales y estamos por encima del reino de las tinieblas, de los reyes y reinos del mundo y por encima de todas las dificultades que conllevan nuestra vida en esta tierra: "***que hizo operar en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero… y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús***" Efesios 1.20-21; 2.6.

Después de Su ascensión, el Señor Jesús fue entronizado en el

trono del Padre como aquel que gobierna el universo. La mayor derrota para satanás consiste en que hoy hay un hombre sentado en el trono de Dios, como Dios, que gobierna el universo y está trabajando en Sus hijos, para edificar Su cuerpo, la iglesia, hasta que todos los santos alcancemos la unidad de la fe, el pleno conocimiento de Él, lleguemos a ser un hombre plenamente maduro, un huerto donde Él disfruta los frutos de Su labor y hasta que alcancemos la medida de la estatura de Su plenitud.

Cuando el Señor ascendió, después de cuarenta días de haber resucitado, Él entró en el cielo para recibir la gloria que había tenido con el Padre antes que el mundo fuese y ahora está en ese ámbito de gloria que es lleno de vida eterna, de luz, de amor, de justicia y de santidad, y es un ámbito donde nada inmundo, nada de lo que produce el diablo y su reino de tinieblas puede penetrar.

En cambio, nosotros Sus hijos, si aprendemos a entrar en el Espíritu y a vivir en Él, aun estando aquí en la tierra, haciendo uso de la fe que el Señor sembró en nosotros, podemos penetrar Su ámbito de gloria, vivirla y disfrutarla: "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***" Hebreos 4.16.

Una vez que el Señor ascendió y entró en la gloria de Dios no se quedó quieto, sino que después de diez días descendió sobre los discípulos como el Espíritu de poder, y desde entonces desea que Sus hijos, Sus hermanos, nos dispongamos para hacer la voluntad del Padre; Él desea encontrar a algunos de Sus hijos que quieran andar en las obras que Él preparó de antemano para que anduviéremos en ellas: "***Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***" Efesios 2.10.

Si miramos con atención el libro de los Hechos de los Apóstoles y buscamos revelación en Él encontramos que la inmensa mayoría de las obras realizadas a lo largo de Sus 28 capítulos, fueron obras realizadas por el Espíritu, y por eso pensamos que el nombre de ese libro no debiera ser Hechos de los Apóstoles, sino los Hechos del Espíritu a Través de los Discípulos, porque si hay

un libro donde se vea reflejada y realizada la voluntad del Padre, es ese.

Dios realizó toda Su obra de redención por medio de Cristo con ese fin, con el fin de llenar a algunos hombres de Él, investirlos de poder y ejecutar la constitución y edificación de Su cuerpo, la iglesia.

Infortunadamente, el cristianismo contemporáneo no ha podido entender esta realidad. Ellos creen que el Señor los ha investido de poder para que cada uno haga las obras que le parece y como le parece bien hacerlas. No, el Señor nos llena de Él para hacer Sus obras por medio nuestro, pero no somos nosotros quienes hacemos esas obras, sino que Él hace Sus obras por medio de nosotros.

Qué privilegio ser vasos, instrumentos que el Señor llena y utiliza para llevar adelante Sus deseos; pero cuan horroroso es que los hijos de Dios conviertan el deseo del Señor en un bazar, en un mercado de baratijas, haciendo un poco de obras que el Señor no ha mandado y que Él no está haciendo.

Hacer nuestras obras creyendo que con ellas agradamos a Dios, es desconocer toda la obra de redención que el Señor realizó en Cristo, es darle una bofetada al Señor y decirle que Su obra no nos interesa, que nosotros somos mejores que Él, que nosotros podemos hacer mejor las obras de lo que Él puede hacerlas. Por eso es necesario dejar toda obra nuestra, detenerla definitivamente, volvernos al Señor y permitir que sea el Padre quien hace Sus obras; el Señor Jesús nos dio un gran ejemplo: "***¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, Él hace Sus obras***" Juan 14.10.

Cualquier obra que un creyente intente hacer para el Señor lo ofende, porque de acuerdo con Isaías, nuestras justicias son todas como trapos de inmundicia: "***Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento***" Isaías 64.6.

Capítulo 7

EL REINO DE LOS CIELOS (2)

Esta es la razón por la cual el Señor Jesús cuando habló de entrar en el reino de los cielos afirmó: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" Mateo 7.21.***

Consideremos algunos aspectos que contiene este versículo y que son de nuestro interés.

En primer lugar, cuando el Señor habla de entrar en el reino de los cielos, utiliza el tiempo verbal futuro y el modo indicativo. El tiempo futuro implica que hasta el presente ningún creyente ha entrado en ese reino, que como dijimos anteriormente, es un reino temporal, es decir, tiene un principio y un final.

Podemos decir que el reino de los cielos comenzó cuando Jesús resucitó, ascendió al trono, entró en Su gloria, fue entronizado como Señor y Cristo y descendió como el Espíritu de poder sobre Sus discípulos para llevar a cabo la constitución y edificación de Su cuerpo, la iglesia.

En el tiempo presente el Señor está preparando a aquellos hijos Suyos que harán parte del reino de los cielos y una vez que estén preparados regresará a la tierra. Cuando Él venga comenzará la manifestación plena del reino de los cielos, y acabará al final de los mil años, en los cuales el Señor reinará con quienes harán parte del reino de los cielos o sea con los vencedores. El reino de los cielos concluirá al final del milenio.

El modo verbal indicativo usado por el Señor, implica que ese evento ocurrirá sin falta, es un hecho real, tan real como la muerte y la resurrección del Señor, es decir, no hay ninguna probabilidad de que no ocurra.

Para lograr entrar en el reino de los cielos, entrada que será cuando el Señor regrese a la tierra y una vez haya juzgado a todos los hijos de Dios, en el tribunal de Cristo, el Señor habla de una condición única: hacer la voluntad del Padre.

¿Cuándo se hace la voluntad del Padre? Indudablemente mientras vivimos en la tierra como creyentes. Hacer la voluntad del Padre es un proceso que dura toda la vida, que no se hace en un día, ni en una semana, ni en un mes. Conocer y hacer la voluntad de Dios es un proceso que demora años, y si como creyentes, no aprovechamos los años de vida que el Señor nos da en la tierra, no lograremos hacer Su voluntad y la entrada al reino de los cielos nos será negada.

Ya que unas páginas atrás hablamos acerca de la voluntad del Padre, queremos centrar nuestra atención en lo que dice Mateo 7.22-23: "***Muchos me dirán***

en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas?".

Observa cuidadosamente el adverbio muchos. Este quiere decir que no son pocos, sino la mayoría. Muchos de los creyentes que comparecerán al Tribunal de Cristo para ser juzgados en ese tribunal, al que se refiere la expresión aquel día, "***en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio, por medio de Jesucristo***" Romanos 2.16, pretenderán presentar sus credenciales ante el Señor, basados en un portafolio amplio de las obras que hicieron supuestamente en el nombre del Señor y que podemos compendiar en tres puntos:

1. Profecías

Los "***muchos***" exhibirán delante del Señor sus profecías: ***Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre?*** El cristianismo está lleno de profecías y de profetas, pero tanto unas como otros son falsos. Los cristianos tienen la creencia que profetizar tiene que ver con adivinar el futuro o desentrañar cosas ocultas de las personas. Inclusive hay grupos cristianos que se denominan con nombres de profecía y mediante los falsos profetas que hay en su seno, organizan matrimonios, adivinan futuros y hacen tantas cosas donde satanás tiene la mejor parte. Esas cosas nada tienen que ver con la profecía bíblica.

Si nos remontamos al Antiguo Testamento observaremos que el Señor permitió los profetas debido a la decadencia del sacerdocio; el Señor hablaba por medio de ellos al pueblo. Cuando el sacerdocio decayó, Dios entonces levantó profetas.

Sin embargo, esos profetas no inventaban palabras para decirle al pueblo, sino que tenían comunión íntima con Dios y Él los inspiraba en lo que debían hablar, es decir, los profetas hablaban lo que Dios les ordenaba que hablasen.

De otro lado, los profetas generalmente no se refirieron a cosas personales de los israelitas, sino que Dios en Su hablar por medio de ellos advertía al pueblo acerca de su pecado de dejar al Señor y prevenía acerca de las consecuencias que traerían sus faltas. Igualmente hablaban de cosas futuras, pero referentes al plan de Dios y a los hechos que Él realizaría para ejecutarlo.

Esto está plenamente ajustado a lo que el Espíritu habla en el Nuevo Testamento por medio de nuestro hermano Pedro: "***porque ninguna profecía jamás fue traída por voluntad humana, sino que los hombres hablaron de parte de Dios siendo movidos por el Espíritu Santo***" 2 Pe-

dro 1.21.

Las profecías que se originan en Dios nunca pueden salir de la inspiración de quien habla, sino que ese creyente es tomado totalmente por Dios y habla conforme Él desea. El verbo movidos, en el original griego, da el sentido de ser llevados, así como un barco velero es llevado por el viento. En otras palabras, el Espíritu Santo toma a los profetas y los lleva adonde quiere y habla lo que le place.

Los profetas en el Nuevo Testamento tampoco son personas que adivinan cosas futuras o que descubren cosas de los hermanos, como ocurre en el cristianismo contemporáneo, sino que un profeta, en primer lugar, es un hijo de Dios constituido por el Señor como tal: "***Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas…***" Efesios 4.11.

En segundo lugar, un profeta es un santo que tiene un conocimiento profundo de los misterios de Dios, es decir, en él se han desarrollado los dones de palabra de sabiduría y palabra de ciencia, a los que se refiere 1 Corintios 12.8: "***Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu***".

En tercer lugar, estos hermanos profetas, debido a su permanente comunión íntima con Dios, adquieren revelación de Sus misterios y los revelan a los santos para que todos los santos puedan ser edificados, exhortados y consolados: "***Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, aliento y consolación***" 1 Corintios 14.3.

En cuarto lugar, todos los hijos de Dios debemos aspirar a profetizar y a ser profetas, porque en una reunión normal de la iglesia, donde los santos se reúnen en un mismo lugar, todos los reunidos deben profetizar: "***¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene enseñanza, tiene revelación, tiene lengua, tiene interpretación. Hágase todo para edificación… Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan y todos sean alentados… Seguid el amor; y anhelad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis***" 1 Corintios 14.26, 31, 1.

Una reunión donde no hay profecía de acuerdo como la explica el Espíritu Santo en la Biblia, es una reunión donde el Señor no está y si Él no está, los santos no son edificados y la reunión no tiene ninguna razón de ser, es como un vaso vacío que no contiene nada, que es inútil.

Quiera el Señor revelarse a cada uno de los santos que tengan la oportunidad de leer este libro, y tengan reuniones que es-

tén en armonía con el Espíritu y en ellas sean edificados, alentados y consolados.

2. Expulsión de demonios

Otra de las credenciales con la que "***muchos"*** creyentes se presentarán delante del Señor en aquel día es alegando que en el nombre del Señor echaron fuera demonios.

Si bien es cierto que el Señor anunció en Marcos 16.17 que una de las señales que siguen a quienes creen, es que en Su nombre echarán fuera demonios, es igualmente cierto que casi todos los llamados ministros cristianos no tienen idea en qué consiste la señal de echar fuera demonios.

Es necesario aclarar que en el reino de satanás hay dos clases de espíritus inmundos: los ángeles caídos y los demonios, y en la traducción al español de la Biblia, unos y otros generalmente se traducen indistintamente como demonios. Los ángeles caídos son la tercera parte de los ángeles que satanás arrastró con su cola en la rebelión "***y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra***" Apocalipsis 12.4, y que están en los aires—regiones celestes— en forma de principados, potestades, gobernadores del mundo de tinieblas y ejércitos espirituales de maldad: "***Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes***" Efesios 6.12.

Por su lado los demonios son espíritus inmundos que vinieron de los seres que habitaban la tierra antes de la creación del hombre, que eran dicótomos, es decir tenían espíritu y cuerpo, que cuando satanás y los ángeles se rebelaron, esos seres dicótomos se rebelaron con ellos. Ante esa rebelión inmensa, el Señor juzgó la tierra, y por ese juicio la tierra quedó llena de tinieblas y agua, los ángeles y satanás fueron privados de la presencia de Dios y los seres dicótomos perdieron su cuerpo y quedaron atrapados en el agua.

Un pasaje de la Biblia que nos da luz sobre el particular lo encontramos en Mateo 8.23-27: "***Y entrando Él en la barca, Sus discípulos le siguieron. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero Él dormía. Y se le acercaron Sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué os acobardáis así, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y sobrevino gran calma. Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué clase de hom-***

bre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?".

El pasaje nos muestra un relato donde Jesús atravesaba el mar con Sus discípulos en una barca y de pronto se levantó una gran tormenta que amenazaba con hacer zozobrar la barca. Mientras tanto Jesús dormía. Los discípulos muy preocupados por el peligro que estaban viviendo lo despertaron. El Señor aprovechó la ocasión para mostrarles que eran hombres que no creían lo suficiente en Él, pues si su fe hubiese sido un poco mayor, no tendrían ningún temor.

El Señor entonces se levantó y reprendió a los vientos y al mar, éstos se aquietaron, se compuso el clima y siguieron su travesía hasta llegar a la orilla sin contratiempo.

¿Por qué el Señor les habló a los vientos para que se calmaran y por qué reprendió al mar y éste le obedeció apaciguando sus olas? Sabemos que el aire es una sustancia inerte, que no tiene vida, que no posee voluntad ni mente para oír y obedecer y lo mismo ocurre con el agua que está en el mar.

No hay duda entonces de que el viento fue agitado por los ángeles caídos y el mar fue estimulado por los demonios para que produjeran el gran oleaje que tapaba la barca donde se desplazaban Jesús y Sus discípulos. Estos espíritus inmundos estaban furiosos porque en los versículos 28-33 se relata que cuando Jesús llegó a la otra orilla del lago, expulsó demonios de dos endemoniados. Los habitantes del reino de las tinieblas sabían que Jesús había venido para derrotarlos, y trataron de impedir que el Señor llegase a la orilla donde encontraría a los endemoniados.

La última parte del capítulo nos muestra con claridad quienes son los demonios, pues éstos son espíritus incorpóreos que buscan desesperadamente un cuerpo que poseer y se meten en los hombres o en los animales, como ocurre en este pasaje. "***Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, le vinieron al encuentro, saliendo de los sepulcros, dos endemoniados, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino. Y he aquí, ellos clamaron diciendo: ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo? Estaba paciendo lejos de ellos una piara de muchos cerdos. Y los demonios le rogaron diciendo: Si nos echas fuera, envíanos a la piara. Él les dijo: ¡Id! Y ellos salieron, y entraron en los cerdos; y he aquí, toda la piara se precipitó en el mar por un despeñadero, y perecieron en las aguas. Y los que los apacentaban huyeron, y viniendo a la ciudad, contaron***

todas las cosas, y lo que había pasado con los endemoniados" Mateo 8.28-33.

Cuando los demonios percibieron la presencia de Jesús inmediatamente le dijeron que había venido para atormentarlos antes de tiempo y que si los iba a echar de los hombres les permitiera ir a un hato de cerdos que pacía cerca del lugar. El Señor Jesús se los permitió, con el fin de mostrar una verdad concerniente a los demonios, la cual indica que estos espíritus poseen cuerpos de hombres y de animales. Una vez los demonios poseyeron los cerdos, éstos se despeñaron por un abismo y cayeron al mar. De esa manera volvieron a su hábitat, que son los grandes volúmenes de agua.

En resumen, los ángeles caídos están en el aire, que algunas versiones españolas de la Biblia refieren como las regiones celestes o los lugares celestiales, o los cielos, distintos del cielo donde está el trono de Dios. Por su parte los demonios generalmente están en las grandes superficies acuáticas—mares y lagos— y en la tierra, y procuran entrar en algún cuerpo humano para tener un poco de reposo en su tormento.

Cuando el Señor habla en Marcos 16.17 que echar fuera demonios en Su nombre es una señal que sigue a los creyentes, no se refiere solo a echar espíritus inmundos de los hombres que están poseídos, sino a los ángeles caídos que se encuentran casi en todas partes adonde va un creyente. Recordemos que esos espíritus inmundos están en los aires y el aire ocupa toda la tierra, luego donde va una persona, ahí generalmente hay ángeles caídos.

Para echar esos espíritus de cualquier lugar no hace falta repetir ciertas fórmulas, sino que un creyente que anda en el Espíritu, que invoca al Señor, que vive escondido en el Señor Jesucristo, no puede ser resistido por los espíritus inmundos y éstos huyen de donde ese creyente está. No se debe olvidar que el nombre del Señor es el Señor mismo, es decir Su persona, y un creyente que vive en el Espíritu siempre está vestido de Cristo y cuando encuentra espíritus inmundos, estos no ven al creyente sino al Señor Jesús que los derrotó en la cruz, y en esas condiciones no les queda más salida que huir, porque son echados en el nombre, en la persona del Señor Jesús.

Muy distinta es esta descripción a lo que hacen las religiones. En el catolicismo romano hay curas exorcistas especializados en echar supuestamente demonios e incluso los cineastas han hechos decenas de películas donde se trata el tema.

En un buen número de organizaciones cristianas evangélicas

también hay expertos en demonología y buena parte de sus cultos los dedican a expulsar demonios. A todo inconveniente que tengan las personas le achacan demonios. Hablan de demonios de burla, de borrachera, de drogadicción, y no saben discernir los trastornos emocionales de la posesión demoniaca.

Estos "***ministros***" se atreverán a presentar estas credenciales, para tratar de justificarse delante del Señor y reclamarle entrada en el reino de los cielos, en aquel día cuando el Señor juzgará a todos los hijos de Dios en el Tribunal de Cristo: "***¿En tu nombre no echamos fuera demonios?***".

Más adelante veremos la respuesta que el Señor tiene para las pretensiones de esos "ministros".

3. Obras prodigiosas

La tercera credencial que pretenderán presentar delante del Señor los "***ministros del evangelio",*** cuando estén en el Tribunal de Cristo para ser juzgados y reclamar su derecho de entrar en el reino de los cielos, será la de las obras prodigiosas, los milagros, que supuestamente hicieron en el nombre del Señor: ***"¿y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas?***" Mateo 7.22.

La manera que tienen los falsos maestros de atraer las multitudes a ellos es ofreciendo sanidades de dolencias y enfermedades, sanando dentaduras, estirando piernas, echando fuera demonios, prometiendo prosperidad económica y tantas cosas atractivas que no pasan de ser mentiras salidas de satanás, para engañar incautos. Lamentablemente en esta vagabundería están cayendo los genuinos creyentes.

Se puede ver en la televisión y en el internet videos de algunos llamados "ministros del evangelio" muy famosos, que durante su actuación realizan cosas aparentemente milagrosas. Por ejemplo, soplan y la gente cae a tierra, o dicen ciertas palabras y sin necesidad de tocar a las personas caen al piso y convulsionan y se retuercen. En esas personas que se retuercen hay una verdadera posesión demoníaca, pero como los espectadores no lo entienden están equivocadamente convencidos de que esas contorsiones las produce el Espíritu en ellos, y no se dan cuenta que ese espíritu que opera en el contorsionado es un espíritu inmundo.

Cualquier acción que tenga vestigios de milagro es muy atractiva para los incautos, y éstos son atraídos hacia los líderes y hacia sus organizaciones, pero no al Señor.

Los cristianos contemporáneos no pueden ver que esa clase de milagros u obras prodigiosas no se originan en el Señor, sino que son una repetición de los milagros que satanás pretendió

que el Señor realizara cuando tentó al Señor en Mateo 4.1-11: "***Entonces Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Mas El respondió y dijo: Escrito está: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso en pie sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: "A Sus ángeles les encargará acerca de Ti, y, en sus manos te sostendrán, no sea que tropiece Tu pie contra una piedra". Jesús le dijo: Escrito está también: "No tentarás al Señor tu Dios". Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrándote me adoras. Entonces Jesús le dijo: ¡Vete, Satanás! Porque escrito está: "Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás". El diablo entonces le dejó; y he aquí se le acercaron ángeles y le ministraban***".

En cada una de las tres tentaciones satanás pretendió que Jesús hiciera cosas extraordinarias para que fuese admirado por los demonios y las personas. El Señor en cada ocasión reprendió al enemigo, le respondió con Su palabra y no cedió a su tentación.

El operar de satanás sigue siendo el mismo en las miles de denominaciones cristianas que existen actualmente. Por medio de obras prodigiosas que él opera a través de los falsos profetas y maestros que pululan en el cristianismo contemporáneo, atrae a las personas, incluso a creyentes genuinos, a esas organizaciones que en nada honran al Señor con sus actividades, sino que por el contrario alejan a las personas del propósito de Dios.

Cualquier intención milagrera, de cosas notorias, de hechos milagrosos, no es más que una expresión satánica que impide a las personas acercarse genuinamente al Señor. Esos milagros exteriores, vistosos, extraordinarios y admirables, no son nada distinto a la tentación de satanás, y lamentablemente casi todo el cristianismo ha caído en ella.

Amable lector, tú no ves en la Biblia que Pablo, Pedro, Juan o los ciento veinte que estaban en el aposento alto durante los diez días previos al día de Pentecostés, soplaran y la gente cayera por tierra o convulsionara. Ni siquiera el Señor Jesús actuó de esa manera mientras estuvo en carne en la tierra.

Con seguridad alguien argu-

mentará que sí hay algún caso en la Biblia en que las personas cayeron por causa de la presencia del Señor, y es verdad. Está en Juan 18.4-6: "***Jesús, pues, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le traicionaba. Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra***". Observa que en esta ocasión el Señor Jesús no sopló, ni tenía ninguna intención de que las gentes, que no eran creyentes, cayeran a tierra, sino que cuando Él se identificó como Dios, como el YO SOY, ellos retrocedieron y cayeron.

Esto ocurrió porque quien estaba hablando con ellos era Dios mismo, el que en Éxodo le dijo a Moisés que fuera y sacara a los hijos de Israel de debajo de la esclavitud de Faraón. Cuando Moisés le dijo al Señor que si los hijos de Israel le preguntaban quién lo había enviado, el Señor le dijo: "***Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros***". Cuando Jesús manifestó a los soldados que fueron a arrestarlo, que Él era el único Dios, el creador de ellos mismos, el libertador, el todopoderoso, ellos retrocedieron y cayeron, pero en el Señor no había ninguna pretensión de mostrar el poder que pretenden mostrar hoy los falsos ministros.

No hay otro relato en el Nuevo Testamento acerca de que Pedro, Pablo o Juan o alguno de los discípulos soplaran sobre las gentes y éstos cayeran a tierra, luego podemos concluir que todas esas manifestaciones de los líderes cristianos no son nada más que fraudes y falsificaciones ideados por satanás.

Todas esas demostraciones de poder no tienen nada que ver con el poder del Señor, sino que detrás de ellas está satanás activando el poder latente del alma de los hombres para hacer señales engañosas, que engañan aun a los mismos escogidos. El Señor mismo lo advirtió en Mateo 24.11, 24: "***Y muchos falsos profetas se levantarán, y extraviarán a muchos... Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuera posible, aun a los escogidos***".

Merece la pena recordar que Dios desea que nosotros, Sus hijos, lleguemos a ser iguales a Él en vida y naturaleza, y para lograrlo Él se metió en nuestro espíritu humano y desde allí está ganando nuestra alma. Si cada día nos disponemos para que nos llene, el Señor va saturando cada parte del alma hasta que la transforma y conforma a Él. Pero satanás procura impedir que nuestra alma sea saturada por el Señor y que se mantenga a su

disposición. Cuando satanás entró en Adán, cuando éste comió del árbol de la ciencia del bien y del mal en el Huerto de Edén, satanás tomó posesión del alma del hombre y actúa a través de ella.

Cuando un creyente recibe al Señor en su espíritu humano, en la medida que el creyente abre su ser al Señor y tiene comunión con Él, toda la naturaleza diabólica que está en el alma de ese creyente va siendo desalojada, hasta que el alma es completamente limpia y llena del Señor, pero ese proceso es real en la medida que el creyente se dispone.

Establecer la línea que divide el alma del espíritu es un asunto bien difícil; se necesita la misericordia y la gracia del Señor para que Su palabra penetre profundamente en el ser del creyente y haga distinción entre el alma y el espíritu: "***Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón***" Hebreos 4.12

No se debe olvidar que el árbol de la ciencia del bien y del mal tiene las dos entidades: bien y mal. No te confíes creyendo que, si una cosa es buena, agrada a Dios. Todas las cosas buenas que proceden solamente de nuestra alma pertenecen a satanás y son abominables para nuestro Señor. Solamente aquello que se origina en el espíritu del creyente, donde mora Dios como el Espíritu, puede agradar a Dios, porque ahí están las buenas obras que Él preparó de antemano para que anduviésemos en ellas: "***Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***" Efesios 2.10. Por eso es necesario presentarnos cada día al trono de la gracia, buscando la gracia y la misericordia abundantes de nuestro Señor y rogándole que fortalezca nuestro hombre interior, para que satanás no tenga ninguna oportunidad de enseñorearse de nuestra alma y gobernarnos desde ella.

En este tiempo, que es muy cercano a la Gran Tribulación, satanás está intensificando sus esfuerzos para tratar de frustrar el plan de Dios, engañando a muchos, aun a los escogidos. Por eso debemos buscar con anhelo al Señor en nuestro espíritu para que nos ayude a discernir todas las cosas que los falsos maestros y falsos profetas y falsos cristos hacen en nombre de satanás, aparentando que son hechas por nuestro Señor Jesucristo.

Otro aspecto que tiene que ver con las obras poderosas que reclaman haber hecho quienes demandarán del Señor el derecho de entrar en el reino de los cielos,

es la conformación de grandes "***iglesias***", que aquí llamamos "***mega-iglesias***". La primera gran "***iglesia***" es el catolicismo romano. Está en los cinco continentes y alberga más de 1.200 millones de adeptos, pero sus doctrinas y prácticas están todas en contra del Señor y son una exaltación y adoración soterrada a satanás.

El catolicismo ortodoxo oriental es otra manifestación de las grandes iglesias, que es una división del catolicismo romano, con sus mismas enseñanzas y prácticas apartadas de la verdad, que está en el Señor Jesucristo. Sus más de 225 millones de seguidores están igualmente engañados, y sin saberlo son uno con satanás y opositores al deseo del corazón de Dios.

El protestantismo, nacido con aquellos que pretendieron reformar la iglesia católica en el siglo XVI, a pesar de que en determinadas épocas y latitudes han procurado acercarse a la Biblia, la ambición de sus líderes ha permitido que satanás las permee y casi ninguna de ellas tiene siquiera una pequeña visión y revelación de la verdad que está en la Biblia y en la persona del Señor Jesús, el Padre y el Espíritu Santo.

Ese movimiento, con más de 700 millones de seguidores en la tierra, lamentablemente está permeado por falsos maestros y falsos profetas, porfiados en exhibir su poder, que afirman mentirosamente que viene de Dios, pero que no es más que la manifestación del poder que está en el alma de las personas y que satanás, de manera furtiva, utiliza para engañar, aun a los escogidos de Dios[1].

Todas esas manifestaciones son hábilmente utilizadas por quienes las ejercen para tratar de ganar miles de adeptos. Para eso existen las llamadas "iglesias" con miles de seguidores, que se reúnen en grandes edificios para admirar los "poderes" del líder y como resultado depositar cantidades apreciables de dinero y bienes materiales con los cuales el líder incrementa su patrimonio.

Si observamos esos grupos a la luz del Espíritu Santo y de la palabra del Señor, vamos a encontrar en primer lugar que la gran mayoría de ellos no son creyentes, nunca han sido regenerados, es decir no han nacido de nuevo porque no han creído en el Señor recibiéndolo, luego son falsos creyentes.

Igualmente podemos observar que los pocos creyentes genuinos que hay en medio de las iglesias protestantes no crecen en el Señor, no son edificados, no cono-

1. Te recomiendo la lectura del libro ***El Poder Latente del Alma*** de Watchman Nee. Lo puedes conseguir en Internet y en español. Incluso está en audiolibro.

cen la voluntad de Dios, no saben tener comunión con el Señor, no saben acercarse al trono de la gracia, y no saben disfrutar las riquezas que el Señor ha preparado como su herencia.

Esos hermanos tampoco tienen revelación ni visión, no saben discernir lo que agrada o desagrada al Señor, son miserables y pobres espiritualmente, no han aprendido a vestirse de Cristo y están desnudos. Viven una vida de tibieza creyendo que lo tienen todo y nada necesitan, convencidos de que lo único que necesitan es participar de las reuniones que preside un líder importante.

Estos hermanos limitan su vida de creyentes a "*ir a la iglesia*" los domingos, a oír una predicación que escasamente logra tocar su emoción, pero que en nada los edifica. Se jactan de pertenecer a una "*gran iglesia*" y de estar bajo la cobertura de "un gran líder", pero no pueden saborear y deleitarse con "***el buey engordado que nos ha preparado el Señor***"; tampoco saben vestirse con "el mejor vestido" que nos ha confeccionado el Señor, vestido que es Él mismo; y, mucho menos pueden lucir "*el anillo*" que Él nos ha preparado para que participemos de las Bodas del Cordero, que durarán mil años.

Otros son poderosos usando medios de comunicación masivos de radio y televisión, para divulgar sus doctrinas y enseñanzas, pero en nada contribuyen a edificar el cuerpo de Cristo ni a hacer la voluntad del Padre que está en el cielo. Estos medios solo sirven para aumentar la fama del líder y la obra que él realiza.

Todas estas son las obras poderosas de las que muchos se jactarán, presentándolas delante del Señor en aquel día, pretendiendo ser justificados, y con ellas ganar el derecho de entrar en el reino de los cielos y participar en él por mil años.

Tres son las credenciales que muchos exhibirán en el Tribunal de Cristo, tratando de reclamar el derecho de entrar en el reino de los cielos: Profecías en el nombre del Señor; expulsión de demonios en el nombre del Señor, y, obras poderosas en el nombre del Señor. Veamos qué responde el Señor.

La respuesta del Señor

Ante el reclamo de los ***muchos*** que hicieron las obras que hemos relatado, el Señor, como es lógico, tiene la respuesta más apropiada y sabia. Leamos: "***Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad***" Mateo 7.23.

Si tú estás usando tu espíritu en esta lectura, debes quedar perplejo y alelado frente a la respuesta del Señor. ¡Cómo así que después de tantos esfuerzos, de

tanto estudio para profetizar, para echar demonios y para "*edificar*" la gran congregación que pastoreé durante más de cincuenta años, después de tanto ayuno y sacrificio para acrecentar "mi rebaño" y para servir al Señor, me va a salir con esto! ¡Para qué sirvieron tantos ayunos, tantos desvelos, tantas vigilias de oración, tantas predicaciones, el tratamiento de tantos problemas que tenían los hermanos que cuidé!... Tal vez la sensación que hay en ese momento es la de estar volando a 10.000 metros de altura y de pronto ser soltado sin ningún soporte que lo sostenga y le impida estrellarse contra la tierra y ser destrozado.

Todo será así, incluso la respuesta contundente del Señor, respuesta que tiene tres partes: ***en la primera*** el Señor dice que a esas personas nunca los conoció: ***entonces les declararé: Nunca os conocí***. ¿Por qué el Señor declara desconocerlos?

Porque esas personas nunca tuvieron comunión con el Señor, el Señor jamás los vio en el Lugar Santísimo, en el espíritu humano de ellos, que es el aposento más interior, teniendo comunión con Él. Esos hermanos nunca se acercaron con confianza al trono de la gracia a buscar suplir de gracia y misericordia del Señor, sino que todas esas obras de profetizar, echar fuera demonios y hacer milagros fueron iniciativa de ellos, pero jamás se originaron en el Señor, ni fue Él quien ordenó que esas obras fuesen hechas.

Estos creyentes oraron mucho, ayunaron mucho, pero lo hicieron de manera hipócrita: "***Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa... Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa***" Mateo 6.5, 16.

Estos creyentes que pretenden haber ganado el reino de los cielos con sus obras, cayeron en la oración y el ayuno de los hipócritas, los cuales desagradan profundamente al Señor.

Amado lector, tú no necesitas ser teólogo ni tener preparación universitaria para entender que las oraciones y los ayunos de los grupos cristianos y del catolicismo son de los hipócritas, exactamente como la Biblia describe. Este libro no está acusando a nadie; simplemente, por la misericordia del Señor y bajo Su voluntad, estamos tratando de mostrar una realidad que no se puede ocultar. Por favor ora mucho, pero no lo haga al estilo de los hipócritas; ayuna más, pero no se haga partícipe de la hipocresía

de los grupos cristianos, no ofendas más al Señor, ni te hagas más digno de Su rechazo.

El Señor nos muestra un camino bien preciso y diáfano para la oración y el ayuno: "***Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará… Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará***" (Mateo 6.6, 17-18). Observa atentamente que en la oración y el ayuno, al Padre le agrada el secreto.

Entrar en el aposento es entrar en tu espíritu humano; en ese pequeño "*recinto*" sólo hay cabida para ti y el Padre; allí no cabe tu esposa, ni tus hijos, ni satanás; solamente tú y el Padre. ¡Qué hermoso es nuestro Padre! ¡Cuánto anhela que vivamos en intimidad con Él! ¡Cuántas horas del día el Señor permanece solitario en tu espíritu, porque usted está divagando en tu mente, pensando en tus problemas, en tus deseos, en resolver tus dificultades! ¡Cuántos de los 86.400 segundos que tiene su día, tu mente divaga, anda separada del Señor, tu voz no es oída en el trono del Señor!

¡La mayor parte de tu tiempo lo empleas en hacer planes para hacer tus obras para el Señor, obras que lo desagradan! ¡Y pensar que es tan fácil poner la mente en el Espíritu! Es solamente pensar en el Señor, en Su palabra, en Sus deseos, en Su obra preciosa de redención. Es tan fácil como respirar, es tan fácil como invocar Su nombre. El Señor no es complicado, es muy sencillo. Él realizó la parte más difícil que es todo el proceso de redención y nos dejó lo más fácil: disfrutar de todas Sus riquezas inescrutables.

Lo mismo ocurre con el ayuno. Los grupos cristianos tienen grandes convocatorias de ayuno, ayuno que tiene como centro el hecho de no comer, de aguantar hambre, como si ese fuera un sacrificio que agradara al Señor. El ayuno que el Señor ha escogido es que el creyente tenga una íntima comunión con el Señor, donde Él le pueda revelar todas aquellas cosas que impiden una llenura, y obstaculizan la expresión adecuada del Señor por medio del creyente y que le permitan tener una relación apropiada con los demás creyentes[2].

En todo caso, el ayuno debe ser un asunto secreto entre el Padre y el creyente, nunca ayune para mostrar a los hombres que estás ayunando. Aprende a entrar en tu aposento más interior y a tener comunión con tu Padre.

2. Más luz sobre la oración y el ayuno genuino puedes encontrarlas en el libro ***La Oración en el Espíritu***, publicado en la página: www.las-primicias.com

De esta manera el Señor te conocerá, te hará Su amigo, Su compañero de viaje y Su confidente, y no tendrás el riesgo de que el Señor te diga en el Tribunal de Cristo: "***Nunca te conocí***".

En la segunda parte de la respuesta que el Señor da a quienes pretenden entrar en el reino de los cielos sin haberlo ganado, dice: ***apartaos de mí***.

Es otra de las grandes sorpresas que tendrán ante el tribunal de Cristo todos aquellos que se esforzaron en su hombre viejo haciendo obras para Dios, sin que esas obras se ajustaran a la voluntad del Padre. La respuesta es igualmente asombrosa.

El Señor dice esta frase a aquellos de Sus hijos que nunca anduvieron con Él mientras estuvieron en la tierra: apartaos de mí. Si vemos Apocalipsis 14.4, una de las características de las Primicias, los primeros frutos que el Señor obtendrá de Su gran cosecha de la tierra, es que s***iguen al Cordero por dondequiera que va*** y lógicamente a aquellos creyentes que, estando en esta tierra, siempre siguen al Señor, cuando Él venga nunca les dirá: "***apartaos de mí",*** sino que por el contrario les dirá: ***"Bien, esclavo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor***" Mateo 25.21.

El Señor está advirtiendo a Sus hijos para que cesen toda obra que sale de sus intenciones, que no es conforme a Su deseo y voluntad, y que se vuelvan a Él para andar en las obras que Él preparó de antemano para hacerlas por medio de los creyentes: "***Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas... Porque el que ha entrado en Su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las Suyas***" Efesios 2.10; Hebreos 4.10.

Apreciado lector, es hora de que dejes de hacer obras para el Señor basado en tu voluntad y tu querer, y que también dejes de apoyar esas grandes obras que hacen los grupos cristianos que están llenas de madera, heno y hojarasca, las cuales, cuando el Señor las pase por el fuego, serán completamente quemadas: "***Y si sobre este fundamento alguno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego es revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego mismo la probará***" 1 Corintios 3.12-13. No permitas que cuando estés frente al Tribunal de Cristo el Señor te diga: "***Apártate de mí***".

La tercera frase de la respuesta que el Señor da a quienes pretenden ganar el reino de los

cielos sin haber trabajado durante su vida para obtenerlo, es igualmente desoladora, como las anteriores: "***Hacedores de iniquidad***".

Cuan estricto es el Señor en Su juicio para los creyentes. Si no se hace rigurosamente la voluntad del Padre que está en el cielo, no hay la más mínima probabilidad de entrar en el reino de mil años, el reino de los cielos.

Profetizar en el nombre del Señor no tiene ninguna maldad, es muy bueno. Liberar a quienes son atormentados por los demonios, expulsando a éstos, es una obra excelente. Igualmente hacer gigantes esfuerzos para tener una gran iglesia, para ganar muchas almas, es óptimo; pero el Señor dirá a quienes practican todas estas cosas, que son hacedores de iniquidad. ¿La razón? Todas esas obras, por demás excelentes a los ojos de los hombres, nunca se originaron en la voluntad del Padre, sino fueron sentimientos del alma de quienes las hicieron y sin darse cuenta, en esos sentimientos, en esas buenas obras, quien tuvo mayor participación fue satanás, el enemigo de Dios.

Tenemos que entender que el reino de los cielos debe ser ganado no por nuestros esfuerzos, sino por la comunión permanente con nuestro Señor, permitiéndole que haga Sus obras en nosotros y por medio de nosotros, andando en las obras que Él preparó de antemano para nuestro andar.

El reino de los cielos será dado a quienes se lo ganen, a quienes luchen y trabajen por él, pero ese trabajo y esa lucha tiene una restricción única: la voluntad del Padre. Si desde ahora cada creyente, osadamente se decide a hacer única y exclusivamente la voluntad del Padre, puede tener la absoluta certeza de que ganará el reino de los cielos. Puede tener la certeza de que el Señor ha adquirido una deuda con él y se la pagará, dándole amplia entrada en el reino de los cielos.

¡Que esta sea la bienaventuranza de todos los lectores!

Capítulo 8

EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (1)

Una vez hemos ganado claridad sobre el reino de Dios y quiénes están en él, y hemos sabido con precisión que no es suficiente estar en el reino de Dios para entrar en el reino de los cielos, sino que de acuerdo con Mateo 7.21, es necesario hacer la voluntad del Padre para ganar el reino de los cielos, nos proponemos en este capítulo y en los subsiguientes hacer una descripción lo más completa posible, de qué es el reino de los cielos y cuáles son las características de los hijos de Dios que lo conformarán.

Es necesario que lo tratado aquí se convierta en revelación y visión para el lector y que esa visión se convierta en la realidad de su diario vivir, porque si tiene un mero conocimiento en su mente, todo lo aquí revelado se convierte en una simple doctrina que no contribuye en nada a su edificación, y por el contrario, lo llena de muerte.

Este es uno de los secretos importantes que todo creyente debe conocer y vivir diariamente: si la palabra se queda solo en tu mente y no llega como revelación a tu espíritu humano y desde tu espíritu llena tu alma, satanás aprovechará la ocasión para llenarte de doctrinas muertas, que en nada to ayudan a crecer espiritualmente; pero si por el contrario tú eres de aquellos que diariamente se acercan al trono de la gracia, buscando la gracia y la misericordia del Señor para ser socorrido oportunamente, serás inoculado con la palabra que el Señor te habla, y esa palabra será revelación en tu espíritu y por esa palabra podrás conocer plenamente al Dios Padre, Hijo y Espíritu.

Inmediatamente esa palabra revelada en tu espíritu se convertirá en visión en tu alma; Dios que es luz te alumbrará y podrás ver el deseo de Dios, Su voluntad y el camino por donde debes andar. Una vez que has logrado tener visión, andando con el Señor, andando en el Espíritu, harás de la revelación y la visión una práctica en tu diario vivir, y como resultado la vida divina crecerá diariamente, y un día no lejano, alcanzarás la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, la plena madurez para darle frutos al Señor para Su disfrute, e igualmente alcanzarás la medida de la estatura de la plenitud de Cristo Efesios 4.13.

Estos son los cuatro requisitos que todos los creyentes debemos alcanzar para poder estar en la presencia de Dios, por la eternidad. Cuando alcances esas condiciones tú habrás sido completamente preparado para entrar en el reino de los cielos, y cuando el Señor regrese a la tierra, tendrás garantizada la entrada a ese reino y al disfrute del milenio, reinando con el Señor; habrás

sido un vencedor.

El propósito que tiene el Señor en este libro es el de mostrarnos cuáles son las condiciones para entrar en el reino de los cielos, en cuatro puntos específicos: ***el primero***, la esencia, la persona de quienes ganarán el reino de los cielos; ***el segundo***, la relación del ciudadano del reino de los cielos con otras personas, con su entorno y con las riquezas de bienes materiales; ***tercero***, las parábolas que hablan de la apariencia del reino de los cielos, teniendo en cuenta que la apariencia es aquello que parece ser pero que no es; y, en ***cuarto*** lugar, las parábolas que hablan de la realidad del reino de los cielos.

LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN EL REINO DE LOS CIELOS

La esencia de una persona es lo que ella es en sí, lo que hay en su interior y que se manifiesta en su exterior, es decir, lo que hay en su espíritu y su alma y que se manifiesta en su alma y en su cuerpo. Por ejemplo, una persona que tiene amargura en su alma siempre manifestará irritabilidad, mal carácter e indisposición hacia los demás, mientras que una persona que está llena de paz en su alma y su espíritu irradiará esa paz en todo lugar donde esté, será armoniosa, vivirá en pleno gozo, y en armonía consigo misma y con los demás.

Todos los seres humanos, descendientes de Adán tenemos una naturaleza caída, que satanás ha ido reforzando y solidificando a lo largo de los siglos. En el interior de las personas hay una naturaleza diabólica bien desarrollada, que no se compadece en nada con los requisitos que el Señor ha establecido para ser parte del reino de los cielos.

Dios en Su misericordia ha escogido a un grupo de seres humanos para convertirlos en Sus hijos y ha trabajado para ello, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Un día, Dios se hizo hombre en Jesús, vivió en esta tierra por más de tres décadas, al final de las cuales fue a la cruz y murió, y mediante Su muerte nos allanó el camino para que nosotros pudiésemos llegar a Dios y mezclarnos con Él, haciéndonos uno con Él. Para eso, tres días después de haber muerto en la cruz, resucitó, vino a los discípulos y se sopló en el espíritu de ellos como el Espíritu Santo.

Con este hecho ocurrió uno de los eventos más sublimes y deslumbrantes en la historia de la redención, que Dios preparó para el hombre: Él, como el Espíritu Santo, se mezcló primero con un hombre en Jesús y luego lo hizo con un pequeño grupo de discípulos y después se ha mezclado con millones a lo largo de veintiún siglos y se seguirá mezclando hasta completar el nú-

mero que Él ha determinado de antemano para expresarse y glorificarse por medio de ellos.

Después de haber resucitado y de haberse soplado en el espíritu de los discípulos, durante los cuarenta días subsiguientes, se hizo visible a ellos. No podemos decir que se iba y los dejaba y luego volvía, porque cuando se sopló en ellos lo hizo para permanecer mezclado con ellos durante toda la vida que viviesen en la tierra y por la eternidad.

Pasados cuarenta días, los llevó al monte de los Olivos y desde allí, de manera visible, ascendió al cielo, para entrar en la gloria del Padre y desde allí, diez días más tarde, descender como el Espíritu de poder para investirlos de Su poder y Sus riquezas, y mezclado con ellos llevar a cabo la obra que se había propuesto desde la eternidad, pero no solo Él, sino en comunión con aquellos que había escogido.

Pero esto no solo ocurrió con los primeros discípulos que caminaron con Él durante el tiempo que anduvo en carne en la tierra, sino que hoy se ha mezclado con nosotros, contigo y conmigo, y en la medida que le permitimos, realiza una obra de transformación en nuestro interior y nos prepara para que seamos ciudadanos del reino de los cielos. Igualmente, por medio de nosotros y con nosotros, realiza Su obra de edificación de Su iglesia aquí en la tierra.

Algunos estudiosos de la Biblia, la palabra de Dios, consideran que los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo, conforman la constitución del reino de los cielos. Nosotros sabemos que la constitución de un país es la ley más elevada de ese país, y esa ley rige las relaciones de los ciudadanos con sus gobernantes, con sus costumbres y consigo mismos.

Consideraremos esos tres capítulos en la medida que el Señor nos extienda Su misericordia y nos alumbre, para que podamos tener revelación y luz acerca de las palabras que el Señor emitió personalmente de Su boca, para enseñarnos y mostrarnos, qué debemos alcanzar para entrar en el reino de los cielos.

En primer lugar veremos cuáles son las características que los ciudadanos del reino de los cielos deben tener en su esencia, su persona, y para verlas, nos adentraremos en Mateo 5.1-16: "***Viendo las multitudes, subió al monte; y cuando se hubo sentado, se le acercaron Sus discípulos. Y abriendo Su boca les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre***

y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia. Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por Mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Regocijaos y exultad, porque vuestra recompensa es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"

El primer aspecto que nos llama la atención es la actitud que tomó Jesús, cuando vio la multitud: ***Subió al monte y se sentó***. Algunas versiones dicen que se sentó en la ladera de una colina.

Si deseamos conocer la Biblia, si anhelamos profundizar en ella y nos metemos en el mismo corazón de Dios, debemos aprender a mirar cada detalle que hay consignado en sus palabras. Como decimos en Colombia, debemos aprender a "***hilar bien fino, bien delgado***".

La Biblia, que contiene la palabra de Dios, está llena de millones de detalles, que debemos buscar cuidadosamente; todo depende de que el Señor nos mire en Su misericordia y quiera revelarnos esas cosas pequeñitas tan agradables.

No a la multitud sino a los Suyos, Sus íntimos

¿Por qué sería que cuando Jesús vio la multitud decidió subir al monte y sentarse? Si observamos detenidamente los versículos subsiguientes, rápidamente encontraremos las razones de esa actitud del Señor.

En primer lugar, cuando vio la multitud subió al monte y se sentó, porque Él no quería hablarle a la multitud. Generalmente, cuando veía multitudes, les hablaba por parábolas, es decir, en un lenguaje que la multitud no podía entender, como ocurrió por ejemplo en Mateo 13.1-3: "***Aquel día salió Jesús de la***

casa y se sentó junto al mar. Y se le congregaron grandes multitudes, de modo que entró en una barca, y se sentó, y toda la multitud estaba de pie en la playa. Y les habló muchas cosas en parábolas"

Aquí dice que cuando se le juntó mucha gente, les habló muchas cosas por parábolas. Una vez que terminó de hablar la parábola, los discípulos se acercaron y le reclamaron: "***¿Por qué les hablas en parábolas?***" v. 10. Él les respondió inmediatamente: "***Porque a vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les ha sido dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y Yo los sane. Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron***" vs. 11-17.

En este pasaje la decisión del Señor contradice toda lógica humana y religiosa. En primer lugar, el propósito de las parábolas es hablar misterios que tienen que ver con el reino de los cielos, y esos misterios, el Señor los da a conocer solamente a los discípulos y no a la multitud.

¿Qué es un discípulo? Un discípulo reúne dos requisitos: el primero, es un hombre o una mujer que ha sido regenerado, es decir que ha recibido al Señor en su espíritu humano, creyendo en Su nombre; y en segundo lugar, ese hijo de Dios, sigue al Señor por donde quiera que va, es íntimo con Él.

A ese discípulo, el Señor le da todas Sus riquezas, para que tenga más, para que tenga abundancia; pero aquel que no es Su discípulo, aquel que no lo sigue, le será quitado aun lo que cree tener: "***Porque a todo el que tiene, le será dado, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado***" (Mateo 25.29).

El Señor manifiesta igualmente que, el propósito de las parábolas es que las multitudes viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. Esta es una clara demostración de que el Señor no tiene ningún interés en las multitudes, como los tiene el cristia-

nismo contemporáneo.

Los líderes religiosos contemporáneos hacen ingentes esfuerzos para reunir grandes multitudes que los sigan, y van en contravía del deseo del Señor. Las multitudes de este tiempo siguen a Sus líderes, pero no siguen al Señor. Aquí está el cumplimiento de la profecía de Isaías, en cuanto a la dureza del corazón del pueblo.

Exactamente eso ocurre hoy con las grandes multitudes del cristianismo, católicas romanas, católicas ortodoxas y protestantes. Tienen la Biblia, la leen, oyen muchos sermones y predicaciones, leen muchos libros, pero no ven, ni oyen, ni entienden, y al no poder percibir, ni oír, ni entender, no pueden abrir su corazón al Señor, para que Él sane su corazón engrosado y embotado.

Pero no ocurre así con los discípulos a quienes el Señor les dice: ***Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen***. Si tú estás leyendo esta palabra y la estás oyendo y la estás entendiendo, querido lector, eres bienaventurado. Póstrate delante del Señor y adóralo, dándole gracias, porque Él te ha mirado en Su misericordia y te está mostrando lo que necesitas para entrar en el reino de los cielos.

Esta misericordia no se les da a muchos, porque ***de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron***. En verdad son pocos los hijos de Dios que, a lo largo de los siglos, han logrado ver lo que nosotros estamos viendo hoy. ¡Qué privilegio más grande y qué honra más elevada, que el Señor nos haya escogido, a ti y a mí, para mostrarnos estas cosas tan ricas, elevadas, agradables y plácidas!

Verdaderamente esta elección es un misterio muy profundo, porque ¿qué habrá visto el Señor en nosotros para hacernos Sus discípulos y revelarnos Sus misterios? ¡Nada tenemos y nada somos!

Pero a Él le ha placido abrirnos Su corazón y mostrarnos Sus misterios. Sólo atinamos a decir: ¡Muchas gracias, adorado Padre, por extender Tu misericordia hasta alcanzarnos!: "***No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino***" Lucas 12.32.

Este mismo principio se aplica en Mateo 5, cuando al ver la multitud subió al monte y se sentó, porque inmediatamente los versículos 1 y 2 replican: "***y cuando se hubo sentado, se le acercaron Sus discípulos. Y abriendo Su boca les enseñaba, diciendo***". Sólo cuando se acercaron Sus discípulos abrió la boca para enseñarles.

De la misma manera actúa el Señor hoy con nosotros. El Señor no anda por ahí con un alto parlante buscando a quien hablarle, sino que abre Su boca para enseñar a aquellos que se le acercan: "***Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros***" Santiago 4.8.

Por otro lado, podemos ver en algunos pasajes del Evangelio de Marcos que cuando había multitudes, Jesús procuraba alejarse de ellas. Por ejemplo, veamos el pasaje de Marcos 3.7-10: "***Mas Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y le siguió gran multitud de Galilea. Y de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él. Y dijo a sus discípulos que le tuviesen siempre lista la barca, a causa del gentío, para que no le oprimiesen. Porque había sanado a muchos; de manera que por tocarle, cuantos tenían plagas caían sobre él***". Las multitudes buscan al Señor no porque crean en Él, sino porque tratan de encontrar algún beneficio personal, como una sanidad física, bienes materiales o prosperidad. Por eso él le dice a la multitud después de haber alimentado a más de cinco mil personas, con cinco panes y dos peces: "***De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste Dios el Padre ha marcado con Su sello***" Juan 6.26-27.

En conclusión, podemos afirmar que al Señor Jesús no le gustan las multitudes, y hay muchas razones para que sea así. En primer lugar, las multitudes son fácilmente llevadas por las personas que quieren seducirlas y conducirlas a donde quieren, y en sus acciones, las multitudes son superficiales y fácilmente influenciables en su alma, pero casi nunca entran en la profundidad de su espíritu.

Recordemos que cuando Jesús entró en Jerusalén fue aclamado por la multitud que gritaba: "***Y la mayor parte de la multitud tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino. Y las multitudes que iban delante de Él y las que venían detrás daban voces, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!***" Mateo 21.8-9.

Pocos días después, la misma multitud gritaba, incitada por los líderes religiosos judíos y frente a Poncio Pilato: "***Mas los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás. Y Pila-***

to, respondiendo de nuevo, les dijo: ¿Qué, pues, queréis que haga con el que llamáis Rey de los judíos? Y ellos volvieron a gritar: ¡Crucifícale! Pero Pilato les decía: Pues ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más: ¡Crucifícale!" Marcos 15.11-14.

Al Señor definitivamente le gusta la intimidad, le gusta tener trato con aquellos que quieran ser íntimos con Él, que se habitúen a entrar en el aposento—espíritu humano—, y cerrando la puerta deseen tener comunión íntima con Él: "***Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará***" Mateo 6.6.

Este es el caso que estamos considerando cuando subió al monte y se sentó. Una vez que se hubo sentado, se le acercaron Sus discípulos y fue a ellos a quienes les enseñó, abriendo Su boca.

Eran millones las personas que había en Israel cuando el Señor estuvo en carne en la tierra, pero solamente escogió a doce para ser sus íntimos; y esos doce, a excepción de Judas que fue reemplazado por Matías, permanecerán en Su intimidad y en Su propósito especial, por la eternidad, en la Nueva Jerusalén: "***Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero***" Apocalipsis 21.14.

En ciertas ocasiones, el Señor Jesús ni siquiera manifestó algunas situaciones a los doce, sino que de ellos escogió solamente a tres, como fue el caso de la transfiguración en el monte alto de Mateo 17.1-2: "***Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció Su rostro como el sol, y Sus vestidos se volvieron blancos como la luz***".

¿Por qué decimos esto? Porque queremos romper el paradigma del cristianismo contemporáneo, en el que anhelan tener mega iglesias, grandes congregaciones, en las que la inmensa mayoría no son creyentes, porque no han sido regenerados, no han nacido de nuevo, ni son hijos de Dios, sino que el líder de la congregación se esfuerza por reunir una enorme masa de gente, pensando que con eso agrada al Señor, pero el Señor no anda por ahí; a Él le gusta la intimidad: "***He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría***" Salmos 51.6.

Una vez que el Señor nos ha aclarado acerca de Su relación con las multitudes, podemos entrar a considerar detenidamente cada una de las características que tienen en su ser, en su per-

sona y en su esencia, los ciudadanos del reino de los cielos.

1. Pobres en espíritu

En el versículo 3 el Señor afirma: "***Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos***". La entrada al reino de los cielos tiene una puerta: ser pobres en espíritu, y para interpretar esta palabra, debemos ser cuidadosos y muy humildes frente al Señor, para rogarle que nos revele en qué consiste ser pobres en espíritu.

Algunos piensan que una persona pobre en espíritu es un hombre apocado, pusilánime y con cierta tendencia a ser tonto. En algunas de las pequeñas poblaciones colombianas, tradicionalmente ha habido personas que por su poco espíritu emprendedor, su pusilanimidad y su manera de ser, son catalogadas como "*el bobo del pueblo*", y para muchos, eso es ser pobre en espíritu. Esto no es verdad.

Ser pobre en espíritu, tampoco tiene que ver con la ausencia de riquezas materiales, o con entregar todos los bienes poseídos a cierta organización religiosa, como fue tema de predicación durante centurias de la iglesia católica romana, y lo es actualmente en el protestantismo. Cuando los españoles conquistaron América, la parte religiosa fue comandada por los curas católicos y así enseñaron a los aborígenes y a los mestizos americanos, que no se preocuparan por los bienes materiales, sino que se los entregaran a ellos, porque si no se empobrecían, no podrían ir al cielo. Por su puesto, esta es una mentira diabólica de las muchas que abundan en esa organización religiosa.

Ser pobre en espíritu, insistimos, no tiene nada que ver con riquezas materiales o con estados anormales del alma. Ser pobre en espíritu tiene que ver con la actitud con la que me acerco al Señor. Alguna versión de la Biblia ha traducido Mateo 5.3 así: "***Bienaventurados los que reconocen su necesidad espiritual, porque de ellos es el reino de los cielos***". Traducido así el versículo nos parece más sencillo y comprensible.

Ser pobre en espíritu consiste en acercarse al Señor reconociendo la condición y la necesidad y exaltando a la vez la condición pura, santa, misericordiosa y rica del Señor, y acercarse dispuesto a que lo llene de Él, a que lo supla con Su gracia y Su misericordia. Por eso el Señor habla a Sus hijos en Hebreos 4.17: "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***".

Ser pobre en espíritu es todo lo contrario de lo que le ocurre a la inmensa mayoría de los hijos de

Dios que viven en este tiempo, y que están incursos en la situación que describe Apocalipsis para el ángel de la iglesia en Laodicea: "***Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo***" Apocalipsis 3.17.

Ser pobre en espíritu consiste en presentarse delante del Señor como un vaso desocupado, vacío, dispuesto para que Él lo llene de todas Sus riquezas de santidad, justicia, vida, luz y amor, para que el vivir del creyente sea una continua expresión de esos atributos del Señor.

Ser pobre en espíritu es anhelar cada día que el Señor me llene de todas Sus virtudes, tales como longanimidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio propio, humildad, amor y tantas otras que, disfrutadas nos llevan a tener un continuo suplir del Señor y a expresarlo en nuestro diario vivir.

Ser pobre en espíritu es abrir nuestro ser al Señor para que Él lo llene con toda Su obra de redención, la cual comprende la encarnación, es decir Dios mezclado con el hombre Jesús y Dios mezclado con nosotros los hombres, Sus hijos. Igualmente, en Su redención está incluido Su vivir humano, en el que como hombre expresó plenamente a Dios en cada instante de Su vivir, el que nosotros hoy, viviendo en el espíritu, podemos tener esa misma expresión, ya que Él dijo: "***De cierto, de cierto os digo: El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre***" Juan 14.12.

De manera similar, en Su redención está incluida Su muerte, mediante la cual quitó todos los obstáculos que satanás había logrado introducir en el camino que une al hombre con Dios, obstáculos tales como el pecado, los pecados, satanás mismo, el mundo, el hombre viejo y las divisiones religiosas, los ángles caídos y los demonios. Todas esas cosas fueron abolidas en la cruz. Además, disfrutamos de Su resurrección en la que llegó a ser el Espíritu vivificador que entró en nuestro espíritu para darnos la vida eterna y todas las riquezas de Dios, que son la gracia.

También está incluida en la obra de redención del Señor Jesús Su ascensión por encima de los cielos, de la cual nos hizo partícipes; igualmente su entronización como Rey de reyes y Señor de señores, para regir la tierra y el universo. Además, también está Su glorificación, que podemos disfrutar a diario y Su derramamiento como el Espíritu de poder para realizar la edificación de Su cuerpo, para producir los vencedores y para tomar posesión de los reinos de la tierra en Su venida. Todas estas maravi-

llas son nuestras, cuando somos pobres en espíritu.

La mayoría de los cristianos contemporáneos están llenos de doctrinas, de conocimiento mental de la Biblia y no admiten que el Señor pueda introducir en ellos todas Sus riquezas. Es necesario ir cada día a la presencia del Señor desocupados, hambrientos y sedientos, y permitirle que Él pueda llenar cada uno de los rincones del ser humano, hasta rebosar y manifestar Sus riquezas en nuestro vivir.

Debemos tener claridad en el sentido de que ni siquiera las riquezas y bendiciones que el Señor nos dio ayer son útiles hoy. Lo que fue ayer pertenece al pasado y es viejo. El Señor vive en un eterno presente y es nuevo cada día: "***Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana***" Lamentaciones 3.22-23.

De esto hay un ejemplo muy bueno en el Antiguo Testamento. Cuando el Señor sacó al pueblo de Israel de Egipto, la comida que ellos sacaron del país donde fueron esclavos por más de cuatro centurias, se les acabó pronto y no tenían qué comer. El Señor entonces les proveyó Su propio pan en forma de maná. Él les ordenó que recogieran cada día lo suficiente para alimentarse ese día, a excepción del día sexto, que debían recoger doble porción, para cubrir las necesidades de los días sexto y séptimo, porque en este último no caía maná.

Algunos israelitas se consideraron muy listos y desconfiando de la palabra del Señor, cualquier día de la semana recogieron más del maná necesario para ser alimentados en el día y el excedente lo guardaron. Al otro día, ese maná guardado, olía horrible y tenía gusanos: "***cada uno recogió conforme a lo que había de comer. Y les dijo Moisés: Ninguno deje nada de ello para mañana. Mas ellos no obedecieron a Moisés, sino que algunos dejaron de ello para otro día, y crio gusanos, y hedió***" Éxodo 16.18-20.

Esto es común en el cristianismo; la mayoría de los profesantes están llenos de cosas del pasado, de doctrinas, de hábitos, de prácticas y de liderazgos, de tal manera que el Señor no tiene ni una sola oportunidad de revelarles la novedad de Su palabra. Están saturados de doctrinas y en su ser no hay un pequeño cupo donde el Señor pueda poner algo de novedad de vida.

Cuando nos acercamos al Señor, a Su trono de gracia, al Lugar Santísimo que está en nuestro espíritu, debemos hacerlo con humildad, reconociendo que tenemos una inmensa necesidad de Él; debemos acercarnos desocupados, sin presunción, no sa-

biendo nada, esperando y anhelando que Él abra Su boca y nos enseñe, y que en Su enseñanza nos supla aquello que necesitamos para agradarlo y para crecer en vida, y entrar en el reino de los cielos. Es por eso que el Señor Jesús, en uno de los apartes de la oración que enseña a Sus discípulos, dice: "***El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy***" Mateo 6.11.

No debemos pedir al Señor hoy el pan de mañana, no debemos quedarnos hoy con el pan que nos dio ayer, sino que cada día debemos disfrutar Su frescura y Su novedad. Si esa es nuestra actitud, seremos pobres en espíritu y tendremos garantizada la entrada en el reino de los cielos. Esta debe ser nuestra práctica diaria, mientras vivimos en este tabernáculo.

Ser pobres en espíritu es venir al Señor con humildad "***porque Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da gracia. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte a su debido tiempo***" 1 Pedro 5.5-6. La humildad es una virtud que el Señor expresó en Su vivir humano, y aprendemos a ser humildes cuando nos enyugamos con Él: "***Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas***" Mateo 11.29.

Esta es la primera característica de quienes reinaremos con el Señor sobre la tierra, en la época del reino de los cielos, que está muy cerca, a las puertas.

Capítulo 9

EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (2)

2. Los que lloran

La segunda característica de quienes son entrenados para entrar en el reino de los cielos es: "***Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados***" (Mateo 5.4).

Llorar aquí no tiene que ver con tener una naturaleza llorona. Hay personas que lloran de ira, otros que lloran porque son heridos en sus sentimientos, otros que lloran porque son orgullosos, otros porque el llanto es un medio efectivo de desahogo, y hay otros que no lloran por nada. En fin, hay muchos motivos que conducen al llanto, pero pertenecen al hombre viejo, al hombre natural y caído.

Llorar como parte de la esencia de creyentes que están en la carrera de preparación para entrar en el reino de los cielos, tiene que ver con ser uno con el Señor en Sus aflicciones por la edificación de Su cuerpo, así como era Pablo: ***"Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y de mi parte completo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su Cuerpo, que es la iglesia***" Colosenses 1.24.

Desde la eternidad, el Señor ha albergado en Su corazón el anhelo de tener un reino, y primero deseó hacerlo con los ángeles, pero la tercera parte de éstos, encabezados por lucero hijo de la mañana se rebelaron y arrastraron en su rebelión a los seres vivos que poblaban la tierra antes de la creación de Adán, frustrando de esa manera el profundo anhelo que el Señor tenía en Su corazón. Dios tuvo entonces, muy a Su pesar, que juzgar a esos ángeles rebeldes y a esos seres vivientes que se unieron a la rebelión, y juzgó con ellos a la tierra y sus alrededores, quedando vacía y desolada; llena de agua y de tinieblas.

Dios, deseando mantener Su propósito, recreó la tierra, la ordenó hermosamente, y la pobló con aves, animales domésticos y animales salvajes y puso en ella a un ser, al que creó a Su imagen y semejanza. Pero ese hombre no tardó mucho tiempo en recibir en él al rebelde lucero hijo de la mañana, que se llama diablo y satanás. Unido a él, se rebeló contra Dios y Él tuvo que alejarlo de la esfera donde Dios y hombre tenían comunión; nuevamente, el anhelo del corazón de Dios debió ser aplazado, porque su nueva criatura entró en abierta rebelión y oposición a Él.

Una vez más, el Señor no desistió de Su propósito, y cuando vino el tiempo predeterminado por Él, se hizo hombre, tomando a una mujer virgen y gestándose en ella como hombre, un hombre que se llama Jesús. Por lo menos en Él, Dios había logrado Su propósito de mezclarse con el hombre y vivir Su vida divina en Su criatura.

Jesús anduvo en esta tierra

por un poco más de treinta años, al final de los cuales fue a la cruz y murió, con el fin de aplastar a satanás, a su reino de ángeles caídos y demonios y de quitar del hombre la rebelión que satanás había introducido en él y que lo había separado del Señor.

Jesús, como Dios—hombre, resucitó de entre los muertos y en resurrección vino como el Espíritu Santo y se sopló dentro de Sus discípulos, quedándose en para vivir en ellos durante su vida en la tierra y por la eternidad, con la intención de que estos humanos, con quienes Él se ha mezclado, le permitan reinar en ellos, se dejen guiar y gobernar, sean Su testimonio viviente sobre la tierra y hagan Su voluntad. Esto ha venido ocurriendo desde la noche de la resurrección hasta el tiempo presente, que el Señor ha entrado y está entrando en miles de hombres y mujeres, con el propósito de tener Su reino aquí en la tierra.

Es lógico que Dios confíe en el hecho de que, entrando en los hombres, estos hombres regenerados se hagan totalmente uno con Él y le permitan hacer Su voluntad sin ninguna restricción. Pero a pesar de un avance tan grande en Su plan de redención, esos hijos de Dios, aún no se unen totalmente al Señor, para que Él se revele y haga Su voluntad en ellos, sino que se agrupan en distintas organizaciones religiosas para seguir a hombres que se erigen entre ellos como líderes, siguen doctrinas y ministerios particulares y dejan a un lado al Señor que los rescató de su pecado, del reino de satanás y los trasladó al reino del Hijo de Su amor.

Es sobrecogedor observar el cristianismo contemporáneo, en el que hay unos pocos hijos de Dios, porque no todos los que están vinculados al cristianismo, conformado por el catolicismo romano, la iglesia ortodoxa oriental y las miles de iglesias protestantes, no todos ellos son hijos de Dios, regenerados y nacidos de nuevo, sino que en esas organizaciones religiosas abundan los falsos creyentes, que son la gran mayoría de ellas.

No puede darnos menos que un profundo llanto al ver el desprecio que le proporcionan al Señor, los mismos hijos de Dios. Casi el ciento por ciento de los que profesan ser cristianos, siguen a hombres, a organizaciones, a doctrinas y a prácticas, y se alejan, y le dan la espalda al Señor, que quiere ser Su Pastor: "***las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las conduce fuera. Y cuando ha sacado fuera todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz… Yo soy la puerta; el que por Mí entre, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos… Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor pone Su vida por***

las ovejas… Yo soy el buen Pastor; y conozco Mis ovejas, y las Mías me conocen, así como el Padre me conoce, y Yo conozco al Padre; y pongo Mi vida por las ovejas… También tengo otras ovejas que no son de este redil; es preciso que las guíe también, y oirán Mi voz; y habrá un solo rebaño, y un solo Pastor" Juan 10.3-4, 9, 11, 14-15, 16.

Anhelamos que el Señor extienda Su misericordia y nos haga ver a los creyentes neotestamentarios, que hay un solo rebaño y un único pastor: el Señor Jesús.

Ya no es tiempo de seguir a hombres, a hermanos, a líderes, sino al Señor como el Único Pastor del rebaño, el Único que conoce a Sus ovejas y las llama por su nombre, el que da Su vida por nosotros, el que nos guía a comer alimento fresco y nos lleva al manantial de vida eterna a beber las aguas de la salvación. No debemos conocer ni reconocer a nadie distinto al Señor, como nuestro guía y pastor.

Los hijos del reino gemimos y lloramos por una situación tan anormal, y frente a eso, el Señor promete consolarnos. Nos consuela en la oración; quienes tenemos una clara visión acerca de lo que el Señor está haciendo en estos tiempos del fin, rogamos al Padre que gane los corazones de Sus hijos, que cada uno de los santos pueda volverse al Señor y buscar Su voluntad; oír Su palabra y obedecerla.

Cuando pensamos en la situación del cristianismo contemporáneo, viene a nuestra memoria el pasaje de 2 Pedro: "***El Señor no se retrasa con respecto a la promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es longánimo para con vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento***" 2 Pedro 3.9. Algunos creyentes han olvidado un hecho tan importante como la venida del Señor, y otros creen que Él ya no vendrá, o que ha retardado y hasta olvidado Su promesa de volver, pero en este pasaje nos recuerda que Él no ha olvidado ni tampoco ha retardado Su promesa, sino que se ha hecho paciente para con nosotros.

Observa que la paciencia es para con nosotros. Él no está hablando a los incrédulos, sino a los creyentes, y nos dice que no ha venido porque ha ejercitado Su paciencia, no queriendo que ninguno de nosotros perezca, sino que todos procedamos al arrepentimiento.

Tal vez tú, querido lector, tengas la osadía de altercar con el Señor y preguntarle de qué tiene que arrepentirse, si eres un creyente y te arrepentiste cuando creíste; puedes decirle que todos tus pecados han sido perdonados, porque Él derramó Su sangre y te limpió completamente.

Es posible que no cometas pecados de envidia, fornicación, adulterio, homosexualismo, homicidio, calumnia y otros de ese tipo, y es posible que así sea; de serlo, mereces una felicitación.

Pero te preguntamos: ¿Vives al Señor en tu vida diaria? ¿Le permites que sea tu Señor en todo lo que piensas, hablas, decides y haces? O ¿haces las cosas de acuerdo con tus deseos, conceptos y voluntad, y el Señor en tus decisiones sólo tiene la oportunidad de observarte sin participar en nada? Esto es lo más común entre los hijos de Dios.

Pienso que todos los creyentes de esta época tenemos la urgente necesidad de humillarnos delante del Señor en arrepentimiento, porque en casi todas nuestras actividades le damos la espalda.

Los hijos de Dios de la tercera década del siglo XXI han caído del primer amor, se han distanciado del Señor, no lo siguen a Él, sino que siguen a líderes, a organizaciones, a ministerios, a prácticas y a doctrinas, que nada tienen que ver con el Señor. Lo han dejado a Él para seguir a hombres y a organizaciones y de eso es necesario arrepentirse.

El Señor no puede realizar la promesa de Su venida, mientras no encuentre a algunos que lo esperen, que amen Su venida, que le permitan trabajar en ellos para levantarlos como las Primicias. Por eso el Espíritu continúa hablando mediante Pedro: "***Puesto que todas estas cosas han de ser así disueltas, ¿qué clase de personas debéis ser en vuestra conducta santa y en piedad, esperando y apresurando la venida del día de Dios?***" (2 Pedro 3.11-12)

A eso se refiere la paciencia del Señor para con nosotros. Él desea que nos arrepintamos de no seguirlo, de no honrarlo, de no glorificarlo, de no darle el primer lugar que le corresponde en nuestro diario vivir. Cuando usted y yo, tomemos la decisión de arrepentirnos y el Señor pueda constituir a los 144.000 que han de ser las primicias, Él vendrá.

Por ahora, debemos ser aquellos bienaventurados que gemimos, para que el Espíritu convenza a los hijos de Dios, con el fin de que no perezcan, sino que se arrepientan. Esta actitud moverá al Señor a consolarnos: "***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de compasiones y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda tribulación nuestra, para que podamos nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan para con nosotros los sufrimientos del Cristo, así abunda***

también por el Cristo nuestra consolación" 2 Corintios 1.3-5.

Cuando consideramos la actitud de los hijos de Dios de este tiempo, que antecede a la venida del Señor, no dejamos de pensar en la conclusión de la parábola que el Señor registró en Lucas 18.1-8, donde nos expone la necesidad de orar y no desmayar. La conclusión de la parábola dice así: "***Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?***" Lucas 18.8.

La pregunta que hace el Señor debe conmovernos, debe llevarnos a meditar seriamente.

Si usted observa detenidamente al cristianismo contemporáneo, verá que todos están ocupados en muchas cosas menos en el Señor. Unos quieren tener la "*iglesia*" más grande de la tierra, otros están preocupados por llevar el evangelio a los rincones más apartados de la tierra; otros se afanan por tener emisoras de radio y televisión para hacer más grande su ministerio y un sin número de cosas y actividades más.

Pero ¿cuántos se acercan al trono de la gracia para ser inoculados con la gracia y la misericordia del Señor? ¿Cuántos entran en su aposento a preguntarle al Señor si Él desea predicar el evangelio en los lugares más remotos de la tierra, si desea estaciones de radio y de televisión? ¿No será más bien que el Señor desea algunos que sean íntimos con Él, que caminen con Él, que sigan al Cordero por donde quiera que va?

No le den más la espalda al Señor. Vuélvanse de corazón a Él y dejen que sea Él quien haga Su obra; no sean nada distinto a Sus colaboradores. Déjenlo ser la Cabeza y sean solamente miembros de Su cuerpo. Dejen que sea Él quien tome la iniciativa y déjense guiar por Él, para ser Sus colaboradores.

De otro lado, recorrer el camino angosto, que es el Señor mismo, para llegar al reino de los cielos, nos trae constantemente algunos sufrimientos debido a las pruebas, al azote y a la disciplina que el Señor nos da, y todas estas cosas nos llenan de tristeza, de dolor y de llanto, y hasta perdemos la esperanza y nos desanimamos.

En medio de esas situaciones, el Señor nos consuela directamente o por medio de la comunión de algún hermano que nos llama o que nos visita, y permite que el Espíritu fluya a través de él hacia nuestro espíritu y nuestra alma.

Cuando estamos en estas circunstancias, es muy alentador el hecho de acercarnos al trono de la gracia y recibir la gracia y la misericordia del Señor; aunque los componentes de sufrimiento no sean quitados, somos muy consolados por nuestro Padre, en esos momentos de desesperanza y aflicción.

Pablo nos presenta por lo menos dos ejemplos sobre el particular. El primero lo encontramos en el primer capítulo de 2 Corintios donde dice: "***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de compasiones y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda tribulación nuestra, para que podamos nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan para con nosotros los sufrimientos del Cristo, así abunda también por el Cristo nuestra consolación. Pero si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación; o si somos consolados, es para vuestra consolación, la cual se opera en el soportar con fortaleza los mismos sufrimientos que nosotros también padecemos. Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, sabiendo que, así como sois copartícipes de los sufrimientos, también lo sois de la consolación. Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de vivir. De hecho tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos el cual nos libró de tan gran muerte, y nos librará; y en quien esperamos que aún nos librará***" (2 Corintios 1.3-10).

El apóstol relata cómo pasó por tribulaciones tan grandes que hasta perdió la esperanza de seguir viviendo, pensando que había llegado el momento de su partida, pero en esas grandes tribulaciones el Padre de misericordia y el Dios de toda consolación, cuando Pablo había sido probado más allá de Sus fuerzas, fue consolado por el Señor, con el fin de que pasando por tantos sufrimientos, él pudiese consolar a otros que sufren por causa del Señor, pero no con la consolación que fluía de su alma, sino con la consolación con que el Señor lo consolaba a él.

El segundo ejemplo de consolación lo encontramos en Hechos 14 cuando el apóstol estaba en Listra, donde el Señor por medio de él y Bernabé, había sanado un cojo, y vinieron judíos de Antioquía y de Iconio y persuadieron a la multitud para que apedrearan a Pablo, y así lo hicieron. Cuando consideraron que Pablo estaba muerto, lo dejaron en las afueras de la ciudad. Pablo se levantó y entró en la ciudad y en lugar de ser consolado, él consoló a los hermanos y les dijo: "***Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios***" Hechos 14.22.

Bienaventurados somos cuando lloramos por causa del reino de los cielos, por causa del deseo y el anhelo que Dios tiene en Su corazón, porque seremos consolados con la consolación del Padre de misericordias y Dios de toda consolación.

Un hecho que nos debe hacer llorar y en el que con seguridad seremos consolados, lo encontramos en el llanto del Señor Jesús registrado en el evangelio de Juan capítulo 11.

En este capítulo se narra una de las señales más prodigiosas que el Señor realizó para los judíos: la resurrección de Lázaro, pero deseamos examinar ese hecho buscando revelación acerca de cuál fue la causa para que el Señor Jesús llorase.

El capítulo comienza diciendo que en la aldea de Betania, en casa de Marta y María, mujeres que amaban intensamente al Señor y a quienes el Señor amaba, el hermano de éstas, Lázaro, estaba enfermo. Sus hermanas pues, mandaron razón al Señor para que se informara de que Su amigo estaba enfermo.

Desde el punto de vista del hombre viejo, Jesús debió afanarse, entristecerse y correr inmediatamente a socorrer a Su amigo; pero Su actitud fue totalmente contraria: se quedó donde estaba y más bien se alegró de que Su amigo hubiese enfermado: "***Pero Jesús, al oírlo, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella***" Juan 11.4.

Las actitudes del Señor han sido siempre espirituales; jamás hubo en Él asomo de la carne del hombre caído. Por eso la Biblia recalca en el siguiente versículo que "*amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro*".

¡Qué sabio es el Espíritu Santo en esta narración!

Jesús no alquiló apresuradamente una mula o un caballo o un carro para ir inmediatamente adonde los amigos que amaba entrañablemente, sino que "***se quedó dos días más en el lugar donde estaba***" v. 6.

Pasados los dos días, decidió mostrar a los discípulos Sus intenciones: regresar nuevamente a Judea donde hacía unos días querían matarlo.

Inmediatamente surgió el concepto natural de los discípulos: "***si allí querían apedrearte, por qué quieres regresar". El Señor les mostró un principio que ellos no entendieron: si andamos en la luz que es Dios mismo, nunca tropezaremos. Si andamos en la voluntad del Señor jamás sufriremos ningún daño: "Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que***

anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él" (11.9-10).

Luego el Señor les dice que el amigo Lázaro dormía y que era necesario ir a despertarle. Una vez más surgió el concepto natural de los discípulos cuando le dijeron que si dormía se recuperaría, porque no entendían que Jesús les estaba diciendo que Lázaro estaba muerto y que iría a resucitarlo.

Una vez más aparece el concepto viejo de los discípulos: "***Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con El***" (Juan 11.16). Si están con el Señor que es la resurrección y la vida, por qué temer la muerte. Si los discípulos hubiesen tenido revelación de quién era Jesús, solamente hubiesen concordado con Sus decisiones y lo hubiesen seguido sin manifestar su concepto viejo y natural.

Cuando Jesús y Sus discípulos llegaron a Betania encontraron la noticia de que Lázaro había muerto cuatro días antes y ya lo habían sepultado.

Una vez entró en la aldea, comenzaron a surgir los conceptos de quienes amaban a Jesús y a quienes Él amaba entrañablemente.

La primera en manifestarse fue Marta, quien lo reprochó por el hecho de que Jesús no hubiese estado allí para evitar que Lázaro muriese. Sin embargo, ella tenía la esperanza de que, si Jesús le pedía a Dios que Lázaro volviera a la vida, Él se lo concedería. Marta no tenía luz en cuanto a que Jesús es Dios y es la resurrección y la vida.

Por eso "***Jesús le dijo: Tu hermano resucitará***". Inmediatamente afloró la respuesta de Marta, basada en las doctrinas que había aprendido de los fariseos, que creían en la resurrección: "***Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero***" v. 24.

Jesús trató de hacer que Marta entrara en su espíritu y obtuviera alguna revelación, al decirle: "***Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?***" Juan 11.25-26.

El Señor Jesús le estaba indicando que para quien cree en Él, la muerte ya no es ningún problema, ésta no tiene ninguna potestad sobre el creyente y le pregunta si ella cree en lo que el Señor le ha dicho.

Una vez más sus doctrinas aprendidas en la religión judaica surgen y le da una respuesta que nada tiene que ver con lo que el Señor le había preguntado: "***Sí, Señor; yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios,***

que has venido al mundo" v. 27.

Marta estaba tan perturbada, tan desesperanzada, tan obnubilada por la muerte de su hermano, que no podía brotar siquiera un poquito de fe para creer en Jesús, y al no poder sostener una comunión en el espíritu con el Señor, decidió darle la espalda y escudarse en su hermana. Fue entonces a ella y le dijo que el Señor la llamaba, lo cual no era verdad.

María vino a encontrar al Señor e inmediatamente le hizo el mismo reproche que Marta había proferido contra el Señor: "***María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a Sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano***" v. 32.

El Señor al ver la actitud de reproche y de desesperanza que había en María, manifestada en su llanto y en el llanto de los judíos que la acompañaban, sabía que era perdido tratar de que creyeran en Él y se indignó en su espíritu. Su corazón fue entristecido, porque era imposible que creyesen en Él aquellos a quienes Él amaba y quienes decían amarlo: "***Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se indignó en Su espíritu y se turbó***" v. 33.

Viendo que no adelantaba nada, les preguntó: "***¿Dónde le pusisteis?***" v. 34. Entonces Jesús tuvo una actitud especial: "***Jesús lloró***" v. 35.

Esta actitud amorosa del Señor fue malinterpretada ahora por los religiosos judíos. Ellos pensaban que Jesús lloraba de tristeza porque Lázaro había muerto y ya no había ninguna esperanza.

Esta es la conducta enseñada por las religiones. El catolicismo hace de la muerte un espectáculo macabro en el que se celebran misas delante de los ídolos y con el cadáver del muerto presente, rito en el que supuestamente se salva el finado y se consuela a los familiares. Después hay un tétrico desfile hasta el cementerio donde los dolientes del muerto gritan, gimen, lloran, se desesperan, hacen promesas y en adelante practican ciertos ritos idolátricos tales como visitas al cementerio por un cura, rezos durante nueve noches, misas cada mes y después cada año. Por su parte, los dolientes van al cementerio cada semana y llevan flores a la tumba y según ellos visitan a la persona que amaron mientras vivió. Todo esto es idolatría, ofensiva delante del Señor.

Los judíos pensaban entonces que el Señor amaba tanto a Lázaro, pero que Su amor había sido inútil, porque había sucumbido ante la muerte y ya no tenía ninguna esperanza. Ellos creían que su dolor y lágrimas habían influido al Señor y llora-

ba desesperanzado como ellos.

Aun lo retaban diciendo: "***Y algunos de ellos dijeron: El que abrió los ojos al ciego, ¿no podría haber hecho también que Lázaro no muriera?***" v. 37. Esta actitud indignó aún más al Señor y decidió ir al sepulcro: "***Jesús, indignado dentro de Sí otra vez, vino al sepulcro***" v. 38.

Cuando ordenó que quitasen la piedra de la cueva donde había sido puesto el cuerpo de Lázaro, surgió una vez más la actitud incrédula y religiosa de Marta: "***Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días***" v. 39.

La actitud de incredulidad de los que estaban en el lugar llegó al colmo, era una situación que agotaba la paciencia del Señor y al parecer muy indignado la reprendió con severidad: "***¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?***" v. 40. La gloria de Dios no es nada distinto a la manifestación de Dios en los creyentes. Dios se manifiesta en vida, no en muerte; el Señor se manifiesta en amor, no en odio; la manifestación del Señor es en luz, no en tinieblas; la gloria de Dios es la manifestación de Su justicia, en Él no hay nada injusto; finalmente la gloria de Dios se manifiesta en santidad, en Él no hay nada inmundo. Para que esa manifestación sea real, es necesario creer, es decir, recibir toda la obra de redención que el Señor ha hecho por Sus hijos, pero los que estaban allí en Betania no creían y esa actitud hizo que el Señor se entristeciera y derramara lágrimas de dolor.

La situación hoy no es distinta. El cristianismo dice adorar y servir a Dios, pero está lleno de falsos creyentes y en lugar de servir a Dios y seguirlo, está oponiéndose a Dios siendo uno con satanás.

Los pocos creyentes que hay en el seno del cristianismo siguen a hombres, a ministerios particulares, a doctrinas aparentemente bíblicas y rechazan al Señor en su vivir. Están llenos de conceptos viejos y creen que están haciendo las obras de Dios, sin entender que Sus obras nadie distinto a Él puede realizarlas. El Señor ha tenido misericordia y nos ha escogido para hacer Sus obras en nosotros.

Esta actitud de incredulidad y soberbia de los hijos de Dios entristece al Señor y lo hace llorar. Si vemos nuestra condición rebelde, debemos arrepentirnos y llorar delante del Señor. Cuando vemos la triste situación degradada de los creyentes que están en el seno del cristianismo, debemos compungirnos, humillarnos delante del Señor y clamar con lágrimas Su misericordia, para nosotros y para ellos.

Con seguridad el Señor nos consolará escuchando nues-

tra súplica y respondiéndola para Su satisfacción y la nuestra: "***Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados***" Mateo 5.4.

3. Mansos

La tercera característica de los ciudadanos del reino de los cielos es la mansedumbre: "***Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad***" Mateo 5.5.

Tratar de definir los términos de la Biblia es un error, porque las definiciones nos meten en paradigmas que coartan la libertad que tenemos en Cristo, por tanto, no es apropiado tratar de enmarcar la mansedumbre dentro de una definición rígida, sino que más bien debemos apelar a la experiencia que tenemos y que cada día vamos ganando en el Señor, por medio de nuestro espíritu, para así tener la certeza de la mansedumbre, y de cada uno los temas en que el Señor nos trata.

Para algunos la mansedumbre tiene que ver con lo que dice Mateo 5.39-42: "***Pero Yo os digo: No resistáis al que es malo; antes bien, a cualquiera que te abofetee en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera litigar contigo y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a ir una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no le des la espalda***". Es posible que vivir esta palabra en la realidad sea un acto de mansedumbre, pero, aun así, puede también convertirse en una doctrina muerta.

Si siempre que alguien me golpea una mejilla, automáticamente le pongo la otra, o si alguien me presiona para llevarle una carga por una milla, voy con él dos, o si alguno me quita la túnica, le entrego también la capa, o si siempre que me piden doy, hay dos posibilidades: la primera que esas actitudes sean conforme al espíritu, en tal caso el Señor es glorificado; y la segunda, que sean conforme a mi alma, a mi yo, a mi hombre viejo, en este caso, se convierten en obras de la carne que no agradan al Señor.

Otros afirman que ser manso es no defenderse cuando se es atacado; otros más dicen que es negar las opiniones y los deseos; eso es lo más parecido a ser un zombi.

Para poder entender qué es la mansedumbre, creemos que el Señor estableció un camino mejor, en Mateo 11.29-30: "*Tomad sobre vosotros Mi yugo*, ***y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga***". Aquí el Señor nos enseña que la mansedumbre no es una virtud que abunda en nosotros, sino que requiere ser aprendida, pero no puede aprenderse en la escuela, ni en

la universidad, ni en el instituto bíblico, ni en la escuela dominical, sino que debemos aprenderla del Señor, y para aprenderla, debemos enyugarnos con Él.

El único manso, que en verdad vivió y vive en mansedumbre es el Señor Jesús; nosotros, debido a nuestra naturaleza caída somos soberbios y altivos y no tenemos manera de eliminar estos dos defectos de nuestra vida. Sólo podemos ganar mansedumbre y humildad haciendo real en nuestra vida, la obra del Señor Jesús en la cruz; en otras palabras, tomando Su cruz, haciendo realidad en nuestro vivir lo que Él ganó en Su sacrificio.

La soberbia y la altivez son pecados propios de satanás, que inoculó en el hombre desde el Huerto de Edén, y que nosotros hemos heredado de generación en generación. Por nosotros mismos nada podemos hacer frente a ellos. Pero alabamos al Señor, porque Él en la cruz, aplastó a satanás; como el Cordero de Dios quitó el pecado del mundo, y esa victoria la depositó en nuestro espíritu, desde el día en que creímos en Él, invocando Su nombre.

Derrotar hoy la soberbia y la altivez es muy sencillo; simplemente nos metemos en nuestro espíritu humano, donde el Señor vive como el Espíritu; disfrutamos de todas Sus riquezas, incluida la obra de redención, y poco a poco vamos aprendiendo de Él a ser mansos y humildes de corazón. De esta manera nos enyugamos con Él y vamos por donde Él va, pensamos lo que Él piensa, decimos lo que Él dice y hacemos lo que Él hace.

Es necesario recordar que un yugo es un pedazo de madera que tiene una forma específica y que une a dos animales, para que aúnen sus fuerzas y realicen un trabajo mancomunado, en el que tiene que depender uno de otro y a donde va uno va el otro. Enyugarnos con el Señor es sencillamente entrar en nuestro espíritu y ser uno con Él en íntima comunión para conocer Sus pensamientos, Sus deseos, Su voluntad, Sus intenciones, Sus palabras y Sus obras. Enyugados con Él ya no haremos lo que nos place, sino que en todo seremos perfectamente obedientes y haremos Su voluntad.

Siendo así, cuando alguien nos ataca, el Señor nos mostrará si debemos responderle o quedarnos callados; si alguien nos pide prestado, el Señor nos indicará si debemos darle o no darle; si nos obligan a cargar una carga por una milla, el Señor nos guiará en Su voluntad a hacerlo o a dejar de hacerlo, y si alguien nos pone pleito por la túnica, el Señor nos dirá si debemos darle la capa o no debemos ceder ni siquiera la túnica.

El Señor nos muestra la diferencia entre tomar las palabras de la Biblia como letra muer-

ta o tomarla en el espíritu y saturarnos de la vida eterna. En el cristianismo contemporáneo enseñan a los feligreses a tomar la Biblia ciegamente, de acuerdo con la letra, pero no les enseñan a tener comunión con el Señor, a recibir Su palabra instantánea para conocer Su voluntad en determinadas circunstancias de la vida del creyente.

No nos estamos refiriendo aquí a asuntos pecaminosos, porque ellos no tienen ningún punto de negociación. Por ejemplo, un hombre o una mujer casados, no pueden unirse a otra persona porque eso es adulterio y no es necesario consultarlo con el Señor, sino más bien pedirle que nos guarde de caer en esos pecados de muerte.

Diariamente los creyentes se ven abocados a tomar decisiones que no tienen nada que ver con pecados, y casi nunca consultan al Señor para conocer Su voluntad. ¿Resultado? Se hablan palabras, se toman decisiones y se hacen actividades que se originan en el alma humana, y resultan ser abominables delante de Dios.

Debemos andar permanentemente enyugados con el Señor y eso nos permitirá aprender de Él la mansedumbre y la humildad. Esto quiere decir que en toda circunstancia nuestros pensamientos, palabras y hechos no serán una decisión nuestra, sino que será el Señor quien hace Sus obras por medio de nosotros, de la misma forma en que el Padre hacía Sus obras en Jesús mientras Él vivió en carne en la tierra: "***¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, El hace Sus obras***" Juan 14.10.

En la medida en que la mansedumbre va siendo realidad en nosotros gracias al aprendizaje que tenemos de Él, por estar enyugados con el Señor, creceremos en vida, seremos vencedores y cuando el Señor venga recibiremos la tierra por heredad para reinar sobre ella en el reino de los cielos, de mil años.

Capítulo 10

EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (3)

4. Tienen hambre y sed de justicia

Esta es la cuarta característica de los ciudadanos del reino de los cielos: tener una necesidad insaciable de justicia.

Pero esta no es la justicia pregonada por el mundo. Los gobiernos de la mayoría de los países del mundo se caracterizan por tener distintas ramas del poder público y una de esas ramas es llamada la rama de la justicia.

Sin embargo, aunque en muchos casos, los funcionarios encargados de esa rama del poder se esfuerzan por ser justos, no es fácil encontrar en la tierra un sistema de justicia que sea verdaderamente justo. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que el hombre, en su naturaleza pecaminosa caída es injusto, y nadie puede dar de lo que no tiene. Si el hombre, en su naturaleza caída es injusto, no se puede esperar de él ninguna justicia.

Romanos 3.10-18 habla al respecto de la justicia humana: "***No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañaron. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Veloces son sus pies para derramar sangre; destrucción y desdicha hay en sus caminos; y no han conocido el camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos***".

Este pasaje afirma terminantemente que el hombre no es justo y que en sí mismo no puede tener ni expresar la justicia, porque en verdad solo hay un ser justo en todo el universo: Dios. Solo Dios es recto, correcto y justo; la justicia es uno de Sus atributos. En la creación, debido al pecado que satanás inoculó en el hombre, no hay un solo ser que sea justo.

Siendo así el asunto de la justicia del hombre, Dios en Su amorosa redención, en el tiempo señalado desarrolló Su plan, haciéndose hombre, viviendo en esta tierra durante más de tres décadas y expresando la justicia de Dios por medio de Él, muriendo en la cruz para terminar con la injusticia humana, resucitando de entre los muertos, entrando en el espíritu de los que había escogido para hacerlos Sus hijos, ascendiendo al trono donde estaba antes de venir y viniendo para llenar y vestir a los Suyos y llevar a feliz término Su plan de redención.

Aunque nuestra vida pasada, antes de conocer y recibir al Señor, estaba plagada de injusticia, porque nos era imposible manifestar la justicia de Dios, el Señor Jesús ha hecho algo maravilloso

por nosotros: "***Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en ÉL***" 2 Corintios 5.21.

Ahora hemos sido justificados, ahora somos la justicia de Dios en Cristo; ahora Dios no ve en nosotros ninguna injusticia, sino que nos ve a través de Cristo y en Cristo, y Él como Dios y como hombre, es totalmente justo: "***Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno peca, tenemos ante el Padre un Abogado, a Jesucristo el Justo***" 1 Juan 2.1.

Sin embargo, aunque esta es una realidad que está en nuestro espíritu humano, porque en Él vive el Justo, buena parte de nuestros actos son injustos, porque nos descuidamos y vivimos fuera del espíritu, en nuestra carne. Pero siempre que estamos en el espíritu, es Dios quien hace Sus actos en nosotros, es Él quien piensa por nosotros y es Él quien habla por nosotros. Cuando es así, entonces nuestros pensamientos, palabras y hechos, son justos y nosotros somos justificados en Él.

Pero para lograr la plenitud de expresar la justicia, debemos ser creyentes que aprendemos a tener hambre y sed de justicia. El hambre y la sed son dos necesidades vitales. Si un ser humano deja de comer y beber un poco de tiempo, se enferma o muere. El hambre y la sed son necesidades vitales que debemos suplir diariamente y varias veces al día. En un día, un ser humano come y bebe varias veces y así su cuerpo vive apropiadamente. Si su comida y su bebida son balanceadas y oportunas, la persona tiene la garantía de que su cuerpo no será atacado por ninguna enfermedad.

En el ámbito espiritual ocurre algo parecido. La justicia de Dios es dada solamente a aquellos que tienen hambre y sed de ellas, a quienes buscan incesantemente que el Señor los llene de todas Sus riquezas, entre las cuales está la justicia.

Tristemente, el cristianismo contemporáneo tiene muy poca o casi ninguna luz sobre el particular. Los cristianos de este tiempo piensan que ser justo es desarrollar el concepto que ellos tienen de la justicia y algunos hasta procuran cargos gubernamentales importantes, con el ánimo de impartir justicia desde ellos y, en las pocas veces que lo logran, sus actos son tan injustos como los de los incrédulos, y a veces más corruptos.

Es necesario tener claridad de que el mundo hoy es un sistema pervertido y corrupto, que está bajo el gobierno de satanás, y que Dios no tiene ningún interés en mejorarlo. Lo que el Señor desea es regresar a la tierra y tomar posesión de los reinos

del mundo para instaurar en él una justicia genuina, verdadera y perdurable: "***Setenta semanas están contadas para tu pueblo y tu santa ciudad, para acabar la prevaricación, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos… Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre***" Daniel 9.24; Mateo 13.43.

Si somos aquellos creyentes que el Señor está preparando para reinar con Él en el reino de los cielos, no debemos buscar la justicia del mundo, sino que debemos anhelar con hambre y sed, ser llenos cada día de la persona y de las riquezas del Señor, y Su justicia será expresada por nosotros donde quiera que estemos: en la familia, en la escuela y en el trabajo, los hombres y Dios verán nuestras obras justas hechas en Él y el Señor saciará nuestra hambre y nuestra sed. Eso nos hará inmensamente felices.

De otro lado, para entender con certeza a qué se refiere la palabra cuando habla de hambre y sed de justicia, podemos considerar una parábola hablada por el Señor acerca de la necesidad de orar siempre y no desmayar, que está registrada en Lucas 18.1-8: "***También les dijo Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote. Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a Sus escogidos, que claman a El día y noche aunque los haga esperar? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?***".

Consideraremos solamente un aspecto de la parábola, que tiene que ver con la justicia, ya que la parábola la hemos considerado con alguna profundidad en otro libro.[1]

El detalle que hemos de considerar aquí es la petición de la viuda. Si el lector toca su espíritu, apreciará que la viuda no le pide al juez que le dé bienes materiales: casas, vestuario, vehículos, fama, marido, hijos, ni cosas así. Ella le pide que le haga justicia de su adversario.

1. Detalles sobre la revelación que hay en esta parábola, puede encontrarla el lector en el libro ***La Oración***, del mismo editor.

Sabemos que tenemos un adversario, el diablo, que es injusto por naturaleza y que ha llenado a los hombres de injusticia; por eso en el mundo no hay ninguna justicia, porque solamente Dios es justo y los hombres se han alejado del Justo: "***No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" Romanos 3.10-12.***

El Señor plantea en la parábola una necesidad: orar siempre y no desmayar. Esa debe ser nuestra mayor necesidad. Esta debe ser la necesidad que ocupa la mayor parte de nuestra oración. Esta debe ser la más grande preocupación en la vida de todo creyente genuino: Pedir al Señor que nos llene de Él, porque Él es justo y Él es la justicia.

Un creyente que ama a Dios debe olvidar sus situaciones personales, sus necesidades, teniendo plena confianza de que el Señor sabe cuáles son las necesidades de Sus hijos antes de que ellos le pidan, y ocuparse de las *necesidades* del Señor: que Su reino sea establecido entre los creyentes, porque ese reino está lleno de justicia paz y gozo. Eso es tener hambre y sed de justicia.

La viuda de la parábola fue insistente, aunque el juez se negó por un tiempo, ella no desmayó, sino que persistió en su necesidad de que el hiciese justicia de su adversario.

¡Qué magnífico ejemplo nos dejó el Señor! El reino de los cielos es una necesidad de Dios y nuestra; debemos ser insistentes como la viuda, hasta que ese reino sea realidad en nuestro diario vivir y muy pronto sea establecido en toda la tierra.

Pero que el reino sea establecido depende de que oremos siempre por él y no desmayemos. Aunque el juez se negó por algún tiempo, finalmente la petición de la viuda fue satisfecha plenamente, y el Señor aprovecha la actitud del juez para darnos una magnífica y práctica enseñanza: "***¿Y acaso Dios no hará justicia a Sus escogidos, que claman a El día y noche aunque los haga esperar? Os digo que pronto les hará justicia***".

Hace casi dos mil años el Señor ascendió y cuando lo hizo prometió Su regreso. Muchos santos han clamado y el Señor los ha hecho esperar, pero a quienes estamos hoy clamando, nos dice que pronto nos hará justicia. Esa justicia es nuestro arrebatamiento y Su venida a la tierra junto con Sus vencedores, para tomar posesión de los reinos del mundo y reinar sobre la tierra.

Sin embargo, el Señor nos muestra un requisito para respondernos: ***Sus escogidos, que claman a Él día y noche***. Quie-

nes hemos sido escogidos por el Señor en Su misericordia, para entrar en el reino de los cielos, debemos ser aquellos que clamamos a Él día y noche, porque Su justicia perdurable sea establecida en la tierra, es decir porque el reino de los cielos sea establecido entre nosotros.

Nuestra oración debe centrarse en este punto: que el reino de los cielos sea establecido entre nosotros, que el Señor, desde nuestro espíritu llene y sature nuestra alma con Sus riquezas. Nuestro clamor debe ser porque el Señor tenga misericordia de Sus hijos, que quite todos los velos que satanás ha puesto en ellos, para que puedan ver la necesidad que tienen de disfrutar de las riquezas del Señor, que dejen toda organización humana y de seguir a hombres, para seguir solamente al Buen Pastor, al Señor.

Nuestro clamor debe centrarse en que el Señor pueda revelarse a los santos, Sus hijos, para que ellos puedan ver que están equivocados en el camino que están siguiendo en organizaciones y bajo liderazgos y ministerios particulares que nada tienen que ver con el deseo del Señor.

Seamos la viuda que clama al Señor día y noche sin desmayar, que persiste hasta que el Señor se digne hacernos justicia de nuestro adversario. Cuando el reino de las tinieblas sea totalmente destruido y aniquilado, se nos hará justicia, y ello dependerá de nuestro clamor.

Es necesario poner atención a la pregunta que el Señor hace al finalizar la parábola: ***Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*** La venida del Señor está muy cerca, no más allá de dos décadas de años, y esa pregunta debe llevarnos a meditar seriamente en su contenido.

Es como si el Señor preguntara: "***¿Cuando yo regrese, habrá quiénes estén clamando día y noche por el establecimiento del reino de los cielos?***"

Del cristianismo el Señor no espera que haya ningún clamor, porque quienes están en él tienen un sinnúmero de ocupaciones personales y congregacionales y no tienen tiempo para ocuparse de las necesidades del Señor.

Los cristianos contemporáneos están ocupados en sus necesidades personales, en sus sanidades, en sus milagros, en el crecimiento de la congregación, en la preponderancia de los líderes, en las estaciones de radio y de televisión, en los diezmos y las ofrendas, pero no en el Señor. Por eso allí no habrá ningún clamor.

Pero nosotros, quienes por Su misericordia hemos salido de toda esa patraña satánica, ¿esta-

mos ocupados en clamar al Señor día y noche, hasta que nos haga justicia? O estamos siendo engañados por las preocupaciones diarias y nos olvidamos permanentemente de rogar al Señor que nos haga justicia.

Que cuando el Señor regrese nos encuentre clamando a Él sin desmayar. Podemos tener la certeza de que Él saciará cada día nuestra hambre y sed de justicia.

5. Los misericordiosos

El Señor desea constituirnos y hacernos aptos para entrar en el reino de los cielos, y poco a poco, en la medida que nos disponemos, nos va constituyendo con Su naturaleza, hasta que seamos iguales a Él en vida y en naturaleza.

Así llegamos a la quinta característica de quienes hemos de ser vencedores, preparando la venida del Señor, y cuando Él venga, tendremos testimonio de que nuestras obras fueron hechas en Él; en otras palabras, que Él hizo Sus obras en nosotros.

Mateo 5.7 dice: "***Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia***".

La misericordia es un complemento del amor. Efesios 2.1-4, nos muestra la gran misericordia del Señor, cuando nosotros estábamos muertos en delitos y pecados, en los que vivíamos antes y éramos uno con el príncipe de la potestad del aire, y merecíamos ir al lago de fuego, que era nuestro destino natural. Pero la riqueza de la misericordia del Señor, lo llevó a que, aun estando nosotros en esa miserable condición de muerte y de esclavitud, Él nos diera vida, y no cualquier clase de vida, sino Su vida que es eterna, que no se corrompe y que no se envejece: "***Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros nos conducíamos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás; pero Dios, que es rico en misericordia, por Su gran amor con que nos amó***" Efesios 2.1-4.

Gracias a Su misericordia, ya no iremos al lago de fuego, ya no pereceremos jamás, sino que viviremos por la eternidad en el Señor. Su misericordia ha eliminado de nosotros el temor a la muerte y tenemos la certeza absoluta de que en la eternidad viviremos en Su presencia, disfrutando de Sus riquezas insondables y de Su persona.

Cuando vemos la realidad de esta obra del Señor, debemos ser movidos a ser misericordiosos con los demás, pero debemos entender que la misericordia tiene límites y se equilibra con la justicia de Dios. En otras palabras, Dios es misericordioso, pero a la vez es justo, y Su misericordia no contradice Su justicia, ni Su justicia contradice Su misericordia.

Muchos hijos de Dios, debido a la falta de hábito de tocar el Espíritu, tienen en su mente conceptos personales distorcionados de lo que es la justicia y la misericordia, y en consecuencia no saben cómo decidir en ciertos momentos de su vida. Por ejemplo, cuando un hermano practica el pecado, piensan que guardar silencio y tolerar el pecado del hermano es un acto de misericordia, y que es mejor guardar silencio y dejar que el hermano siga adelante con su pecado. Esto no es misericordia, sino indiferencia con el cuerpo de Cristo, y es alcahuetería.

Si un hermano ha caído en pecado, es necesario tratar seriamente con él, buscando que tenga un genuino arrepentimiento; eso es misericordia. Pero si el hermano persiste en practicar su pecado, debe ser quitado de la comunión. Esto es justicia: "***Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando a solas tú y él; si te oye, has ganado a tu hermano. Mas si no te oye, toma contigo a uno o dos más, para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si rehúsa oírlos a ellos, dilo a la iglesia; y si también rehúsa oír a la iglesia, tenle por gentil y recaudador de impuestos. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, habrá sido atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, habrá sido desatado en el cielo***" Mateo 18.15-18.

Hay algunos, que cuando son ofendidos por otros hermanos, tienen una frase a pedir de boca: "***Yo los perdono***" y consideran que eso es misericordia.

Es necesario entender que el perdón tiene dos elementos fundamentales: el primero, el arrepentimiento de quien ha pecado, y ese arrepentimiento implica ir al Señor para rogarle que le dé un corazón de arrepentimiento; luego debe confesar la ofensa ante el ofendido y pedirle perdón. Pero ese arrepentimiento debe ser cabal, porque hay hermanos soberbios y orgullosos que para pedir perdón, dicen una frase más o menos así: "***si en algo lo he ofendido, yo pido perdón***". Esta manera de pedir perdón es más ofensiva que la misma ofensa por la que se pretende pedir perdón.

El segundo principio del perdonar consiste en que una vez que el ofensor reconoce humildemente su falta, el ofendido debe perdonar de todo corazón

y olvidar. Pero en todo caso debe estar de por medio la oración en el espíritu, rogando al Señor que le dé a uno y a otro, el poder de arrepentirse y el poder de perdonar. En todas estas situaciones, debemos depender del Señor y no de nosotros mismos.

Cuando dependemos del Señor somos espirituales y el perdón es completo; tanto uno como otro serán completamente sanados; de esta manera hemos usado la misericordia. Cuando se depende de sí mismo se es carnal y nunca habrá un perdón genuino; en este caso no somos misericordiosos.

En el asunto de perdonar pecados, es necesario tener en cuenta lo dicho por el Espíritu por medio de nuestro hermano Juan: "***Si alguno ve a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; a saber, a los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte***" 1 Juan 5.16-17. Aquí el Señor nos muestra con toda claridad que hay pecado de muerte y que por esa clase de pecado no se debe pedir, pero hay pecado que no es de muerte y por ese sí debemos pedir. Actuar de acuerdo con la palabra en uno y otro caso, es usar misericordia.

Un ejemplo de pecado de muerte, podemos encontrarlo en 1 Corintios 5:1-5 "***De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se da entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre. ¡Y vosotros estáis hinchados de orgullo! ¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción? Pues yo, por mi parte, aunque ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho. En el nombre de nuestro Señor Jesús, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor***".

En la iglesia que estaba en Corinto, una ciudad de Acaya, había un hermano que adulteraba y fornicaba con la mujer de su padre, es decir son su madrastra, y los hermanos de la iglesia en esa ciudad, tal vez pensando que tratar el asunto con seriedad era falta de misericordia, se envanecieron y se hicieron los miopes frente al asunto.

El Espíritu Santo, para evitar que satanás destruyera totalmente la iglesia que estaba allí, se vio forzado a usar a Pablo, que no estaba en ese momento con ellos. Entonces Pablo escribió una car-

ta a los santos de esa ciudad y entre muchas cosas que trató con la seriedad que era del caso, trató el pecado aberrante.

El apóstol, después de reprender a los hermanos por su indiferencia, la cual se traduce en falta de misericordia, dice algunas palabras, a las que debemos atender cuidadosamente: "***En el nombre de nuestro Señor Jesús, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor***" vs. 4-5.

Obsérvese bien que Pablo aquí no está ejerciendo ninguna autoridad personal, ni siquiera una que le haya sido delegada, sino que Él dice dos frases que deben llamar poderosamente nuestra atención: "***En el nombre de nuestro Señor Jesucristo" y "con el poder de nuestro Señor Jesucristo***". La palabra Señor usada en ambas frases, indica que la Cabeza y el Señor de la iglesia es Jesucristo. Pablo no dice en el nombre y con el poder de Cristo o de Jesucristo, sino que reconoce el señorío de Él como la única cabeza y el único pastor de la iglesia.

Estando los hermanos bajo el señorío y el encabezamiento del Señor, debían reunirse todos, no unos pocos líderes, para tratar el asunto que estaba afectando a toda la iglesia. Y al reunirse, no debían tener una consideración distinta a la decidida por el Espíritu Santo: "***el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor***" v. 5.

Si se toma esta palabra en la carne, se podría decir que aquí no hay misericordia, pero si entramos en el Espíritu, se verá que es todo lo contrario, que aquí hay verdadera misericordia.

La misericordia se da cuando una situación de pecado de un hermano es tratada conforme al deseo y la decisión del Espíritu y no según los deseos y los conceptos de un sanedrín. En realidad, en este caso, no fueron los hermanos de la iglesia en Corinto quienes trataron la situación de adulterio y fornicación del hermano, sino el Señor directamente, usando a los hermanos, es decir, el Señor y los hermanos mezclados en un solo cuerpo.

El tratamiento del Señor a esa situación no fue liviano, sino que llegó al fondo del asunto, con el fin de extirpar ese pecado desde la raíz. Si bien es verdad que el tratamiento es muy duro, también es verdad que esa era la clase de tratamiento que requería.

Veamos algunos detalles de la sentencia del Espíritu: ***El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne***. La car-

ne no fue creada por Dios en el hombre, sino que fue un añadido de satanás cuando en el Huerto de Edén entró en el hombre y lo mezcló con su naturaleza. El Señor decide que satanás mismo destruya su obra.

La destrucción de esta carne tiene como consecuencia que su espíritu sería salvo, pero esa salvación solamente se manifestaría el día del Señor, es decir, aquel hermano, cuando el Señor venga y establezca Su tribunal para juzgar a Sus hijos, será declarado salvo del lago de fuego, pero no será vencedor, no podrá reinar con el Señor en el reino de los cielos, sino que será echado en las tinieblas de afuera, para que su alma sea salva, siendo transformada y conformada en esa era.

Una persona así no tuvo la oportunidad de disfrutar al Señor durante el tiempo que vivió en la tierra, porque, teniendo luz, cometió un pecado de muerte, y el Señor dice que por ese pecado no se debe pedir. A pesar de lo horrible de su pecado, el Señor aun extiende Su misericordia y le da la oportunidad de que en el milenio pueda completar su salvación y, al final del milenio, pueda entrar en la Nueva Jerusalén.

En creyentes que cometen esa clase de faltas se cumple la palabra que el Señor dice a los ciudadanos del reino de los cielos, en Mateo 5.13: "***Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres***".

Nosotros, los hijos de Dios que estamos siendo preparados para reinar con el Señor en el reino de los cielos, somos sal para esta tierra.

Si en este tiempo, donde abunda tanto pecado, el Señor tiene aún paciencia y no derrama Su ira para destruir a la humanidad es por causa de nosotros, porque salamos la tierra, aun le damos un sabor que agrada un poco a Dios, y por eso Él se abstiene de derramar Su ira; por otro lado, aun no destruye, porque desea que crezcamos en Él hasta alcanzar Su estatura y Él pueda arrebatarnos a Su trono para Su disfrute.

Por otro lado, somos la sal que mata muchos gérmenes que hay entre los hijos de Dios y en el mundo. Pero ¿qué ocurre si esa sal pierde su sabor, se vuelve insípida y se desvanece? El Señor dice que no sirve para nada, sino para ser echada fuera. ¿Fuera de qué? No hay duda que es fuera del reino de los cielos, y una vez que es echada fuera, será pisoteada, hollada por los hombres.

¿Qué quiere decir esto? En palabras sencillas, un hijo de Dios que ha recibido al Señor como luz y comete pecados de muerte,

no tiene una esperanza distinta a estar, durante el reino milenario, en las tinieblas de afuera, llorando y crujiendo los dientes, para ser transformado, y al final del milenio, entrar en la Nueva Jerusalén.

No pienses hermano que puedes cometer cualquier clase de pecado y que al arrepentirte todo queda borrado, no es así. No podemos hacer nuestro ese dicho católico de "*el que peca y reza, empata*". Hablar así no es hablar conforme a la verdad, porque es un hablar diabólico y en el diablo no hay verdad, él es mentiroso y padre de mentira.

Como hijos de Dios que somos, aquellos que estamos siendo preparados para reinar con el Señor en el reino de los cielos, debemos ser cuidadosos para no caer en pecados de muerte. Preguntarás, ¿y cuáles son esos pecados? La palabra tiene la respuesta: "***Pero ahora os he escrito que no os mezcléis con ninguno que, llamándose hermano, sea fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o viva de rapiña; con el tal ni aun comáis***" 1 Corintios 5.11.

Esta es una advertencia para nosotros; caer en pecados de fornicación, adulterio, idolatría, maldición, borrachera, prestamista de altos intereses (avaricia), homosexualismo, homicidios, son pecados de muerte que nos harán perder el reino de los cielos. Cometer cualquiera de esos pecados es volverse insípido, es perder el sabor de la sal. ¿Qué queda? Ser echado fuera y pisoteado por los hombres.

Deseamos que esta consideración nos dé luz acerca de la misericordia, podamos ser misericordiosos y de esa manera alcancemos misericordia.

6. De corazón puro

Otra de las características que deben alcanzar quienes son preparados para entrar en el reino de los cielos, es la pureza de corazón: "***Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios***".

Primero debemos mirar qué es el corazón al que se refiere la Biblia. La Biblia nos enseña que el ser humano es tripartito, es decir, tiene tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Entonces, ¿dónde está el corazón? Sin duda alguna, el corazón del que habla la Biblia no se refiere al órgano que permanentemente bombea sangre en el organismo humano, sino que se refiere a un corazón totalmente distinto.

Algunos versículos nos ayudarán a darle una ubicación exacta a nuestro corazón. En cierta ocasión le llevaron a Jesús, un paralítico postrado en su lecho y el Señor le dijo: "***Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados***" Mateo 9.2. Ante la respuesta de Jesús, algunos de los escribas

presentes en el lugar se escandalizaron y decían dentro de sí que el Señor estaba blasfemando. Él, como Dios, conocía los pensamientos de ellos, y les dijo: "***¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?***" v. 4. Obsérvese que el Señor habla de pensamientos del corazón, y como es conocido por nosotros, los pensamientos son propios de la mente humana, luego la mente, que hace parte del alma del hombre, también conforma el corazón.

El corazón tiene otra función que es la voluntad, mediante la cual los seres humanos tomamos decisiones, escogemos, elegimos etc. Cuando Esteban estaba hablando ante los gobernantes y sacerdotes judíos, dijo que cuando Moisés vivía en Egipto, cuando se acercaba a la edad de cuarenta años "***le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel***" Hechos 7.23. Lo que hizo aquí Moisés fue tomar la decisión de visitar a sus compatriotas y esa decisión la tomó en su corazón, lo que nos demuestra que la voluntad hace parte del corazón. Sabemos también que la voluntad hace parte del alma. Además, en la Biblia hay otros versículos que demuestran esta relación.

La tercera función del corazón tiene que ver con los sentimientos, que también hacen parte del alma, o dicho en otras palabras, la emoción, le permite al hombre vivir estados de alegría o de tristeza, de risa o de llanto, de amor o de rechazo; y la Biblia nos muestra muchos versículos que los confirman. Veamos, por ejemplo, en Juan 16, cuando Jesús les habló a los discípulos acerca de las dificultades que ellos tendrían por causa de Él y en un momento les dijo: "***Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón***" v. 6.

Debido a que el Señor les anunció que le era necesario morir, ellos se entristecieron en su corazón; la tristeza es un estado del alma y del corazón, que corresponde a la emoción, lo que nos corrobora que esta función del alma—la emoción—, también lo es del corazón. En ese mismo capítulo el Señor les dice que una vez que Él haya resucitado, los discípulos lo volverían a ver y se alegraría el corazón de ellos: "***También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo***" v. 22.

El gozo es un estado de la emoción, y este versículo corrobora que esa función está en el corazón. Igualmente, con el corazón se ama; amar es propio de la emoción del alma, y el Señor nos pide que lo amemos con todo nuestro corazón. Este es un tercer testimonio de que le emoción es una función del corazón: "***Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al***

Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo" Lucas 10.27.

Hay una cuarta función del corazón que ya no pertenece al alma, sino al espíritu humano: la conciencia. Sabemos que el espíritu tiene tres funciones que son la conciencia, la intuición y la comunión. La conciencia que es una función muy importante del espíritu humano también hace parte del corazón, y hay un buen número de versículos de la Biblia que nos demuestran esa relación. Por ejemplo, en Efesios 4, cuando el Espíritu habló a través de Pablo acerca del vivir de los gentiles que andan en la vanidad de su mente, y con el entendimiento lleno de tinieblas debido a la dureza de su corazón, estaba hablando de una conciencia insensible, que hace que el corazón sea duro: "***teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón***" v. 18.

En Romanos 2, Pablo hablando acerca de los gentiles que no tienen ley, dice que ellos son ley para sí mismos porque Dios escribió Su ley en sus corazones y su conciencia les da un claro testimonio de aquello que agrada a Dios o lo desagrada: "***mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia junto con ella, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos***" v. 15. Este es un segundo testigo de que la conciencia del espíritu humano hace parte del corazón.

Cuando Pablo dice que los gentiles tienen el corazón lleno de tinieblas, está diciendo que en su corazón no hay luz, es decir, les falta revelación y la revelación se da en la intuición que hace parte del espíritu humano, luego la intuición también es parte del corazón.

De otro lado, para que un creyente pueda tener revelación, necesita vivir en comunión permanente con el Señor y la comunión es otra función del espíritu humano y hace también parte del corazón

Queda entonces bien claro que el corazón del hombre, tiene seis partes: las tres partes del alma—mente, voluntad y emoción—, y las tres partes del espíritu -la conciencia, la intuición y la comunión.

Con esta aclaración, podemos entrar a tratar el asunto de un corazón puro. Algunas versiones de la Biblia al español hablan de un corazón limpio, en lugar de un corazón puro, y entre las dos palabras hay una diferencia que consideramos conveniente esclarecer.

El corazón del hombre se vuelve sucio por la comisión de peca-

dos, y cuando caemos en algún pecado, necesitamos acercarnos al trono de la gracia y permitir que la luz del Señor nos ilumine, exponga nuestra condición y nos arrepintamos sinceramente delante del Señor. En ese momento somos perdonados porque Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad: "***Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia***" 1 Juan 1.9). Ahora tenemos un corazón limpio.

Pero no necesariamente tener un corazón limpio es garantía para que el corazón sea puro. La pureza más que tener que ver con el pecado tiene que ver con las mezclas, con los intereses y con las intenciones. Por ejemplo, un creyente que busca al Señor para suplir sus necesidades personales, pero no lo ama por lo que Él es, por Su reino, por Su deseo y Su voluntad, es un creyente que tiene un corazón impuro, mezclado.

Un caso bien diciente es lo que le ocurrió al pueblo de Israel con respecto a Moisés y a Cristo, según lo relatado en 2 Corintios 3: "***Pero las mentes de ellos se endurecieron; porque hasta el día de hoy, les queda el mismo velo cuando leen el antiguo pacto, no siéndoles revelado que en Cristo el velo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando su corazón se vuelve al Señor, el velo es quitado***" vs. 14-16.

Los judíos leen la ley dada por medio de Moisés, pero no buscan en ella a Cristo, porque sus mentes, su corazón está embotado, por un velo, que sólo es quitado por Cristo, y el velo es quitado solamente cuando el corazón de ellos se convierta al Señor.

Esto es exactamente lo que ocurre con el cristianismo contemporáneo. Los pocos hijos de Dios que hay en él, no buscan al Señor, no lo siguen a Él, no lo oyen, no buscan Su voluntad; por el contrario, siguen, oyen y hacen la voluntad de los líderes, de quienes se enorgullecen, así como los judíos se enorgullecen de Moisés, y se cumple en ellos la palabra que el Señor habló en Juan 5.39-40: "***Escudriñáis las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Mí. Pero no queréis venir a Mí para que tengáis vida***".

Los cristianos contemporáneos procuran escudriñar las Escrituras y tienen muchas doctrinas aparentemente basadas en ellas, pero olvidan un pequeño detalle: ***venir al Señor***. No entienden que las Escrituras son un testimonio del Señor, y que es a Él a quien deben ir, porque es

Él quien provee la vida eterna, porque Él es esa vida. No hay que olvidar que Cristo es la palabra viviente de Dios y es Él quien nos suple con Su vida; vayamos a Él.

Tener un corazón puro es contener en él solamente al Señor y tenerlo solamente para Él: Su persona, Su plan y Su voluntad, sin mezclarlas con ninguno de nuestros intereses; es amar al Señor, nos dé o deje de darnos, responda o no nuestras oraciones, en gozo o en sufrimiento, en toda y en cualquier circunstancia, tenerlo a Él por encima de todo y de todos.

En Efesios 3.14-21 Pablo, guiado por el Espíritu Santo profirió una oración, rogándole al Padre que conforme a las riquezas de Su gloria fortalezca nuestro hombre interior—espíritu humano— por Su Espíritu, y entre los distintos propósitos que tiene ese fortalecimiento, la palabra dice: "***para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe***" v. 17.

El Señor tiene el gran deseo de vivir, morar cómodamente, hacer Su hogar en nuestro corazón. En otras palabras, Él anhela desocupar nuestra mente y llenarla totalmente de Sus pensamientos; igualmente quiere que nuestra voluntad esté llena de Sus deseos, para que no haya ningún deseo distinto a los Suyos.

También desea que nuestra emoción sea totalmente de Él, de tal manera que amemos lo que Él ama y aborrezcamos lo que Él rechaza. Igualmente, el Señor desea que en nuestra conciencia no haya ninguna mancha, nada que pueda estorbar nuestra permanente comunión con el Señor y nuestro servicio a Él: "***Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres***" Hechos 24.16.

Igualmente, el Señor anhela que vivamos en permanente comunión con Él y que le supliquemos que nos conceda un espíritu de sabiduría y revelación para que podamos conocerlo plenamente.

Todo esto es tener un corazón puro, y eso debemos procurar diariamente. Haciendo así, podremos ver a Dios, tener revelación de Su persona, de Su palabra y de Su plan y nada estorbará que diariamente podamos agradarlo plenamente.

Tener un corazón puro nos garantiza que podemos ver a Dios; en otras palabras, podemos tener revelación, visión y realidad de Su persona, Su palabra, Su plan y Su voluntad. Para lograrlo es necesario convertirnos de corazón al Señor y no seguir más a líderes, a organizaciones, a ministerios particulares y a doctrinas; solamente seguir al Señor. Haciendo así, serán corridos todos los velos que satanás ha puesto delante

de nosotros, usando para ello las religiones cristianas o no, en las que hemos militado en nuestro pasado, o en las que militan actualmente.

Quienes están en las distintas denominaciones cristianas siguen a sus líderes, están inmersos en sus organizaciones, están siguiendo a ministerios distintos al del Espíritu—el único ministerio—, y han sido absorbidos por doctrinas aparentemente bíblicas.

Todas estas cosas se convierten en un grueso velo que les impide ver al Señor. Por eso su corazón no es puro y no son bienaventurados, porque por más creyentes que sean no pueden ver a Dios, y si no hay visión, no hay camino para ser preparado y entrar en el reino de los cielos.

¡Amable lector: vuelve tu corazón al Señor, permite que Él quite los velos para que puedas verlo con claridad, sé bienaventurado y gana el reino de los cielos! ¡De ti depende!

Capítulo 11

EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (4)

Continuamos describiendo en este capítulo las características interiores que deben ganar los hijos de Dios que están siendo preparados para entrar en el reino de los cielos. Anhelamos que la lectura minuciosa de este libro sea una buena ayuda para lograr este cometido.

7. Pacificadores

LA GRACIA

La séptima característica que deben reunir los santos que han de reinar con el Señor en el reino de los cielos hace referencia a la paz. Ser pacificadores es irradiar la paz del Señor en todo lugar donde el creyente se encuentre, pero la paz es una consecuencia del disfrute de la gracia.

En trece de las catorce epístolas escritas por Pablo y en las dos de Pedro, es constante un saludo, más o menos con las siguientes palabras: "***Gracia y paz, sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo***".

Este saludo que se hizo corriente en los apóstoles para bendecir a los hermanos y a las iglesias a quienes enviaron sus cartas, nos muestra que la paz es la consecuencia lógica del disfrute de la gracia.

¿Y qué es la gracia? Algunos creyentes dan una definición superficial y simplista, afirmando que es un don inmerecido, que es algo que nosotros no merecíamos, pero que por la misericordia de Dios nos ha sido dado. Eso es verdad, en esa definición tienen razón quienes la proclaman, pero es muy simple y es poco espiritual.

Procuraremos ver profundamente qué es la gracia, de acuerdo con lo que encontramos en la Biblia. En primer lugar, apreciemos lo que el Señor nos dice en Hebreos 4.16: "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***". El Señor nos invita aquí, a que en plena confianza nos acerquemos al trono de la gracia, para que en él hallemos gracia y misericordia y seamos socorridos en el tiempo oportuno.

El trono de Dios es un trono de gracia y desde Él hay un fluir continuo de gracia y misericordia para quienes nos acercamos a Él.

Dos capítulos de la Biblia nos dan una revelación más o menos completa de lo que hay en el trono de Dios que está en el cielo: Apocalipsis 4 y 5. Al comienzo de estos capítulos Juan nos habla de lo que vio cuando fue llamado a subir al trono del Señor.

En primer lugar, vio un trono establecido, sobre el trono a uno sentado. Luego él hace una des-

cripción de la apariencia del trono y de quien está sentado en Él, asemejándolo a piedra de jaspe y de cornalina.

Alrededor del trono hay veinticuatro tronos y en ellos sendos ancianos sentados, vestidos de ropas blancas y con coronas de oro en sus cabezas.

También hay alrededor del trono un arco iris con apariencia de esmeralda.

Delante del trono hay siete lámparas que arden, que son los siete Espíritus de Dios, y en medio del trono hay cuatro seres vivientes de características especiales, y también está el Cordero y con Él billones de ángeles.

Los ángeles, los seres vivientes y los ancianos están allí para adorar y alabar al que está sentado en el trono y al Cordero, por lo que Él es, por lo que hizo, por lo que está haciendo y por lo que hará.

Entonces, el trono de Dios es un ámbito de adoración y de alabanza, y es un ambiente de disfrute de todas las riquezas de Dios: lo que Él es, lo que tiene y lo que ha logrado mediante Su plan de redención. A ese trono maravilloso, el Señor nos invita a que nos acerquemos confiadamente.

En Apocalipsis 22.1-2, encontramos una nueva referencia al trono, de donde sale un río de unas características muy especiales: "***Y me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, en medio de la calle. Y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones***".

Este río representa el fluir de todas las riquezas de Dios, especialmente Su vida eterna que llena de vida todo lo que toca. El hecho de que el árbol de la vida crezca a uno y otro lado del río, quiere decir que la vida eterna con todas las riquezas de Dios está llegando a quienes contactamos ese río. Esta vida nos suple, sana todas aquellas cosas que pertenecen al hombre viejo, nos llena de la vida de Dios y nos hace el hombre nuevo.

Todo esto nos lleva a colegir que la gracia de Dios no es solamente algo tan sencillo como un don inmerecido, sino que la gracia es mucho más profunda y compleja que esa simple definición.

Si miramos Juan 1.14, podremos apreciar la gracia con mayor profundidad: "***Y el verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros (y contemplamos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de realidad***".

Nuestro hermano Juan, que fue un testigo ocular de la presencia en carne del Señor Jesús, quien es Dios, nos dice que él lo vio lleno de gracia y de realidad. La gracia entonces es una persona; es Dios con todo lo que es en Su persona, con todo lo que Él tiene y con todo lo que Él ha realizado, está realizando y realizará.

En consecuencia, en la gracia se encuentra la naturaleza de Dios, que la Biblia identifica especialmente con muchos atributos:

Vida

Dios es vida, vida eterna, la vida que nunca muere; la muerte no tiene ninguna potestad sobre ella; por el contrario, esa vida vence a la muerte. La vida eterna no se corrompe—es incorruptible—, es decir, no es afectada por ninguna inmundicia, ni por nada que quiera destruirla; igualmente la vida eterna de Dios es inmarcesible—no se marchita—, lo cual quiere decir que no se envejece, no la afectan los años, porque Dios es eterno y eternamente es el mismo, Sus años no acaban: "***Ellos perecerán, mas Tú permaneces para siempre; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un manto los envolverás, y serán mudados como un vestido; pero Tú eres el mismo, y Tus años no acabarán***" Hebreos 1.11-12.

El Señor, a Sus hijos, nos ha dado el privilegio de participar y de disfrutar diariamente de esa vida, y podemos disfrutarla yendo con confianza al trono de la gracia: "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***" Hebreos 4.16.

Santidad

Dios es igualmente santo, es separado de todo, no es igual a nada, no es afectado por el pecado, en Él no hay nada corrupto; Él es santo, en Él no hay nada inmundo. De la misma manera que nos ha dado Su vida eterna, desea que participemos de Su santidad, es decir que cada día seamos santos, más santos, hasta que seamos santos como Él: "***pero Él para lo que es provechoso, para que participemos de Su santidad… sino, así como el Santo, quien os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: "Sed santos, porque Yo soy santo***"(Hebreos 12.10; 1 Pedro 1.15-16.

¿Y cómo lograremos alcanzar la santidad de Dios? No se logra por nuestro esfuerzo ni por nuestras obras; se logra simplemente disfrutando de Su santidad en la gracia. En la medida que disfrutamos de las riquezas del Señor, mediante Su gracia, acercándonos confiadamente al trono de la gracia, llegaremos a ser com-

pletamente santos. Ser santos, sencillamente es estar saturados en nuestra alma de Su naturaleza santa. Cuando el Señor llene cada rincón de nuestra alma, seremos totalmente santos, es decir, seremos santísimos, como Él es.

He aquí uno de los grandes secretos de la redención: la salvación de nuestras almas. Dios, como Espíritu, vive en el espíritu humano de los creyentes, Sus hijos; pero, Él no quiere quedarse solamente en nuestro espíritu, sino que quiere llenar nuestra alma, saturarla de Su naturaleza santa, y en la medida que nos disponemos, que le abrimos nuestro corazón, nos va llenando hasta saturarla completamente. Cuando nuestra alma sea totalmente llena de la vida santa del Señor, entonces habremos alcanzado la santidad, seremos santos como Él es.

Justicia

Dios es justo y desea que lleguemos a ser justos como Él; en otras palabras, desea que en nuestro diario vivir expresemos Su justicia en nuestros pensamientos, en nuestras palabras y en nuestros hechos.

Nuestra vida sin el Señor era llena de injusticias, éramos enemigos de Él y andábamos en esta tierra satisfaciendo los deseos de satanás: "***Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros nos conducíamos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás***" Efesios 2.1-3.

Esa era nuestra condición sin el Señor: muertos en delitos y pecados; siguiendo la corriente del mundo; agradando a satanás el príncipe de la autoridad del aire; desobedientes; seguíamos los deseos de nuestra carne y de nuestros pensamientos y estábamos bajo la ira de Dios, por causa de nuestras injusticias: "***No hay justo, ni aun uno***" Romanos 3.10.

Pero a Dios, que es rico en misericordia, no le importó nuestra condición horripilante; Él vino a vivir entre esa humanidad corrupta hasta la médula; fue a la cruz, murió y resucitó; entró en el espíritu de los discípulos que lo siguieron mientras estuvo en carne; ascendió, fue entronizado, entró en la plenitud de la gloria de Dios, vino a morar en nuestro ser, y ya no somos injustos, sino que nos hizo Su justicia en Cristo: "***Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos***

a ser justicia de Dios en ÉL" 2 Corintios 5.21.

Aunque nuestros actos eran como trapos inmundos, ahora hemos sido justificados en Cristo, y somos justos; tenemos todas las herramientas necesarias para expresar la justicia de Dios en nuestras palabras y hechos. Ahora estamos vestidos de Cristo y somos la justicia de Dios. Cuando Él nos ve, ve a Cristo, porque estamos vestidos de Él.

En la medida que tocamos el Espíritu, en la medida que tenemos comunión con el Señor, Su justicia nos va saturando y nosotros la vamos expresando. ¡Qué delicia es el hecho de que hemos sido hechos justicia de Dios en Cristo!

Amor

Otro de los atributos maravillosos del Señor es el amor. No debemos confundir el amor con un sentimiento que aflora en la vida humana, especialmente en la adolescencia y la juventud. El amor genuino y verdadero es una persona, es Dios mismo: "***porque Dios es amor***" 1 Juan 4.8.

El amor verdadero fluye desde nuestro espíritu y llena nuestra alma; de esa manera podemos expresar a Dios como amor, amando al Señor con todo nuestro corazón, con nuestra alma, con nuestra vida y con nuestras fuerzas; amando a nuestros hermanos en el Señor, amando a las personas y amando aun a los enemigos.

Esto nos lleva a colegir que el amor es una labor en la que debemos trabajar diariamente: "***acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de vuestra obra de fe, de vuestro trabajo de amor y de vuestra perseverancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo***" 1 Tesalonicenses 1.3.

Para expresar el genuino amor que es la persona de Dios mismo, debemos cada día estar en la presencia de Dios, en el espíritu, llenándonos de Su naturaleza, de Su vida, de Su esencia, hasta que Él fluya en amor por medio de nosotros.

El amor no es nada distinto a la expresión de la vida divina de Dios por medio del creyente. Así pues, amar a los hermanos no es nada distinto a permitir que el amor de Dios fluya entre unos y otros; amar al prójimo es Dios fluyendo desde mi interior hasta que llega a quien está cerca de mí; amar a quien me aborrece es permitir que Dios se exprese desde mi ser hasta llegar a esa persona.

Un creyente no debe hacer esfuerzos por amar a los hermanos, ni al prójimo, ni a quienes lo malquieren. Su esfuerzo debe centrarse en llenarse del Señor, en disfrutar Sus riquezas, y espontáneamente Dios fluirá desde

su interior, y sin ningún esfuerzo el hijo de Dios amará a todos con el amor de Dios y sin restricción. La clave está en vivir en el trono de Dios, disfrutando de todas Sus riquezas.

Luz

La luz es lo opuesto de las tinieblas. El reino de Dios es un reino de luz, en él no hay la más pequeña sombra. La Biblia nos dice que Dios habita en luz inaccesible, en luz gloriosa, porque el ámbito donde Dios vive es de gloria: "***el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el poder sempiterno. Amén***" 1 Timoteo 6.16. Este versículo declara dos cosas admirables: la primera que Dios es inmortal, Él no muere, Su vida es eterna; y, la segunda, que Él habita en luz inaccesible, luz que no puede ser vista por ningún hombre.

Esto era así antes de que Dios viniera en Cristo como hombre. Cuando Dios se manifiesta como el Padre, es inaccesible, no puede ser visto por ningún hombre, pero cuando Él se hace carne en Jesús, ahora Él está con los hombres [Emanuel], es palpable, es visible, es contemplable, como lo declara Juan en su primera carta: "***Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (y la vida fue manifestada, y hemos visto y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo***" 1 Juan 1.1-3.

Nuestro hermano Juan nos dice que él, junto con los demás discípulos que anduvieron con el Señor mientras Él estuvo en la tierra en carne, oyeron con sus oídos, vieron con sus ojos y palparon con sus manos algo; ¿y qué es ese algo? Lo que era desde el principio. ¿Y qué era desde el principio? Veámoslo en la Biblia: "***En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios***" (Juan 1.1). En el principio era Dios; lo que Juan y sus compañeros vieron es la vida de Dios, que estaba escondida en el Padre y se nos manifestó: "***Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad***" (Juan 1.14). Ese magnífico Verbo, que es Dios, en quien está la vida eterna, se hizo carne, se nos manifestó, y Juan junto con sus compañeros lo oyó, lo vio, lo contempló y lo palpó con Sus manos.

Juan no es egoísta, él no quiere quedarse solo con este elevado disfrute, sino que él quiere que nosotros tengamos la misma experiencia y aún superior, a la que ellos tuvieron mientras anduvieron con Jesús en carne: "***De cierto, de cierto os digo: El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre***" Juan 14.12, por eso él nos escribe, para que nosotros tengamos la misma comunión que él tuvo: ***para que también vosotros tengáis comunión con nosotros***.

Jesús ha muerto y ha resucitado, y al resucitar ha venido como el Espíritu de realidad a morar en nosotros, y ahora podemos tener la realidad y el disfrute de todas esas cosas estupendas que hay en Dios, nada nos impide tenerlas y gozarlas cada día: ***nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo***. Nosotros hoy estamos en el Padre y en el Hijo por el Espíritu y gozamos todo lo que Dios es. Todo esto lo tenemos en realidad para que vivamos llenos de gozo: "***Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido***" (1 Juan 1.4)

Es por eso que el Espíritu continúa hablándonos: "***Y éste es el mensaje que hemos oído de Él, y os anunciamos: Dios es luz, y en El no hay ningunas tinieblas***" (1 Juan 1.5).

Cuando Dios vino a la tierra en Cristo, vino la luz, y la luz disipa las tinieblas; éstas nunca podrán prevalecer contra aquélla. ¿Y qué tiene que ver esto con nosotros? Antes de que Cristo viniera a los hombres, el mundo estaba lleno de tinieblas, gobernado por satanás, en una densa oscuridad, pero cuando Jesús apareció entre los hombres, apareció la luz: "***Cuando Jesús oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea y dejando Nazaret, vino y habitó en Capernaum, que está junto al mar, en la región de Zabulón y de Neftalí, para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta Isaías cuando dijo: "Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región y sombra de muerte, luz les amaneció***" Mateo 4.14-16.

Ahora la luz no solo está con nosotros, como estuvo con Zabulón y Neftalí, sino que la luz está en nosotros, para que las tinieblas sean totalmente derrotadas y disipadas y vivamos en un permanente día. En el primer día de la recreación, Dios separó la luz de las tinieblas y en el cuarto puso las dos grandes lumbreras y las estrellas para separar el día de la noche, y la noche y el día tienen la misma duración.

Pero nosotros, quienes esta-

mos y vivimos en el Señor, progresivamente debemos tener noches más cortas y días más largos, es decir, cada vez debemos vivir más tiempo en la luz, en la comunión verdadera del Padre y del Hijo, por medio del Espíritu de realidad.

Cuando llegue la eternidad, la Nueva Jerusalén, en ella no habrá noche, ya no hará falta la lumbrera mayor, porque viviremos en un eterno día, viviremos por la eternidad en Dios como luz; pero, los hijos del reino de los cielos, quienes estamos siendo entrenados para entrar en él cuando venga el Señor, debemos aprender a vivir la realidad de la Nueva Jerusalén hoy, ya, en este día: "***pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado***" 1 Juan 1.7.

En Apocalipsis 4, el Espíritu nos muestra cómo Juan estuvo en la plenitud de la luz de Dios, porque estuvo contemplando y disfrutando la plenitud de Su presencia, indicándonos con esto, que nosotros podemos también vivir esa experiencia. Para lograrla solo hay un requisito: estar en el espíritu: "***Y al instante yo estaba en el espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado***" Apocalipsis 4.2.

Juan era un hombre como nosotros, y aquí estaba en carne como nosotros lo estamos, pero su espíritu estaba completamente libre como puede estar el nuestro. ¿Qué esperamos? Entremos ya en nuestro espíritu y subamos al trono de Dios y disfrutemos todas Sus riquezas; disfrutemos al Señor como la luz.

Todos estos atributos de Dios, Su esencia, están incluidos en la gracia, que hoy podemos y debemos disfrutar acercándonos confiadamente, sin vergüenza, sin desconfianza a Su trono. Todo es nuestro allí.

LAS VIRTUDES

Pero no solo son Sus atributos, sino un sin número de virtudes que Dios tiene y que también son nuestras, tales como la misericordia, la bondad, la mansedumbre, la templanza, la humildad, la fidelidad, el gozo, el dominio propio, el reposo, la paz, la benignidad, y tantas otras que podemos encontrar en la Biblia.

Querido hermano, todas estas virtudes deben ser la realidad en tu diario vivir, mediante el disfrute en el trono de la gracia de todas las riquezas que nuestro Señor nos ha heredado.

Por eso, no te esfuerces por ser misericordioso; simplemente disfruta diariamente de la mise-

ricordia del Señor y Su misericordia fluirá de ti espontáneamente; ni siquiera te preocupes por definir la misericordia, solo disfrútala en tu alma y espíritu y serás bienaventurado porque serás un creyente misericordioso.

No hagas esfuerzos humanos por ser bondadoso; con sencillez de corazón acércate al Señor y pídele que te llene de Su bondad; poco a poco experimentarás mucha bondad hacia los demás, notarás que estás menos preocupado por ti mismo y tendrás mayor solicitud por los demás, especialmente por los hermanos, procurando el bienestar de ellos, el crecimiento espiritual de ellos, y verás que tu bienestar y tu crecimiento se darán espontáneamente.

No te esfuerces por ser manso, porque entre más te esfuerces por lograrlo, más soberbio serás. Sencillamente enyúgate cada día con el Señor y deja que Él te enseñe Su mansedumbre, porque la mansedumbre de Él sí es genuina y real.

De la misma manera, deja de proponerte ser humilde cada día en ti mismo; entre más luches en tu alma, más altivo serás. Ve cada día al Señor y suplícale que te inocule con Su humildad. Enyúgate con Él y aprende de Él a ser manso y humilde de corazón. Su mansedumbre y Su humildad llenarán tu alma de una paz profunda: "***Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas***" Mateo 11.29.

Un creyente carnal lucha en su alma por ser templado, es decir, por dominarse a sí mismo, y entre mayor es su lucha, mayores son sus fracasos. No debemos olvidar lo que el Señor nos dice en Juan 15.5: "***porque separados de Mí nada podéis hacer***". Lo que debemos hacer es disfrutar cada día más al Señor, permanecer más tiempo en el espíritu, en el trono de la gracia. De esta manera, la genuina templanza, que es Él mismo, fluirá en nosotros espontáneamente y no cometeremos tantos errores por ser tan ligeros, como nos ocurre diariamente.

Si tocamos el espíritu cada día, si vivimos en él cada momento de nuestra vida, la fidelidad, la benignidad, el gozo y todas las demás virtudes serán realidad en nosotros. En otras palabras, el Señor expresará por nuestro medio todas Sus virtudes, y tendrá en nosotros grandes satisfacciones, y podrá decir lo que dijo de Jesús en reiteradas ocasiones: "***Este es mi Hijo amado, en quien me complazco***" Mateo 3.17; 17.5.

Capítulo 12

EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (5)

EL PROCESO DE REDENCIÓN

Nos solo las virtudes y los atributos—la esencia— del Señor están en la gracia, sino que hay un tercer grupo de cosas que diariamente podemos disfrutar en nuestra vida de creyentes. Esos elementos comprenden todo el proceso de redención que el Señor realizó a nuestro favor y que podemos agrupar en ocho maravillosos pasos, que también podemos disfrutar cuando nos acercamos con confianza al trono de la gracia. Esos pasos son: encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización, glorificación y bautismo en el Espíritu Santo.

Encarnación

Cuando Dios creó al hombre, lo creó como un vaso vacío y sin pecado, para que recibiera, contuviera y expresara a Dios. Infortunadamente, el hombre no se llenó de Dios, sino de la naturaleza pecaminosa. Por esa causa el hombre fue echado de la presencia de Dios y condenado a morir.

Dios, en Su eterno e inalterable amor por el hombre, y debido a que no podía revocar la sentencia de muerte proferida contra el hombre, un día, tomó a una mujer virgen, de entre las hijas de Israel, la embarazó, se gestó en ella como hombre y cuando se cumplió el tiempo de la vida, nació en esta tierra.

Ese pequeño niño, al que María envolvió en pañales, amamantó y crio, como se crían todos los niños en la tierra, que recibió el nombre de Jesús, por la voluntad de Dios, es Dios completo y hombre perfecto, es Dios mezclado con el hombre, tal como era el propósito de Dios desde el Huerto de Edén. Aunque satanás logró corromper al hombre en Adán, e impedirle a Dios que se mezclara con Él, no logró impedir que Dios se mezclara con el hombre, en Jesús.

Por eso el afán que tenía satanás de matar al niño. Primero, por medio del emperador romano Augusto, hizo que se decretara un censo en Israel, para que María, en avanzado estado de gravidez tuviese que viajar desde Galilea hasta Belén, una distancia superior a ciento veinte kilómetros, tal vez con la esperanza de que María abortara a su Hijo y no pudiese nacer.

¿Podemos imaginar cuántas dificultades tuvieron que pasar María y José para llegar a Belén? Tuvieron que recorrer caminos escabrosos, llenos de salteadores, tal vez dormir a la intemperie, estar en peligros de ser despedazados por fieras... y en fin, un sin número de dificultades con las que satanás pretendía que Jesús muriese antes de nacer. Después, llegados a Belén no encontraron un lugar donde hospedarse y tu-

vieron que ir a un establo y allí alumbrar al Hijo de Dios mezclado con el hombre.

Como no tuvo éxito en su patraña, soliviantó a Herodes para que hiciera matar al niño. A Herodes no le importó sacrificar a un buen número de otros niños. También en esto fracasó satanás. José, su padre putativo, tuvo que huir a Egipto con el niño y con su madre, pero Su vida fue conservada. Después, cuando murió Herodes el emisario de satanás, Jesús regresó con su madre y con José a la tierra de Israel y se establecieron en Galilea.

La encarnación de Dios en Jesús es el comienzo de Su obra de redención a favor del hombre, y es maravillosa, porque encierra varios hechos muy importantes: ***En primer lugar***, es el cumplimiento del deseo que Dios tuvo cuando creó al hombre, mezclarse con él para ser los dos uno.

Cuando Dios creó a Adán lo puso en el Huerto de Edén, frente al árbol de la vida, que representa a Dios mismo, con el fin de que el hombre lo comiese y así Dios y el hombre fuesen uno; pero Adán fracasó porque en lugar de comer del árbol de la vida, comió del árbol de la ciencia del bien y del mal y se hizo uno con satanás; el propósito de Dios se aplazó. Pero ahora en Jesús Dios y el hombre son uno solo; están mezclados; Dios ahora está feliz, porque el deseo de Su corazón es una realidad.

En segundo lugar, antes de que Dios se hiciera carne en Jesús, Él estaba separado del hombre y de los hombres. Se relacionaba con algunos hombres como los patriarcas, luego con el pueblo de Israel por medio de los sacerdotes, de algunos reyes y de los profetas; pero, de manera general, entre Dios y los hombres había un distanciamiento insalvable. Es más, nadie podía ver a Dios y seguir viviendo, debido a Su gloria, a Su santidad y a Su luz, contrastada con el pecado, las tinieblas y la condición caída del hombre; pero ahora Jesús es llamado Emanuel que traducido es *Dios con nosotros*. Dios ahora no sólo está en el cielo, sino que ha venido a morar entre los hombres.

Si hubiésemos tenido la oportunidad de encontrarnos con Jesús mientras Él anduvo en carne en la tierra, en ese pequeño hombre, de unos cuantos centímetros de estatura, en ese hombre, de apariencia corriente, moraba el Dios eterno, el Dios Todopoderoso, el Creador de todas las cosas, nuestro Creador. Más aun, Él era Dios. ¡Esto es magnífico!

Aunque no tuvimos la oportunidad de ver y de tocar a Jesús en carne, hoy, los creyentes, somos aún más bienaventurados, porque tenemos una oportunidad mayor que veremos un poco más adelante.

Vivir humano

La Biblia no habla mucho del Señor Jesús después de que Él con sus padres regresó de Egipto y se estableció en Nazaret, a excepción del pasaje cuando tenía doce años, que fue llevado a Jerusalén para ser presentado en el templo, con el fin de que asumiera sus obligaciones religiosas como miembro de la nación de Israel, conforme a los ritos establecidos en la ley de Moisés. Desde esa edad, hasta los treinta años, la Biblia no relata nada de la vida de Jesús a excepción de decir que: "***Jesús crecía en sabiduría, en estatura, y en gracia ante Dios y ante los hombres***" Lucas 2.52.

Muchos estudiosos de la Biblia se quejan del silencio que ésta guarda acerca de la vida de Jesús en el curso de dieciocho años, entre los doce y los treinta. Algunos hasta se han atrevido a inventar un poco de historias fantasiosas y mentirosas, acerca del proceder de Jesús en Su adolescencia y el comienzo de Su juventud.

Sin embargo, el versículo arriba anotado lo dice todo. En esos dieciocho años, Jesús como hombre, estaba llenando Su alma y saturándola con la naturaleza divina del Padre. Dios estaba creciendo en Él y manifestando Sus atributos y virtudes ante los hombres. Fueron dieciocho años de permanente y plena comunión con el Padre. Como hombre, su estatura llegó a ser igual a la estatura de Dios.

Cuando tenía alrededor de treinta años—edad a la que los sacerdotes comenzaban su servicio en el templo—, Jesús inició Su vida pública y comenzó por someterse a Juan, Su primo, quien había sido constituido por Dios para ser el precursor del Salvador. Juan lo bautizó en el río Jordán y allí comenzó Su ministerio a la vista de los hombres.

Como satanás es porfiado en tratar de obstruir el plan de Dios, una vez que Jesús hubo sido bautizado, y como hombre, investido exteriormente del Espíritu Santo, fue llevado por Éste al desierto donde ayunó cuarenta días, después de los cuales apareció el diablo para tentarlo.

El enemigo estaba convencido de que como Adán—el primer Adán— había caído fácilmente en su engaño, no encontraba ninguna razón para que Jesús—el postrer Adán, el segundo hombre— no cayera en sus redes de la misma manera. Con esa esperanza se propuso tentarlo.

Pero ¡oh sorpresa! Jesús había aprovechado Sus treinta años anteriores, y como hombre, había saturado Su alma completamente de Dios, y satanás no encontró un solo resquicio por donde pudiera acomodarse en la persona de Jesús. En la tentación, Jesús le propinó una estrepitosa derro-

ta.

Desde ese momento, en un periodo, que algunos estudiosos de la Biblia afirman ser de tres años y medio, Jesús vivió en la tierra, complaciendo y agradando totalmente al Padre, demostrando que no hay ninguna razón para que un hombre totalmente mezclado con Dios, no lo agrade total y plenamente. Todos los pensamientos que Jesús tuvo estando en carne, todas las palabras que Él habló, todas las cosas que Él hizo fueron realizadas por Dios: en el Padre y por el Espíritu, a través del Hijo.

Con esto nos demostró que un hombre redimido, en quien Dios habita, puede hacer solamente las obras que Dios hace en Él. Por eso Él afirma, poco antes de Su muerte: "***De cierto, de cierto os digo: El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre***" Juan 14.12. Todo lo que hizo Jesús, lo hizo con el propósito de darnos ejemplo, para que sigamos Sus pisadas.

Una de las mayores características que tuvo Jesús durante su vivir humano en la tierra, fue que sus pensamientos, palabras y obras siempre se originaron en el Padre, y todo lo hizo en el Espíritu: "***¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, El hace Sus obras. Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí; y si no, creedme por las mismas obras"*** Juan 14.10-11. En verdad lo que hizo Jesús no lo hizo por sí mismo, sino que el Padre hizo Sus obras en Él.

Satanás hizo todos sus esfuerzos posibles para destruir a Jesús. Como no pudo triunfar en la tentación, usó a muchas personas para hacerle daño, para calumniarlo, para difamarlo, para acusarlo falsamente, pero todo se constituyó en una derrota para el adversario. Él usó a gobernantes, a políticos, a religiosos, a sectas enteras, tales como los fariseos, los saduceos, los zelotas, y al pueblo común, para perseguir a nuestro Señor, pero todo resultó vano. Su persecución se convirtió en una elevada victoria de Dios a nuestro favor.

En vista de que nada pudo hacer a lo largo de más de treinta años, se le ocurrió darle un golpe maestro: asesinarlo, quitarle la vida, soliviantando a los hombres poderosos para que le dieran la muerte más infamante, la muerte en la cruz, porque esta era una muerte denigrante, pesada y horrible, que incluso estaba prohibida en la ley judía.

Muerte

Dios creó al hombre para que viviera; Él no podía crearlo para

morir, porque la muerte es un elemento extraño a Dios y en Él no puede haber muerte. Recordemos que la muerte es consecuencia del pecado y como en Dios no hay pecado, tampoco puede haber muerte: "***Por tanto, como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte***" Romanos 5.12.

En estas condiciones el hombre podía vivir eternamente, pero para lograrlo debía comer del árbol de la vida, es decir, debía llenarse de la vida eterna que es Dios mismo, y en Génesis 2 está representado por ese árbol. Pero Dios conocía que en el Huerto podía entrar satanás con su naturaleza de pecado y de muerte, y que el hombre podía contaminarse con esos dos elementos corruptos del diablo; por eso le advirtió: "***pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás***" (Génesis 2.17).

Y precisamente eso fue lo que el hombre hizo, tomó del árbol de la ciencia del bien y del mal, comió, e introdujo dentro de sí dos elementos diabólicos: el pecado y la muerte. Dios no creó al hombre con el propósito de que pecara ni para que muriera, pero el Señor tampoco quiso obligar al hombre, sino que lo advirtió para que tomara una de dos decisiones; lamentablemente Adán tomó la decisión equivocada.

¿Qué podía hacer Dios en esa situación del hombre? No podía darle a comer del árbol de la vida, porque viviría para siempre en pecado, sin esperanza de redención. Dios no podía proceder de manera distinta a impedirle que alargara su mano y comiera del árbol de la vida: "***Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre***" Génesis 3.22.

El Señor entonces selló el camino al árbol de la vida y echó al hombre del Huerto de Edén. Desde entonces todos los hombres mueren y su muerte es totalmente inútil.

Ahora Dios tenía que derrotar la muerte, aplastarla y destruirla. ¿Cómo? Él mismo se hizo hombre. El Dios eterno, el Señor omnipotente y omnisciente, tomó a una mujer llamada María, la embarazó, se gestó en ella como hombre durante cuarenta semanas, al final de las cuales nació como hombre, para vivir en esta tierra Su vida divina en la vida humana.

¿Y para qué hizo Dios así? Para poder morir. Como Dios, Él no podía morir, porque como Dios es eterno, la muerte no puede tocarlo, pero como hombre sí

puede hacerlo y al morir derrotó la muerte, porque después de Su muerte resucitó: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud***" Hebreos 2.14-15.

Con Su muerte Jesús derrotó al diablo que tiene el imperio de la muerte y derrotó a la misma muerte.

Veamos esto con un ejemplo: si usted tiene una casa y es destruida completamente por un incendio, esa casa nunca más podrá ser. Usted puede volver a construir en el lugar donde estaba la casa antes de ser destruida, pero ya no será la misma casa que se quemó, así use el mismo diseño; de todas maneras, será otra casa. Jesús murió para que la muerte ya no se enseñoree de nosotros y para que quienes vivíamos esclavos por el temor de la muerte, seamos totalmente libres.

Otro aspecto que tiene la muerte de Jesús es que cuando Él murió, todos nosotros morimos con Él: "***Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron***" 2 Corintios 5.14. Para Dios, con la muerte de Cristo, la humanidad caída y pecadora llegó a su fin, murió y desapareció. Cristo ha resucitado y los creyentes hemos resucitado con Él. Ya no morimos.

Usted preguntará: ¿Acaso los hijos de Dios no mueren? Efectivamente mueren, pero muere solamente su cuerpo, que fue el más damnificado con el pecado. Pero el espíritu y el alma del hombre, cuando se separan del cuerpo no mueren, sino que van al paraíso a esperar la resurrección con un cuerpo glorioso que ya no tiene ninguna relación con el pecado ni la muerte.

En verdad, los hijos de Dios no mueren; entran en un sueño de reposo temporal, hasta la venida del Señor: "***Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y a cada uno se le dio vestiduras blancas; y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que habían de ser muertos como ellos***" Apocalipsis 6.9-11.

Este pasaje nos muestra que quienes han dormido en el Señor están descansando.

El Señor Jesús mediante Su muerte, además de derrotar a satanás y a la muerte, quitó de en medio otras cosas que nos impedían acercarnos a Dios: el pecado, que es la naturaleza de satanás inoculada en el hombre y que Él llevó en la cruz, especialmente en las últimas tres horas de Su martirio: "***Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?***" Marcos 15.33-34.

Entre la hora sexta y la hora novena del día, Dios quitó de Jesús la unción exterior, para juzgar en Él el pecado y destruirlo: "***El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!... Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en ÉL***" Juan 1.29; 2 Corintios 5.21.

Además de quitar el pecado—la naturaleza de satanás— de en medio, por el derramamiento de Su sangre, nos limpió de todas nuestras conductas opuestas a Dios—pecados— que cometimos y cometemos, como consecuencia de esa naturaleza diabólica: "***En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia***" Efesios 1.7.

El mundo, que es todo un sistema complejo y poderoso que satanás usa para atrapar a los hombres en sus redes, fue aniquilado y destruido en la cruz de Cristo. El mundo es sutil y engañoso y mediante él, satanás, atrae a la humanidad, y muchas veces a los hijos de Dios, y los hace enemigos de Dios: "***Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que decide ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios***" Santiago 4.4.

El Señor Jesús mediante Su sacrificio, se ofreció a Dios como un Cordero sin mancha, para cumplir todos los sacrificios que Dios exigía a Su pueblo en la ley: el sacrificio por el pecado, el sacrificio por los pecados, la ofrenda de Paz y el holocausto.

Antes éramos enemigos de Dios y mediante Su cruz Él nos reconcilió; antes de Su muerte los dos pueblos que para Dios había en la tierra—judíos y gentiles— fueron reconciliados y hechos uno, y cumplió las ordenanzas, decretos y estatutos que la ley oponía entre nosotros y Dios, y que nadie a excepción de Jesús podía cumplir.

En fin, la muerte del Señor Jesús es gloriosa y triunfal. La re-

ligión pagana del catolicismo y buena parte del protestantismo, "*celebran*" en la llamada "*semana santa*" la muerte del Señor y enseñan a sus seguidores a estar tristes, compungidos y afligidos.

Quien debe estar triste y preocupado es el diablo, porque pensó que, aniquilando la vida de nuestro Señor, destruiría Su plan de redención, pero el gran damnificado fue satanás, porque en la cruz, el Señor lo derrotó, lo aplastó, acabó su naturaleza y nos liberó de la esclavitud a que estuvimos sometidos por más de cuatro milenios.

Los religiosos que piensan que la cruz de Cristo es una pesada carga difícil de llevar, están totalmente equivocados, porque la cruz es el medio por el cual el Señor nos liberó de todas las cargas que nos aplastaban, causadas por el pecado y nos dio la plena libertad de llegar a la presencia de Dios sin ningún impedimento: "***Así que, hermanos, teniendo firme confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, entrada que Él inauguró para nosotros como camino nuevo y vivo a través del velo, esto es, de Su carne"*** Hebreos 10.19.

La cruz es una derrota para satanás, pero para el Señor y para nosotros los hijos de Dios es una gran victoria. Por eso el Señor no dice que carguemos la cruz, sino que la tomemos: "***Entonces Jesús dijo a Sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame***" Mateo 16.24.

Tomar es bien diferente de cargar. El Señor sí tuvo que cargar la cruz, y para Él fue pesada y muy dura de soportar. Cada instante que pasó desde el momento que fue arrestado hasta que fue crucificado y muerto en la cruz, fue de intenso e indescriptible dolor y sufrimiento; pero cada minuto que transcurría en la cruz, el Señor iba destruyendo uno a uno los elementos de la obra corruptora de satanás, hasta que al final de la hora novena exclamó: "***Consumado es***" Juan 19.30

Cuando el Señor murió en la cruz, a la hora novena del día, que era la sexta de Su crucifixión, toda Su obra de la cruz estaba consumada, es decir, todas las cosas que satanás había introducido en el hombre para enemistarlo con Dios y separarlo de Él, habían sido destruidas y aniquiladas; ahora el camino para llegar a Dios estaba totalmente expedito, sin obstáculos; esto demuestra que la cruz de Cristo es como una autopista, un camino llano y sin dificultades, que nos permite llegar al Señor sin ningún estorbo.

Esta es la obra objetiva de la cruz de Cristo, pero ¿qué tiene que ver con nosotros? ¿Cómo podemos aplicarla para que sea real en nosotros? Muy bien; algunos

dicen que la cruz es para cargarla; esto no es verdad, no podemos cargar la cruz; por el contrario, el Señor dice que debemos tomarla: "***Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame***" Mateo 16.24.

Para seguir al Señor, que es un asunto voluntario, ***si alguno quiere venir en pos de Mí***, primero debemos tomar nuestra cruz. ¿Qué es nuestra cruz? Es hacer nuestra la cruz de Cristo, es decir, tomar toda la obra que el Señor hizo mediante Su muerte en la cruz y hacerla nuestra y disfrutarla.

Por ejemplo, en cuanto al viejo hombre, el Señor en la cruz lo crucificó, lo mató y lo anuló: "***sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado***" Romanos 6.6-7.

El Señor Jesús tomó nuestro viejo hombre, que no es nada distinto a nuestra naturaleza humana, especialmente nuestra alma, unida a satanás. Ese viejo hombre fue crucificado y muerto por el Señor; ahora somos totalmente libres para expresar y manifestar a Dios en nuestro diario vivir, como el nuevo hombre.

El Señor tomó ese viejo hombre y en Su cruz lo anuló y lo mató y nos liberó del pecado, para que ya no sirvamos más al pecado—la naturaleza satánica—, sino para que sirvamos al Señor: "***No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a las concupiscencias del cuerpo; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas de justicia***" Romanos 6.12-13.

Otros dicen que debemos tomar la cruz para crucificarnos; tampoco es verdad, porque la única crucifixión eficaz para nuestra redención es la de Cristo y esa ya ocurrió una vez para siempre; si nosotros pudiésemos crucificarnos, esa crucifixión sería totalmente ineficaz.

Pablo, hablando por el Espíritu dice: "***Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo***" Gálatas 6.14. Cuando entramos en nuestro espíritu, donde Dios vive como el Espíritu, la cruz de Cristo se hace eficaz en nuestra vida y somos crucificados para el mundo y el mundo es crucificado para nosotros, es decir, no tenemos ninguna eficacia ni éxito, ni atracción en el mundo y tampoco el mundo es atractivo para noso-

tros.

Un crucificado no puede hacer nada. Estando en el Espíritu nosotros nada somos y no hacemos nada en el mundo, tampoco el mundo es nada para nosotros. En ese sentido nos gloriamos en la cruz de Cristo.

Aquí debemos recordar que el mundo es el sistema construido por satanás a lo largo de los siglos, sistema que pretende suplir las necesidades que tiene el hombre, de sustento, abrigo, seguridad y diversión.

Con ellas satanás mantiene al hombre, aparentemente satisfecho, pero apartado de Dios y lo constituye en Su enemigo: "***Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que decide ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios***" Santiago 4.4. En otras palabras, si somos amigos del mundo, somos enemigos de Dios; pero si somos amigos de Dios, somos enemigos del mundo. Dios y el mundo son totalmente incompatibles.

Podríamos hablar tantas cosas de este tema, pero para no dejar el punto central, debemos detenernos, afirmando que la cruz que debemos tomar diariamente es la cruz del Señor Jesús, y ella no es para crucificarnos, ni para morir, ni para sufrir, sino para hacer nuestra la obra del Señor disfrutándola en nuestro vivir. ¡Gracias a esa cruz, somos libres para acercarnos a Dios, vivir en Él y disfrutar todas Sus riquezas!

La muerte de Cristo hace parte de todas las riquezas que están incluidas en la gracia y que Dios desea que disfrutemos diariamente, andando en comunión con Él.

Resurrección

La resurrección es el cuarto aspecto que hace parte de lo que el Señor logró para nuestra redención y que está incluida en la gracia que disfrutamos cuando nos acercamos confiadamente al trono de la gracia.

Es necesario que miremos los ocho pasos dados por el Señor para nuestra redención, como un todo completo e indivisible, y a la vez que tengamos revelación y luz sobre cada uno de ellos, para que disfrutándolos, seamos llenos de la persona del Señor y podamos alcanzar la meta que el Señor nos ha trazado, la cual consiste en llenarnos de ello hasta toda la plenitud de Dios: "***para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios***" Efesios 3.19.

Jesús como hombre necesitaba morir, para, que por medio de Su muerte, cumpliese todos los justos requisitos exigidos por Dios para que el hombre pudiera acercarse a Él. Con Su muerte, nuestro Señor Jesús los cumplió

todos y eliminó y anuló los obstáculos que satanás había interpuesto entre Dios y nosotros, impidiéndonos tener comunión con Él.

Pero si Jesús solamente hubiese llegado hasta la muerte, Su muerte hubiese sido inútil, sólo habría sido una muerte más, de un hombre más. Pero ahora hay una fuente de alegría indescriptible: ¡La resurrección del Señor!

Con Su resurrección, el Señor dio varios pasos que son muy importantes en la aplicación de Su redención a nosotros, Sus hijos. ***En primer lugar***, al resucitar, Él venció a la muerte, la muerte ya no se enseñorea más de Él y tampoco de nosotros, porque cuando Él murió, nosotros morimos con Él y cuando Él resucitó, nosotros resucitamos con Él: "***y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús***" Efesios 2.6.

Antes de que Jesús muriese y resucitase, todos los hombres estábamos bajo el cautiverio de satanás, por el temor de la muerte: "***y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud***" Hebreos 2.15. El Señor ha resucitado. Con Su resurrección ha vencido la muerte y nos ha librado de ella y del temor que sentíamos por ella. La muerte ya no se enseñorea de nosotros, porque morimos con Cristo y con Él hemos resucitado para no morir jamás.

Una vez el Señor resucitó de los muertos, se presentó al Padre como las primicias de entre los muertos, porque todo este plan magnífico se había originado en Él y solo Él tenía el derecho de disfrutarlo en primer lugar, como las primicias del fruto de Su labor: "***Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a Mi Padre; mas ve a Mis hermanos, y diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios... Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho... Pero cada uno en su debido orden: las primicias, Cristo; luego los que son de Cristo, en Su venida***" Juan 20.17; 1 Corintios 15.20, 23.

En segundo lugar, aquí hay un hecho magnífico que es necesario observar detenidamente, hacerlo realidad y disfrutarlo. Si eres cuidadoso en la consideración de las santas Escrituras, notarás que hasta aquí Jesús había hablado de "*Mi Padre*", e igualmente trató a Sus seguidores de "*mis discípulos*", pero en el primero de los versículos que acabamos de leer vemos dos expresiones distintas: Mis hermanos, Mi Padre y vuestro Padre.

Hasta aquí Jesús era el Hijo Único de Dios, el Unigénito, pero ahora, aunque sigue siendo el

Unigénito, también es el Primogénito, es decir, es el primero de muchos hermanos, hijos de Dios, los cuales somos nosotros.

Antes de que Jesús muriera y resucitara, Dios tenía solamente un Hijo en todo el universo, Jesús era Su Único Hijo, pero ahora que Él ha pasado por la muerte y la resurrección, tiene muchos hijos; ahora Dios tiene una familia numerosa; Él como nuestro Padre y, primero unos pocos, pero ahora unos cuantos millones de seres humanos, somos Sus hijos, y junto con Él conformamos la familia más maravillosa que hay en el universo: la familia de Dios "***Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios***" Efesios 2.19.

En tercer lugar, una vez que Jesús resucitó hizo algo todavía más estupendo: mezcló a Sus discípulos con Dios: "***Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto de pie en medio, les dijo: Paz a vosotros… Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo***" Juan 20.19, 22.

Después de que Jesús nació de María, en la tierra había un hombre mezclado con Dios. Ese pequeño niño, que María dio a luz, que lo envolvió en pañales y lo amamantó y que le dio todo el cuidado y el cariño que una madre le prodiga a su hijo, es Dios completo, mezclado con la humanidad, Dios y un hombre hechos uno. En Jesús, Dios recuperó, recobró lo que satanás había dañado en el Huerto de Edén. Por eso Jesús es llamado en la Biblia el postrer Adán y el Segundo Hombre: "***el postrer Adán llegó a ser Espíritu vivificante… el segundo hombre es del cielo***" 1Corintios 15.45, 47.

Pero desde la noche en que el Señor Jesús resucitó, Dios no solamente está mezclado con un hombre, sino con un grupo de ellos. ¿Cuántos había la noche de la resurrección, en el lugar donde los discípulos estaban escondidos por miedo a los judíos? No lo sabemos, pero había allí más de uno. Tal vez once, o veinte, o un número superior a cien. Lo que sabemos es que Tomás no estaba, y lo más importante es que el Señor resucitado se sopló como el Espíritu Santo para dentro de ellos, se hizo uno con ellos en su espíritu humano; ahora Dios es Padre no solo del Unigénito, sino que tiene un número plural de hijos. Es también nuestro Padre.

Cuarenta días más tarde, cuando Jesús ascendió, eran ciento veinte, que permanecieron durante diez días en el aposento alto, llenándose del Espíritu. Pa-

sados los diez días, el Espíritu se manifestó, y fueron más de una decena de miles los hombres y mujeres mezclados con Dios, porque en Hechos 2 se nos dice que los que creyeron y recibieron al Señor eran como tres mil, sin contar las mujeres y los niños.

Días más tarde, en Hechos 4, fueron como cinco mil varones los que recibieron al Señor, lo cual quiere decir que si sumamos mujeres y niños, superaríamos las quince mil almas. De esta manera vemos en el libro de los Hechos, cómo se van mezclando con Dios, decenas, centenas, miles y millares de hombres y mujeres que Dios había predestinado para Su gloria. Todo gracias a que Jesús murió y resucitó de entre los muertos, con el propósito de mezclarse y hacerse uno con la raza humana.

Todos estos pasos que el Señor dio para redimirnos, entre los cuales está la resurrección de los muertos, hacen parte de la gracia que hoy podemos disfrutar sin restricción ni limitación.

Ascensión

Después de que Jesús fue al Padre para que Éste disfrutase las primicias de Su obra más elevada de resurrección; en la noche vino a los Suyos y se metió dentro de ellos para permanecer así por toda la eternidad. Los siguientes cuarenta días, se manifestó una y otra vez a ellos, con el fin de que aprendieran a vivir una vida totalmente nueva, teniendo a Dios morando en sus espíritus, que aprendieran a vivir la vida divina mezclada con la vida humana. En este tiempo, les habló también de las cosas tocantes al reino de Dios.

Aunque en sus almas necesitaban ser transformados y conformados al Señor Jesús, en sus espíritus ya eran regenerados, porque además de la vida humana, tenían en ellos la vida divina de Dios.

Pasados esos cuarenta días, los llevó al Monte de los Olivos y les habló algunas cosas; de pronto, fue alzado, a la vista de ellos y ocultado por una nube. Desde entonces no volverán a verlo hasta Su segunda venida.

El hecho de que Jesús ascendiera implica que ahora Él está por encima de todas las cosas terrenales, que nada ni nadie está por encima de Él, pues Efesios y Hebreos declaran que Él subió, incluso por encima de los cielos: "***El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo… Porque tal Sumo Sacerdote también nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, y encumbrado por encima de los cielos***" Efesios 4.11; Hebreos 7.26.

En Su ascensión nada terre-

nal, ni diabólico, ni pecaminoso, ni inmundo puede afectarlo. Ya no hay problema por grande y gigante que sea que pueda apabullarlo; Él está por encima de todo.

Y lo más precioso en todo esto es que nosotros estamos con Él y en Él. Esa obra tan elevada no tiene el propósito de llenar de fama a Jesús y hacerlo muy grande, sino que es una obra hecha a nuestro favor, para que nosotros participemos de ella y la disfrutemos. Por fe estamos sentados con Él en lugares celestiales: "***y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús***" Efesios 2.6.

Esto quiere decir que los hijos de Dios, cuando vivimos en el espíritu, estamos ascendidos, por encima de todas las cosas, hacemos parte del segundo hombre que no es terrenal, sino celestial. Antes de que Jesús viniese, muriese, resucitase y ascendiese, y antes de que nosotros creyésemos en Él, pertenecíamos a Adán, el primer hombre, que es completamente terrenal; pero ahora que Jesús ha muerto, resucitado y ascendido, nosotros estamos en Él y pertenecemos al segundo hombre que es de los cielos, es celestial: "***Mas lo espiritual no es primero, sino lo anímico; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales, y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial***" 1 Corintios 15.46-49.

Tú, lector, argumentarás que esto será realidad cuando el Señor venga y resucitemos o seamos transformados, y no tenemos argumentos para contradecirte; sin embargo, debemos decirte que hoy tenemos el Espíritu Santo como las arras de nuestra herencia, y que viviendo en Él podemos disfrutar por fe, de todas estas riquezas que el Señor preparó para nuestro gozo. Podemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia cada día, y disfrutar de todas las riquezas que el Padre ha preparado para nosotros, incluso la ascensión del Señor Jesús.

Si no aprovechas el tiempo que el Señor te da para vivir en la tierra, si no usas ese tiempo para disfrutar de todas las riquezas que Él nos ha preparado, puedes estar seguro de que no podrás entrar en el reino de los cielos cuando el Señor venga. En ese reino sólo podrán participar aquellos que estén saturados de Él.

Entronización, Glorificación y Bautismo en el Espíritu Santo

Jesús, una vez resucitado con un cuerpo espiritual ascendió

al cielo para sentarse en el trono del Padre, y ser entronizado como Dios sobre todo el universo y entrar en la gloria de Dios, en la cual vive por la eternidad.

Una vez que Él fue sentado en Su trono y glorificado con la gloria que tuvo con el Padre en la eternidad antes del tiempo, no se quedó quieto, sino que continuó con la obra que se había propuesto antes de la fundación del mundo.

Lo primero que hizo fue llenar en su espíritu y su alma a los ciento veinte que estaban en el aposento alto en Hechos 1, con Su naturaleza, Su vida y Su esencia. Pasados diez días, cuando vino la segunda gran fiesta que los judíos celebraban por mandato de la ley, Él vino sobre cada uno de ellos, como el Espíritu, en forma de lenguas de fuego y los llenó exteriormente, es decir, los visitó de Su poder, para que ellos, junto con el Señor, o el Señor junto con ellos, llevaran adelante la obra que el Señor ha planeado y que se extenderá hasta el comienzo de la eternidad, la Nueva Jerusalén, después del reino milenario.

Fue así como el día de pentecostés, vino como el Espíritu de poder, como el vestido de Sus discípulos, para llenar exteriormente a esos ciento veinte hijos de Dios que habían obedecido Su mandato cuando les dijo: "***Y estando reunido con ellos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de Mí. Porque Juan bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días***" Hechos 1.4-5.

Este bautismo no debe entenderse como una llenura interior, sino como un revestir exterior de poder, porque ellos habían recibido el Espíritu Santo en Su interior, la noche de la resurrección y durante los cuarenta días subsiguientes a la resurrección y durante los diez días que permanecieron en el aposento alto. Estos cincuenta días fueron usados por el Señor para llenar el alma de los discípulos. Por eso las palabras de Hechos 2.1 son muy dicientes: "***Cuando se cumplió plenamente el día de pentecostés, estaban todos unánimes juntos en el mismo sitio***". Ser unánimes es tener una misma alma —*anime* es alma—, es decir, un mismo pensamiento, un mismo sentir y un único deseo.

Pero ese pensamiento, ese mismo deseo y el único sentir no era el pensamiento de Pedro, de Juan o de Santiago o de algún otro discípulo, sino el pensamiento, el sentimiento y el deseo del Espíritu. Esta es una prueba de que estaban llenos, saturados del Señor y el Espíritu pudo obrar en ellos según Su voluntad. El alma de esos hermanos estaba saturada de las riquezas del Se-

ñor.

Su obra no se limitó a ese día, sino que se extendió a todo lo largo del libro de los Hechos, continuó a lo largo de veinte siglos y aun hoy continúa desarrollándose, porque si miramos detenidamente, el libro de los Hechos no se cerró, no concluyó, sino que permanece abierto y permanecerá hasta el final del milenio, cuando entremos en la Nueva Jerusalén.

Algunas Biblias llaman a este hermoso libro de la Biblia, Los Hechos de los Apóstoles, y personalmente, no nos gusta ese título—lo decimos con humildad y con temor del Señor—, porque ese título revelaría que su contenido son realizaciones de unos hombres, lo cual no es totalmente cierto. Él más bien nos cuenta las realizaciones del Señor mezclado con algunos hombres y mujeres, o podríamos decir igualmente, las realizaciones de unos hombres y mujeres, mezclados con el Señor, y esas realizaciones continúan aún hoy. Tal vez debería ser llamado Los Hechos del Espíritu en los Discípulos.

Todo esto lo hizo y lo hace el Señor desde Su trono y en Su gloria, y hoy Su entronización y Su gloria están en la gracia y podemos disfrutarlos cada vez que nos acercamos confiadamente al trono de la gracia.

Todo esto, lo que el Señor es en Su esencia, en Sus atributos; lo que Él tiene, las virtudes humanas que, estando en carne en Jesús las elevó a un estadio espiritual y superior; y los ocho pasos que Él dio para redimirnos y muchas otras cosas hermosísimas, componen en conjunto la gracia. Y esa gracia es nuestro disfrute diario. En la medida que la disfrutamos, somos saturados de paz: paz con Dios, paz con los hombres y paz con nosotros mismos y eso nos convierte en pacificadores.

Si somos hijos de Dios que disfrutamos diaria y continuamente de Su gracia, seremos pacificadores, es decir, donde quiera que estemos, las personas a nuestro alrededor percibirán un ambiente de paz y de tranquilidad y en nosotros se cumplirá el séptimo requisito de quienes anhelamos ser parte del reino de los cielos en la venida del Señor: "***Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios***" Mateo 5.9.

Capítulo 13

EL REINO DE LOS CIELOS: LA ESENCIA DE QUIENES HAN DE ENTRAR EN ÉL (6)

8. Los que padecen persecución

Como ciudadanos del reino de los cielos y aspirantes a entrar en él cuando el Señor regrese, debemos ganar ciertas cualidades en nuestra persona, las cuales, con la misericordia del Señor, estamos tratando en estos capítulos, y así llegamos a la octava, que la Biblia describe de la siguiente manera: "***Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos***" Mateo 5.10.

Desde el momento en que Lucero hijo de la mañana se rebeló y con él se rebeló la tercera parte de los ángeles, y también los seres dicótomos que vivían en la tierra, surgió un nuevo reino; el reino de las tinieblas o reino de satanás, y ese reino está empeñado en luchar contra el reino de Dios.

Cada ser humano está en uno u otro reino, pero ningún hombre puede ser neutral; o estamos en el reino de Dios, el reino de la luz; o estamos en el reino de satanás, el reino de las tinieblas; y esos dos reinos están en una guerra permanente; llegará el momento en que uno de los dos dominará y destruirá totalmente al otro.

Los hijos de Dios, estamos naturalmente en el reino de Dios, el reino de la luz, y a algunos, el Señor, en Su misericordia, nos está mostrando el reino de los cielos, que está dentro del reino de Dios. Desde el momento en que decidimos vivir la realidad del reino de los cielos, nos envolvimos en esa guerra.

Satanás y su reino hacen todos los esfuerzos posibles, utilizan todas las herramientas a su alcance para impedir el avance del reino de los cielos, porque él sabe que cuando el Señor constituya el número de Sus hijos que han de conformar el reino de los cielos, su fin habrá llegado. Por esa razón, en el reino de las tinieblas, que es muy organizado, hay una intensa lucha, para tratar de que los hombres no puedan nacer; si no logran impedir el crecimiento de la raza humana, desde que un niño nace, satanás se esfuerza por lograr que ese hombre nunca salga de su reino; para eso usa el ateísmo, las religiones, el mundo, el pecado y todas las herramientas que posee.

Si no logra mantener a la persona alejada de Dios, procura que se meta en alguna religión, y si la persona se vuelve cristiana, procura que siempre esté velada, que siga a hombres, organizaciones y doctrinas, con tal que no tenga una experiencia viva con el Señor. Si la persona recibe al Señor, el enemigo procura evitar que ella tenga intimidad y comunión con Su Señor.

Si la persona aprovecha la misericordia del Señor y ve el reino de los cielos y lo vive en su día a día, se ha declarado la guerra contra el enemigo y él es experto en perseguir, en dañar, en estorbar y en tratar de que el creyente genuino no sea lleno del Señor.

El arma que satanás esgrime con mayor frecuencia es la persecución. Si nos descuidamos un momento, si no mantenemos nuestra mente en el espíritu, él aprovecha con eficiencia la más pequeña ocasión para perseguirnos, para traer pensamientos de duda, de insatisfacción y de desánimo, para que desistamos de seguir adelante con nuestro Señor.

Si no puede atacar directamente nuestra mente, porque hemos aprendido a estar escondidos con el Señor "***Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios***" Colosenses 3.3, entonces usa a otras personas. Por ejemplo, puede usar a compañeros de trabajo, de escuela o de universidad, para tratar de inyectar su veneno; puede usar a un jefe en el trabajo para perseguirnos y a veces a toda una comunidad para que seamos despreciados, estigmatizados y rechazados.

Otras veces es capaz de usar a nuestros familiares y somos perseguidos por ellos, y si nuestra familia, no es una familia que acostumbra a tener comunión con el Señor, aún puede usar a nuestro cónyuge y nuestros hijos y padres, para tratar de impedir nuestro avance en el camino en el que estamos caminando con el Señor.

Lo que más dolor nos produce es cuando satanás usa a los mismos hermanos, creyentes genuinos, para atacarnos y perseguirnos, especialmente cuando abandonamos los grupos religiosos cristianos en los que permanecimos atrapados a veces durante mucho tiempo. Los hermanos nos desprecian, nos estigmatizan y nos persiguen porque hemos tenido el valor de abandonar la cárcel religiosa en la que estábamos atrapados a merced de satanás y en la que los hermanos, por falta de revelación y visión continúan prisioneros del enemigo de Dios.

Un pequeño pasaje que el Señor habló dentro de la constitución del reino de los cielos puede darnos más luz en este tema: "***Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la destrucción, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan***" Mateo 7.13-14.

Aquí se nos dice que hay dos puertas y dos caminos: los primeros llevan a la perdición; los segundos a la vida eterna. La

puerta que lleva a la vida eterna es estrecha y el camino es angosto; además, la puerta tiene otra particularidad: es difícil de encontrar, porque pocos son los que la hallan.

Esa puerta -la puerta estrecha-es el Señor mismo, Su persona, Su obra que hizo y que está haciendo en el tiempo presente; y también es Su voluntad. Los cristianos en general declaran que han hallado la puerta, pero casi un ciento por ciento permanecen en los rediles, en las distintas denominaciones del protestantismo, del catolicismo ortodoxo y del catolicismo romano papista. Si esta es tu condición, es una clara señal de que no has encontrado la puerta.

Por favor no nos reproches por hablar con tanta franqueza, sino ve al Señor y pregúntale si en verdad estás andando en Él, si has hallado la puerta que es Él mismo. El Señor es muy claro cuando en Juan 10 afirma: "***De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador***" v. 1.

El Señor nos muestra aquí que hay rediles. ¿Qué es un redil? Es un corral donde se guardan las ovejas para que pasen la noche. Normalmente en los rediles no hay comida fresca, hay muy poca agua y las ovejas tienen que pasar la noche en medio de sus propios deshechos. Un redil es muy parecido a una cárcel donde las ovejas están confinadas. Cuando llega el día, el pastor saca las ovejas para que vayan a pastar y a tomar agua fresca de las fuentes y manantiales. Cuando un creyente encuentra la puerta, que es el Señor, es verdaderamente libre.

El Señor, por medio de una alegoría, quiere mostrarnos en este pasaje la realidad espiritual del cristianismo contemporáneo. Los cristianos hoy están agrupados en miles de rediles, siguiendo a líderes autoproclamados como pastores, reverendos, apóstoles, profetas y otros nombres que los ubican en un lugar elevado. El Señor, en Su amor por Sus hijos viene a esos rediles con el propósito de sacar a Sus ovejas; al respecto, Él afirma: "***Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca***" Juan 10.2-3.

El verdadero y único Pastor de las ovejas es Él y llama a Sus ovejas por nombre, con el propósito de sacarlas. Nota bien que el Señor no está contento con los rediles, sino que Él desea sacar a Sus ovejas de allí, y por eso: "***cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz***". Solamente Él es el Pastor y solamente a Él hay que seguir. Si tú conoces la voz del

Señor, tienes que permitir que Él te saque fuera del redil en que estás ahora. Debes seguir al Señor.

En el libro ***La Degradación de la Iglesia***, vimos que en este tiempo estamos en la era de Laodicea, y a los santos de este tiempo el Señor los está llamando desde la puerta para que aquel que oiga Su voz le abra la puerta, le permita entrar, le permita cenar con el fruto que ha ganado en cada uno, con toda Su labor y disfrute de todas Sus riquezas: "***He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo***" Apocalipsis 3.20[1].

Esto es exactamente lo que trata Juan 10; el Señor está llamando a Sus ovejas, para que salgan de los millones de rediles, lo sigan a Él y haya un rebaño y un pastor, como debe ser. ¿Oirás Su voz y dejarás que Él te saque para seguirlo? O por el contrario ¿permanecerás en los rediles?

El Señor dice que Él es la puerta y esa es la puerta estrecha a la que se refiere Mateo 7.13-14. Esa puerta no es fácil de hallar; por eso no puedes confiar en tu sabiduría ni en tu capacidad y considerar que ya has hallado al Señor. Recuerda que Él como la puerta es difícil de hallar, pocos son los que lo encuentran.

Ahora, el Señor como la puerta, que es difícil de hallar, tiene algunos secretos y misterios, que necesitamos revelar, para saber cómo seguir el camino, que una vez más, es Él mismo.

Un primer secreto es que el Señor desea entrar en el hombre y mezclarse totalmente con Él. Cuando una persona recibe al Señor, Él como el Espíritu, entra en su espíritu humano y se mezcla con él. Esa persona ha sido regenerada, ha nacido de nuevo: "***Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con EL***" 1 Corintios 6.17.

El Señor desea avanzar más, desea llenar el alma, saturar cada parte del alma de ese creyente, hasta que la mente, la voluntad y los sentimientos; la intuición, la comunión y la conciencia, estén totalmente saturados con la vida, la naturaleza y las riquezas del Señor.

A eso se refiere el camino angosto que, en Mateo 7.13-14 está después de la puerta. Una vez que hemos encontrado la puerta [el Señor], entramos por Él, y comenzamos a recorrer el camino, que también es Él: "***Jesús le dijo: Yo soy el camino…***" Juan 14.6. Pero debemos recordar que ese camino es estrecho, y al decir estrecho no se refiere solamente a sufrimientos, como algunos creen, sino que es un camino del

1. Te recomendamos la lectura de ***La Degradación de la Iglesia***, del mismo editor y publicado en la página: www.las-primicias.com.

que podemos desviarnos muy fácilmente.

Los cristianos contemporáneos consideran que están caminando en el Señor y resulta que hace tiempo se desviaron y perdieron el camino. Mientras tú estés matriculado en una denominación, mientras no sigas al Señor en tu espíritu, mientras no pongas tu mirada solamente en Él, y en cambio sigas a tu líder, a una organización, a un ministerio particular y doctrinas diferentes, has entrado por la puerta ancha y estás siguiendo el camino amplio; por ese camino llegarás a la perdición.

Otro secreto que tiene la puerta es que el Señor trabaja desde el espíritu humano. Él no toma directamente el alma, sino que en la medida que el creyente se dispone, desde su espíritu humano va saturando cada parte del alma con Su persona y Sus riquezas, hasta que el alma y el corazón, lleguen a estar completamente saturados, llenos de Él. Cuando la medida del alma de un creyente ha sido colmada, él alcanza los cuatro puntos de los que habla Efesios 4.13: La unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Un creyente en esa condición es vencedor y está listo para ser arrebatado.

Todos estos aspectos no eliminan la persecución por causa de la justicia, sino que nos dan poderosas herramientas para vencerla y para hacernos vencedores y "dueños" del reino de los cielos: ***Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos***.

9. Los que son vituperados

Mateo 5.11-12 dice: "***Bienaventurados sois cuando por Mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Regocijaos y exultad, porque vuestra recompensa es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros***".

Si somos aquellos que en cualquier circunstancia y sin importar dónde estemos, seguimos al Señor por donde Él va, si lo tenemos a Él como nuestro primer amor, como el centro de nuestro vivir; si cumplir Su voluntad es el anhelo y la realidad más importante de nuestra vida; si oír Su palabra y obedecerla es lo que nos produce mayor deleite, sin duda seremos vituperados por Su causa. En otras palabras, seremos criticados, reprendidos, censurados y calumniados, porque todo esto se da bajo la mentira.

Recordemos que la mentira es propia de satanás, pues él

es mentiroso desde el principio y cuando habla, de suyo habla mentira: "***el diablo… ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira***" Juan 8.44.

El vituperio del que somos víctimas por causa del Señor es instigado por satanás, y al originarse en él, es mentira, porque él no tiene para atacar un arma diferente a la mentira. Por eso el Espíritu nos advierte a través de nuestro hermano Pedro: "***Mas aun si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre a presentar defensa ante todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros; pero con mansedumbre y temor, teniendo buena conciencia, para que en lo que hablan mal de vosotros sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal***" 1 Pedro 3.14-17.

Todo el vituperio que se origina en la naturaleza mentirosa de satanás, generalmente a través de otras personas, incluso de creyentes, debe producir en nosotros exultación y regocijo; de nuestra boca deben salir palabras de alabanza al Señor, por dos razones: la primera, porque acrecienta nuestro galardón en el reino de los cielos. Cuando el Señor venga, entraremos en el reino de los cielos y seremos premiados con un galardón sobremanera grande. Si somos parte de las primicias, imagínate, querido lector y hermano, no pasar por la muerte, sino ser transfigurados en nuestro cuerpo y arrebatados al trono de Dios, para cantar un cántico nuevo delante de Él, de los veinticuatro ancianos y de los seres vivientes, cántico que será un secreto que sólo nosotros conoceremos; más tarde esperaremos el rapto de todos los demás creyentes, que ocurrirá cerca del final de la Gran Tribulación, participaremos en el juicio de todos los hijos de Dios y finalmente gobernaremos la tierra, junto con el Señor por un periodo de mil años.

Si morimos antes de que el Señor venga, igualmente antes de la Gran Tribulación seremos resucitados y arrebatados para estar en el trono de Dios junto con las primicias vivas y tener el mismo disfrute que Dios nos ha preparado.

El segundo aspecto considerado en el versículo es que todos los profetas y hermanos

que amaron al Señor antes que nosotros, fueron igualmente perseguidos. Si nos vituperan, debemos entenderlo como una señal clara de que estamos agradando al Señor y satanás no puede soportar su envidia y levanta personas para que nos vituperen. Eso no nos produce tristeza, sino gozo y exultación.

10. La sal de la tierra

En la constitución del reino de los cielos hay una característica que debe hacer parte de la esencia de los ciudadanos de ese reino. Unos cuantos creyentes han sido y están siendo preparados a lo largo de su vida para entrar en el reino de los cielos cuando venga el Señor, y reinarán con Él durante los mil años de duración de ese reino.

Uno de los propósitos de este libro ha sido precisamente el de procurar difundir la luz que el Señor, en Su misericordia, nos ha dado, para que los santos que viven en este tiempo puedan volverse al Señor como su primer amor, agradarlo en todo, andar como es digno del Él, crecer mediante el conocimiento de Él y llevar fruto en las obras que el Señor hace en ellos, para que tenga qué disfrutar, qué comer y con qué alegrarse de Su labor que hace con Sus escogidos.

Cuando llegamos al décimo aspecto de la esencia que cada creyente debe tener, encontramos que el Señor dice a Sus discípulos: "***Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres***" Mateo 5.13.

Los ciudadanos del reino de los cielos, aquellos creyentes que estamos siendo preparados por el Señor para entrar en el reino de los cielos, es decir, para disfrutar las Bodas del Cordero, hemos sido puestos en esta tierra como sal.

¿Qué es la sal y cuál es su significado? La sal es una sustancia que se encuentra en la tierra y tiene tres propiedades fundamentales: **La primera**, mata gérmenes, es depurativa, elimina las cosas inmundas. Si somos la sal de la tierra es porque el Señor ha entrado en nosotros y está eliminando todas las cosas inmundas y extrañas que satanás ha introducido en nuestras vidas.

Como hijos de Dios, debemos ser aquellos que cada día nos llenamos del Espíritu Santo y Éste fluye desde nosotros hasta otros santos y el Cristo que tienen otros hermanos fluye hacia nosotros para limpiarnos mutuamente de todo aquello que pertenece al árbol de la ciencia del bien y del mal, y a cambio, somos suplidos con todas las riquezas de Su naturaleza divina y Su obra para llevarnos a ser iguales a Él: "***Pues si Yo, el Señor y el Maestro, he***

lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como Yo os he hecho, vosotros también hagáis" Juan 13.14-15.

En el Antiguo Testamento, el Señor ordenó a los israelitas mediante la ley, que agregaran sal a todo sacrificio que le presentaran. Esto muestra la inmundicia que hay en el hombre y cómo la sal, que es un tipo de la obra purificadora de Cristo como el Espíritu en la palabra, purifica al creyente para presentarse delante de Dios apto para servirlo.

La segunda propiedad que tiene la sal es su poder de conservación. Antiguamente, cuando no se habían inventado los refrigeradores, los alimentos cárnicos podían conservarse por algún tiempo, introduciéndolos en una solución de agua y sal, conocida como salmuera. La sal tiene la propiedad de bajar la temperatura de los elementos que están dentro de ella y a bajas temperaturas hay microbios y bacterias que no pueden sobrevivir y en consecuencia los alimentos son conservados.

La tercera propiedad de la sal es que da sabor. Qué desagradable es tomar alimentos sin sal. Personas que comen sin sal o la cantidad de sal usada en su alimentación es muy baja, están propensas a tener algunas dolencias en su salud; pero qué delicia es comer alimentos con una dosis apropiada de sal.

Si miramos la tierra y los hombres que en ella viven, veremos una olla llena de pecado, de inmundicia y sin sabor, totalmente desagradable a Dios. Cuando el Señor ve esa condición tan deplorable, pensamos que le ocurre lo descrito en Génesis 6 cuando "***vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho***" vs. 5-7.

Sin embargo, como en esa época, Noé halló gracia en los ojos del Señor, así mismo hoy hay unos cuantos hombres, hijos de Dios, que buscamos hacer Su voluntad, agradarlo a Él, hallamos gracia ante Sus ojos y salamos un poco esta tierra desabrida y por eso el Señor retiene Su ira y aun no destruye al hombre y con él a la creación.

Pero debemos recordar que la paciencia de Dios muy pronto llegará a su límite y el Señor juzgará la tierra y sus habitantes y buena parte de la humanidad será raí-

da, como lo fue en el diluvio.

Por ahora, como hijos de Dios debemos procurar vivir como aquellos que agradan a Dios, y cuando llegue el tiempo de la Gran Tribulación, el Señor nos arrebatará a Su trono, y entonces vendrá el periodo que Apocalipsis 3.10 llama la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. Esta hora de prueba es la Gran Tribulación.

El Señor entonces nos ha dado la responsabilidad de salar esta tierra. Pero aun frente a esa gracia que nos ha sido otorgada, corremos un serio peligro: perder el sabor, perder las cualidades de la sal. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?

¿Qué es el desvanecimiento de la sal? No hay que hacer ninguna elucubración filosófica, ni buscar la sabiduría de los hombres para entender qué quiere decirnos el Señor aquí. Cuando la sal se desvanece sencillamente es que pierde su sabor salado, pierde su capacidad de dar sabor a los alimentos, de conservar y de matar gérmenes. Por eso el Señor pregunta: ¿con qué será salada? ¿Qué sustancia podríamos hallar en la tierra para salar la sal? No hay ninguna; si la sal pierde sus cualidades, no hay nada con que se pueda recuperar.

¿Qué quiere decir esto en el vivir práctico de un creyente? ¿Cómo puede un creyente perder su calidad de sal de la tierra? ¿Es posible que esto ocurra? Este es un tema bien serio, delicado e interesante, y mediante la misericordia del Señor vamos a tratarlo con toda la seriedad que merece, esperando que el lector pueda ganar mucha luz en el asunto.

Antes de recibir al Señor, nuestra condición era pecaminosa, de enemistad con Dios, de separación de Él, seguíamos a satanás y estábamos a merced de él: "***Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás***" Efesios 2.1-3.

Cuando creímos en el Señor Jesús, nuestro espíritu humano fue reavivado, fuimos regenerados, nacimos de nuevo y nos convertimos en hijos legítimos de Dios: "***A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos***

hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" Juan 1.11-13 y el deseo de Dios es que no practiquemos ningún pecado, y podemos dejar de pecar si permanecemos en Él: "***Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido***" 1 Juan 3.6.

¿Quiere decir esto que un creyente nunca peca? En verdad no es así en lo absoluto, porque la misma Biblia prevé el camino que debemos seguir cuando hemos pecado: "***Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados… Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros***" 1 Juan 2.1-3; 2.8-10.

No obstante, hay algunos pecados que de ninguna manera debemos cometer, y son los pecados de muerte: "***Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte***" 1 Juan 5.16-17.

Estos dos versículos nos hablan con claridad de dos clases de pecado: pecado de muerte y pecado no de muerte. Por el segundo se debe orar, el Señor lo perdonará y dará vida a quien lo cometió, es decir, el creyente confiesa su pecado, estando en la luz de Dios, y Él lo limpiará, pero el pecado que es de muerte no será perdonado, por lo menos inmediatamente.

¿Qué es, entonces, el pecado de muerte? Para poder entenderlo, veamos un ejemplo que está en la palabra: "***De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre. Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción?***" 1 Corintios 5.1-2.

Había entre los hermanos que estaban en Corinto un caso de fornicación y adulterio, que ni siquiera ocurría entre los incrédulos: un hermano, un hijo de Dios, tenía relaciones sexuales con su madrastra, con la mujer de su padre, y los demás

hermanos se hacían los ciegos, o como decimos en Colombia se hacían los de "***la vista gorda***"; estaban llenos de vanidad, en lugar de lamentarse por tener entre ellos un acto tan absurdo y descalificador.

Ante una situación de tanta gravedad y la imposibilidad de estar Pablo presente en el lugar, hablando por el Espíritu Santo, prescribe el tratamiento que se debía dar en esa situación: "***Ciertamente yo, como ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús***" 1 Corintios 5.3-5. Para un pecado tan fuerte, el tratamiento tiene que ser igualmente fuerte.

Aquí Pablo muestra a Cristo como la Cabeza de la iglesia y no un hermano o un grupo de hermanos, porque él aborrecía el nicolaísmo, con la misma intensidad que el Señor lo aborrece, y no pide que se reúna un grupo especial de hermanos (ancianos, diáconos, presbíteros, pastores, reverendos, etc.), sino todos los santos, para tratar el delicado asunto que afectaba la comunión de los corintios.

Por esa razón él dice: ***En el nombre de nuestro Señor Jesucristo y con el poder de nuestro Señor Jesucristo***. Esta es una clara demostración de que para los hermanos en Corinto y para Pablo, el Señor Jesucristo es la iglesia y la cabeza de la iglesia; y la iglesia es un organismo vivo en el que Jesús es la Cabeza y nosotros somos Sus miembros y juntos conformamos EL CRISTO.

Una vez que tenemos claridad sobre este punto crucial, veamos el remedio que el Señor mezclado con los santos, entre los cuales está Pablo, da al hecho pecaminoso practicado por el hermano que vivía en esa ciudad: ***el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús***.

La decisión es un tanto osada, dolorosa y radical, pero es la determinación del Señor. Ese hermano fornicario y adúltero, debía ser entregado a satanás, para que éste destruyera su carne y conservara la realidad de ser salvo en su espíritu, pero solo el día del Señor.

No cabe duda de que el día del Señor será el tribunal de Cristo, donde todos, o casi todos los creyentes serán juzgados para declararlos vencedores o no, y en consecuencia, para permitirles entrar o no en el reino de los cielos.

En este caso el hermano fornicario no podía estar en la comunión con el Señor y los santos y no tenía ninguna posibilidad de que su alma fuera saturada de las riquezas de Cristo y lógicamente no tenía ninguna oportunidad de ser transformado y conformado. Solamente después del Tribunal de Cristo, en las tinieblas de afuera, tendrá la oportunidad de ser lleno en su alma para entrar en la Nueva Jerusalén. Este hermano perdió la oportunidad de entrar y disfrutar el reino de los cielos.

Las etapas de la salvación

Para aclarar un poco más el asunto, recordemos que la salvación tiene tres etapas: ***la primera***, la salvación del espíritu humano, que se dio cuando creímos en el Señor, cuando nuestro espíritu fue reavivado, es decir, fue regenerado, porque Dios como Espíritu vino y se mezcló con Él y vive por la eternidad; esta salvación se dio en un instante y es eterna, es decir, nunca se pierde.

La segunda etapa es la salvación del alma, que la Biblia identifica como la transformación y la conformación, y que consiste en que el alma del creyente, en la medida en que él se disponga va siendo llena de todas las riquezas de Dios, hasta que el Señor satura todas sus partes y tiene control sobre ellas; ésta etapa dura toda la vida, si el creyente la busca cada día de su vida. O durará los tres años y medio de la Gran Tribulación, si está vivo para esa época y no se dispuso durante la vida que vivió con anterioridad a ese periodo de tres años y medio; o durará mil años, si no lo logró en uno de los dos periodos anteriores.

La tercera etapa es la redención o transfiguración del cuerpo, que será en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, para la mayoría de los creyentes en la venida visible del Señor, cuando sea tocada la séptima trompeta; y para el Hijo Varón y para las Primicias, la transfiguración del cuerpo será antes de la Gran Tribulación.

Así las cosas, aquel hermano de Corinto que fornicaba con la mujer de su padre, al ser entregado a satanás, no tuvo durante su vida otra oportunidad de tener comunión con el Señor ni con los hermanos, le fue negada la posibilidad de llenar su alma de Sus riquezas, y en consecuencia su alma, de ninguna manera fue salva durante su vida aquí en la tierra.

Solamente cuando el Señor regrese con los vencedores, lo resucitará, y en el juicio del Tribunal de Cristo declarará que es salvo en su espíritu. Tendrá que pasar el milenio en las tinieblas exteriores, llorando y crujiendo los dientes y siendo transformado y conformado en su alma, hasta al-

canzar la estatura de la plenitud de Cristo, la plena madurez, el pleno conocimiento del Hijo de Dios y la unidad de la fe, y ahí sí podrá entrar en el gozo eterno de la Nueva Jerusalén, por la eternidad.

A pesar de ser tan horrible el pecado cometido por ese hermano, el Señor lo conserva en Su misericordia como Su hijo y no lo arroja al lago de fuego. Sin embargo, el costo que tuvo y tiene que pagar es alto: en primer lugar, durante su vida en esta tierra no pudo tener un disfrute del Señor, no pudo vivir en la luz ni en la comunión ni del Señor, ni de los hermanos; y luego tendrá que sufrir en el milenio para alcanzar la plena salvación.

Esta es la descripción de lo delicado que es para un creyente cometer pecados de muerte, es decir un hermano que tiene luz, de ninguna manera debe cometer pecados de ese tipo, porque de manera automática será inhabilitado para entrar en el reino de los cielos.

A eso se refirió el Señor cuando dijo que, si la sal pierde su esencia, pierde su sabor, no sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres Mateo 5.13. ¿Ser echada fuera de qué? Sin duda, fuera del reino de los cielos.

Cualquier hijo de Dios que comete un pecado de muerte, automáticamente es echado fuera del reino de los cielos y pisoteado por los hombres que están en el mundo, porque ni en el mundo ni en el reino es aceptado.

Con esto el Señor nos hace una advertencia clara del peligro que corremos diariamente, si no somos cuidadosos para no caer en pecados que sean de muerte: "***Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro***" 1 Juan 3.3.

Además del adulterio y la fornicación, hay otros pecados que son de muerte y que producen el mismo efecto, y que el Espíritu menciona en 1 Corintios 6.9-10 y 5:11 "***ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, heredarán el reino de Dios… Pero ahora os he escrito que no os mezcléis con ninguno que, llamándose hermano, sea fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o viva de rapiña; con el tal ni aun comáis***".

¡Nosotros somos la sal de la tierra y le damos sabor a la labor del Señor, y escondidos en Él, vamos a permanecer así hasta Su venida!

11. La Luz del Mundo

El último punto que hemos de

considerar dentro de la constitución y la esencia de los herederos del reino de los cielos tiene que ver con que somos la luz del mundo.

Mateo 5.14-16 dice: "***Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos***".

Dios es luz y Jesús como Dios es la luz del mundo y la luz de la vida: "***Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, jamás andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida***" Juan 8.12.

Para alcanzar el reino de los cielos, no hay un camino distinto a seguir al Señor siempre, todo el tiempo. Solamente quien lo sigue no andará en tinieblas, sino que lo tendrá a Él que es la luz del mundo y la luz de la vida. Si tú amable lector estás en cualquier organización cristiana, tú no estás siguiendo al Señor; en consecuencia, no tienes la luz de la vida; estás en tinieblas.

¿Cuál es la función principal de la luz? Darnos visión, hacernos ver. El problema principal del cristianismo contemporáneo está en que la inmensa mayoría de sus integrantes están en tinieblas, porque no siguen al Señor, sino a líderes, doctrinas, ministerios particulares y organizaciones; pero si los creyentes dejan de seguir a los hombres y se vuelven al Señor en su espíritu y lo siguen solamente a Él, recuperarán la visión, caerán los velos que satanás ha puesto en sus ojos y de forma espontánea serán la luz que alumbra en este mundo y que suministrará a otros la vida de Dios, la vida eterna: "***Pero las mentes de ellos se endurecieron; porque hasta el día de hoy, les queda el mismo velo cuando leen el antiguo pacto, no siéndoles revelado que en Cristo el velo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando su corazón se convierta al Señor, el velo es quitado. Y el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad***" 2 Corintios 3.14-17.

El Señor como la luz se ha depositado en el espíritu de todos Sus hijos, los creyentes, pero lamentablemente, la mayoría de ellos no lo manifiestan, ni lo reflejan como la luz que necesita el mundo y como la luz que hace crecer la vida eterna en ellos, porque han sido velados por satanás, quien usa a los líderes del cristianismo para apartar del Se-

ñor a los santos y hacer que los sigan a ellos y de manera disimulada sigan a satanás.

El Señor entonces acude a aquellos que han aceptado el llamado al reino de los cielos y les dice: "***Vosotros sois la luz del mundo***" Mateo 5.14. El Señor en Su amor y misericordia para con los Suyos, los hace partícipes de Su luz y les da una gran responsabilidad: reflejarlo como la luz.

Por eso continúa el relato: "***Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa***" Mateo 5.15.

Los hijos de Dios somos el medio por el cual Él puede manifestarse como la luz, y esa manifestación se da en la medida en que los hijos de Dios viven en comunión con Él llenándose de Sus riquezas, saturando Su alma de la gracia.

La falta de comunión, de vivir en el espíritu y de disfrutar todas las riquezas del Señor, hace que en el diario vivir se vea solamente una expresión oscura, y la luz de Dios quede totalmente impedida de manifestarse. En este caso estamos poniendo la lámpara encendida debajo del almud; pero cuando entramos en el espíritu, cuando permitimos que Dios se manifieste como la luz en nuestro vivir, estamos poniendo la luz sobre el candelero y de esa manera, alumbramos a todos los que están en casa. La casa es la iglesia.

La iglesia contemporánea, que está conformada por todos aquellos que son hijos de Dios, carece de luz. Por eso es urgente que sus integrantes se vuelvan al Señor, busquen de Él revelación y visión y poco a poco vayan iluminando a aquellos santos que desean encontrar la luz de la vida y ser alumbrados para ver lo que el Señor desea hacer y aquello que está haciendo y de esa manera unos a otros nos alumbremos, hasta que podamos ver con claridad el camino que debemos andar para agradar al Señor y satisfacerlo.

Pero se requiere ser cuidadosos, porque se puede caer en la trampa en que han caído los líderes y los no líderes del cristianismo actual; ellos creen que tienen luz y que sus grandes obras glorifican a Dios, y en verdad son ellos quienes se están llenando de gloria, son ellos los famosos, los que se ven, los que se manifiestan y por ninguna parte aparece el Señor.

Por esa razón Sus palabras en el siguiente versículo: "***Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo***" Mateo 5.16. Cuando frente a los hombres expresemos al Señor como luz, no puede haber ninguna gloria para ningún

hombre, sino que la gloria debe ser exclusivamente para el Padre que está en el cielo, en Su trono.

Y esto debe ser así, porque en verdad vuestras buenas obras, no son las obras de los hombres, sino son las obras que el Padre hace en Sus hijos, son las que Él ha preparado de antemano para que, quienes lo aman, anden en ellas: "***Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***" Efesios 2.10.

Una de las obras más exitosas que satanás ha logrado realizar en los hijos de Dios es despertar en ellos un hambre inmensurable de gloria y de fama. Satanás sabe muy bien que mientras los hijos de Dios anhelen llenarse de gloria, de fama y de honra, nunca el Señor se agradará con ellos y por el contrario, ocultará Su rostro y no habrá posibilidad de recibir revelación y luz para expresarlo; de esa manera, el vivir de los cristianos se convertirá en un vivir lleno de tinieblas: "***Y aun si nuestro evangelio está encubierto, entre los que perecen está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó las mentes de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como vuestros esclavos por amor de Jesús***" 2 Corintios 4.3-5.

En Su inmensurable misericordia, el Padre nos ha mostrado algunos detalles que deben constituir la esencia, la persona, de aquellos que han de entrar en el reino de los cielos: el reconocimiento de nuestra necesidad espiritual permanente, es decir, ser pobres en espíritu, nos garantizará que ganaremos como recompensa el reino de los cielos, la sublime manifestación universal de la preciosa obra que Dios hace en algunos de Sus hijos.

En segundo lugar, debemos ser aquellos que lloramos por el Señor, porque Su venida sea un hecho cercano, para que junto con Él podamos reinar en Su reino de justicia y paz.

Debemos ser aquellos que nos enyugamos permanentemente con el Señor para que Él nos enseñe a ser mansos y humildes de corazón. De esta manera aseguraremos que la tierra restaurada y renovada en el milenio sea nuestra.

Igualmente debemos estar hambrientos y sedientos porque el Señor, que es la justicia, nos llene y nos sature, para que, en medio de un mundo lleno de injusticia, Él sea manifestado como la justicia perdurable.

De la misma manera, nece-

sitamos cada día estar llenos de Su misericordia, para poder ser misericordiosos con los demás, pero teniendo en cuenta que esa misericordia se debe practicar no según los parámetros del hombre viejo, sino según el deseo y la voluntad del Señor.

Debemos insistir en purificarnos de todo aquello que no es el Señor mismo y de aquello que le desagrada, para que nuestro corazón le sea completamente agradable y no tengamos nada en que podamos ser reprendidos por Él, ni acusados por satanás.

Si somos los hijos de Dios que diariamente estamos en el trono de la gracia, llenándonos de Su gracia, nuestro vivir ante el Señor, ante los hombres y con nosotros mismos, será un vivir lleno de paz. Seremos reconocidos como genuinos hijos de Dios.

Como hijos de Dios y ciudadanos del reino de los cielos, nos hemos introducido en una guerra abierta contra satanás, porque nosotros somos los que traeremos al Señor y aceleraremos la ejecución de la sentencia contra el diablo, sus ángeles y sus demonios.

Como consecuencia de participar en esa guerra, seremos vituperados y perseguidos, hechos que producirán en nosotros gozo, porque tenemos nuestra mirada puesta en el Señor y el galardón, y nada nos robará el gozo que nos produce el hecho de vivir y andar con el Señor todos los días de nuestra vida en la tierra.

En la constitución que el Señor va ganando poco a poco en nosotros, nos ha hecho la sal de esta tierra, para que en nuestro vivir manifestemos todas Sus virtudes.

Finalmente nos ha llamado para que seamos la luz y podamos alumbrar a todos nuestros hermanos con la luz que el Señor nos ha constituido.

Este es un llamamiento muy elevado que el Señor nos ha hecho en Su misericordia, y no es gravoso ni difícil. Si nos metemos cada día en nuestro aposento—espíritu humano— y disfrutamos de Su gracia, vamos ganando un poco más de Él, hasta que, un día no lejano, sin darnos cuenta, habremos alcanzado la plenitud de Su estatura, el pleno conocimiento de Él, la absoluta madurez y la unidad de la fe. Ese día el Señor vendrá. ¡Merece la pena entregarnos completamente a esta causa!

Capítulo 14

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y LA LEY (1)

Una vez que el Señor habló de la esencia, la constitución del ser que debe haber en cada uno de los hijos de Dios que han de heredar el reino de los cielos, desea mostrarnos cómo se refleja esa esencia en aquellos que van alcanzando esas características, reflejo que se hace manifiesto en la conducta del creyente frente a otros creyentes, a las personas que están en el mundo, y de manera general, en el ambiente en el que se desenvuelve diariamente.

Frente a la ley

En el Antiguo Testamento, unos 2500 años después de Adán, Dios llamó a Moisés, y después de pasarlo por un proceso de maduración de 80 años, le mandó que fuera a Su pueblo, a Israel, y lo liberara de la esclavitud en que los tenía sometidos el Faraón en Egipto.

Una vez sacó a Su pueblo de allí, Dios le prescribió la ley, que estaba conformada por mandamientos, ordenanzas, estatutos y decretos, ley que era de estricto cumplimiento para el pueblo de Israel. El incumplimiento de esa ley, casi siempre se pagaba con la vida del infractor.

Ahora que estamos en el Nuevo Testamento, hay mucha discusión teológica entre las distintas escuelas y movimientos del cristianismo, si se debe cumplir o no la ley, y como consecuencia de esos puntos de vista, hay organizaciones cristianas que son excesivamente estrictas y obligan a sus feligreses a cumplirla literalmente, mientras que otras organizaciones son más laxas, y prefieren más bien evitar el tema, para no llenarse de "*dolores de cabeza*", para muchos "innecesarios".

Como creyentes neotestamentarios, ¿cuál debe ser nuestra actitud frente a la ley mosaica? ¿Debemos cumplirla hoy o no debemos hacerlo?

Hemos sostenido a lo largo de este y otros libros, que es indispensable tener revelación y luz del Señor en nuestro espíritu y en nuestra alma, porque si no tenemos revelación de la Biblia, ésta se convierte en letra que mata, y de nada nos aprovecha para nuestro crecimiento en el Señor.

No podemos considerar este tema, bajo la lupa de nuestros prejuicios y conceptos, ni de las enseñanzas que hemos recibido en el pasado, sino que debemos ir al Señor con corazón puro, rogándole que nos muestre Su novedad cada día y que renueve en nuestro corazón la enseñanza de Su palabra.

Veamos entonces lo que dice el Señor acerca de la ley: "***No penséis que he venido para abolir la ley o los profetas; no he venido para abolir, sino para cumplir***" Mateo 5.17. El Señor afirma aquí

que Él no ha venido para abolir, para eliminar o quitar la ley, sino para cumplirla.

Sin embargo, observa cuidadosamente que Él dice que ha venido a cumplirla, no a hacerla cumplir; el Señor no ha venido a obligar a Sus hijos a cumplir la ley. ¿Por qué esto es así? Porque nadie, distinto al Señor Jesús puede cumplir la ley.

En el Antiguo Testamento nadie pudo cumplir la ley; tampoco en el Nuevo Testamento, nadie puede cumplir la ley a excepción del Señor Jesús. ¿Y nosotros qué, frente al tema de la ley?

Para poder dilucidarlo, vamos a detenernos un poco en Romanos 7, pero recomendamos que el lector lea detenidamente los capítulos 3, 4, 5 y 6 de ese libro, con los cuales será ayudado a tener revelación y visión sobre el tema.

Veamos entonces, algunos versículos de Romanos 7 y los primeros del capítulo 8. "***De manera que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno***" 7.12. El Espíritu afirma con mucha claridad que la ley es santa, justa y buena, y no puede ser de otra manera, porque la ley en verdad es el testimonio de Dios, que es justo, santo y bueno. Pero Pablo guiado por el Espíritu es osado al afirmar que ***"yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás". Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató***" vs. 7-11.

Estas afirmaciones parecieran contradictorias, pero ellas no salieron de la imaginación y la fantasía de Pablo, sino de su experiencia en el Espíritu Santo. La ley, que es buena, santa y justa, hizo revivir en él el pecado y le trajo como resultado la muerte, concluyendo que el mandamiento que era para vida—porque proviene de Dios que es vida—, por el pecado tomó ocasión en Pablo por el mandamiento, engañó a Pablo y lo mató.

¿Por qué ocurre algo, aparentemente tan absurdo? El Espíritu lo explica con claridad en el versículo 14: "***Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado***". El problema no está en la ley que es espiritual, sino en quien trata de cumplirla, que es carnal y vendido al pecado.

¿Qué quiere decir ser carnal y vendido al pecado? Una vez más, la Biblia vuelve a darnos

claridad: "***Porque lo que hago, no lo admito; pues no práctico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, estoy de acuerdo con que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí. Pues yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico. Mas si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí***" Romanos 7.15-20.

La experiencia de Pablo es la condición de todos los hombres, e incluso de los creyentes que no saben tocar el espíritu, como veremos más adelante. El apóstol dice que no puede practicar lo que quiere y desea, sino que practica aquello que aborrece. ¿Por qué ocurre de esa manera? Porque los seres humanos son carnales y vendidos al pecado. Al querer hacer el bien mediante la práctica de la ley, se está comprobando y aprobando que la ley es buena.

En la siguiente frase está la esencia del asunto: ***De manera que ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí.*** El problema ni siquiera es de la persona que infringe la ley, sino del pecado que mora en cada uno, y debemos recordar que EL PECADO hace referencia a la naturaleza de satanás que el hombre recibió por medio de Adán, en el Huerto de Edén.

Las frases que están a continuación, en los versículos que referimos arriba, confirman y explican la realidad de cualquier ser humano, inclusive de un creyente que no se ha habituado a vivir en el espíritu.

Pablo entonces describe la inmensa lucha que hay en su interior al afirmar: ***porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico.*** Él desea hacer el bien y lo quiere y lo anhela intensamente en su interior, pero se encuentra frente a una triste realidad: que él practica el mal que no quiere practicar.

¿Qué tal esa clase de lucha? ¿Tú, querido lector, no has tenido que vivirla? Si tu respuesta es no, dudo que seas humano y menos que seas un hijo de Dios. Ninguno puede escapar a esta contradicción, porque el anhelo más ferviente que hay en nuestro corazón es agradar a Dios, cumpliendo Sus mandamientos, pero siempre que lo intentamos, nos encontramos ante un categórico fracaso.

Los versículos 21-23 profundizan aún más la triste realidad

de su situación: "***Así que yo, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está conmigo. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que está en guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros***".

Para explicarnos con diafanidad, Pablo habla aquí de por lo menos tres leyes: la ley de Dios, la ley de su mente, y la ley del pecado y de la muerte. Veamos detenidamente cada una de ellas.

Debemos enfatizar que una ley es una fuerza, un poder que obliga a quienes están bajo su influencia a cumplirla. Por ejemplo, la ley de la gravedad, que rige y domina a todos los objetos físicos que están bajo su dominio. Ni personas ni objetos están exentos de la influencia de la gravedad.

La ley de Dios

La ley de Dios, como ya vimos, está conformada por los diez mandamientos que Dios le escribió a Moisés en dos tablas de piedra, y una cantidad de estatutos, decretos y ordenanzas que el Señor fue dando a Israel por medio de Moisés, hasta completar la ley mosaica. Como dice Romanos, esta ley es espiritual, santa, justa y buena, y es el camino que Dios estableció para que Su pueblo se relacionara con Él.

La ley de la mente

La segunda ley de la que habla el pasaje es la ley de la mente. Sabemos que la mente es una parte del alma humana y que el alma fue hecha a la semejanza de Dios para que Él pueda expresarse por medio de ella. Esa ley de la mente que está en el interior de cada uno de nosotros desea ardientemente cumplir la ley de Dios y agradarlo, pero fracasa en todos sus intentos.

La ley del pecado y de la muerte

La tercera ley aquí referida es la ley del pecado y de la muerte que está en los miembros de todas las personas: "***pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros***" Romanos 7.23.

La ley del pecado es el pecado mismo, que es la naturaleza de satanás, que fue inoculada en Adán, en el Huerto de Edén. Esa ley es más poderosa que la ley de la mente, y la domina completamente, impidiéndole cumplir la ley de Dios. Debido a la debilidad de la ley de la mente, el hombre fracasa continuamente, porque por más esfuerzos que haga, no tiene la fuerza para cumplir la ley de Dios y agradarlo.

Es por eso por lo que Pablo,

lleno del Espíritu, tomando la posición de cualquier ser humano creyente, exclama: "***¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?***" Romanos 7.24. Ante la fuerza y el poder de la ley del pecado y de la muerte que subyuga la ley de la mente e imposibilita a todos los creyentes para cumplir la ley de Dios, no hay alternativa distinta a buscar ayuda de alguien, y por eso la pregunta: ***¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?***

El Señor no es Dios de derrota sino de victoria y la respuesta al angustiado clamor es inmediata: "***Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro***" Romanos 7.25.

La solución no es un esfuerzo personal extraordinario, ni un propósito profundo de cumplir la ley de Dios, ni una serie de promesas que el creyente le hace al Señor, sino una persona preciosa, nuestro Señor Jesucristo.

¿Y qué tiene que ver Él en todo esto? Veamos lo dicho por el Espíritu en Romanos 8.3: "***Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y en cuanto al pecado, condenó al pecado en la carne***". Para el problema frente al cual el hombre no puede encontrar ninguna solución, Dios la provee. ¿Qué hizo? Él mismo, como el Hijo, se vistió de carne, y estando en esa condición, mediante Su muerte, tomó el pecado en Su carne y lo mató, lo eliminó y lo erradicó de Sus hijos.

Para entenderlo, debemos ver todo el proceso, por el cual el Señor Jesús pasó: en primer lugar, Él, siendo Dios, estando en Su gloria, se despojó a sí mismo de ella y se hizo hombre en semejanza de carne de pecado. ¿Qué quiere decir la palabra semejanza, en este contexto? Que aparenta ser, pero no es, es decir que cuando el Hijo vino en semejanza de carne de pecado, parecía ser un pecador, pero no lo era, porque en Él no estaba la naturaleza pecaminosa de satanás.

Esta naturaleza es transmitida cuando un hombre engendra a un hijo en una mujer, pero el Señor Jesús no fue engendrado por un hombre, sino por el Espíritu Santo, y aunque María pertenecía a la vieja creación, a la creación caída, ella por sí sola, no tenía la capacidad de transmitirle a su Hijo la naturaleza pecaminosa que todos los humanos tenemos.

En apariencia, Jesús era un hombre como todos los demás, pero en realidad era distinto a todos, porque en su interior no estaba la naturaleza satánica del pecado, sino que en Él estaba la naturaleza divina de Dios. En las demás características es un hombre genuino igual al resto de los humanos.

Por eso, cuando Juan el Bautista lo presenta, dice de Él: "***El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!***" Juan 1.29.

Este es uno de los muchos propósitos que el Señor tenía al venir a la tierra en carne: quitar el pecado, anular el poder de la ley del pecado y de la muerte y librarnos de ese yugo.

¿Por qué tuvo que hacerlo Él mismo? Porque ningún hombre podía lograrlo, todos los hombres son pecadores y no pueden redimirse a sí mismos, solamente Jesús, que como hombre no tiene pecado, posee el poder para redimirnos: "***Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne***" Romanos 8.3. ¿A cuál ley se refiere aquí? A la ley de la mente, que en el interior del hombre anhela fervientemente agradar a Dios, cumpliendo Su ley, pero la ley del pecado y de la muerte que está en los miembros de la persona se opone a ella, la domina y finalmente le impide cumplir la ley de Dios.

Dios dio la ley no para abrogarla sino para que se cumpliera: "***para que el justo requisito de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu… Porque de cierto os digo, que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido***" Romanos 8.4; Mateo 5.18.

Pero como para nosotros es imposible cumplir la ley, Dios mismo se hizo carne, y estando en ella cumplió toda la ley, incluidas las tildes y las jotas, y de paso quitó de nuestros miembros la ley del pecado y de la muerte, que nos impedía cumplir la ley de Dios y agradarlo: "***El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!***" Juan 1.29.

¿Cómo anuló el Señor el pecado y su ley? Veamos lo que dice 2 Corintios 5.21: "***Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en ÉL***". Dios lo hizo pecado, Dios puso sobre Él esa naturaleza pecaminosa que satanás había inoculado en Adán en el Huerto de Edén.

Pero si Él no tenía la naturaleza pecaminosa, ¿en qué momento esa naturaleza fue puesta en Él? En las tres últimas horas de la crucifixión.

Veámoslo detenidamente. Jesús fue crucificado a la hora tercera, es decir a las 9 de la mañana. Si se mira con detenimiento el relato de la crucifixión que nos suministran los evangelios, se verá que en las tres primeras horas fue sometido al juicio de los

hombres, pero cuando llegó el medio día, es decir la hora sexta, la situación tuvo un cambio radical "***Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lama sabactani? Esto es: Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?***" Mateo 27.45-46.

Desde esa hora, la hora sexta, la tierra se llenó de tinieblas, porque Dios había puesto en Jesús el pecado, como dice 2 Corintios 5.21 por nosotros lo hizo pecado, y estaba juzgando en Él al pecado y al juzgarlo lo estaba aniquilando, como dice Romanos 8.3: "***en cuanto al pecado, condenó al pecado en la carne***".

El asunto es tan serio que Jesús como hombre, en ese momento fue abandonado por el Padre. No quiere decir esto que Dios se haya separado de Jesús, porque Él es Dios eternamente, pero en la carne de Jesús, en ese momento había sido puesto el pecado para ser juzgado y Dios no puede tener ninguna relación con el pecado; por eso Él, cuando estaba muy cerca la hora novena, exclamó: "***Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?***", e inmediatamente después dijo: "***Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró***" Lucas 23.46.

Al morir Jesús, el pecado murió con Él, para nunca más tener poder sobre los creyentes, los que amamos al Señor, y cumplió así lo que dice Hebreos 2.14-15: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud***".

La ley del Espíritu de vida

Jesús no permaneció en la muerte, sino que al tercer día resucitó y una vez resucitado, la noche de ese mismo día, vino a los Suyos y se metió en el espíritu de ellos como el Espíritu Santo, el Espíritu vivificador, y nos dio una nueva ley: la ley del Espíritu de vida: "***Porque la ley del Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte***" Romanos 8.2.

Esta ley, la ley del Espíritu de vida que es nueva, en la que cumplió Cristo Jesús hasta las jotas y las tildes de la ley de Dios, ahora está en mi espíritu, anulando la ley del pecado y de la muerte y librándome de ella y liberándome de toda condenación. Por eso el Espíritu Santo, por medio de Pablo exclama: "A***hora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús***"

Romanos 8.1.

Los hijos de Dios podemos proclamar con plena certeza que no hay para nosotros ninguna condenación, porque estamos en Cristo y Él nos libró, mediante Su muerte y resurrección, de la ley del pecado y de la muerte y de toda condenación. Después de Su resurrección puso en nuestro espíritu la ley del Espíritu de vida.

Hasta aquí, todo lo dicho es una enseñanza preciosa y elevada, pero ¿cómo hacerla realidad en nuestro vivir? Andando en el Espíritu y no conforme a la carne: "***para que el justo requisito de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu***" Romanos 8.4. ¿Y cómo podemos andar en el Espíritu y no en la carne?

Los dos versículos siguientes, son la clave más poderosa para tener una vida cristiana exitosa de andar en el espíritu. Querido lector, pon todo tu ser, espíritu, alma y cuerpo en ellos, y procura vivirlos cada día; así comprobarás que es todo lo que el Señor demanda de nosotros: "***Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del espíritu, [piensan] en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz***" Romanos 8.5-6.

¿Ves lo sencillo que es? Todo es un asunto de dónde está puesta tu mente, qué estás pensando. Si piensas en las cosas de la carne, eres carnal y estás lleno de muerte, pero si piensas en las cosas del espíritu, eres espiritual y agradas a Dios, y la ley del pecado y de la muerte no tiene ningún poder sobre ti. Todo el asunto está en pensar y el pensamiento se da en la mente, que es la parte más poderosa del alma humana.

Si eres un creyente que a diario lees la Biblia, meditas en ella, piensas en el Señor, en esa persona preciosa, sublime y maravillosa; si dedicas tiempo a pensar en Él, en Su plan, en Su amor, en Su misericordia, sin duda, eres un creyente espiritual, que andas en el espíritu y de ninguna manera satisfarás los deseos de la carne: "***Digo, pues: Andad por el Espíritu, y así jamás satisfaréis los deseos de la carne***" Gálatas 5.16.

Entiéndase que la carne no se refiere solamente a las cosas pecaminosas y malas, sino que en la carne también hay cosas muy buenas y óptimas. No se olvide que la carne es el resultado de la mezcla de la naturaleza humana con el árbol de la ciencia del bien y del mal, y ese árbol es la naturaleza satánica, y que en él no solo hay mal, sino que hay bien.

En palabras bien sencillas, todo aquello que no proviene de Dios, que no se origina en el Señor mismo, sea bueno o sea

malo, es la carne y si pensamos en ella, nos llenamos de muerte y no podemos agradar a Dios: "***Por cuanto la mente puesta en la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que están en la carne no pueden agradar a Dios***" Romanos 8.7-8.

El Señor es bien sencillo y aquí nos muestra un camino igualmente sencillo para permanecer en el Espíritu y cumplir así la ley de Dios y agradarlo: poner la mente en el Espíritu, pensar en las cosas del Espíritu, andar cada momento de nuestra vida en el espíritu. Hacerlo depende de nuestra decisión.

Hasta aquí hemos tenido claridad de las palabras del Señor cuando afirmó que Él ha venido no para abrogar la ley o los profetas sino para cumplirlos.

Volvamos a Mateo 5, avancemos un poco. La ley, pues, no puede ser anulada, sino cumplida. Pero hemos visto que no podemos cumplirla por nosotros mismos, sino que debemos cumplirla por medio del Espíritu de vida que está mezclado con nuestro espíritu, y además de cumplirla, de hacerla, debemos enseñarla a otros: "***Por tanto, cualquiera que anule uno de estos mandamientos aunque sea uno de los más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; mas cualquiera que los practique y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos***" Mateo 5.19.

Ahora bien, debemos tener claridad en el sentido de que la ley tiene dos grandes ramas: la ley moral y la ley ritual. La ley moral fue escrita por el dedo de Dios en dos tablas de piedra, en las dos ocasiones que Moisés subió al Monte Sinaí a encontrarse con Dios. De los diez mandamientos que el Señor escribió allí, nueve pertenecen al aspecto moral y uno es ritual. La ley ritual, expresada en decretos, estatutos y ordenanzas, fue dada al pueblo por medio de Moisés, cuando en muchas ocasiones Dios le habló desde el propiciatorio que estaba en el Lugar Santísimo del Tabernáculo.

Veamos entonces los diez mandamientos que el Señor escribió en las dos tablas de piedra y observemos cómo podemos llegar a su pleno cumplimiento: "***No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia***

a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos. No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano. Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó. Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da. No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No hablarás contra tu prójimo falso testimonio. No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo" Éxodo 20.3-17.

Aquí están los diez mandamientos que el Señor nos dio, de los cuales, como ya se ha dicho, nueve conforman lo que llamamos la ley moral de Dios, y uno, el cuarto, pertenece a la ley ritual, que como hemos afirmado, por un lado, fue cumplida en su totalidad por el Señor y por otro lado, todos sus ritos son tipos de Cristo que hoy disfrutamos en Él, cuando en nuestro espíritu tenemos comunión y disfrutamos Sus riquezas.

Por ejemplo, las cinco clases de ofrendas, holocausto, ofrenda pacífica, ofrenda de oblación, ofrenda por el pecado y ofrenda por los pecados, descritas en Levítico, hablan de Cristo como nuestro sustituto, presentándose al Padre como cada una de esas ofrendas para agradarlo, y para resolver el problema del pecado que estaba en nosotros y de los pecados que habíamos cometido, debido a esa naturaleza pecaminosa que satanás había inoculado en nosotros.

En otras palabras, nosotros los creyentes del Nuevo Testamento, ya no presentamos como ofrendas bueyes, machos cabríos, cabras, corderos, ovejas, carneros, tórtolas, palominos o flor de harina, porque todos esos sacrificios fueron presentados a Dios en el cuerpo de Jesús, y Dios se satisfizo completamente con ellos: "***Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y***

expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" Hebreos 10.5-10.

Sin mayor dilación, podemos concluir entonces que toda la ley ritual fue cumplida por Cristo, y siempre que nos acercamos a Dios, por medio de Cristo, estamos cumpliendo hasta las tildes y las jotas de la ley y Dios se agrada en nosotros. Por eso Romanos 12.1, no nos pide que hagamos sacrificios para agradar a Dios, de acuerdo con el Antiguo Testamento, sino que "***presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio racional***".

Capítulo 15

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y LA LEY (2)

La Ley moral (1)

En cuanto la ley moral, conformada por nueve de los diez mandamientos, antes de considerar su cumplimiento, veamos algunos detalles que necesitamos conocer cabalmente. El primer mandamiento hace referencia a que nada ni nadie debe remplazar a Dios. Él es único y Sus hijos no podemos ni debemos tener a nada ni a nadie que lo reemplace.

Todo lo contrario, es lo que le ocurre a la iglesia en la etapa de la degradación de Éfeso, donde los hermanos dejaron al Señor como el primer amor, como el centro de su vivir y fueron tras su propias obras. Como consecuencia, perdieron la luz, cayeron en tinieblas y perdieron el disfrute de Dios como el árbol de la vida. Dejaron al Señor como el Único Dios y sirvieron a dioses ajenos[1].

El segundo mandamiento, tiene que ver con la idolatría, la prohibición terminante del Señor de hacer imagen o semejanza de nada de lo que hay en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas, ni debajo de la tierra, y de inclinarse delante de ellas para honrarlas.

No se necesita ser teólogo ni tener grandes estudios para ver y entender que precisamente esto es lo realizado por el corrupto y satánico catolicismo. Toda su labor religiosa está llena de ídolos y su adoración a vírgenes y a santos, no es más que una adoración a satanás, a los ángeles caídos y a los demonios. Es tanta la corrupción de esa ramera, que de su doctrina [sus catecismos] eliminaron el segundo mandamiento. Para completar los diez, dividieron el décimo en dos y así mantuvieron los diez. ¡Qué tal esa obra perversa!

El tercer mandamiento tiene que ver con los juramentos y aquí podemos ver que el Señor no solo demanda Su cumplimiento, sino que además lo elevó: "***Además, habéis oído que fue dicho a los antiguos: "No quebrantarás tus juramentos, sino que cumplirás al Señor tus juramentos". Pero Yo os digo: No juréis de ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de Sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey, ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro ni un solo cabello. Sea, pues, vuestra palabra: Sí, sí; no, no; porque lo que va más allá de esto, procede del maligno***" Mateo 5.33-37.

En la ley mosaica se debía jurar y si había juramento interpuesto sobre alguna promesa a Dios o a los hombres, era imperativo cumplir el juramento, pero en el nuevo pacto, el Señor Jesús elevó este mandamiento, y erradicó de la vida del creyente toda clase de

1. Más revelación sobre el tema puedes obtenerla en el libro La Degradación de la Iglesia del mismo editor y publicado en la página: wwwlas-primicias.com.

juramento, y no se debe jurar poniendo al Señor como Testigo, ni al cielo, ni a la tierra, ni a nuestra cabeza.

Nuestro hablar debe ser sencillo: sí y no. Cuando vamos más allá, nos hacemos uno con el maligno, satanás.

Cuando el Señor Jesús nos enseñó a orar, nos dijo que en nuestra oración debemos santificar el nombre del Padre, que es la persona de Dios; y jurar, así pudiésemos cumplir los juramentos, es deshonrar el nombre del Señor. Un creyente genuino no tiene juramentos en su boca.

El cuarto mandamiento habla de guardar el día de reposo, y éste es un mandamiento que produce mucha controversia entre distintos grupos de cristianos, porque unos aseguran que si se guarda la ley, es necesario guardar el sábado y quienes defienden esta posición, guardan ese día a la manera como lo hacían los fariseos en los tiempos en que el Señor Jesús vino a la tierra.

Para poder discernir cuál es el deseo del Señor con respecto a este mandamiento, es necesario considerar algunos puntos al respecto:

1. El día de reposo no fue dado para que el hombre sea un esclavo de él, como pretendían los religiosos fariseos y algunos grupos cristianos religiosos contemporáneos, sino que es un tipo del amor de Dios para con Su criatura más importante, el hombre. Como bien sabemos, el hombre fue creado al final del sexto día, y el séptimo día, el primer día de existencia del hombre en la tierra fue de reposo: "***Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación***" Génesis 2.1-3.

El hombre fue creado para vivir en el reposo de Dios, y esto no quiere decir que el hombre deba tener una vida de ocio, de no hacer nada, porque antes de la caída, Dios puso al hombre en el huerto de Edén con el fin de que lo labrara y lo guardara: "***Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase***" Génesis 2.15.

Labrar implica que el hombre debía hacer una labor en el Huerto, trabajar en él, pero sin la angustia de buscar el sustento diario, como ocurre después de la caída, porque aun antes de que Dios pusiera al hombre en Edén para labrarlo, el Señor había previsto el sustento de Su criatura: "***Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer***" Génesis 2.9.

Después de la caída, el hombre, debido al rechazo que Dios profirió sobre él a causa de haber comido del árbol de la ciencia del bien y del mal, el hombre lucha y suda incesantemente para labrar la tierra y obtener de ella su sustento: "***Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás***" Génesis 3.17-19.

El trabajo, en lugar de ser un placer como era en Edén, ahora se convirtió en una pesada carga, muy difícil de soportar.

No obstante, el Señor pretende que el hombre repose de su ardua lucha diaria, y le dio un día en la semana para que hiciera dos cosas: la primera que descansara y la segunda que se acordara de Su Creador y tuviera comunión con Él, reconociendo que Él es quien lo sustenta y le provee todas las cosas.

Cuando el Señor sacó a Israel de debajo de la esclavitud de Faraón en Egipto, en la ley ritual ordenó que cada día se le ofreciera como holocausto dos corderos sin tacha de un año, uno en la mañana y otro en la tarde y con cada uno de ellos "***la décima parte de un efa de flor de harina, amasada con un cuarto de un hin de aceite de olivas machacadas***" Números 28.5. Además, debía añadirse a esta ofrenda como libación, un cuarto de hin de vino superior. Esta era la ofenda diaria.

El día de reposo debía añadirse a la ofrenda diaria, dos corderos de un año sin defecto y dos décimas de efa de flor de harina. Como bien sabemos, todos estos productos son tipos de Cristo, como el Cordero sin mancha y sin contaminación: "***sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros***" 1 Pedro 1.19-20.

Cristo fue ofrecido a Dios en remplazo nuestro, como ofrenda capaz de quitar el pecado del mundo. Igualmente, la flor de harina es harina de trigo molida una y otra vez, hasta que llega a ser muy fina, tipificando a Cristo como el grano de trigo que cayó en tierra, murió, fue molido, amasado, sazonado, asado en horno, para producir junto con nosotros, un delicioso pan, que es el deleite de Dios y de nosotros los creyentes: "***De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere,***

queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" Juan 12.24.

El vino, que es producto de la uva, tiene como función alegrar nuestra alma, y es el fruto que agrada al Padre: "***El hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre, sacando el pan de la tierra, y el vino que alegra el corazón del hombre, el aceite que hace brillar el rostro, y el pan que sustenta la vida del hombre***" Salmo 104.14-15.

Sin embargo, en la ofrenda diaria y del sábado el vino no lo tomaba el oferente, sino que se derramaba sobre el holocausto, para que fuera avivado el fuego del holocausto, intensificando su grato olor, y el olor que Dios aspiraba era aún más delicioso. Esta es una demostración de que todo nuestro placer está en agradar a Dios en nuestro diario vivir.

Hablando más acerca del vino, como producto de la cosecha de la vid, en Juan 15, el Señor dice que Jesús es la vid verdadera, que nosotros somos Sus pámpanos [ramas] y que hemos sido puestos en Él para estar unidos a la vid y producir frutos que agraden al Padre, que es quien labora: "***Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto… Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto***" vs. 1-2, 5.

Además de la ofrenda diaria y del día de reposo, estaban las ofrendas del comienzo del mes y las ofrendas de las tres fiestas principales que Dios les había ordenado guardar a los israelitas, que el lector puede disfrutar en los capítulos 28 y 29 del libro de Números.

2. El pueblo de Israel, con el tiempo, convirtió el día de reposo y los sacrificios en tradiciones aborrecibles para el Señor, según lo dicho en Isaías "***¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras***

manos" Isaías 1.11-15.

Aquello que Dios mismo había establecido como un medio de comunión, de gozo y alegría mutua entre Él y Su pueblo, como una fuente de deleite mutuo, el pueblo lo convirtió en un rito religioso que se volvió detestable e insoportable delante de Él, del cual se hastió totalmente.

3. Cuando Jesús anduvo en la tierra en carne, como Dios—Hombre, en medio de Su pueblo, se habían levantado dos sectas principales—saduceos y fariseos—, que habían convertido el día de reposo en un rito religioso lleno de mandatos extraños, tales como que el sábado no se podía escupir, no se debía caminar más de un kilómetro, no se podía sacar un animal que hubiese caído en un hoyo y un sin número de mandamientos que se convirtieron en una pesada carga para el pueblo de Israel.

Veamos la actitud que el Señor Jesús tomó al respecto. Los judíos, representados en sus dos sectas más importantes, llenos de envidia con el Señor, estaban atentos buscando encontrar algún asunto en el que quebrantara la ley, especialmente el mandamiento relacionado con el sábado, para acusarlo ante los gobernantes.

En el capítulo 12 de Mateo se narra que un sábado iba Jesús por una labranza de trigo y los discípulos tenían hambre y tomaron espigas y las comieron, lo que según la ley no era lícito hacer. Leamos la respuesta del Señor: "***¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; cómo entró en la casa de Dios, y comieron los panes de la presencia, que no les era lícito comer ni a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley que en los sábados los sacerdotes en el templo profanan el sábado, y son sin culpa? Pues os digo que hay aquí algo mayor que el templo. Y si supieseis qué significa: "Misericordia quiero, y no sacrificio", no condenaríais a los que no tienen culpa; porque el Hijo del Hombre es Señor del sábado***" vs. 3-8. Aun la respuesta registrada en Marcos es magnífica: "***También les dijo: El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del sábado***" 2.27-28.

En ese mismo capítulo se narra la historia de un hombre que tenía una mano seca. Los judíos para buscar de qué acusarlo, le preguntaron si era lícito sanar en sábado. Él les respondió: "***¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cae en un hoyo en sábado, no le echa mano, y la levanta? Pues ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Por consiguiente, es lícito hacer el bien en sábado***" vs. 11-12. Inmediatamente le orde-

nó al hombre que extendiera la mano y Él la sanó, de tal manera que se hizo igual a la mano que estaba sana. Era tanto el odio de los fariseos hacia Jesús, que inmediatamente empezaron a maquinar un complot para matarlo.

Otro relato muy ilustrativo acerca del sábado lo encontramos en Lucas 13.10-17: "***Enseñaba Jesús en una de las sinagogas en sábado; y he aquí, había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos; y ella se enderezó al instante, y se puso a glorificar a Dios. Pero el principal de la sinagoga, indignado porque Jesús hubiese sanado en sábado, dijo a la multitud: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en el día de sábado. Entonces el Señor le respondió y dijo: ¡Hipócritas! ¿No desata cada uno de vosotros en sábado su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de sábado? Al decir estas cosas, se avergonzaban todos los que se le oponían; pero toda la multitud se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por El" y "Aconteció un sábado, que habiendo entrado para comer pan en casa de uno de los gobernantes de entre los fariseos, éstos le acechaban. Y he aquí estaba delante de Él un hombre hidrópico. Entonces Jesús habló a los intérpretes de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito sanar en sábado o no? Mas ellos callaron. Y El, tomándole, le sanó, y le despidió. Y a ellos les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de sábado? Y no le podían replicar a estas cosas***" Luca 14.1-5.

El capítulo 5 de Juan narra el acontecimiento de un paralítico que el Señor sanó en Betesda, un sábado. Por haber sanado a aquel hombre enfermo, los judíos procuraban matar al Señor. Igualmente, en el capítulo 9 encontramos la sanidad que el Señor produjo en un ciego de nacimiento, también un sábado, hecho que despertó envidia y odio en los fariseos y saduceos, y con más empeño buscaban algún medio para asesinarlo.

La lectura cuidadosa de estos pasajes nos lleva a las siguientes conclusiones: ***Primera***. El Señor no elevó el mandamiento de guardar el sábado, sino que lo ubicó en la dimensión que Dios le había dado cuando lo estableció.

Segunda. Los religiosos, acostumbran a tomar algunos de los mandamientos del Señor,

y por su falta de revelación y de visión, lo tuercen, imponen sobre los demás unas cargas muy pesadas y se oponen a Dios, acusándolo de falso, de tener demonio, y de tantas cosas con las que acusaron y difamaron al Señor Jesús, quien es Dios bendito por los siglos.

Tercero. Hacer de la palabra de Dios una doctrina, según el parecer de una persona, y no según la revelación y la visión que el Señor otorga a quienes la buscan y a quien Él quiere darlas, se convierte en una fuente de división y de odio, aun entre los mismos hermanos, tal como ocurre en el cristianismo contemporáneo.

Como es bien sabido, dentro del cristianismo de hoy hay un grupo que tiene su eje en torno a guardar el sábado, y también ordena a sus feligreses abstenerse de ciertos alimentos cárnicos, contradiciendo abiertamente la palabra del señor. Este grupo es otra de las miles de divisiones que hoy tienen postrado al cristianismo y lejos de cumplir la voluntad del Señor y de agradarlo.

Cuarto. Debemos tener claridad de que la Biblia contiene el hablar de Dios, para lo cual Él utilizó a algunos hombres según Su voluntad, y que las palabras y obras del Señor Jesús, no solo están registradas en los cuatro evangelios, sino que después de que el Señor Jesús ascendió, fue entronizado y entró en Su gloria, sigue hablando y obrando. Ahora no lo hace solo, sino que lo hace mezclado con Sus discípulos, y eso hizo con los escritores del Nuevo Testamento y lo sigue haciendo con aquellos que hoy lo buscan con un corazón puro.

Por esto es necesario que atendamos a lo que dice el Nuevo Testamento con respecto a guardar o no un día específico: "***Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, lo hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos***" Romanos 14.5-7.

Guardar el sábado no puede ser causa de división y de discordia entre los hijos de Dios. La vida de un creyente genuino no puede girar en torno a guardar o no el sábado, ni en torno a ninguna doctrina particular por bíblica que aparente ser, sino que nuestra vida debe girar en torno a la persona de nuestro Señor y a la revelación y la visión que Él nos da, y a la práctica diaria de

esa revelación y visión.

Quinto. Para concluir el asunto del sábado, el día de reposo, debemos considerar con profundidad lo que el Señor nos habla al respecto en Hebreos 3.7—4.16. Aquí encontramos el verdadero significado que Dios quiere darle al sábado, el día de reposo: "***Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: "Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la prueba en el desierto, donde vuestros padres me pusieron a prueba, y vieron Mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan extraviados en su corazón, y no han conocido Mis caminos. Como juré en Mi ira: ¡No entrarán en Mi reposo!" Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad que lo haga apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: "Hoy"; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado (Porque hemos llegado a ser compañeros de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza inicial) entre tanto que se dice: "Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación". ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿Acaso no fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo Él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en Su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. Temamos, pues, no sea que, permaneciendo aún la promesa de entrar en Su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Pues, también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva lo mismo que a ellos; pero no les aprovechó la palabra oída, por no ir mezclada con la fe en los que la oyeron. Porque los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que Él dijo: "Como juré en Mi ira, ¡No entrarán en Mi reposo!" aunque Su obra creadora fue acabada desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: "Y reposó Dios de todas Sus obras en el séptimo día". Y otra vez aquí: "¡No entrarán en Mi reposo!" Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia, otra vez el Espíritu Santo determina un día: hoy, diciendo después de tanto tiempo, en David, como dijo antes: "Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones". Porque si Josué les hubiera introducido en el reposo, el Espí-***

ritu no habría hablado después de otro día. Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en Su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las Suyas. Procuremos, pues, con diligencia entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en Su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y expuestas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta. Por tanto, teniendo un gran Sumo Sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos la confesión. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro".

El verdadero significado del día de reposo

El verdadero significado que el Señor le dio al día de reposo es el de una plena confianza en Él, entrar en Él para descansar. Cuando Dios sacó al pueblo de Israel de la esclavitud en que estaba en Egipto, bajo la mano de Faraón, anhelaba que Su pueblo confiara totalmente en Él. Inicialmente lo llevó al desierto de Sinaí y allí lo mantuvo durante dos años, mientras hizo todos los arreglos para hacer una travesía de once jornadas y después de ellas introducirlos en la buena tierra que Él había prometido a sus padres.

Mientras esperaban en ese lugar, Dios llamó a Moisés a la cumbre del monte Sinaí y allí le dio los mandamientos que Él escribió con Su dedo en dos tablas. Mientras Moisés estaba en el monte, teniendo comunión cara a cara con Dios, el pueblo se corrompió y le exigió a Aarón que le hiciera un ídolo, un becerro de oro que ellos proclamaron como el dios que los había sacado de Egipto.

Al Señor le dolió tanto en Su corazón la actitud del pueblo, que decidió destruirlos y hacer de Moisés una nación, con la esperanza de que lo obedecerían. Sin embargo, el corazón de Moisés amaba tanto al Señor que oró así: "***Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra?***

Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepiéntete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre. Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo" Éxodo 32.11-14.

Moisés no era un hombre codicioso de gloria como son hoy todos los líderes del cristianismo, sino que estaba preocupado por la gloria del Señor. La oración de Moisés es tan contundente y efectiva, que estuvo dentro de la voluntad de Dios a tal punto que Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo.

En el transcurso de los dos años que el pueblo permaneció en el desierto de Sinaí, prepararon el tabernáculo, hicieron un censo de todos los que tenían veinte años arriba, establecieron el orden de ubicación de todas las tribus alrededor del tabernáculo y así mismo el orden para marchar, y estaba todo listo para ejecutar las once jornadas que los pondría a la entrada de la buena tierra. Todo esto lo hicieron bajo la guía y ordenamiento establecido por el Señor.

Una vez que realizaron las once jornadas y llegaron a Cades Barnea que está a la entrada de la tierra de Canaán, el pueblo le pidió a Moisés que les enviara espías para reconocer la tierra. Moisés lo consultó con Dios, Él se lo permitió, y fueron enviados doce espías a reconocer la tierra, uno por cada una de las tribus de Israel. Entre los enviados estaban Josué y Caleb.

Esos doce recorrieron la tierra durante cuarenta días, al final de los cuales regresaron al pueblo y reportaron lo que habían visto.

Diez de los espías dieron el siguiente reporte: "***Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; y este es el fruto de ella. Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac. Amalec habita el Neguev, y el heteo, el jebuseo y el amorreo habitan en el monte, y el cananeo habita junto al mar, y a la ribera del Jordán… No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. Y hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura. También vimos allí gigan-***

tes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos" Números 13.27-29, 31-33.

Estos diez espías vieron tantos impedimentos para entrar en la tierra que desanimaron al pueblo: "***Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto***" Números 14.1-4.

Bien distinta fue la actitud de Caleb y Josué, frente a lo que habían visto. El primero de ellos dijo: "***Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos***" 13.20, y Josué y Caleb, tratando de evitar la rebelión del pueblo exclamaron: "***La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis***" Números 14.7-9.

A pesar de la exhortación, el pueblo se obstinó en su rebeldía, y Dios tuvo que sentenciarlos a vagar por el desierto durante treinta y ocho años, hasta completar cuarenta, durante los cuales murieron todos aquellos que habían sido censados y que tenían más de veinte años, a excepción de Josué y Caleb que se mantuvieron fieles al Señor.

A esto hace referencia Hebreos 3.7-11: "***Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: "Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la prueba en el desierto, donde vuestros padres me pusieron a prueba, y vieron Mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan extraviados en su corazón, y no han conocido Mis caminos. Como juré en Mi ira: ¡No entrarán en Mi reposo!"***".

¿Por qué el pueblo de Israel actuó de esa manera? Porque tenían un corazón de incredulidad, no creían lo que el Señor decía, no creían que Él tenía poder para cumplirles lo que les había prometido; esta actitud disgustó profundamente

al Señor.

Por esta razón, hay una advertencia para nosotros: "***Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad que lo haga apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: "Hoy"; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado (Porque hemos llegado a ser compañeros de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza inicial) entre tanto que se dice: "Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación"***" Hebreos 3.12-15.

El pecado—la naturaleza de satanás— está al acecho, y si le damos cabida nos engañará, endurecerá nuestro corazón llenándolo de incredulidad y nos apartará del Dios vivo.

Para evitarlo, debemos alentarnos unos a otros (exhortar es dar aliento) todos los días. Eso preservará nuestro corazón para que no se endurezca, ni se llene de incredulidad.

Nosotros como los israelitas, hemos sido sacados de la esclavitud de Egipto (el mundo), de debajo de la mano de Faraón (satanás), pero corremos el peligro de quedar postrados en el desierto, si no nos mantenemos fieles al Señor hasta el fin de nuestros días o hasta Su venida: "***¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿Acaso no fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo El disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en Su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad***". Hebreos 3.16-19.

En el capítulo 4 de Hebreos el Señor continúa amonestándonos al anunciarnos que aún permanece la promesa de entrar en Su reposo, pero que algunos pueden no alcanzarla por falta de fe, es decir, pueden quedar fuera de la promesa del reposo por causa de incredulidad, y así como la mayoría de los israelitas no entraron en Su reposo por causa de desobediencia, lo mismo les ocurre a los creyentes del Nuevo Testamento; no logran entrar en el reposo del Señor porque no han aprendido a obedecerle.

El Señor insiste que aún queda un reposo sabático para el pueblo de Dios: "***Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios***" (4.9). El versículo siguiente, el 10, nos da la gran clave para entrar en el reposo de Dios. Por eso, es necesario que lo leamos una y otra vez con oración y le roguemos al Señor que nos dé revelación, visión y realidad de esa palabra: "***Porque el que***

ha entrado en Su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las Suyas".

Entrar en el reposo del Señor y agradarlo no es nada diferente a dejar de hacer obras para Dios, como hace el cristianismo contemporáneo, y permitirle que Él haga Sus obras en nosotros y a través de nosotros: "***Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***" Efesios 2.10.

Los millones de facciones en que está dividido el cristianismo, viven haciendo muchas obras para el Señor, y Él está hastiado de ellas; Él no necesita nada de nosotros, sino que, por el contrario, Él se complace en hacer Sus obras a través de nosotros y en nosotros.

Por un lado, el Señor reposó de Sus obras después de que en el sexto día creó al hombre y vio que todo lo que había hecho era bueno en gran manera: "***Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto. Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación***" Génesis 1.31—2.3.

El hecho de que Dios haya reposado, no quiere decir que estuviese cansado, sino que estaba satisfecho de todo lo que había creado, inclusive al hombre, porque éste es una criatura con la cual puede tener comunión y vivir con Él por la eternidad.

De otro lado, el Señor Jesús dice: "***Mi Padre hasta ahora trabaja, y Yo también trabajo. Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de sábado, sino que también llamaba a Dios Su propio Padre, haciéndose igual a Dios***" Juan 5.17-18.

Debido a la caída del hombre, Dios Padre Hijo y Espíritu, hoy trabaja, para restaurar la condición del hombre y llevarlo a cumplir Su propósito eterno.

Sin embargo, este trabajo, esta labor es exclusiva de Él, y los hijos de Dios debemos entrar en Su reposo, permitiendo que Él haga Sus obras, siendo Sus colaboradores en Su "*empresa*".

En los versículos 11-16 de Hebreos 4, el Señor nos presenta cuatro caminos para entrar en Su reposo:

1. Poner toda diligencia para procurar entrar en el reposo: "***Procuremos, pues, con diligencia entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobe-***

diencia" v. 11. Tratar de hacer cualquier obra para el Señor en lugar de presentarnos cada día como vasos para que Él nos llene y haga Sus obras en nosotros, es caer en el mismo ejemplo de desobediencia en el que cayeron los israelitas cuando iban por el desierto rumbo a la buena tierra. Es necesario dejar de hacer obras para el Señor y permitirle que Él haga Su trabajo. ¡No lo impidamos más!

2. Llenarnos cada día de la palabra del Señor: "***Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en Su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y expuestas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta***" vs. 12-13.

Cuando Dios nos habla Su palabra, ésta tiene la capacidad de penetrar todo nuestro ser, discernir lo que hay en él, hacer separación entre nuestra alma y espíritu, porque fácilmente servimos al Señor en nuestra alma, creyendo que lo hacemos en el espíritu, y no debemos olvidar que todo aquello que hagamos desde nuestra alma, sin hacer uso de nuestro espíritu humano, es abominable para Dios, porque como hemos visto, satanás pretende usar nuestra alma para engañarnos y para estorbar el avance del plan de Dios.

La palabra que Dios nos habla cada día, si lo buscamos en nuestro espíritu, tiene la facultad de hacer separación entre estas dos partes de nuestro ser, y adecuar nuestro vivir en el Señor. La palabra hablada por el Señor expone nuestra condición, nos lleva al arrepentimiento y a reposar de nuestras obras e intenciones.

De otro lado, la palabra de Dios fluyendo en nosotros tiene la capacidad de limpiarnos de todo aquello que no pertenece al Señor y es capaz de llenarnos de Su naturaleza, hasta que Él sature plenamente nuestro ser: "***purificándola por él lavamiento del agua en la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto***" Efesios 5.26-27. En la medida que disfrutamos la palabra del Señor y permitimos que ella fluya por nuestro ser, todas las cosas viejas y extrañas—arrugas y manchas— van siendo expulsadas de nuestro ser y a cambio, se van añadiendo la naturaleza y la vida divina del Señor, hasta que llegamos a Su estatura.

3. Disfrutar a Jesús como nuestro sumo sacerdote: "***Por tanto, teniendo un gran Sumo Sacerdote que traspasó los cie-***

los, Jesús el Hijo de Dios, retengamos la confesión. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado" vs. 14-15.

Toda la obra de nuestra redención fue realizada exclusivamente por el Señor Jesús el Hijo de Dios, y como esa obra fue agradable a Dios, Él fue designado por Dios como Sumo Sacerdote según un orden distinto al de los sacerdotes terrenales; fue designado Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

En Su condición de Sumo Sacerdote penetró los cielos, se sentó en el trono de Dios, y está allí para compadecerse de nuestras debilidades, ya que sufrió las mismas tentaciones que nosotros podemos sufrir; solamente que en Él no se halló pecado.

Toda Su obra de redención, que comprende la encarnación, el vivir humano, la muerte en la cruz, la resurrección, la ascensión, la entronización, la glorificación y el descenso como el Espíritu de poder, hoy están disponibles para nuestro disfrute, porque el Señor Jesús es el Sumo Sacerdote que padece con nosotros, a causa de nuestras debilidades.

4. Acercarnos al trono de la gracia. "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***" v. 16. Dios está en Su trono y ese trono es un trono de gobierno, de juicio y también de gracia. Hoy podemos acercarnos con toda confianza y en plena certidumbre de fe, usando nuestro espíritu humano.

Cuando nos acercamos a ese trono, tenemos un suplir abundante de gracia, que como ya hemos visto, es todo aquello que Dios es esencialmente, todo aquello que Dios tiene y todo lo que Dios logró mediante el proceso de redención para nosotros. Si nos acercamos a Él somos suplidos de todas esas riquezas maravillosas, llenos de Su gracia y favorecidos con Su misericordia. De esta manera, nada nos faltará, porque seremos socorridos oportunamente.

Todo esto tiene que ver con el sábado, el día de reposo, por el cual había muchas disputas por parte de los religiosos, en los tiempos en que el Señor Jesús anduvo en carne en la tierra. Hoy aún existen esas disputas, por parte de algunos grupos del cristianismo.

Esperamos en el Señor que con estas palabras se rompan todos esos paradigmas religiosos, y podamos seguir al Cordero por donde quiera que va, agradar al Señor en nuestro vivir y entrar en Su reposo.

Capítulo 16

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y LA LEY (3)

La Ley moral (2)

De esta manera llegamos al quinto mandamiento que dice: "***Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da***" Éxodo 20.12.

Los primeros cuatro mandamientos establecen una relación exclusivamente entre Dios y los hombres, mientras que el quinto se refiere a una relación tripartita: Dios, el creyente y los padres del creyente.

Para quienes hemos recibido al Señor Jesús, Dios es nuestro Padre en una relación dupla: ***en primer lugar***, Dios es nuestro Padre, porque es nuestro origen, nuestro Creador. Cuando nacimos de nuestro padre y nuestra madre, éramos criaturas de Él, pero teníamos algún nexo de paternidad con Él, porque a pesar del pecado, Dios es nuestro origen; y, en segundo lugar, cuando ocurrió el hecho maravilloso mediante el cual recibimos al Señor Jesús, nos convertimos en Sus hijos legítimos, no adoptados, sino filiados, es decir, fuimos engendrados por Él, recibimos Su naturaleza divina y nos convertimos en Sus hijos legítimos, en los herederos de todas Sus riquezas y a la vez nos hicimos Su herencia: "***A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios… por medio de las cuales Él nos ha concedido preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia***" Juan 1.11-13; 2 Pedro 1.4.

Todo creyente genuino es un hijo legítimo de Dios, y como hijo, honra a Su Padre en todos los ámbitos de su vida, y lógicamente un creyente que honra a Dios como Su Padre, honrará igualmente a sus padres mediante los cuales fue traído a la vida en esta tierra, y esa honra tiene sus consecuencias lógicas: "***Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre", que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra"***" Efesios 6.1-3.

Honrar a padre y madre, al igual que los demás mandamientos de la ley, no requiere un esfuerzo de la carne del creyente para cumplirlo, sino que él debe permitir que la ley del espíritu de vida (la que vimos unas páginas atrás), sea quien cumpla en él ese mandamiento; en otras palabras, en la medida que disfrutamos la gracia del Señor en Su trono, gra-

cia que está conformada por todas Sus riquezas (también ya vista con mucha amplitud), honrar a Padre y madre, de acuerdo con la voluntad del Señor, será un hecho espontáneo y su consecuencia será que honramos al Señor.

Sin embargo, honrar a padre y madre, jamás puede estar por encima de nuestro amor por el Señor. Nunca podemos sustituir el primer amor por nuestro Señor por la honra de nuestros padres, porque de hacerlo nos hacemos indignos del Señor: "***El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí; el que ama a hijo o hija más que a Mí, no es digno de Mí***" Mateo 10.37.

Debemos buscar luz para tener una vida de prioridades. Nuestra prioridad número uno debe ser el Señor. Nuestro primer amor debe ser Él, por encima de las personas y las cosas. Si amamos a alguien o algo más que al Señor, nos volvemos indignos de Él.

Cabe recordar que vivir una vida que agrade al Señor no consiste en que nosotros hagamos grandes esfuerzos para lograrlo, porque nada de lo que hagamos para el Señor que se origine en nosotros mismos, es agradable a Él, sino que por el contrario le es abominable. Solamente aquello que permitimos que Él haga en nosotros le agrada.

Cumplir la ley no es asunto de esfuerzos humanos, porque nadie puede cumplirla, en cambio Él sí la cumplió en su totalidad, y hoy vive en nosotros como la ley del Espíritu de vida para cumplir Su ley.

Los últimos cinco mandamientos tienen que ver con nuestra relación con el hombre, con el prójimo, y fueron elevados por el Señor Jesús. Si antes ningún hombre pudo cumplirlos, ahora son más elevados, y no hay ninguna capacidad humana que pueda cumplirlos.

Necesitamos acudir a la ley del Espíritu de vida, para alcanzar el patrón elevado que el Señor puso en ellos: "***Por tanto, cualquiera que anule uno de estos mandamientos, aunque sea uno de los más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; mas cualquiera que los practique y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos***" Mateo 5.19-20.

El sexto mandamiento

Mateo 5.20-26 dice: "***Oísteis que fue dicho a los antiguos: "No matarás; y cualquiera que mate será reo de juicio". Pero Yo os digo que todo el que se enoje con su hermano será reo de juicio; y cualquiera que diga: Racá, a su hermano, será culpa-***

ble ante el sanedrín; y cualquiera que le diga: Moreh, quedará expuesto a la Gehena de fuego. Por tanto, si estás presentando tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte a buenas con tu adversario cuanto antes, mientras estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo: De ningún modo saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante".

Esto tiene que ver con el sexto mandamiento que Dios le dio a Moisés en la ley: "***No matarás***" Éxodo 20.13. Cuando el Señor Jesús habló con respecto a este mandamiento, no fue tan simple, manteniéndolo en el hecho de que una persona le quite la vida a otra, sino que lo complementó con el trato que un creyente debe tener con los hermanos. Por eso dice: ***Oísteis que fue dicho a los antiguos: "No matarás; y cualquiera que mate será reo de juicio". "Pero Yo os digo***" es la frase que agrega tres elementos en el trato con los hermanos, relacionados con el tema de enojarse con ellos.

Un hermano que se enoja contra otro inmediatamente es culpable, es reo de juicio, y si el enojo va más allá, hasta el punto de decirle alguna palabra infamante como *racá*, que quiere decir tonto e inútil, debe ser llevado ante un tribunal, en este caso tipificado por el sanedrín, para ser juzgado; pero si la ofensa es más contundente, y el hermano trata al otro de insensato—significado de la palabra hebrea *moreh*—, queda expuesto a la gehena de fuego.

Para quienes han de entrar en el reino de los cielos es tan serio el trato entre los hermanos, que entre ellos no puede haber lugar para el enojo ni para el trato despectivo con palabras ofensivas, sino que el trato entre ellos debe ser el fluir de Dios, que es amor: el único vínculo que debe existir entre los hijos de Dios es el fluir del amor de Dios: "***Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo de la perfección***" Colosenses 3.14.

En caso de que haya alguna de estas cosas en las relaciones entre hermanos, el Señor da una solución bien contundente: "***Por tanto, si estás presentando tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda***" Mateo 5.23-24.

El altar se refiere al altar de bronce que se hallaba antes de

la entrada al tabernáculo, en el atrio, donde los israelitas presentaban diariamente distintas ofrendas para tener comunión con Dios; este es el tipo.

La realidad indica que cuando un creyente entra en la presencia del Señor, está en Su luz y el Señor le muestra si hay dificultades con algún hermano. Si las hay, antes de todo es necesario ir al hermano y reconciliarse con él. En otras palabras, cuando un hijo de Dios tiene problemas con algún hermano, es imposible permanecer en la presencia de Dios, en comunión con Él.

Sin embargo, se debe tener cuidado, porque esa reconciliación no debe hacerse de manera carnal, ni liviana, sino que aun, quien busca la reconciliación debe depender de la ley del Espíritu de vida y no actuar conforme a sus conceptos, puntos de vista y opiniones. Para reconciliarse con alguien a quien se ha ofendido, se requiere oración, dependiendo del Espíritu, pidiendo al Señor que produzca en las dos partes un corazón de amor y de reconciliación, para que el nombre del Señor sea santificado en todas las cosas, y que la reconciliación sea genuina.

Algunos cristianos, cuando se trata de pedir perdón, acostumbran a decir frases como esta: "***Si en algo los he ofendido, pido perdón***". Esta manera de pedir perdón es bien carnal y ofensiva; con esa actitud se agranda la herida de quien ha sido ofendido.

Pedir perdón de manera genuina consiste en ir a la persona ofendida y tratar cabal y profundamente cada uno de los puntos en que se causó la ofensa y pedir al hermano perdón por cada una de ellas. Una reconciliación así es genuina y no deja ningún recuerdo, sino que restablece plenamente la comunión entre los hermanos y de ellos con Dios.

El perdón es un asunto que requiere que el ofensor se acerque con humildad al trono de la gracia a suplicar al Señor que le otorgue la capacidad de pedir perdón y al ofendido la capacidad de perdonar.

En otras palabras, el perdón no puede ser de ninguna manera un asunto que se trate con liviandad, porque las ofensas no tratadas adecuadamente, pueden ser causa de pérdida del reino de los cielos, y esto lo confirman las palabras que el Señor Jesús habló a continuación: "***Ponte a buenas con tu adversario cuanto antes, mientras estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo: De ningún modo saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante***" Mateo 5.25.

Cuando los creyentes estén en el tribunal de Cristo para ser

juzgados, no debe haber ninguna ofensa entre ellos que no haya sido tratada adecuadamente, porque de haberla, puede ser causa para no poder entrar en el reino de los cielos.

Ponerse a buenas con el adversario entre tanto que se está en el camino, es aprovechar el tiempo que vivimos en la tierra para arreglar a cabalidad todas las ofensas que pueda haber con los hermanos. Quien no lo haga, será juzgado por el Señor, entregado al alguacil, quien lo echará en la cárcel por mil años—las tinieblas de afuera— y allí permanecerá hasta que pague lo más insignificante—el último cuadrante. Ofensas no tratadas adecuadamente serán la causa para que muchos creyentes pierdan la oportunidad de entrar en el reino de los cielos.

No obstante, no es solamente el ofensor quien debe pedir perdón y buscarlo; el Señor igualmente instruye a sus discípulos para que el ofendido busque arreglar todas aquellas ofensas de las que ha sido víctima. Leámoslo en Mateo 18.15-17: "***Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando a solas tú y él; si te oye, has ganado a tu hermano. Mas si no te oye, toma contigo a uno o dos más, para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si rehúsa oírlos a ellos, dilo a la iglesia; y si también rehúsa oír a la iglesia, tenle por gentil y recaudador de impuestos***".

Si has sido ofendido por el pecado de un hermano, es decir, si has visto a un hermano cometer pecado, el Señor estableció un proceso claro para tratar el asunto: en primer lugar quien ha sido ofendido debe llamar a solas al ofensor y reprenderlo; si el ofensor se arrepiente, el proceso termina ahí, pero si no acepta arrepentirse, debe hacerse ante uno o dos testigos; si aun así se resiste al arrepentimiento, se debe decir a la iglesia y si no hay arrepentimiento frente a todos los santos, debe ser sacado de la comunión.

Este es un proceso claro y sencillo que en las congregaciones cristianas es ignorado, porque a los líderes les interesa el número, sin importar la calidad espiritual de sus integrantes y por esa razón en las llamadas "*iglesias*" conviven por igual adúlteros, fornicarios, homosexuales y toda clase de personas que se llaman "*hermanos*" pero que practican toda clase de pecados aberrantes. Indudablemente, allí no existe la realidad del reino de los cielos.

Gálatas 6.1 habla al respecto de las faltas cometidas por los hermanos: "***Hermanos, si alguien se encuentra enredado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tenta-***

do". En todos los casos que haya desavenencias entre los hermanos, se debe usar un espíritu de mansedumbre, el cual se adquiere por enyugarse permanentemente con el Señor.

Cuando un hermano ha cometido pecados que no sean de muerte, se debe restaurar, considerándose a sí mismo, porque nadie está exento de caer en tentación, es decir, no considerando que quien restaure al hermano nunca será tentado, porque ningún santo está exento de serlo.

Sin embargo, un hijo de Dios que comete pecados de muerte está excluido definitivamente del reino de los cielos, se convierte automáticamente en sal insípida que no sirve para nada distinto a ser echada fuera y pisoteada por los hombres.

El Señor elevó el sexto mandamiento al grado de que cualquier ofensa, cualquier pecado contra un hermano, es causa de juicio y de exposición a la gehena de fuego. Cumplir un mandamiento así no es posible para ninguna persona. Solamente, si tenemos una genuina y permanente comunión con el Señor, lograremos por medio de la ley del Espíritu de vida que está en nuestro espíritu, tener una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres: "***Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres***" Hechos 24.16.

El séptimo y el décimo mandamientos

El séptimo mandamiento habla del adulterio, y con respecto a él, el Señor Jesús lo elevó aún más, además de que trató el décimo, en lo que tiene que ver con la codicia, e igualmente habló del tema del divorcio.

Leamos Mateo 5.27-32: "***Oísteis que fue dicho: "No cometerás adulterio***". ***Pero Yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es causa de tropiezo, sácalo, y échalo de ti; porque más provechoso te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado en la Gehena. Y si tu mano derecha te es causa de tropiezo, córtala, y échala de ti; porque más provechoso te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo vaya a la Gehena. También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, que le dé carta de divorcio. Pero Yo os digo que todo el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio***".

En el antiguo pacto, cometer adulterio consistía en tener relaciones sexuales fuera del matrimonio, es decir con una mujer que no fuese su esposa o con un hombre que no fuera su marido,

pero en el nuevo pacto, en la ley del Espíritu de vida, en la ley de Cristo, el asunto es mucho más elevado: ***Pero Yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón***.

El solo hecho de mirar a una mujer y desearla, codiciarla, ya constituye un acto de adulterio. El mandamiento en el Nuevo Testamento es mucho más elevado, y ninguna ley ni autoridad humana puede controlarlo ni hacerlo cumplir. ¿Entonces, el Señor estableció un mandamiento para que no se cumpliera? De ninguna manera. Aunque ningún ser humano puede controlar las miradas y las intenciones del corazón de otro, el Espíritu que mora dentro del creyente sí puede controlar cada pensamiento y cada intención del corazón.

Si eres un creyente sensible al Espíritu y que andas en continua comunión con el Señor, podrás testificar que inmediatamente después de que viene la tentación, el Espíritu Santo que está dentro de ti te reclama, te indica que tu actitud, tu pensamiento y tu intención es abiertamente ofensivo para el Señor y que estás a punto de caer en adulterio. Tu actitud para con el Señor es de arrepentimiento, e inmediatamente te vuelves a Él buscando Su protección y Su ayuda.

Sabemos por la palabra del Señor que el pecado en el hombre tiene un proceso desde su concepción hasta su consumación, lo cual debemos tener bien claro, para evitar que satanás gane ventaja acusándonos de pecados que aún no hemos cometido. Veamos lo que nos dice Santiago 1.13-15: "***Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, engendra la muerte***".

En otras palabras, el solo hecho de mirar no consuma el pecado, pero si caemos en mirar y no nos arrepentimos, rápidamente podemos llegar a la consumación del pecado. Como puede verse, este es un mandamiento mucho más elevado que el que fue dado por el Señor en el Antiguo Testamento.

Otro tema bien importante que tiene que ver con el adulterio es el divorcio, y al respecto el Señor afirma: "***También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, que le dé carta de divorcio. Pero Yo os digo que todo el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio***" Mateo 5.31-32.

El matrimonio no es una institución social ni es un invento del hombre; el matrimonio es deseado por Dios desde la eternidad y en consecuencia es muy serio y santo. Dios estableció un varón para una mujer y una mujer para un varón, y no hay ninguna causa para divorciarse a excepción de la fornicación, de uno de los integrantes de la pareja.

Sin embargo, esto no quiere decir que si hay fornicación en uno de los contrayentes y se divorcian, puedan casarse nuevamente, porque "***Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio***" Marcos 10.11-12.

En otras palabras, un matrimonio es para toda la vida de los contrayentes y no hay ninguna causa de disolución distinta a la muerte de alguno de los consortes: "***Porque la mujer casada está ligada por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley referente al marido. Así que, si en vida del marido se une a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muere, es libre de esa ley, de tal manera que, si se une a otro varón, no es adúltera***" Romanos 7.2, 3.

Una mujer o un hombre puede casarse por segunda vez solamente si enviuda, es decir si su cónyuge muere. Un divorciado no puede casarse por segunda vez; si lo hace, comete adulterio: "***Entonces se le acercaron unos fariseos, poniéndole a prueba y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? El, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los creó, desde el principio los hizo varón y hembra, y dijo: "Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne"? Así que ya no son dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios unió, no lo separe el hombre. Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero desde el principio no ha sido así. Y Yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio***" Mateo 19.3-9.

El Señor es sencillo en Su palabra, pero a la vez muy claro con respecto a Su voluntad referente al matrimonio. No hay ninguna razón para divorciarse, distinto a la fornicación y a la dureza de corazón de los hombres, pero la voluntad original de Dios, lo que Él ha determinado desde el principio es que el hombre y la mujer

que han contraído matrimonio no deben separarse.

Si de alguna manera, hay separación, uno y otro deben permanecer sin casarse otra vez: "***A los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; pero si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer***" 1 Corintios 7.10-11.

Aun, quienes han enviudado, dice el Señor que, bueno les fuera quedarse así, pero a la vez tienen libertad de casarse nuevamente, pero en el Señor: "***La mujer casada está ligada mientras su marido vive; pero si su marido durmiera, libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea con alguien que esté en el Señor***" 1 Corintios 7.39.

El matrimonio es un tema bien definido y limitado por el Señor en Su palabra, y seguramente surgen muchas dudas acerca de cómo puede un hombre o una mujer que están casados, una vez que se divorcian, cómo pueden soportar una vida sin su cónyuge, pues unirse a otra mujer o a otro hombre constituye adulterio.

Para eso es necesario que cada creyente se case en el Señor. En el mundo existe la moda de que los niños tengan novia o novio, porque de no hacerlo se sienten quedados, frustrados y deprimidos. Pero esas son las costumbres de las naciones que no pueden, de ninguna manera, penetrar en la iglesia, no deben ser practicadas por los creyentes.

Un Hijo de Dios que ama a Su Padre, primero se prepara para enfrentar la vida de casado, estudiando, buscando un mejor devenir laboral y económico y sobre todo se prepara en amar al Señor, en servirlo y en seguirlo. Cuando llega la juventud, tal vez después de los veinticinco años en el hombre y veinte en la mujer, le pide al Señor que le provea con quien casarse. El Señor, con mucho gusto, responderá esta petición, porque es conforme a Su voluntad. Un matrimonio realizado en esas condiciones nunca caerá en divorcio y será un testimonio maravilloso del matrimonio establecido por Dios desde el principio.

Si los contrayentes escogen por sí mismos, sin el Señor, su unión tiene garantizado el fracaso. En el mundo contemporáneo, el índice de divorcios es alarmante, y hombres y mujeres toman el matrimonio de manera liviana, algunos incluso practican la poligamia. Hay hombres y mujeres divorciados y vueltos a casar hasta más de una decena de veces, y por esto el mundo los aplaude. Esto es adulterio, un pecado aborrecido y rechazado por el Señor.

Por eso, decimos a los jóvenes que esperen en el Señor y per-

mitan que Él sea quien escoge Su cónyuge. El Señor estableció el matrimonio como una fuente de felicidad para el hombre y la mujer, y si aprenden a esperar en Él y a hacer Su voluntad en este tópico, ustedes serán muy felices y serán un testimonio viviente para otros jóvenes. ¡Esperen en Él, que Él concederá los anhelos de sus corazones!

En el mundo contemporáneo, y con respecto al matrimonio, ha hecho carrera una costumbre malsana que han convertido en un hecho común, consistente en que una pareja convive maritalmente, tienen hijos y dicen que son novios, que están probándose si pueden casarse o no.

Esta es otra de las patrañas del enemigo de Dios, satanás, tratando de envilecer el matrimonio que para Dios es de muy alta estima.

El matrimonio no tiene como base una ceremonia que realiza un cura, un juez, un notario o un pastor. Esa es una ceremonia nada más que legaliza la unión frente a determinadas autoridades, pero no tiene nada que ver con el matrimonio establecido por Dios. Un matrimonio genuino es la unión realizada por Dios entre un hombre y una mujer: "***por tanto, lo que Dios unió, no lo separe el hombre***" Mateo 19.6.

Cuando un hombre y una mujer se unen maritalmente, se han casado. Puede ser que esa unión no se hizo bajo la voluntad de Dios porque la pareja no está conformada por creyentes, o pueden ser creyentes que no buscaron casarse en la voluntad de Dios, pero al unirse se han casado y si se separan, se están divorciando y si uno o los dos se casa con otro(a), comete adulterio.

No estamos queriendo decir con esto que no se hagan ceremonias matrimoniales. Por causa de someternos a las leyes y a las autoridades establecidas en cada país, nuestro matrimonio debe estar legalizado.

Los creyentes hacen una reunión matrimonial como testimonio de Cristo y la iglesia, como expresión de la voluntad de Dios, cuando la pareja ha buscado agradar al Señor con su matrimonio. Además, es un momento donde todos los hijos de Dios en torno a la pareja expresan su complacencia y la complacencia del Señor.

Tenemos que decir algunas cosas, con gran tristeza, acerca de las ceremonias matrimoniales del catolicismo romano. Cuando las parejas hacen ceremonias matrimoniales católicas, el cura realiza el rito ante una o más estatuas (crucifijos, vírgenes, santos...), que son ídolos de los muchos que adora y venera el catolicismo. Detrás de esos ídolos hay demonios y ángeles caí-

dos. En verdad la pareja se está casando ante satanás, los ángeles caídos y los demonios. ¡Qué depravadas son esas ceremonias!, aunque socialmente muy valoradas en el mundo católico.

Los juramentos

Continuando con la ley elevada que el Señor estableció en la constitución del reino de los cielos, llegamos al tema de los juramentos: "***Además, habéis oído que fue dicho a los antiguos: "No quebrantarás tus juramentos, sino que cumplirás al Señor tus juramentos". Pero Yo os digo: No juréis de ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de Sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro ni un solo cabello. Sea, pues, vuestra palabra: Sí, sí; no, no; porque lo que va más allá de esto, procede del maligno***" Mateo 5.33-37.

Al asunto de no robar, no levantar falso testimonio contra el prójimo y no codiciar la mujer ni los bienes del prójimo, son mandamientos elevados a los que el Señor no añadió nada más. Debemos vivir bajo la ley del Espíritu de vida para agradar al Señor en todos Sus mandatos.

Capítulo 17

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (1)

Después de haber tratado acerca de la actitud que deben tener quienes han de heredar el reino de los cielos, con respecto a algunos de los mandamientos de la ley dada al pueblo de Israel por medio de Moisés en dos tablas de piedra, entraremos a considerar el asunto del amor.

En cierta ocasión, un escriba preguntó al Señor Jesús cuál era el más grande mandamiento, a lo cual el Señor respondió diciendo que el más grande mandamiento es el amor; el amor a Dios y el amor al prójimo: "***Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente***". ***Este es el grande y primer mandamiento. Y el segundo es semejante:*** "***Amarás a tu prójimo como a ti mismo". De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas***" Mateo 22.36-39.

El gran mandamiento es el amor, pero no el amor desde el punto de vista humano, filosófico ni sicológico. Para poder entender el amor, debemos enfatizar que el amor es una persona: Dios mismo: "***El que no ama, no ha conocido a Dios; porque <u>Dios es amor</u>***" 1 Juan 4.8.

Para tener el verdadero amor y para vivirlo es indispensable estar llenos de Dios, saturarnos de Él, yendo cada día al trono de la gracia y disfrutando de Su gracia, en la cual está el amor de Dios.

El amor no es un simple sentimiento que reside en la emoción del hombre, ese amor es humano y es variable, cambia con las fluctuaciones de la emoción humana, con la que es tan fácil amar como odiar y aborrecer. El genuino amor, el amor eterno, el amor que nunca cambia, es Dios mismo, y Él como amor reside en el espíritu humano de los creyentes y desde allí desea fluir hasta el alma y saturarla de Su vida hasta brotar desde ella como amor.

Por esta razón el Señor declara en 1 Tesalonicenses que el amor es una labor, un trabajo que debe realizarse diariamente y que depende de la disposición y del deseo que tiene el creyente para saturarse de la vida y de la naturaleza de Dios: "***acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de vuestra obra de fe, de vuestro trabajo de amor y de vuestra perseverancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo***" 1 Tesalonicenses 1.3.

Los hermanos que estaban en la ciudad de Tesalónica tenían tres cosas en las que trabajaban continuamente: la obra de fe, la primera; la segunda el trabajo de amor; y, la tercera, la constancia en la esperanza. Si cada día buscamos a Dios en comunión en nuestro aposento interior—espíritu humano—, en el trono de la gracia, y disfrutamos de sus in-

mensurables riquezas, nos llenamos de la persona de Dios, que es amor, y estamos trabajando para ser llenos del amor de Dios hasta la plenitud. Haciendo así, podremos expresar el amor en nuestro diario vivir.

Es inútil entonces esforzarnos por amar a las personas; entre más nos esforcemos, más fríos e indiferentes seremos con ellas, pero si nos habituamos a disfrutar diariamente al Señor, a llenarnos de Él, si permitimos que Él sature nuestra alma—mente, emoción y voluntad— con Su naturaleza amorosa, el amor fluirá espontáneamente desde nuestro interior y de esa manera amaremos a Dios con todas nuestras fuerzas, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra vida, y amaremos igualmente a nuestro prójimo, por medio de Dios mismo como amor, que fluye espontáneamente desde nuestro interior.

Siendo así, la palabra que el Señor Jesús habló se cumplirá en nosotros sin ninguna restricción: "*Oísteis que fue dicho: "**Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo". Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir Su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los recaudadores de impuestos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto***" Mateo 5.43-48.

En la ley del Antiguo Testamento se debía amar al prójimo, pero se podía aborrecer, rechazar a los enemigos; en la ley de Cristo, en la nueva ley, la ley del Espíritu de vida, ya no hay posibilidad de aborrecer a nadie, sino de orar y de amar, aun por los enemigos: ***Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen.*** Obedecer esta palabra y hacerla, es una demostración de que somos hijos de Dios: ***para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos***.

Para el hombre viejo, para el creyente que no ejercita su espíritu, que vive en el alma, que pretende agradar a Dios en sus fuerzas, este es un imposible, pero para el hombre espiritual, para el creyente que mantiene una continua comunión con el Señor, un disfrute permanente de Sus riquezas, amar a sus enemigos y orar por quienes lo persiguen, será una conducta que brota espontáneamente de su alma, sin hacer ningún esfuerzo, sin lamentarse, sin quejarse, sin

considerar que es imposible, sino que siempre orará y amará en el Señor, a todas las personas.

En otras palabras, un creyente que declara que es muy difícil amar a quienes no lo aman, a los enemigos, es un creyente que disfruta muy poco o nada de la gracia, es un creyente que no se acerca al trono de la gracia, que no acostumbra a tener comunión con el Señor. Un creyente así no ha llenado su alma con las riquezas del Señor, vive en su hombre viejo, su alma no ha sido transformada y necesita urgentemente aprender a vivir en el trono de la gracia disfrutando de las riquezas del Señor.

De otro lado, en cuanto dependa de nosotros no debemos tener enemigos: "***No paguéis a nadie mal por mal; pensad de antemano en lo que es honroso delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, vivid en paz con todos los hombres***" Romanos 12.17-18.

Sabemos que tenemos unos enemigos comunes a Dios y a nosotros, satanás, los ángeles caídos y los demonios. Con ellos no podemos reconciliarnos y contra ellos tenemos una lucha permanente; pero no contra los hermanos.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que hay muchos hombres que se hacen uno con satanás y se convierten en nuestros enemigos; no obstante, debemos procurar que esa enemistad no dependa de nosotros. Debemos rogar al Señor que nos ayude a amar a todos los hombres y en cuanto dependa de nosotros no tengamos ningún enemigo; pero debemos ser prudentes en el trato con otras personas, porque cuando no dependemos del Espíritu sufriremos mucho daño, que el Señor quiere evitarnos.

Por eso el Señor Jesús, cuando envió a Sus discípulos les dijo: "***He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas***" Mateo 10.16. La prudencia y la sencillez son dos virtudes que debemos pedir al Señor que las constituya en nosotros, para que podamos aplicarlas en nuestra vida.

Las palabras que el Señor Jesús habla en esta sección tienen que ver con un carácter humano bien formado, amable para con todas las personas. Si somos la luz del mundo, en todos nuestros actos debemos permitir que la luz fluya y alumbre a los demás y así glorifiquen a nuestro Padre.

Igualmente, nosotros los creyentes somos sal en esta tierra, debemos ser aquellos que damos un sabor agradable a Dios y a los hombres que aman a Dios: "***para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y***

buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" Mateo 5.45-48.

Las cosas que debemos hacer en secreto

Si meditas cuidadosamente la palabra del Señor y buscas que Él se revele, encontrarás que a Dios poco le agrada la publicidad; más bien a Él le encanta el secreto.

En el capítulo 6 de Mateo, el Señor habló de tres cosas de las cuales no le gusta la publicidad, sino que le encanta que se hagan en secreto: la limosna, la oración y el ayuno.

En este capítulo sentimos la necesidad de hablar un poco acerca de la ofrenda [limosna], aunque ha sido tratado junto con la oración y el ayuno, en otro libro[1].

En el primer caso, el Señor dice: "***Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará***" Mateo 6.1-4.

Buscar hacer nuestra justicia delante de los hombres es propio de los hipócritas y no de los hijos de Dios que han de alcanzar el reino de los cielos, y la primera precisamente es una práctica muy común entre los líderes del cristianismo contemporáneo. Cuánto aman la alabanza de los hombres por las cosas que hacen: sanidades, milagros, ofrendas de dinero y de bienes materiales, soplar sobre la gente para derribarla y tantos otros hechos con los que buscan llenarse de gloria y de fama.

Pero el mandato del Señor es totalmente contrario: ***Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos***. Como hemos enunciado antes, una de esas justicias es la limosna. ¡Cuántas cosas impuras practican los líderes de las iglesias protestantes, con respecto a la ofrenda de dinero y de bie-

1. Abundancia de los dos temas los puedes encontrarlos en el libro ***La Oración en el Espíritu*** del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com.

nes materiales! Muchas de sus reuniones tienen como contenido principal, la violencia sobre la conciencia de los concurrentes, para presionarlos de manera furtiva a que den grandes cantidades de dinero, con el pretexto de utilizarlo en la obra del Señor, cuando en verdad van a engrosar las arcas del líder de la congregación y de su familia. Hacen todo eso con el pretexto de que ellos se consideran los siervos de Dios. Tampoco las obras que hacen son del Señor, sino las obras de ellos.

Es muy común oír predicaciones basadas en Malaquías 3.8-10 acerca del diezmo que el Señor había determinado en la ley. En el Antiguo Testamento, cuando Dios sacó al pueblo de Israel de Egipto, deseaba que todos en el pueblo fueran reyes y sacerdotes, y en ningún momento tenía en Su corazón establecer una clase sacerdotal, una clase mediadora entre Él y Su pueblo: "***Vosotros habéis visto lo que hice a los Egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas y os he traído a mí mismo. Ahora pues, si escucháreis atentamente mi voz y guardareis mi pacto, me seréis un tesoro especial, tomado de entre todos los pueblos; pues que mía es toda la tierra: y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa***" Éxodo 19.4-6. Dios deseaba que todos en el pueblo fueran sacerdotes, y no deseaba tener una clase sacerdotal especial; esta es la voluntad buena, agradable y perfecta del Señor.

Lamentablemente, cuando el Señor llamó a Moisés para que subiera al Monte Sinaí a recibir la ley, debido a que tardó cuarenta días, el pueblo se preocupó y no supo esperar ante la tardanza de Moisés y pensó que había muerto; entonces le pidió a Aarón que le hiciera un ídolo para proclamar sobre él que eran los dioses que habían sacado al pueblo de Egipto. Aarón atendió el pedido del pueblo, les pidió que le entregasen oro, e hizo un becerro fundido y el pueblo lo adoró a cambio del Dios eterno.

Cuando Dios vio lo que el pueblo había hecho, le pidió a Moisés que bajase del monte, porque el pueblo se había corrompido. Cuando Moisés llegó al campamento y observó la orgía desenfrenada en que andaba el pueblo, tomó el becerro, lo quemó, lo trituró convirtiéndolo en polvo, lo mezcló con agua e hizo que el pueblo lo bebiera; después pidió que quienes estuvieran con Jehová se unieran a él y salió la tribu de Leví. Dios entonces consagró esa tribu a su servicio y de entre ellos, de la casa de Aarón estableció la clase sacerdotal, y él y sus descendientes fueron los sacerdotes de Israel en el Antiguo Testamento.

Es necesario enfatizar que esta no era la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta; Dios no

deseaba tener una clase mediadora sobre Su pueblo, sino que Su deseo original era que todo su pueblo fuese un reino de sacerdotes y de gente santa, pero debido a la desobediencia y a la idolatría de ellos, el Señor no tuvo un camino diferente a permitir esa clase mediadora, que tenía como base la tribu de Leví.

Cuando los israelitas entraron en la tierra de Canaán y Dios les repartió la tierra por mano de Josué, no les dio una porción de tierra como herencia a los levitas y entre ellos tampoco a los sacerdotes, sino que ellos vivían de los diezmos, las primicias y los votos especiales que todos los israelitas estaban obligados a dar, y en este contexto es que Malaquías habla al pueblo de Israel, que estaban robando a Dios porque no traían los diezmos al alfolí, para que los sacerdotes y los levitas tuviesen qué comer.

El tema del diezmo es el mensaje favorito de los pastores para violentar la conciencia de sus feligreses y exprimirlos económicamente. Actualmente se ve a los líderes en televisión y se les oye en la radio llamada cristiana, animar a sus feligreses a sembrar "*semillas*" de 50, 100, 1.000, 5.000, 10.000, 50.000, 100.000 y 500.000 dólares, prometiéndoles que Dios les dará hasta cien veces, y los feligreses desfilan hasta la plataforma, de tal manera que los demás los vean, a depositar sus "*semillas*", con el pretexto de ser usados para el Señor. En verdad están engrosando las cuentas bancarias del pastor y de su familia, mientras que muchos de los correligionarios no tienen con qué cubrir sus necesidades básicas.

En el Nuevo Testamento donde, según la voluntad de Dios, no hay una clase sacerdotal mediadora, porque Dios desea que volvamos a Su voluntad inicial, el asunto de las ofrendas y de los diezmos, es bien distinta.

En primer lugar, todos los hijos de Dios somos sacerdotes, pues así lo declara el Señor: "***e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para Su Dios y Padre… Mas vosotros sois un linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable***" Apocalipsis 1.6; 1 Pedro 2.9.

Debemos rechazar la clase mediadora que por instigación de satanás se ha apoderado de la iglesia, y debemos vivir la realidad que el Señor nos ha dado de ser sacerdotes para Él.

En segundo lugar, el asunto de los diezmos, las ofrendas y las primicias del Nuevo Testamento, es bien distinto. Leamos algunos versículos: "***En cuanto a la colecta para los santos, haced voso-***

tros también de la manera que ordené a las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que no se hagan las colectas cuando yo llegue. Y cuando haya llegado, a quienes hubiereis aprobado, a éstos enviaré con cartas para que lleven vuestro donativo a Jerusalén" 1 Corintios 16.1-3.

Los santos que vivían en Jerusalén y en Judea estaban pasando grandes necesidades, debido a que se había levantado una hambruna en la región, y Pablo preocupado, no por su bienestar personal, no por atesorar para él, sino por las necesidades de los hermanos, y en vista de que los hermanos en Corinto tenían abundancia, les rogó, que de acuerdo con la prosperidad alcanzada por ellos, el primer día de la semana, cada uno debía apartar algo, guardándolo, para que cuando Pablo llegara no fuera necesario hacer colectas, pero esta no era una ofrenda para Pablo, ni para el pastor (no existía ni debe existir), ni para el líder, sino para los hermanos que estaban en Jerusalén y en Judea, y que estaban pasando necesidad[2].

Pablo no habló de porcentajes, ni de cantidades específicas, sino que cada uno debía dar libremente, de acuerdo con su voluntad, al contrario de la amañada práctica de las "*iglesias*" contemporáneas, donde se presiona a los hermanos a dar el diezmo y en la gran mayoría se les lleva un control por medio de sobres marcados con el nombre de cada uno y en libros de contabilidad.

Un ejemplo bien claro que encontramos en la Biblia corresponde a los hermanos Macedonios. En los tiempos en que fue escrito el Nuevo Testamento, Macedonia era una región anclada en lo que hoy es Europa, que tenía varias ciudades, en las que se destacan Tesalónica y Filipos.

Leamos lo que Pablo dice con respecto a esos hermanos: "***Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado en las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su liberalidad***" 2 Corintios 8.1-2.

Aquí el Señor nos muestra que ofrendar para las necesidades de los santos no es una obligación, sino una gracia, y los hermanos de esa región, estaban tan llenos de la gracia del Señor, que aun en su profunda pobreza, y en medio de muchas pruebas, fueron generosos en ofrendar para suplir las necesidades de los hermanos que estaban en Jerusalén y en Judea.

2. En el libro ***La Oración en el Espíritu*** hemos dedicado algunos capítulos a hablar del diezmo y las ofrendas. Una lectura de ellos te dará una buena base para entender la voluntad del Señor sobre el particular.

Al parecer Pablo, viendo la situación económica de los santos allí, no les pidió que ofrendaran, pero ellos "***con muchos ruegos nos pidieron la gracia y la participación en la ministración a los santos***" v. 4, y el apóstol quedó sorprendido porque ellos ofrendaron "***no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por medio de la voluntad de Dios***" v. 5.

La ofrenda que agrada a Dios tiene como principio el hecho de que el oferente se dé primero al Señor y luego se haga uno con Su voluntad para entregar sus bienes a los hermanos. En otras palabras, la ofrenda y su cuantía debe salir de una profunda comunión con el Señor a fin de conocer Su voluntad y agradarlo a Él, no para complacer la avaricia del líder que violenta la conciencia de los hermanos para que suplan su ambición de poseer bienes materiales.

Basado en este principio divino, Pablo sugiere a los corintios, no les ordena, que abunden en esta gracia de proveer para las necesidades de los santos: "***Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en conocimiento, en toda solicitud, y en el amor que está en vosotros el cual recibisteis de nosotros, abundad también en esta gracia. No digo esto como mandato, sino para poner a prueba, por medio de la solicitud de otros, también la autenticidad del amor vuestro***" (2 Corintios 8.7-8). Pablo primero los alienta recordándoles cuánta abundancia han recibido del Señor en fe, palabra, conocimiento y amor, y está convencido de que ellos también pueden abundar en la gracia de proveer para los necesitados.

Inmediatamente les recuerda a los corintios acerca de todo lo que el Señor Jesús les dio por medio de Su gracia: "***Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros por Su pobreza fueseis enriquecidos***" v. 9 y los insta para que ellos, que habían tenido la carga desde hacía un año, ahora la llevaran a la práctica.

No obstante, Pablo es cuidadoso en no forzar a los hermanos a que lo hicieran por necesidad ni por obligación, sino con un corazón honesto, sincero y libre, sabiendo que al hacerlo era provechoso para ellos: "***Y en esto doy mi opinión; porque esto es provechoso para vosotros, que fuisteis los primeros no sólo en comenzar a hacerlo, sino también en tomar tal resolución, desde el año pasado. Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo, de modo que cual fue la prontitud para resolveros, tal sea también la realización conforme a lo que tengáis. Por-***

que si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene. Porque no se trata de que para otros haya alivio, y para vosotros aflicción sino de que, en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos Supla la escasez vuestra, para que haya igualdad" 2 Corintios 8.10-14.

El apóstol insiste en que la ofrenda debe ser voluntaria, de acuerdo con la disposición y la capacidad de cada santo y no una cuota ni un porcentaje determinado, pues es según lo que uno tiene y no según lo que no tiene.

Es así que llegando al capítulo 9, el Espíritu Santo establece unos principios, que consideramos necesario discurrir, dependiendo de la misericordia del Señor.

1. Según el propósito del corazón

La ofrenda debe ser un asunto guiado por el propósito del corazón, no un determinado porcentaje ordenado por el líder de la congregación: "***Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón***" 2 Corintios 9.7. Cada uno debe ofrendar según lo haya decidido en su corazón, estando en comunión con el Señor.

Sin olvidar el principio de que la ofrenda debe ser en secreto, registrado en Mateo 6.1-4, la cantidad que cada uno debe ofrendar debe ser determinada por el Señor y el oferente en íntima comunión. Debe recordarse que en este aspecto a Dios le agrada el secreto. No debe tocarse trompeta, como hacen hoy los líderes de las congregaciones cristianas: primero violentan la conciencia de sus correligionarios y luego tocan trompeta para quienes aportan las más altas sumas de dinero.

Es común ver en las distintas congregaciones hacer distintas filas para ofrendar de acuerdo con la cuantía. A quienes dan cantidades mayores, les dan un trato especial, les dan el trato conocido en el mundo como VIP. ¡Qué práctica tan corrupta!

2. No por obligación ni de mala gana

No debe ofrendarse como lo hacían los ricos en la ofrenda de la viuda, que daban lo que les sobraba, mientras que la viuda, dio de su buena voluntad todo cuanto tenía: "***no de mala gana ni por obligación***" 2 Corintios 9.7. En esto son expertos los "*grandes predicadores*" del mundo contemporáneo; ellos no buscan que los "*hermanos*" hagan uso de su voluntad sometida al espíritu, sino que los "*sobornan*" violentando sus conciencias para que ofrenden no según su voluntad, sino aquello que les es impuesto.

No olvidemos que esta ofrenda que Pablo estaba animando a la iglesia en Corinto, no era para él, ni para otros apóstoles, sino para socorrer a los santos de Jerusalén que estaban atravesando por una situación de mucha escasez.

3. Con alegría

Los macedonios le rogaron a Pablo y a los hermanos que estaban con él, que les concediera el privilegio de participar en el servicio a los santos: "***pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos***" 2 Corintios 8.4. Esta ofrenda es muy agradable al Señor, porque proviene de un corazón entregado totalmente a Él.

Los macedonios eran hermanos de escasos recursos, pero aun así ofrendaron con alegría y sencillez de corazón para ayudar en la necesidad de otros santos: "***porque Dios ama al dador alegre***" 2 Corintios 9.7.

Es bueno notar aquí que ofrendar es un privilegio, no una obligación. No ofrendar no implica que se esté robando a Dios, como afirman los falsos maestros del cristianismo contemporáneo, que son mercaderes de los hermanos, vituperando y blasfemando el camino de la verdad. La alegría es el signo de la ofrenda que agrada a Dios y que hace que Dios ame a un hermano que ofrenda con alegría.

4. Con abundancia, no con escasez

Otro principio que tiene la ofrenda para ayudar a los necesitados es que debe hacerse con abundancia, no con escasez. ¿Qué quiere decir abundancia? No hace referencia a determinada cantidad o a cierto porcentaje de las posesiones de quien ofrenda, sino de cuánto se agrada el Señor de quien ofrenda: "***Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará"*** 2 Corintios 9.6. Para entender mejor este principio, tenemos que referirnos nuevamente a la ofrenda de la viuda, registrada en Lucas 21.1-4: "***Levantando los ojos, vio a los ricos echando sus ofrendas en las arcas. Vio también a una viuda indigente echando allí dos leptos. Y dijo: En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos. Porque todos aquéllos echaron para las ofrendas de lo que les sobra; mas ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía***". Observe cuidadosamente las palabras del Señor en cuanto a la ofrenda de los ricos y de la viuda indigente. ¿Cuál ofrenda agradó al Señor?, ¿la de los ricos o la de la viuda? Sin duda alguna la de la viuda. ¿Por qué? Por la actitud del corazón de ella, que aun no teniendo dio todo lo que tenía, se dio a sí misma, se entregó en las manos

del Señor, depositó toda su confianza en Él, creyó que Dios era capaz de sustentarla y se entregó totalmente a Su voluntad.

De los ricos y la viuda ¿quién ofrendó más abundantemente? Si miramos la palabra en el alma, sin pasarla por revelación en el espíritu, diremos que los ricos, pero si nos metemos en el corazón de Dios veremos que la ofrenda de la viuda fue más abundante y así lo declara el Señor: ***En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos***.

La abundancia o la escasez de la ofrenda no se refiere a cantidad, sino al corazón con el que se ofrenda. Matemáticamente, la cantidad que la viuda ofrendó es insignificante, porque un lepto estaba conformado por dos monedas de cobre, que en la Grecia moderna corresponden a dos centésimas de la moneda oficial anterior al año 2002. En otras palabras, es el equivalente a dos centavos de dólar. ¿Qué es esa cantidad comparada con lo que echaron los ricos? Nada, pero para el Señor esa ofrenda fue más abundante que las demás. A eso se refiere ofrendar con abundancia: según el propósito del corazón, no por obligación ni de mala gana, sino con alegría. Si la ofrenda tiene esas características en quien ofrenda para el Señor será abundante, muy abundante; será una medida buena, apretada y rebosante[3].

3. Un poco más de luz sobre el tema podrá encontrarla el lector en el libro ***La Oración en el Espíritu,*** del mismo editor, en el que hemos dedicado tres capítulos a hablar del tema. Véalo en www.las-primicias.com

Capítulo 18

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (2)

Ocupados por el reino de los cielos

Si somos aspirantes a entrar en el reino de los cielos cuando el Señor regrese, debemos ser aquellos que tenemos una genuina preocupación por ese reino. En el resto del capítulo 6 de Mateo, el Señor nos advierte de las cosas que nos pueden distraer del reino y que nos pueden llevar a perder la oportunidad de ganarlo. Veamos con algún detenimiento cada uno de esos obstáculos que nos apartan del reino de los cielos:

1. Los tesoros terrenales

Es el primer aspecto que atrapa a los creyentes y que satanás usa diligentemente para que se aparten de seguir al Señor, de crecer en Él y agradarlo.

Al respecto el Señor dice: "*No acumuléis para vosotros tesor**os en la tierra, donde la polilla y el orín corroen, y donde ladrones horadan y hurtan; sino acumulad para vosotros tesoros en los cielos, donde ni la polilla ni el orín corroen, y donde ladrones no horadan ni hurtan. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón***" Mateo 6.19-21.

Por un lado, esta palabra del Señor se refiere a las riquezas materiales que las gentes que están en el mundo atesoran para tener seguridad en su futuro, y que los creyentes no están exentos de caer en ellas. La gente del mundo piensa mucho en el futuro, qué será de su vida, cómo podrán suplir sus necesidades, que será de los hijos, cómo darles una educación adecuada, cómo lograr éxito en todas las actividades de la vida, y en fin, cómo lograr un porvenir sin mayores sobresaltos, y por eso se afanan por acumular tesoros que les permitan tener seguridad en el futuro contingente.

Ellos no se dan cuenta que todos esos tesoros que han acumulado, en cualquier momento pueden ser robados y corroídos por los ladrones y por la polilla y el orín, y que los esfuerzos de toda una vida se desvanecen en unos pocos minutos.

Es común en el mundo que quien posee algunos recursos económicos desee poseer más y para lograrlo no le importa atropellar, esclavizar y explotar a los demás. Casos así son muy corrientes en los grandes empresarios. De los siete mil ochocientos millones de personas que hay actualmente en la tierra, mueren diariamente de hambre cientos de miles. Igualmente son atacados por enfermedades que, aunque haya medicamentos que son capaces de curarlas, por sus escasos recursos no tienen acceso a ellos ni a servicios de salud apropiados que les permita tener una mejor calidad de vida, y no tienen un camino distinto al de dejarse morir.

Es impresionante la esclavitud

a que están sometidos los trabajadores en manos de empresarios inescrupulosos que los someten a un sistema esclavista peor que el que tuvieron que soportar los esclavos de la edad antigua y media. Muchos trabajadores tienen que trabajar todos los días de la semana en jornadas que superan a veces las 16 horas diarias y el pago que reciben por un trabajo, casi siempre en condiciones infrahumanas, no les alcanza para cubrir sus necesidades básicas y las de su familia. Es por eso que en el mundo actual hay una enfermedad social que arrasa con las gentes de escasos recursos; esa epidemia es el trabajo de los menores, la trata de personas y la prostitución.

Los recursos que nuestro Señor ha puesto en la tierra para que todos los disfrutemos y derivemos de ellos nuestro sustento, se los han apropiado unos pocos, ellos los explotan, algunos los transforman y se los venden a la población. Sus empresas los enriquecen con creces, mientras que los demás fenecen de hambre. No se dan cuenta estas personas lo que el Señor los advirtió hace unos dos mil años: "***¡Vamos ahora, ricos! Llorad aullando por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas se han podrido, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros en los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual ha sido retenido por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido con lujo sobre la tierra, y os habéis entregado a los placeres; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia***" Santiago 5.1-6.

Se podría esperar que los cristianos contemporáneos fuesen diferentes del mundo, pero no es así. Las grandes congregaciones han sido diseñadas para enriquecer a los líderes por medio de violentar la conciencia de sus adeptos, para que por medio de diezmos y ofrendas entreguen sus bienes para que los líderes acumulen hasta la saciedad, mientras que, en gran medida, sus seguidores carecen de la posibilidad de suplir sus necesidades básicas para ellos y sus familias.

Cuando un líder cristiano penetra los sentimientos de quienes lo siguen, éstos quedan cautivos a merced de él y aunque sus predicaciones y enseñanzas contradicen abiertamente la Biblia, los seguidores de estos falsos maestros no pueden discernir el engaño a que están sometidos y quedan a merced de ellos. Estos falsos maestros están haciendo tesoros en esta tierra, y sus riquezas y sus obras están enmo-

hecidas, su vivir corrompido por la polilla y el orín y muy pronto tendrán que dar cuenta al Señor por sus actos ominosos.

Qué diferente es la iglesia que describe la Biblia y que es conforme al deseo y la voluntad de Dios en el asunto de hacer tesoros.

La genuina iglesia tiene sus tesoros en el cielo donde no hay ladrones que minen ni hurten, ni polilla ni orín que corroan. Veamos un sencillo ejemplo en el libro de los Hechos de los Apóstoles: "***Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Porque no había entre ellos ningún necesitado; porque cuantos eran dueños de heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad. Entonces José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que traducido es, Hijo de consolación), levita, natural de Chipre, que tenía una heredad, la vendió y trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles***" (Hechos 4.32-37).

Qué delicia más grande encontrar este relato en la Biblia acerca del vivir práctico de los hijos de Dios en la iglesia. Todos con el mismo corazón y con la misma alma. Todos preocupados porque entre los hijos de Dios no haya quien padezca necesidades económicas, sino que todos tengan lo suficiente en todo. Nadie debe considerarse propietario de nada, sino que todas las cosas son de posesión común.

Esta actitud es consecuencia de la realidad de vivir el proceso de la redención del Señor Jesús, especialmente la resurrección, porque mediante este paso el Señor erradicó la muerte y trajo a luz la vida. Cuando la vida eterna es el estandarte del vivir de los creyentes, nadie dice ser suyo propio lo que posee y aprende a compartir para las necesidades de los hermanos.

Este es un ejemplo preponderante de quienes hacían parte de la iglesia en sus comienzos: vendían sus heredades y traían el producto de la venta, la entregaban a los apóstoles, pero no para que éstos las guardaran en sus arcas personales, sino para que se repartiera a cada uno de los santos según sus necesidades.

Inclusive la palabra relata acerca de Bernabé, el hijo de consolación, que era levita, tenía una heredad, la vendió y trajo el producto de la venta para que los apóstoles dispusieran de él y suplieran las necesidades de los hermanos.

Se puede preguntar por qué

razón es mencionado ese hermano.

Sin duda, no era para hacerlo famoso, ni para tocar trompeta frente a la actitud del hermano. El hecho de que él fuera levita es muy significativo. No debemos olvidar que la tribu de Leví en el Antiguo Testamento era la tribu mediadora entre Dios y los hombres, y a esa tribu, el resto del pueblo de Israel estaba en la obligación de darle ofrendas a manera de diezmos, primicias y votos, para su sustento.

Es bien significativo que este levita, en lugar de esperar que se le diese, fue un ejemplo en el asunto de dar vendiendo su heredad y disponiendo el dinero de la venta para que los apóstoles determinaran cómo suplían las necesidades de los hermanos. Esta es una prueba más de que en la voluntad de nuestro Señor, en el Nuevo Testamento no hay una clase sacerdotal mediadora, sino que el Señor desea que todos Sus hijos seamos sacerdotes.

Igualmente, deseamos afirmar que el diezmo no es neotestamentario, sino que ha sido sustituido por las ofrendas, pero con una función muy distinta a la malsana que le ha dado el cristianismo contemporáneo[1].

Pero no solo el tesoro es terrenal en lo que tiene que ver con las riquezas materiales. Actualmente hay una manera muy sutil de hacer tesoros en la tierra y que es muy común en el cristianismo de hoy: las grandes obras que hacen las distintas congregaciones pretendiendo propagar el evangelio.

Estas obras que procuran extenderse en un país y allende las fronteras de los países, no están contribuyendo ni han contribuido en nada a que se extienda el evangelio genuino de Dios, sino a volver famosos a unos pocos personajes que fungen de líderes, a enriquecerlos y a que su nombre sea bien conocido, pero nadie está conociendo genuinamente al Señor por medio de estas obras colosales.

Su difusión en nada contribuye a la edificación del cuerpo de Cristo. Los grupos cristianos difunden un evangelio, un Jesús y un Espíritu distinto a los que hay en la Biblia.

Estos son tesoros hechos en la tierra y están corroídos por la polilla y el orín, y cuando el Señor venga, todos esos tesoros serán quemados por el fuego, porque su constitución es de madera, heno y hojarasca.

Si nuestro tesoro está en el cielo, si nuestro vivir diario apunta a crecer para entrar en el reino de los cielos, si permitimos que el Señor nos prepare para que en Su venida podamos entrar en el reino de los cielos, sin duda, nuestro

1. Mucha luz acerca de los diezmos y ofrendas puede encontrarla en lector en el libro ***La Oración en el Espíritu***, del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com.

corazón estará en el cielo, porque ahí está nuestro tesoro.

2. La falta de visión

Esta tal vez sea una de las características más prominentes del cristianismo contemporáneo: la falta de visión: "***La lámpara del cuerpo es el ojo; así qué, si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¡cuán grandes serán esas tinieblas!***" (Mateo 6.22-23).

Hay una única manera de llenarnos de luz, de que nuestro ojo esté lleno de luz para que el cuerpo no se llene de tinieblas, y consiste en vivir en el trono de la gracia. En ese trono están las siete lámparas de fuego que suplen la luz de Dios y disipan las tinieblas que hay en nosotros: "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro… Y éste es el mensaje que hemos oído de Él, y os anunciamos: Dios es luz, y en El no hay ningunas tinieblas… Y del trono salían relámpagos y voces y truenos; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete Espíritus de Dios***" Hebreos 4.16; 1 Juan 1.5; Apocalipsis 4.5.

Tener luz en nuestro ojo quiere decir tener visión de las cosas celestiales, de la persona de Dios, de Sus deseos, de Su voluntad; tener luz en el ojo es tener visión acerca del plan de Dios, de lo que Él está haciendo, de lo que hará, de la manera como ejecuta Su plan para hacernos uno con Él y convertirnos en Sus colaboradores, es decir, aquellos que laboran con Él. Dios da esa luz, esa visión a quienes se acercan a vivir en el trono de la gracia, a aquellos que se han habituado a tener comunión con Él, a vivir en Su presencia. El Señor suple Su visión a aquellos que en su espíritu buscan revelación.

Cuando alcanzamos revelación en nuestro espíritu y visión en el alma, todo nuestro ser se llena de luz; en cada instante de nuestra vida sabemos qué agrada y qué desagrada al Señor y Él puede tener plena satisfacción con nosotros, porque siempre encontrará frutos para disfrutar; nunca seremos estériles y sin fruto, siempre estaremos creciendo en Él y así tendremos una entrada amplia en el reino de los cielos: "***Por lo cual, hermanos, sed aún más diligentes en hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no tropezaréis jamás. Porque de esta manera os será suministrada rica y abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo***" 2 Pedro 1.10-11.

3. La falta de servicio a Dios

El tercer punto que debemos aprender, quienes tenemos se-

rias aspiraciones de ganar la entrada al reino de los cielos, es tratar cabalmente nuestro servicio al Señor, y debemos recordar que servir al Señor no consiste en hacer obras para Él: "***Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o será fiel al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas***" Mateo 6.24.

Para servir genuinamente al Señor requerimos consagrarnos a Él y la palabra consagración tiene como significado principal esperar. Un hijo de Dios que se consagra al Señor es aquel que espera en Él, que no busca con ansiedad ser llamado por Él, que no tiene iniciativa de hacer obras para Él, sino que busca que Él lo llene de todas Sus riquezas, que lo sigue adonde Él va, que oye Su palabra y la hace y que permite que sea el Señor quien haga Sus obras en él, que se deja guiar y gobernar por el Señor en todas las actividades que realiza en su diario vivir.

En este pasaje hay una disyuntiva: servir a Dios o servir a las riquezas. No podemos servir a los dos; o servimos a Dios y aborrecemos las riquezas o servimos a las riquezas y aborrecemos a Dios. Las riquezas referidas en el pasaje no tienen que ver solamente con riquezas materiales, con posesiones de bienes materiales. Una interpretación del pasaje que se limite solamente a hablar de las riquezas materiales es superflua y escasa de visión.

Hay muchas riquezas que nos apartan de Dios y no son necesariamente bienes materiales. Por ejemplo, la capacidad intelectual que pueda tener un creyente, si no lleva esa capacidad al Señor y se humilla ante Él, para que su capacidad sea pasada por la cruz y muera, se puede convertir en un esclavizante de ese creyente, y en lugar de servir al Señor de manera genuina, resulta aborreciéndolo.

En la Biblia encontramos un caso que nos ilustra suficientemente sobre el particular. Moisés había sido escogido por Dios para el propósito específico de libertar a Su pueblo Israel de la esclavitud egipcia. Desde su nacimiento, él tuvo que pasar por situaciones muy especiales, la primera de las cuales consistió en que para poder salvar su vida, su madre tuvo que ponerlo dentro de una cesta de mimbre y dejarlo en las aguas del río Nilo. Allí lo encontró la hija del rey de Egipto, lo prohijó, lo dio a su madre para que lo criara y cuando llegó a cierta edad fue llevado al palacio del Faraón egipcio donde fue enseñado en las letras, las ciencias y las artes, de la familia más poderosa de la nación más poderosa que existía en la tierra.

Cuando Moisés llegó a la edad adulta, supo que su pueblo no era el egipcio, sino que pertenecía al pueblo hebreo y viendo la infame esclavitud a que eran some-

tidos sus hermanos, decidió en su corazón liberarlos y comenzó a actuar en tal sentido, matando a un egipcio que golpeaba a un hebreo.

Esto lo supo el Faraón y Moisés tuvo que huir al desierto, donde permaneció cuarenta años cuidando ovejas.

Debido a que en el desierto no tenía con quien hablar, paulatinamente fue olvidando las letras, las artes y las ciencias que había aprendido en Egipto y hasta su lengua se volvió torpe para hablar. Así cuando Dios lo llamó para que cumpliera el propósito que Él le había trazado, Moisés le dijo a Dios que no sabía hablar, que era torpe de lengua y que sería mejor que Dios buscara a otro para llevar adelante esa misión.

Dios le dio una solución diciéndole que para aliviar su torpeza de lengua, su hermano Aarón sería la boca que hablaría por él.

Solamente cuando las capacidades de Moisés pasaron por la cruz y murieron en el desierto, Dios usó esas capacidades y usó a Moisés en el propósito que le había determinado.

Moisés pudo haberse aferrado a las capacidades intelectuales que había adquirido al ser educado como rey egipcio, pudo declararle la guerra al faraón y al pueblo egipcio y liberar a su pueblo contra viento y marea, pero no lo habría hecho bajo el propósito y la voluntad de Dios, sino en su hombre viejo. Toda su estrategia habría fracasado.

Así ocurre con el cristianismo contemporáneo. Sus miles de congregaciones y con ellas sus líderes, tienen tanto aprecio por hacer obras para Dios y no se dan cuenta que, en esas obras, generalmente gigantescas, quienes las promueven y las hacen, están amando sus riquezas y están aborreciendo al Señor. La disyuntiva es clara: amamos las riquezas y aborrecemos al Señor o amamos al Señor y aborrecemos las riquezas.

O hacemos obras para el Señor y en tal caso lo aborrecemos, o le permitimos que Él haga Sus obras en nosotros y a través de nosotros, caso en el cual lo amamos y aborrecemos las riquezas. Que el Señor dé más luz a cada uno sobre el particular.

4. La falta de encargo por el reino

El capítulo 6 de Mateo, que es el segundo que habla de la constitución del reino de los cielos, concluye mostrándonos la necesidad que tenemos los creyentes de tener encargo por el reino de los cielos y Su justicia y de no estar preocupados por nuestras necesidades básicas, de las cuales se encarga el Señor, como Padre amoroso que es.

Los versículos 25-34 dicen: "***Por tanto os digo: No os inquietéis por vuestra vida, qué***

habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, con preocuparse, añadir un codo a su estatura? Y por el vestido, ¿por qué os preocupáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no se afanan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de los cielos y hacer lo que es justo delante de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os inquietéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia inquietud. Basta a cada día su propio mal'.

Uno de los puntos en que los creyentes tenemos más dificultades, es en vivir la realidad de la palabra contenida en los versículos arriba transcritos. La inquietud por la vida, por el futuro, por la comida y la bebida y por el vestido, son circunstancias que nos agobian, y en las que cuesta mucho trabajo tener plena confianza en el Señor.

El Señor afirma que la vida es más que la comida y que el cuerpo es más que el vestido, y para corroborarlo nos recuerda lo que ocurre con las aves del campo, que aunque no siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros, el Padre las alimenta y luego dice que nosotros valemos mucho más que ellas.

¡Si el Padre cuida y suple las necesidades de las aves que tienen poco valor, cuánto más hará por nosotros Sus hijos, que tenemos para Él un valor muy elevado! El problema está en que los creyentes no aprenden fácilmente a confiar en el Señor y, como las gentes del mundo, viven agobiados y afanados por el sustento diario.

Esta es una arma muy eficaz que satanás ha utilizado a lo largo de las eras para impedir que los hijos de Dios puedan confiar plenamente en su Señor y de esa manera el reino de los cielos sea establecido y el cumplimiento del propósito de Dios llegue a su culminación.

A continuación, el Señor muestra el problema de la preocupación. Estar preocupado quiere decir estar ocupado de antemano y una persona preocupada tiene

el alma llena de angustia por la comida y la bebida, y no tiene ni siquiera un pequeño espacio en ella, para que Dios pueda llenarla con Sus riquezas. Por eso en la entrada el reino de los cielos el Señor plantea la necesidad de ser pobres en espíritu: "***Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos***" (Mateo 5.3).

Ser pobre en espíritu quiere decir estar dispuestos y desocupados para que el Señor pueda llenar el alma, con Sus insondables riquezas. Desocuparnos de nuestras cosas y aun de las cosas que el Señor nos dio ayer, nos garantizará que el Señor pueda llenarnos cada día con Su persona y con la novedad de Su persona, y así confiemos plenamente en Él.

Para reafirmar esta condición, el Señor dice: ***¿Y quién de vosotros podrá, con preocuparse, añadir un codo a su estatura?*** La preocupación agobia cada día a las gentes el mundo, y específicamente la preocupación por el sustento. Al respecto el Señor afirma que esa preocupación es vana, que por más grande que sea no contribuye en nada a solucionar las necesidades de sustento. Si Dios alimenta las aves, ¿no será capaz de alimentar a Sus hijos? Claro que sí; debemos aprender a dominar la ansiedad, a echarla sobre Él y a hallar descanso para nuestras almas. El Espíritu nos aconseja sobre el particular: "***echando toda vuestra ansiedad sobre Él, porque Él se preocupa por vosotros***" 1 Pedro 5.7.

Otro aspecto que llena de ansiedad a las gentes es el vestido. Las más grandes industrias del mundo están dedicadas a este campo, produciendo ropas, perfumes, maquillajes y todo un mundo lleno de sofisticación que esclaviza a las personas. La moda en el vestido tiene atrapado a la totalidad de los habitantes de la tierra y las industrias del ramo imponen de tiempo en tiempo una manera de vestir, usan los medios de comunicación para imponerla en el alma de las personas y casi nadie puede escapar de esa trampa, con la que es imposible luchar. Si una persona no se viste a la moda está *out*, no es aceptada con agrado en el medio social en que se desenvuelve, es discriminada y hasta se burlan de ella.

Sin embargo, el Señor nos habla a Sus hijos: ***Y por el vestido, ¿por qué os preocupáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no se afanan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos***. El Señor Jesús enseña, a quienes estamos siendo entrenados para entrar en el reino de los cielos, a no vivir ansiosos por las necesidades de nuestra subsistencia sino a confiar y a esperar completamente en Él.

En cuanto al vestido hace una comparación con los lirios del

campo, diciendo que no tienen cultivos de algodón ni cuidan ovejas de donde puedan obtener algodón y lana, materias primas para la ropa; que no tienen fábricas para producir telas de excelsa calidad, ni tienen confeccionistas para producir hermosos vestidos; pero que ni siquiera Salomón, el rey más rico y esplendoroso de su época, tuvo la oportunidad de vestirse, como Dios viste a un lirio.

El lirio, conocido también como azucena, es una flor sin igual, tiene unos colores exóticos difíciles de encontrar en otras flores y su variedad es tan grande que se conocen más de ciento diez especies distintas, y todas ellas de una hermosura radiante.

El Espíritu Santo escogió un ejemplo magnífico para mostrar el cuidado de Dios por Sus hijos. No hay ningún vestido, por hermosa que sea su confección y por impresionantes que sean sus colores, que se pueda comparar con un lirio, y este vestido fue ideado por nuestro Padre. Él si tiene conocimiento de vestidos hermosos. El vestido que ha puesto en nosotros es Cristo mismo: "***porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos***" Gálatas 3.27. El Señor Jesucristo es el vestido más bello, agraciado y precioso, con el que el Padre nos ha vestido.

Por esa razón, el Señor afirma inmediatamente: "***Y si a la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?***" Mateo 6.30. El lirio, con su vestido de tanta gala, finalmente es una hierba, cuyo destino final es ser echada en el horno. A nosotros Dios nos viste con un vestido mucho más excelso y duradero: Él mismo.

El problema está en que los creyentes, hijos de Dios, son hombres de poca fe, Dios no ha crecido suficientemente en ellos para que puedan apreciar lo elevado de Su riquezas, tienen muy poco disfrute de la abundancia que Él les ha preparado; se acercan muy poco al trono de la gracia para ser suplidos con Su gracia y Su misericordia, cuando debieran vivir en ese trono; es muy poca la comunión que tienen con el Señor entrando en su aposento más interior, para vivir en intimidad con Él; buscan muy poco en Su palabra revelación y luz acerca de Su persona, de Sus deseos, de Su plan y de Su trabajo en ellos; y de manera general es escaso el conocimiento que tienen de su Señor y poco el crecimiento que han logrado en el transcurso de su vida de creyentes, porque durante ella se han dedicado a seguir líderes, ministerios particulares, organizaciones y doctrinas, que los alejan del Señor y de Su conocimiento. ¡Es tiempo de preocuparte porque la fe, que es el Señor mismo, crezca en ti hasta que llegues a la plenitud de la estatura de Cristo!

Llegado a este punto, el Señor dice: "***No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas***" Mateo 6.31-32. Él demanda de Sus discípulos que no llenen sus almas—mente, voluntad y emoción— con la preocupación de lo que van a comer, a beber o a vestir.

Estas tres son necesidades básicas de todo ser humano, pero si el alma se llena de preocupación por ellas, se le está dando una gran oportunidad a satanás para desviar a los hijos de Dios tras él, e impedir que el plan de Dios se realice y el reino de los cielos sea establecido. El enemigo ha perfeccionado el suplir aparente de estas tres necesidades, en el sistema que se llama el mundo, mediante el cual seduce, atrapa y cautiva a todas las personas, a los gentiles, aquellos que no tienen relación alguna con Dios.

No hay nada más sofisticado en el mundo que la preparación de comidas y bebidas y la confección de vestidos. Los lectores encontrarán grandes cadenas de televisión, páginas de internet, emisoras de radio y otros medios de comunicación tales como revistas, magazines y diarios, dedicados a este mundo sofisticado.

Millones de gentes son atraídas y seducidas por este sistema que les produce una "felicidad y emoción" pasajeras y luego una profunda decepción, que los obliga a sumergirse más en ese mundo. Finalmente son totalmente atrapados por él, quedan enteramente asidos por la comida, la bebida y el vestido.

El cristianismo contemporáneo, especialmente sus líderes que han alcanzado algún estatus de importancia, no escapan de este mundo tenebroso, y su vivir es igual al de los gentiles. Se visten con ropas de ciertas marcas, se preocupan por tener el último grito de la moda, especialmente en el vestido. Sus feligreses, en los cultos y en las misas, tienen tácitas competencias en cuanto a ropas, maquillajes y perfumes, que en nada se diferencian de los grandes salones de la moda.

¿Quiere decir esto que los genuinos creyentes deben ser descuidados en el asunto del vestido y la comida? Este es un extremo religioso que se practica en algunas denominaciones, donde enseñan a sus devotos a tener un porte exterior descuidado, porque si se arreglan, ofenden al Señor.

Como hijos de Dios somos Sus embajadores, quienes lo representamos y expresamos en esta tierra, y por tal razón debemos representarlo y expresarlo de la mejor manera, como es digno de Él. Debemos vestirnos con lo mejor que tengamos, pero no debemos ser cautivos de usar ropa

de determinada marca ni de vivir acorde con la moda, sino que nuestro vestido debe reflejar el deseo y la complacencia del Señor.

En palabras sencillas, cada mañana, cuando nos vestimos, debemos hacerlo en comunión con el Señor, preguntándole si la ropa con la que nos hemos de vestir es agradable a Él, si mi manera de vestir es propia de uno de Sus representantes, si en mi vestido Él puede ser expresado y otras personas van a encontrar Su manifestación en mí.

Pero nuestro vestido no debe reflejar competencia frente a otros para manifestar que yo tengo mejores gustos, que soy superior a los demás y que yo merezco sitial de honor por mi buena manera de vestir. Esta es la preocupación propia de los gentiles.

Igualmente, cuando nos reunimos con los santos, debemos ser muy aseados y nuestra presentación personal debe ser excelente, porque al fin de cuentas estamos todos en la presencia del Señor de todos los señores y del Rey que está por encima de todos los reyes. Además, Él nos viste mejor que a los lirios del campo, que son incomparables en hermosura; Él nos viste de Cristo.

La humildad no se manifiesta por ser descuidados en el vestido; eso más bien refleja poco amor y poco cuidado por el Señor. El buen juicio está en que aun en el vestido dependemos del Señor y tratamos de agradarlo a Él.

No hay que malinterpretar las palabras que el Espíritu Santo por medio de Pedro nos escribió: "***Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos, sino el del hombre interior escondido en el corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu manso y sosegado, que es de gran valor delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus propios maridos***" 1 Pedro 3.3-5.

No quiere decir el Señor que las hermanas no puedan peinarse, o no deban vestirse elegantemente, o no puedan usar algún adorno de oro o de plata, porque esa sería una manera carnal de entender la Biblia. Nótese que hay un adjetivo que califica la acción de vestirse o de adornarse y en él está la clave del tema: *ostentación*. Si un hermano o hermana se viste de determinada manera para ser admirado por su vestido o por sus adornos, está ostentando, pero si su decisión de vestir la toma cada día en comunión con el Señor, su ornato en verdad proviene de la humildad que ha ganado en su hombre interior escondido en su corazón y demuestra que en su espíritu el Señor ha ganado Su mansedumbre y Su sosiego, y ese(a) hermano(a) es de gran valor para el Señor.

Todo lo que hagamos, sea vis-

tiéndonos, pensando, hablando y actuando, debemos hacerlo para agradar al Señor, en plena comunión con Él, buscando Su complacencia: "***Y todo lo que hagáis, hacedlo con el alma, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la herencia por recompensa. Es al Señor Cristo a quien servís***" Colosenses 3.23-24.

Todo el secreto está si en nosotros hay o no preocupación por la comida, la bebida o el vestido, es decir, si nuestro tiempo está ocupado en esas cosas o si nuestra alma está angustiada y afligida por el sustento, lo que es muy común entre los gentiles.

Las gentes del mundo se levantan temprano para ir a trabajar y se acuestan tarde, tratando de añadir riquezas a su peculio, para suplir sus necesidades conforme al modelo del mundo. Los hijos de Dios no estamos afanados por esas cosas, y aunque trabajamos arduamente, siempre confiamos en el Señor que es quien nos da vida, aliento y suple todas nuestras necesidades: "***pues Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas***" Hechos 17.25.

La comida es otro asunto que merece nuestra atención como embajadores de Cristo. Debemos comer todo aquello que el Señor nos suple, pero tenemos que aprender a tener una dieta balanceada para que nuestro cuerpo sea saludable y no nos llenemos de enfermedades que nos lleven rápidamente a la muerte. Un hermano con un cuerpo enfermo difícilmente puede servir al Señor.

Si somos cuidadosos en lo que comemos y lo mezclamos con una dosis adecuada de ejercicio físico, seremos longevos y sanos y el Señor podrá usarnos en el desarrollo de Su plan. Igualmente tendremos tiempo suficiente en la tierra para que el Señor sature nuestro corazón con Sus riquezas y podamos ser aquellos vencedores que Él desea y logremos ser las Primicias que serán arrebatadas vivas antes del comienzo de la Gran Tribulación.

El Señor remata este asunto con unas palabras muy dicientes: "***No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas***" Mateo 6.31-32.

Nosotros fuimos gentiles, enemigos de Dios y alejados de Sus promesas, de Sus pactos y de Su ciudadanía; pero ahora somos hijos de Dios y hacemos parte de Su familia. Fuimos pecadores y ahora somos santos. Por esa razón ya no nos preocupamos angustiándonos por lo que comeremos, beberemos o vestiremos. Nuestro afán quedó en la cruz con nuestro Señor Jesús; ahora tenemos un Padre amoroso que conoce todas nuestras necesidades y las suple oportuna y abundantemente.

Capítulo 19

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (3)

5. Nuestra búsqueda: el reino y Su justicia

A cambio de estar preocupados por la comida, la bebida y el vestido, el Señor guía a los hijos del reino acerca de cuál ha de ser su búsqueda: "***Mas buscad primeramente el reino de los cielos y hacer lo que es justo delante de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas***" Mateo 6.33. Nuestra búsqueda diaria debe ser el reino y Su justicia, es decir la justicia de Dios.

Es interesante observar la manera en que algunas versiones españolas de la Biblia traducen este versículo. La Biblia al Día, la tercera edición de la Biblia de Jerusalén, La Nueva Versión Reina Valera de 1990 y 2000, la versión revisada por los adventistas, la Reina Valera 1960, la Reina Valera Actualizada, la versión Palabra de Dios para Todos y la Versión Moderna, lo traducen así: "***Más bien, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas***". Se nota que los traductores y los revisores de las versiones citadas no tuvieron luz acerca del reino de Dios y del reino de los cielos.

Versiones de la Biblia como Castillian, la Biblia de las Américas, la Nueva Biblia de los Hispanos, la Biblia Textual y la Versión Recobro del Nuevo Testamento, en concordancia con todos los interlineales griegos lo traducen de la siguiente manera: "***Buscad primero el reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por a añadidura***". Estos traductores y revisores no dicen a qué reino se refirió el Señor, si al reino de Dios o al reino de los cielos.

Sin embargo, hay una versión, que a nuestro modo de ver, quienes la hicieron tenían una clara visión acerca de la diferencia entre el reino de Dios y el reino de los cielos. La versión a la que hacemos referencia es *Dios Habla Hoy* del año 2000 que dice así: "***Por lo tanto, buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura***". Enfáticamente aquí se habla del reino de los cielos y consideramos que es la versión más acertada por cuanto los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo se refieren única y exclusivamente al reino de los cielos.

No podemos pasar por alto la forma como la traduce la versión La Biblia en Lenguaje Sencillo: "***Lo más importante es que reconozcan a Dios como único rey, y que hagan lo que él les pide. Dios les dará a su tiempo todo lo que necesiten***". El lenguaje usado por esta versión en el versículo que venimos tratando nos parece magnífico. Creemos que es muy esclarecedor.

Consideramos que el estudio juicioso de estas versiones nos

dará una luz muy diáfana acerca de lo que el Señor quiere decirnos, porque no podemos olvidar que el Nuevo Testamento fue escrito en griego y que ese lenguaje es mucho más amplio que el español, y que a menos que hubiésemos nacido griegos, podríamos entender el sentido exacto de las palabras, frases y oraciones que el Señor usó para dejarnos Su palabra en la Biblia.

El centro del asunto que estamos tratando aquí es que el Señor desea que busquemos primeramente el reino de los cielos y la justicia de Dios. Que no nos preocupemos por el suplir de las necesidades básicas de comida, bebida y vestido, ya que son añadiduras que el Señor nos dará oportunamente.

Infortunadamente en el cristianismo contemporáneo este asunto está totalmente invertido. Las personas que allí militan están preocupadas por las añadiduras, pero no están buscando el reino de los cielos.

Buscar primeramente el reino de los cielos es vencer todas las situaciones de degradación en que la iglesia ha caído desde los tiempos de Éfeso, y que se desarrolla en las seis iglesias, de acuerdo con la descripción de Apocalipsis 2 y 3. Buscar primeramente el reino de Dios y la justicia de Él es vencer la caída del primer amor ocurrida en Éfeso, donde los hermanos perdieron el candelero y cayeron en tinieblas, quedando completamente a oscuras, sin poder ver el camino por donde deben andar. Volver al primer amor implica poder recuperar el disfrute del árbol de la vida, que contiene todas las riquezas de Dios.

Buscar primeramente el reino de los cielos y Su justicia no es nada diferente a vencer la situación de pobreza y miseria espiritual en que los hermanos cayeron bajo la condición de Esmirna. Por falta de una alimentación espiritual apropiada, los hermanos se debilitaron espiritualmente y dieron lugar para que satanás los vituperara, los persiguiera y los metiera en la cárcel.

Buscar primeramente el reino de los cielos y la justicia de Dios es igualmente vencer a satanás, su entronización en la iglesia y la introducción de sus enseñanzas diabólicas de la doctrina de Balaam y de la doctrina de los nicolaítas. Es decidir ser uno con el Señor para acabar la idolatría, la fornicación espiritual y la jerarquización de la iglesia, donde unos pocos, instigados por satanás, se convierten en líderes y dominan a los hermanos para guiarlos lejos del Señor, buscando ser seguidos, pero no ayudando a los hermanos a que sigan al Señor que es el único pastor, apóstol y líder de la iglesia. Él es la Cabeza, nosotros somos miembros de Su cuerpo. El único digno

de ser seguido por nosotros es Él, nadie más.

Buscar primeramente el reino de los cielos y seguir la justicia de Él es igualmente vencer a esa falsa profetiza que se llama Jezabel, vencer su seducción a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Esa mujer está conformada por los poderosos líderes de las diferentes organizaciones que se proclaman como "*iglesias cristianas*", es decir el catolicismo romano, el catolicismo ortodoxo de oriente y el protestantismo con sus miles de organizaciones denominadas y las que se proclaman como grupos libres. Sus líderes y sus organizaciones ni siguen al Señor ni enseñan a seguirlo, sino que sus enseñanzas son trampas seductoras que atraen a los siervos de Dios a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Son practicantes de fornicación espiritual y de idolatría.

Buscar primeramente el reino de los cielos y Su justicia consiste además en vencer la condición de muerte en que ha caído el cristianismo, expresado en Sardis, donde cada uno tiene nombre de que vive, pero en realidad está muerto. Nuestro Señor Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, con Su resurrección ha vencido la muerte y ha inoculado dentro de nosotros la vida eterna, la vida que no muere; la vida incontaminada y la vida que no se envejece, es decir no se marchita; para que andemos en esa vida. Sin embargo, satanás ha llenado de muerte al cristianismo. Si buscamos el reino de los cielos venceremos esa condición de la iglesia y manifestaremos la vida que vence a la muerte.

Buscar el reino de los cielos y la justicia de Dios es vencer la condición de tibieza que se encuentra en la condición de Laodicea, donde los mismos hijos de Dios, especialmente los de este tiempo, consideran que en los grupos donde se encuentran tienen todo, se han enriquecido y no tienen necesidad de nada, cuando en verdad son desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos, y aunque tienen toda la gracia del Señor para comprar oro refinado en fuego y ser verdaderamente ricos, para comprar vestiduras blancas y no ser hallados desnudos y para ungir sus ojos con colirio y tener una visión clara del Señor y Su plan, no compran del Señor esas cosas que los llevará a ser vencedores.

Buscar primeramente el reino de Dios y Su justicia es vivir la realidad de Filadelfia guardando la palabra que el Señor nos revela y no negando Su nombre, a pesar de tener poco poder[1].mal

1. El lector puede enriquecerse más espiritualmente leyendo los libros ***La Degradación de la Iglesia*** y ***Los Vencedores: Las Primicias, El Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***, donde encontrará más revelación sobre este tema.

Buscar primeramente el reino de los cielos y la justicia de Dios es conocer con anhelo Su voluntad para hacerla, y así garantizarse una entrada franca y amplia en el reino de los cielos, en aquel día cuando el Señor vendrá y establecerá Su tribunal para juzgar a cada uno de Sus hijos y premiarlos o castigarlos según haya hecho o no Su voluntad.

¿Qué quiere decir lo que el Señor afirma que *todas esas cosas se os darán por añadidura?* Las necesidades de sustento y vestido en verdad no son bendiciones sino añadiduras. Lamentablemente el creyente que no sabe vivir en el espíritu, que no ha aprendido a tener comunión con el Señor, vive preocupado por las cosas del mundo, vive inmerso en los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, sin darse cuenta que estas son cosas del mundo que no provienen del Padre ni lo agradan a Él: "***Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre***" (1 Juan 2.16-17).

La carne, esa mezcla inmunda de la naturaleza satánica con la naturaleza humana, impulsa al hombre a tener deseos, que no siempre son malsanos, porque en la carne no solamente está el sino el bien; esos deseos llevan a los ojos a desear, a querer poseer y luchar por tener lo que la carne desea y lo que los ojos ven y anhelan. Desde ahí hay un paso muy pequeño para desear ganar gloria de los hombres, gloria en el mundo, que es una gloria vana. Los hombres y entre ellos muchos creyentes, tienen como meta tener éxito en la vida, ser grandes profesionales, ocupar puestos de importancia en empresas, ser conocidos de la gente, ser "*alguien en la vida*", y si son cristianos, sus aspiraciones son las de pastorear una "*gran iglesia*", ser un "*predicador*" conocido internacionalmente, llenar estadios y grandes superficies para que su palabra sea oída, y para hacer grandes señales propias de falsos cristos y falsos profetas; pero todo eso es vanagloria de la vida y el Señor dice que nada de eso proviene del Padre, sino que pertenece al mundo. Nada de esto es la voluntad de Dios, sino que son cosas pasajeras, son concupiscencias que se desvanecen rápidamente. En cambio, si buscamos la voluntad de Dios, permaneceremos para siempre.

¿Quiere decir esto que los creyentes espirituales no deben estudiar, no deben graduarse de la universidad, no deben aspirar a escalar altas posiciones en las empresas, o no deben trabajar? Nada de eso, los hijos de Dios debemos aspirar a lo mejor. Un jo-

ven creyente debe esforzarse por obtener su educación media y ser el mejor estudiante; debe desear estar en la mejor universidad y graduarse aun con honores; debe buscar un buen empleo y ganar un buen salario, pero la diferencia con quienes están en el mundo y se conforman a él, es que no desea buscar su gloria, sino que el Señor sea glorificado en su vivir.

Si alcanza un alto cargo es porque el Señor lo ha puesto allí, si ha logrado un buen grado universitario que lo obtenga en comunión con el Señor, dándole gracias y honra a Él, no buscando su propia gloria.

En el Antiguo Testamento, en el libro de Daniel hay dos casos bien contrastados, que nos ayudarán a entender este asunto. El primero es Nabucodonosor. Éste era un rey gentil de una nación gentil, bien corrupta, pero por causa de la desobediencia de la casa de Judá, Dios lo usó para castigar a Su pueblo. Nabucodonosor subió a Jerusalén y la sitió. Después de tres años tomó la ciudad, la quemó, destruyó el templo y tomó los utensilios de servicio a Dios y llevó cautivo a casi todo el pueblo judío, incluidos su rey y sus príncipes.

Debido al esplendor de su reino, Nabucodonosor se llenó de vanagloria y declaró: "***¿No es ésta la gran Babilonia que yo he edificado para metrópoli del reino, con la fuerza de mi poder, y para la gloria de mi grandeza?"*** Daniel 4.30. Debido a que ese rey estaba teniendo tratos con el pueblo de Dios, el Señor lo reprendió por su orgullo y vanagloria: ***"Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando del cielo cayó una voz, que dijo: ¡A ti se te dice, rey Nabucodonosor, que el reino ha sido traspasado de ti! ¡De entre los hombres te van a expulsar, y con las bestias del campo será tu morada, y te harán comer hierba como los bueyes, y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y lo da a quien le parece! En aquella misma hora se cumplió en Nabucodonosor esta sentencia; pues que de entre los hombres fue expulsado, y como los bueyes comía la hierba, y con el rocío del cielo fue mojado su cuerpo, hasta que los cabellos le crecieron como plumas de águila, y sus uñas como las de aves de rapiña***" Daniel 4.31-33.

Solamente después de que Nabucodonosor se humilló ante el Señor y lo reconoció como Dios, fue restituido a su condición humana normal y a su reino.

El otro caso que encontramos aquí es el de Daniel. Él era un príncipe judío que fue llevado cautivo junto con su pueblo cuando el ejército babilonio sitió a Jerusalén y la destruyó. Como

Daniel hacía parte de la nobleza judía, el rey Nabucodonosor quiso que a él y a tres compañeros más, igualmente nobles, se les diera de la comida del rey, y que además se les enseñase las ciencias y la lengua de los caldeos, para que pudiesen estar en el palacio, en la presencia del rey.

En esta situación están reunidas las tres cosas de que habla 1 de Juan 2: ***los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida***, y además se constituía en una gran oportunidad de pasarla bien, y sobrellevar el cautiverio con menos penas.

Pero Daniel era un judío que amaba al Señor, que tenía comunión cara a cara con Él y tenía una clara visión del deseo del Señor y procuraba agradarlo en todo. Así que Él y sus tres compañeros rechazaron la oferta del rey, arriesgando aun sus vidas. Como no aceptaron la comida, ni las ciencias, ni la lengua de los caldeos, el Señor lo llenó de sabiduría y fue un alto testimonio del Señor en medio de ese reino corrupto, a tal grado que Nabucodonosor lo exaltó en su gobierno y más tarde, cuando los medo-persas tomaron Babilonia, igualmente el rey Darío lo puso como gobernante en su dilatado reino.

Los falsos maestros, líderes del cristianismo contemporáneo acomodan estas palabras a sus intereses mezquinos y se aprovechan de sus seguidores instándolos a que, en los países democráticos, voten para ser elegidos en cargos de elección popular, dizque con la idea de predicar el evangelio y salvar al país de la corrupción en que anda todo el mundo. El resultado de esa actitud equivocada es que esos líderes dan un pésimo testimonio del Señor, se corrompen a veces más que los incrédulos y lo único que logran es acrecentar sus arcas con riquezas materiales, pero ninguna gloria para el Señor.

Hay que entender lo que el Señor Jesús declaró en Juan 19.36: "***Mi reino no es de este mundo; si Mi reino fuera de este mundo, Mis servidores pelearían para que Yo no fuera entregado a los judíos; pero Mi reino no es de aquí***".

Se equivocan completamente quienes piensan que el Señor tiene interés en cambiar este mundo y que los usará para mejorar las condiciones negativas y corruptas que imperan en él.

Entiendan líderes cristianos que los reinos de este mudo están destinados a destrucción, no se mezclen más con tanta inmundicia, salgan de ahí y ayuden a sus seguidores a salir del mundo pestilente. Dejen ya de buscar seguidores. Arrepiéntanse y sigan al Señor y ayuden a seguir al Señor, a quienes han engañado durante tanto tiempo. Él es el verdadero líder de Su iglesia, es la Cabeza,

ustedes no son la cabeza, ni el Señor les ha dado ningún liderazgo.

En cuanto a los reinos de este mundo el Señor sí los tomará dentro de poco para gobernar sobre toda la tierra, con Sus vencedores, con justicia y sin corrupción. Vuélvanse al Señor, busquen primeramente el reino de los cielos y aprovechen la oportunidad que el Señor les está brindando de ser vencedores y reinar con Él en el reino milenario, que es la manifestación plena de reino de los cielos.

Si bien es cierto que Daniel fue gobernante en Babilonia y en el reino de Media, y es igualmente cierto que jamás buscó serlo; simplemente, el Señor necesitaba hacer algo con Su pueblo y lo puso en el gobierno, como lo hizo con José y con Moisés en Egipto. Como resultado de esto, cuando Ciro el persa tomó las riendas del reino, seguramente Daniel le habló de lo que el Señor había hablado acerca de Ciro hacía unos 160 años, de que él liberaría a Su pueblo y le redificaría su casa que estaba en Jerusalén. Cuando Ciro vio su nombre plasmado en el libro de Isaías (véanse los capítulos 44 y 45) inmediatamente decretó la libertad del pueblo de Dios y su regreso, tal como consta en el capítulo 1 del libro de Esdras.

Daniel fue un hermano que hizo la voluntad de Dios, y por eso en su libro hay tanta revelación y mucho ejemplo de cómo vive un hombre que hace la voluntad del Señor.

No hay nada contradictorio en estudiar, en trabajar, en aspirar a ganar un buen salario o a tener un cargo importante en una empresa. Lo que es equivocado es buscar llenarse de vanagloria, por medio de lo que el Señor provee.

Trabajar es una necesidad del creyente y es un buen testimonio para el Señor, porque Él es claro en Su palabra: "***Ahora bien, os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según las instrucciones que os fueron entregadas y que recibisteis de nosotros. Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviésemos derecho, sino por daros a vosotros como ejemplo para que nos imitaseis. Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no tra-***

bajando en nada, sino entrometiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos en el Señor Jesucristo, que, trabajando sosegadamente, coman su propio pan… pero si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo" 2 Tesalonicenses 3.6-12; 1 Timoteo 5.8.

Nuestra búsqueda debe centrarse en que el Señor se agrade en todo, en cada pensamiento, cada palabra y cada acto de nuestra vida. Cuando Él nos gobierna plenamente, podemos decir que el reino de los cielos está en la tierra.

Por eso nos parece tan interesante la traducción de este versículo en la versión la Biblia en Lenguaje sencillo, que no podemos menos que transcribirlo nuevamente, y así concluir esta parte: "***Lo más importante es que reconozcan a Dios como único rey, y que hagan lo que él les pide. Dios les dará a su tiempo todo lo que necesiten***".

¡Que el Señor nos ayude a buscar primeramente el reino de los cielos y la justicia de Dios! ¡Que no nos llenemos de ansiedad por las añadiduras, Él las suministrará en el tiempo oportuno!

6. La preocupación por el futuro

Finalmente, en el último versículo de este capítulo el Señor nos habla acerca del futuro: "***Así que, no os inquietéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia inquietud. Basta a cada día su propio mal***" Mateo 6.34.

El mundo vive preocupado por el futuro; satanás pone en el corazón de los hombres inquietud, ansiedad y desesperación por el mañana. Los papás viven preocupados por el mañana de ellos mismos y de los hijos; la inquietud por lo que pueda ocurrir mañana o por lo que se pueda tener o no tener, es una de las más grandes aflicciones de toda la humanidad.

Muchas personas no ven un futuro promisorio y prefieren suicidarse y el índice de suicidas se ha incrementado tanto que algunos llaman a este hecho cruel, la epidemia del siglo XXI. En algunos países europeos se quitan la vida alrededor de diez personas cada día, superando la cifra de 3500 al año, esto solo en un país. Además, el índice de suicidios es mayor en los países que estadísticamente tienen los mayores índices de felicidad, tales como Dinamarca, Islandia, Canadá, Estados Unidos, Irlanda y Suiza entre otros, registran las mayores tasas de suicidio y se considera que este fenómeno es

la mayor causa de muerte violencia en la tierra.

El afán y la ansiedad es además la causa de un buen número de enfermedades que con frecuencia lleva a las personas a la muerte, y se expresa por medio de una de los males que causa un alto número de muertes, como es el estrés. En los servicios médicos de siquiatría y en los de sicología, el mayor número de pacientes consulta por esta enfermedad y es elevado el número de tratamientos médicos y clínicos que causa esa endemia.

Todas estas son herramientas que satanás sabe utilizar muy bien en el mundo contemporáneo para llenar a las gentes de angustia, y entre más se acerca el día de la venida del Señor, las preocupaciones, la ansiedad y la desesperanza van en aumento. Él mismo ya lo advirtió en Su palabra: "***Mirad también por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se carguen de disipación y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día como un lazo. Porque vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra***" Lucas 21.34-35.

Es inevitable que esta situación desesperante venga sobre todos los habitantes de la tierra. Por eso el Señor advierte a Sus hijos para que sean cuidadosos con sus corazones, porque estos pueden cargarse con tres cosas: ***disipación, embriaguez y afanes de la vida***, y también sean atrapados por el lazo que ha de venir sobre toda la tierra.

Por eso es bueno recordar la promesa que el Señor hace al ángel de la iglesia en Filadelfia: "***Por cuanto has guardado la palabra de Mi perseverancia, Yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre toda la tierra habitada, para probar a los que moran sobre la tierra***" (Apocalipsis 3.10).

Debemos ser aquellos que guardamos la palabra de perseverancia del Señor, para que así mismo seamos guardados por Él de las aflicciones, el afán y la ansiedad que envuelven al mundo.

El mañana es incierto, aún puede no existir. Cada día trae su propia dificultad, pero si los vivimos en el Señor, toda la ansiedad y toda la aflicción los comeremos como pan y tendremos seguridad en el Señor. Nada nos mueve de Él. ¡Vivamos diariamente quieta y reposadamente en Él!

Capítulo 20

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (4)

El juicio

Continuando con las características de la personalidad y el carácter de los hijos de Dios, que en este tiempo nos estamos preparando para entrar en el reino de los cielos cuando venga el Señor, llegamos al capítulo 7 de Mateo, y en primer lugar consideraremos los primeros 5 versículos, que hablan acerca del juicio sobre los demás: "***No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: ¿Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano***".

Si se mira la Biblia desde la carne y desde el sentimiento religioso, se llega a una rápida conclusión: *no se debe juzgar a nadie, porque el Señor es determinante al prohibir los juicios.* Pero eso no es preciso, no es lo que el Señor quiere decir en este pasaje.

Estamos convencidos de que en la Biblia no hay ninguna contradicción, porque ella fue inspirada por Dios y en ella está contenida la palabra de Dios. Para entenderla no debemos aislar un versículo y formar con él una doctrina particular. Esto es lo más peligroso y así se han formado las miles de sectas que conforman hoy el cristianismo. Esta ha sido una herramienta muy eficaz que el diablo ha utilizado para dividir la iglesia.

El concepto de no juzgar no es del Espíritu, porque el Señor sí desea que juzguemos, o dicho en términos más apropiados, el Señor quiere juzgar, pero quiere hacerlo por medio nuestro. Él lo afirma en 1 Corintios 5.3: "***Pues yo, por mi parte, aunque ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente <u>he juzgado al que tal cosa ha hecho</u>***".

En medio de la iglesia del Señor que estaba en la ciudad de Corinto, había un hermano que fornicaba con su madrastra y en lugar de juzgar la acción, a cambio de cuidar la iglesia para que satanás no la corrompiera con su pecado, los hermanos corintios estaban llenos de vanidad.

Pablo entonces, que era un hermano que andaba en el Espíritu, que vivía en permanente comunión con el Señor, afirma que él ya ha juzgado en el espíritu a quien había cometido esa acción abominable, y en su juicio, que no era el de Pablo, sino del Señor Jesucristo mezclado con Pablo, el hermano que había pecado de

esa manera debía ser entregado a satanás. Pero esta persona no debía ser juzgada solamente por Pablo, sino que en el juicio debían participar todos los santos que vivían en la ciudad de Corinto.

En la decisión de Pablo guiado por el Señor, y en la que participaron todos los santos de Corinto, debían ser encabezados por el Señor: "***En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo***" 1 Corintios 5.4.

Observa que en este juicio no participó un grupo especial de la iglesia, ni los ancianos, ni un sanedrín, sino todos los santos, es decir, toda la iglesia. Debemos enfatizar aquí que la iglesia es el Señor Jesús como la cabeza y los santos, los hijos de Dios, como los miembros. Juntos, Uno y otros juzgaron al hermano y su acción pecaminosa. O dicho de mejor manera, el Cristo, el Cuerpo con la cabeza hace el juicio que ordena el Señor.

Esto nos lleva a la conclusión de que sí hay juicio en la iglesia y sí debemos juzgar. En el mismo libro de 1 Corintios el Señor lo confirma: "***¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos? ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?***" 1 Corintios 6.1-3. Nosotros somos los santos y debemos juzgar las cosas de la iglesia y las cosas de esta vida, para que satanás no pueda ganar ventaja sobre nosotros.

¿De dónde entonces sale la tradición religiosa de no juzgar a nada ni a nadie? Hay por lo menos dos causas que originan esta actitud religiosa y equivocada. La primera consiste en aislar el versículo 1 de Mateo 7, y no mirar detenidamente el contexto, que va hasta el versículo 5. Si observamos en conjunto esos 5 versículos obtendremos revelación y luz más precisa sobre aquello que el Señor quiere mostrarnos acerca del juicio. Transcribimos el pasaje una vez más: "***No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano***".

Los hermanos que afirman que

ellos no juzgan a nada ni a nadie es porque no les gusta que los juzguen y no se dan cuenta de que, si aspiramos a entrar en el reino de los cielos en la venida del Señor, debemos pasar ahora por juicio, para que seamos aprobados y en Su venida no tengamos que ser juzgados por nada. Leamos lo que nos dice el Espíritu Santo en 1 Pedro 4.7: "***Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?***". La casa de Dios somos nosotros, los hijos de Dios, los redimidos, los nacidos de nuevo, y entre ellos unos obedecen al evangelio de Dios y otros no lo obedecen. Quienes obedecen están siendo juzgados por el Cristo—Jesús como la cabeza y los miembros del cuerpo, los santos—, para que en la venida del Señor no tengan que ser juzgados.

Cada uno de nosotros debe estar dispuesto a juzgar y a ser juzgado. Solamente que nuestro juicio no debe ser conforme a nuestras apreciaciones y conceptos, sino que cada vez que emitimos un juicio debemos hacerlo en plena comunión con el Señor y en cuanto sea posible debe hacerse con otros hermanos, cuando las cosas juzgadas afectan a la iglesia o a algunos santos.

Si no nos gusta juzgar es porque queremos encerrarnos en nosotros mismos y no queremos permitir que otros hermanos penetren en nuestras cosas, ni siquiera nos gusta que el Señor nos desnude. Pero observe lo que dice Mateo 7.5: "***¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano***".

Para juzgar es necesario juzgarnos primero a nosotros mismos delante del Señor—sacar la viga de nuestro propio ojo— y luego sí debemos mirar y sacar la paja que está en el ojo del hermano.

Si no tratamos nuestras cosas en juicio delante del Señor y no tratamos las cosas de los hermanos que nos afectan y que afectan a la iglesia, somos hipócritas y los hipócritas no pueden heredar el reino de los cielos. Debemos juzgarnos y juzgar a otros en la medida que sea necesario para tener un vivir saludable en el Señor, en el cuerpo de Cristo.

La segunda condición por la cual los hermanos evitan juzgar las cosas de la iglesia y de esta vida, es que equivocadamente se les ha enseñado sobre la autoridad. En la totalidad de los grupos cristianos se enseña que Dios delegó Su autoridad en los líderes de la iglesia y que ellos son infalibles como el papa. Sus decisiones y equivocaciones no deben ser juzgadas por ningún hermano, porque de hacerlo se están

oponiendo a la autoridad delegada por Dios y están resistiendo a Dios mismo.

Para sustentar su argumento se basan en las situaciones sufridas en el Antiguo Testamento por María y Aarón cuando se opusieron a Moisés, y ella quedó leprosa por siete días; o la actitud de Coré, Datán y Abiram, junto con algunos príncipes de Israel, cuando se opusieron a Moisés y Aarón y fueron fulminados por Dios. Quienes sostienen estas argumentaciones no se dan cuenta que, si bien es cierto, que en el Antiguo Testamento Dios delegó alguna medida de Su autoridad en algunos hombres, no es así en el Nuevo Testamento.

En el Nuevo Testamento la autoridad de Dios en la iglesia y aun en el universo, es ejercida solamente por Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor, y solamente Él nos gobierna por medio de la unción que nos ha dado y que permanece en nosotros, para enseñarnos todas las cosas y guiarnos a toda la verdad y a hacer la voluntad de Dios: "***Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en El***" 1 Juan 2.27.

Ningún hermano en la iglesia es intocable o no susceptible de ser juzgado. En la voluntad de Dios no existe el papa ni la infalibilidad del papa; no existen los pastores ni los líderes de la iglesia, ni la inmunidad ni la exoneración de juzgamiento de éstos. Debemos estar atentos al juicio que el Señor junto con nosotros hace sobre los santos que pecan o cometen faltas, para evitar que satanás gane alguna ventaja sobre el cuerpo de Cristo.

Debemos tratar la viga que está en nuestro ojo y debemos ayudar a sacar la paja que hay en el ojo de los hermanos, para que estando limpio nuestro ojo, las tinieblas sean disipadas y nosotros estemos llenos de luz. De esta manera ni el reino de las tinieblas ni las puertas del Hades podrán prevalecer contra la iglesia.

Una prueba de la certeza de esta afirmación la encontramos en Gálatas 2.11-14: "***Pues bien, cuando Pedro fue a Antioquía, le eché en cara su comportamiento condenable. Antes que llegaran algunos de parte de Jacobo, Pedro solía comer con los gentiles. Pero cuando aquéllos llegaron, comenzó a retraerse y a separarse de los gentiles por temor a los partidarios de la circuncisión. Entonces los demás judíos se unieron a Pedro en su hipocresía, y hasta el mismo Bernabé se dejó arrastrar por esa conducta hipócrita. Cuando***

vi que no actuaban rectamente, como corresponde a la integridad del evangelio, le dije a Pedro delante de todos: «Si tú, que eres judío, vives como si no lo fueras, ¿por qué obligas a los gentiles a practicar el judaísmo?»".

Pedro, quien para los católicos fue puesto como el primer papa, para los protestantes como líder de la iglesia, pero para el Señor solamente un miembro del cuerpo como cualquier otro, que el Señor usó cuando tuvo necesidad de hacerlo, manifestó una conducta incorrecta en cuanto al asunto de guardar la ley de Moisés, y presionaba a los hermanos para que lo hicieran, lo que hacía cuando estaban presentes los partidarios de Santiago el hermano del Señor, quien no tenía revelación ni visión acerca de lo que Dios estaba haciendo en el Nuevo Testamento, manifestando de esta manera, Pedro, una conducta hipócrita, tras de la cual fueron arrastrados los hermanos incluido Bernabé.

Cuando Pedro llegó a Antioquía donde estaba Pablo, éste lo reprendió duramente, reprensión que quedó escrita en la Biblia, para que de ella aprendamos nosotros, no a condenar a Pedro, sino a ganar visión del cuerpo de Cristo en el cual no debe haber ninguna jerarquía y mucho menos hermanos que son intocables y que no pueden ser corregidos. No juzgar, cuando el Señor quiere que juzguemos, junto con Él, es caer en hipocresía. No perdamos nuestro galardón por un pequeño desliz.

Para completar este asunto que venimos tratando acerca del juicio que los hermanos deben practicar en la iglesia es necesario considerar otro pasaje de la palabra mediante el cual el Señor quiere alumbrarnos sobre el particular y se trata de 1 Corintios 2.10-11, 14-15: "***Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios…Pero el hombre anímico no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son necedad, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio, el hombre espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado por nadie***".

El juicio es un asunto completamente espiritual y para practicar el juicio debemos ser espirituales. Ser espiritual implica que somos personas que vivimos y andamos por el Espíritu. Al leer esta frase surge en la mayoría de los lectores un buen número de argumentos religiosos que le

indican que andar y vivir en el Espíritu es un asunto demasiado complicado rayando en lo imposible, que nadie logra vivir en el espíritu, que somos pecadores vendidos al pecado y que definitivamente lo mejor es no tener ninguna opinión de lo que ocurre en la iglesia y con los hermanos, que es sabio dejar todo el juicio al Señor.

Si esa es tu mentalidad estás rechazando al Señor y Su palabra y te estás uniendo a satanás. El Señor nos dice que ser espiritual es la práctica más sencilla que existe en la vida de un creyente, ya que para estar en el espíritu y ser espiritual el único requisito que el Señor estableció es pensar, poner la mente en las cosas que son del Espíritu: "***Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, piensan en las cosas del Espíritu.***" Romanos 8.5.

Reiteramos que pensar es la actividad más sencilla que existe en el vivir humano; no se requiere ningún esfuerzo para pensar, no hay que mover ningún músculo ni consumir energía; es más, todo el tiempo estamos pensando, no hay un instante de nuestra vida en que no pensemos; inclusive mientras dormimos estamos pensando, aunque recordemos poco de lo que hemos pensado en nuestro sueño.

Como es imposible dejar de pensar, el asunto está en qué pensamos. Si pensamos en las cosas de la carne, es decir, si nuestros pensamientos son alimentados por los sentidos del cuerpo, somos carnales, sin importar si las cosas que pensamos son buenas o malas, puras o impuras; pero, si por el contrario nuestros pensamientos vienen de nuestro espíritu humano, donde mora Dios como el Espíritu Santo, entonces somos espirituales.

Si somos espirituales, es decir, si pensamos en las cosas del Espíritu, tenemos revelación, Dios nos desvela Su persona misteriosa, Su persona rica para que la disfrutemos, nos muestra toda la obra de redención que efectuó a nuestro favor, nos hace ver Su plan, el desarrollo de este, Sus gustos, Sus deseos y todo lo que tiene que ver con Él, con Su reino y como consecuencia juzgamos todas las cosas, pero no somos juzgados por nadie. ¡Qué maravilloso es nuestro amado Señor!

El tratamiento de la palabra, la luz y la revelación

Continuando con los muchos detalles que debemos considerar los hijos de Dios que hemos de heredar el reino de los cielos en la venida del Señor, hay uno muy interesante en Mateo 7.6, en el que hemos de buscar revelación: "***No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las***

pisoteen, y se vuelvan y os despedacen".

Si somos aquellos que buscamos al Señor con empeño, cada día, cada semana, cada mes y cada año, Él va aumentando la revelación de Su palabra y Su voluntad en la vida de quienes lo buscan. Esta ha sido nuestra experiencia en los últimos años. Cada día y cada semana, individual y colectivamente el Señor nos ha abierto Su corazón y nos ha llenado con Sus riquezas abundantes.

Muchos de quienes tenemos esta nueva vida en el Señor, vivimos antes, dos o tres decenas de años en grupos denominacionales y grupos libres, pero cuando el Señor nos sacó de todas esas desviaciones, nos ha dado tanta revelación, que cada día encontramos novedad en Su palabra y parte de esa revelación y visión novedosa la estamos plasmando en este libro y otros cuatro que conforman la serie que el Señor nos ha mandado escribir, con el ánimo de sembrar en los hermanos esa revelación, esa visión y esa novedad que han venido de Él.

Con tanto amor apreciamos la revelación que el Señor nos ha dado, la atesoramos con mucho cariño en nuestros corazones y una parte de ella la plasmamos en libros, con el inmenso deseo de que sea de ayuda para aquellos santos que están buscando al Señor con corazón puro, y puedan ver, seguir al Señor y ganar el reino de los cielos.

No obstante, el Señor nos dice que no demos lo santo a los perros y que tampoco echemos nuestras perlas delante de los cerdos, porque con seguridad se revuelven y nos despedazan.

Como entrenantes para participar en la expresión plena del reino de los cielos debemos tener mucho cuidado con el fin de que lo que experimentamos diariamente del Señor no sea estropeado, y tampoco sea blasfemado el nombre del Señor.

Aquí hay dos elementos bien distintos que debemos discernir: lo santo y las perlas. Lo santo se refiere a todo aquello que el Señor nos revela de la Biblia. La Biblia revelada en nuestro espíritu es la palabra de Dios y todo lo que sale de Su boca es santo, porque la palabra de Dios es Dios mismo. La palabra que Él nos revela es Su misma persona, es Su esencia, es Dios y como Dios es santo, Su palabra es igualmente santa.

Las perlas hacen referencia a la experiencia subjetiva, la realidad que tenemos de Su palabra que nos ha sido revelada. En la medida que la palabra se hace realidad en nosotros, en nuestro diario vivir, la palabra se convierte en perla, que es el Señor Jesucristo forjado y amalgamado con

nuestra alma, con nuestra naturaleza humana, convirtiéndose así en el nuevo hombre.

Todo aquello que el Señor nos da como revelación en nuestro espíritu se convierte en santo y se transforma en perlas. La palabra revelada en nuestro espíritu está llena de santidad y nos va convirtiendo en perlas aptas para vivir en la Nueva Jerusalén y debemos ser cuidadosos en buscar la voluntad del Señor para saber con quién se agrada Él para compartir la revelación y la experiencia que tenemos con Su palabra y la persona de Dios, porque si la entregamos a incrédulos, ellos son como perros y como cerdos, es decir, utilizan la palabra para burlarse de nosotros y para blasfemar al Señor. Naturalmente eso produce en nosotros un daño espiritual muy grande, que es mejor evitar.

Igualmente, entre los grupos cristianos hay una cantidad significativa (casi todos) de falsos creyentes, que tienen un vivir no conforme al Espíritu, sino un vivir inmundo parecido al de los perros y los cerdos. Si les hablamos alguna revelación o visión, jamás podrán entenderla y se revolverán contra nosotros para hacernos daño. Los falsos creyentes en verdad son emisarios de satanás disfrazados de ángel de luz.

Pero no sólo los incrédulos y los falsos creyentes son perros y cerdos. Infortunadamente hay creyentes, genuinos hijos de Dios, acostumbrados a vivir en su alma, en su hombre viejo, en el hombre natural, a quienes tampoco se les puede suministrar mucha revelación y visión, porque debido a que no están habituados a vivir en comunión con el Espíritu, no practican el ejercicio del espíritu, están aprisionados bajo el yugo de organizaciones, líderes, ministerios particulares y doctrinas, y si el Señor quiere darles alguna revelación de la palabra no la reciben, no la entienden ni la asimilan, porque están acostumbrados a la comida vieja, trasnochada, propia de los rediles, comida que suministran los líderes de las congregaciones.

Para compartir al Cristo que disfrutamos es necesario encontrar hijos de Dios que tengan un corazón puro, que no tengan ningún interés personal sino el deseo sincero de agradar al Señor y especialmente que sean hermanos que hacen realidad la obra del Señor en la cruz, tratando de manera especial el hombre viejo en lo atinente a su soberbia, porque no debemos olvidar lo que el Señor nos ha dicho por medio de Pedro: "***porque Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da gracia***" 1 Pedro 5.5.

Un hermano que no trata suficientemente su orgullo, su soberbia, su autosuficiencia, nunca recibirá nada del Señor, distinto

a Su resistencia y Su rechazo.

Debemos ser sabios y orar para que el Señor nos muestre con quién podemos compartir y disfrutar todas las riquezas que Él nos dispensa a quienes lo buscamos en intimidad. Debemos ser cuidadosos con los perros y los cerdos para que no suframos el daño de su revuelta.

Pedir, buscar y llamar

El Señor en Su vivir humano es muy fino y lleno de detalles, y desea que, como ciudadanos del reino de los cielos, seamos igualmente finos y detallistas. En los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo se encuentra la constitución del reino de los cielos, que es el patrón que debemos alcanzar quienes estamos siendo preparados para entrar en ese reino. Tenemos la seguridad de que mientras vivamos en la tierra, el Señor haciendo uso de Su misericordia y Su bondad crecerá en nosotros, hasta que en nuestro vivir no falte uno solo de esos detalles, y podamos entrar sin ningún impedimento.

Así llegamos a otro de los apartes del capítulo que nos suministra más detalles de lo que el Señor quiere que sea realidad en nuestra vida: "***Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O qué hombre hay entre vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?***" Mateo 7.7-11.

Aquí hay tres detalles que debemos tener muy presentes en nuestra vida de creyentes: pedir, buscar y tocar. Veamos cada una de ellas.

Petición

Una de las formas de orar, es pedir, pero debemos tener revelación espiritual y claridad, acerca de qué pedir. Lamentablemente esta pequeña palabra *pedir*, ha sido una de las más abusadas en el cristianismo degradado. La oración de los cristianos contemporáneos en gran medida se limita a pedir, pedir por las necesidades personales de cada uno.

La llamada radio cristiana tiene diariamente muchos programas de oración, donde el único tema son las peticiones: de sanidad, por provisión de un empleo, de una vivienda, porque un hijo regrese y tantas y tantas peticiones que deben asombrar al Señor, por lo perdidas y desviadas que son.

Cuando el Señor nos enseñó a orar, primero corrigió dos grandes errores que los religiosos repiten y en los que no debemos

caer. Uno de ellos son las vanas repeticiones: "***Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis***" Mateo 6.7-8.

Observa bien amado lector lo que dice el Señor: *vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis*. Las cosas que necesitamos son conocidas por el Padre antes de que le pidamos. Esto nos lleva a inferir que esas oraciones que contienen peticiones de sanidad, de dinero, de pago de servicios, de casas, son vanas repeticiones, propias de los gentiles, y el Padre no desea que nos hagamos semejantes a ellos.

Igualmente, el Señor dice que esa clase de oraciones nunca serán oídas por el Padre, lo que quiere decir que son oraciones vanas, que no salen del espíritu, que no son agradables a Dios y que Él nunca las escuchará. Los gentiles piensan que con esa repetición de vanas palabrerías serán oídos por Dios, pero el Señor dice que ese es un pensamiento de los gentiles, pero no es del Padre.

¿Entonces a qué se refiere el pedir de Mateo 7.7? Antes de responder veamos otros versículos que nos ayudarán a aclarar el asunto. Por ejemplo, Juan 16.24: "***Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido***". Cuando el Señor habló estas palabras aún estaba en carne en la tierra y dijo a los discípulos que ellos hasta ese momento no habían pedido nada en el Nombre del Señor. Luego les dice: ***pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido***. Si pedimos al Padre en el nombre del Señor y recibimos lo que pedimos, estaremos llenos de gozo.

El Señor agregó algo más: "***En aquel día pediréis en Mi nombre; y no os digo que Yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que Yo salí de Dios***" Juan 16.26-27. Aquí no se trata de la frase manida usada por la totalidad del mundo evangélico y por buena parte de los católicos: "***Padre en el nombre de Jesús…***" Eso no es más que un rezo repetitivo propio de los gentiles.

Pedir al Padre en el nombre de Jesús no es repetir en la oración la fórmula: "***Padre, en el nombre de Jesús…***". Insistimos que esta es una frase manida, una repetición característica de los gentiles que el Padre jamás oirá. Lea y oiga bien lo que dice el Señor Jesús: "***no os digo que Yo rogaré al Padre por vosotros***". Él dice que **NO** rogará al Padre

por nosotros. No es cierta la enseñanza que tienen los protestantes y los católicos que Jesús está en el cielo orando y rogando al Padre por nosotros, porque de ser así implicaría que el Padre y el Hijo están separados, y los dos son uno, inseparables e indivisibles.

Los católicos arman la siguiente escena: El Padre está en el trono sentado, el Hijo está frente al trono orando por los hombres, llevando las peticiones de ellos delante del Padre, pero como son tantas, necesita una ayudante, una "*corredentora*" e "*intercesora"* ante el Hijo, intercesora que es la virgen, la "*madre de Dios*", y para no abrumar ni agobiar a la "*virgen*" con tantas cargas, detrás de ella están miles de otras vírgenes, santas y santos, intercediendo igualmente por los hombres. Satanás tiene mucha sagacidad para armar esta impresionante novela. Lógicamente todas son mentiras propias del hablar satánico.

Que Jesús sea intercesor a favor nuestro, que sea el único mediador que Dios ha puesto entre Él y los hombres, no quiere decir que Él esté orando por nosotros, sino que Él es el camino que nos lleva al Padre y trae a Dios a nosotros. Por eso Él afirma: "***no os digo que Yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama***". El Padre nos conoce, nos ama y sabe de todas las cosas que necesitamos; y no tenemos necesidad de pedirle esas cosas a Él. Cristo como el camino nos ha hecho uno con el Padre y ya no estamos separados de Él, sino que por fe compartimos Su gloria y Su trono.

Pedir al Padre en el nombre de Jesús no es repetir la fórmula manoseada "*Padre, en el nombre de Jesús…*", sino es permitir que Jesús, que es Dios mismo nos reemplace en la oración, es decir que sea Él quien ora al Padre, usando mi ser para liberar la oración. Es por eso que Romanos 8.26-27 afirma: "***Además, de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a Dios intercede por los santos***".

El Señor es el Espíritu, y es Él, solamente Él, quien sabe cómo debemos orar, qué debemos pedir. Nosotros nos disponemos, entramos en el espíritu donde está Dios como el Espíritu, y allí, en perfecta comunión con el Señor Espíritu, oramos al Padre y hacemos las peticiones que Él desea que hagamos.

¿Y qué pide Jesús en nuestra oración? Lógicamente que no son nuestras necesidades perso-

nales, porque él mismo declaró que el Padre mismo nos ama y sabe de las cosas que necesitamos. Jesús orando en nosotros pide por las necesidades de Dios, porque el reino sea establecido en la tierra y porque el reino de los cielos sea una realidad. Observa la forma como nos enseñó a orar: "***Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, Santificado sea Tu nombre. Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra***"

Obsérvese que cada una de las frases incluidas en estos versículos y comprobarás que el Señor Jesús nos enseñó a pedir porque el reino de los cielos sea establecido en la tierra y porque la voluntad de Dios sea hecha en esta tierra de la misma forma que se hace en el cielo y porque el nombre del Padre sea santificado.

En resumen, nuestras peticiones en el nombre de Jesús son hechas por Él en nosotros y se refieren siempre a santificar el nombre del Padre, a que Su reino sea establecido en la tierra y a que aquí se haga la voluntad de Él.

Ya es tiempo de dejar esas oraciones dedicadas exclusivamente a pedir cosas para quien ora o para sus conocidos, que más parecen pliegos de peticiones de sindicatos de trabajadores mal remunerados. Debemos dedicarnos a pedir conforme a la voluntad del Padre, permitiendo que sea el Señor—Espíritu quien ora en nuestro lugar.

El Señor dice a los ciudadanos del reino de los cielos, que a quien pida se le dará. Si oramos conforme a la voluntad del Padre, Él nos oye y responde nuestra oración, porque una oración así sale de Dios mismo: "***Y ésta es la confianza que tenemos ante Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho***" 1 Juan 5.14-15.

En el siguiente capítulo continuaremos tratando este cautivante tema.

Capítulo 21

LOS HEREDEROS DEL REINO DE LOS CIELOS Y EL AMOR (5)

Búsqueda

El segundo aspecto que está en el versículo que venimos considerando es buscar: buscad, y hallaréis. ¿Qué debemos buscar los entrenantes a entrar en el reino de los cielos?

En primer lugar, debemos buscar el reino de los cielos: "***Por lo tanto, buscad primeramente el reino de los cielos y el hacer lo que es justo delante de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura***" Mateo 6.33.

Y ¿qué es buscar el reino de los cielos? No es nada distinto a abrir nuestro ser al Señor, es decir nuestro corazón, para que Él lo llene hasta saturarlo. Al reino de los cielos solamente entrarán aquellos que durante su vida en la tierra han buscado y han permitido que el Señor llene sus corazones con todas las riquezas de Cristo, de tal manera que en éstos no haya un solo resquicio que no esté saturado por el Señor.

Ser llenos de la vida y la naturaleza de nuestro Señor Jesucristo nos permitirá alcanzar los cuatro puntos de los que habla Efesios 4.13: *l**a unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el Hombre de plena madurez y la estatura de la plenitud de Cristo***. Para entrar en el reino de los cielos necesitamos ganar estos cuatro aspectos, mientras vivimos sobre la tierra.

Si durante nuestra vida llegamos a esos cuatro tópicos y morimos antes de la venida de nuestro Señor Jesús, resucitaremos antes de la Gran Tribulación como el Hijo Varón; pero si aún estamos vivos, que será maravilloso lograrlo, seremos transformados y arrebatados al trono de Dios en el cielo, igualmente antes de la Gran Tribulación.

Una gran multitud de creyentes lograrán esos aspectos durante la Gran Tribulación, pasando por muchos sufrimientos aquí en la tierra, que será dominada por satanás, la bestia o anticristo y el falso profeta, por un periodo cercano a los tres años y medio. Finalmente serán vencedores, pero habrán perdido el disfrute del Hijo Varón y las Primicias en el cielo, durante casi toda la Gran Tribulación.

Nuestra búsqueda mientras vivimos en la tierra no debe relacionarse con suplirnos unas cuantas necesidades de sustento, placer y seguridad, sino por satisfacer al Señor, por hacer la voluntad del Padre, con lo que lograremos entrar en el reino de los cielos. Si buscamos esto, lo hallaremos en el Señor: *Buscad y hallaréis*.

Llamado

El tercer elemento que encontramos en Mateo 7.7, y que debe ser una práctica cotidiana de quienes hemos de heredar el rei-

no de los cielos, bien sea como el Hijo Varón o como las Primicias, hace referencia a llamar: ***llamad y se os abrirá.*** Es bien fácil interpretar esta palabra en la mente carnal y no ganar en ella ningún fruto que nos ayude a crecer en el Señor. No deseamos caer en esa situación.

Cuando el pasaje habla de abrir, inmediatamente el Señor nos recuerda lo que le escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia, en Apocalipsis 3.8: "***Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque tienes poco poder y has guardado Mi palabra, y no has negado Mi nombre***".

Los hermanos que viven la realidad de Filadelfia, donde el Señor no manifiesta ningún rechazo, son los santos que viven como primicias en la tierra, que heredarán el reino de los cielos, y para ellos el Señor tiene una puerta abierta: la puerta del reino de los cielos. Pero la apertura de esa puerta ha sido ganada por ellos, porque tienen la realidad de dos cosas: Guardan la Palabra del Señor y no niegan Su nombre[1].

1. Más riquezas sobre el particular puede encontrarlas el lector en el libro ***Los Vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***, del mismo editor y pubicado en la página www.las-primicias.com.

Los hermanos que buscan revelación de la palabra del Señor y que practican esa revelación en su diario vivir, y que además no niegan el nombre del Señor, es decir, lo tienen a Él como el primero, por encima de todos y de todo, son los que llaman y la puerta se les ha abierto. Además, ellos tienen poco poder, es decir, nunca confían en sus fuerzas y capacidades, sino que en todo dependen del Señor y lo siguen por donde Él va.

Por un lado, el Señor está a la puerta llamando a quienes quieran oír Su voz para que lo dejen entrar y tener un disfrute mutuo con ellos. Éstos que oyen la voz del Señor y le abren la puerta, y cenan con Él y Él con ellos, son igualmente las primicias; aunque salen de Laodicea, son la realidad de Filadelfia.

El tiempo de llamar para que la puerta del reino de los cielos nos sea abierta es este tiempo presente, mientras vivimos en la tierra y el señor no ha venido, porque llegará el momento en que, aunque algunos llamen, el Señor ya no les abrirá.

Podemos verlo en la Parábola de las Diez Vírgenes de Mateo 25.1-13: "***Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del novio. Cinco de ellas eran insensatas y cinco prudentes. Porque las insensatas, tomando***

sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el novio, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un grito: ¡He aquí el novio! ¡Salid a su encuentro! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: No sea que no haya suficiente para nosotras ni para vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora".

Sin entrar en mayores detalles sobre la parábola, ya que la trataremos con alguna profundidad más adelante en este libro, podemos decir que mientras las vírgenes insensatas fueron a la ciudad a comprar, de quienes lo vendían, aceite para sus lámparas, vino el novio, entraron con Él a las bodas las vírgenes que se habían preparado, es decir, las vírgenes prudentes, y tras ellas el Señor cerró la puerta.

Cuando vinieron las cinco vírgenes insensatas clamaron: ***¡Señor, señor, ábrenos!*** Observe que el versículo que venimos considerando dice: ***Al que llama se le abrirá***. En ese contexto, lo lógico es que cuando ellas clamaron al Señor que les abriera, la puerta debería abrirse; pero no es así. Leamos la respuesta del Señor: ***De cierto os digo, que no os conozco***.

¡Qué respuesta más dura, pero a la vez verdadera! Si no aprovechamos el tiempo ahora para prepararnos, cuando venga el reino de los cielos, que son las Bodas del Cordero, seremos unos completos desconocidos para el Señor.

El Señor mismo nos da un consejo: ***Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora***. Con este consejo el Señor nos dice que aprovechemos cada segundo de la vida que tenemos en la tierra para llamar, y llamar no es nada distinto a permitir que el Señor haga Su trabajo de edificación y perfeccionamiento en nosotros. Como dice el Espíritu Santo a través de nuestro hermano Pedro, que, si estas cosas están en nosotros y abundan, tendremos una entrada amplia en el reino de los cielos: "***Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán ociosos ni sin fruto para el pleno conocimiento***

de nuestro Señor Jesucristo… Porque de esta manera os será suministrada rica y abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" 2 Pedro 1.8, 11.

Es tiempo de llamar, de prepararnos, de buscar y encontrar revelación de la Palabra de Dios, de vivirla cada día, de depender totalmente de Él, que no es otra cosa que no negar Su nombre. Haciendo así, las puertas del reino de los cielos estarán abiertas para nosotros.

En la carta al ángel de la iglesia en Filadelfia el Señor le dice que ***tiene la llave de David que abre y ninguno cierra y cierra y ninguno abre***. Nota que son las dos cosas: abrir y cerrar. A quienes llamamos en esta época, el Señor nos abre de par en par la puerta de entrada al reino de los cielos, pero llegará el tiempo en que la puerta se cerrará y nadie podrá abrirla. A las vírgenes insensatas, en ninguna circunstancia se les abrirá la puerta del reino de los cielos.

Para rematar esta parte el Señor dice: "***Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O qué hombre hay entre vosotros, que, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?***" Mateo 7.8-11.

Tres prácticas debemos tener los que estamos siendo entrenados para entrar en el reino de los cielos en la venida del Señor: ***pedir, buscar y llamar***. Ya hemos visto que no se trata de armar un pliego de peticiones propio del sindicalismo, sino que nuestro pedido debe basarse en que el reino de los cielos se establezca en nosotros, que el Señor pueda gobernarnos cada día, que en la medida que el tiempo pasa, Él pueda saturar nuestra alma, porque entraremos en el reino de los cielos solamente si nuestra alma está llena hasta la plenitud, de las riquezas del Señor.

En el mismo sentido se da la búsqueda. Ésta no se refiere a buscar nuestros propios intereses, tales como bienes materiales, o hacer una obra colosal para el Señor, o buscar tener fama en el mundo o ser conocidos de las gentes. Es la búsqueda del Señor y ésta se da en secreto; que Él pueda saturarnos de Su vida y naturaleza y que Su trabajo produzca en nosotros frutos para Su alegría y satisfacción.

Buscar al Señor consiste en no conformarnos con las bendiciones y riquezas que disfrutamos ayer, sino disfrutar cada día la novedad de Su persona; Él es nuevo cada mañana.

Buscamos al Señor cuando nos presentamos en Su trono de gracia deseosos de disfrutar Su gracia y Su misericordia.

Buscamos al Señor cuando entramos en Su secreto, en el Lugar Santísimo que es nuestro espíritu humano, para tener comunión íntima con Él. Esta es la genuina búsqueda de la que hablan los versículos que venimos tratando.

Cada día llamamos al Señor, invocamos Su nombre reconociendo nuestra enorme necesidad de Él. Cuando reconocemos al Señor como nuestra primera y más grande necesidad, la puerta del reino de los cielos se abre para nosotros. Una buena traducción de Mateo 5.3 dice: "***Bienaventurados los que reconocen Su necesidad espiritual porque de ellos es el reino de los cielos***".

Si tomamos el camino correcto en estas tres cosas: pedir, buscar y llamar, tenemos la certeza de que recibiremos, hallaremos y se nos abrirá.

Luego el Señor hace una comparación entre Él y nosotros, para demostrar que todas las peticiones que hacemos según Su voluntad son oídas y respondidas por el Padre: "***¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?***" Mateo 7.9-11.

Si nosotros los hombres, que fuimos corrompidos por la maldad de satanás, sabemos dar buenas cosas a nuestros hijos, pan y pescado en lugar de una piedra o una serpiente, nuestro Padre que está en el cielo y en quien no hay el más mínimo asomo de maldad, nos da las mejores cosas a quienes las pidan. Es muy buena la forma como Lucas habla este versículo 11 al decir: "***Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?***" Lucas 11.13. Las buenas cosas que nos da el Padre son el Espíritu Santo, que es Dios mismo y en Él están todas las riquezas de Dios, y esas riquezas son la gracia.

La piedra no es comestible y no alimenta, mientras que el pan es nutritivo y saciar el hambre de las personas, y máximo si recordamos que el pan se refiere a Jesús, porque Él es el pan vivo y el pan de vida que desciende del cielo, para darnos vida: "***Jesús, pues, les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas Mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es Aquel que desciende del cielo y da vida al mundo… Yo soy***

el pan de vida… Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es Mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo" Juan 6.32-33, 48, 51.

Lo mismo ocurre con el pescado, que es uno de los alimentos animales más nutritivos de que dispone el hombre para su alimentación, mientras que la serpiente es un reptil que come polvo, envenena y mata; además es un tipo de satanás.

Después de que Jesús hubo resucitado en una ocasión en que se manifestó visiblemente a los discípulos, cuando siete de ellos estaban pescando, el Señor les había preparado pescado y pan: "***Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan…Les dijo Jesús: Venid, comed… Vino Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado"*** Juan 21.9, 12, 13. El pescado y el pan son tipos de Jesús como nuestro alimento y esas son las buenas cosas que nos da el Padre a quienes pedimos, buscamos y llamamos.

En el Espíritu Santo que vino a morar en los hijos de Dios desde la noche del día en que Jesús resucitó, está la gracia y en esa gracia está la santidad, la justicia, la luz, el amor y vida eterna de Dios. Sobre esos aspectos se deben basar nuestros pedidos, nuestra búsqueda y nuestro llamar. Debemos anhelar fervorosamente ser llenos de la santidad, la justicia, la luz, el amor y la vida eterna de Dios.

Igualmente debemos tener una búsqueda incesante de Sus virtudes, tales como fe, esperanza, dominio propio, bondad, benignidad, humildad, mansedumbre, gozo, paz, longanimidad, fe y todas las virtudes que el Señor Jesús expresó mientras vivió en la tierra y que hoy están en nuestro espíritu, potencializadas al máximo, para que nosotros las disfrutemos y las expresemos en nuestro vivir.

En el Espíritu Santo que pedimos al Padre también está todo el proceso de redención por el cual pasó nuestro Señor Jesús y hoy está en nuestro espíritu disponible para que en la medida que lo disfrutemos sea realidad en nuestra vida.

El Señor Jesucristo un día se despojó de la gloria que tiene junto al Padre, y se humilló haciéndose hombre, pero no un hombre importante, sino uno lleno de humildad. Su cuna no fue de oro, sino que fue acunado en un pesebre; después de que nació, Su madre junto con él y Su padre putativo tuvieron que huir a Egipto, para evitar que el rey Herodes lo asesinara.

Cuando regresó de Egipto no fue a vivir a una de las grandes capitales europeas, tales como

París, Londres o Roma, sino que se estableció en un pequeño pueblo llamado Nazaret, enclavado en la despreciada región de Galilea.

Cuando llegó a la edad adulta de adolescencia y parte de Su juventud, vivió con su familia, haciendo los oficios propios de ella y viviendo entre las gentes humildes de Nazaret, pero eso sí, llenándose de la gracia del Padre y expresándolo a Él en Su vivir. Cuando llegó a la edad de treinta años se manifestó públicamente permitiendo que Juan lo bautizara y que el Padre testificara acerca de la complacencia que tenía en Él.

Desde ahí hasta Su muerte, tuvo un vivir de plena comunión con el Padre e hizo solamente la voluntad del Padre y lo agradó en Sus pensamientos, deseos, palabras y hechos. Todo lo que Él hizo fue realizado por el Padre que vivía en Él y que era Él mismo.

Cuando llegó el tiempo determinado en Su presciencia fue a la cruz y murió y mediante Su muerte abolió todas las cosas que impedían que el hombre se relacionara con Dios, obstáculos que habían sido puestos por satanás, cuando introdujo en el hombre su naturaleza de pecado, lo convirtió en pecador y de paso lo enemistó con Dios. Para lograr la enemistad ideó un sistema que se llama el mundo, el que junto con el pecado y los pecados que los hombres han cometido, fueron abolidos mediante Su muerte. Hoy esos hechos están en nuestro espíritu y podemos hacerlos reales por medio de la fe.

Además, el Señor con Su muerte aplastó a satanás, mató al viejo hombre que es la naturaleza humana mezclada en una unión ilícita con la naturaleza diabólica; también y eliminó toda división entre los hombres, para que por medio de creer en Él recibiéndolo, seamos un solo y nuevo hombre.

Igualmente, en el Espíritu Santo está la resurrección del Señor mediante la cual venció el arma más amedrentadora que tiene satanás contra los hombres, como es la muerte, ya que por el miedo a ella todos los hombres estaban esclavizados bajo el yugo de satanás. Nosotros, los hijos de Dios, hemos sido liberados de ese yugo y ahora vivimos en la vida eterna que nunca muere.

También está en el Espíritu Santo la ascensión del Señor por encima de los cielos, de los principados, de las huestes espirituales de maldad, de toda autoridad, de todo poder y de todo señorío y de todo nombre que es importante en este siglo y en el venidero. Siempre que permanecemos en el Espíritu vivimos la realidad de la obra del Señor.

Como si todo lo anterior fuera

poco, el Señor fue entronizado y glorificado y todo esto nos lo dio desde el día de Pentecostés cuando vino como el Espíritu de poder para ungirnos con todo lo que Él tiene, y para que, en comunión con Él, llevemos adelante Su obra, hasta su consumación.

Todo esto es lo que nos da el Padre a quienes pedimos, buscamos y llamamos. Todo esto está en el Espíritu Santo que hemos recibido y que mora en nuestro espíritu humano y anhela llenar nuestro corazón.

Hacer con otros lo que queremos que nos hagan

Continuando con el modelo de vida que desea el Señor que tengan aquellos de Sus hijos que son aspirantes a entrar en el reino de los cielos en Su venida, el Señor afirma: "***Así que, todo lo que queráis que los hombres os hagan a vosotros, así también hacedlo vosotros a ellos; porque esto es la ley y los profetas***" Mateo 7.12.

Un filósofo chino tratando de imitar estas palabras del Señor Jesús dijo: "*No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti*". Esta es una imitación bien pobre, porque se limita a la negación. Es mejor no hacer nada para que no me hagan. El Señor sin embargo desea que hagamos a otros lo que queremos que sea hecho con nosotros. Debemos siempre hacer algo para otros y por otros. ¿Qué hacer? Lo mejor que podemos hacer a otros y por otros, es sembrar siempre en ellos el Cristo vivo que experimentamos diariamente.

El Señor dice que esto es la ley y los profetas. Aquellos grupos que se llaman cristianos que tanto defienden la ley, aquí tienen una buena revelación para que la practiquen diariamente. La ley y los profetas tienen un centro único: Jesucristo. Todo lo que se habló en la ley es un testimonio de Dios y Cristo es Dios; todo lo que profetizaron los profetas que Dios levantó en el Antiguo Testamento, tiene que ver con el Señor Jesucristo, porque todo el plan que Dios trazó para relacionarse con el hombre está centrado en el Señor Jesús.

Cuando vivimos la realidad de Cristo en nosotros mismos y con los hermanos, estamos cumpliendo a cabalidad la ley y estamos siguiendo las palabras de Dios, que fueron liberadas por los profetas del Antiguo Testamento. Jesús mismo da testimonio al respecto en Lucas 24.44: "***Y les dijo: Estas son Mis palabras, las cuales os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de Mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos***".

Sembrar a Cristo como semilla entre nosotros, alimentarnos mutuamente con todas Sus riquezas, expresarnos unos a otros

al Cristo que vive para siempre, es hacer con los hombres lo que le agrada a Dios y Él se satisface con esta actitud de nuestro corazón. Los hombres harán lo mismo con nosotros y así nuestra vida comunitaria será victoriosa y llena de buenos frutos.

La puerta ancha y el camino espacioso,

y la puerta estrecha y el camino angosto

El Señor continúa trazando para nosotros una ruta por la cual le encanta que caminemos y así lleguemos al reino de los cielos. Mateo 7.13-14: "***Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la destrucción, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan***".

Estos dos versículos hablan de una puerta ancha y otra puerta estrecha. La primera es fácil de hallar y muchos son los que entran por ella. La otra puerta, la estrecha, es difícil de encontrar y pocos la hallan.

En Juan 10.7, 9 el Señor Jesús dice que Él es la puerta y que para ser salvo es necesario entrar por Él: "***Yo soy la puerta de las ovejas… Yo soy la puerta; el que por Mí entre, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos***". No hay duda de que a esa puerta se refiere la puerta estrecha de la que habla Mateo 7, que es hallada por pocos.

El cristianismo contemporáneo en su totalidad ha entrado por la puerta ancha y está desviado y alejado de Jesús. Está siguiendo a líderes, a hombres, a ministerios particulares; se ha matriculado en organizaciones que nada tienen que ver con el Señor, y practica doctrinas que son enseñanzas y mandamientos de hombres. Está caminando hacia la destrucción y el Señor dice que muchos son los que entran por ella.

En verdad no es fácil hallar al Señor como la puerta estrecha. Se requiere en primer lugar Su misericordia para ser llamados, y en segundo lugar se requiere de nosotros un oído bien aguzado y ungido para oír Su voz y una voluntad osada para seguirlo a Él.

Los creyentes genuinos que están en el cristianismo, que son una pequeña minoría de ese árbol gigantesco que es el protestantismo y el catolicismo, tienen mucho miedo de seguir al Señor.

Los líderes han penetrado y dominado tanto sus almas—mente, voluntad y emoción—, que les parece un imposible si no están bajo la cobertura de un líder y de una organización; tienen mucho miedo de seguir al Señor que mora en sus espíritus como

la unción.

Pero este es el tiempo, querido lector, en que el Señor ha llegado a la puerta del redil del cristianismo, ha entrado a buscarte y espera que salgas por esa puerta estrecha, para que halles pastos frescos y vayas detrás del genuino Pastor, siguiéndolo solamente a Él: "***el que por Mí entre, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos***" Juan 10.9.

Desea que tú entres por Él, la puerta estrecha y una vez que hayas entrado puedas salir y comer comida fresca que es Él mismo, como el pasto delicado y nutritivo para las ovejas.

Detrás de cada una de las puertas, la ancha y la estrecha, hay un camino espacioso y un camino angosto, respectivamente. El camino espacioso que está detrás de la puerta ancha lleva a la perdición, a la destrucción, pero el camino angosto que está después de hallar la puerta estrecha, lleva a la vida.

En Juan 14.6, el Señor Jesús dice que Él es el camino: "***Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la realidad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí***". Naturalmente ese camino se refiere al camino angosto que está detrás de la puerta estrecha; en otras palabras, Jesús no es el camino espacioso ni la puerta ancha. El camino angosto detrás de la puerta estrecha lleva a la vida, lleva al Padre; si entramos por esa puerta y caminamos por el camino angosto, llegaremos a la vida que es el Padre.

¿A qué se refieren el camino espacioso y el camino angosto? Si interpretamos la palabra desde nuestra mente carnal, diremos que el camino angosto se refiere a un camino lleno de sufrimiento, tristeza y penuria, pero si ponemos la mente en el espíritu y buscamos revelación de la palabra, veremos que seguir al Señor como camino, no produce sufrimiento, penuria ni tristeza, sino que por el contrario vivimos llenos de gozo, de paz y alegría.

El camino angosto en verdad hace referencia a que es un camino fácil de dejar, de extraviarse, porque es angosto. Cuando se transita por un camino angosto es necesario poner mucho cuidado y atención en cada paso que se da, porque cuando menos se piensa se está extraviado del camino, se ha alejado del Señor.

Infortunadamente el cristianismo contemporáneo, conformado por falsos creyentes en su mayoría y unos pocos creyentes genuinos, ha entrado por la puerta ancha y están andando por el camino espacioso, lejos del Señor, y oponiéndose a Él. Quienes están allí piensan que con sus muchas actividades y con sus obras portentosas, agradan al Señor, y no se dan cuenta de que con todo lo que hacen se oponen

al Señor y se hacen uno con satanás.

Por esto el Señor nos advierte en Hebreos que para poder llegar a la meta es necesario poner los ojos en Jesús, es decir, seguirlo a Él, porque Él va delante de nosotros caminando el camino para llegar a la meta: "***Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos enreda, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe, el cual por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios***" Hebreos 12.1-2.

Cuando un corredor está corriendo una carrera, por ejemplo, en bicicleta, ¿dónde pone los ojos? La mayoría responden que en la meta, pero eso no es correcto. Si el corredor pone la mirada en la meta, se cae y puede perder la vida; él pone la mirada en el camino, para tomar oportunamente las curvas, las subidas y las bajadas y para esquivar cualquier obstáculo que haya en el camino.

Igualmente nosotros ponemos los ojos en Jesús, en Él y solamente en Él. Por Su obra en la cruz nos despojamos de todas las cargas que tenemos y nos sacudimos del pecado que nos asedia y quiere enredarnos y lo miramos solamente a Él. Así llegaremos a la meta, y nuestra meta es ser las Primicias. Mirándolo a Él alcanzaremos esa meta.

El Señor, quien es nuestro camino, es el inventor, el autor de la fe, y es su consumador, Su perfeccionador. Él ya recorrió el camino que hoy nosotros estamos recorriendo. Para recorrerlo tuvo que sufrir la muerte más atroz y denigrante, como es la muerte de la cruz. Nosotros ya no sufrimos esa muerte, no tenemos que pasar por ella, sino que la disfrutamos. Tomamos todas las victorias que el Señor obtuvo mediante Su muerte y las hacemos nuestras y somos vencedores sobre satanás y su reino y sobre todas sus tretas.

Igualmente, el Señor Jesús sufrió el oprobio del reino de las tinieblas, manifestado especialmente por los hombres que fueron uno con satanás para perseguirlo, sin embargo, menospreció la ignominia, la deshonra y la afrenta, porque delante de Él había el gozo de redimir al hombre, que ama desde la eternidad y de sentarse a la diestra de la majestad en el cielo. Una vez vencidas todas esas cosas negativas se sentó en el trono, a la diestra de Dios.

Debido a que Él ya recorrió ese camino, llevando la peor parte, nos invita a que lo recorramos,

pero ahora mirándolo a Él, poniendo nuestra mirada solamente en Él, como el camino angosto.

Nos dice igualmente el Señor que el recorrido del camino es una carrera que tenemos frente a nosotros y que debemos correrla con paciencia, con longanimidad.

Esa carrera no se puede hacer en un día ni de una sola vez, sino que hay que caminarla día a día. Pero no debemos olvidar que es una carrera, es decir, cada día debemos avanzar: un poco hoy, otro poco mañana, un poco más pasado mañana, un avance más el quinto día, más avance la próxima semana, el mes siguiente, el año que viene, y así, hasta que seamos totalmente saturados en nuestra alma y en nuestro corazón, con las riquezas del Señor y perfeccionados en nuestra humanidad, para estar listos y entrar en el reino de los cielos cuando Él venga.

No debemos olvidar que para poder correr esa carrera debemos mirar a Jesús, poner nuestros ojos en Él: en Su persona, en el camino para seguirlo, en Su palabra para hacerla realidad en nuestra vida, en Su plan para superar cada etapa. Las Primicias serán aquellos santos que "***siguen al Cordero por dondequiera que va***" Apocalipsis 14.4.

Si el lector quiere hacer parte de ellas, de las primicias, debe abandonar toda organización, todo líder, todo ministerio particular y seguir al Señor que vive en su espíritu, como la unción que le enseña todas las cosas y que lo guía a permanecer en Él: "***Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él***" 1 Juan 2.27.

No hay otro camino, otra ruta ni otro itinerario, distinto al que nos presenta la Biblia. Si tú no lo sigues no alcanzarás la meta y tendrás que hacerlo o durante la Gran Tribulación o en el milenio. ¡Tú decides y tu destino está en tus manos!

Capítulo 22

LOS FALSOS PROFETAS (1)

El Señor Jesús como nuestro maestro, nos enseña todas las cosas y nos muestra muchos detalles, con el fin de que nosotros nos sumerjamos en ellos y alcancemos la perfección del Padre para que, sin ningún impedimento, podamos entrar en el reino de los cielos.

Es por esto que en los siguientes versículos, que son requisitos para que podamos ganar el reino de los cielos, nos advierte acerca de los falsos profetas: "***Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis***" Mateo 7.15-20.

Creemos conveniente aclarar que los falsos profetas de los que habla el Señor en este pasaje de la Biblia no hacen referencia a personajes famosos que se han anunciado como profetas en el pasado, y que se anuncian en el presente como tales, porque de ellos se sabe de su falsedad, personajes tales como Buda, Confucio, Mahoma y Zoroastro, entre otros, porque cualquier creyente que tenga, aunque sea un poquito de luz del Señor, sabe que son falsos.

Cuando el Señor habla de falsos profetas se refiere a aquellos que fungen de ser profetas, siervos de Dios, enviados y tantos títulos "*divinos*", que están en medio de los cristianos, engañando a los falsos creyentes de los que está lleno el cristianismo contemporáneo y también a los pocos creyentes genuinos que están inmersos en esa religión.

Observa bien lo que dice el Señor al respecto de ellos: "***vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces***". ¿Quiénes son vosotros en el pasaje? Indudablemente son los creyentes genuinos. A ellos vienen los falsos profetas con un disfraz de ovejas, pero en su interior son lobos depredadores, que dispersan, matan y despedazan.

El Espíritu Santo complementó esta advertencia por medio de nuestro hermano Pablo cuando nos previno: "***Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos***" Hechos 20.29-30.

Observa bien lector que los

lobos rapaces vestidos de ovejas no están fuera del rebaño, sino que han entrado en él, con una apariencia de ovejas. Esto quiere decir que no es fácil identificarlos. Parecen creyentes genuinos, parecen hijos de Dios, pero en verdad son emisarios de satanás. Estos entran y no perdonan al rebaño, sino que lo dispersan y lo matan, y hacen que los mismos hijos de Dios se opongan a Dios y se hagan Sus enemigos.

Pero eso no es lo más delicado y engañoso, sino que el Espíritu Santo continúa hablando: ***Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos***. De entre los mismos creyentes, del seno de la misma iglesia se levantan hombres habladores de cosas perversas y harán partidos de los discípulos. Observa el cristianismo de hoy que está dividido en miles de grupos, de sectas y de "*iglesias*", cada uno siguiendo a esos hombres habladores de perversidades.

Guarda estas palabras en lo más profundo de tu corazón: **Toda palabra que se habla entre los hermanos que no procede de la boca del Señor, que no es revelada y hablada por Él, lógicamente por medio de los miembros del cuerpo, es un hablar perverso, no es un hablar del Señor y sí un hablar del diablo, que usa a los falsos profetas vestidos de ovejas, pero interiormente constituidos como lobos rapaces, que han venido de fuera, o que se han levantado de entre los hijos de Dios, para engañar, para pervertir, para destruir, para robar y para matar a los santos.** De ellos debemos guardarnos.

El Señor advirtió sobre esta eventualidad hablando de los tiempos del fin, que tendrán como característica especial el levantamiento de falsos profetas y falsos cristos: "***Porque vendrán muchos en Mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos desviarán… Y muchos falsos profetas se levantarán, y extraviarán a muchos***" (Mateo 24.5, 11). Observa cuidadosamente que los falsos cristos y los falsos profetas desviarán y extraviarán a *muchos*.

Seguramente no ha habido una época en la historia de la humanidad, en la que se haya levantado tanta falsedad, como la época actual.

Las multitudes en el mundo van tras cantantes de moda y deliran tras deportistas afamados, y sufren y gritan desaforadamente por ellos y algunos hasta se suicidan; mucha gente es "*hincha*" de un equipo de fútbol, de básquet, de béisbol y de otros deportes, y viven y mueren por su equipo.

La televisión presenta cíclicamente ciertos personajes que se convierten en ídolos de los hogares y, especialmente los niños, centran su vivir en las acciones de esos ídolos. Una enorme cantidad de líderes de sectas religiosas arrastran a multitudes a adorar seres ficticios, detrás de los cuales están los ángeles caídos y los demonios. La gente vive desesperada por comprar, por tener cosas.

Los poderosos amos del mundo, en contubernio con satanás, dividen el año en temporadas estacionales, donde las gentes se desenfrenan, viven en orgías y en disoluciones, épocas como la navidad que es una fiesta totalmente pagana, idolátrica y opuesta al Señor; el nuevo año es una orgía más en la que en nada se agrada al Señor. Fiestas como el día del padre, el día de la madre, el día de amor y amistad, el Halloween y tantas otras en que las multitudes son incitadas al delirio, al pecado y a alejarse de Dios. Lo mismo ocurre con la llamada semana santa y todas las fiestas religiosas pregonadas por el catolicismo y el protestantismo.

Pero como en el mundo hay una buena cantidad de seres que aborrecen las anteriores actitudes, entonces satanás trabaja por el lado de las religiones, para atrapar a quienes no puede atraer por los medios de que hemos hablado y vemos muchas sectas religiosas llenas de falsedad, donde se levantan los que fungen de ser el Cristo, profetizando el fin del mundo, como ocurre con las muy afamadas profecías mayas en las que se afirmaban que el mundo se acabaría el 21 de diciembre de 2012. Pasó esa fecha y nada de lo predicho ocurrió. ¿Qué obtienen con esas mentiras? Llenar a las gentes de temor en espera del día profetizado. Como no ocurrió nada de lo predicho, porque todas son falsedades propaladas por falsos profetas, lograrán que la gente se aleje más de Dios y hasta lo vituperen.

¿Y qué del cristianismo? Ahí es más catastrófica la situación. En la última treintena de años se han levantado tal cantidad de falsos profetas y maestros, que se les ve a diario en televisión soplando y haciendo que las gentes caigan por tierra, sanando enfermedades que no admiten ninguna prueba de su genuinidad, dirigiendo y mal enseñando a multitudes, llenando grandes superficies con incautos que los siguen; pero allí no está el Señor, porque donde Él no es la Cabeza ni tiene señorío, nunca estará presente.

Todas esas manifestaciones, no son nada distinto a la manifestación de los falsos profetas con apariencia de ovejas, pero con constitución de lobos rapaces que pervierten y desvían aun a los hijos de Dios.

LOS FALSOS MAESTROS

Para que los hijos de Dios no seamos engañados por la falsedad de los profetas mentirosos, el Señor nos describe sus características: "***Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como también entre vosotros habrá falsos maestros, que introducirán secretamente herejías destructoras, y aun negarán al Amo que los compró, acarreando sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán su lascivia, por causa de los cuales el camino de la verdad será injuriado, y en su codicia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. El juicio pronunciado sobre ellos hace tiempo no está ocioso, y su destrucción no se duerme***" 1 Pedro 2.1-3.

Este pasaje de la Escritura nos muestra cómo entre el pueblo de Israel hubo falsos profetas que anunciaban hechos que ocurrirían, supuestamente anunciados por el Señor, pero que no eran más que fantasías puestas por satanás en la mente vanidosa de los profetas falsos, que Dios no había enviado a Su pueblo.

El Espíritu hizo esa manifestación para mostrar que, entre el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, habría falsos maestros, de los cuales está lleno el cristianismo contemporáneo. Aunque hemos tratado el tema de estos falsos maestros en otro libro, el Señor nos impulsa a tratarlo de nuevo para advertirnos y para que nos cuidemos de los falsos maestros, falsos profetas y falsos cristos que han llenado la tierra de mentiras, y para que siendo cuidadosos no perdamos el reino de los cielos, al que nos ha llamado el Señor.

Los falsos maestros que el Espíritu Santo pretende desnudar por medio de nuestro hermano Pedro tienen cinco características que nos proponemos describir en la medida y profundidad que el Señor desee, todo basado en las Escrituras y en la revelación que nos dé el Señor Espíritu:

1. Introducen secretamente herejías destructoras

La primera característica de los falsos maestros es la hipocresía, lo oculto, lo escondido y lo furtivo. Como dijo el Señor: ***vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces***.

La inmensa mayoría de los líderes cristianos son personas de doble faz, aparentan exteriormente una cosa, pero su interior está lleno de rapiña y de corrupción.

Se da en ellos lo que el Señor Jesús les dijo a los fariseos: "***¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis el exterior del vaso y del plato,***

pero por dentro estáis llenos de rapiña y de desenfreno. ¡Fariseo ciego! Limpia primero el interior del vaso y del plato, para que también su exterior quede limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a tumbas blanqueadas, que por fuera se muestran hermosas, mas por dentro están llenas de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad" Mateo 23.25-28.

Toda esa hipocresía y falacia la utilizan para introducir encubiertamente herejías, que destruyen la fe de los santos, genuinos hijos de Dios. Son uno con el enemigo que viene para hurtar, matar y destruir. No son honestos, no son capaces de hablar con franqueza que todo lo que ellos dicen no viene de Dios, sus palabras son como gangrena que carcome, que penetra en el alma de sus seguidores y los alejan de Dios, los convierten en opositores del camino y el avance del Señor.

Son falsos maestros que ponen velos para que el corazón de quienes los sigan no pueda convertirse al Señor, y de esa manera los velos les sean quitados. Al permanecer los velos no pueden ver y por no ver andan sin rumbo, sin meta, deambulan por la vida sin tener un camino ni un punto adonde llegar.

Debido a que las herejías que introducen son encubiertas, sus seguidores no pueden ver el daño que les están haciendo y viven convencidos de que están agradando al Señor, cuando en verdad su vida y sus acciones rechazan totalmente al Señor, estorban Su marcha, están andando por el camino espacioso y se oponen al avance del Señor.

En el cristianismo hay tantas doctrinas salidas del alma de los líderes y todas son herejías que no edifican, que no consuelan, ni dan aliento a quienes las oyen. Más adelante veremos qué es, qué habla y cómo vive un profeta que ha sido constituido por el Señor.

2. Niegan al señor que los compró

Los falsos maestros y falsos profetas que pululan en el cristianismo viven desesperados por llenarse de fama, por conquistar seguidores y por ser el centro de sus congregaciones. Ni ellos han aprendido a seguirlo y tampoco pueden enseñar a los hermanos a que sigan al Señor. Levantan congregaciones en torno a su nombre y a sus doctrinas mentirosas y algunos hasta se atreven a decir que son "*Jesús hombre*".

Como hijos de Dios, que amamos a nuestro Señor, tenemos

que entender que Él es el Señor, que Él fue quien realizó el proceso de redención a nuestro favor y que Él es el centro de la iglesia y nuestro vivir debe girar en torno a Él.

Cualquier hombre que se levanta como líder de una congregación, así sea un creyente genuino, por el hecho de intentar ocupar el lugar del Señor, ya es un falso maestro y con su actitud está negando al Señor. La iglesia solamente tiene una Cabeza, es el Señor Jesucristo.

Un cuerpo que pretenda tener más de una cabeza es un fenómeno, es antinatural y es anormal. Aunque los líderes del cristianismo afirman no ser la cabeza de sus congregaciones, con sus actitudes demuestran todo lo contrario y se erigen como las cabezas visibles de sus "*iglesias*". Toda esta degradación tiene un origen: la iglesia católica romana, donde se afirma y se enseña que el papa es la cabeza de la iglesia, que es sucesor de Pedro y que es el vicario de Cristo en la tierra. Todas juntas son las mentiras más falaces que ha inventado el diablo.

La Biblia es muy clara al afirmar que la Cabeza de la iglesia es el Señor Jesús. La Biblia no habla nada de un vicario de Cristo en la tierra y mucho menos de que Pedro haya sido papa y aún menos que haya una línea de sucesión en el papado. Toda esta enseñanza es diabólica y de ella ha tomado buena cuenta el protestantismo, en donde sus líderes se convierten en pequeños papas, negando al Señor que los rescató.

Las predicaciones y las enseñanzas de los falsos maestros son producto de su imaginación, pero nunca en ellos hay un hablar con revelación ni visión que procedan del Espíritu Santo, sino que de su propia mente carnal inventan fábulas que pervierten el alma de quienes los escuchan y los siguen: "***Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios***" Colosenses 2.18-19.

Los falsos maestros pretenden "*edificar*" a sus seguidores hablando de lo que nunca han visto, llenos de vanidad en su mente puesta en la carne. Los grandes líderes se jactan de haber tenido determinadas visiones que supuestamente el Señor les ha mostrado en particulares circunstancias, visiones en las cuales basan "*su ministerio*" y la forma de proceder en la obra que están haciendo.

Hace un poco de tiempo se veía a uno de esos líderes afamados dando un mensaje por la

televisión en el que decía más o menos lo siguiente: "*Un día de mi vida tuve un accidente y fui atacado por un maleante que me propinó algunas puñaladas, una de ellas me interesó el corazón. Lógicamente, el diagnóstico médico era muerte inminente. Así es que penetré en un túnel formado por ángeles y fui avanzando por él, para llegar a la presencia del Señor. Un poco antes de llegar al cielo, oré a Dios y le dije: "Señor, yo no he hecho nada por ti; dame una oportunidad de hacer tu obra". El Señor oyó mi oración y me regresó. Aquí estoy de vuelta haciendo su obra"*.

El aplauso de la concurrencia fue más atronador que el que se le prodiga al más famoso de los artistas en el mundo. Los presentes se comieron todo ese cuento, en el que ni siquiera una sílaba es verdad; todo lo dicho por ese falso profeta no es más que una patraña diabólica; toda esa plática es una charlatanería emanada de la vanidad de la mente carnal del predicador.

El Señor nos dice que la edificación se alcanza cuando nos asimos, nos entrelazamos orgánicamente con la Cabeza que es nuestro Señor Jesús. A Él nos unimos entrelazándonos por medio de las coyunturas y ligamentos, y al entrelazarnos somos nutridos y al ser nutridos crecemos con el crecimiento que nos da el Señor y no los hombres: "***sino que asidos a la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo, bien unido y entrelazado por todas las coyunturas del rico suministro y por la función de cada miembro en su medida, causa el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor... asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el Cuerpo, recibiendo el rico suministro y siendo entrelazado por medio de las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios***" Efesios 4.15-16; Colosenses 4.19.

En otras palabras, cada creyente debe entrelazarse, unirse con la única Cabeza que es el Señor. Haciendo así tenemos garantía de ser nutridos y de crecer, y en la medida que somos nutridos, podemos ser instrumentos (coyunturas y ligamentos) para transmitir esos nutrientes a otros hermanos. Los nutrientes son las riquezas insondables de Dios, en otras palabras, los nutrientes son el Señor mismo, no las fábulas cargadas de mentiras que a diario inventan los falsos maestros, vanamente hinchados en su mente carnal.

Los falsos maestros que introducen encubiertamente herejías destructoras en medio de los hijos genuinos de Dios, y que niegan al Señor que los rescató, basan sus enseñanzas en un gran número de preceptos negativos, que no son más que mandamien-

tos de hombres, que, aunque tienen ciertas reputación para tratar el cuerpo con dureza, en nada ayudan a producir una transformación en el alma de quien los practica.

El Señor confirma esto en los cuatro últimos versículo de Colosenses 2: "***Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a no manejes, ni gustes, ni aun toques, (cosas que todas se destruyen con el uso), en conformidad a mandamientos y enseñanzas de hombres? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne***" vs. 20-23.

Todas estas ordenanzas que pretenden dar un duro trato al cuerpo, pero que nada pueden contra los apetitos de la carne, son inventivas de la mente carnal de los líderes del cristianismo, que someten a sus feligreses a mandamientos de hombres.

Algunos grupos cristianos prohíben que la mujer use determinada ropa, que el hombre se deje crecer la barba; otros prohíben consumir ciertos alimentos; otros no permiten que en sus cultos se sienten cerca hombres y mujeres, sino que deben sentarse separados. En fin, hay tantos preceptos, que de nombrarlos tendría que separar un capítulo especial de este libro. Como este tema no produce ninguna vida ni edificación en el lector, es preferible que cada uno busque revelación y visión en su espíritu y vea cuánto engaño ha introducido satanás en el cristianismo.

Terminamos este apartado diciendo lo que el Señor afirma en Su palabra que está en la Biblia: "***acarreando sobre sí mismos destrucción repentina***" 2 Pedro 2.1. La destrucción de esos falsos maestros vendrá de un momento a otro. El Señor lo cumplirá.

3. Muchos seguirán su lascivia

El cristianismo contemporáneo está regentado, gobernado, guiado y dirigido en su totalidad por falsos maestros. Lea detenidamente y entienda lo que dice el Señor: "***Y <u>muchos</u> seguirán su lascivia***" 2 Pedro 2.2. Ponga atención al adverbio de cantidad *muchos*. Este quiere decir que la mayoría seguirán sus disoluciones o lascivias. No son pocos, ni unos cuantos, sino muchos, la mayoría.

En el mundo de hoy, con más de 7.800 millones de habitantes, se calcula que unos 2.200 millones son cristianos, es decir, alrededor de una tercera parte de los habitantes de la tierra se precian de llamarse seguidores de Cristo, pero la inmensa mayoría de ellos son falsos creyentes. El catoli-

cismo romano y el catolicismo ortodoxo oriental reúne cerca de 1.500 millones de seguidores y todos están cegados por la idolatría.

¿Un creyente genuino, un hijo legítimo de Dios se inclinará ante una estatua de yeso, madera o metal o ante una pintura o una estampa, para adorarla y venerarla? Indudablemente no, porque el Espíritu que mora en Él no se lo permite: "***Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios… Por tanto, amados míos, huid de la idolatría***" 1 Juan 3.9; 1 Corintios 10.14.

Es fabuloso ver la histeria que produce el papa cuando semanalmente se asoma al balcón del vaticano que está frente a la llamada "*plaza de san Pedro*" y los millones de seguidores que lo adoran cuando visita los diferentes países de la tierra. Dominicalmente son millones de seres engañados que van a las misas en las parroquias de los barrios de las ciudades a adorar una o varias estatuas, que no son nada distinto a ídolos, detrás de los cuales están satanás, los demonios y los ángeles caídos, y un sacerdote que induce soterradamente a adorar al rey del reino de las tinieblas y a sus principados, autoridades y huestes espirituales de maldad.

Por su lado, en el protestantismo, donde hay más de 700 millones de seguidores, los pocos hijos genuinos de Dios que están en medio de ellos, pues la mayoría son falsos creyentes, tienen muchos velos que les impiden ver al Señor, porque se han enceguecido siguiendo a los líderes, a sus organizaciones, a sus ministerios particulares y a sus enseñanzas de hombres.

Algunos de estos líderes han logrado que cientos de miles sigan su lascivia. Otros pretenden ganar millones, y cuando hacen esfuerzos mancomunados logran llenar ciertas superficies, donde albergan algunas decenas de miles de devotos. Se cumple así a cabalidad la palabra liberada por el Espíritu Santo: ***muchos seguirán su lascivia.***

No creas querido lector que las multitudes son señal de aprobación de Dios. Después de que el Señor anduvo en esta tierra y sanó a miles e hizo muchas señales, en el aposento alto había solamente 120 hermanos, genuinos hijos de Dios, y Pablo dice que después de resucitado, apareció a unos quinientos hermanos.

Al Señor en verdad no le agradan las multitudes, porque ellas son fácilmente arrastradas por los falsos maestros y sus intereses son muy cambiantes. Cuando Jesús entró en Jerusalén rumbo a Su crucifixión, una multitud lo aclamó como el que viene en el

nombre del Señor. Unos pocos días después, esa multitud gritaba frente a Poncio Pilato que crucificara al Señor. Las multitudes no son de fiar, por eso el Señor prefiere la intimidad de pocos.

Todas esas multitudes que hay en el cristianismo contemporáneo, congregados como católicos y protestantes tienen constitución de madera, heno y hojarasca, y cuando sean pasados por fuego, en la venida del Señor, todas sus obras desaparecerán. Los que entre ellos son genuinos creyentes, aunque serán salvos sufrirán una gran pérdida: "***Y si sobre este fundamento alguno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego es revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego mismo la probará. Si permanece la obra de alguno que sobre edificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno es consumida, él sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo, aunque así como pasado por fuego***" 1 Corintios 3.12-15.

En Su venida, el Señor juzgará a Sus hijos, conforme a la obra de sobre edificación que cada uno hizo, y esa obra será pasada por fuego. Si la obra fue hecha con oro, plata y piedras preciosas, naturalmente el fuego no le hará ningún daño y permanecerá indemne, pero si la obra fue elaborada con madera, heno y hojarasca, el fuego la desaparecerá; el dueño de esa obra sufrirá una gran pérdida.

¿Qué es el oro, la plata y las piedras preciosas en este pasaje? Igualmente, ¿qué representa la madera, el heno y la hojarasca? Como puede verse hay dos grupos de materiales con los cuales puede sobre edificarse. El primer grupo está conformado por oro, plata y piedras preciosas. Los tres elementos son minerales. Si buscamos revelación en el espíritu, encontraremos que el oro hace referencia a la naturaleza divina, debido a las características especiales que tiene ese metal: no se corrompe, no se reduce, no se envejece, no es atacado por ninguna sustancia y es tal vez el metal más valioso que existe en la naturaleza. Por esas características, el oro representa la naturaleza divina, incorruptible, inmarcesible, santa y justa de Dios.

La plata es otro metal de gran valía y con plata se redimían, es decir se compraban, personas y animales que debían redimirse según la ley. En la ley que Dios le dio a Moisés, ordenó que los hombres debían hacer votos que era necesario redimir con plata, valorados en siclos de plata del santuario. La redención valía de acuerdo con la edad de quien hacía el voto y si era hombre o mujer. Un niño valía menos que un joven entre 30 y 50 años y un

anciano tenía igualmente menos valor que un joven menor de 30 años. La redención se hacía con plata. En Levítico 27 encontrarás completa información sobre el particular.

Hablamos en este sentido para mostrar que la plata, el segundo metal del primer grupo de tres, hace referencia a la redención que hizo Dios en Su Hijo, a favor nuestro. Esa redención, en la medida que la hacemos nuestra realidad, nos transformará en perlas preciosas, que junto con el oro y las piedras preciosas, son los tres elementos de los que está constituida la Nueva Jerusalén, como consumación final y máxima de la obra de redención.

El tercer mineral de este grupo tiene que ver con las piedras preciosas. De ellas hay una enorme variedad en la naturaleza y todas son de gran valía. La ciencia nos dice que las piedras preciosas no han existido siempre, sino que debido a un proceso que sufren ciertos materiales en la naturaleza, llegan a convertirse en piedras preciosas. Siendo así, las piedras preciosas representan la obra de transformación que Dios como el Espíritu Santo produce en aquellos de Sus hijos que se disponen en esta era, para ser trabajados por Él y transformados hasta llegar a la estatura del Hijo.

Los que no tienen disposición, tendrán que ser transformados en la Gran Tribulación, una etapa relativamente corta de tres años y medio, pero de un sufrimiento indescriptible.

Los hijos de Dios que no se disponen en esta era y que mueren antes de la Gran Tribulación, serán resucitados al final de ésta, y después del juicio del Tribunal de Cristo, llevados a las tinieblas de afuera donde atados de pies y manos serán transformados durante mil años.

Finalmente, para entrar en la Nueva Jerusalén, todos los hijos de Dios tendremos una constitución de oro, plata-perlas y piedras preciosas.

Este primer grupo de materiales útiles para sobre edificar, nos muestra que es Dios quien edifica en nosotros y por medio de nosotros. Lo que Dios hace en nosotros, no será dañado por el fuego; si permitimos que Él haga Su obra de edificación en nosotros, el fuego no dañará esa obra y nosotros tendremos gran ganancia, entrando en el reino de los cielos como vencedores.

El segundo grupo de materiales para la sobre edificación está conformado por madera, heno y hojarasca. Los tres componentes de este grupo son vegetales y el vegetal hace referencia a la naturaleza humana no transformada.

La madera es otro de los materiales con que algunos sobre edifican. Aunque hay maderas de excelente calidad, muy útiles en

la construcción de edificios, también son un magnífico combustible cuando se someten al fuego, y su duración es muy limitada; con el tiempo se pudre y las edificaciones hechas con ella se derrumban.

El heno es utilizado como forraje para alimentar ganado en la época de invierno, y está conformado por gramíneas y leguminosas muy secas y procesadas, de muy bajo valor nutricional. En países con estaciones no hay una manera distinta de alimentar a los animales domésticos durante el invierno, pues debido a la nieve no se puede producir otra clase de alimentos para ellos. Esta es una manera poco adecuada de alimentar el ganado, pero no se consigue una mejor forma en la estación invernal.

La hojarasca que es el tercer componente de este grupo está formado por las hojas secas que caen de los árboles y que no representan ningún beneficio para la naturaleza, ni para el hombre ni los animales. Simplemente la hojarasca es el fin del ciclo de vida de los vegetales. Cuando a la hojarasca se le pone fuego, arde con mucha fuerza y desaparece en un tiempo muy breve.

Teniendo claridad sobre los componentes de los dos grupos de materiales con que cada uno puede sobre edificar, podemos obtener revelación acerca de lo que el Señor quiere decirnos en este pasaje.

Hay algunos santos hijos de Dios que han tenido revelación y han visto que es el Señor quien está edificando, en ellos y con ellos, la iglesia que es Su cuerpo. Ellos se disponen cada día en el trono de la gracia para que el Señor agregue Su naturaleza divina, santa, justa, amorosa, llena de luz y de vida, y en la medida que el Señor se va agregando a ellos, se van convirtiendo en oro, plata-perlas y piedras preciosas, y antes de morir o antes de la Gran Tribulación estarán completamente transformados en su corazón, y el Señor los resucitará como el Hijo Varón y los arrebatará a Su trono, o si están vivos serán transformados en un instante y también llevados al trono de Dios como las Primicias.

Hay otros hijos de Dios, creyentes genuinos, que son la mayoría de los que viven hoy en la tierra, que se han sometido a los líderes que son falsos maestros y están edificando con materiales que perecen en el fuego, como la madera, el heno y la hojarasca.

Ellos pretenden edificar en su naturaleza humana, en su alma no transformada, porque eso hacen los líderes de las congregaciones cristianas. Aunque algunos son nacidos de nuevo, redimidos por el Señor, no permiten que sea el Señor quien hace Su obra en ellos, sino son ellos quienes pretenden hacer

sus obras para el Señor, con la convicción equivocada de que Él se agrada de sus obras. El Señor no tiene ningún placer en esas obras, porque son hechas según la naturaleza humana caída y no transformada.

Si bien es verdad que la madera embellece una construcción, que le da un aspecto de belleza especial, también es cierto que la madera se pudre y se destruye muy pronto, y si llega a ser víctima del fuego, desaparece tan rápido como un suspiro.

Exactamente eso ocurrirá en el Tribunal de Cristo, con las obras que están haciendo los líderes del cristianismo y sus seguidores; tienen una apariencia muy bonita, son grandes y muy vistosas: cadenas de televisión, grandes edificaciones, muchos seguidores, fama internacional, entre otras, que desaparecerán como desaparece la flor de la hierba.

Si hablamos del heno, aunque sirve para alimentar el ganado en la temporada invernal, su valor nutricional es escaso. Todas las predicaciones y enseñanzas que los líderes cristianos imparten a sus feligreses no tienen ningún valor espiritual. Su contenido son fábulas salidas de una imaginación prolífica, pero sin revelación ni visión que viene del Espíritu, sino que, por el contrario, el alma de esos líderes es usada por el diablo para engañar a los concurrentes.

Todo lo que hablan estos falsos maestros no tiene el menor valor nutricional espiritual y los santos que hay en medio de ellos no crecen, no conocen al Señor, no saben relacionarse con Él, no tienen revelación ni visión, tienen un espíritu humano y no saben qué es, para qué sirve ni cómo se usa.

Los santos que hay en medio del cristianismo no saben tocar el espíritu, no saben tener comunión con el Señor, no tienen idea de qué es el Lugar Santísimo, no conocen el aposento más interior, sus oraciones son vanas repeticiones que nunca tocan el trono de Dios, porque no saben ir allí a buscar gracia y misericordia del Señor. Todo lo hecho y hablado por ellos llega escasamente a la categoría de heno, sin nutrición ni ayuda espiritual para sus cautivos.

En ellos se cumplen las cinco características propias de la iglesia en Laodicea, que es la manifestación más sobresaliente en estos tiempos del fin: desventura, miserableza, pobreza, ceguera y desnudez: "***Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo***" (Apocalipsis 3.17).

La hojarasca es un vegetal que no tiene ninguna calidad. Es la representación del final del ciclo

de la vida de los vegetales, es decir, su contenido es muerte. La característica más notable de la situación de la iglesia en Sardis es precisamente la muerte: "***Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto***" (Apocalipsis 3.1).

La situación de la iglesia en Sardis está muy bien representada por el protestantismo con sus miles de denominaciones y grupos libres. En la edificación de la iglesia que pretenden ostentar, lo más notable es la hojarasca, hojas llenas de muerte. Los santos que hay allí están todos llenos de muerte, de hojas secas, sin vida. Si tú vas a un lugar donde hay hojarasca encontrará que debajo de ella solamente se reproducen algunos insectos y bichos, que generalmente causan daño al hombre y a los animales.

Si algún pastor o líder de congregación llega a leer este libro, yo te ruego, en el nombre del Señor Jesús, que lo leas completo, que no te sientas rechazado, atacado o estigmatizado; simplemente ve al Señor con corazón humilde y ruégale que se revele en ti y una vez que tengas revelación arrepiéntete de haber hecho tantas cosas abominables delante de Él; pídele que te perdone por tratar de edificar con madera, heno y hojarasca, y suplícale que de hoy en adelante Él sea quien te edifique con Su naturaleza divina, que aplique Su redención y te transforme en oro, perlas y en piedras preciosas.

Tal vez tú pastor o líder con cualquier otro mote, seas un creyente genuino. Tal vez engañado por satanás has creído que el Señor te ha puesto como líder de una congregación, pero eso no es más que un engaño del enemigo. El Señor se reserva el liderazgo de la iglesia solamente para Él. Nosotros somos miembros de Su cuerpo, que debido a Su gran misericordia nos ha hecho partícipes de Su naturaleza y de Su vida divina, pero Él no nos ha mandado a edificar ni a liderar, porque es Él quien edifica, quien gobierna y quien lidera. Es tiempo de arrepentirse yendo a Él.

Tal vez tú pastor, reverendo, "*ungido*", líder..., seas un falso creyente. Ya deja de ser uno con satanás, vuélvete al Señor y ruégale que te redima, que te salve, que te dé Su Espíritu, que te haga uno de Sus hijos. Él es misericordioso y perdonador. Tal vez puedas escapar de la terrible condenación que te espera si sigues engañando, usando fraudulentamente el nombre del Señor.

Capítulo 23

LOS FALSOS PROFETAS (2)

4. El camino de la verdad es injuriado

Tanto los falsos maestros como sus muchos seguidores han hecho y hacen que el camino de la verdad sea injuriado o blasfemado: "***por causa de los cuales el camino de la verdad será injuriado***" 2 Pedro 2.2.

Hemos visto una y otra vez que el camino es nuestro Señor Jesucristo, que en Él y por Él debemos andar, que no hay un camino diferente para llegar al Padre, que fuera de Él no podemos conocer al Padre, que sin nuestro Señor Jesús no podemos conocer ni hacer la voluntad del Padre y que si no hacemos Su voluntad será imposible entrar en el reino de los cielos.

Solamente poniendo los ojos en Jesús podemos correr con paciencia la carrera frente a la cual nos ha puesto el Señor. Si no somos cuidadosos en seguirlo a Él como el camino, nos desviaremos y perderemos, y nunca llegaremos a la meta: ser vencedores y reinar con el Señor en el reino de los cielos de mil años.

De otro lado la verdad no es un concepto filosófico de bondad o de lo verdadero, como tratan de definirlo los pensadores del mundo. La verdad es igualmente una persona: Nuestro Señor Jesucristo: "***Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida***" (Juan 14.6).

Todo el plan de Dios para redimirnos y para hacernos Su cuerpo, Su extensión, está centrado en Cristo y Cristo debe ser nuestro todo, nuestro vivir, nuestra esperanza de gloria, nuestro camino y toda la verdad, pero por causa de los falsos maestros que han invadido el cristianismo, y también por causa de sus muchos seguidores, nuestro Señor Jesús es injuriado y blasfemado diariamente.

En muchos lugares donde uno se encuentra, los incrédulos hablan descaradamente contra el Señor, por los horribles ejemplos que ven y oyen a diario de los llamados "*ministros del evangelio*". Dicen que las congregaciones son un negocio que produce tanta o más rentabilidad que los negocios financieros, de educación o los de las comunicaciones, que los líderes son unos explotadores de sus seguidores y que el cristianismo no ha sido más que un medio de explotación, de tiranía, de asesinato, de desesperanza, que ha operado a lo largo de los siglos y que siempre ha estado a favor de los poderosos, para exprimir y engañar a los pueblos de la tierra, donde ha sentado sus reales.

En el catolicismo, tanto romano como ortodoxo oriental, los millones de curas que celebran misas cada día, nombran al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, frente a los ángeles caídos y de-

monios que tienen en sus parroquias, basílicas y catedrales, escondidos tras los miles de ídolos de yeso, madera, metal y otros materiales. Esta es quizá la forma más vil de menospreciar y blasfemar la verdad que está en el Señor y un inmenso insulto al nombre del Señor.

En fin, son tantas las maneras en que las personas denigran, injurian y blasfeman de nuestro Señor, que se torna muy difícil argumentar contra ellos, porque los falsos maestros y sus millones de seguidores son una prueba palpable y un mal ejemplo de lo que el Señor es, dice y hace.

Estos falsos maestros y sus feligreses se han hecho uno con satanás para estorbar el plan de Dios, para que las gentes no crean en Él, para que no vean el hermoso plan de redención que Él ha ejecutado a su favor y para que se refugien en Él, porque piensan que el Señor está en toda la falsedad que dicen y hacen los falsos ministros.

Es por eso que el Señor, apreciado lector, ha venido en este día a tocar a tu puerta para que ya no sigas más ese camino de desenfreno y disolución a que te han inducido los miles de falsos maestros que hoy dirigen los cientos de miles de "*iglesias cristianas*", católicas y protestantes.

Él desea sacarte del insano redil en que satanás te ha metido, y una vez hayas oído Su voz y hayas salido de allí, lo sigas como el único y genuino Pastor y Señor. Se valiente, toma oportunamente la decisión de seguir al Señor y no seas más un medio por el cual el Señor es injuriado, vituperado y blasfemado.

5. Codiciosos y mercaderes

Hay una quinta característica en los falsos maestros y falsos profetas, que el Señor en Su misericordia quiere mostrarnos, para que abramos los ojos, los velos sean corridos y podamos ver la luz de Dios que Él desea que resplandezca en nosotros, para que dejemos de andar en tinieblas y vengamos y vivamos en Su luz admirable.

Se trata de la codicia y la mercadería que esos ministros de satanás hacen en medio de las llamadas iglesias: "***y en su codicia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas***" 2 Pedro 2.3.

Este versículo habla de dos características de los falsos maestros, de los cuales, desde hace cerca de dos mil años, el Señor nos advirtió que se levantarían en medio de los santos del Nuevo Testamento. Esas características son la codicia y la mercadería.

En la lengua española se define la codicia como *afán excesivo de riquezas, deseo* ***excesivo de***

poseer muchos bienes y riquezas, deseo vehemente de poseer algo inmaterial de carácter positivo.

Si tú lector eres un observador cuidadoso, notarás que en las congregaciones cristianas la mayor parte del tiempo utilizado para predicar se habla de diezmos y ofrendas y todas esas predicaciones y enseñanzas están plagadas de palabras fingidas, es decir, aparentemente se extraen de la Biblia y pareciera que las palabras salidas de la boca de los falsos maestros fuesen palabras enseñadas por Dios, pero no es así.

El cristianismo contemporáneo se ha convertido en uno de los más poderosos negocios que hay sobre la tierra. Diariamente, miles de falsos profetas que lideran las miles de congregaciones cristianas, venden a sus seguidores una cantidad inmensa de intangibles, que les producen como renta ingentes ganancias económicas.

La mayor parte de las predicaciones están encaminadas a pedir a los congregados que reten a Dios, entregando ciertas cantidades de dinero para que vean que Dios les devolverá por centenares y millares lo que han dado para "***la obra del Señor***".

Estos falsos maestros han desarrollado técnicas para llegar a los corazones de los incautos congregados, y exprimirles todo lo que más pueden, hablando de diezmos, ofrendas, semillas y un sin número de dádivas, que según "***su interpretación de la Biblia***", Dios ha ordenado dar a Su pueblo.

Otros se inventan miles de triquiñuelas para vender cosas que afirman tener que ver algo con el Señor Jesús. No es extraño ver en congregaciones la venta de pequeñas porciones de aceite ungido, frascos que supuestamente contienen agua del río Jordán, donde Jesús fue bautizado, agua bendita y otras cosas que no merece la pena mencionar más.

El hecho cierto es que estos falsos maestros se enriquecen usurpando los bienes de quienes los siguen, y lo más triste es que para lograrlo falsifican la palabra de Dios, lo cual no es propio de los hijos de Dios que lo siguen a Él y hablan Su palabra genuina: "***Pues no somos como muchos, que medran adulterando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo***" 2 Corintios 2.17.

Todas estas actitudes son manifestaciones claras de los dirigentes de las iglesias cristianas de hoy, por medio de las cuales el Señor advierte a Sus hijos, los creyentes genuinos, para que dejen de seguir a esos líderes, a sus ministerios particulares, a sus organizaciones, a sus disoluciones,

a su avaricia y a su mercadería. Ten en cuenta apreciado lector que el Señor dice que la mercadería que hacen estos falsos maestros, la hacen con palabras fingidas, es decir, en ellos tú nunca oirás palabras de sinceridad y de verdad, o sea que todo su hablar es mentiroso, propio de satanás, con apariencia de verdad. ¡El Señor te lo está advirtiendo!

Una vez que hemos descrito las características de los falsos maestros, los falsos profetas y los falsos cristos de que habla el Señor en uno y otro pasaje de la Biblia, volvemos a Mateo 7 para dar conclusión a este tema de los falsos profetas: "***Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis***" Mateo 7.15-20.

La primera mentira que el Señor desnuda aquí concerniente a los falsos profetas tiene que ver con el vestido. Todos sabemos que el vestido es la expresión exterior de lo que hay en el interior del hombre, y ese vestido puede ser muy engañoso. En el caso de los falsos profetas, exteriormente parecen ovejas, pero interiormente son lobos rapaces.

En el Antiguo Testamento las ovejas eran catalogadas como animales limpios, útiles para ofrecer sacrificios de olor grato al Señor. Igualmente son de gran utilidad para el hombre, ya que con su carne y su leche proveen alimento, y con su lana y su piel le proveen vestido y abrigo. Por su lado los lobos son animales rapaces, depredadores, que matan a otros animales para sobrevivir y son carroñeros. Les gusta comer muerte y están llenos de muerte.

En la Biblia el Señor llama a los Suyos de ovejas y los compara con esos animales por las características especiales que tienen las ovejas. En primer lugar, las ovejas son rumiantes, es decir, mastican una y otra vez la comida. Nuestra comida es el Señor Jesús y Su palabra. Debemos tener la práctica de masticarla, disfrutarla, degustarla y saborearla una y otra vez, hasta que se convierta en nuestro alimento que nos nutre, nos sacia, nos conforta y nos alimenta.

Una vez que las ovejas han rumiado suficientemente el pasto, lo convierten en leche, carne, piel y lana, todos útiles para alimento de los hombres, para vestido y abrigo. Nuestro vivir de rumiar al Señor y Su palabra, de

digerirlo como nuestro alimento, debe convertirse en alimento para nosotros y para otros; debemos suplirlos con leche y alimento sólido para que crezcan junto con nosotros, y así cumplamos el plan del Señor.

Las ovejas son animales limpios, no comen carroña, no comen nada que tenga que ver con la muerte. Ese debe ser nuestro vivir; como creyentes genuinos, como hijos de Dios que tratamos de complacerlo y agradarlo, debemos evitar todo contacto con la muerte. Las personas que están en el mundo generalmente tienen un vivir y un hablar lleno de muerte; en cuanto sea posible, debemos evitar contaminarnos con el vivir de ellos.

El Señor nos advierte que los falsos profetas vienen a nosotros con disfraz de ovejas, lo cual quiere decir que en apariencia, en su porte exterior, parecen ser hijos de Dios, pero en su constitución interior son lobos rapaces. Los lobos son depredadores, es decir, ciegan la vida de otros animales para vivir, matan para lograr su subsistencia.

Así son los falsos profetas: matan espiritualmente a sus prosélitos, porque son carroñeros, todo lo que sale de sus corazones es muerte, nunca hablan una sola sílaba que contenga revelación de Dios, que produzca vida eterna en quienes los oyen, son ciegos guías de ciegos, sus enseñanzas son doctrinas de demonios, y la Biblia nos advierte en uno y otro lugar acerca de ellos: "***Pero debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos difíciles. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, vanagloriosos, soberbios, injuriadores, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, salvajes, aborrecedores del bien, traidores, impetuosos, cegados por el orgullo, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; de éstos apártate… Porque vendrá tiempo cuando no soportarán la sana enseñanza, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a los mitos… Pero el Espíritu dice claramente que en los tiempos venideros algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a enseñanzas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia como con un hierro candente, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los que son creyentes y tienen pleno conocimiento de la verdad***" 2 Timoteo 3.1-5; 4.3-4; 1 Timoteo

4.1-3.

Para el cristianismo y para los creyentes genuinos que hay en su seno, es muy difícil identificar a los falsos profetas, porque ellos afirman ser enviados por Dios y casi siempre se hacen acompañar por señales milagrosas falsas, que embelesan a los seguidores.

No obstante, el Señor nos muestra una prueba que es irrebatible: los frutos que producen esos falsos profetas: "***Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis***" Mateo 7.16-20.

El Señor establece dos categorías de árboles que producen igualmente dos categorías de frutos. El primer grupo conformado por la vid que produce uvas, y la higuera que produce higos. El segundo grupo está conformado por espinos y abrojos.

En cuanto al primer grupo, Jesús dice que Él es la vid verdadera y que el Padre es el labrador. Afirma igualmente que nosotros, los hijos de Dios, somos los pámpanos—las ramas— que fuimos injertados en la vid, con el propósito de que llevemos frutos. Los frutos de la vid son las uvas y de las uvas se obtiene el vino, y el vino alegra el alma.

Esto quiere decir que los creyentes genuinos hemos sido puestos en el Señor Jesús con el fin de que produzcamos frutos y con esos frutos alegremos al Padre, le proporcionemos satisfacción. Él desea encontrar en nosotros cada día plena satisfacción, porque somos fruto de su ardua labor a lo largo de los años, y esta debe ser nuestra permanente preocupación, darle a nuestro Padre celestial motivos de alegría y satisfacción.

La higuera produce higos y estos nutren y sacian el hambre del Señor. Nuestro Señor hoy tiene hambre y desea encontrar en nosotros Sus hijos higos para saciarla, para alimentarse y ganar satisfacción. Cuando Jesús anduvo en carne en la tierra, hubo una ocasión en que se hospedó en Betania. A la mañana siguiente, al parecer se levantó bien temprano y se fue a Jerusalén. Muy seguramente no había comido nada y sintió hambre. Cuando el Señor vio cerca del camino una higuera pensó que los higos, que ella debía tener, solucionarían Su necesidad; pero al acercarse no encontró frutos, sino solamente hojas: "***Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y pasó la noche allí. Por la mañana, cuando volvía a la ciudad, tuvo***

hambre. Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y al instante se secó la higuera" (Mateo 21.17-19).

Así son todas las congregaciones del cristianismo que son regentadas por falsos maestros, falsos profetas y falsos cristos: están llenas de hojas, llenas de apariencia, pero el Señor no encuentra nada en ellas con que pueda alimentarse, saciarse y satisfacerse.

Los falsos maestros y falsos profetas, a cambio de uvas e higos, producen espinos y abrojos.

Los espinos hacen referencia a una extensa variedad de árboles y arbustos que comprende más de doscientas especies, la mayoría de las cuales son espinosas y no producen frutos que sean útiles para la alimentación de hombres y animales, sino que, por el contrario, el contacto con ellas de unos y otros produce heridas y daños en la piel.

Por su parte los abrojos, aunque en el lenguaje moderno tiene más de una connotación, creemos que el Señor se refiere a una planta herbácea rastrera, perjudicial para las sementeras y que produce un fruto esférico y espinoso, también conocido como cardo.

Espiritualmente hablando, el Señor nos advierte que nada provechoso hay en los falsos maestros y falsos profetas que hoy dirigen y manipulan las miles de congregaciones del cristianismo. Las grandes obras de estos falsarios no producen ni pueden producir nada que agrade al Señor, nada que lo satisfaga y nada que lo sacie.

Todo lo que ellos producen causa daño a la obra que el Señor mismo está realizando y a la cual nos está llamando para que caminemos con Él, cooperemos en Su avance y nos preparemos como las Primicias para que Él pueda venir a esta tierra, tomar posesión de los reinos de ella y acabar de una vez por todas con esa obra maldita que satanás ha desarrollado fraudulentamente por cerca de seis mil años.

Tú querido lector decides ahora de parte de quién quieres estar: si deseas seguir a los falsos maestros, falsos profetas y falsos cristos o si prefieres seguir al Cordero por donde quiera que va.

Profetas y maestros genuinos

Como hemos hablado de falsos profetas y falsos maestros, no haríamos bien si dejásemos de hablar qué y quién es un genuino maestro y un genuino profeta.

Para entenderlo, veamos lo que dice el Señor en Su palabra acerca del tema: "***Y él mismo***

constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros" (Efesios 4.11).

Debemos aprender a mirar la palabra detenida y detalladamente, para que el Señor pueda revelarnos cada uno de los pormenores en ella contenidos. Tú, apreciado lector puedes notar que en el versículo transcrito dice que ***Él mismo constituyó*** y no dice que fueron elegidos democráticamente por la congregación, ni que fueron graduados en un instituto bíblico o que a sí mismos se auto proclamaron, sino que el Señor los constituyó y los dio a la iglesia.

Los que se auto proclaman siempre resultan falsos, como ocurrió en Éfeso en el relato de Apocalipsis 2.2: "***y has probado a los que a sí mismos se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos***". La potestad de constituir a hermanos como apóstoles, como profetas, como evangelistas y como pastores-maestros, es exclusiva del Señor. A nadie la ha delegado.

Un ejemplo de constitución lo encontramos cuando el Señor, después de haber pasado la noche orando, llamó a doce: "***En aquellos días Él fue al monte a orar, y pasó toda la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a Sus discípulos, y escogió a doce de entre ellos, a los cuales también llamó apóstoles: a Simón, a quien también llamó Pedro, a Andrés su hermano, Jacobo, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor***" Lucas 6.12-16.

Otro ejemplo aparece en Antioquía de Siria donde había cinco hermanos que eran profetas y a la vez maestros, y si eran maestros también eran pastores, porque pastor y maestro son dos funciones que siempre recaen en la misma persona: "***Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo***" Hechos 13.1.

¿Qué hacían estos cinco hermanos en la iglesia que estaba en Antioquía? No se estaban enseñoreando de la iglesia, ni cada uno de ellos estaba montando su organización, sino "***Ministrando éstos al Señor, y ayunando***" (Hechos 13.2).

Estos santos sabían muy bien que el Señor es la cabeza de la iglesia y que es Él quien toma las decisiones y quien edifica el cuerpo de Cristo. Por eso el relato continúa: "***dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado***". ¿Quién los llamó a una obra específica? No fueron

los hermanos, ni el cuerpo consistorial, ni los ancianos, ni los diáconos, ni ellos mismos; fue el Espíritu Santo quien separó a Pablo y a Bernabé para enviarlos a hacer la obra de apostolado, predicando el evangelio en el mundo conocido de ese entonces.

Si leemos el versículo siguiente notaremos que una vez que el espíritu Santo tomó una determinación, la iglesia se hizo uno con ella: "***Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron***" Hechos 13.3. Imponer las manos es hacerse uno con la persona a quien le son impuestas.

¿Para qué constituyó el Señor en la iglesia a unos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas y a otros como pastores y maestros? No lo hizo para que cada uno montara una organización y le pusiera un nombre acompañado de la palabra iglesia, y se enseñoreara de unos cuantos seguidores y los engañara, como hace la totalidad de los líderes del cristianismo contemporáneo, sino que aquellos que en verdad han sido constituidos por el Señor tienen una función única: "***perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo***" Efesios 4.12.

Tú que te precias de ser pastor, maestro, evangelista, profeta o apóstol, ¿a cuántos has perfeccionado? ¿Cuánto ha sido edificado el cuerpo de Cristo por medio de "*tu ministerio*"?

La palabra constitución implica que la persona tiene una realidad interior, realidad que solo puede otorgar el Señor en la medida que el creyente vive en comunión con Él, que oye Su palabra, que recibe revelación y visión y que vive la realidad de esa palabra.

Cuando un hermano que ha sido constituido con cualquiera de las cuatro funciones o con dos, con tres o con las cuatro, vive y comparte con otros hermanos, todos van siendo perfeccionados, inclusive el hermano constituido, y de esa manera se va realizando la obra del ministerio y con esa obra el Cuerpo de Cristo va siendo edificado.

La edificación no tiene nada que ver con la construcción de un edificio donde se reúnen los feligreses, y al que se le da el nombre de "*iglesia*", como ocurre con los católicos y la totalidad de las denominaciones evangélicas. La edificación del Cuerpo de Cristo se da cuando cada uno de los miembros crece en el Señor por medio de ser perfeccionado, o dicho en otras palabras, cuando el Señor crece en cada miembro de Su cuerpo.

Este debe ser el vivir diario de los creyentes, vivir en el que labora con el Señor, en la Palabra y en el Espíritu para que Él pue-

da tomar y saturar las partes del alma y cuando todos los santos se reúnan, puedan edificarse mutuamente.

Al respecto, el Señor nos habla con mucha claridad en 1 Corintios 14. A propósito, el versículo 26 dice: "***¿Qué hay pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno tiene un salmo, tiene una enseñanza, tiene una revelación, tiene una lengua extraña, tiene una interpretación. Háganse todas las cosas para edificación***".

Observa bien la pequeña frase ***cada uno tiene***. Antes dice si cuando nos reunimos. Esto quiere decir que a la reunión cada uno debe llevar aquello que ha disfrutado de las riquezas de Cristo permanentemente, y debe traducirse en salmo o enseñanza o en revelación o en lengua o en interpretación. No es exclusivo de uno o unos pocos, sino que cada uno debe tener, debe llevar y debe liberarlo en la reunión.

¿Y cuál es el propósito de cada uno tener? No es para lucirse, no es para mostrarse, no es para llenarse de fama, no es para sobresalir, no es para despertar la envidia de los demás; tampoco para ser admirado, sino que el Señor nos manda: ***Háganse todas las cosas para edificación***. Todo lo que se hace en la reunión de la iglesia debe hacerse con el único objetivo de que el señor pueda edificar Su Cuerpo, en y con nosotros.

El Señor nos aclara más: "***En cuanto a los profetas, que hablen dos o tres, y los demás disciernan. Pero si algo le es revelado a otro que está sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan y todos sean alentados. Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz***" 1 Corintios 14.29-33.

En la reunión de la iglesia es necesario que haya profetas y estos deben hablar dos o tres, en orden, y los que están en la posición de oyentes deben discernir, deben juzgar si la palabra por ellos liberada es de Dios o proviene de su mente carnal. De esa manera todos los presentes aprenden y son alentados.

El último versículo de este trecho es muy esclarecedor cuando dice que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas. Esto quiere decir que profetizar no es un asunto de hablar y hablar sin sentido, ni tampoco de liberar una jeringonza incomprensible y confusa, sino que el profetizar de los profetas genuinos llena a los santos de paz, porque Dios es paz.

Para entender quién es un profeta genuino, lo mismo que un apóstol, un evangelista y un pastor-maestro, veamos 1 Corintios

14.3, 4: "***Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, aliento y consolación; pero el que profetiza, edifica a la iglesia***".

Los profetas constituidos por el Señor son hermanos que aprenden a vivir en comunión con el Señor y Él les revela Sus misterios, Su palabra, Sus deseos y Su plan, y cuando ellos hablan a otros santos, en cualquier reunión, los oyentes son edificados alentados y consolados. El resultado de todo esto es que la iglesia es edificada.

Esperamos que estas palabras ayuden a los lectores a desnudar a los falsos profetas que han llenado el cristianismo y que engañan aun a los genuinos hijos de Dios que hay en ese medio. Es hora de volver el corazón al Señor Jesucristo, permitir que Él quite los velos que hay y que permita a todos Sus hijos ver Sus realidades y salir para venir a Él y seguirlo solamente a Él.

Se acerca el día en que los falsos profetas serán cortados y echados en el fuego. No seas uno con ellos y no te hagas partícipe de su condenación: "***Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego***" (Mateo 7.19). Observa bien sus frutos y no comas más la muerte que ellos propalan: "***Así que, por sus frutos los conoceréis***" Mateo 7:20.

Capítulo 24

LA ENTRADA AL REINO DE LOS CIELOS (1)

No obstante que en los capítulos anteriores, hablamos del reino de los cielos y tocamos algunos puntos de la entrada a ese reino, el Señor nos ha dado la carga de insistir sobre el tema, y en estos capítulo hablaremos nuevamente y con mayor profundidad acerca de la entrada en el reino de los cielos.

Para comenzar aclaremos que el reino de los cielos no se ha establecido aun en su plenitud y que en este tiempo el Señor está llamando a algunos de Sus hijos para constituirlos, de tal manera que, en Su venida, puedan entrar en el reino de los cielos, y Él pueda establecer ese reino.

No sobra decir que el reino de los cielos estará conformado por tres grupos de creyentes, todos ellos vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores que Salen de la Gran Tribulación. Con ellos el Señor Jesús gobernará la tierra durante el reino milenario.

Las dos primeras personas que en el Nuevo Testamento hablaron del reino de los cielos son Juan Bautista y el Señor Jesús. El primero dice al respecto: "***Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado***" Mateo 3.2. Por este versículo podemos ver que el reino de los cielos del que habló Juan Bautista se refiere a una persona, porque en el versículo siguiente dice: "***Pues éste es aquel de quien se habló por medio del profeta Isaías, cuando se dijo: "Voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad Sus sendas***" Mateo 3.3. El reino de los cielos es el Señor Jesús. Cuando Juan comenzó a predicar, Jesús ya estaba en la tierra, pero aún no se había manifestado.

Por Su parte el Señor Jesús hablando de la cercanía del reino de los cielos dice: "***Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado***" Mateo 4.17. Tanto Juan como el Señor Jesús coinciden en que el requisito para ver la cercanía del reino de los cielos es el arrepentimiento.

Aquí es bueno aclarar que el arrepentimiento se da solamente en los creyentes, aquellos que han sido regenerados, quienes han recibido al Señor Jesús creyendo en Su nombre. Para constituirse en hijos de Dios no hace falta arrepentirse, porque no es posible que el arrepentimiento se dé en un incrédulo, en uno que no es hijo de Dios.

Por eso en Juan 1.12-13, el Señor no dijo que serían constituidos hijos de Dios quienes se arrepintieran, sino que a todos los que creen en el nombre del Señor Jesús y lo reciben: "***Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engen-***

drados de sangre, ni de Voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios".

Una vez que uno ha creído en el nombre del Señor Jesús y lo ha recibido, ha sido engendrado por Dios, se ha constituido en Su hijo y ahora tiene la capacidad de arrepentirse, porque ese poder solo lo da Dios mismo como el Espíritu Santo que mora en el espíritu del creyente.

Es por eso por lo que la predicación de Juan el Bautista y del Señor Jesús no comenzó entre el pueblo gentil, sino entre los israelitas, porque de alguna manera ellos eran creyentes, eran el pueblo de Dios desde hacía por lo menos unos 1.500 años, y es por eso que tanto Juan como Jesús los llamaron al arrepentimiento.

Esta es la razón por la cual cuando el Señor Jesús envió a anunciar el evangelio a los doce que escogió como apóstoles, les dijo: "***Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel***" Mateo 10.5-6. Aquí el Señor llama a los israelitas ovejas, indicando que ellos estaban estrechamente relacionados con Dios.

Igualmente, Pedro, cuando en Pentecostés se puso en pie con los once para anunciar las buenas nuevas del evangelio a los judíos y después de haberles mostrado que Jesús, el que ellos habían crucificado, era el Mesías prometido por Dios, y cuando los oyentes vieron que estas palabras eran verdad y les preguntaron qué debían hacer, Pedro les dijo: "***Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame a Sí***" Hechos 2.38-39. El Señor les otorgó primero a los israelitas, Su pueblo, el privilegio de participar del reino de los cielos.

Y para participar en ese reino era necesario arrepentirse. La palabra griega traducida como arrepentimiento es *metanoeo* e implica cambiar de mente, cambiar de opinión y cambiar de propósito. Esto nos permite afirmar que el arrepentimiento es un hecho que se da en el alma, especialmente en la mente, pero este no es solamente un ejercicio mental, sino que debe tener su base en el espíritu y el espíritu puede llevar al alma al arrepentimiento solamente cuando es fuerte y es fuerte cuando está mezclado con Dios el Espíritu Santo, lo que quiere decir que es el Espíritu Santo quien nos lleva al arrepentimiento.

Por eso, cuando Juan el Bau-

tista y Jesús comenzaron a hablar el evangelio, hablaron de arrepentimiento, porque se había acercado la hora en que el Espíritu Santo vendría a morar en los hombres, y gracias a Su poder podríamos arrepentirnos.

Es así como cuando Pedro habló a los miles de israelitas congregados en Pentecostés, les habló de arrepentimiento, para que pudiesen recibir la promesa del Padre, que no es nadie distinto a Él mismo como el Espíritu Santo: "***para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu***" Gálatas 3.14.

Una vez que el Espíritu ha venido a morar en aquellos que el Señor ha llamado a Sí, si hay disposición de esos regenerados, engendrados por Dios y hechos Sus hijos, si tienen un corazón dispuesto, el Señor empieza a entrenarlos, prepararlos, transformarlos y conformarlos, con el fin de que en Su venida puedan entrar en la manifestación plena del reino de los cielos, que tendrá una duración de mil años y que se conoce como el reino milenario y también como las Bodas del Cordero.

Para lograr la entrada en ese reino milenario, Dios requiere de Sus hijos una única condición: hacer la voluntad del Padre que está en el cielo: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos***" Mateo 7.21.

Si relacionamos hacer la voluntad del Padre con arrepentirse, podemos deducir que todos los hijos de Dios necesitan arrepentirse de no hacer la voluntad del Padre.

Lo más común entre los creyentes es que, a pesar de haber nacido de nuevo, de haber sido regenerados, de haber sido engendrados por Dios y hechos hijos Suyos, en muy poco, por no decir que, en nada, hacen en su día a día la voluntad del Padre.

La gran mayoría de los hijos de Dios viven según sus puntos de vista, de acuerdo con sus deseos, deciden según su voluntad, hacen las cosas a su acomodo, hablan sin conectar su mente al espíritu y en todas sus actividades ignoran la voluntad del Padre, y al ignorarla no tienen la capacidad de hacerla.

¿Cuáles son las causas de esta actitud? Hay varias. La primera es que no saben tener comunión con el Padre. Quienes están en grupos cristianos no son enseñados a entrar en el aposento más interior, que es el espíritu humano y vivir allí una vida de íntima comunión con el Padre. Y no son enseñados a tener esa comunión, porque quienes los

dirigen tampoco saben hacerlo. Muchos ni siquiera saben que tienen un espíritu humano. Cuando mucho dicen que la Biblia dice que el hombre tiene tres partes: espíritu, alma y cuerpo, pero no saben discernir las funciones de cada uno.

Al no tener intimidad con el Señor no pueden tener revelación de Su palabra, de Su persona, de Su plan y de Sus deseos. La voluntad de Dios solamente se puede conocer mediante revelación y esa revelación se da solamente en el espíritu humano.

Pablo guiado por el Espíritu Santo, liberó una oración en la que rogó al Padre que nos concediese espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él: "***Por esta causa también yo, habiendo oído de la fe en el Señor Jesús la cual está entre vosotros, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, acordándome de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él***" Efesios 1.15-17.

Lo primero que Pablo consideró en estos versículos es que las personas a quienes dirigió la carta eran creyentes, porque había oído que tenían fe, es decir, ellos habían recibido al Señor Jesús creyendo en Su nombre y Él vivía como el Espíritu en ellos y les trajo como resultado amor por el Señor y por todos los santos.

Cuando una persona llega a ser un creyente genuino tiene esas dos manifestaciones que son credenciales de que ha creído, de que ha sido regenerada y de que ha nacido de nuevo: fe en el Señor Jesucristo, y esa fe se expresa por medio del amor por los santos, por quienes ahora son sus hermanos.

Los creyentes genuinos tenemos a Dios como nuestro Padre y a todos los demás creyentes como nuestros hermanos; el Padre y nosotros conformamos la familia más hermosa que hay en el universo, la familia de Dios: "***Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios***" Efesios 2.19.

Ante la fe en el Señor Jesucristo y el amor por todos los santos, manifestado por los hermanos que estaban en Éfeso, Pablo hace dos cosas que son bien importantes: la primera, no paraba un momento de dar gracias al Padre por esos santos; y la segunda se acordaba de ellos en todas sus oraciones.

¡Qué maravilloso ejemplo nos muestra el Espíritu en nuestro hermano Pablo! Un hombre que amaba a Dios con todo su corazón, con todas sus fuerzas,

con toda su alma y con toda su vida, y lo expresaba mediante sus oraciones. ¡Cuánto debemos imitar a Pablo! ¡Que el Señor nos conceda Su misericordia y nos ayude a ser así!

Observa que Pablo no estaba preocupado por sus necesidades, ni su oración gravitaba en torno a sus éxitos, o a su ministerio, o a lograr muchos seguidores, o a ganar adeptos para "su organización" ni "para su iglesia". Pablo no tenía nada de eso.

Tampoco Pablo oró para que el Señor hiciera algunos milagros espectaculares entre los efesios, ni para que sanara a algunos que padecían dolencias físicas, ni para que les proveyera abundancia de bienes materiales, ni para que los santos en esa ciudad recolectaran fondos y construyeran un gran templo que compitiera con el de la diosa Diana.

La gran preocupación del hermano Pablo era el reino de los cielos y la justicia de Dios, por eso su oración se centra en que el Padre de gloria, ***os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él***.

Pablo sabía que no era suficiente el hecho de que los hermanos de Éfeso hubiesen recibido al Señor y se hubieran convertido en miembros de la familia de Dios, sino que ese era el comienzo de la carrera que todo creyente debe correr y que dura toda la vida que permanezca en la tierra, y en esa carrera lo más importante es que tengamos pleno conocimiento del Padre, el cual se logra mediante revelación y la revelación se alcanza solamente en el espíritu humano.

Cuando creemos en el Señor Jesús, cuando lo recibimos, Dios viene como el Espíritu Santo y toma posesión de nuestro espíritu humano y los dos se mezclan en uno solo para no separarse nunca más: "***Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con ÉL***" 1 Corintios 6.17.

Ahora el Espíritu Santo que es Dios mismo y el espíritu del creyente ya no son dos, sino uno solo. Esto es ser regenerados, esto es nacer de nuevo, esto es ser engendrados como hijos legítimos de Dios.

Ese nuevo nacimiento podemos semejarlo al nacimiento de un ser humano. Cuando un niño nace es un bebé, un ser indefenso al que hay que proporcionarle todas las cosas y muchos cuidados para que no muera. Lo lógico en el curso de la vida de un ser humano es que crezca, que no se quede toda la vida como un bebé, porque eso sería muy preocupante y por demás anormal.

Lo mismo ocurre en el ámbito espiritual. Después de que una persona nace de Dios debe crecer, es decir, Dios debe crecer en Él y se crece conociendo paula-

tinamente a Dios, hasta llegar a tener la estatura de la plenitud de Cristo: "***para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios… hasta que todos lleguemos… a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo***" Colosenses 1.10; Efesios 4.13.

El crecimiento del Señor en el creyente no es nada distinto a que Él, paulatinamente, va llenando todas las áreas del corazón, hasta saturarlo completamente.

El Señor ha puesto una meta para nuestro crecimiento: debemos llegar a la estatura de la plenitud de Cristo, es decir, debemos llegar a tener la misma estatura que el Señor tiene, y para alcanzarla necesitamos crecer y para crecer necesitamos lograr el pleno conocimiento de Dios y ese conocimiento se da por revelación en nuestro espíritu humano. Nuestra meta es llegar a ser iguales al Señor Jesús en vida y en naturaleza, no en la Deidad, porque ella es exclusiva de Dios.

¿Cuál es el proceso para obtener revelación? Antes debemos decir que la revelación consiste en que algo oculto a nuestros ojos es plenamente manifestado. Lo que antes era desconocido ahora lo conocemos plenamente. Aquello que estaba cubierto por un velo, ahora es exhibido totalmente porque el velo ha sido corrido, y los velos son quitados cuando el corazón del creyente se convierte, se entrega sin reservas al Señor Jesús: "***Pero las mentes de ellos se endurecieron; porque hasta el día de hoy, les queda el mismo velo cuando leen el antiguo pacto, no siéndoles revelado que en Cristo el velo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando su corazón se vuelve al Señor, el velo es quitado***" 2 Corintios 3.14-16.

Las personas que están en el cristianismo, incluso los pocos creyentes genuinos que hay en el seno de esa religión, están llenos de velos, no tienen revelación, no pueden ver al Señor y no pueden crecer, porque el corazón de ellos no se ha vuelto, no se ha convertido al Señor; en cambio sus corazones están puestos en los líderes, en los ministerios particulares no en el único ministerio del Espíritu; igualmente su corazón está centrado en las organizaciones y en doctrinas, pero no en el Señor Jesús. Cuando los santos que están en medio del cristianismo decidan volverse al Señor, el velo les será quitado, tendrán revelación, mediante ella podrán conocer al Señor y el crecimiento en Él será un hecho.

Cuando eso ocurra, en ellos se cumplirá lo que el Señor nos ha dicho en 1 Corintios 2: "***Antes bien, como está escrito: "cosas***

que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman". Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado por Su gracia, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, interpretando lo espiritual con palabras espirituales" vs. 9-13.

Quienes amamos al Señor encontramos en Él revelaciones que nadie ha visto ni ha oído, ni han llegado al corazón de ningún hombre, y son reveladas por el Espíritu en nuestro espíritu, porque ese Espíritu es el que hemos recibido mediante Su gracia y Él conoce todos los misterios de Dios y los habla por medio de nosotros con Sus propias palabras, que nada tienen que ver con las palabras que enseña la sabiduría humana.

Pablo, haciendo uso de la sabiduría del Espíritu pide en su oración al Padre que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él: "***Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de él***" Efesios 1.17.

Es interesante la descripción que Pablo hace de Dios. En primer lugar, se refiere a Él como el Dios de nuestro Señor Jesucristo. Pareciera que Jesús es uno y Dios es otro, como Padre de Él, pero hay que entender que Dios es uno y solamente uno y que Jesús es Dios. Ese Dios, por amor a nosotros, un día se hizo hombre en Jesús, mediante la encarnación. Cuando Él se hizo carne adquirió una segunda naturaleza que no tenía antes: la naturaleza humana. Antes de la encarnación Dios tenía solamente naturaleza divina, pero cuando Él se hizo carne, "***Y el verbo se hizo carne***" Juan 1.14 además de ser divino, también es humano; la naturaleza humana está en Él, ahora Él es Dios y hombre, es Dios—hombre. De esa naturaleza humana Dios es el Dios de nuestro Señor Jesucristo y a la vez es el Padre de gloria.

Cuando Pablo hace referencia al Padre de gloria está manifestando la esfera en la cual Dios permanece: en gloria.

Dios nunca está ni actúa fuera de la gloria, y esa gloria es el ámbito, la esfera, el ambiente

donde Dios vive con veinticuatro ancianos, cuatro seres vivientes, el Padre con el Cordero y las siete lámparas de fuego que son los siete Espíritus de Dios, billones de ángeles, y es allí donde podemos penetrar aquellos que en el espíritu nos acercamos a Su trono de gracia. En ese ámbito no pueden penetrar satanás, ni los ángeles caídos, ni los demonios, ni nada inmundo; solamente aquellos creyentes que tenemos el hábito de entrar y vivir en el espíritu, quienes nos hemos habituado a acercarnos al trono de la gracia.

A ese Dios de nuestro Señor Jesucristo que es el Padre de gloria, Pablo pidió que nos diese espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él.

SABIDURÍA, REVELACIÓN Y PLENO CONOCIMIENTO DE DIOS EN EL ESPÍRITU HUMANO

En esta pequeña frase hay cuatro palabras que necesitamos considerar para obtener revelación en ellas:

1. espíritu

Sabemos por la Biblia que los seres humanos somos tripartitos, es decir, tenemos tres partes que constituyen nuestro ser: un espíritu humano, un alma y un cuerpo humanos: "***Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; que todo vuestro ser—tanto espíritu, como alma y cuerpo— sea guardado sin mancha en la venida de nuestro Señor Jesucristo***" 1 Tesalonicenses 5.23.

Observa que en la petición de Pablo sólo habla del espíritu, no habló del alma ni del cuerpo, porque la sabiduría, la revelación y el conocimiento de Dios, solamente se dan en el espíritu humano. Cuando Dios nos creó puso dentro de nosotros un espíritu con el fin de que en él pudiésemos recibirlo, para que Dios como el Espíritu more en él y para que por medio de ese espíritu podamos conocerlo. No hay otra parte de nuestro ser donde podamos conocer al Señor; solamente en nuestro espíritu humano.

No intente conocer a Dios en la mente, en el alma, será una búsqueda inútil; a Dios solamente se conoce en el espíritu y mediante revelación que el Espíritu Santo le da.

2. Sabiduría

Según la Biblia, la sabiduría es una persona, es Dios mismo. La sabiduría espiritual no es la capacidad que tienen los hombres de discernir cosas; esa sabiduría es terrenal y en ella influye totalmente satanás; en otras palabras, esa sabiduría es diabólica: "***porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, anímica, demoníaca***" Santiago 3.15.

Esta sabiduría tiene que ver con la sabiduría científica, la sabiduría filosófica y la sabiduría tecnológica que domina el mundo contemporáneo, y de la que se ufana la mayoría de los hombres. Aunque Dios le dio al hombre la capacidad de discernir, de aprender y de descubrir algunas de las cosas que Él creó, sin embargo, esta sabiduría es usada por satanás para cautivar al hombre y para oponerse al desarrollo del plan de Dios.

La genuina sabiduría es una persona, es Dios mismo, es el Señor Jesús, es el Espíritu Santo, y esa sabiduría es eterna: "***¿No clama la sabiduría, y da su voz la inteligencia?... El SEÑOR me poseyó en el principio de su camino, desde entonces, antes de sus obras. Eternalmente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra. Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fuesen fundados, antes de los collados, era yo engendrada; no había aún hecho la tierra, ni las campiñas, ni el principio del polvo del mundo. Cuando componía los cielos, allí estaba yo; cuando señalaba por compás la sobrefaz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, y a las aguas, que no pasasen su mandamiento; cuando señalaba los fundamentos de la tierra; con él estaba yo ordenándolo todo; y fui su delicia todos los días, teniendo solaz delante de él en todo tiempo. Tengo solaz en la redondez de su tierra; y mis solaces son con los hijos de los hombres... Bienaventurado el hombre que me oye, trasnochando a mis puertas cada día, guardando los umbrales de mis entradas. Porque el que me hallare, hallará la vida; y alcanzará la voluntad del SEÑOR***" Proverbios 8.1, 22-31, 34-35.

La sabiduría es Dios mismo y Él mora como el Espíritu en el espíritu de los creyentes para hacerlos sabios. Los hijos de Dios necesitan que su espíritu sea fortalecido para ser sabios, para que sea Dios quien llena su ser, para que Dios como la sabiduría se exprese a través de ellos. Cuando el creyente vive en el espíritu es verdaderamente sabio, porque en ese vivir espiritual es Dios quien se expresa como la sabiduría.

Pablo, teniendo claridad sobre la necesidad que tienen los santos en este sentido, pide al Padre que nos dé espíritu de sabiduría. Como Pablo ya no está, no puede orar por nosotros, pero nosotros podemos hacerlo cada día rogándole al Padre que nos dé espíritu de sabiduría, que nos llene con Su ser, que nos sature con Su sabiduría, que nos ayude a vivir en Su Espíritu para que seamos sabios en todas las cosas que pen-

samos, decimos y hacemos.

La sabiduría es el conocimiento profundo que tenemos de los misterios de Dios y es uno de los dones que el Espíritu Santo ha puesto en nuestro espíritu humano: "***Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría***" 1 Corintios 12.8.

3. Revelación

La revelación no es nada distinto a que las cosas que no se ven se hagan realidad, a que algo que está oculto deje de estarlo. Esta es la mayor carencia que tienen los cristianos contemporáneos. Quienes están en las denominaciones carecen casi absolutamente de esta inmensa necesidad, vital para los hijos de Dios. La carencia de conocimiento genuino de la palabra de Dios que está en la Biblia, que tienen los líderes del cristianismo, no les permite enseñar a sus seguidores qué es revelación y cómo se obtiene.

Dios es misterioso, Su plan es misterioso, Su voluntad es un misterio, y sólo puede conocerse mediante revelación en el espíritu humano.

El cristianismo confunde la revelación con el bagaje de conocimiento intelectual que tienen de la letra de la Biblia. Conocer los versículos de la Biblia mentalmente y repetirlos cual máquinas grabadoras no es revelación. Eso es tomar la Biblia en la letra y la letra produce muerte: "***el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, ministros no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica***" 2 Corintios 3.6.

Tú puedes ser capaz de repetir mentalmente todos los versículos de la Biblia y eso no te garantiza que tienes revelación. Ésta es un conocimiento profundo de la persona de Dios, de Su plan, de Su voluntad, que se da en la parte más profunda de tu ser, tu espíritu humano, y es realizada por la función del espíritu que se conoce como ***la intuición***. La revelación es el conocimiento que tenemos de Dios y que no podemos traducir a nuestro lenguaje, solamente podemos visualizarla por la fe, de acuerdo con la descripción de Hebreos 11.1: "***Ahora bien, la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve***".

La revelación es dada exclusivamente por Dios a quienes Él quiere y es la mayor necesidad vital que tenemos como creyentes, y al ser una necesidad debemos buscarla en el Señor con ahínco, pidiéndola cada día, como lo hizo Pablo mientras duró su peregrinaje por la tierra.

Si el Señor no se digna darnos revelación no tenemos nada que hacer: "***Todas las cosas me fueron entregadas por Mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el***

Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" Mateo 11.27.

Para que al Señor le agrade revelarse a nosotros debemos aprender a ser como niños, es decir, debemos enyugarnos con el Señor para aprender de Él mansedumbre y humildad, porque si nos acercamos a Dios, aunque sea con un poquitito de soberbia, somos rechazados por Él: "***En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te enaltezco, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó… Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da gracia. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte a su debido tiempo***" Mateo 11.25-26; 1 Pedro 5.5-6.

El hecho de que Dios se haya revelado a los niños, no se refiere a los niños cronológicos, sino a los niños en actitud de humildad: "***De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, jamás entraréis en el reino de los cielos***" Mateo 18.3.

La preparación para entrar en el reino de los cielos tiene una puerta de entrada: la humildad, que es el equivalente a ser pobres en espíritu, a reconocer la necesidad espiritual. A quienes ganan esa actitud de humidad enyugándose con el Señor Jesús, Él les da revelación.

4. Conocimiento de Dios

El versículo 17 de Efesios 1 remata con la frase en el ***pleno conocimiento de Él.*** El Señor en este versículo construye todo un proceso y la cumbre de él es que alcancemos conocimiento de Él.

El primer peldaño de ese proceso es el espíritu, y ese espíritu hace referencia al espíritu humano, es decir, el soporte, la base para lograr los cuatro aspectos de ese proceso es el espíritu del hombre. Esto quiere decir que los creyentes deben habituarse a usar su espíritu humano, a vivir en su espíritu, porque en él mora Dios como el Espíritu y es en él donde alcanzamos sabiduría, no la sabiduría de este siglo, ni la sabiduría de los príncipes de este siglo que perecen, sino sabiduría espiritual: "***para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Pero hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que son reducidos a nada***" 1 Corintios 2.5-6.

La sabiduría espiritual es especial y misteriosa porque está oculta en Dios, pero predestinada para sernos revelada a nosotros y convertirse en nuestra gloria: "***Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabidu-***

ría que estaba oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria" 1 Corintios 2.7.

Una vez que tenemos sabiduría en el espíritu humano, viene la revelación. Dios es misterioso, Él está oculto y ha llamado a algunos hombres para revelarse a ellos, para manifestar algunos de Sus misterios. Por eso Pablo pidió al Padre que nos diera revelación. Como Pablo ya no está, nosotros debemos buscar en nuestro espíritu sabiduría y revelación, buscarla para nosotros y pedirla para otros santos. Una petición así, el Padre nunca la negará; por el contrario, la responderá inmediatamente, porque esa clase de peticiones son agradables a Él y Él se complace profundamente en concederlas.

Finalmente, la revelación tiene un punto de llegada: ***el pleno conocimiento de Dios***. Quienes militan en el cristianismo contemporáneo, tendrán que reconocer honestamente que la mayor carencia de sus vidas es la falta de conocimiento de Dios. Los cristianos no conocen la persona de Dios; desconocen Su plan, desconocen Sus deseos; ignoran qué le agrada. Los más, buscan una sanidad de alguna dolencia o el suplemento de alguna necesidad básica, pero son completos desconocedores de la razón por la cual Dios creó al hombre, el desarrollo de Su plan en él y el punto de llegada que Dios ha determinado.

Todas estas cosas se conocen mediante revelación en el espíritu humano de los creyentes. Si no hay revelación, no hay conocimiento y si no hay conocimiento no hay crecimiento y si no hay crecimiento no hay posibilidad de hacer la voluntad del Padre y sin hacer esta voluntad del Padre no hay cómo entrar en el reino de los cielos.

El conocimiento de Dios no es un conocimiento cualquiera, sino que es el pleno conocimiento de Dios, es decir, un conocimiento que está por encima de todo conocimiento, porque es un conocimiento espiritual. Podemos conocer a Dios solamente en el espíritu humano. El alma con sus tres funciones no nos puede aportar nada en el conocimiento de Dios.

Todo lo que podemos conocer en el alma es un conocimiento de las cosas terrenales, es el conocimiento que corresponde a los príncipes de este siglo y no tiene ninguna utilidad para participar del plan de Dios, para conocer y hacer Su voluntad, ni para entrar en el reino de los cielos.

El pleno conocimiento de Dios se da en la función del espíritu humano que se conoce como la ***intuición*** y es un conocimiento infinitamente más profundo, alto y ancho, que el conocimiento que

hay en el alma. El conocimiento del espíritu es un conocimiento de fe, en él no vemos a Dios, pero podemos darle sustantividad y lo amamos, lo experimentamos y lo vivimos sin verlo: "***Ahora bien, la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve…a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y colmado de gloria***" Hebreos 11.1; 1 Pedro 1.8.

El conocimiento del alma es útil para saber las ciencias que el hombre ha desarrollado, para conocer, en cierta medida, los distintos fenómenos de la naturaleza y los fenómenos sociales, tales como la biología, la electrónica, la tecnología, las ciencias sociales, etc., pero nunca ese conocimiento permite conocer a Dios. El conocimiento de Dios se da exclusivamente en el espíritu y por fe.

Esa es la razón por la que el Espíritu sea insistente al afirmar: "***Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual***" Colosenses 1.9.

Por este versículo podemos colegir que hay sabiduría e inteligencia del alma, pero que ésta no es útil para conocer la voluntad de Dios; y que hay sabiduría e inteligencia espiritual, por medio de la cual podemos ser llenos del pleno conocimiento de la voluntad de Dios.

Esa sabiduría e inteligencia espiritual es la que pidió Pablo para nosotros y esa debe ser nuestra oración permanente, quienes aspiramos a conocer la voluntad del Padre para hacerla y cuando el Señor Jesús venga tengamos una entrada franca al reino de los cielos.

Si buscamos con anhelo el pleno conocimiento de Dios y lo obtenemos, podemos estar seguros de que creceremos en Él, es decir, Dios crecerá en nosotros hasta que alcancemos Su estatura, y cuando hayamos logrado esa estatura estaremos listos para recibir al Señor en Su venida y entrar con Él en el reino de los cielos: "***para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios***" Colosenses 1.10.

Capítulo 25

LA ENTRADA AL REINO DE LOS CIELOS (2)

VISIÓN EN EL ALMA HUMANA

La oración de Pablo no solo estaba encaminada a nuestro espíritu humano, sino que el Espíritu en él también estaba preocupado por nuestra alma, y al continuar su oración añade: "***para que, alumbrados los ojos de vuestro corazón, sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de Su fuerza, que hizo operar en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo Sus pies, y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo***" Efesios 1.18-23.

Una vez que en nuestro espíritu hemos alcanzado sabiduría, revelación y conocimiento de nuestro Señor, se requiere un segundo paso consistente en tener luz en nuestro corazón, o como dicen algunas versiones al español, ***alumbrando los ojos de vuestro entendimiento***. El entendimiento está en la mente humana y la mente hace parte del alma; entonces después de que tenemos revelación en nuestro espíritu es necesario que tengamos visión, luz en nuestra alma.

Alumbrar tiene que ver con luz y la luz hace referencia a ver, a tener una visión. La luz hace referencia a la persona de Dios, porque Dios es luz: "***Dios es luz, y en El no hay ningunas tinieblas***" 1 Juan 1.5.

Si hay revelación en nuestro espíritu, pero no hay visión en el alma, la revelación se vuelve irrealizable, no es práctica, no tiene fruto, no podemos crecer mediante ella.

Esta es la razón por la cual, en su oración de petición, Pablo no se queda solamente en nuestro espíritu, sino que lo complementa suplicándole al Padre que además de sabiduría, revelación y conocimiento en nuestro espíritu, nos supla visión en el alma.

Nótese con cuidado el orden del proceso: todo empieza en nuestro espíritu humano donde Dios como Espíritu es uno con él; en otras palabras, todo se origina en Dios. Una vez que hay sabiduría, revelación y conocimiento en nuestro espíritu, viene la visión en el alma.

Puede suceder que hay visión en el alma sin revelación del espíritu. En este caso, afirmamos terminantemente que esa visión

del alma que no proviene de la revelación del Espíritu, no se origina en Dios.

No debemos olvidar que satanás tiene mucho interés en nuestra alma porque sabe que tomando posesión de ella puede activarla en contra de Dios, Su persona y Su plan, y exactamente eso fue lo que logró en el Huerto de Edén, cuando hizo que Adán lo recibiera como el árbol de la ciencia del bien y del mal. Desde entonces satanás entró en el alma del hombre y tomó posesión de ella para gobernarlo y hacerlo enemigo y opositor de Dios.

A pesar de que Dios vino a morar en el espíritu de los creyentes, hay una lucha diaria, una guerra espiritual, porque Dios quiere tomar posesión del alma de Sus hijos, pero satanás se resiste a abandonarla, quiere mantenerla como trinchera para batallar contra Dios, para oponerse a Él y para damnificar Su plan: "***Nuestra naturaleza humana desea lo que está en contra del Espíritu y el Espíritu desea lo que está en contra de la naturaleza humana. Los dos se oponen. Por eso ustedes no pueden hacer siempre lo que se les antoja***" Gálatas 5.17. Y el Señor agrega: "***Por eso les doy este consejo: dejen que el Espíritu guíe su vida y así, no harán las malas acciones que pide su naturaleza humana***" Gálatas 5.16.

¿Y cómo nos dejamos guiar por el Espíritu? Muy sencillo, pensando en las cosas del Espíritu, poniendo nuestra mente en las cosas del Espíritu: "***Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu***" Romanos 8.5.

Si tú vives pensando en las cosas del Espíritu, eres espiritual; por el contrario, si piensas en las cosas buenas y/o en las cosas malas de la carne, de tu vida cotidiana, eres carnal. Donde esté tu mente, está tu ser; si en la carne, eres carnal, pero si tu mente está en tu espíritu, eres espiritual.

Cuando nuestra mente está puesta en el Espíritu, tenemos luz, tenemos visión y la revelación que hay en nuestro espíritu no permanece solamente ahí, sino que avanza hasta saturar nuestra alma, y entonces estamos en luz, vivimos en luz, podemos ver nuestra condición, podemos saber la voluntad de Dios, podemos hacerla y haciéndola entraremos en el reino de los cielos.

¿Para qué hace falta tener visión? El versículo nos dice que ***para que sepáis***. En el alma, especialmente en la mente podemos saber, podemos comprender aquello que el Señor ha revelado en nuestro espíritu.

¿Qué debemos saber en nuestra alma? El pasaje habla de siete puntos que deseamos

desarrollar con revelación:

1. ***La esperanza*** a la que fuimos llamados

Ser salvos no es una casualidad ni es una suerte del azar. Somos salvos porque el Señor nos escogió antes de la fundación del mundo, nos predestinó y en el tiempo nos llamó. Cuando el Señor nos llamó y oímos Su voz, creímos en Él, lo recibimos, y desde ese momento fuimos salvos, alcanzamos el estatus de hijos de Dios.

Como hijos de Dios tenemos una esperanza y según la Biblia esa esperanza es Cristo: "***que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria***" Colosenses 1.27. ¿Qué quiere decir que Cristo es en nosotros nuestra esperanza de gloria? La gloria es la expresión de Dios en nosotros. Dios nos ha llamado para que nos llenemos plenamente de Él y lo expresemos; cuando expresamos a Dios lo glorificamos; la gloria de Dios es Su expresión por medio de nuestro ser.

La esperanza que todo creyente genuino debe tener consiste en que su ser completo, espíritu, alma y cuerpo, sea totalmente saturado con la riquezas de Cristo, a tal grado que Él sea plenamente expresado por su medio. Para eso debemos trabajar y para ello debemos vivir en esta tierra. Nuestra esperanza es ser llenos del Señor y expresarlo plenamente en nuestro vivir.

El deseo de Dios es que lo expresemos, así como Jesús lo expresó en los días de Su carne. Por eso el Señor en Su oración de Juan 17 exclamó: "***Yo te he glorificado en la tierra, acabando la obra que me diste que hiciese***" v. 4.

2. ***Las riquezas*** de la gloria de Su herencia en los santos

Nuestro Dios es muy rico, todo lo que Él tiene y ha alcanzado son Sus insondables riquezas, y esas riquezas son nuestra herencia y esa herencia está en Su gloria. Para lograr el disfrute de las insondables riquezas que Dios nos ha preparado debemos aprender a penetrar en la esfera de Su gloria.

Recordemos que la gloria de Dios es el ámbito en que Él vive, y para poder ser alumbrados acerca de la gloria, podemos apreciar lo que nos dice la Biblia en Apocalipsis 4.

Este capítulo comienza diciendo que Juan después de haber visto lo tocante al Padre, al Espíritu y al Señor Jesucristo y de haber recibido la siete cartas que el Señor le ordenó escribir al ángel de cada una de las siete iglesias que estaban en Asia, cartas que hablan principalmente de la degradación de la iglesia, miró y vio una puerta abierta en el cielo: "***Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el***

cielo" Apocalipsis 4.1.

Adicional a la visión de la puerta abierta en el cielo, Juan oyó una voz que lo invitaba a subir para que le fuesen mostradas las cosas que sucederían después de las que había visto: "***y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y Yo te mostraré las cosas que han de suceder después de éstas***" Apocalipsis 4.1.

Inmediatamente Juan entró en su espíritu y en ese ámbito vio todo lo que él describe en Apocalipsis 4 y 5 que corresponde al ámbito de la gloria de Dios: "***Y al instante yo estaba en el espíritu***" Apocalipsis 4.2. Juan fue un ser humano como nosotros y un escogido de Dios lo mismo que nosotros, lo cual nos hace creer que lo que vio Juan nosotros podemos verlo y lo que él hizo igualmente podemos hacerlo nosotros, porque como él, somos hijos de Dios, Dios mora en nosotros y podemos vivir en Él.

En el ámbito de la gloria de Dios lo primero que vemos es Su trono, que es a la vez un trono de gracia, de justicia y de gobierno: "***y he aquí, un trono establecido en el cielo***". Ese trono no está vacante, sino que Dios está en Él y la actitud de Dios en el trono es de sosiego; Él está sentado, no está de pie, no está caminando, no hay en Él ninguna señal de afán o de angustia; por el contrario, está satisfecho y reposado: "***y en el trono, uno sentado***" Apocalipsis 4.2.

¡Qué delicia entrar en ese ambiente de la gloria de Dios; en él todo es remanso, todo es paz, todo es armonía, no hay ningún afán ni sobresalto! En ese ámbito debemos vivir todos los hijos de Dios y especialmente quienes estamos siendo preparados para entrar en el reino de los cielos. ¡Gracias Señor por Tu bondad al darnos tantas riquezas!

A continuación, el Señor desea mostrarnos sus características, en un lenguaje que es difícil de traducir al lenguaje humano, porque al vivir en esta carne aún tenemos muchas limitaciones en la comprensión que podemos tener de las cosas divinas, pero el Señor en Su misericordia nos da sabiduría y revelación y luz, para que podamos comprender algunos de Sus misterios.

La primera descripción que nos da Juan acerca de quien está sentado en el trono es que su apariencia es de piedra de jaspe y de cornalina: "***Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina***" Apocalipsis 4.3.

La semejanza es el reflejo de la constitución interna, de lo que una persona es en su esencia y aquí Juan dice que la apariencia del que estaba sentado en el trono era de jaspe.

El jaspe es una piedra que se

encuentra en la naturaleza y es de una belleza sin igual. Tiene una inmensa variedad de colores y en ocasiones esos colores están mezclados y tiene vetas que le dan una belleza única. Tales colores son amarillo, marrón, verde, rojo y negro. Cada color seguramente tiene un significado especial que no vamos a descubrir aquí. Lo que sí podemos decir es que, en Cristo, Dios se vistió de naturaleza humana y en Su humanidad pasó por un proceso de transformación, hasta que llegó a ser una piedra preciosa apta para la edificación de la Nueva Jerusalén, que es la consumación última del plan de redención de Dios para el hombre: "***Este Jesús es la piedra menospreciada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo***" Hechos 4.11.

Debemos aclarar que la Nueva Jerusalén no es una ciudad de una calle, sino que es un estado en el que Dios y los hombres que Él seleccionó para hacerlos Suyos, están totalmente mezclados y unidos entre sí orgánicamente, hecho que se logrará cuando el tiempo llegue a su fin, y regrese la eternidad.

Dios ahora está en Su trono vestido de humanidad totalmente transformada, apta para Su edificación.

Si observamos la constitución de la Nueva Jerusalén en Apocalipsis, encontramos que alrededor de ella hay un muro muy alto y ese muro es de jaspe: "***Tenía un muro grande y alto con doce puertas…El material de su muro era de jaspe***" Apocalipsis 12.12, 18. El muro grande y alto tiene como objetivo impedir que cosas extrañas entren en el ambiente que circunda el muro.

En la Nueva Jerusalén solo puede existir la naturaleza divina de Dios y la naturaleza humana regenerada, transformada y conformada. En ella no puede haber nada inmundo, nada que tenga que ver con satanás ni su reino de tinieblas y mucho menos con el viejo hombre que es la naturaleza humana caída y mezclada con satanás.

Dios totalmente mezclado con el hombre es el muro que repele la entrada de cualquier naturaleza distinta. Infortunadamente este muro hizo falta en el Huerto de Edén donde satanás penetró y corrompió la raza humana. Nada de corrupción habrá en la Nueva Jerusalén.

En segundo lugar, de jaspe es el primer cimiento de los doce cimientos que tiene el muro que circunda la Nueva Jerusalén: "***El primer cimiento era jaspe***" Apocalipsis 21.19.

El cimiento de un muro le da fortaleza y estabilidad. Todas las piedras preciosas que hacen parte de los cimientos del muro se refieren a la obra transformadora

que Dios como el Espíritu Santo ha realizado en Sus hijos. Esto nos lleva a colegir que la base del muro de la Nueva Jerusalén es suficientemente firme y fuerte, porque es la mezcla de la naturaleza divina, con la naturaleza humana totalmente transformada.

En tercer lugar, el resplandor de la Nueva Jerusalén, aunque está hecha de oro, perlas y piedras preciosas, es de piedra preciosísima de jaspe, pero a la vez es transparente como el cristal, indicando que no hay en ella ninguna mancha, nada extraño a la naturaleza de Dios: "***Y su resplandor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal***" Apocalipsis 21.11.

Esta es la apariencia de Dios que está sentado en el trono, que está en la gloria: de piedra de jaspe.

Pero además de la apariencia de jaspe, también es de cornalina y ésta es una piedra preciosa que tiene un color rojo anaranjado muy parecido a la carne. Ella representa los pasos que Dios tomó en Cristo para redimir al hombre, tomando carne y sangre y de esa manera poder morir en la cruz, donde derramó Su sangre—Su vida—, para eliminar todas las cosas inmundas que satanás había inoculado en el hombre. Hoy, en el trono de Dios, en el cielo, se encuentra consumado ese proceso de redención que elimina todo obstáculo y nos permite participar en plenitud de la gloria de Dios.

El trono que Juan vio en Apocalipsis 4 es el trono de gracia y es el trono de gloria, donde están todas las riquezas que Dios posee y que son nuestra herencia, nuestro disfrute. A ese trono podemos acercarnos permanentemente y vivir allí disfrutando de todo lo que Dios es, tiene y ha logrado.

Todo lo que Dios es, justicia, santidad, vida, amor y luz, es nuestra herencia, para disfrutar permanentemente a fin de que podamos ser Su gloria, Su plena expresión.

Todas las virtudes humanas que Dios ganó en Jesús como bondad, paciencia, longanimidad, mansedumbre, humildad, gozo, fidelidad, dominio propio y muchas más, son las riquezas de Dios, las cuales en la medida que las disfrutamos como nuestra herencia nos van haciendo uno con Él, hasta que estemos completamente saturados y podamos disfrutar de ese trono en el que está sentado, porque en él seremos totalmente uno con el Señor.

Todo lo que Dios logró en Cristo mediante Su proceso de redención a nuestro favor, hechos tales como la encarnación, Su vivir humano, Su muerte y resurrección, Su ascensión entronización y glorificación, y Su descenso como el Espíritu de poder para

bautizarnos, son las riquezas que Dios nos ha dado como nuestra herencia para que las disfrutemos diariamente y seamos enriquecidos y lleguemos a ser como nuestro Señor es. Son tantas las riquezas que Dios ha instaurado como nuestra herencia que tenemos que exclamar lo dicho por Juan al final de su evangelio: "***las cuales, si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir***" Juan 21.25.

Alrededor del trono de Dios hay un arco iris cuyo aspecto se asemeja a la esmeralda: "***y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda***" Apocalipsis 4.3. Este no es un arco iris natural, porque el arco iris natural tiene por lo menos siete colores, pero el arco que está alrededor del trono de Dios tiene un solo color: verde esmeralda. El color verde representa la vida y el arco en el trono nos está indicando que Dios en Cristo está lleno de vida y que en Su gloria no hay siquiera un indicio de muerte, porque ésta fue totalmente vencida por el Señor mediante Su resurrección.

Según la Biblia, la muerte es consecuencia del pecado, porque fue a causa del pecado que satanás introdujo por medio de Adán, que la muerte entró en el mundo. En el tiempo predeterminado por Dios, Él se hizo carne en Jesús, murió en la cruz y resucitó: Con estos dos actos, derrotó la muerte y cuando entró en Su gloria, la muerte no tuvo allí ninguna opción. En la gloria de Dios solo hay vida, la vida eterna que disfrutamos diariamente y en la que estamos creciendo.

Otro elemento que deseamos destacar en el ámbito de la gloria de Dios, entre los muchos que hay allí, son las siete lámparas que están delante del trono: "***y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete Espíritus de Dios***" Apocalipsis 4.5. Dios siempre ha querido mostrar a los Suyos cómo vive y cómo opera. Cuando sacó al pueblo de Israel de Egipto, durante dos años lo instaló en el desierto de Sinaí al pie del monte del mismo nombre y desde allí, en dos ocasiones llamó a Moisés a que subiera a la cumbre del monte para tener comunión con Él.

En esa comunión, además de escribir la ley en dos tablas de piedra, Dios le dio instrucciones para que edificara el tabernáculo. Lo instruyó acerca de las dimensiones que debía tener, las secciones y los materiales que debía utilizar en la elaboración del mobiliario. Entre los varios elementos que Moisés debía elaborar le pidió que hiciera un candelero de oro puro, de una pieza, a martillo y que ese candelero debía tener una caña central y seis brazos. En cada uno de ellos habría una lámpara para un total de siete

lámparas.

El candelero debía ponerse en el Lugar Santo, sus lámparas estaban encendidas siempre, para que alumbraran a los sacerdotes que entraban a ese lugar a servir al Señor. Todo lo que Moisés hizo para el tabernáculo lo hizo conforme al modelo que le había sido mostrado en el monte, como figura y sombra de las cosas celestiales: "***los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió divinamente a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: "Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte***" Hebreos 8.5.

El candelero del tabernáculo es una figura del Dios Padre Hijo y Espíritu Santo, y en la revelación que el Señor nos trae en Apocalipsis 4, nos dice que las siete lámparas que arden delante del trono son los siete Espíritus de Dios. El número siete se obtiene de sumar tres y cuatro, y también seis y uno. Para Dios los números tienen significados específicos. Sabemos que el tres y el uno representan a Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo y que los tres son el Dios uno y único.

El cuatro representa a la creación, de la que el hombre es la criatura prominente; el seis representa igualmente al hombre, porque éste fue creado en el sexto día; entonces el siete se refiere a la suma de Dios con el hombre para llevar adelante Su propósito.

Ahora en el trono de Dios hay un hombre sentado a la diestra de la majestad, gobernando el universo y ejecutando el plan de Dios. Ese hombre es Jesús, pero no es Jesús individual, sino colectivo, porque Jesús individual es la Cabeza y nosotros los creyentes somos Su cuerpo, Su extensión: "***Porque, así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo; siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos***" 1 Corintios 12.12-14.

Hoy nosotros, los hijos de Dios, los creyentes, estamos sentados con Él en lugares celestiales: "***y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús***" Efesios 2.6.

Las siete lámparas que están delante del trono arden. Al arder producen luz para iluminar la condición de quienes están allí y de quienes se acercan al trono del que está sentado. Como nada inmundo puede estar en la glo-

ria de Dios, si nos acercamos a Él, debemos ser iluminados en nuestra condición y purificados de cualquier mancha que haya en nuestro ser. Para eso están las lámparas-Espíritu de Dios y también para quemar con Su fuego todas las impurezas que hay en nosotros.

Pero ese alumbrar no es solo para las cosas negativas, sino que también nos alumbra para que seamos iluminados y revelados por el Señor. Toda la revelación y la luz que Dios da a nuestro espíritu y a nuestra alma procede del Espíritu, y el Espíritu son las siete lámparas que están delante del trono, en el cielo, donde por fe estamos y vivimos.

Capítulo 26

LA ENTRADA AL REINO DE LOS CIELOS (3)

3. El supereminente poder

El tercer punto que el Señor desea que sepamos mediante Su luz en nuestra alma es la supereminente grandeza de Su poder, de Su potencia y de Su fuerza: "***y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos***" Efesios 1.19.

Lo que el Señor le mostró a Pablo en este versículo es tan grande, tan inmenso, que, para tratar de mostrarnos, el apóstol unió dos superlativos para expresarlo: súper y eminente. Sabemos que en español un superlativo es un adjetivo que indica que no hay nada superior, nada por encima de lo que está describiendo. El superlativo es un comparativo de excelencia, que expresa una característica en su máximo grado, en su mayor intensidad.

Súper significa por encima de, de grado sumo, y eminente que sobresale o se destaca entre los demás. Al hablar de la supereminente grandeza de su poder, está diciendo el Señor que sobre ese poder no hay nada; que no puede ser comparado con otros poderes, porque el poder y la grandeza del Señor descuellan y sobresalen por encima de cualquier otro poder que haya en el universo.

Debemos tener en cuenta que ese poder inmenso actúa en nosotros los que creemos; es un poder que no se da a los incrédulos, ni siquiera los hijos de Dios que no buscan revelación en su espíritu acercándose al trono de Dios; sino a quienes estamos interesados en encontrar revelación y luz y que procuramos acercarnos diariamente al trono de la gracia donde el Señor se nos revela y nos alumbra, para que tengamos luz y seamos alumbrados y con Su iluminación podamos ver y podamos saber.

La supereminente grandeza del poder de Dios es Su fuerza y con ella actuó en Cristo en cuatro aspectos que hemos de considerar:

3.1. Resucitándole de entre los muertos

La mayor victoria que el Señor logró en Su proceso de redención a nuestro favor fue sobre la muerte. Ese era el mayor poder que existía en el universo y que satanás usaba para esclavizar a los hombres, gracias al temor a la muerte que logró infundir en los humanos: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera Él participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud***" Hebreos 2.14-15.

Con Su muerte, el Señor Jesús destruyó al diablo que tiene el imperio de la muerte y con Su resurrección acabó con la muerte,

puesto que todos Sus hijos morimos con Él en la cruz y resucitamos con Él. La muerte ya no nos atemoriza, porque ya pasamos por ella en el Señor Jesucristo y hemos resucitado con Él y estamos por encima de la muerte.

Por medio de la resurrección Jesús como hombre fue designado Hijo de Dios y ahora como hombre está sentado en el trono de Dios como Dios-hombre y reina sobre el universo, y nosotros estamos sentados con Él: "***que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor…y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús***" Romanos 1.4; Efesios 2.6.

Igualmente, la resurrección del Señor que es nuestra resurrección nos introduce en el Padre, y ahora nosotros vivimos para Él, ya no vivimos para nosotros ni por nosotros: "***Porque el amor de Cristo nos constriñe, habiendo juzgado así: que uno murió por todos, por consiguiente, todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió por ellos y fue resucitado***" 2 Corintios 5.14-15.

Ese poder que operó en Cristo resucitándole de los muertos, que es el poder de la resurrección, tiene la capacidad y la fuerza de hacernos vivir para Dios y agradarlo en todo, porque Jesús resucitado vive en nosotros como el Espíritu y opera en nosotros para hacer la voluntad del Padre.

3.2. Sentándole a la diestra del Padre

Una de las grandes victorias que Dios ganó sobre satanás y su reino de tinieblas está en el hecho de que Jesús como hombre venció la muerte y ahora está sentado a Su diestra y es Dios sobre todo el universo: "***Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo***" Hechos 2.36.

Jesús como Señor y Cristo ha sido ungido por Dios para llevar adelante la conclusión de Su plan y está trabajando en los hombres que Él escogió desde antes de la fundación del mundo, con el fin de crecer en ellos hasta que alcancen Su estatura y sean iguales a Él en vida y en naturaleza.

La diestra del Padre indica poder y autoridad y la autoridad que tiene el Señor Jesús está por encima de todos los poderes que hay en el universo. Como dice Hebreos 1.2-3: "***Al final de estos días nos ha hablado en el Hijo, a quien constituyó Heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo: el cual, siendo el resplandor de Su gloria, y la impronta de Su substancia,***

y quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder, habiendo efectuado la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas".

3.3. Por encima de todos

Nosotros sabemos que cuando Dios recreó la tierra para ordenar todo el caos que había surgido por la rebelión de satanás, los ángeles y los seres dicótomos que había en la tierra y que se constituyeron como los demonios, en el segundo día de la recreación hizo la expansión que es el aire, que la Biblia también llama los lugares celestiales, Dios permitió que en esos lugares celestiales quedaran los ángeles caídos en forma de principados, autoridades, poderes y señoríos.

Igualmente, los ángeles que no siguieron a satanás en su rebelión y que permanecieron fieles, sirviendo al Señor y a nosotros los creyentes están organizados en forma de principados, autoridades, poderes y señoríos, quedaron por debajo de Jesús Dios hombre, cuando Él ascendió y fue entronizado en la gloria de Dios.

Sabemos igualmente que, en el Huerto de Edén, cuando Adán permitió que satanás introdujera su naturaleza en él, el hombre y la tierra quedaron bajo el señorío del reino de las tinieblas y todo el mundo quedó bajo el dominio de satanás, de sus príncipes, de sus autoridades, de sus poderes y huestes, y aún bajo el poder de los demonios, y así permanece hasta hoy: "***Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes***" Efesios 6.12.

Esta realidad es confirmada por la Biblia cuando Jesús fue tentado por satanás: "***le dijo el diablo: A Ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si Tú postrado me adoras, todos serán Tuyos***" Lucas 4.6-7. Jesús mismo mientras estuvo en la tierra en carne lo confirmó: "***No hablaré ya mucho Con vosotros: porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en Mí***" Juan 14.30. Juan réplica al respecto: "***Sabemos que somos de Dios, y que el resto de la gente en el mundo está dominada por el diablo***" 1 Juan 5.19—Biblia en Lenguaje Sencillo.

Por eso Efesios 4.10 dice que Jesús subió por encima de los cielos para llenarlo todo: "***El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo***". Como nosotros, los hijos de Dios resucitamos con nuestro Señor Jesús y ascendimos con Él, estamos por encima de los prínci-

pes, las autoridades, los poderes, los señoríos, los ejércitos espirituales de maldad, los demonios y los hombres no creyentes, que están bajo el poder, el dominio y el señorío de satanás. Estamos por encima de los hombres poderosos, de los gobernantes, de los líderes de organizaciones poderosos que hay en esta tierra. Solamente Dios está por encima de nosotros como nuestra cabeza, todo lo demás está bajo nuestros pies. Cuando confesamos estas verdades, las hacemos realidad en nuestro vivir aquí en la tierra.

3.4. Lo dio como cabeza a la iglesia

El cuarto punto que Dios desea que veamos en nuestra alma con respecto a la resurrección, ascensión, entronización y glorificación de Cristo es que Él ha sido puesto por cabeza de la iglesia: "***y sometió todas las cosas bajo Sus pies, y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo***" Efesios 1.22-23.

Muchos hablan de Cristo y la iglesia como dos entidades distintas y no se dan cuenta que los dos son un organismo único: "***Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo; siendo muchos, son un sol cuerpo, así también el Cristo. Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu***" 1 Corintios 12.12-13.

Todos aquellos hombres y mujeres que fuimos escogidos por el Señor antes de la fundación del mundo y que en el tiempo fuimos llamados y lo recibimos, somos hijos de Dios y hacemos parte de Su cuerpo, del único cuerpo que es la iglesia. El Señor es enfático al declarar que a TODOS se nos dio a beber del mismo Espíritu y que TODOS fuimos bautizados para dentro del mismo cuerpo.

Si tú apreciado lector eres uno que has recibido al Señor, eres miembro del cuerpo de Cristo, eres parte de la iglesia, eres miembro de Cristo y eres Cristo.

Tal vez hasta hoy no has tenido esa realidad y has vivido por tu propia cuenta, sin ser encabezado por el Señor Jesús que es la cabeza del cuerpo, pero ya que el Señor viene a revelarte esta realidad, desde ya puedes comenzar a vivir la realidad de la iglesia.

Entiende que la iglesia no es esa organización donde te hablaron algunas cosas religiosas y te matriculaste en ella. Si tú has creído, en realidad fuiste introducido en Cristo como miembro de Su cuerpo y haces parte de Él.

Aprende desde hoy a ser encabezado por Él y no por un líder del cristianismo que te ha engañado y él mismo está siendo en-

gañado por satanás.

El Señor mora en tu espíritu como la unción y Él tiene el poder y la capacidad para encabezarte y guiarte en todos los campos de tu vida. Confía en Él.

Dice el versículo 23 de Efesios 1 que Jesús es la cabeza y que nosotros Sus miembros somos Su cuerpo y que somos la plenitud de Él. Cristo sin la iglesia sería una cabeza monstruosa y todos sabemos que una cabeza no puede existir si no tiene un cuerpo. De la misma manera, un cuerpo sin cabeza es un cadáver apestoso.

No podemos separar a Cristo de la iglesia, sino que debemos pedirle al Señor que nos dé revelación y visión acerca de este misterio en el que nosotros somos Cristo y Cristo es nosotros; nosotros vivimos en Él y Él vive en nosotros. Cada día debemos permitir que el Espíritu haga realidad estas verdades en nosotros.

Igualmente dice que la iglesia, el Cuerpo de Cristo es la plenitud del que todo lo llena en todo. Si no vivimos la realidad de que Cristo está en nosotros y nosotros estamos en Él, el Señor no tiene plenitud, no tiene cómo expresarse, cómo ser conocido y cómo ser manifestado. Gracias al Señor por Su revelación y por la visión que nos da cada día.

Hasta aquí hemos hablado detalladamente de la carga que había en la oración de Pablo, para que el Padre nos dé espíritu de sabiduría y de revelación y para que podamos conocerlo; igualmente la carga de esta oración es porque el Señor nos dé visión en el alma acerca de los siete puntos que ya tratamos. Como Pablo hoy no está en la tierra, no puede orar por nosotros; ahora somos nosotros quienes debemos constantemente suplicar al Padre que nos dé estas cosas.

Si no tenemos revelación en nuestro espíritu, todo lo que podamos vivir como creyentes es vano. Si tenemos revelación, pero no hay visión en el alma, la revelación se hace irrealizable, no es realidad en nuestro diario vivir; pero además de las dos, revelación y visión, necesitamos tener una práctica de lo que se nos ha revelado y hemos visto.

Al respecto, el Señor nos dice en Mateo 7.24-25: "***Todo aquel, pues, que oye estas palabras Mías y las pone por obra, será semejante a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca***".

Para hacer realidad la palabra del Señor en nuestro diario vivir, lo hablado por el Señor en estos dos versículos, queda establecido un proceso bien claro y definido. En primer lugar, es necesario oír

Sus palabras: a***quel, pues, que oye estas palabras Mías***. Para poder oír las palabras del Señor, es necesario acercarnos a Él, porque el Señor no anda por ahí con un parlante hablando Sus palabras para ver si encuentra quien las oiga. Dios se rige por principios que no tiene interés en alterar: "***Viendo las multitudes, subió al monte; cuando se hubo sentado, se le acercaron Sus discípulos. Y abriendo Su boca les enseñaba, diciendo***" Mateo 5.1-2.

En este pasaje, cuando Jesús vio la multitud subió al monte y se sentó, porque no tenía ningún interés en enseñarle a la multitud. Abrió su boca para enseñar a Sus discípulos, solamente cuando estos se hubieron acercado a Él, no antes. Si tú quieres ser enseñado por el Señor, si quiere oír Sus palabras y ponerlas por obra, debes aprender a acercarte a Él.

El Espíritu Santo por medio de Santiago ratifica y puntualiza este principio mediante el cual nos enseña que el Señor solamente habla Sus palabras a quienes se acercan a Él: "***Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros***" Santiago 4.8. Si eres cuidadoso observará que eres tú quien debes tomar la iniciativa de acercarte a Dios; de otra manera no hay cómo tener la cercanía Suya.

Inmediatamente surge la pregunta: ¿Cómo puedo acercarme al Señor? Muy sencillo; la respuesta está en Mateo 6:6: "***Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará***". Es interesante la traducción del interlineal griego: "***Mas tú cuando ores entra en el aposento más interior de ti…***". Para el lector no debe ser desconocido que el aposento más interior es el espíritu humano, que es la parte más interior y profunda que tenemos los hombres.

Para oír las palabras del Señor, además de entrar en el espíritu humano, es necesario cerrar la puerta. Esto implica que Dios habla Sus palabras y las revela a quienes son íntimos con Él. Si tú lees la Biblia solamente con el propósito de pasar el tiempo, o pensando que con sólo leerla agradas a Dios, estás perdiendo el tiempo. Debes aprender a entrar en tu espíritu, cerrar la puerta y tener una comunión íntima con tu Señor; si en esa intimidad lees la Biblia, ésta se convertirá en las palabras que el Señor te habla a ti.

Ese aposento interior tiene cupo solamente para dos: tú y el Señor. En él no cabe la familia, ni satanás, ni los demonios; nadie distinto al Señor y tú. Si tú sabes vivir en ese aposento, tendrás una comunión permanente con el Señor y la revelación de Su palabra será fluida e ininterrumpida, y así podrás poner Sus pa-

labras en práctica.

Observa con cuidado los versículos de Mateo 7.24-26 y verás que no es suficiente oír las palabras de la boca del Señor en comunión íntima con Él, sino que además es necesario hacerlas, es decir, ponerlas por obra, practicarlas y hacerlas realidad en la vida diaria. Cuando cumplimos la segunda condición el Señor dice que somos hombres prudentes.

En verdad, aunque oigamos las palabras del Señor no podemos hacerlas. Debemos enyugarnos con el Señor para aprender de Él mansedumbre y humildad y rogarle que sea Él mismo haciendo realidad Su palabra en nosotros. Si consideramos que somos capaces de hacer y cumplir la palabra del Señor, estamos cometiendo un pecado que el Señor aborrece sobremanera: jactancia, soberbia, presunción. En ese caso, Dios nos resiste y nunca lograremos nada en Él. Debemos recordar que "***separados de Mí nada podéis hacer***" Juan 15.5. Todo lo que hagamos para el Señor separados de Él, es decir, sin que sea Él quien lo hace en nosotros, nunca lo agradará y por el contrario le será ofensivo.

¿Qué hace el hombre prudente? Cuando oye la palabra del Señor y la pone por obra, está edificando su casa sobre la roca. ¿Y quién es la roca? Descuidada y superficialmente todos responden que es Cristo y si son católicos dicen que la roca es Pedro. La roca es Cristo, pero no tan simpe y lacónico, porque la roca en verdad es Cristo revelado en nuestro espíritu humano y saturado en nuestra alma.

Cuando Jesús estaba con Sus discípulos en Cesarea de Filipo, les preguntó quién decían las gentes que era Él. Ellos le respondieron que algunos decían que era Juan el Bautista, otros que era Elías, otros que Jeremías, o alguno de los profetas. Jesús es más que profeta; Él es Dios mismo viniendo al hombre para redimirlo. Por eso el Señor les pregunta directamente: "***Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?***" (Mateo 16.15). Los discípulos, aunque andaban con Él no tenían idea de quién era. Pensaban que era un maestro, un hombre bueno y seguramente concordaban en afirmar que Jesús era un excelente profeta.

Sin embargo, había entre ellos un discípulo que era osado, que no se conformaba con las apariencias, que buscaba profundizar en saber quién era este "*hombre*" tan maravilloso y extraordinario. Ese discípulo es Pedro, quien ante el silencio de sus condiscípulos exclama: "***Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente***" Mateo 16.16.

En esas dos pequeñas frases proferidas por Pedro hay tanta riqueza, tanta profundidad, que

bien merece la pena hablar unas pocas palabras al respecto.

En primer lugar, Pedro le dice al Señor Jesús que Él es el Cristo. La palabra Cristo es la palabra griega ***Cristos***, que quiere decir ungido. El Señor Jesús es el ungido de Dios, y una persona es ungida para darle la comisión de llevar adelante un encargo específico. Jesús como hombre fue ungido por el Padre para ejecutar el plan de redención que Él había trazado desde la eternidad. Esa unción le fue dada cuando Jesús fue bautizado: "***Y Jesús, después que fue bautizado, en seguida subió del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre El. Y he aquí, hubo una voz de los cielos, que decía: Este es Mi Hijo, el Amado, en quien tengo complacencia***" Mateo 3.16-17.

En la segunda frase Pedro proclama que Jesús además de ser el Ungido de Dios, es también Hijo del Dios viviente. Cuando Pedro dice que Jesús es el Hijo del Dios viviente, está mostrando la hipóstasis entre el Hijo y Dios. Esto quiere decir que el Padre y el Hijo tienen la misma sustancia y los dos son lo mismo, aunque distintos. Igualmente está diciendo que Jesús es Dios manifestado en carne, es decir en Él están unidas y fundidas las dos naturalezas: la naturaleza divina de Dios y la naturaleza humana del hombre.

¿Cómo hizo Pedro para saber todo esto tan elevado, rico y profundo? Hay un único método: revelación. Jesús mismo lo dijo: "***Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos***" Mateo 16.17. Pedro obtuvo una revelación que vino directamente del Padre que está en los cielos. Esa revelación no le fue dada por el padre carnal de Pedro, ni por ningún hombre, sino directamente por Dios.

Este es el Cristo la roca, sobre la cual es edificada la casa del hombre prudente que oye las palabras del Señor y las hace. Estamos de acuerdo que la roca es Cristo, pero el Cristo revelado en el espíritu de cada creyente. Porque si tú eres observador verás que en el mundo hay muchos cristos falsos. Los católicos afirman que el cristo de ellos es un muñeco de aspecto muy maluco, puesto en una cruz. Ese no es el Cristo que le fue revelado a Pedro; en cambio los cristos católicos sí son abominables ídolos detrás de los cuales se esconden ángeles caídos que engañan y seducen a las gentes.

Después el Señor le dice a Pedro: "***Y Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella***" Mateo 16.18.

El Señor Jesús, quien es Dios,

le da una revelación adicional a Pedro. ***En primer lugar***, le dice que Él ya no es Simón que quiere decir caña, una caña que es fácilmente sacudida por el viento, sino que ahora es una pequeña roca; es decir, ahora Pedro es un hombre transformado y útil para la edificación de Dios. Los materiales útiles para la edificación de Dios son minerales, no son vegetales.

El creyente que sobreedifique con vegetales sufrirá pérdida porque su obra será probada por el fuego y quemada, mientras que el creyente que edifique con oro, plata y piedras preciosas obtendrá ganancia, porque su obra no será afectada por el fuego.

En nuestro estado natural, en nuestro hombre viejo, somos como vegetales, no aptos para la edificación del cuerpo de Cristo, pero una vez que somos transformados por el Señor, seremos convertidos en oro, plata-perlas y piedras preciosas, y seremos útiles para que el Señor edifique Su cuerpo.

En segundo lugar, en el versículo 18 el Señor le dice a Pedro que sobre esta roca edificará Su iglesia. En esta frase hay dos términos interesantes para considerar. *En el primero* el Señor afirma que edificará Su iglesia sobre la roca. El catolicismo de manera astuta amañó la interpretación del versículo y dijo que la roca sobre la cual el Señor edifica la iglesia es Pedro y que por esa razón Pedro es el primer papa. Dos mentiras en una, introducidas furtivamente por satanás para engañar incautos.

Si esto fuera verdad, Pedro nunca hubiera dicho: "***Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual hasta ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: "He aquí, pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa; y el que cree en El, jamás será avergonzado". Para vosotros, pues, los que creéis, Él es lo más preciado; pero para los que no creen, "la piedra que los edificadores desecharon ha venido a ser la cabeza del ángulo"; y: "Piedra de tropiezo, y roca de escándalo", porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; para lo cual fueron también puestos***" 1 Pedro 2.4-8.

Pedro no dice que nos acerquemos a él sino al Señor Jesús y en Él somos edificados como casa espiritual, para convertirnos en un sacerdocio santo. Él—el Señor Jesucristo— es la piedra escogida y preciosa, en quien creyendo no somos avergonzados.

Pedro tampoco fue el primer

papa, porque el papado, la institución religiosa más mentirosa que ha inventado el diablo, fue establecido cerca de 400 años después de que Pedro había muerto.

El segundo término que debemos tener en cuenta del versículo 18 de Mateo 16 es que el Señor afirma que es Él quien edificará Su iglesia. Él no le entregó a ningún hombre el privilegio de edificar Su cuerpo; la edificación de Su iglesia se la reservó para Sí.

Todos los que se arrogan el derecho de edificar, están completamente equivocados, vanamente hinchados por su propia mente carnal y haciendo unas obras que el Señor nunca les ha mandado. Él es el único que tiene capacidad, poder y autoridad de edificar Su iglesia.

El Señor dice igualmente que edificará Su iglesia sobre la roca. En esta palabra roca es usado en vocablo griego ***petra***, que quiere decir una gran piedra, una roca grande, y es usada en todas las ocasiones en que la roca se refiere al Señor Jesús. Cuando se refirió a Pedro, empleó la palabra ***petros***, que debe traducirse como una piedra pequeña, piedras en las que debemos ser transformados todos los creyentes para ser aptos para la edificación que el Señor realiza de Su cuerpo. Todos los hijos de Dios somos ***petros***.

Las puertas del Hades no podrán prevalecer contra la iglesia que el Señor, la roca o piedra viva edifica, es decir, las consejas de satanás y su reino de tinieblas, nunca afectarán esa edificación, mientras que las edificaciones realizadas por los muchos grupos del protestantismo, por el catolicismo romano y el catolicismo ortodoxo, son totalmente permeadas por satanás y en esas organizaciones moran ángeles caídos y demonios del reino de las tinieblas.

Aun el Señor lo confirma en el Antiguo Testamento: "***Si el Señor no construye la casa, los constructores pierden su tiempo. Si el Señor no vigila la ciudad, los guardias pierden su tiempo***" Salmos 27.1.

Entonces, la roca es Cristo, pero el Cristo que le fue revelado a Pedro por el Padre y a la vez por el mismo Señor Jesús. Esto nos lleva a concluir que si no tenemos revelación en nuestro espíritu de la obra que el Señor está realizando, nuestro vivir cristiano es vano. Éste debe ser el mayor afán que debe tener todo creyente genuino. Esta es la razón por la cual Pablo dice en Gálatas 1.11-12: "***Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo***". En otras palabras, si no tenemos el evangelio, el único evangelio que el Señor revela, nuestro vivir cris-

tiano es inútil, desagradable al Señor.

Debemos rogar al Padre cada día que nos revele al Hijo y suplicarle al Hijo que nos revele al Padre; si este no es nuestro punto de partida, vana es nuestra fe, tenemos un vivir lleno de vanidad y todo esfuerzo por hacer la obra del Señor es vacío.

El Señor le dijo más a Pedro en esa ocasión: "***Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos***" Mateo 16.19. Una llave se utiliza para abrir una puerta y entrar en un aposento. El Señor le dio a Pedro la llave del reino de los cielos. ¿Por qué a Pedro y no a la totalidad de los discípulos que estaban con Él? Porque fue Pedro quien tuvo revelación y no los otros. Cuando el Señor les preguntó quién decía la gente que era el Hijo del Hombre, ellos le respondieron sin revelación, no se conectaron con el Padre; pero la respuesta de Pedro denota que él estaba siendo revelado por el Padre y el Señor mismo así lo confirmó.

Esto nos lleva a desmentir la afirmación de algunos grupos cristianos en el sentido de que Dios le dio la llave del reino de los cielos a la iglesia; esta afirmación no es verdadera. En el pasaje de Mateo 16 que venimos considerando, podemos afirmar que la iglesia está representada por la totalidad de los discípulos, y el Señor le dice a Pedro que es a él a quien le daría la llave del reino de los cielos y no al resto de los discípulos. No quiere decir que ellos no hayan entrado en el reino de los cielos; seguramente más adelante obtuvieron mucha revelación y el Señor les entregó esa llave.

Decimos esto para llegar a una conclusión que deseamos que el lector guarde en su corazón: ***si tú deseas entrar en el reino de los cielos necesitas obtener la llave para abrir la puerta y entrar, y si quieres conseguir la llave es necesario que busques y obtengas revelación del Padre***, y esa revelación se consigue en el trono de la gracia, trono del cual las puertas están abiertas. En la medida que entras en tu espíritu y cierras la puerta y tienes comunión íntima con el Señor, Él se va revelando y tú vas entrando en el reino de los cielos.

A esto se refiere el Señor en Mateo 7.24 cuando afirma que el hombre prudente es aquel que edifica su casa sobre la roca, aquel que oye las palabras de la boca del Señor y las pone por obra, que busca revelación de la persona, del plan y del deseo del Señor, y la hace realidad en su diario vivir.

En el versículo 25 el Señor le garantiza al hombre prudente que, aunque descienda la lluvia, vengan los ríos y soplen los vientos y golpeen impetuosamente

contra esa casa, ella no caerá, porque ha sido edificada sobre la roca: "***Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca***".

Podemos hablar de la lluvia desde dos puntos de vista. El primero, las pruebas que el Señor nos envía, la disciplina que Él nos da y los azotes que recibimos diariamente de Su mano amorosa, para nuestra transformación. Su disciplina, en la medida que somos ejercitados en ella nos lleva a participar de Su santidad: "***Además, tuvimos a nuestros padres carnales que nos disciplinaban, y los respetábamos. ¿Por qué no nos someteremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Porque ellos, por pocos días nos disciplinaban como les parecía, pero Él para lo que es provechoso, para que participemos de Su santidad***" Hebreos 12.9-10.

El segundo, la lluvia se refiere a las bendiciones que el Señor nos suministra. Muchos hermanos han tenido grandes revelaciones del Señor y su corazón se ha llenado de orgullo.

En el siglo XX hubo dos hermanos que lograron muchas revelaciones de la palabra del Señor y satanás logró dañar el corazón de ellos llevándolos a formalizar una organización con la palabra que el Señor les había revelado. El resultado de esa obra que vemos en la segunda década del siglo XXI es desastroso y desesperanzador.

Quienes siguen las enseñanzas de esos hermanos los han convertido en ídolos, a quienes adoran de manera soterrada, y consideran que su ministerio es el único que Dios reconoce en la tierra y que su organización es la única iglesia. Ellos consideran que quienes no están en su organización, están fuera de la iglesia. ¡Tanta mentira logra introducir satanás aún entre creyentes genuinos! Esa fue una casa que cayó porque no estaba edificada sobre Cristo, sino sobre dos hermanos, que recibieron revelación del Señor, pero que con esa revelación montaron una organización de muerte.

Los vientos y los ríos hacen referencia a los ataques que lanza el reino de las tinieblas por medio de los ángeles caídos organizados como principados, como autoridades, como ejércitos de maldad y como gobernantes de las tinieblas, que están en los aires, es decir están en todo lugar de la tierra. Sin embargo, nosotros no podemos ser alcanzados por ellos porque estamos escondidos con Cristo en Dios: "***Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dio***s" Colosenses 3.3.

Los ríos igualmente tienen que ver con el reino de las tinieblas,

especialmente con demonios que atacan a los hijos de Dios, pero nada pueden contra aquellos creyentes genuinos que están oyendo las palabras del Señor y haciéndolas realidad en su diario vivir.

Luego el Señor dice que aquel que oye Sus palabras y no las hace lo compara con el hombre insensato que edificó su casa sobre la arena y las lluvias, los ríos y los vientos la derribaron y ese hombre se arruinó: "***Pero todo el que oye estas palabras Mías y no las pone por obra, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y cayó, y grande fue su caída***" Mateo 7.26-27.

Son muchas las experiencias que podemos ganar en estos dos versículos. Nos limitaremos a decir que tanto el hombre prudente como el insensato oyeron las palabras del Señor. La diferencia entre uno y otro está en que el primero puso en práctica esas palabras que le fueron reveladas, las hizo realidad en su diario vivir. El hombre insensato tuvo la misma oportunidad de oír las palabras del Señor, pero las convirtió en una doctrina sin vida, no en una realidad de su día a día.

Tú, amable lector, puedes pedir al Señor que te añada más revelación, y con certeza Él lo hará, porque a quienes lo buscan con anhelo Él está siempre dispuesto a revelarles las cosas que no han sido vistas por ojo, ni han sido oídas por oído, ni han llegado al pensamiento de ningún hombre. Para alcanzar esto solamente hay un requisito: amar al Señor: "***Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman***" 1 Corintios 2.9.

Podríamos hablar mucho más acerca de la entrada al reino de los cielos, pero para no cansar al amable lector, concluiremos diciendo que hay una puerta y un camino únicos para entrar en el reino de los cielos: ***hacer la voluntad del Padre***.

Que para hacer esa voluntad necesitamos conocerla y la conocemos solamente mediante revelación en nuestro espíritu humano y esa revelación se da solamente a aquellos que se acercan al trono de la gracia a buscar la gracia y misericordia del Señor que es equivalente a entrar en el aposento más interior—el espíritu humano—, cerrar la puerta y vivir en comunión secreta con nuestro amoroso Padre.

Esperamos que para ti esto sea suficientemente claro y que tomes oportunamente las decisiones que debes tomar. ¡Que el Señor te guíe en todo!

Capítulo 27

LAS PARÁBOLAS DE LA APARIENCIA DEL REINO DE LOS CIELOS (1)

Una vez que el Señor nos ha mostrado algunos pormenores del reino de los cielos, del camino que debemos transitar y la vida que es necesario vivir para entrar en él, desea mostrarnos otros detalles para que veamos qué no es y qué es el reino de los cielos, enfocados desde dos grupos de parábolas: uno que habla de lo que parece ser el reino de los cielos y no es; y otro grupo que nos describe algunos detalles de ese reino, que aspiramos ganar.

En Mateo 13 hay tres parábolas que nos hablan de la apariencia del reino de los cielos. Debemos enfatizar que la apariencia hace que algo parezca ser lo que en verdad no es. La apariencia es una de las herramientas que más utiliza satanás para engañar a los hijos de Dios, a los falsos creyentes y al mundo, y para oponerse al desarrollo del plan de Dios. El enemigo, en todos sus actos es mera apariencia.

Por esa razón es necesario considerar minuciosamente cada uno de los detalles que contienen esas parábolas, para desnudar las tretas que el enemigo usa para engañar, y discerniéndolas evitemos caer en sus trampas: "***para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones***" 2 Corintios 2.11.

LA PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA

La primera parábola que vamos a considerar se conoce como la parábola del trigo y la cizaña y está registrada en Mateo 13.24-30: "***El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero***".

Cuando el Señor afirma que el reino de los cielos es semejante a..., está queriendo decir que tiene la apariencia, pero en realidad no es; que tiene mucho parecido, pero cuando escudriñamos su interior, no hay nada de realidad ni de verdad, todo es mentira y en-

gaño.

Muy bien; consideremos entonces cada uno de los rasgos que tiene esta parábola. En primer lugar, dice que el reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. En la parábola del sembrador vemos que el Señor produce el reino mediante la siembra de Su palabra, que es Él mismo; la siembra es en la tierra, y la tierra es el corazón de las personas.

El Señor siembra la buena semilla en los corazones de los hombres y la siembra allí con el propósito de que crezca y produzca fruto abundante para Su satisfacción.

Sin embargo, mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. No hay duda de que quien siembra la buena semilla—el trigo— es el Señor Jesús, y quien aprovecha la ocasión en que los hombres duermen para sembrar cizaña es satanás, el enemigo de Dios y nuestro enemigo. Él es como la serpiente que muerde, inyecta su veneno y huye. Viene en medio de las tinieblas, siembra la cizaña y se va.

Al leer esta frase, inmediatamente viene a nuestro recuerdo una de las características de los falsos maestros de que habla 2 Pedro 2, falsos maestros que se han apropiado de la inmensa mayoría del cristianismo contemporáneo: "***Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras***" v. 1.

Es lamentable decirlo, y este no es un ataque ni contra organizaciones, ni contra líderes ni contra persona alguna, sino la franca manifestación de la palabra de Dios.

No podemos ignorar ni tapar el hecho de que casi todas las organizaciones que se denominan cristianas están siendo lideradas por falsos maestros que introducen encubiertamente herejías destructoras que devastan la fe de los hijos de Dios que hay entre ellos y hacen mucho daño al plan del Señor. Como afirman Pedro y Judas, son nubes sin agua, que llenan de muerte a las congregaciones, manifestando la característica sobresaliente que el Señor le muestra al ángel de la iglesia en la etapa de Sardis: muerte: "***Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto***" Apocalipsis 3.1.

No cabe duda de que estos falsos maestros son ministros de satanás disfrazados como ángeles de luz, pero que en realidad viven en tinieblas, y satanás los usa para introducir encubiertamente sus herejías destructoras, que en el caso de la parábola están representadas por la cizaña: "***Porque éstos son falsos apóstoles,***

obreros fraudulentos, que se transfiguran para hacerse pasar por apóstoles de Cristo. Y no es de maravillarse, porque el mismo satanás se transfigura en ángel de luz. Así que, no es gran cosa si también sus ministros se transfiguran para hacerse pasar por ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras" 2 Corintios 11.13-15.

Una característica bien notoria es que el enemigo viene y siembra la cizaña y se va. El diablo no quiere manifestarse abiertamente, sino que se esconde detrás de prácticas y doctrinas, y en todas sus obras existe la apariencia de que las cosas que hacen los cristianos son agradables a Dios, cuando en verdad son totalmente desagradables en Su presencia, y a quien están agradando con esas obras es a satanás.

Para hablar un poco de la cizaña, podemos decir que es una planta gramínea anual, que se da en los cultivos de trigo y arroz, y que por su parecido con estas dos plantas, en su etapa de verdor se confunden fácilmente con las plantas genuinas y por eso se ha llegado a denominar "*falso trigo*" y "*falso arroz*". Solamente cuando llega la etapa de madurez, el trigo toma una coloración dorada y el arroz un color amarillo ocre, y se puede diferenciar una de otra, ya que la cizaña toma un color negro.

Mientras que el trigo y el arroz son un preciado alimento útil para la producción de un alto número de alimentos que nutren a las personas, la cizaña produce un fruto que al molerlo y consumirlo es venenoso.

Los versículos que siguen en el relato de la parábola nos llaman poderosamente la atención: "***Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña***" Mateo 13.26. Pareciera que no es posible que cuando el Señor se siembra como la palabra en el corazón de los creyentes, no haya cizaña sembrada por satanás. Cuando aparece la verdad—que es el Señor Jesús— y produce fruto en Sus creyentes, aparece la mentira con apariencia de verdad—que es satanás—, y si no hay un espíritu de discernimiento, fácilmente el creyente es confundido y cae en el ardid del diablo.

Por eso debemos clamar diariamente al Señor que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación para conocerlo a Él, y que alumbre los ojos de nuestro corazón para que sepamos qué es lo que pertenece a Él y lo agrada, y cuáles son las maquinaciones del enemigo que desagradan al Señor.

En esta condición, los siervos del padre de familia que sembró la buena semilla le preguntan: "***¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?***" Mateo 13.27.

Esto nos muestra que discernir las cosas que vienen de Dios de las que vienen de satanás no es un asunto sencillo; se requiere ser dotado con un agudo sentido espiritual de discernimiento para hacer diferencia entre uno y otro, porque se puede caer en la trampa del enemigo y creer que aquello que hacemos es agradable al Señor, cuando en verdad lo estamos desagradando y nos estamos oponiendo a Él y a Su deseo.

Ese sentido agudo de discernimiento se obtiene teniendo diariamente comunión íntima con el Señor, acercándose a Su trono de gracia a disfrutar de todas Sus riquezas que están contenidas en Su gracia que nos son dadas por Su gran misericordia.

La respuesta del Señor es muy diciente: un enemigo ha hecho esto. No debemos olvidar que el enemigo de Dios, el diablo, está cerca de nosotros, alrededor buscando a quien devorar, y nunca desaprovechará la más pequeña ocasión para atacarnos, confundirnos, engañarnos y hacernos daño, tratando de sembrar su cizaña en nuestro corazón: "***Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo***" 1 Pedro 5.8-9.

La reacción de los siervos frente a la cizaña no se dejó esperar: ***¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos?*** Cuando vemos la situación tan degradada de la iglesia, cómo satanás ha introducido tanta mentira y tanto engaño, hay un deseo profundo y sincero en nuestro corazón de quitar tanta abominación y hacer algo para que la iglesia en verdad sea el jardín de Dios donde Él reposa y encuentra satisfacción.

Sin embargo, escuchemos la respuesta del Señor: ***No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo***. El Señor es paciente y amoroso, y permite que la cizaña sembrada por el enemigo crezca juntamente con el trigo. Él no tiene afán de eliminar la cizaña.

¿Por qué actuará así el Señor? Simplemente, Él quiere que Sus hijos aprendamos a soportar y a guerrear, y por eso permite que en medio de los genuinos creyentes—el trigo—, haya falsos creyentes—cizaña—, y que crezcan uno y otro. Si el trigo absorbe de manera normal los nutrientes de la tierra, no permitirá que la cizaña le arrebate su alimento y se desarrollará debidamente y producirá fruto en el tiempo oportuno.

Igualmente, quienes somos hijos genuinos de Dios, si nos habituamos a tener comunión con el Señor, a disfrutar permanentemente de todas Sus riquezas, a

vivir en el espíritu en comunión con Él, a oír Su voz y a obedecerlo, no habrá ninguna dificultad para llegar a la madurez y producir frutos para agradarlo. No olvidemos las palabras habladas por el Espíritu a través de Pedro: sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo 1 Pedro 5.9.

Tanto el trigo como la cizaña deben llegar a la madurez, para que en ella puedan distinguirse claramente y así cada uno tenga su destino apropiado. Recordemos que, en la etapa de verdor, las dos plantas se confunden fácilmente, pero cuando maduran, el trigo se torna dorado, un color magnífico y agradable, mientras que la cizaña adquiere un color negruzco. Por eso el Señor dice a los siervos: "***Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero***".

Cuando una y otra hayan madurado, vendrá entonces el tiempo de la siega y el Señor mismo dará a cada una el destino respectivo.

Veamos ahora la explicación que el Señor le da a la parábola: "***Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga***" Mateo 13.36-43.

Primero debemos observar que el Señor no explica la parábola a la multitud, sino que lo hace de manera privada a Sus discípulos. Recordemos que el reino de los cielos está lleno de misterios, y éstos son dados a conocer solamente a aquellos que buscan comunión íntima con el Señor; por eso el Señor explica la parábola del trigo y la cizaña solamente a los discípulos, después de que abandonaron la playa y volvieron a la casa; allí ya no estaba la multitud.

El Señor comienza la expli-

cación diciendo que es Él quien siembra la buena semilla y que el campo donde es sembrada es el mundo. Desde el día de Pentecostés en Hechos 2, el Señor ha usado a miles de hijos Suyos para sembrar la palabra y Su voz ha salido por toda la tierra: "***Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras***" Salmo 19.4.

De la misma manera el diablo se ha dedicado a falsificar la palabra del Señor y a engañar al mundo y a muchos creyentes. Para visualizar un poco mejor esta situación, podemos decir que en la tierra hay tres clases de personas: creyentes genuinos, falsos creyentes e incrédulos. Los incrédulos viven en la tierra a merced de satanás y hacen su voluntad, y se distinguen fácilmente; pero los falsos creyentes, de los que están llenas las denominaciones cristianas y el catolicismo, son difíciles de distinguir. Ellos son la cizaña sembrada por satanás y en la etapa actual son muy parecidos a los creyentes genuinos, así como la cizaña y el trigo pueden confundirse en su etapa de verdor.

Esta es la situación de la iglesia contemporánea en la que sobresalen las características de Laodicea. En medio de los creyentes genuinos hay una multitud de falsos creyentes y la mayoría de los hijos de Dios no tienen la capacidad de identificarlos, porque los creyentes están llenos de vanidad, creyéndose ricos y que no tienen necesidad de nada, e ignorando el estado de desventura, miseria, pobreza, ceguera y desnudez en que se encuentran.

Solamente unos pocos hijos de Dios han decidido salir de toda organización y se han propuesto no seguir más a hombres, sino seguir al Cordero que es el Único Pastor y dejarse guiar por Él y únicamente por Él.

Podemos entonces afirmar que entre los creyentes genuinos hay dos clases: unos que son normales y otros anormales. Los primeros, los creyentes normales, son aquellos que viven a diario en permanente comunión con el Señor, entran en su aposento—el espíritu humano—, tienen continua comunión con el Señor, escuchan Su palabra y la ponen por obra y permiten que cada día el Señor crezca en ellos hasta alcanzar la plenitud de Su estatura.

Los segundos, los creyentes anormales, son aquellos hijos de Dios que siguen denominaciones, organizaciones, líderes, comuniones particulares y doctrinas llenas de muerte, que no les permite crecer, y como consecuencia en su vivir no agradan al Señor. Aunque ellos no son la cizaña, su vivir no corresponde al vivir del trigo, no crecen, se marchitan y no logran madurar para producir fruto que agrade al Señor. Ellos son muy afectados por

la cizaña que satanás ha logrado sembrar en sus corazones.

En el mundo hay hijos del reino, que son los hijos de Dios y ellos son el resultado de la semilla que el Señor siembra por medio de Su palabra. Igualmente hay hijos del maligno que son el producto de la cizaña sembrada por satanás. Unos y otros conviven en el mismo entorno, en la tierra. ***El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del maligno***. El enemigo que la sembró es el diablo.

Unos y otros están siendo preparados para la siega, que se dará al final del siglo, cuando el Señor regrese a la tierra, le dará a cada uno su destino particular: la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. ***Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.***

Hemos de entender que la siega se dará solamente en el fin del siglo, y ese fin del siglo será la venida del Señor Jesús, al final de la Gran Tribulación.

Esto podemos probarlo en Apocalipsis 14, donde después de que los ciento cuarenta y cuatro mil que conforman las primicias, han sido arrebatados al Monte de Sion, que es el trono del Señor, comenzará la Gran Tribulación.

En primer lugar, inmediatamente después de que ocurra el hecho maravilloso del arrebatamiento de las primicias, comenzará la predicación del evangelio eterno, mediante el cual el Señor alentará a Sus hijos que han quedado en la tierra para pasar por la Gran Tribulación, que son la mayoría de los creyentes que vivan en esa época; y para guiar a los incrédulos a que no crean en la bestia y en el falso profeta: "***Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para anunciarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de Su juicio ha llegado; y adorad a Aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Y siguió otro ángel, el segundo, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia la Grande, la que ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Y siguió otro ángel, el tercero, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen,***

y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido preparado puro en el cáliz de Su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre. Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" Apocalipsis 14.6-12.

Lo descrito en estos versículos ocurrirá durante los tres años y medio que ha de durar la Gran Tribulación.

Cerca del final de la Gran Tribulación, ocurrirá otro hecho que es importante que comprendamos: "***Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda. Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete Tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube arrojó Su hoz en la tierra, y la tierra fue segada***" Apocalipsis 14.14-16.

La mies aquí se refiere a los santos, a los hijos de Dios, que gracias al juicio por el que pasarán durante la gran tribulación habrán madurado y estarán listos para ser cosechados, es decir, la mies ha madurado.

En ese sentido, los muertos en Cristo resucitarán primero y los que hayan quedado vivos serán transformados y arrebatados a los aires junto con los primeros, para entrar en el juicio del Tribunal de Cristo: "***Porque el Señor mismo con exclamación de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor***" 1 Tesalonicenses 4.16-17.

Sin embargo, esta no es toda la siega a que se refiere el Señor cuando explicó la Parábola del Trigo y la Cizaña a los discípulos, sino que hay otra parte de la siega: "***Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda. Y salió del altar otro ángel, que tenía potestad sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque sus uvas están bien maduras. Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la vid de la tierra, y***

la echó en el gran lagar de la ira de Dios. Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios" Apocalipsis 14.17-20.

Mientras que, en la primera etapa de la siega, el Señor cosecha la mies de la tierra, en este segundo caso un ángel mete su hoz y vendimia los racimos de la vid, ya que sus uvas están maduras. Sin embargo, estas uvas fueron echadas en el lagar de la ira de Dios donde son pisadas y de esa pisada sale sangre que forma un gran lago. Esta es la cizaña que es echada en el horno de fuego donde habrá lloro y crujir de dientes.

La primera parte de la siega irá al Tribunal de Cristo para ser juzgada y saber si los hijos de Dios son dignos de entrar en el reino de los cielos a reinar con Él, o si por el contrario, serán echados en las tinieblas de afuera, donde hay lloro y crujir de dientes. Los creyentes que no usaron su vida en la tierra para ser transformados, sino que vivieron sin agradar al Señor, serán transformados fuera de la presencia del Señor, y ese estado es similar a estar en un horno de fuego, donde se es transformado y purificado de todas las cosas inmundas de la carne, para que al final del milenio puedan entrar en la Nueva Jerusalén.

La segunda parte de la siega, a excepción de quienes ayudaron a los creyentes durante la Gran Tribulación, que serán las naciones durante el milenio, será puesta en el lagar de la ira de Dios y luego echada en el horno, que es el lago de fuego, junto con la bestia y el falso profeta. Esta será la siega del fin del siglo. A este juicio hace referencia el juicio de las naciones relatado en el capítulo 25 de Mateo y tratado más adelante en este libro.

Mientras que el trigo es puesto en el granero de Dios, que es el reino de los cielos, donde resplandeceremos como el sol en el reino del Padre, la cizaña será quemada en el horno, donde hay lloro y crujir de dientes. Agradecemos al Señor por brindarnos esta maravillosa oportunidad de conocer Sus misterios y así poder prepararnos para ser el trigo que es puesto en Su granero.

Capítulo 28

LAS PARÁBOLAS DE LA APARIENCIA DEL REINO DE LOS CIELOS (2)

LA PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

La segunda parábola que habla de la apariencia del reino de los cielos es la del grano de mostaza y la encontramos registrada en Mateo 13:31-32: "***Otra parábola les presentó, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la más grande de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas***".

Esta es una de las parábolas peor interpretadas por el cristianismo, porque los pastores, especialmente los que dirigen mega congregaciones, afirman que esa ha sido la historia de "su iglesia": comenzaron siendo muy pocos, y gradualmente fueron creciendo hasta llegar a tener miles de miembros y que hoy las aves del cielo, que para ellos son ángeles, viven entre su ramaje espléndido y hacen nidos en él.

Afirman igualmente que al principio las condiciones económicas de su congregación eran tan precarias, pero que con el tiempo se fueron haciendo tan prósperos, que cada semana reciben por concepto de diezmos y ofrendas sumas que superan las centenas de miles y de millones de unidades monetarias. Esta es la interpretación que hacen los líderes del cristianismo y no saben cuan engañados están.

Si observamos cuidadosamente las palabras de la parábola y buscamos revelación en el espíritu, podremos entender cuál es el sentido que el Señor le da a Sus palabras.

En primer lugar, obsérvese que el Señor dice que el reino de los cielos es semejante a…., es decir, parece ser, pero en verdad no es, luego no hay duda de que esta es otra parábola que habla de la apariencia del reino de los cielos, y con la ayuda del Señor mostraremos su verdadero significado.

Una vez más el Señor relata la forma como obtiene Su reino: sembrando la semilla de vida, que en este caso es la palabra, y la palabra es Él mismo. Dios se ha sembrado y se está sembrando como vida en muchas personas y con ellas anhela obtener Su reino.

El Señor dice en esta parábola que un hombre tomó y sembró en el campo el grano de mostaza, y lo sembró con el propósito de que fuera una hortaliza, comestible y saludable para los hombres. Al decir que es la más grande de las hortalizas, no se refiere tanto al tamaño, sino a los valores nutritivos que ella contiene. Mientras se mantiene como hortaliza es muy útil para la alimentación y la nutrición del hombre.

Si somos cuidadosos en la lectura de la palabra de Dios y buscamos que Él nos dé espíritu de sabiduría y de revelación y que alumbre nuestro entendimiento, llegaremos a la conclusión de que el hombre que siembra el grano de mostaza en el campo es el Señor y que el campo es el mundo donde están los hijos de Dios.

Cuando esa semilla, que es la más pequeña de todas, crece de manera normal, se convierte en una hortaliza que alimenta y satisface al Señor. Él se ha sembrado en el corazón de los creyentes, con el fin de que Él pueda desarrollarse en ellos y encontrar permanentemente frutos para disfrutar: "***Yo soy la vid verdadera, y Mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quita; y todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto… Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer. El que en Mí no permanece, es echado fuera como pámpano, y se seca; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden***" Juan 15.1-2, 5-6. Cuando esto ocurre así, se manifiesta la realidad del reino de los cielos, donde el Señor crece en los creyentes y ellos producen frutos para Su deleite.

Pero resulta que, en la parábola, la hortaliza que surgió a partir de la pequeña semilla de mostaza se convierte anormalmente en un árbol donde anidan las aves del cielo. Al convertirse de hortaliza en árbol, pierde su función inicial, ya no sirve para el fin que fue plantada, como es el de suplir fruto para que Dios se agrade, sino que vienen las aves del cielo a anidar en el árbol anormal. Una hortaliza es accesible a las personas y es comestible, mientras que un árbol es muy fuerte, inaccesible y no es útil para comer.

Si nos despojamos de todo prejuicio y aprendemos a buscar la palabra con espíritu de discernimiento, podremos entender qué significado tienen aquí las aves que anidan en las ramas del gran árbol en que se ha convertido anormalmente la hortaliza.

Si miramos la Parábola del sembrador, encontramos que la parte de la semilla que cayó junto al camino fue comida por las aves, y cuando el Señor explicó la parábola, afirmó acerca de las aves: "***Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino***" Mateo 13.19.

Las aves entonces hacen referencia al maligno y el maligno no es solamente satanás, nuestro adversario, sino que es todo el reino de las tinieblas donde reina satanás sobre los ángeles caídos, sobre los demonios y sobre los

hombres que no están en Cristo y no viven en Él.

No es nada agradable para el Señor hacer una gran congregación, donde no hay una alimentación espiritual accesible a los santos, donde ellos no pueden disfrutar, crecer en Cristo y ser edificados para la satisfacción del Señor. Cuando esos grupos crecen se deforman, satanás tiene la puerta abierta para introducir sus enseñanzas y finalmente se llena de ángeles caídos, de demonios y se convierten en opositores del Señor.

El cristianismo contemporáneo conformado por más de mil doscientos millones de católicos, más de setecientos millones de protestantes y más de doscientos cincuenta millones de católicos ortodoxos de oriente, es un gran árbol lleno de aves, lleno de doctrinas de demonios y de ángeles caídos, que engañan a los pocos creyentes genuinos que hay entre ellos, y por supuesto, a los falsos creyentes, que son la mayoría de ese gran árbol. "***Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia la Grande, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible***" Apocalipsis 18.2.

LA PARÁBOLA DE LA LEVADURA

La tercera parábola que habla de la apariencia del reino de los cielos es la Parábola de la Levadura que está registrada en Mateo 13.33: "***Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado***".

La frase el reino de los cielos es semejante a, indica una vez más que la parábola habla de apariencia, es decir que el reino de los cielos aparenta ser, pero no es, por lo que debemos buscar revelación en el Espíritu y en la Biblia para entender qué quiso decir el Señor cuando habló esta parábola.

Los líderes del cristianismo la interpretan diciendo que la parábola se refiere a la forma cómo crece el número en sus grupos, que ellos como la mujer, toman levadura, la introducen en su grupo y de manera maravillosa el grupo crece y su reino se extiende.

Pero no entienden tales intérpretes que a lo largo de la Biblia la levadura tiene un significado negativo y se relaciona con el pecado y con enseñanzas que se oponen a Dios.

En el Antiguo Testamento Dios prohibió rotundamente que se introdujera levadura en los sacrificios y una de las grandes fiestas, que se iniciaba con la pascua, llamada la fiesta de los panes ácimos o de los panes sin levadura, duraba siete días y en esa sema-

na era rotundamente prohibido comer panes con levadura y aun tener levadura en las casas.

Quien infringiera este mandamiento, debía ser cortado de la congregación: "***Y guardaréis la fiesta de los panes sin levadura, porque en este mismo día saqué vuestras huestes de la tierra de Egipto; por tanto, guardaréis este mandamiento en vuestras generaciones por costumbre perpetua. En el mes primero comeréis los panes sin levadura, desde el día catorce del mes por la tarde hasta el veintiuno del mes por la tarde. Por siete días no se hallará levadura en vuestras casas; porque cualquiera que comiere leudado, así extranjero como natural del país, será cortado de la congregación de Israel. Ninguna cosa leudada comeréis; en todas vuestras habitaciones comeréis panes sin levadura***" Éxodo 12.17-20.

¿Por qué razón el Señor dio este mandamiento? Como dijimos unos renglones arriba, la levadura en la Biblia está relacionada con cosas que ofenden al Señor. Veamos algunos ejemplos. En 1 Corintios 5, el Espíritu Santo a través de Pablo trata el caso de fornicación que había entre los hermanos que vivían en Corinto, en el que un hermano fornicaba con su madrastra. El Espíritu ordenó que se reunieran los hermanos y que trataran el caso con severidad, a tal punto que el fornicario debía ser entregado a satanás para que su carne fuera destruida y su espíritu fuera salvo el día del Señor.

Inmediatamente después, el Espíritu afirma: "***No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?***" 1 Corintios 5.6. ¿Qué es la levadura en este caso? Sin duda es el pecado de fornicación cometido por el hermano que se acostaba con la mujer de su padre, y el Espíritu previene a la iglesia en el sentido de que, si no trata el pecado severamente, todos los hermanos serían contaminados y en un tiempo muy breve, toda la iglesia estaría llena de pecado.

Todo esto es contrario a lo que ocurre en el cristianismo contemporáneo, pues en las miles de congregaciones cristianas lo más importante es el número de adeptos que haya en cada una, sin importar siquiera si son creyentes genuinos o falsos creyentes o si son personas que practican cualquier clase de pecado. Sin saberlo, a eso se refieren cuando interpretan la parábola afirmando que ellos han llenado de levadura su congregación y han llegado a obtener gran número de congregados.

Hermanos, es necesario entender con claridad que la iglesia es santa, que si deseamos agradar al Señor no debemos practicar ninguna clase de pecado, sino

llenarnos del Señor y Su santidad y tener un vivir que en todo lo agrada.

Si en nuestro medio hay un hermano que practica alguna clase de pecado, debemos corregirlo y reprenderlo, y si él se arrepiente, podemos mantenerlo en la comunión, siempre y cuando su pecado no sea un pecado de muerte, porque si ha cometido un pecado de muerte, este hermano ha perdido la oportunidad de entrar en el reino de los cielos.

Usted preguntará, ¿eso quiere decir que hay pecados que el Señor no perdona? Para responder esa pregunta, debemos ver algunos versículos que nos ayudarán a aclarar el tema.

Veamos por ejemplo 1 Juan 5.16-17: "***Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte***". Aquí el Espíritu nos enseña con toda claridad que hay dos clases de pecado: pecado de muerte y pecado que no es de muerte. La dificultad está en discernir entre uno y otro.

Sin embargo, no olvidemos que tenemos la unción morando en nosotros y ella es verdadera y nos enseña todas las cosas. La Biblia habla con claridad de los pecados que son de muerte. Por ejemplo, el pecado de fornicación que cometió el hermano que se acostaba con la mujer de su padre, es un pecado de muerte, porque llevó a este creyente a ser cortado inmediatamente de la comunión y entregado a satanás para que su carne sea destruida y él sea salvo en su espíritu, pero el día del Señor.

Sin duda el día del Señor aquí se refiere al juicio en el Tribunal de Cristo, que se dará muy cerca del final de la Gran Tribulación, en el que todos los creyentes seremos juzgados conforme a las obras que hicimos mientras estuvimos en el cuerpo: "***Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba por las cosas hechas por medio del cuerpo, según lo que haya practicado, sea bueno o sea malo***" 2 Corintios 5.10

Ese día, debido a que ese hermano había sido escogido por el Señor antes de la fundación del mundo, aunque cometió un pecado horrendo, el Señor en Su misericordia declarará que en su espíritu es salvo y tendrá que ir a las tinieblas de afuera durante el reino milenario, para ganar la salvación de su alma y finalmente entrar en la Nueva Jerusalén.

La Biblia nos muestra una serie de pecados de muerte, en los que debemos estar atentos para no cometerlos: "***Más bien os es-***

cribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis" 1 Corintios 5.11. La fornicación, la avaricia, la idolatría, la maledicencia, la borrachera y la rapiña son pecados de muerte, que como creyentes no debemos cometer.

1 Corintios 6.9-10 agrega más a la lista: "***¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios***". Además de los citados en el capítulo 5, tenemos aquí el adulterio, el homosexualismo y la estafa.

Puede ser que una persona que hoy es creyente haya cometido esta clase de pecados cuando aún no creía. No hay problema, cuando recibió al Señor, cuando creyó en Él, Sus pecados fueron perdonados y el registro de ellos fue borrado: "***Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios***" 1 Corintios 6.10.

Pero una cosa bien distinta es que un creyente, una persona que ha recibido al Señor como luz y tiene la luz de la vida, cometa cualquiera de estos pecados; automáticamente es excluido del reino de los cielos y debe ser quitado de la comunión con los santos; ha cometido pecado de muerte, por el cual no hay que pedir.

A eso se refiere el Señor Jesús, cuando habla para los entrenantes del reino de los cielos, en Mateo 5.13: "***Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres***".

Nosotros, los hijos de Dios, y especialmente los que en este tiempo estamos siendo entrenados para entrar en el reino de los cielos, somos la sal de la tierra; somos aquellos que damos sabor agradable a Dios en medio de esta humanidad sinsabor, perversa y llena de corrupción. Pero si llegásemos a cometer un pecado de muerte, perderemos automáticamente el sabor, no habrá ninguna oportunidad para recuperar nuestra salinidad y no serviremos ya para nada más, sino para ser echados fuera del reino de los cielos y pisoteados por los hombres. ¡Que el Señor extienda Su misericordia sobre nosotros y nos guarde de hacer así!

Hay otras cosas que son representadas por la levadura, que tiene que ver con las diferentes en-

señanzas que se oponen al plan de Dios y a Su deseo. El Señor Jesús dijo a Sus discípulos que se cuidaran de tres clases de levadura: la levadura de los fariseos, la levadura de los saduceos y la levadura de los herodianos: "***¿Cómo es que no entendéis que no os hablé de panes? Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la enseñanza de los fariseos y de los saduceos… Y Él les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes***" Mateo 16.11-12; Marcos 8.15.

Los fariseos era una secta judía que existía en los tiempos de Jesús, dedicada a inventar una gran cantidad de mandamientos y enseñanzas, según su parecer y punto de vista, para obligar a los judíos a actuar de determinada manera y a hacer ciertas cosas, supuestamente para agradar a Dios: "***Entonces habló Jesús a las multitudes y a Sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan, hacedlo y guardadlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y alargan los flecos de sus mantos y aman el lugar de honor en los banquetes, y los primeros asientos en las sinagogas, y las salutaciones en las plazas, y que los hombres los llamen Rabí***" Mateo 23.1-7.

Hoy, las congregaciones cristianas están llenas de este tipo de personajes, de fariseos modernos, que viven inventando mandamientos para obligar a sus feligreses a vivir de cierta manera, a tener cierta conducta, a vestirse de determinada forma, y una serie de mandatos que esclavizan a los hijos de Dios y les impiden tener una genuina comunión con el Señor y no les permite ser guiados por Él. Cómo les agrada que los llamen pastor, reverendo, apóstol, profeta, ungido, siervo de Dios… Cómo se complacen en que los admiren y los adulen y en que su fama trascienda las fronteras de su congregación y abarque todo un país, una región, un continente y hasta el mundo entero.

Las saduceos era otra secta judía que rechazaba el espíritu, los ángeles y la resurrección: "***Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas***" (Hechos 23.8). Los falsos maestros, que abundan en el cristianismo contemporáneo, sesgan las palabras de la Biblia para acomodarla a sus

intereses y niegan muchas de las cosas que el Señor desea que Sus hijos conozcan.

Los Herodianos era un grupo partidario de la dinastía reinante impuesta por la autoridad romana, eran seguidores de Herodes el Grande y de sus sucesores, constituyendo una fuerza política en Israel y a la vez se convirtieron en enemigos de Cristo, procurando Su muerte.

Los herodianos eran judíos asimilados por el gobierno romano, alineados al rey Herodes, y con una perspectiva más política que religiosa, de la misma manera hoy en día en medio de la Iglesia existe un movimiento Cristiano-Político que pretende llevar a la iglesia a participar abiertamente en la política de la nación, manifestando de esta manera la situación degradada de Pérgamo, donde la iglesia se casó con el mundo y entraron en ella toda clase de personas no regeneradas, convirtiéndose en falsos creyentes que entorpecen el desarrollo del plan de Dios.

Todo aquello que se opone a la palabra sin contaminación del Señor, todas las enseñanzas que han inventado los hombres, basadas aparentemente en la Biblia, pero que no proceden de la revelación que el Espíritu Santo imparte a nuestro espíritu, además de los pecados que hemos relatado, constituyen en su conjunto la levadura que la mujer añadió en tres medidas de harina hasta que todo fue leudado.

Nótese que es una mujer la que añade la levadura a las tres medidas de harina, significando el cuidado que deben tener las hermanas, porque como ocurrió con Eva en el Huerto de Edén, ellas son más accesibles a satanás para introducir sus mentiras en medio de la iglesia. Pero cuando se habla de mujer, no se refiere solamente a género, sino que tiene que ver con aquellos hermanos (hombres y mujeres) que no saben vivir en el espíritu, que no buscan ser fortalecidos en Su hombre interior conforme a las riquezas del Padre y su espíritu se torna débil y frágil.

Si el espíritu del creyente es fuerte y poderoso, ese creyente se convierte en el varón, sin importar si su género es masculino o femenino.

Cuando el espíritu humano se ha debilitado, el alma se fortalece y satanás tiene la puerta abierta y el camino llano para gobernar al creyente; por eso debemos practicar la oración que Pablo liberó en Efesios 3.14-21.

Esta es la razón por la cual el Espíritu dice que en Tiatira está esa mujer Jezabel que seduce a los hijos de Dios a cometer fornicación y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. La mujer se refiere al sistema papal, encabezado por el papa, que es un sistema que corrompe, inclusive a los

hijos de Dios.

En esa mujer también se encuentra el sistema pastoral del protestantismo, dentro del cual los líderes enseñan a los hijos de Dios a idolatrar al pastor y a la organización y a cometer fornicación espiritual con ellos y no a seguir al Señor quien es el único Líder y Pastor de Su iglesia.

Lo mismo ocurre con la iglesia católica ortodoxa oriental, donde practican la misma idolatría de los católicos romanos y aunque no tienen un papa, sí tienen un número plural de patriarcas que hacen las veces del papa y son los líderes máximos de esa iglesia.

Esa terrible mujer introdujo levadura en las tres medidas de harina. La harina hace referencia a Dios mezclado con el hombre a través de Su plan de redención conformado por encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización, glorificación y descenso como el Espíritu bautizador. Satanás usó a esa mujer para introducir levadura y corromper la iglesia.

Por eso se hace necesario tener diáfana claridad para no ser engañado por satanás y sus ardides. El Señor lo dice claramente a través de la Parábola de la Levadura. ¡No seas un instrumento de satanás por medio de quien él introduce la levadura en las tres medidas de harina hasta que todo se corrompe!

Las tres iglesias llamadas cristianas han introducido en sus respectivas congregaciones una enorme cantidad de enseñanzas que no se ajustan a la Biblia y en las que no hay ninguna revelación. Todo lo que enseñan el papa, los obispos, los curas, los patriarcas, los pastores y los líderes del cristianismo, es levadura que leuda y corrompe todo aquello que toca.

¿Qué hacer ante una situación tan tenebrosa? Tú como creyente debes convencerte de que el Señor mora en tu espíritu humano como la unción y que esa unción es la que te enseña todas las cosas que necesitas aprender: "***Os he escrito esto sobre los que os desvían. Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él***" 1 Juan 2.26-27.

¡Convierte tu corazón al Señor y deja que Él te enseñe todo lo que tú necesitas aprender! ¡No dependas más de los hombres, depende del Señor!

Capítulo 29

LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD DEL REINO DE LOS CIELOS (1)

1. LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

Mateo 13 es un capítulo crucial en cuanto al reino, porque en él, el Señor nos habla algunas parábolas que tienen que ver con la realidad y la apariencia del reino de los cielos. No sobra decir que la realidad es lo que el reino de los cielos es, mientras que la apariencia, es aquello que tiene parecido, pero que en el fondo no es, no tiene realidad y se convierte en un fraude, en una mentira y en un engaño. En los dos capítulos anteriores tratamos cada una de las parábolas que hablan de la apariencia del reino de los cielos.

En este capítulo y en los tres siguientes, nos dedicaremos a hablar de aquellas parábolas en que el Señor habla de la realidad del reino de los cielos, y en primer lugar hablaremos de la Parábola del Sembrador, registrada en Mateo 13. 4-9: "***Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga***".

En esta parábola el Señor habla de manera general cómo produce el reino de Dios y el reino de los cielos: mediante sembrar la palabra, palabra que es Él mismo, y que como semilla es sembrada en el corazón de las personas. Si la semilla crece y logra producir fruto, el fruto producido se convierte en el reino de los cielos, mientras que la semilla sembrada sin producir fruto, no pasa de ser el reino de Dios.

No hay duda de que la palabra solo es sembrada en personas que el Señor ha escogido desde antes de la fundación del mundo, es decir aquellos que, por el trabajo de santificación del Espíritu, llegan a creer y se convierten en hijos de Dios. Esa semilla, sembrada por el Señor cayó en cuatro tipos de corazones que veremos más adelante.

Por ahora vamos a buscar revelación en cuanto a la reacción de los discípulos al hecho de que el Señor le hablase a la multitud por medio de parábolas: "***Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?***" (Mateo 13.10). La parábola es una narración de un hecho aparente, del que se deduce, por comparación o semejanza, una o varias verdades. Para conocer esas verdades se requiere un espíritu agudo de

sabiduría y de revelación. Es así que el Señor les dice a los discípulos: "***Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado***" (v. 11).

El Señor dice claramente que el reino de los cielos es misterioso, que está lleno de misterios, y esos misterios solo son dados a conocer a los discípulos y no a las multitudes.

Si se estudia juiciosamente la Biblia se entenderá que al Señor no le gustan las multitudes, ni tiene interés en ellas, sino que le encanta trabajar con aquellos que son íntimos con Él.

La razón es que las multitudes, aunque oyen no entienden y aunque ven no perciben. Éstas son fácilmente influenciables a uno y otro lado de cualquier tema; por ejemplo, cuando Jesús entró en Jerusalén, días antes de Su muerte en la cruz, las multitudes lo aclamaban como el Hijo de David, el que venía en el nombre del Señor. Pocos días después, esas mismas multitudes, azuzadas por los religiosos judíos, gritaban ante Poncio Pilatos: ¡Crucifícale!, ¡crucifícale!

Las multitudes no son confiables, en cambio son manipulables: "***Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane***" vs. 13-15.

El Señor da a entender aquí que el reino de los cielos no es para las multitudes, es para los discípulos, y ni siquiera para todos ellos, porque una buena cantidad de hijos de Dios, debido a que no aprendieron a seguir al Señor durante su vida en la tierra, tal como hemos visto y estamos viendo a lo largo de este libro, no podrán entrar en el reino de los cielos.

A continuación, el Señor les dice a los discípulos una palabra que es muy consoladora y nos llena de fortaleza y esperanza: "***Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron***" (Mateo 13.16-17).

Cuando leemos este libro, cuando nos adentramos en la palabra del Señor y tenemos revelación sobre los misterios del reino de los cielos y tenemos luz sobre aquello que Él desea mostrarnos, somos felices, bienaventurados, mucho más que profetas, reyes

y justos que anhelaron ver estas cosas y no lo lograron.

Apreciado lector: vivir en este tiempo, tener la oportunidad de encontrar la revelación para conocer a Dios y Su plan, es la mayor bienaventuranza que puede tener un hombre, es el mayor deleite y gozo que puede lograr un hijo de Dios.

Entonces el Señor comienza a explicarles a Sus discípulos la Parábola del Sembrador: "***Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador***" Mateo 13.18. El Señor no tiene ningún interés en que la multitud conozca los misterios del reino de los cielos, pero anhela fervientemente que Sus discípulos alcancen revelación sobre esos misterios.

El corazón endurecido

Por eso habla con claridad de las cuatro clases de tierra —corazones— en que cae la semilla que Él siembra: "***Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino***" Mateo 13.19.

En este primer grupo de personas, aquellas que tienen un corazón endurecido por el intenso tráfico del mundo (un camino se hace por el tráfico continuo de muchas personas), no pueden dar fruto, porque en el corazón de ellas, la semilla—la palabra del Señor— no puede penetrar, y si una semilla no penetra en la tierra, no puede absorber los nutrientes que aquélla le ofrece y está condenada a morir de inanición.

Hablando espiritualmente, una persona puede oír la palabra que sale de la boca del Señor, pero debido a que no tiene un entendimiento adecuado para comprender —el entendimiento es una parte del corazón, del alma—, la palabra no puede penetrar y se hace infructuosa.

Esto nos hace ver que no es suficiente oír la palabra del Señor, pues aún si esta viene de Él, puede quedarse sin fruto. Además de oír, es necesario entender, y en este libro hemos afirmado que para alcanzar realidad en la palabra del Señor, se requieren tres cosas fundamentales, dos de las cuales las encontramos en Efesios 1.17-18: "***para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos***".

El primer elemento que debemos buscar con mucho anhelo es que el Padre nos conceda un espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él.

Si Dios habla Su palabra y no hay revelación en nuestro espíritu, es lo mismo que la tierra dura de junto al camino, donde la palabra no puede penetrar; pero, si somos humildes y vamos cada día al Señor a rogarle que nos dé espíritu de sabiduría, podremos ganar revelación y podremos conocerlo a Él, Su persona, Sus deseos y Su plan.

Podemos conocer a Dios solamente mediante revelación y esa revelación se da únicamente en nuestro espíritu humano: "***Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar***" Mateo 11.27. Si al Hijo no le place revelarnos al Padre y revelarse a Sí mismo en nuestro espíritu, no tenemos nada que hacer, y nuestro corazón se endurece como lo está la tierra de junto al camino. Pero si el Señor se complace en revelarse en nuestro espíritu y darse a conocer, lo hemos ganado todo.

El segundo elemento que necesitamos, además de la revelación en nuestro espíritu, es el alumbramiento, la luz, la visión y la iluminación en nuestro entendimiento: "***alumbrando los ojos de vuestro entendimiento***". Una vez que tenemos revelación en nuestro espíritu, debemos anhelar tener entendimiento en nuestra alma. El entendimiento se da en la mente humana y la mente humana es una de las tres partes del alma.

Esto nos lleva a colegir que, si tenemos revelación en nuestro espíritu, pero no hay visión, alumbramiento en nuestra alma, la revelación se queda sin fruto y nuestro corazón se convierte en tierra dura, en la que la semilla no puede penetrar, y en consecuencia muere.

Igualmente, si hay visión en nuestro entendimiento, pero esa visión no proviene de la revelación en nuestro espíritu, la visión es diabólica, no es del Señor, la palabra sembrada en nuestro corazón no proviene del Señor sino del maligno.

Si llegamos a tener las dos, es decir, revelación en nuestro espíritu y visión en nuestra alma, necesitamos un tercer elemento, que consiste en tener una práctica, un vivir diario de esa palabra revelada y visualizada. Si este tercer paso no se da, la visión y la revelación, aun siendo genuinas y procediendo del Señor, se convierten en doctrinas muertas que matan la vida espiritual del creyente y llegan a ser semillas que no producen fruto agradable a Dios: "***Todo aquel, pues, que oye estas palabras Mías y las pone por obra, será semejante a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa;***

y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca" Mateo 7.24-25.

Es necesario tener en cuenta que cuando el Señor habló la parábola afirmó que cuando la semilla cae en tierra dura, la de junto al camino, vienen la aves del cielo y comen la semilla, y cuando la explica a Sus discípulos afirma que es el maligno quien viene y arrebata lo que fue sembrado en el corazón de la persona. Esto quiere decir que las aves del cielo aquí hacen referencia a satanás y a su reino de tinieblas.

Si tú hermano, oyes la palabra del Señor, pero no te preocupas, no te esmeras porque ella tenga fruto, satanás viene con sus huestes y la arrebata de tu corazón, y te quedas sin fruto para darle al Señor.

Es igualmente necesario recordar que aquí el fruto no tiene que ver con obras que nosotros hagamos para el Señor, tales como predicar a muchas personas o cosas de ese estilo, sino que el fruto es el producto del trabajo del Señor en nosotros, que Él puede disfrutar y gozar, incluyendo claro está, el predicar la palabra y ganar hermanos para el Señor, no para engrosar mi grupo o mi denominación. Dios solo acepta de nosotros lo que Él trabaja en nuestro ser y que le es disfrutable. Llevar fruto es permitir que el Señor, mediante Su trabajo, encuentre en nosotros qué disfrutar, qué comer y qué gozar.

Debemos rogar cada día al Señor que haga apto nuestro corazón para que Su palabra, como la semilla, pueda penetrar en él, y mediante la absorción de todas las insondables riquezas de Dios, pueda crecer y llevar fruto abundante para la satisfacción de Dios. Esta debe ser nuestra oración y nuestra súplica diariamente, para que la palabra del Señor no se haga infructífera en nosotros.

El diablo siempre está al acecho y no pierde ninguna oportunidad para endurecer nuestro corazón, para llenarlo de dudas y de incredulidad y así impedir que la palabra del Señor penetre en nuestro ser y crezca hasta alcanzar la plena madurez. Él tiene muchos medios para lograrlo, especialmente todo lo que está en el mundo, que es un sistema regido por él. En el mundo diariamente estamos sometidos a muchas cosas que nos hacen dudar de la fidelidad y de la eficacia del Señor en nuestras vidas.

Tomemos por ejemplo los medios de comunicación: la televisión, la radio, la prensa en diarios y revistas y también el internet. Estas son herramientas muy poderosas que tiene el enemigo para distraer y para esclavizar a las personas y aun a los mismos creyentes. Es por esa razón que el Señor nos advierte: "***Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse***

del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" Hebreos 3.12-14.

El pecado es la naturaleza de satanás, y él está asediándonos diariamente, procurando endurecer nuestro corazón para que nos apartemos de nuestro Señor, el Dios vivo y verdadero. Por eso, debemos aprender a vivir la realidad del cuerpo, exhortándonos (exhortar es alentar, no regañar), todos y cada uno de los días que el Señor nos da. No debiera pasar un día entre nosotros sin encontrarnos con un hermano, así sea por teléfono o por internet, y darnos aliento, enseñándonos unos a otros, pero no doctrinas, sino con el fluir de la palabra del Señor que sale de nuestro espíritu, para que satanás no pueda ganar ninguna ventaja sobre los santos y ninguno pierda el galardón.

Cuando el Señor siembra la palabra en nuestro corazón, bien sea directamente o mediante la comunión con los santos, si nuestro corazón está endurecido, la semilla no penetrará y Dios no encontrará ningún disfrute en nuestra vida.

Si esta es tu condición, querido lector, hoy puedes volverte al Señor y pedirle que remueva la tierra dura y ablande tu corazón, para que éste se convierta en buena tierra que da fruto abundante para gozo, satisfacción y deleite del Señor, y lógicamente también de ti.

El corazón pedregoso

La segunda característica que el Señor puede encontrar en el corazón de un creyente es la de aquel que tiene piedras: "***Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó***" Mateo 13.5-6.

Para evitarnos vanas y falsas interpretaciones, el Señor mismo muestra el significado de la tierra que tiene piedras: "***Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza***" vs. 20-21.

El creyente que tiene piedras en su corazón, superficialmente tiene una apariencia de normalidad, pero cuando se adentra en él, se encuentra una cantidad de obstáculos, que impiden que la semilla crezca.

Es por eso por lo que el Espíritu oró una magnifica oración a través de Pablo en Efesios 3, a

partir del versículo 14: "***Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu; para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe, a fin de que, arraigados y cimentados en amor***" vs. 14-17.

En este pasaje encontramos uno de los grandes secretos que nos permiten vivir una vida cristiana victoriosa: la fortaleza que el Padre da a nuestro hombre interior—el espíritu humano—. Pero esa fortaleza es concedida por el Señor a quienes claman por ella. Este debe ser un pedido que diariamente hacemos al Señor en oración.

Cuando nuestro hombre interior es fortalecido, somos gobernados por Dios que, como el Espíritu, mora en nuestro interior, y ante un espíritu fuerte, el alma humana no tiene un camino distinto al de someterse, y cuando nuestra alma está sujeta al espíritu, el Señor puede llenarla fácilmente de todas Sus riquezas.

Pero si nuestra alma es fuerte y nuestro espíritu débil, satanás aprovechará la ocasión para gobernarnos, sometiendo nuestro espíritu al arbitrio del alma y por ende a su gobierno.

Cuando clamamos al Señor por un espíritu fuerte, somos arraigados y cimentados en Cristo. El arraigamiento hace referencia a echar raíces y así como ocurre en una planta, cuando su raíz es fuerte y profunda, ella puede absorber más abundantes nutrientes del suelo en que está plantada.

Igualmente, si nuestro hombre interior es fuerte, nuestras raíces en el Señor serán muy profundas y disfrutaremos y absorberemos Sus riquezas continuamente; de esta manera seremos hijos de Dios abigarrados y fuertes.

Igualmente, si tenemos un espíritu fuerte, seremos cimentados. La cimentación se refiere a tener una base firme, a estar edificado sobre la roca. Tiene que ver con conocer, mediante revelación, la palabra y la persona del Señor, para que cuando vengan las pruebas del Señor, representadas por las lluvias, o los ataques de satanás, representados por los ríos y los vientos; nosotros permanezcamos firmes en Él, sin movernos de nuestra roca.

El ayuno del creyente

Un excelente camino para tratar el asunto de las piedras que hay en el corazón de los creyentes es el ayuno, pero tal y como lo revela la Biblia, la palabra de Dios. Sobre el particular, el Señor nos ha enseñado: "***Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hi-***

pócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará" Mateo 6.16-18.

El ayuno es una de las tres cosas que el Señor enseñó a los hijos del reino de los cielos a hacer en secreto. La austeridad, es decir, la mortificación del cuerpo aguantando hambre o sometiéndolo a prácticas ascéticas; demudar el rostro para mostrar a los hombres que se está ayunando, son actitudes propias de los hipócritas. El Señor, por el contrario, desea que cuando un creyente ayuna, lave su rostro y unja su cabeza, para que los hombres no sepan que ayuna, sino el Padre, quien está en secreto y ve en lo secreto; de esta manera, el Padre recompensará al que ayune así.

Queda pues descartado el concepto religioso que sobre el ayuno tiene el cristianismo, que consiste en no comer nada y torturar de esa manera el cuerpo. Esta práctica corresponde al ascetismo, y el ascetismo es condenado por el Señor.

Isaías 58 tiene mucha luz acerca del ayuno y vamos a considerar algunos aspectos. En ese capítulo, en primer lugar, el Señor le pide al profeta que hable en voz alta y que no detenga su hablar en ninguna circunstancia.

El Señor le reprocha a Jacob su actitud rebelde y su pecado de buscar al Señor cada día y tratar de conocer Sus caminos, de pedirle justos juicios y querer acercarse a Él, pero haciendo injusticia y dejando la ley del Señor.

Los israelitas ayunaban para tratar de manipular al Señor buscando que Él hiciese caso a sus caprichos, que el Señor atendiera sus gustos cuando ellos se humillaban delante de Él. El Señor les reprocha el hecho de que ellos ayunaban para satisfacer su gusto y para oprimir a sus trabajadores.

A continuación, el Señor hace una pregunta: "***¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable a Jehová?***" v. 5.

El Señor repudia el ayuno religioso que consiste en "torturar" el cuerpo, acostándose en cilicio y en ceniza y aguantando hambre y afligiendo el alma y doblegando la cabeza. Estas actitudes y este ayuno son totalmente desagradables y reprochables delante del Señor.

Los versículos subsiguientes nos revelan cómo es el ayuno que agrada al Señor y considerare-

mos cada uno de los puntos en él descritos.

En primer lugar, el ayuno verdadero consiste en un tiempo de íntima comunión que el creyente tiene con el Señor, en el cual trata asuntos que atañen a su persona en cuatro aspectos:

1. Desatar las ligaduras de impiedad

"***¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?***" Isaías 58.6.

La piedad nada tiene que ver con el concepto religioso del cristianismo degradado, en el cual se habla hasta de mentiras piadosas, apoyando la astucia del enemigo; toda mentira es de satanás y quien miente se hace uno con él. Tampoco se refiere la piedad a una actitud corporal consistente en no mirar a nadie ni mezclarse con nadie, sino que la piedad se refiere a la expresión de Dios por medio de nosotros, de acuerdo con 1 Timoteo 3.16: "***E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Él fue manifestado en la carne, Justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado entre las naciones, creído en el mundo, llevado arriba en gloria***".

Todo el proceso por el que pasó el Señor Jesús para completar Su redención a nuestro favor es la manifestación del misterio de la piedad y Él desea que ese proceso sea nuestra realidad mientras vivimos en la tierra como creyentes. Dios desea manifestar todas Sus riquezas y Sus logros por medio de nosotros.

Pero debido a que satanás, el enemigo de Dios, ha actuado durante seis mil años en el hombre, en el interior de los creyentes, generalmente hay muchas ligaduras que les impiden expresar al Señor. Por ejemplo, puede ser que una persona que hoy es creyente haya sido indeseada durante su gestación, o maltratada en su infancia o despreciada en su adolescencia, o que la práctica del pecado antes de creer haya marcado negativamente su personalidad y su carácter, al punto de impedirle, ahora que es creyente, expresar plenamente al Señor.

De ninguna manera se puede entrar en sesiones de regresión, practicadas por sicólogos y parasicólogos, porque se estaría abriendo un camino para que satanás penetre en el alma y engañe al creyente, y aun para que los demonios y los ángeles caídos perturben el alma de quien tiene esas prácticas.

Pero lo que sí es altamente eficaz para desatar esas ligaduras de impiedad, es el ayuno, pero insistimos que no es el ayuno practicado religiosamente por el cristianismo contemporáneo,

ni por lo musulmanes, sino que el ayuno escogido por el Señor y agradable a Él, consiste en entrar en el aposento—espíritu humano— y cerrando la puerta tener una comunión íntima y cara a cara con el Señor.

Siempre que entramos en comunión con el Señor, somos iluminados con la luz verdadera que es Él mismo: "***Y éste es el mensaje que hemos oído de El, y os anunciamos: Dios es luz, y en Él no hay ningunas tinieblas… pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado***" 1 Juan 1.5, 7.

Estando en comunión con Él estamos en luz, y estando en Su luz, somos iluminados de todo aquello que hay en nuestro interior que nos impide que Él sea expresado en nuestro ser, y una vez que vemos nuestra condición y la confesamos, somos limpiados mediante la sangre de nuestro Señor Jesús. Este es un camino bien sencillo y eficaz de desatar las ligaduras de impiedad y ser completamente libres para manifestar al Señor en nuestro vivir, lo cual le agrada.

Si tú has de hacer un ayuno genuino, éste consiste simplemente en entrar en la presencia del Señor, en Su luz, y permitirle que Él ilumine tu condición y te haga ver todas aquellas actitudes y situaciones del pasado y del presente que se constituyen en ligaduras de impiedad y que impiden que el Señor se manifieste y se exprese desde tu espíritu y por medio de tu alma. Una vez que eres iluminado acerca de tu real condición, le suplicas que te limpie, que desate esas ligaduras y que te dé plena libertad para vivirlo y para expresarlo: "***Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres***" (Juan 8.36).

2. Soltar las cargas de opresión

No debemos olvidar que satanás no es solamente el enemigo de Dios, sino que es nuestro enemigo, y como somos aquellos mediante quienes el Señor lo está derrotando y lo ha de derrotar y avergonzar, estamos en una guerra permanente con él.

El maligno no pierde una sola ocasión para atacarnos y en la medida que le damos la más pequeña oportunidad, no estando en el espíritu, pone en nosotros cargas de opresión que afectan seriamente la comunión que tenemos con el Señor.

Algunas veces trae a nuestra memoria faltas y pecados que hemos cometido en el pasado y que ya hemos tratado suficientemente con el Señor y sobre los cuales hemos sido cabalmente perdonados.

Si ignoramos sus maquinaciones, caemos en un complejo de culpa y la comunión con el Señor

es interrumpida. Para eso es eficaz la palabra del Señor que ha sido constituida en nuestra alma. Cuando satanás nos ataque en ese sentido debemos ser osados y hablarle las palabras de Dios, como hizo el Señor Jesús cuando fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.

Nosotros lo vencemos con la palabra de nuestro testimonio: "***Y ellos le han vencido por causa de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y despreciaron la vida de su alma hasta la muerte***" Apocalipsis 12.11.

Algunas veces, cristianos que no han aprendido a tocar el espíritu, hacen oraciones contra hermanos, que se convierten en cargas de opresión, y en el ayuno, el Señor puede alumbrar al afectado sobre la situación, y tiene la oportunidad de rechazar y liberarse de esas cargas de opresión.

Otras veces, el creyente es aplastado por los afanes del diario vivir, hecho que es muy común en el tiempo actual. Satanás ha ideado la forma de esclavizar a las personas para que vivan avasalladas por el trabajo, por el afán de adquirir bienes materiales que muchas veces no son necesarios, y tantas otras angustias que la gente tiene a diario, que son verdaderas cargas de opresión.

Si bien es cierto que se debe trabajar para ganar el sustento, igualmente es cierto que podemos vivir reposados en el Señor enyugándonos con Él y llevando su carga: "***Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar. Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga***" Mateo 11.28-30.

Aquí hay un gran secreto que nos ayuda a eliminar las cargas de opresión. En el cristianismo se enseña que debemos traer nuestras cargas y entregarlas al Señor, pero esa enseñanza no tiene ningún fundamento en la Biblia.

El Señor dice que vayamos a Él los que tenemos un trabajo arduo y que estamos cargados, pero no dice que Él tomará nuestras cargas, sino que Él nos hará descansar.

Una persona que está cargada descansa cuando suelta la carga que trae sobre él, es decir cuando tira la carga. Esto nos lleva a colegir que el Señor no desea llevar nuestras cargas, sino que Su voluntad es que cuando venimos a Él tiremos nuestras cargas para que descansemos y a cambio tomemos Su yugo donde está Su carga que es ligera, que no oprime ni aplasta, sino que por el contrario produce descanso.

En pocas palabras, Dios no desea nuestras cargas porque no le son útiles y porque no cumplen Su voluntad ni lo agradan. Por el contrario, Él quiere que nos enyuguemos con Él y que tomemos Su carga. Por eso es necesario que en cada carga que nos oprime vayamos al Señor, la descarguemos y nos alejemos de ella, y nos unamos a Él para llevar juntos Su carga que es liviana.

Cada creyente, en cada situación que vive en su vida, debe preguntarle al Señor si la carga que está llevando es de Él, o simplemente es su carga. En el segundo caso, debe descargarla inmediatamente, ir al Señor y descansar en Él, estando enyugado.

Un ayuno, en el que estamos en la presencia del Señor nos revelará todo aquello que se convierte en cargas de opresión y que nos impide expresar al Señor. Rogándole al Señor que nos libere de todas esas cargas y que nos enyugue con Él, seremos libres para amarlo, honrarlo, seguirlo y expresarlo.

3. Dejar ir libres a los quebrantados

Normalmente la falta de perdón por las ofensas causadas por otras personas, se convierte en quebrantos para el ofensor y también para el ofendido. Cuando el creyente tiene una comunión cabal e íntima con el Señor es iluminado para encontrar todos aquellos inconvenientes que hay especialmente con hermanos en el Señor, con parientes, con colegas de trabajo, con vecinos y con cualquier persona con quien se pueda tener desavenencias: "***No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres***" (Romanos 12.17-18).

Un buen examen de nuestro corazón en la presencia del Señor será muy útil para quitar de nosotros estas cosas, aparentemente pequeñas, que nos cautivan e impiden que el Señor sea plenamente expresado en nosotros.

Algunas veces hay hermanos que fueron maltratados en el seno de su familia por uno o por los dos padres, o por los hermanos; el maltrato produce en ellos tantos complejos y taras, que casi nunca pueden expresar a cabalidad al Señor. Para compensar su carencia se encierran en un espíritu religioso de prohibiciones, creen que todo lo que hacen es pecado, que no pueden agradar al Señor; se consideran fracasados, y se les vuelve imposible tener un disfrute pleno de las riquezas de Dios. El Señor nos ha abierto una puerta maravillosa para tratar y eliminar de nuestras vidas todas estas talanqueras que nos alejan del Señor: el ayuno.

4. Romper todo yugo

El cuarto punto que el Señor desea que tratemos con el ayuno es el asunto de los yugos.

Sabemos que un yugo es un instrumento que une a dos animales, generalmente bueyes, para que uniendo sus fuerzas, logren hacer un trabajo que sería muy difícil ejecutar para un solo animal. Cuando los dos bueyes están enyugados, tienen que buscar el mismo objetivo, recorrer el mismo camino, ejercer la fuerza a la vez y caminar en la misma dirección, sometiéndose mutuamente.

A lo largo de la vida humana, satanás ha logrado imponer muchos yugos a la humanidad: buena parte de los hombres está enyugada con los vicios de alcohol, drogas sicotrópicas; con pecados de fornicación, adulterio; un gran número son homosexuales y una serie de pecados que el lector bien conoce y que no hace falta enumerar en su totalidad.

Como dice el Espíritu por medio de Pablo en 1 Corintios 6.9-11: "***¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os desviéis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios***".

Aunque el Señor dice que ya hemos sido santificados y ya hemos sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios, debemos entender que la santificación es un proceso gradual que se va dando en la medida que vamos disfrutando de Sus riquezas y vamos saturando nuestra alma de Su naturaleza santa. Todos los yugos que satanás puso en nuestra vida pasada deben ser desechos, y no debe quedar ninguna huella ni rastro de ellos en nuestra alma.

Un creyente genuino, que tiene diariamente comunión con el amado Señor, debe estar libre de todo yugo, menos de uno: el del Señor Jesucristo. Veamos lo que al respecto nos dice Mateo 11.28-30: "***Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar. Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga***". Enyugarnos con el Señor produce paz, gozo y descanso para nuestra alma y es el yugo que debemos tener siempre.

Capítulo 30

LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD DEL REINO DE LOS CIELOS (2)

El ayuno del creyente (continuación)

Estos cuatro aspectos que hemos visto, concernientes al ayuno, tienen que ver con nuestra situación personal, pero hay otros cuatro que tienen que ver con nuestra relación con otros creyentes y que debemos y podemos tratar cabalmente mediante el ayuno:

1. Partir el pan con el hambriento.

Continuando con el verdadero ayuno, con el ayuno que agrada al Señor, Isaías continúa diciendo: "***¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?***" (58.7).

Este no se refiere solamente a compartir alimentos con otros, sino que hace referencia a partir a Jesucristo con otros. No debemos olvidar que el Señor Jesús es el verdadero pan que descendió del cielo: "***Mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es Aquel que desciende del cielo y da vida al mundo… Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida***" (Juan 6.33, 35).

Como hijos genuinos de Dios, debemos tener lleno nuestro depósito con todas Sus riquezas para que en cualquier momento que se requiera podamos suplir y alimentar a otros con abundancia.

Un ayuno apropiado nos lleva a tener íntima comunión con el Señor, a estar en el trono de la gracia donde recibimos gracia y misericordia. Esto nos garantizará la posibilidad de suplir a otros en el tiempo adecuado.

Nuestra relación con los hermanos debe girar en torno a suplirnos mutuamente al Señor como alimento y vida. Nuestro tema de conversación, nuestros continuos pensamientos y nuestras obras, deben ser en torno a la persona y al deseo del Señor Jesús. Esta sería una demostración de que estamos llenos de Él, que estamos madurando y que estamos produciendo fruto para Su satisfacción.

2. Albergar en casa a los errantes

Primero entendemos que la casa es la iglesia. Antes de que el Señor realizara Su obra de redención no teníamos un hogar, pero ahora con el Señor hemos conformado una familia y esa familia tiene un hogar y ese hogar es la casa del Señor y es nuestra casa: "***Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios… pero Cristo fue fiel como Hijo sobre la casa de Dios, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la con-***

fianza y el gloriarnos en la esperanza" Efesios 2.19; Hebreos 3.6.

La casa, el hogar y la familia es un ámbito donde hay disfrute, consuelo, gozo y paz, y estar en comunión íntima con el Señor mediante el ayuno, nos lleva a tener un disfrute profundo y elevado del Señor, con otros santos. Si este es nuestro vivir, tendremos la garantía de que dejaremos de ser pobres y errantes y viviremos siempre en la casa del Señor.

No debemos olvidar que la iglesia no es un local o un lugar adonde vamos cada domingo o algún otro día de la semana; la iglesia es el vivir que diariamente tenemos en el Señor, donde disfrutamos de Sus riquezas y Él disfruta y goza Su obra en nosotros. ¡Qué hermoso es vivir cada día en el Señor nuestra casa, y qué precioso que Él vive cada momento en nosotros, Su casa!

3. Cubrir al desnudo

Si interpretamos la palabra teniendo como punto de partida solamente nuestros conceptos almáticos, seremos verdaderos ignorantes de las Escrituras y nos ocurrirá lo mismo que a los judíos: "***Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios***" Mateo 22.29.

No nos cansamos de repetir una y otra vez, que solamente podemos conocer la realidad de las Escrituras mediante revelación en nuestro espíritu, y por eso tenemos que reconocer que la desnudez no se refiere solamente a la falta de ropa con la que cubrimos nuestro cuerpo, sino que la desnudez es una carencia de la expresión de Cristo en nuestro diario vivir, y sí la expresión de la naturaleza caída, que es el pecado y que éste a la vez es la naturaleza satánica.

Una de las más notorias características de la última de las siete iglesias de Apocalipsis, Laodicea, es la desnudez: "***y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo***" Apocalipsis 3.17. Esa desnudez no es nada distinto a la expresión del hombre caído, del viejo hombre, de la naturaleza humana unida a la naturaleza satánica que es el pecado.

El nuevo hombre es la naturaleza humana unida a la naturaleza de Dios que es Cristo resucitado. En la medida que nos encontramos con los hermanos para disfrutar al Señor, nos vamos vistiendo de Él. Unos a otros, podemos vestirnos cada día de Él, y qué delicioso es reunirnos, encontrarnos para hablar del Señor, para orar, para tener comunión en el Señor con los hermanos; de esa manera nos vestimos unos a otros con nuestro vestido de Bodas que es el Señor Jesucristo y así estaremos listos para entrar en las Bodas la Cordero que es el reino milenario.

A esto hace referencia el Espíritu cuando a través de Isaías afirma que uno de los aspectos del verdadero ayuno es cubrir al denudo, cuando lo vemos en esa condición.

4. No esconderse del hermano

El cuarto aspecto que debe involucrarse en el verdadero ayuno, con relación a los hermanos, es no esconderse de ellos. Esto quiere decir que entre hijos de Dios debe haber plena transparencia, sinceridad y honestidad.

Muchas veces los creyentes sienten vergüenza de identificarse como hijos de Dios y como hermanos, especialmente cuando están en presencia de incrédulos. Nunca debemos avergonzarnos de ser hijos de Dios, sabiendo que no hay en toda la tierra mayor honra que ser hijos del Padre más amoroso, de recibir Su naturaleza y de ser parte de la única familia genuina que existe en el universo.

Si nos avergonzamos de los hermanos, en verdad nos estamos avergonzando del Señor; si negamos a los hermanos, estamos negando al Señor: "***pero a cualquiera que me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de Mi Padre que está en los cielos… si le negamos, Él también nos negará***" Mateo 10.33; 2 Timoteo 2.12.

Entre los hermanos debe haber una permanente actitud de preferencia, de cuidado y de satisfacción por ser hijos del mismo Padre, porque antes fuimos enemigos de Dios, pero ahora hemos sido reconciliados con Él y podemos ayudarnos en todo para alcanzar el crecimiento y la madurez que nos permitan entrar en el reino de los cielos.

Sin embargo, debemos ser cuidadosos para que la relación entre creyentes sea siempre del espíritu, porque si nos relacionamos teniendo como base solamente los sentimientos del alma, nuestra relación se vuelve fácilmente carnal, y donde está la carne están las obras de la carne y las relaciones entre creyentes se vuelven tortuosas, no edificantes y llenas de todas las obras de la carne de las que habla Gálatas 5.19-21: "***Y manifiestas son las obras de la carne, que son: fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, divisiones, sectas, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os prevengo, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios***".

El ayuno es una buena práctica en la que debemos aprender del Señor a vivir una vida de santidad con los hermanos, a darle

a cada quien el trato que agrada al Espíritu y a vivir en paz unos con otros: "***No reprendas con dureza al anciano, sino exhórtale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza***" 1 Timoteo 5.1-2.

Todo este disfrute de un ayuno genuino nos ayuda a que nuestro corazón sea preparado y quitada la dureza de él, las piedras y los espinos con el fin de que llevamos fruto, con el que nuestro Señor pueda deleitarse.

Así pues, debemos buscar fervientemente que el Señor penetre en nuestro corazón y remueva de él las piedras, las cosas y los pecados ocultos que pueda haber en nosotros, que nos alumbre para ver la verdadera condición de nuestro interior, y cuando éste sea transparente no seamos afectados por la persecución, que sin duda nos sobrevendrá, por causa de la palabra; el sol no podrá quemarnos, sino que por el contrario, será una fuente de vida que nos fortalece y nos lleva a crecer hasta madurar y producir los frutos que el Señor desea en nosotros. De esta manera no seremos infructuosos, porque nuestro corazón habrá sido completamente sanado.[1]

Corazón espinoso

Volviendo a la parábola que estamos tratando en este capítulo, encontramos que hay una tercera clase de tierra, un corazón que está lleno de espinos: "***Y otras cayeron entre los espinos; y los espinos crecieron, y las ahogaron***" Mateo 13.7.

Cuando el Señor Jesús explicó la parábola, dijo acerca de los espinos: "***Y el que fue sembrado entre los espinos, éste es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa***" Mateo 13.22.

Hay dos cosas que ahogan en las personas la palabra que el Señor siembra en ellos: las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas.

Qué bueno es hacer un alto aquí y leer y considerar Mateo 6.25-34: "***Por tanto os digo: No os inquietéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, con preocuparse, añadir un codo a su estatura?***

1. Mucha revelación sobre el ayuno puedes encotrarla el los capítulos 17, 18, 19 y 20 del libro ***La Oración en el Espíritu*** *del mismo editor y publicado en la página: www.las-primicias.com*

Y por el vestido, ¿por qué os preocupáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no se afanan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente Su reino y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os inquietéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia inquietud. Basta a cada día su propio mal".

Hay algunas necesidades primarias tales como el alimento, el vestido, un lugar para vivir, un medio de transporte, entre otras, que mantienen a los seres humanos bajo una férrea tiranía, que se agudiza a medida que pasa el tiempo, esclavitud de la cual no escapan los creyentes y la que es muy difícil vencer.

Esta es quizá el arma más poderosa que tiene satanás, nuestro enemigo, para procurar impedir que la palabra de Dios como la semilla que fue sembrada en nuestro corazón, crezca y fructifique.

No es fácil eliminar de nuestro corazón la preocupación por la comida, por la bebida y por el vestido, a menos que la palabra que el Señor habla en el pasaje transcrito, se haga realidad en nosotros. El Señor manifiesta que las aves no siembran, ni siegan, ni guardan en graneros y con todo el Señor las alimenta. Igualmente, los lirios, no tienen fábricas de textiles, pero el Padre celestial los viste mucho mejor de lo que puede vestirse el humano más refinado y rico.

El problema de los creyentes es que son hombres de poca fe y eso los lleva a mantenerse preocupados por las cosas terrenales, por el futuro, por el vestido, por la bebida, por la casa, por el automóvil y por muchas otras cosas.

El Señor insiste en una verdad muy grande y es que por más preocupación que haya, no se logra cambiar nada. En lugar de tener preocupación por las cosas de esta vida, debemos estar plenamente ocupados en el reino de Dios y Su justicia, es decir, debemos estar preocupados por crecer en el Señor mediante el disfrute de Sus riquezas y por ayudar a crecer a otros, y Él suplirá todas las demás necesidades, que en el pasaje son consideradas por el Señor como añadiduras.

Infortunadamente el cristia-

nismo contemporáneo ha invertido los términos y tienen gran preocupación por las añadiduras y descuidan el reino de Dios, que aquí es el reino de los cielos y también descuidan la justicia del Señor.

La buena tierra

La cuarta clase de tierra en que cayó la semilla que el Señor sembró, es la buena tierra: "***Pero las otras semillas cayeron en buen terreno, en el que se dio una cosecha que rindió treinta, sesenta y hasta cien veces más de lo que se había sembrado***" Mateo 13.8.

A pesar de que el Señor encuentra tanta dificultad para que el corazón de las personas reciba la palabra y fructifique, Él no se desanima y sigue sembrando, hasta que encuentra corazones adecuados para lograr una cosecha abundante, que en la parábola es llamado la buena tierra.

Cuando el Señor se siembra como la palabra en nuestros corazones espera que esa semilla se multiplique y produzca una cosecha abundante para que Él pueda disfrutar del fruto de Su trabajo.

Podemos comparar la buena tierra con los siervos que en la parábola de los talentos recibieron cinco y dos talentos. Los corazones de estos siervos eran tierra apropiada y duplicaron los talentos que el Señor les dio y cuando regresó los felicitó y los introdujo en Su gozo.

Tener un corazón que sea buena tierra es un asunto de fidelidad, de darnos para el Señor, de disfrutar diariamente Sus inmensurables riquezas, de tomar todos los nutrientes que el Padre nos provee estando injertados en la vid verdadera y así producimos frutos que son para Su deleite. En la medida que llevamos frutos para el disfrute del Padre, Él nos limpia, nos poda, para que la producción de fruto sea progresiva y abundante y cada vez el Señor encuentre mucho para disfrutar en nuestro corazón: "***Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quita; y todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto***" Juan 15.2.

¿Cómo llevar fruto y cómo tener un corazón que sea buena tierra? Si comparamos la tierra de junto al camino y la buena tierra, tendremos una comprensión adecuada para resolver los interrogantes: "***Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino… Mas el que fue sembrado en la buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce uno a ciento, otro a sesenta, y otro a treinta por uno***" Mateo 13.19, 23.

Observa que las dos clases de corazón tuvieron la misma opor-

tunidad y escucharon la palabra del reino; hasta aquí no hay ninguna diferencia, pero el corazón endurecido por el trajinar que hay en el camino no entendió la palabra, mientras que el corazón buena tierra sí la entendió. La diferencia entre los dos corazones está en entender o no entender.

Entender aquí no hace referencia a tener una comprensión mental de la palabra de Dios, porque esta solamente se hace realidad cuando es revelada en nuestro espíritu humano y desde allí alumbra el entendimiento de nuestro corazón, para que tengamos una clara visión de lo que el Señor está hablando y se haga realidad en nuestro día a día.

La comprensión mental de la Biblia es similar a la sabiduría del mundo y de los príncipes de este mundo que perecen, mientras que la comprensión espiritual tiene que ver con que el Señor nos revele Sus palabras que están contenidas en la Biblia y esa revelación la da el Espíritu Santo en nuestro espíritu humano: "***Y yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui anunciándoos el misterio de Dios con excelencia de palabras o de sabiduría…y ni mi palabra ni mi proclamación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Pero hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que son reducidos a nada. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría que estaba oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito:* "***Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman". Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado por Su gracia, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, interpretando lo espiritual con palabras espirituales***. 1 Corintios 2.1, 4-13.

Si tú, que eres un hijo de Dios,

recibes las palabras de la Biblia solamente en tu mente, las palabras del reino no pueden penetrar en tu corazón y viene el maligno y las arrebata; te quedas sin fruto; pero, si por el contrario, eres un hijo de Dios que pones tu mente en el espíritu, que piensas en las cosas del Espíritu, eres un hombre espiritual y estando en tu espíritu, el Espíritu Santo te revelará la palabra del reino y llevarás fruto que cada vez es más abundante y el Señor encontrará más disfrute en ti.

En conclusión, llegar a tener un corazón que sea buena tierra, donde la palabra del reino crece y fructifica en abundancia, se alcanza cuando buscamos revelación en nuestro espíritu humano y visión en nuestra alma, para que la palabra de Dios se haga realidad en nuestro vivir.

Para ello es recomendable que hagamos realidad la oración que el Espíritu nos dejó a través de Pablo en Efesios 1.17-20 "***para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, para que los ojos de sus corazones sean iluminados, y puedan así comprender cuál es la esperanza de su llamado, y cuál es la riqueza de la gloria de la herencia de Él para los santos, y cuál es la excelencia de la majestad de su poder en nosotros los que creemos, conforme a la operación de la inmensidad de su poder, el cual ejerció en el Cristo, resucitándolo de entre los muertos, y haciéndolo sentar a su diestra en el Cielo***".

****Solamente cuando la palabra es revelada en nuestro espíritu y comprendida en nuestro corazón y es vivida como realidad en nuestro día a día, será una semilla que lleve fruto a ciento, a sesenta y a treinta por uno.

Por eso es necesario acercarnos cada día al trono de la gracia y rogarle al Señor que nos conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él y que alumbre los ojos de nuestro corazón y que nos guíe a hacer realidad Su palabra en nuestro vivir. A eso se refiere Pablo cuando dice que él no fue a los corintios con palabras de humana sabiduría sino con demostración del Espíritu y de poder.

Así la palabra se hará fructífera en nuestro corazón y el Señor encontrará en nosotros qué disfrutar, con qué alimentarse cada día; igualmente nos limpiará para que nuestro fructificar nunca se detenga, sino que cada vez sea más abundante y abigarrado, para Su satisfacción.

Cada día debemos tener comunión cara a cara con el Señor y comprobar si Él puede hallar en nosotros algún fruto para disfrutar. Si no encuentra nada que

comer, sino solo apariencia, nos está indicando que nuestro corazón puede ser tierra dura de junto al camino, o tierra llena de piedras o tierra con espinas—afanes y angustias—.

En ese caso lo único que necesitamos es volver nuestra mente al espíritu, comer el banquete que el Señor nos tiene allí servido y la tierra dura se irá ablandando, las piedras van siendo eliminadas y los espinos se van marchitando; de esa manera nuestro corazón será la buena tierra en donde nuestro Señor tiene pleno deleite y satisfacción.

2. LA PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO

La segunda parábola en la que el Señor hace una comparación del reino de los cielos es la del tesoro escondido, registrada en Mateo 13.44, que dice: "***El reino de los cielos se puede comparar a un tesoro escondido en un campo. Un hombre encuentra el tesoro, y vuelve a esconderlo allí mismo; lleno de alegría, va, vende todo lo que posee y compra aquel campo***".

En esta parábola, la comparación que el Señor hace del reino de los cielos es con un tesoro que está escondido en un campo y que es hallado por un hombre, y ese hombre esconde el tesoro y va y vende todo lo que tiene para comprar el campo. La actitud de este hombre es de gozo; al vender todo lo que tiene está lleno de gozo y también al comprar el campo, lo hace con sumo gozo.

En esta parábola no encontramos nada negativo, como en las tres parábolas anteriores de Mateo 13, porque esta parábola no fue hablada a las multitudes sino solamente a los discípulos: "***Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y acercándose a él sus discípulos...***" Mateo 13.36.

Las tres últimas parábolas de Mateo 13, el tesoro escondido, la perla de gran precio y la red, fueron habladas por el Señor a Sus discípulos, a aquellas personas que son íntimos con Él, que lo siguen por donde quiera que va, que buscan Su comunión, que tienen un único interés: agradarlo, suplirlo y satisfacerlo.

Esta es la razón por la cual estas parábolas no tienen ninguna explicación adicional, ni a ellas se añaden otros elementos como ocurrió con la Parábola del Trigo y la Cizaña, la Parábola del Grano de Mostaza y la Parábola de la Levadura, que hablan de la apariencia del reino de los cielos.

En cambio, esta palabra, la de la Parábola del Tesoro Escondido, es hablada a los hijos de Dios que buscan y que anhelan revelación y que conocen al Señor por medio del Espíritu y de la palabra, y que como es lógico, reciben revelación en su espí-

ritu y comprensión en su alma. Por eso, al finalizar las tres parábolas, "***Jesús les dijo: ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos respondieron: Sí, Señor***" Mateo 13.51.

Lo anterior nos lleva a concluir que las tres primeras parábolas de las que hablamos ya en este libro, hablan de la apariencia del reino de los cielos, es decir de lo que parece que sea el reino de los cielos, pero que en realidad no es; mientras que las tres últimas hablan de la realidad del reino de los cielos, es decir, el Señor para mostrar el reino de los cielos, usa ejemplos sencillos que muestran su profundidad y su realidad.

Por eso, como en las tres primeras, en estas tres últimas parábolas, debemos pedir al Señor que nos conceda espíritu de sabiduría y de revelación para que podamos conocer Sus misterios y que nos dé visión en nuestra alma, para que podamos ver con claridad el camino por donde debemos transitar, para entrar en el reino de los cielos; y en tercer lugar que nos ayude a tener experiencias prácticas en nuestro vivir, con respecto a Su palabra.

Cuando el Señor dice que el reino de los cielos es semejante a un tesoro, en verdad está queriendo decir que el reino de los cielos es un tesoro y un tesoro está compuesto, generalmente por oro, perlas y piedras preciosas—gemas—, que son los componentes de la Nueva Jerusalén.

El reino de los cielos, con su manifestación máxima, que será la época en la que el Señor Jesús reinará sobre la tierra, junto con los vencedores, y que tendrá una duración de mil años, es un anticipo de la Nueva Jerusalén. En otras palabras, los co-reyes del Señor, serán aquellos creyentes que durante su vida aquí en la tierra se dedicaron a complacer y a agradar al Señor, a permitir que Él creciera en ellos hasta que alcanzaron los cuatro aspectos de los que habla Efesios 4.13: "***hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo***".

2.1. La Unidad de la Fe

Como creyentes sabemos que la fe, en su manifestación, tiene dos aspectos: El primero de ellos es la fe objetiva, que hace referencia a lo que es la fe en sí. La fe es una persona, es Dios mismo. La fe es todo aquello que Dios es, sumado a aquello que Dios tiene, más todo lo que Dios ha hecho para ejecutar Su plan de redención para el hombre.

Sabemos, por ejemplo, que Dios es eterno, que habita en los cielos, que está lleno de riquezas, de vida, de amor, de sabiduría, de justicia… y que un día por amor a nosotros se hizo hombre en Je-

sús, que siendo Dios vivió Su vida divina en ese hombre, durante más de treinta años, y que al final de ellos fue a la cruz para morir y eliminar todas las cosas que satanás introdujo en el hombre desde el Huerto de Edén, cosas que nos separaban de Dios y que nos impedían tener comunión con Él y que por ende nos impedían disfrutar de todas las riquezas que Él tiene para Sus hijos.

Sabemos también que el Señor Jesús no quedó atrapado por la muerte, sino que la venció por el poder de Dios y resucitando realizó el hecho más grande y maravilloso que ha ocurrido en el universo y en la historia del hombre: la resurrección. Que una vez que resucitó, se presentó como hombre delante del Padre, para que Dios disfrutara del magnífico triunfo obtenido sobre satanás, el pecado y la muerte, y que después vino y entró en los discípulos para vivir en ellos por la eternidad.

Después de llenar a Sus discípulos interiormente con el Espíritu Santo ascendió al cielo, al trono del Padre para ser glorificado y entronizado, y diez días después se derramó sobre Sus discípulos como el Espíritu de poder para continuar Su obra, hasta llevar los Suyos a la gloria.

Todo esto y muchas cosas más hacen parte de la fe objetiva y al ser objetiva está fuera de nosotros, pero la hacemos nuestra realidad por medio de la fe subjetiva.

El segundo aspecto de la manifestación de la fe es la fe subjetiva, que tiene que ver con lo que nosotros creemos acerca de la fe objetiva. El Señor, en Su misericordia, y estando en la eternidad pasada nos escogió y nos predestinó. Determinado día, nosotros nacimos para vivir en la tierra y cuando nacimos no éramos creyentes. Como el Señor se había trazado un plan con nosotros, Él, como el Espíritu Santo, aún sin morar dentro de nosotros, fue trabajándonos, hasta que un día creímos en Él y lo recibimos.

Desde entonces, ya no permanece fuera de nosotros, sino que como el Espíritu entró en nuestro espíritu humano y nos hizo uno con Él, desde ese momento y por la eternidad: Ahí fuimos salvos, fuimos regenerados, nacimos de nuevo y empezamos a creer en algunos aspectos de la fe objetiva; en otras palabras, nuestra fe subjetiva comenzó a funcionar.

Cuando creímos, empezamos siendo bebés espirituales. Los bebés dependen totalmente de sus padres y no comprenden casi nada de lo que ocurre en su entorno, no saben discernir nada de su medio y se supeditan totalmente a otros, pero en la medida que van creciendo, se hacen seres capaces de distinguir las cosas, de tomar sus propias decisiones y de vivir la vida según les parez-

ca.

Aunque en la vida espiritual es al contrario, porque entre más una persona conoce al Señor más depende de Él y es menos independiente, sí podemos afirmar que al comienzo la fe subjetiva en el creyente es muy pequeña, pero en la medida que busca al Señor, que recibe de Él revelación en su espíritu humano y visión en su alma, su fe subjetiva va creciendo, es decir, el Señor va añadiendo cada vez más Su persona al creyente, va llenando su alma—compuesta de mente, voluntad y emoción—. La fe de esa persona—que es la fe subjetiva—, crece hasta ser igual a la fe objetiva—lo que Dios es, tiene y hace—. En ese momento el creyente ha llegado a la unidad de la fe. Llegar a esa medida es indispensable para entrar en el reino de los cielos. Por eso debemos aprovechar al máximo el tiempo que el Señor nos da en esta tierra para llenarnos de Él.

En el Antiguo Testamento podemos ver un ejemplo bien ilustrativo sobre el tema, viendo el proceso por el que pasó Abraham. Este hombre, que fue llamado amigo de Dios, vivía en una región de la antigua civilización caldea, que se llamaba Ur. En esa parte de la tierra había mucha idolatría, y Dios en Su amor y en Su propósito, le dijo a Abraham que dejara su tierra y su parentela y que se dirigiera al lugar que Él le indicaría.

Si observas con cuidado la Biblia, notarás que Abraham no tomó la iniciativa para obedecer a Dios, sino que fue su padre Taré quien decidió salir con Abraham y con Lot, sobrino de éste, además de Sara, mujer de Abraham.

Después de que salieron, llegaron a una región asiria que se llamaba Harán y allí murió el padre de Abraham; Dios entonces le hizo un segundo llamado y éste con su mujer y su sobrino continuaron el viaje hasta que llegaron al lugar que el Señor deseaba, que era la tierra de Canaán. Observa que, aunque Abraham oía la voz de Dios, no confiaba plenamente en Él, es decir su fe subjetiva aún era muy pequeña.

Una vez en la tierra de Canaán, podemos apreciar que Abraham no confiaba suficientemente en Dios, porque en una ocasión que hubo hambre en la tierra de Canaán, Abraham tomó a su mujer y descendió a Egipto. Esa decisión la tomó Abraham sin consultar a Dios.

Estando en Egipto dijo a Faraón que Sara no era su mujer, sino su hermana. Estos hechos confirman el poco crecimiento que tenía Abraham en cuanto a la fe. No confiaba en que Dios podría suplir todas sus necesidades y que podría guardarlo en todas las situaciones, por difíciles que éstas fueran. El hecho de no

consultar a Dios para conocer Su voluntad en cuanto a descender o no a Egipto, denota la pequeñez de su fe subjetiva.

Después de que regresó a Canaán, Dios le prometió que su descendencia sería tan grande como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar. Abraham le reclamó a Dios diciéndole que cómo podría ser eso si él no tenía hijo que lo heredara y que su descendiente iba a ser un esclavo damasceno de nombre Eliécer.

El Señor le prometió que le daría un hijo que él engendraría en Sara. Abraham entonces, estimulado por su mujer, engendró un hijo en su esclava Agar, al cual llamó Ismael, pero no fue un hijo nacido bajo la voluntad de Dios, sino bajo la voluntad de la carne de Abraham; por esta razón, Dios le pidió que se circuncidara con los de su casa.

Finalmente, cuando todo era imposible, Dios hizo que Abraham engendrara en Sara el hijo que Él le había prometido y de esa manera la fe de Abraham fue creciendo, hasta que Abraham fue tan obediente a Dios, que cuando le pidió que le ofreciera a su hijo en sacrificio, a su único hijo, en el monte Moriah, Abraham obedeció sin ninguna objeción, al punto que caminó durante tres días junto con su hijo y dos criados, con la intención de satisfacer el deseo del Señor. Hasta aquí la fe subjetiva de Abraham había crecido a tal punto que era igual a la fe objetiva, es decir, Abraham hacía todo lo que Dios le pedía sin objetar nada.

El proceso en nosotros es similar: cuando recibimos al Señor creyendo en Su nombre, nuestra fe y confianza en Él son tan pequeñas que nos equivocamos y caemos fácilmente en cosas que lo desagradan y lo disgustan; pero en la medida que lo buscamos en comunión, siempre que buscamos revelación de Él en nuestro espíritu, siempre que somos íntimos con Él, la fe va creciendo en nosotros, va llenando las partes de nuestra alma y llega el momento en que siempre oímos y obedecemos Su voz y hacemos, decimos y pensamos solamente aquello que lo agrada y lo complace.

Cuando esto sea realidad en nuestra vida, entonces podemos decir que hemos llegado a la unidad de la fe.[2]

---

2. Mucha revelación sobre las dos clases de fe —objetiva y subjetiva— puedes encontrrala en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** del mismo editor y publicado en la págian www.las-primicias.com

Capítulo 31

LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD DEL REINO DE LOS CIELOS (3)

2.2. El pleno conocimiento del Hijo de Dios

Conocer al Hijo de Dios es conocer a Dios, porque el Hijo es Dios; Él no es una parte de Dios, sino Dios mismo, porque hay un solo Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios es uno y es tres.

A Dios solamente lo podemos conocer mediante revelación en nuestro espíritu humano. A eso se refiere Efesios 1.17 cuando afirma: "***para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él***", lo mismo que Colosenses 1.9: "***Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual***".

Cuando el Señor nos creó nos dio un espíritu humano con el fin de que en ese espíritu podamos conocerlo y ese conocimiento se logra solamente por revelación: "***nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar***" Lucas 10.22. Por eso, apreciado lector, no intente conocer a Dios con su mente—que hace parte del alma. En el alma solamente podemos tener visión de lo que Dios ha revelado a nuestro espíritu.

Este es un proceso correlacionado, que no se puede separar, lo cual quiere decir que en la medida que nuestra fe subjetiva va creciendo, en otras palabras, en la medida que el Señor va saturando las partes de nuestra alma—mente voluntad y emoción—, vamos creciendo en el conocimiento del Señor, hasta que lleguemos al pleno conocimiento de Él, lo cual quiere decir que Él ha saturado todas las partes de nuestra alma.

Conocer al Señor plenamente quiere decir que ya no haremos nada por nosotros mismos, que todos nuestros pensamientos lo tendrán a Él como el origen, que nuestras palabras serán Su expresión y que lo reflejaremos en todas las cosas de nuestro diario vivir. Este también es un proceso que se va logrando paulatinamente, poco a poco y paso a paso: "***Mas, nosotros todos, a cara descubierta mirando y reflejando como un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Señor Espíritu***" 2 Corintios 3.18.

2.3. Un varón perfecto

Una versión de la Biblia traduce esta parte del versículo como un hombre de plena madurez. La madurez de un árbol, de un animal y de un hombre, es la etapa en que esos seres tienen la capacidad de dar fruto, de reproducirse.

Si se observa el crecimiento de los seres vivos se apreciará que éste se da porque ellos absorben los nutrientes del medio en el que están plantados. Una planta absorbe, por medio de la savia los nutrientes de la tierra y con ellos se alimenta, se nutre, crece, florece y produce frutos, aptos para ser consumidos por quien los cultiva.

Los animales generalmente comen vegetales y son nutridos igualmente con los nutrientes que éstos han absorbido de la tierra, crecen, maduran y se reproducen.

Igualmente, los seres humanos comen animales y vegetales, se alimentan con los nutrientes que ellos les proporcionan y cuando llegan a la madurez producen frutos.

Hablando espiritualmente el proceso es similar. Cuando creímos fuimos injertados en Cristo, que es la vid verdadera y absorbemos todos Sus "*nutrientes*" que son Sus riquezas; poco a poco vamos creciendo hasta que llegamos a la plena madurez y damos frutos para Su satisfacción. Aprecia lo que al respecto nos dice el Espíritu en Juan 15.1: "***Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto***".

Dios ha laborado en nosotros durante mucho tiempo y aún sigue trabajando, con el único propósito de que tengamos fruto para Su satisfacción. Esto está confirmado en Colosenses 1.10 al decir: "***para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios***".

Cada día, como hijos de Dios debemos disponernos para que por medio de Su trabajo en nosotros pueda encontrar algún fruto para disfrutar, para alimentarse y para gozar. Que no seamos como la higuera que el Señor maldijo, que sólo tenía hojas y no suplió oportunamente la necesidad del Señor: "***Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre. Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera***" Mateo 21.18-19.

Todos los hijos de Dios hemos sido injertados en la vid verdadera, para que demos fruto y satisfagamos al Señor, porque de lo contrario corremos el riesgo de ser cortados, echados en el horno y arder: "***El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto… El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden***" Juan 15.5-6.

Llevar fruto no consiste en que, conforme a nuestros conceptos, hagamos obras para Dios, sino que cada día seamos un pan delicioso que Él pueda comer y en el cual encuentre deleite. ¿Hoy, el Señor, ha encontrado algo qué comer en ti? O en tu vivir solamente le ofreces uvas agrias que le producen dentera. Qué bueno sería que el Señor cada día pueda decir de nosotros: "***Tú eres mi Hijo amado; en quien me deleito***" Marcos 1.11.

2.4. La medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

El cuarto aspecto que el Señor desea que alcancemos, es la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Esto quiere decir que necesitamos que Cristo sature nuestro ser hasta el punto de que no haya nada que no esté lleno de Él. Nuestra mente necesita ser llena de Cristo hasta que ni un solo pensamiento escape de Él. Esto quiere decir que en un creyente que ha llegado a la estatura de la medida de la plenitud de Cristo, no hay ningún pensamiento suyo que no tenga como origen el Espíritu, y este es un hábito que vamos adquiriendo poco a poco.

Apreciado lector, ser un hombre espiritual no es nada complicado ni difícil. En la Biblia hay algunos pasajes clave que nos muestran la sencillez de Dios, y cómo podemos ser hombres espirituales. Uno de esos versículos clave está en Romanos 8.5, que leemos inmediatamente: "***Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu***".

Si usted lee con oración este versículo tendrá luz y verá que todo depende del lugar donde está la mente, el pensamiento. Si tus pensamientos están todo el tiempo en la carne, eres un hombre carnal, y ten en cuenta que la carne aquí no se refiere solamente a las cosas negativas y pecaminosas, sino que tiene que ver con todo aquello que no es Dios y que no tiene al Señor como su origen, lo que implica que las cosas buenas, también son de la carne: las buenas intenciones, las buenas obras, los buenos deseos, las buenas palabras y los buenos pensamientos que no se originan en Dios, son parte de la carne. Si tu mente es así, eres carnal.

Pero no te afanes ni te lamentes, más bien dale gracias a Dios por mostrarte estas cosas, aparentemente simples, y ruégale que te ayude a adquirir el hábito de pensar en las cosas del Espíritu, para tener Sus pensamientos, para meditar en Su palabra. Si en buena parte de los 86.400 segundos que tiene un día, te dedicas a pensar en la persona de Dios—Padre, Hijo y Espíritu—, en Su maravillosa obra de redención: encarnación, vivir humano,

muerte, resurrección, ascensión, entronización, descenso como el Espíritu vivificante para morar en ti, y en la obra de transformación que hoy está realizando hasta llevarte a tener Su estatura; si piensas y disfrutas de todas Sus riquezas: vida eterna, amor, santidad, justicia y luz; si piensas y disfrutas de Su cuidado amoroso, de Su paz, Su longanimidad, Su bondad, Su gozo, entonces eres un hombre espiritual, vives y andas por el Espíritu y en el espíritu. ¿Ves lo sencillo que es?

No obstante, este es un hábito al que no estamos acostumbrados y que se alcanza con la práctica diaria. Poco a poco, paso a paso, vamos logrando permanecer más tiempo en el espíritu; lentamente nuestra mente se va sometiendo al espíritu, donde mora Dios como el Espíritu, y se va llenando de Él, hasta que esté totalmente saturada por el Señor. Y como la mente es la parte dominante de nuestra alma, si ella es ganada por el Espíritu, fácilmente las restantes partes del alma—voluntad y emoción—serán saturadas, y cuando todas sean llenas del Señor, habremos alcanzado la estatura de la plenitud de Cristo.

Es por esta razón que el Espíritu afirma, cuando habla de la necesidad de vivir en el nuevo hombre: "***En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad***" Efesios 4.22-24.

Eliminar la pasada manera de vivir y despojarnos del viejo hombre es quitar nuestra mente de las cosas de la carne; y renovarnos en el espíritu de nuestra mente, para vivir en el nuevo hombre, es poner la mente en las cosas del espíritu, y poner la mente en el espíritu es hacer real la obra que el Señor hizo en la cruz y en Su resurrección, que consistió en crucificar y matar al viejo hombre, que es la unión de satanás con nuestro ser, y resucitar como el nuevo hombre para entrar en nosotros y constituirnos con Él.

****En pocas palabras, el Señor Jesús fue a la cruz y allí mató al viejo hombre, lo anuló y lo eliminó, y resucitó como el nuevo hombre y hoy ese nuevo hombre está en nuestro espíritu. En la medida que pensamos en las cosas del espíritu, que ponemos nuestra mente en el espíritu, esa preciosa obra del Señor se hace real en nosotros y nos hacemos el nuevo hombre.

Al mismo tema se refiere Romanos 12.2, cuando afirma: "***No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis***

cuál sea la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta". Una vez más el Señor nos muestra que todo el problema está en la mente; nuestra mente es nuestro entendimiento, éste requiere ser renovado, no conformándolo a este siglo, que es la corriente del mundo.

El mundo es el sistema satánico que se opone a Dios y se constituye en una corriente de la que es muy difícil escapar. El mundo tiene herramientas muy poderosas para atrapar a las personas: los medios de comunicación, la música, la moda, las costumbres, las tradiciones, la religión, las prácticas de los grupos cristianos, las fiestas y carnavales..., todos ellos son medios por los cuales muchas personas, y hasta los creyentes, son atrapados y entregados a merced de satanás.

Por eso el Señor nos pide que no nos dejemos atrapar, que no nos conformemos, es decir que no tomemos la forma de la corriente de este mundo, sino que, por el contrario, pongamos la mente en el espíritu, donde podemos comprobar cuál es la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta.

Si cada día pensamos en las cosas del Espíritu, llegará el momento en que todo el tiempo nuestra mente estará ocupada, saturada por el Espíritu y con ella las restantes partes de nuestra alma. Esto quiere decir que el Señor creció en nosotros y ahora nosotros tenemos Su estatura, o sea que hemos llegado a la estatura de la plenitud de Cristo; en otras palabras, Cristo ha llenado totalmente nuestro ser y en nosotros ya no cabe más Cristo, estamos plenos y llenos de Él, y siendo así, habremos colmado la medida para ser las primicias y estaremos listos para ser tomados por Cristo. Ahora, si Él demora y nosotros morimos, si salimos de este mundo, entonces, antes de la Gran Tribulación, resucitaremos como el Hijo Varón.

A esto se refiere Pablo, cuando su martirio estaba cerca: "***Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida***" 2 Timoteo 4.6-9. Pablo fue un hermano que alcanzó la unidad de la fe, conoció plenamente al Hijo de Dios, maduró y produjo frutos que agradaron al Señor y el Señor creció en Él hasta que alcanzó la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Ahora este proceso debe realizarse también en nosotros.

Si usted es cuidadoso en observar y meditar en la palabra de Dios, notará que al comienzo

del versículo en Efesios 4.13 dice: "***hasta que todos lleguemos…***". Al decir todos, implica que no puede faltar ninguno; en otras palabras, todos los creyentes tenemos que alcanzar estos cuatro requisitos para entrar en la presencia del Señor.

Pero no todos los alcanzarán a la vez. Primero los alcanzarán aquellos santos que durante su vida se dieron totalmente al Señor para que Él los llenara y saturara con Su persona, Su vida y Su naturaleza y ellos serán el Hijo Varón, que son aquellos hermanos que han de ser resucitados y ascendidos antes de la Gran Tribulación. Con ellos hay otro grupo que la Biblia llama Las Primicias, los cuales, al momento de comenzar la Gran Tribulación estarán vivos, pero totalmente llenos del Señor, entonces serán transformados y arrebatados al trono de Dios, para Su disfrute.

Los hijos de Dios que para el comienzo de la Gran Tribulación estén vivos, pero que no hayan alcanzado los cuatro aspectos que estamos tratando, tendrán que pasar casi toda la Gran Tribulación, en un proceso acelerado de transformación y la mayoría serán los vencedores salidos de la Gran Tribulación, lógicamente a un costo muy elevado, porque ese periodo tribulacionista será muy difícil y doloroso. No obstante, aquí el Señor manifiesta Su misericordia con esos hermanos.

Finalmente, los que no pasaron por la Gran Tribulación, pero tampoco estuvieron entre el Hijo Varón ni las Primicias, resucitarán cerca del final de la Gran Tribulación, subirán a los aires para comparecer al Tribunal de Cristo y después de ser juzgados por el Señor, serán echados a las tinieblas de afuera, donde durante mil años alcanzarán la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la estatura de la plenitud de Cristo, para entrar en la Nueva Jerusalén, al final del milenio. ¿En cuál de estos grupos quieres ir? Es tu decisión.

Después de este paréntesis aclaratorio podemos entrar de lleno en la parábola del tesoro, para entender lo que el Señor quiere mostrarnos en ella. Dios siempre ha considerado que algunos hombres son Su tesoro especial, y así lo manifiesta, por ejemplo en Éxodo 19:5 "***Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos***", y en este caso se refiere al pueblo de Israel. Pero no solo los israelitas eran considerados por el Señor como Su especial tesoro, sino que también de entre los gentiles Dios ha ganado a algunos para que sean su tesoro especial: "***porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has he-***

cho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra" Apocalipsis 5.9-10.

El Señor Jesús, en la parábola, es el hombre que encontró un tesoro en el campo. El tesoro está conformado por todos los hijos de Dios que buscamos agradarlo, deleitarlo y hacer Su voluntad y que haremos parte del reino de los cielos en su manifestación máxima que será el reino de mil años, en el cual Él reinará sobre la tierra, con aquellos que han ganado el honor de ser vencedores, es decir, con aquellos que, durante su vida de creyentes en esta tierra, han alcanzado las cuatro características descritas en Efesios 4.13 y de las que hablamos páginas atrás: la unidad de la fe, el pleno conocimiento del hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

El campo donde está escondido el tesoro es el mundo, la tierra, que hasta el presente está usurpada por satanás. El diablo no compró ese campo, sino que lo usurpó, pero Dios no procede de la misma manera, sino que Él adquiere un derecho legítimo, compra ese campo donde está el tesoro escondido, y para comprarlo pagó un precio muy elevado.

En primer término, el Señor se despojó de la gloria que siempre había tenido con el Padre desde antes de la fundación del mundo. Una vez que se despojó de Su gloria, se hizo un hombre lleno de humildad y por más de tres décadas, pasó por muchos sufrimientos en esta tierra: persecuciones de satanás y de los hombres, incomprensión, calumnias, acusaciones falsas, burlas...; al final de ese periodo murió en la cruz, pero con esa muerte, que a los ojos de Dios fue muy agradable, derrotó y aplastó a satanás y nos liberó a nosotros de sus garras.

Luego de Su muerte, por el poder de Dios, resucitó de entre los muertos, para vencer a aquélla como el peor flagelo que satanás había introducido en la humanidad y al resucitar entró en aquellos que Él mismo había escogido antes de la fundación del mundo, para con ellos formar Su tesoro.

Observe que ese tesoro está escondido. El Señor lo encontró en el campo y fue y lo escondió y así permanece: escondido. Al Señor no le gusta la publicidad ni lo atraen las multitudes, sino que le encanta el secreto, la intimidad y las pocas cosas que tienen excelente calidad. Es por eso por lo que cuando el Señor nos enseñó a orar lo primero que hizo fue corregir dos errores que los religiosos cometen al hacerlo: El orar en público para ser vistos de los hombres y las vanas repeticiones en la oración.

En cuanto al primer punto el Señor afirma: "***Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas;***

porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen toda su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" Mateo 6.5-6. Al Señor definitivamente le encanta el secreto y la intimidad y por eso el tesoro al que se refiere la parábola que estamos considerando no es público, sino que aún hoy se mantiene escondido en Cristo: "***Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios***" Colosenses 3.3.

Desde el punto de vista físico un tesoro no ocupa mucho espacio y tampoco tiene muchos elementos. Los tesoros más valiosos contienen generalmente oro, perlas y piedras preciosas, y esos son los elementos que conformarán la Nueva Jerusalén, de la cual los vencedores serán un anticipo: "***El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio***" Apocalipsis 21.18-21.

Todos los hijos de Dios llegaremos a ser esos tres materiales: oro, perlas y piedras preciosas y todos estamos en el proceso de transformación para llegar a ese estado; solamente que unos lo alcanzarán primero y otros después; unos lograrán llegar a ese estado antes de la Gran Tribulación y serán los vencedores tempranos; otros lo alcanzarán durante la Gran Tribulación, pagando un precio muy alto, y los demás llegarán a ser oro, perlas y piedras preciosas después de que hayan pasado mil años en las tinieblas de afuera, llorando y crujiendo los dientes.

A esto se refiere el Espíritu, cuando por medio de nuestro hermano Pablo afirma: "***Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues***

por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego" 1 Corintios 3.10-15.

Solamente hay un fundamento para la edificación, y Dios le dio la gracia solamente a un hombre para poner ese fundamento, a saber, a Pablo. Nadie distinto a él puede poner el fundamento y todos los creyentes estamos apoyados sobre el único fundamento, que es el Señor Jesucristo: Su persona y Su obra.

El problema está en cómo sobreedificamos cada uno de nosotros, porque todos los creyentes tenemos la obligación de sobreedificar, y para hacerlo, tenemos la opción de elegir entre dos grupos de materiales: madera, heno y hojarasca, el primer grupo, y, oro plata y piedras preciosas, el segundo grupo.

Se puede ver que el primer grupo está conformado por tres elementos vegetales: madera, heno y hojarasca. Los tres se refieren a la naturaleza humana no transformada, no trabajada por el Señor, y con esos materiales sobreedifica el cristianismo contemporáneo. Sus obras son visibles, voluminosas, llenas de gloria humana, conocidas por todo el mundo, son obras públicas que nada tienen que ver con el tesoro escondido. La apariencia de estas obras es de madera, que da un aspecto bello y atractivo a quienes las aprecian, pero no resisten ni a los animales que las atacan, ni al fuego. El heno es voluminoso, al igual que la hojarasca, pero su valor es despreciable, a pesar de su inmenso volumen; lo mismo ocurre con la hojarasca.

Pero, quienes edifican con oro, plata y piedras preciosas, son aquellos que se someten al Señor para que Él pueda hacer Su obra de transformación, hasta que obtenga unos materiales que no se corrompen con nada y que no pueden ser afectados por el fuego, pues la obra de cada uno de nosotros será probada con fuego.

El oro es un metal que tiene características únicas: no se corrompe con ningún ácido, siempre se mantiene en el mismo volumen y no hay sustancia que pueda descomponerlo. Cuando se somete a altas temperaturas se funde y hace que a su superficie emerjan las impurezas que pueda haber dentro de él hasta quedar totalmente puro, pero el fuego no lo destruye. Por eso el Señor compara nuestra fe con ese metal: "***para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea ma-***

nifestado Jesucristo" (1 Pedro 1.7).

Si queremos llegar a ser oro puro, que es el material principal de la Nueva Jerusalén, y ese oro se refiere a la naturaleza de Dios, lo que quiere decir que debemos ser llenos y saturados de la naturaleza divina, es necesario que pasemos por pruebas de fuego.

El Señor nos disciplina, nos azota, nos castiga y nos reprende y todo lo que Él hace en nosotros, en primer lugar manifiesta el amor que nos tiene como hijos Suyos y en segundo lugar produce en nosotros un proceso de transformación, en el cual todos los elementos inmundos, que aún quedan como residuos del pecado que satanás nos introdujo—escoria—, van emergiendo a la superficie, el Señor los va eliminando y paulatinamente va agregando Su naturaleza divina y santa, hasta que todo nuestro ser quede saturado por ella y nosotros lleguemos a ser oro puro.

El segundo elemento que conforma ese grupo con el que necesitamos sobreedificar es la plata, la cual hace referencia a la obra redentora del Señor Jesús. En el mundo contemporáneo, la plata es el elemento que utilizamos para comprar bienes y servicios. El Señor Jesús, como ya vimos, pagó un precio muy alto para redimirnos y a eso se refiere la plata como elemento para sobreedificar.

Esto quiere decir que nuestro vivir como creyentes debe tener como base la redención de Cristo, es decir, que debemos permitir que sea el Señor quien haga Sus obras en nosotros y no nosotros quienes hagamos nuestras obras para Él; todas nuestras obras le son abominables: "***Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento***" (Isaías 64.6). Por eso el Señor dice en Efesios 2.10: "***Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***".

Disfrutar diariamente la obra de redención que el Señor hizo por nosotros es sobre edificar en el fundamento con oro plata y piedras preciosas, permitiendo que sea Él quien haga Sus obras en nosotros y a través de nosotros.

El cristianismo contemporáneo hace muchas obras para Dios que no son nada distinto a madera, heno y hojarasca; quienes pertenecemos al tesoro escondido no hacemos obras para el Señor, sino que permitimos que Él haga en nosotros Sus obras; en otras palabras, andamos en las obras que Él preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. ¿En qué lado estás?

Sin embargo, en la Nueva Jerusalén no hay plata sino perlas, porque si nuestra labor como creyentes se basa en la redención que el Señor ganó a nuestro favor y no en nuestras obras naturales, finalmente seremos transformados en perlas que serán parte de la Nueva Jerusalén. Una perla, como sabemos, se forma desde el momento en que un grano de arena cae en el interior de la ostra; ella segrega jugos llenos de riquezas nutritivas alrededor del grano de arena, el cual poco a poco, se convierte en una perla de alto valor.

De la misma manera, nosotros somos como el grano de arena que está dentro de Cristo y Él nos suple con todas Sus riquezas, con lo mejor de Él. Si diariamente nos dedicamos a disfrutar esas riquezas, poco a poco nos va transformando hasta que nos convertimos en una perla, que hace parte del tesoro que el Señor tiene escondido.

El tercer elemento del segundo grupo son las piedras preciosas, y éstas se refieren a la obra de transformación que Dios como el Espíritu opera en los creyentes que se disponen para que Él trabaje.

Las gemas o piedras preciosas como el diamante, el rubí, la esmeralda, la cornalina y todas ellas, no están desde siempre en la naturaleza, sino que se van formando a través de periodos de tiempo muy prolongados, sometidas a altas y bajas temperaturas, a altas presiones y bajo todas las circunstancias que les da la naturaleza, y en el tiempo se convierten en gemas muy valiosas.

En un sentido, nadie puede edificar la iglesia, el Cuerpo de Cristo, porque esa potestad se la reservó el Señor para Su exclusividad: "***Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia***" Mateo 16.18, pero el Señor no edifica solo, sino que requiere de los hombres que Él escogió y redimió.

En la medida que disponemos nuestro ser, Él nos somete a altas y bajas temperaturas, a altas y bajas presiones, a sufrimientos, a dificultades y a tantas cosas por las que pasamos mientras atravesamos este valle de la vida humana; pero si nos mantenemos firmes, antes de que venga el Señor habremos sido transformados en piedras preciosas que serán útiles en Su edificación. Y a esto se refiere la frase, cada uno mire cómo sobreedifica encima.

En 1 Corintios 3.13 dice que la obra de cada uno será probada por el fuego: "***la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará***".

Este versículo dice que el día

declarará la obra de cada uno. ¿Qué día es este? No hay duda de que ese día es el día del tribunal de Cristo, en el cual casi todos los hijos de Dios serán juzgados por las obras que hayan ejecutado mientras estaban en el cuerpo: "***Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo***" 2 Corintios 5.10.

El tribunal de Cristo será establecido en los aires, cerca del final de la Gran Tribulación y allí serán juzgados la mayor parte de los creyentes. De ese juicio estarán exentos aquellos hermanos que hayan sido resucitados como el Hijo Varón antes de la Gran Tribulación, y los que hayan sido arrebatados vivos, igualmente antes de la Gran Tribulación, como las Primicias, y estos últimos son los creyentes que estando vivos han madurado totalmente, según lo descrito en Apocalipsis 14.1-5.

¿Por qué ellos no serán juzgados? Porque en el curso de su vida de creyentes en la tierra fueron juzgados, disciplinados, azotados, castigados y reprendidos por el Señor y ellos se sometieron totalmente a Su disciplina: "***Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?***" 1 Pedro 4.17.

Observa que aquí hay dos grupos de personas y los dos grupos son creyentes genuinos.

El primer grupo hace referencia a quienes haciendo parte de la casa de Dios, hacen la voluntad del Padre, y en medio de los sufrimientos, la disciplina y la reprensión se someten al Señor; y, el otro grupo se refiere a quienes, siendo también parte de la casa de Dios, no obedecen al evangelio de Dios. Observa bien para que veas que no habla de incrédulos, sino de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios. Un hermano genuino indudablemente es un creyente que ha recibido al Señor, pero puede ser que no obedezca al evangelio de Dios, que es Cristo. Puede ser que Él se dedique a seguir a hombres, ministerios particulares, tradiciones religiosas, o a vivir de acuerdo con sus propios conceptos y puntos de vista, pero no a hacer la voluntad del Señor, no a seguir al Cordero por donde quiera que va. Esto es desobedecer el evangelio de Cristo.

En el tribunal de Cristo, cada uno expondrá su obra, la que hizo mientras estuvo en el cuerpo, y a esa obra el Señor le pondrá fuego. Si la obra está hecha con oro, plata y piedras preciosas, lógicamente no se quemará, y ese es el tesoro escondido al que se refie-

re la parábola. El dueño de esa obra fue alguien que anduvo en las obras que el Señor preparó de antemano Efesios 2.10 y él será galardonado entrando en las Bodas del Cordero que durarán mil años.

La obra de otros creyentes será quemada, porque fue hecha con madera, heno y hojarasca. Todos estos elementos son vegetales y se refieren a la naturaleza humana no transformada, la naturaleza humana que no permitió que el Dios Triuno como el Espíritu, realizara Su obra de transformación, y son creyentes que no lograron, mientras estaban en el cuerpo, llegar a la unidad de la fe, ni conocer plenamente al Hijo de Dios, ni llegar a ser el hombre de plena madurez, ni alcanzaron la estatura de la plenitud de Cristo. La obra de estos hermanos, aunque voluminosa y vistosa, el fuego la desaparecerá y ellos no tendrán nada para ofrendar al Señor. Aunque estos hermanos sean salvos, sufrirán una gran pérdida, porque no podrán entrar en las Bodas del Cordero y tendrán que ser echados a las tinieblas de afuera durante todo el reino milenario, donde por medio del lloro y el crujir de dientes serán transformados, para que al final de los mil años puedan entrar en la Nueva Jerusalén. Esto es lo que quieren decir las frases, si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. El hecho de que a pesar de su desobediencia sea salvo, demuestra la gran misericordia del Señor

El cristianismo está lleno de esta clase de obras: *mega iglesias* donde se hacen muchos "milagros", pero de dudoso origen; "*ministros*" que soplan y tumban a la gente, pero sin ningún respaldo de la palabra ni del Espíritu; ministerios que proclaman ser los únicos y que fuera de ellos no hay salvación, pero que Dios desde el punto de vista de ellos, su ministerio es el único que acepta, y un sin fin de cosas, que tú, querido lector seguramente conocerás más que quien escribe estas líneas.

Ten en cuenta que el tesoro reúne dos condiciones especiales: la primera, que es pequeño, no es voluminoso. Un tesoro conformado por oro, perlas y piedras preciosas, cabe en un cofre de tamaño pequeño, no ocupa mucho espacio y es de gran valor. La segunda característica del tesoro es secreto, está escondido, no es público, y es fácil esconderlo, porque es pequeño, no es voluminoso como la madera, el heno y la hojarasca.

Por eso, cuando el Señor habló de Su venida, dijo que ésta sería como ladrón en la noche: "***Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche***" 2 Pedro 3.10. Cuando un ladrón penetra en una casa no busca robar cosas

voluminosas, sino cosas pequeñas que sean de alto valor y que no ocupen tanto espacio, tales como joyas, collares, anillos, dinero en efectivo, las cuales pueden ser transportados sin mayor problema.

El Señor como ladrón no buscará hermanos voluminosos en cuya constitución solo haya madera, heno y hojarasca; sino aquellos que se hayan constituido con la naturaleza divina de Dios y sean ricos en Él—oro—, los que han tomado como base de su vivir la obra redentora de Cristo—plata—, no sus propias obras y hazañas. Igualmente tomará a aquellos santos que hayan permitido que el Espíritu Santo logró realizar Su obra de transformación, hasta convertirlos en piedras preciosas.

Amable lector: queremos concluir la reflexión sobre esta parábola del tesoro escondido, formulándote una pregunta, con todo respeto, y esperamos que se la respondas al Señor en oración: ***Mientras lees este libro, ¿consideras que has absorbido suficientemente la naturaleza divina dentro de ti; consideras que has vivido tu vida de creyente disfrutando y haciendo real en tu vivir la obra redentora que el Señor Jesús realizó por y para nosotros, y que le has permitido trabajar suficientemente al Espíritu Santo para que te transforme y te pueda presentar perfecto en Cristo Jesús? Si no es así, por favor, no desaproveches un segundo más de la vida que el Señor te está dando en esta tierra.***

¡Mañana puede ser demasiado tarde!

Capítulo 32

LAS PARÁBOLAS DE LA REALIDAD DEL REINO DE LOS CIELOS (4)

3. LA PARÁBOLA DE LA PERLA PRECIOSA

La quinta parábola de Mateo 13, que hace referencia al reino de los cielos es la parábola de la perla preciosa, y es bueno destacar que, lo mismo que la parábola del tesoro escondido, el Señor la habló para Sus discípulos, no para las multitudes, y las parábolas que el Señor habla para aquellos que son Sus hijos y que ejercitan su espíritu, no tienen nada escondido, sino que muestran las verdades de las cuales debemos obtener revelación y comprensión sin mayores dificultades.

Leamos la parábola: "***También se puede comparar el reino de los cielos a un comerciante que anda buscando perlas finas; cuando encuentra una de gran valor, va, vende todo lo que posee y compra la perla***" (Mateo 13.45-46). Indudablemente, el mercader de la parábola es el Señor Jesús, y como mercader Él no arrebata ni usurpa nada, sino que compra, es decir, paga un precio por aquello que adquiere.

La usurpación

Cuando satanás introdujo el pecado en Adán, aquél no lo compró, sino que lo usurpó; furtivamente se introdujo en él y se apropió del hombre, de manera ilegal. Dios deseaba que Adán comiera del árbol de la vida, para entrar en él y tomar posesión de todo su ser, porque ese es el propósito inicial con el cual Dios creó a Adán. Pero satanás, como enemigo de Dios, como opositor de los propósitos de Dios, de manera astuta se presentó a Eva en Génesis 3, la engañó, ella comió del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, que no es nada distinto a la naturaleza de satanás, le brindó de ese fruto a su marido, quien comió lo mismo que ella y los dos cayeron del propósito de Dios.

El hombre había sido creado como un vaso puro y sin contaminación, y capacitado para recibir a Dios como su vida. Pero cuando, por decisión propia, aunque engañado por el diablo, recibió dentro de sí la naturaleza satánica, se llenó de conocimiento, del bien y del mal y la muerte se introdujo en él. Ahora el hombre es un pecador porque en él mora el pecado y Dios no podía entrar en un vaso contaminado con pecado y con muerte, porque Dios es santo y es vida.

Como consecuencia Dios tuvo que echar al hombre del Huerto de Edén: "***Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida***" Génesis 3.23-24.

El hombre cayó del propósito

de Dios, perdió la comunión con Él, y por eso no podía acercarse al árbol de la vida que es Dios mismo, para comerlo. Si Dios lo hubiera permitido, el hombre hubiera quedado condenado a vivir eternamente en pecado, sin esperanza de redención. Con el hecho de haber entrado en el hombre, parece que satanás hubiera triunfado, pero Dios tiene un propósito eterno con el hombre y ese propósito nadie puede derrotarlo, ni hay ningún poder en el universo que pueda hacer desistir a Dios de Sus propósitos.

La compra

Como Dios había perdido al hombre, tenía que rescatarlo para Sí, pero el Señor no podía usar las mismas armas que usó satanás: engaño y usurpación. Dios tenía que comprar al hombre. Pero ¿comprarlo de quién? No podía comprarlo de satanás, porque éste no había adquirido ningún derecho legal sobre el hombre. Una persona puede vender algo solamente si lo ha adquirido legalmente, pero si un comerciante roba una mercancía, no tiene ningún derecho legal sobre ella y no puede venderla.

Ten en cuenta que cuando Dios echó al hombre del huerto de Edén puso al oriente del huerto querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida, lo cual quiere decir que si el hombre aspiraba a llegar al árbol de la vida debía cumplir tres requisitos, que son atributos de Dios: la gloria de Dios que es representada por los querubines. Dios siempre está en gloria, vive en gloria y nunca abandona Su gloria: "***el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén***" 1 Timoteo 6.16. Este versículo muestra con claridad el hábitat de Dios, el ambiente en que vive: inmortalidad, es decir, no hay asomo de muerte en Él, porque es la vida eterna; igualmente Su gloria es tan resplandeciente que los hombres no pueden verlo, aunque el Señor le dio ese privilegio a nuestro hermano Juan, y de paso a nosotros, Sus hijos, y podemos admirarlo y disfrutarlo en Apocalipsis 4 y 5. Él habitaba en luz que no se puede acceder.

El segundo requisito que el hombre debe cumplir para acercarse a Dios es Su justicia, representada por la espada que los querubines revolvían por todas partes. Dios es justo, porque Él es la misma justicia; en Él no hay ninguna injusticia; pero debido a la caída, el hombre se llenó de injusticia.

Y, finalmente, el tercer requisito, tiene que ver con la santidad de Dios, representada por el fuego que tenía la espada de los querubines. Dios es santo, total-

mente distinto a todos los seres que hay en el universo, está totalmente separado de toda inmundicia y nada de ésta hay en Él.

Estos tres requisitos, gloria, justicia y santidad se convirtieron en una maldición para el hombre.

Pareciera que los humanos hubiésemos quedado condenados a vivir eternamente separados de Dios, porque estos tres requisitos, eran imposibles de cumplir. El hombre no tenía ni el poder ni las herramientas que lograran satisfacer a Dios para que Él abriera el camino por el que el hombre pudiera acercarse nuevamente a Él.

Sin embargo, como Dios tiene otros atributos, como por ejemplo el amor, Él amó al hombre con tanto amor, que le proveyó un camino para que pudiera acercarse: la ley. Ésta estaba constituida por una serie de mandamientos morales y muchos otros mandamientos rituales en forma de ordenanzas, estatutos y decretos, que, si el hombre lograba cumplir, encontraría nuevamente el camino para acercarse a Dios y disfrutarlo como el árbol de la vida. La ley encierra todo lo que Dios es: justicia, santidad y gloria. Eso dice Romanos 7.12: "***De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno***". Si el hombre fuese capaz de cumplir la ley de Dios, cumpliría los requisitos de Santidad, justicia y gloria, con los que Dios guardó el camino al árbol de la vida, cuando echó a Adán del Huerto de Edén.

Pero tampoco el hombre tenía poder y capacidad para cumplir la ley: "***pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?***" Romanos 7.23-24. Es más, el hombre sin Dios está preso, está confinado bajo una ley, la ley del pecado y de la muerte, que le suministra constantemente pecado y eso lo lleva a la muerte. Luego la ley de Dios, imposible de cumplir para el hombre, se convierte en una maldición igual a la que Dios profirió sobre Adán cuando lo echó del Huerto de Edén.

¿Qué hacer ante esta situación? Realmente es una situación desesperada y desesperante, como lo manifiesta Pablo en Romanos 7.24: "***¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?***" Esta es una situación de miserableza, de ruina, de extrema pobreza, de impotencia y de desesperanza, y en ella está la humanidad que no cree en Jesús.

Sin embargo, cuando Pablo lanza esta exclamación, él sabe que hay una salida, y por eso no afirma que no hay nadie que pueda librarlo de la muerte, sino

pregunta: ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?

En otras palabras, Pablo pregunta: ¿habrá alguien que tenga el poder y la capacidad de librarme de esta muerte tan grande, horrenda y poderosa? E inmediatamente viene la respuesta del Espíritu: "***Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro***" Romanos 7.25. ¡Sí hay quien pueda librarnos de esa horrible ley del pecado y de la muerte: el Señor Jesucristo! ¡Aleluya!

En este sentido es que Dios nos compra para Sí, debido a que la ley, no obstante que ella sea testimonio de la gloria, la justicia y la santidad de Dios, se convirtió en una maldición para el hombre, porque éste no tenía los medios para cumplirla; entonces, por más que quisiera reconciliarse con Dios, no podía, porque para llegar a Él se anteponía entre los dos, la gloria, la justicia y la santidad del Señor. Es por eso por lo que Gálatas 3.13-14 afirman: "***Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu***".

La palabra redimir tiene como significado principal comprar, lo cual quiere decir que, por medio de la redención, Dios compró a algunos seres humanos y los hizo Su propiedad, adquirió todos los derechos que tiene un comprador sobre lo que compra, y esta compra es el resultado de Su insondable amor: "***Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna***" Juan 3.16.

El precio

Toda compra tiene un precio, nada que se compra es gratuito, porque entonces sería una donación y la Biblia dice que Cristo nos compró de debajo de la maldición de la ley, y para comprarnos, el Señor tuvo que pagar un precio muy elevado. Veamos qué dice el Espíritu al respecto: "***Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz***" Filipenses 2.5-8.

Para poder comprarnos, Dios en el Hijo, se despojó de Su gloria, abandonó Su gloria y tomó forma de hombre y no de un hombre de alta alcurnia y sociedad, sino de un siervo, de un esclavo. Despo-

jarse de Su gloria y hacerse hombre en forma de siervo, ya es en sí un precio demasiado alto.

Pero eso no fue todo, sino que Él, como hombre, se vio precisado a pasar por la muerte, la cual se constituye en la más baja y horrible humillación por la que pasa un hombre, y además, no fue una muerte de héroe o digna de ser elogiada por los hombres, sino la muerte más horrenda y depravada, la muerte de cruz.

En la cruz eran ajusticiados los perores criminales, y ese tipo de muerte, entre los judíos, se consideraba una maldición. Cuando un judío era muerto mediante lapidación—apedreado—, los judíos hablaban de él para lamentar su muerte, pero de uno que era ajusticiado en la cruz, era prohibido hablar.

El precio que el Señor tuvo que pagar por nuestra redención fue muy alto. En primer lugar, tuvo que despojarse de Su gloria, mezclarse con la humanidad que yacía en la inmundicia del pecado y ser ultrajado, vituperado y despreciado por ella y después ir a la cruz y morir de una forma por demás humillante.

Pero ¿por qué el Señor tenía que morir? ¿Dios no podía arreglar las cosas de otra manera, para que este proceso fuera menos doloroso? Debemos entender que Dios es Dios y Su palabra debe cumplirse por encima de todas las consideraciones.

En Génesis 2.16-17, el Señor le advirtió a Adán: "***Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás***". Dios le dio al hombre la posibilidad de que comiera de Dios y se llenara de Él, en el árbol de la vida, y a la vez le advirtió que, si comía del árbol de la ciencia del bien y del mal, moriría.

En Génesis 3, la Biblia nos muestra que el hombre comió del árbol de la ciencia del bien y del mal y la muerte entró en él y no tenía opción distinta a la de morir. Ni siquiera Dios podía evitarle la muerte, porque la sentencia había salido de Su boca y como Dios no podía retractarse, porque "***Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?***" Números 23.19.

Dios había dicho a Adán que, si comía del árbol de la ciencia del bien y del mal moriría y como en efecto, el hombre comió del fruto de ese árbol, no tenía otro camino distinto al de morir.

Y ahí está uno de los muchos aspectos que tiene la obra de redención de nuestro Señor Jesús: Él nos reemplazó en la muerte, Él murió por todos nosotros,

nosotros morimos con Él. Para Dios, todos nosotros ya morimos en Cristo Jesús y hemos resucitado con Él: "***Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron***" 2 Corintios 5.14.

La sentencia que Dios había determinado para el hombre se cumplió en Cristo. Él murió y nosotros morimos con Él. Dios se satisfizo con la muerte del Señor Jesús.

A esto se refiere la parábola de la perla preciosa cuando afirma: "***habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró***". Sin embargo, todo el proceso explicado anteriormente ha servido para que unos seres humanos, aquellos que el Señor escogió antes de la fundación del mundo, fueran librados de la ley del pecado y de la muerte y suplidos con la vida eterna; fueran extraídos del reino de las tinieblas y llevados al reino de la luz; fueran sacados del reino de satanás y trasladados al reino de Dios. Pero estando en el reino de Dios, aún no se forma la perla preciosa, sino que apenas comienza el proceso de formación.

Para entender qué es una perla natural y cómo es su proceso de formación, leamos algo al respecto: "***Las perlas son el producto de una reacción de enquistamiento de una partícula extraña dentro del cuerpo blando de los moluscos, especialmente en los bivalvos. Las perlas más conocidas son las consideradas como gemas o piedras preciosas, por su simetría y su particular lustre. Las perlas naturales se forman cuando un cuerpo extraño penetra al interior del cuerpo del molusco, el cual reacciona cubriendo lentamente la partícula con una mezcla de cristales de carbonato de calcio y una proteína llamada conchiolina, formando la sustancia conocida como nácar, que es la sustancia que forra la cavidad paleal del animal (las paredes interiores de las valvas). Al cabo de un período variable la partícula termina cubierta por una o más capas de nácar, formando una perla***".

"***Las perlas son de tamaño, color y forma variables. El valor de la perla se determina en función de criterios varios, pero puede decirse que se centran en tres: una forma deseable (por ejemplo, las esferas perfectas o las "lágrimas"), la rareza de su color (casi toda la gama entre el blanco y el negro) y naturalmente la talla. Aunque las características estéticas y de tamaño son fundamentales en la valo-***

ración de una perla, el precio final depende en gran medida de las tendencias de la moda del momento".

"El brillo de la perla proviene de la reflexión luminosa en la superficie cristalina, mientras que la iridiscencia proviene de la refracción y difracción luminosas en las múltiples capas de nácar translúcido que forman una perla cualquiera"[1].

Podemos observar que la característica fundamental de la formación de la perla natural es que un objeto o elemento extraño, que no hace parte del molusco, penetra en él y éste segrega una serie de sustancias nutritivas que forman el nácar y de éste surge la gema, conocida como perla.

Para asociarla con la parábola de la perla preciosa que venimos considerando, la formación de ésta se da porque nosotros, seres extraños, que antes éramos caídos y vivíamos en pecado, el Señor, en Su gran amor y misericordia, nos introdujo en Él y nos suministra todas Sus riquezas, para que poco a poco vayamos siendo transformados en seres que tenemos Su misma naturaleza, hasta que lleguemos a ser la plenitud de la expresión de todo lo que Él es. Llegamos a ser la perla preciosa que el Señor encuentra y vende todo lo que tiene para comprarla.

Debemos ver, por un lado, que llegar a ser la perla preciosa es un asunto individual, es decir, depende de la intimidad y de la comunión que el creyente tenga con el Señor. El hecho de haber sido comprados—redimidos por el Señor— implica que nos hemos convertido en Sus hijos y en miembros de Su cuerpo que es la iglesia, pero eso no garantiza que seamos íntimos de Él. Un ser humano es hijo de su padre, pero ese hecho no le garantiza que ame, respete y sea íntimo con su papá. Hay hijos que no determinan para nada a su padre y aún más, son indiferentes frente a los deseos del progenitor.

Espiritualmente hablando es lo mismo. Dios tiene muchos hijos, Él ha redimido a una multitud; pero la inmensa mayoría, por lo menos en la época contemporánea, no conocen al Señor, no lo buscan, no tienen revelación de Su palabra, no lo agradan, no viven en comunión con Él, no penetran en Su intimidad, sino que se mantienen en la indiferencia, siguiendo a hombres, a doctrinas, a prácticas y a ministerios particulares y hacen al Señor a un lado, se llenan de indiferencia con Él.

Solamente aquellos que se habitúan a tener comunión con el Señor, a vivir en intimidad con Él, a tenerlo como el primero en todo—esto es volverse al primer

1. Tomado de Internet

amor y vencer la primera condición de degradación de la iglesia—; solamente aquellos que se "meten" en el Señor, que se esconden en Él, podrán disfrutar de todas sus riquezas: Su santidad, Su justicia, Su gloria, Su vida eterna, Su paz, Su gozo, Su bondad, Su amor, Su longanimidad... y todos esos elementos se van constituyendo como su esencia, hasta que es formada la perla de gran precio.

Por eso el Espíritu nos anima a que pongamos la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque solamente pensando en las cosas del Espíritu, permanecemos escondidos, en intimidad con el Señor, absorbiendo todos esos ricos "jugos" que transforman nuestra naturaleza, y cuando Él venga nos manifestará como la perla preciosa: "***Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria***" Colosenses 3.1-3.

El Señor desea que diariamente hagamos real esa palabra de que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Si vivimos escondidos en Él, cuando satanás desee perseguirnos y molestarnos no podrá encontrarnos, porque nosotros estaremos disfrutando en la intimidad, todas las riquezas de nuestro amado Señor, para producir esa perla preciosa que Él compró por un precio muy elevado.

Sin embargo, para nosotros adquirir esa perla, formarla, debemos pagar un precio, no es gratis. Recordemos que aquí el Señor está hablando del reino de los cielos, que es un ámbito distinto al reino de Dios. La Biblia afirma que no todos los que están en el reino de Dios, es decir, no todos los redimidos entrarán en el reino de los cielos, sino aquellos que hacen la voluntad del Padre: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos***" Mateo 7.21. Si una persona invoca el nombre del Señor, necesariamente es una persona redimida, regenerada, ha nacido de nuevo y es hija de Dios; pero eso no es suficiente para entrar en el reino de los cielos, que tendrá su plena expresión durante los mil años subsiguientes a la venida del Señor.

De acuerdo con ese versículo, para entrar en el reino de los cielos, es necesario hacer la voluntad de Dios, pero nadie puede hacer Su voluntad si no la conoce

y para conocerla es necesario ser íntimos con Él. El Padre no revelará Su voluntad sino a aquellos que aprenden a tener intimidad con Él, a vivir en comunión con Él y a agradarlo.

Hacer la voluntad de Dios es equivalente a ser formados, constituidos y transformados como la perla preciosa, y eso requiere pagar un precio. Usted argumentará que todo es gratis. Permítame sacarte de ese paradigma engañoso en que te han metido los maestros religiosos. Si bien la redención a nosotros no nos ha costado nada, porque fue el Señor quien se despojó de Su gloria, quien se hizo hombre y vivió en esta tierra durante más de treinta años, colmado de sufrimientos y vituperio, y finalmente fue a la cruz para sufrir una muerte infame. Aunque todo esto para nosotros no tuvo ningún costo, el Señor sí pagó un gran precio. Entonces la salvación no es gratuita, como algunos afirman, sino que el Señor tuvo que pagar demasiado por ella.

Esa redención efectuada a nuestro favor nos garantiza entrar en el reino de Dios, pero no nos garantiza entrar en el reino de los cielos. Para entrar en el reino de los cielos debemos pagar un precio y ese precio se paga con la gracia. Los conceptos religiosos definen la gracia como un don inmerecido, como algo hecho a nuestro favor de manera gratuita y aunque la definición no es errónea, es muy superficial y se presta para interpretaciones equivocadas.

Si leemos Juan 1.14, 17, "***Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad…pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo***", veremos que en ese pasaje Juan dice que ellos— los discípulos— vieron a Jesucristo lleno de gracia y que la gracia vino por medio de Jesucristo.

Entonces, podemos afirmar, sin lugar a equívocos, que la gracia es una persona, es Cristo, y si sabemos que Cristo es Dios, entonces colegimos que la gracia es Dios mismo, es la persona de Dios que viene por medio de Jesucristo. Pero mientras Él estaba en carne, no podía morar dentro de ninguna persona; solamente quienes estaban con Él podían disfrutarlo como la gracia.

No debemos olvidar que el Señor fue a la cruz y murió, y después resucitó como el Espíritu, y como tal entró en los Suyos y está dentro de nosotros los que creemos, y se nos suministra como la gracia.

Luego la gracia no es solamente un don inmerecido que se nos ha dado gratuitamente, sino que es Dios con todo lo que Él es, con Sus riquezas, con todo lo que ha

hecho a nuestro favor, viviendo en nosotros para suministrarnos, con el fin de que hagamos nuestras todas Sus riquezas, las disfrutemos como nuestra herencia. Esto es el equivalente de las sustancias enriquecidas que la concha, el molusco, suministra para formar la perla.

Ser formados como perla produce en nosotros sufrimientos y dolor. Ser transformados no es nada fácil, nos cuesta cada día, pero en todo momento el Señor está con nosotros, supliéndonos todo lo que Él es, para que podamos soportar, y cuando haya acabado todo, estemos completamente transformados en la perla preciosa.

Antes de la venida visible del Señor, en la tierra ocurrirá la Gran Tribulación, que durará tres años y medio, y ésta será una época de muchos sufrimientos para quienes habiten en ella. Lamentablemente por este período tendrán que pasar la mayoría de los creyentes, los que estén vivos en esa época.

Sin embargo, antes de esa época nefanda, el Señor arrebatará a dos grupos de creyentes: el Hijo Varón y las Primicias, y los llevará al cielo. El Hijo varón estará conformado por aquellos hijos de Dios que durante su vida en la tierra vivieron en comunión y en intimidad con el Señor agradándolo en todo, y que murieron. Entonces serán resucitados y arrebatados al trono de Dios.

Por su parte las Primicias estarán conformadas por aquellos hermanos que están vivos y que hayan permitido que el Señor los transforme totalmente. En otras palabras, estos dos grupos serán el tesoro escondido y la perla preciosa.

Dijimos que la formación como perla requiere que paguemos un precio, y aunque para pagarlo Dios se suministra a nosotros como gracia, para que podamos soportar en Él todas las dificultades que ese proceso de formación implica, debemos entender que ser vencedores es un galardón, una recompensa que el Señor dará a aquellos que la han ganado.

No es nada gratuito, sino que se obtiene por medio de pagar, y lo pagamos con el suministro de gracia que Dios suple a aquellos que lo buscan y que son íntimos con Él. Es similar a una persona que trabaja en una empresa. Cada quincena o cada mes, la persona recibe un salario como recompensa por la labor que ha desarrollado durante el periodo.

De la misma manera, el Señor pagará a cada uno conforme a lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo: "***He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra***" Apocalipsis 22.12.

Pero sea cuidadoso, no se dedique a tratar de hacer obras para Dios, sino busque cuál es Su voluntad y ruéguele que le dé un abundante suministro de Su gracia ***"Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro"*** Hebreos 4.16, para que tú puedas agradarlo y complacerlo en todo. Recuerda Efesios 2.10: ***"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***".

Nosotros fuimos engendrados por nuestro padre en la carne y concebidos por nuestra madre, y un día nacimos a esta vida, pero nacimos y estábamos en un mundo de fango y de pecado. Cuando creímos en el Señor fuimos recreados en Cristo Jesús, es decir, nacimos nuevamente, ya no para andar en nuestras obras, en nuestros pensamientos y en nuestros deseos, sino en las obras que nuestro Recreador preparó desde hace mucho tiempo, para que nosotros las ejecutemos, teniendo el suministro de Su gracia. Así nos convertiremos en la perla preciosa.

Queremos concluir el estudio de esta parábola llamando la atención del lector para que considere que una perla es una gema de gran valor, pero no es voluminosa, es similar al tesoro escondido: no tiene mayor volumen. En este tiempo que antecede a la venida del Señor, Él no se fija en los grupos de miles, en las mega iglesias, en los ministerios portentosos, sino que Él está llamando secretamente a aquellos que quieran oír Su voz y abrir la puerta para que Él entre y encuentre en ellos qué comer y qué disfrutar, y a la vez, ellos disfruten del suministro de todas Sus riquezas, para que sean constituidos como el tesoro y la perla: "***He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo***" Apocalipsis 3.20.

Queremos decir con esto que el reino de los cielos no se está formando ni se formará en los grandes grupos del cristianismo, porque allí solo hay madera, heno y hojarasca, que arderán en el día del tribunal de Cristo.

El Señor está formando el reino de los cielos con aquellos que aprenden a seguirlo por donde quiera que va: "***Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va***" Apocalipsis 14.4, aquellos que no siguen liderazgos humanos, ni doctrinas particulares, ni ministerios de hermanos, sino que ejercitan la unción que el Señor les dio y que mora en ellos: "***Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os***

enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él" 1 Juan 2.27.

Tal vez, querido lector, tú aún estás en esos grupos numerosos, orgullosos y jactanciosos; pero el Señor por medio de este libro está tocando a tu puerta. ¿Le abrirá? Ser la perla preciosa depende de ti. Aprovecha que aún es tiempo para ser vencedor y reinar con el Señor en Su reino de justicia, paz y gozo.

4. LA PARÁBOLA DE LA RED

De las siete parábolas que en Mateo 13 se relacionan con el reino de los cielos esta es la última, y es la tercera que el Señor habló a Sus discípulos, en la que no hay nada escondido, y que una persona que esté habituada a recibir revelación y visión del Señor, puede entenderla fácilmente. Veamos lo que dice: "***También se parece el reino de los cielos a una red barredera que se echa al mar para recoger de todo. Cuando estuvo llena, los pescadores la sacaron a la orilla, se sentaron, seleccionaron lo bueno en canastos y echaron afuera lo malo. Así sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los buenos y los echarán al horno del fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes***" Mateo 13.47-50.

La parábola dice que el reino de los cielos es parecido a una red que es echada en el mar. Son los pescadores quienes echan las redes en el mar con el propósito de pescar. Por un lado, ese pescador es el Señor, quien vino al mundo a pescar a algunos, y mantiene su red en el mar hasta que ésta se llena de peces. Pero Él no pesca solo, sino que lo hace por medio de la iglesia que es Su cuerpo. En la medida que nosotros presentamos el evangelio a otros, estamos echando la red y en esa red entran aquellos que han sido escogidos por el Señor desde antes de la fundación del mundo.

Debemos entender que el mar se refiere a las naciones, es decir, a los gentiles. Todos aquellos que no son israelitas de nacimiento, son gentiles. Esto quiere decir que para Dios hay dos pueblos: los judíos y los gentiles, y mediante Su cruz nos reconcilió a ambos en uno solo: "***Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra***

paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades" Efesios 2.11-16.

El Señor, como el pescador, junto con Su cuerpo, que somos nosotros los creyentes, hoy tiene la red puesta en el mar esperando que todos aquellos "peces" que Él escogió antes de la fundación del mundo, caigan en ella. Por eso es necesario predicar el evangelio para ganar discípulos entre las naciones: "***Por tanto, id, y haced discípulos entre todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén***" Mateo 28.19-20.

Sin embargo, es necesario ser cuidadosos cuando se predica el evangelio, teniendo presentes algunos aspectos en los que el Señor desea que tengamos cuidado. En primer lugar, debemos tener en cuenta que el Señor es la Cabeza de la iglesia y no nosotros; que es Él quien ha escogido de entre los hombres a algunos, para hacerlos Suyos.

La predicación del evangelio en el cristianismo tiene como único objetivo el crecimiento numérico del grupo para glorificar al líder o al pastor, y por eso los grupos cristianos de hoy, denominacionales y libres, están llenos de personas que no han sido escogidas ni llamadas por el Señor, y ellas no pueden ser salvas, no pueden ser regeneradas, ni pueden nacer de nuevo. Simplemente se asocian a un grupo cristiano, se consideran cristianas, pero no son regeneradas, ni pueden recibir la vida divina y tampoco crecer en ella. Estos son los falsos creyentes.

Infortunadamente, hay pasajes de la Biblia que, al ser traducidos al idioma español, les han dado un sentido bien distinto, porque los traductores y revisores no tienen la capacidad de compenetrarse con el Señor para entender cuál es la verdad que Él quiere mostrar allí. Un caso de estos está en Hechos 2.47, que la Reina-Valera 1960 traduce así: "***Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos***". Si tú amable lector miras en un interlineal griego, verás que la traducción correcta es: "***Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que iban siendo salvos***".

Observa que es el Señor, no los hombres, quien añade a la iglesia

los que van siendo salvos. En la iglesia no puede estar una persona que no sea salva, que no haya recibido al Señor, que no haya sido regenerada, y todos los salvos están en la iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Ninguno que ha sido regenerado está fuera del cuerpo de Cristo.

No es que se añaden a la iglesia y luego son salvos como lo traduce la Reina-Valera 1960, sino que primero son salvos y luego son añadidos a la iglesia. Un pequeño cambio en el tiempo y en el modo de la conjugación verbal, cambia todo el sentido de una pequeña frase y puede desviar completamente a los hermanos, y en esto es especialista el diablo.

Entonces, para predicar el evangelio debemos estar en el Espíritu, en plena comunión con Dios, para discernir en Él, a quiénes el Señor ha escogido y a ellos debemos predicarles el evangelio, porque a los "grandes ministros" de la actualidad les encanta reunir multitudes en estadios y en plazas para "***predicarles el evangelio***", que para ellos no es otra cosa que tocar el alma de las personas y por medio de falsos milagros, convencerlas de que deben matriculase en "su iglesia". Bajo este método se introducen en las "iglesias" falsos creyentes, que es exactamente la réplica de lo que ocurrió en Pérgamo, cuando satanás se introdujo en la iglesia y la mezcló con el mundo.

En segundo término, debemos entender que el evangelio no es una palabrería, no es un desesperado esfuerzo humano por convencer a las personas de que dejen una vida pasada para entrar en otra, no es convencer a la gente que cambie de religión, sino que el evangelio es una persona: el Señor Jesucristo.

Eso afirma Romanos 1.1-3: "***apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne***".

El Espíritu dice firmemente que el evangelio de Dios es el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo. Entonces, predicar el evangelio es tomar al Señor Jesús que está en nuestro espíritu humano e introducirlo en el espíritu de las personas que el Señor ha escogido.

¿Cómo podemos saber si una persona ha sido escogida por Dios? La Biblia nos muestra un principio que es inmutable: por la reacción que la persona tiene frente al evangelio, que reiteramos, es la persona del Señor Jesús.

Cuando un creyente habla desde su espíritu a un escogido de Dios, la reacción inmediata de este último es la de abrir su

ser al Señor. Así ocurrió con los tesalonicenses, según lo testifica Pablo: "***porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera***" 1 Tesalonicenses 1.9-10. Un escogido recibe a quien le predica la persona de Cristo y se convierte de los ídolos a Dios y lo sirve en su espíritu.

El mismo testimonio ocurrió con Lidia, la vendedora de púrpura de Filipos: "***Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos***" Hechos 16.14-15. Esta es la reacción de una persona que ha sido escogida por Dios para salvación.

Predicar el evangelio es un asunto de orar, de entrar en comunión con el Señor, para que Él nos lleve a aquellas personas que ha escogido, para que suplamos su espíritu con la persona del Señor Jesús.

En tercer lugar, se debe tener claridad en cuanto a que predicar el evangelio no termina cuando una persona es tocada en su espíritu y abre su ser para recibir al Señor. Cuando alguien invoca al Señor creyendo y lo recibe en su espíritu, es regenerada, nacida de nuevo, es salva eternamente, se hace hija de Dios y miembro de Su cuerpo, pero este es apenas el comienzo. Para el cristianismo, lamentablemente, este es el fin de la predicación del evangelio.

Una persona que cree en el Señor ha nacido de nuevo y es un bebé espiritual. Desde ese momento hay que suplirla permanentemente con vida hasta que esa persona crezca y sea capaz de alimentarse con la Palabra del Señor, para que, junto con otros hermanos, crezca y llegue a ***la unidad de la fe, al pleno conocimiento del Hijo de Dios, al hombre de plena madurez y a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*** (Efesios 4.13). A esto se refiere el Espíritu cuando nos dice a través de Pablo: "***que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí***" Colosenses 1.27-29.

Si somos genuinos predicadores del evangelio, debemos depender en todo del Señor, buscando a aquellos que el Señor ha escogido, llevándolos a que reciban al Señor en su espíritu y enseñándoles y amonestándoles, según la potencia del Señor que actúa en nosotros, hasta que esos hermanos, junto con nosotros seamos perfectos, para presentarnos delante de Cristo.

Esto es confirmado por el Señor mismo cuando dijo: "***Por tanto, id, y haced discípulos entre todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del siglo. Amén***" Mateo 28.19-20

A esto se refiere la parábola de la red cuando dice: "***Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera***".

Observa que la red se saca del mar solamente cuando está llena y es llevada a la orilla. Allí se hace una selección. El pescador observa, examina a cada uno de los peces si son aptos para comer o aún son inmaduros; si crecieron suficientemente o no han logrado el crecimiento necesario para ser consumidos.

Esto será exactamente lo que el Señor ha de hacer en el tribunal de Cristo: ***Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos [de mala calidad—Griego] de entre los justos [de buena calidad—Griego], y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.*** El fin del siglo, es el final de esta era, hacia el final de la Gran Tribulación, cuando será establecido en los aires el Tribunal de Cristo, donde serán juzgados todos los creyentes—allí no habrá incrédulos.

El Señor juzgará a cada uno por el crecimiento que haya tenido en Él. Si el creyente ha crecido suficientemente, si ha madurado, si es apto para el "*consumo*" de Dios, para Su disfrute, será echado en la cesta, es decir entrará en las Bodas del Cordero, que es el reino milenario.

Si ese creyente no ha madurado, será echado fuera, a las tinieblas exteriores, que es lo mismo que el horno, pero no es el Lago de Fuego. En ese horno de fuego, el creyente será transformado hasta llegar a la plena madurez, para que al final del milenio entre en la Nueva Jerusalén para disfrutar a Dios por la eternidad, pero habrá perdido el disfrute de las Bodas del Cordero, que aquellos que sí crecieron y maduraron disfrutarán durante mil años.

Observa que hay una diferencia entre los "***de mala calidad—malos***" y los "***de buena calidad—justos***". Los justos son aquellos que durante su vida anduvieron en las obras que Dios preparó de antemano para que anduviesen en ellas, aquellos que procuraron, mientras vivían, agradar en todo al Señor, los que expresaron al Señor como su vestido de justicia, mientras que los malos son aquellos creyentes genuinos, que no obstante haber sido regenerados y tener al Señor en su espíritu, vivieron conforme a sus conceptos, en su carne y no procuraron agradar al Señor ni deleitarlo.

Una vez más el Señor llama tu atención para que te vuelvas a Él, te dejes gobernar por Él, procures hacer Su voluntad, vivas en comunión y en intimidad con Él y alcances el galardón de ser un vencedor.

Capítulo 33

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (1)

Hay en el evangelio de Mateo otras parábolas que hablan del reino de los cielos, y que creemos de suma importancia estudiarlas, revelarlas y comprenderlas, para que podamos discernir con mayor profundidad ese reino, al que todo creyente genuino debe anhelar entrar.

Nos parece necesario recordar que el reino de Dios y el reino de los cielos tienen algunas diferencias, ya que el objetivo principal que nos hemos trazado al escribir este libro es el de ayudar a los santos a que tengan una luz diáfana acerca del plan de Dios, tal como Él lo revela en las Escrituras, y que logren saber en qué reino están y cuál es el futuro inmediato en cada uno de ellos.

En los primeros capítulos, enfatizamos el hecho de que todos aquellos hombres y mujeres, que de acuerdo con Efesios 1.4 y Romanos 8.29-30, fueron escogidos y predestinados antes de la fundación del mundo, esto es, en la eternidad antes del tiempo; y que, en el tiempo, es decir, cuando viven en esta tierra han creído y recibido al Señor Jesús, han entrado en el reino de Dios que es eterno. Estas personas que antes estaban en el reino de las tinieblas, que estaban muertas en delitos y pecados, que eran enemigos de Dios, ahora tienen la vida eterna, que es Dios mismo, han pasado de muerte a vida, se han reconciliado con Dios y ahora son Sus amigos. Hoy están en el reino de Dios.

Igualmente, por el hecho de haber creído y recibido en su ser la vida eterna, fueron regeneradas, lo que equivale a decir que han nacido de nuevo. Esto quiere decir que, además de su vida humana, en su espíritu mora la vida divina, eterna e increada de Dios, y por el hecho de tener la vida divina en ellos, ahora son parte del cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Pertenecer al reino de Dios es un hecho maravilloso, porque gracias a la obra de redención que el Señor realizó a favor de Sus hijos, éstos han escapado del lazo de satanás, de su reino de tinieblas e injusticia y de ser condenados eternamente al lago de fuego, y han sido trasladados al reino de luz, de justicia, de paz y de gozo, que es el reino de Dios. Este reino, reiteramos, es eterno porque va de eternidad a eternidad, aunque quienes hemos entrado en él, lo hemos hecho en un momento en el tiempo.

Pero la Biblia habla además del reino de Dios, del reino de los cielos, que es temporal, es decir, que se da exclusivamente dentro del tiempo y que por lo tanto tiene principio y fin. La Biblia dice que el reino de los cielos comienza en un momento determinado y ese momento es cuando el Señor Jesús murió y resucitó.

Seguramente algunos afirmarán que el reino de los cielos debió comenzar cuando Jesús nació de María, y aunque en un sentido es verdad, el reino de los cielos tuvo su comienzo definitivo, cuando Jesús murió y resucitó, pues antes de ese hecho tan maravilloso, el Señor Jesús afirmó: "***Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado***" Mateo 4.17. La frase "*reino de los cielos*" implica un ámbito donde el cielo reina, donde el cielo gobierna, y si bien es cierto que cuando Jesús nació, el cielo reinaba totalmente sobre Él, solamente sobre un hombre (Jesús es Dios y es hombre) y un reino para que sea tal, debe tener más de un súbdito.

Es esta una de las razones por la que afirmamos que el verdadero comienzo del reino de los cielos se dio cuando Jesús murió y resucitó, porque la noche de la resurrección, estando Él ya resucitado, se presentó en el lugar donde estaban los discípulos escondidos por miedo de los judíos, y se introdujo en ellos como el Espíritu Santo. Ahora Dios no sólo moraba en el hombre Jesús, sino que el Dios-hombre comenzó a morar dentro de aquellos que estaban presentes esa noche y otros más que, en el curso de cuarenta días antes de ascender, lo fueron recibiendo: "***Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros... Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo***" Juan 20.19-21. Es necesario precisar que el Espíritu Santo es el aliento de Jesús resucitado y Él es Dios completo.

Después, cuando Jesús ascendió, los discípulos se quedaron en Jerusalén y, durante diez días, se reunieron en un lugar llamado el aposento alto, y debido a que Dios el Espíritu moraba en ellos, en ese período hubo una genuina manifestación del reino de los cielos, es decir, el Espíritu los gobernaba, los dirigía y hablaba por ellos. Los ciento veinte discípulos que estaban allí, no se reunieron para discutir acerca de liderazgos, ni quién era el más importante; tampoco se reunieron para trazar un plan para evangelizar la tierra, sino que se dedicaron a orar en el espíritu y a dejar que Dios los saturara completamente de Su persona y Su naturaleza. Este fue el comienzo de la iglesia en la tierra, el cual, de acuerdo con lo manifestado en Hechos 2, se produjo el día de Pentecostés. ¡Qué obra tan maravillosa la realizada por el Señor!

Cincuenta días antes satanás había sufrido, a manos del Señor, la más estruendosa derrota, porque él pensaba que, si lograba matar a Jesús, todo estaría a

su favor. Pero fuera de sus cuentas estaba que Jesús, al morir, lo llevaría a la cruz para destruirlo para siempre, porque Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y en la cruz, Él quitó el pecado—que es la naturaleza de satanás—, de una vez por todas, y nos libró de esa perenne esclavitud a la que estábamos sometidos; ahora somos libres.

Además, por medio del hecho más glorioso que ha ocurrido en la historia del universo, a saber, la resurrección del Señor, derrotó al enemigo más fuerte y poderoso que nos esclavizaba: la muerte: "***Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud***" Hebreos 2.14-15.

No obstante, a pesar de la derrota infligida a satanás, mediante la muerte y resurrección del Señor, y debido a que Dios quiere ejecutar la consumación del juicio sobre él mediante Su cuerpo, satanás aun lucha y trata de dañar el plan de Dios, persiguiendo a aquellos que son Sus hijos, y en el tiempo ha logrado introducirse en la iglesia, engañar al pueblo de Dios y hasta gobernarlo, como ocurre hoy en el cristianismo[1].

Dentro del cristianismo, que actualmente abarca más de dos mil doscientos millones de personas en la tierra, la mayoría de los profesantes son falsos creyentes, que no hacen parte del reino de Dios. Dentro de los genuinos creyentes Dios ha llamado y está llamando a algunos de Sus hijos, para que le permitan entrenarlos como ciudadanos del reino de los cielos y de esa manera puedan entrar en la manifestación máxima de ese reino, que será realidad después de la segunda venida de Cristo, en aquel período que la Biblia llama el reino milenario o las Bodas del Cordero, y que como su nombre lo indica tendrá una duración de mil años, al cabo de los cuales finalizará, para dar lugar a la plenitud del reino de Dios, por la eternidad, en la Nueva Jerusalén.

Como lo afirmamos en el primer capítulo de este libro, lo reiteramos ahora, diciendo que para entrar en el reino de Dios se requiere creer en el nombre del Señor Jesús y recibirlo: "***Mas a todos los que <u>le recibieron, a los que creen en su nombre</u>, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de <u>voluntad de</u> carne, ni de vo-***

1. Más detalles puedes encontrarlos en el libro ***La Degradación de la Iglesia***, del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com.

luntad de varón, sino de Dios" Juan 1.12-13. Cuando una persona cree en el Señor Jesús y lo recibe, inmediatamente entra en el reino de Dios, es engendrada por Dios y se convierte en hijo de Dios.

Pero la entrada en el reino de Dios no abarca todo el deseo del Señor, sino que Él desea que entremos en el reino de los cielos, y para ello no es suficiente nacer de nuevo, sino que hay un nuevo requisito que es hacer la voluntad del Padre: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos***" Mateo 7.21.

Hacer la voluntad del Padre que está en los cielos es ser gobernado por el cielo, ser dirigido y guiado totalmente por el Padre, y esta es la única posibilidad que tenemos para entrar en el reino de los cielos, es decir, haciendo la voluntad del Padre.

Ahora bien, para hacer la voluntad del Padre que está en los cielos, hace falta conocerla, porque nadie puede cumplir la voluntad de otro, a menos que conozca los pormenores de los deseos de quien va a obedecer; y para conocer la voluntad del Padre se requiere ser íntimo con Él.

Dios revela Su voluntad solamente a aquellos que lo buscan en la intimidad del Espíritu.

Nacer de nuevo se da por medio de creer en el Señor y recibirlo, y esto es suficiente para entrar en el reino de Dios, lo cual implica ser salvo por la eternidad; pero estar en el reino de Dios no es suficiente para entrar en el reino de los cielos, sino que, para ello, reiteramos, es necesario hacer la voluntad del Padre. La mayoría de los hijos de Dios, en aquel día, que es el día del juicio del tribunal de Cristo, le reclamarán al Señor que ellos profetizaron en Su nombre, que en el nombre del Señor echaron fuera demonios y que en el nombre del Señor hicieron obras poderosas: "***Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchas obras poderosas?***" Mateo 7.22. Observa con atención el adverbio *muchos*, esto implica un gran número, la mayoría de los hijos de Dios.

Las llamadas iglesias y misiones en el cristianismo se han dedicado a hacer un gran número de obras para el Señor: milagros de sanidades, soplar y tumbar a las personas, emitir una gran cantidad de profecías que más parecen ministerios de adivinación propios de las pitonisas; reúnen multitudes en plazas y estadios; construyen grandes edificios para concentrar a los "*hermanos*", edificios a los que les llaman "iglesia"; compran y

alquilan estaciones de televisión para llenar de fama a sus líderes y otras tantas obras poderosas.

En el tribunal de Cristo estos hermanos—los que son genuinos creyentes, porque muchos de ellos son lobos rapaces—, reclamarán al Señor para que les dé crédito por todas sus hazañas. Pero esas obras no fueron hechas bajo la voluntad del Padre, ni fue el Señor quien los mandó a hacerlas, sino que fueron de invención, iniciativa y voluntad de sus hacedores. Para comprobarlo, vean la respuesta del Señor: "***Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad***" Mateo 7.23.

Hacer cualquier obra para Dios, por excelente que ella sea, fuera de Su voluntad, es una obra de iniquidad, de maldad y es totalmente rechazada por el Señor. Son obras que el Señor desconoce, que no las puede soportar y por eso, el día del tribunal de Cristo, les ordenará a sus autores: "***apartaos de mí, hacedores de maldad***".

Aun la llamada predicación del evangelio que practica el cristianismo con tanto énfasis, se puede convertir en una obra de maldad, porque es un evangelio superficial, que no tiene la capacidad de tocar el espíritu de quienes lo reciben, sino que lo introducen en el alma, especialmente en la mente y en la emoción de quien lo recibe y no llevan al oyente a que tenga un nuevo nacimiento genuino. Es por esto que la gran mayoría de quienes hacen parte del cristianismo de hoy, son falsos creyentes, personas que no han nacido de nuevo y que ni siquiera han entrado en el reino de Dios y menos podrán entrar en el reino de los cielos.

Por esta razón, el Señor quiere darnos claridad acerca del reino de los cielos por medio de la parábola que reseñamos al principio del capítulo y de la que nos disponemos a hablar en profundidad.

LA PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES

"***Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a no-***

sotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir" Mateo 25.1-13.

Cuando estudiamos la Biblia, que contiene la Palabra de Dios, es necesario pedirle al Señor que nos conceda revelación en nuestro espíritu humano, para que mediante ella podamos conocerlo a Él; y, que además alumbre los ojos de nuestro entendimiento para que podamos entender la revelación y podamos tener fruto agradable para Él. Frente a la revelación y la visión, debemos poner todo nuestro ser, buscando entender cada palabra de la Biblia y su función. Por ejemplo, aquí dice que ***el reino de los cielos será semejante***. Notamos que el verbo está en futuro y no en presente como en las seis parábolas de Mateo 13 que consideramos en capítulos anteriores.

Al hablar en tiempo futuro está demostrando que la parábola se refiere a aquellos que entrarán en el reino de los cielos y a aquellos que queriendo entrar no lo lograrán, porque no alcanzaron los requisitos que el Señor ha determinado para esa entrada. En otras palabras, esta parábola se refiere a un hecho que ocurrirá en un momento determinado y no a un proceso como el registrado en las parábolas de Mateo 13.

La parábola afirma que el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes. El número diez en la Biblia tiene varios significados; uno de los significados se refiere a la perfección humana, es decir el ser humano llegando a la perfección, porque se compone de dos veces cinco. Sabemos que dos es testimonio y que cinco es el número de la responsabilidad, porque es cuatro más uno. El número cuatro se refiere al hombre y el número uno al Dios único—pero que también es tres—; entonces, cuando Dios y el hombre son uno, se suman, hay una verdadera responsabilidad. Nosotros sin Dios, somos unos irresponsables; Dios sin el hombre es incompleto. Así las cosas, diez significa la plena responsabilidad del hombre unido a Dios y perfeccionado por Él y en Él.

Pero podemos significar el número diez tomándolo como la mayoría de doce, número este último que representa la eternidad y la perfección, porque el doce representa a Dios y al hombre mezclado, lo que será realidad en la Nueva Jerusalén como la consu-

mación del plan de Dios. Por eso en la Nueva Jerusalén hay doce puertas, doce perlas, doce cimientos y estarán los doce apóstoles, entre muchas otras cosas que son doce. Doce es el número eterno y perfecto para Dios.

Si consideramos el número diez como la mayoría de doce, entonces podemos afirmar que las diez vírgenes representan a la mayoría de los creyentes de la era de la iglesia. ¿Por qué podemos afirmar que son creyentes y no incrédulos? Porque al referirse a vírgenes se está refiriendo exclusivamente a aquellas personas que han recibido al Señor Jesús y que han sido regeneradas por el Espíritu. Eso lo confirma el Espíritu mediante Pablo en 2 Corintios 11.2: "***Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo***". Pablo declara que, a quienes hemos creído, nos ha desposado con Cristo, como una virgen. Recordemos que ser desposados es estar comprometidos en matrimonio, aun sin casarse. Cuando creímos en el Señor nos desposamos, es decir, nos comprometimos en matrimonio con el Señor y un día nos casaremos con Él.

Entonces el sujeto de la parábola recae necesariamente en la mayoría de los creyentes—diez vírgenes—, y en ella no se hace referencia a incrédulos, a no regenerados; sino solamente a creyentes, personas que han recibido al Señor Jesús y que han nacido de nuevo.

La parábola dice que esas diez vírgenes tomaron sus lámparas y salieron a recibir al esposo. ¿Qué son las lámparas? Insistimos en el hecho de que la Biblia se interpreta a sí misma y nosotros debemos aprender a no agregarle ni quitarle nada. La lámpara de cada una de las diez vírgenes se refiere al espíritu humano que tenemos todos, pues así lo afirma Proverbios 20.27: "***Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre***". El esposo es el novio en Su venida y cuando Él venga, todos Sus hijos saldrán a recibirlo.

Aquí las vírgenes se clasifican en dos grupos de a cinco cada uno, y a un grupo, la parábola las denomina las vírgenes insensatas y al otro grupo lo llama las vírgenes prudentes.

El hecho de que en cada grupo haya cinco vírgenes, no quiere decir que la mitad de las vírgenes esté en cada grupo, sino que quiere destacar el significado del número cinco, que ya hemos dicho, significa responsabilidad. Sabemos que esa responsabilidad es real cuando Dios, que es uno, se agrega al hombre, representado por el número cuatro. Entonces el número cinco quiere decir que tanto un grupo como el otro tenían las mismas condiciones, es decir, en el espíritu de las

diez vírgenes estaba Dios como el Espíritu, y ninguna de ellas estaba en desventaja con respecto a las demás, sino que todas tenían las mismas posibilidades.

Es entonces que la parábola empieza a mostrar algunos detalles sutiles, en los que debemos poner nuestro espíritu y nuestra alma, para que podamos ganar revelación y visión. Las insensatas tomaron sus lámparas, pero no tomaron consigo aceite, pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas.

Si observas cuidadosamente, notarás que además de la lámpara—el espíritu humano— hay otro elemento: la vasija. ¿A qué se refiere la vasija? Cuando habla de las vírgenes insensatas dice que no tomaron consigo aceite y cuando habla de las prudentes dice que tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas.

Podemos inferir que *consigo* y *vasijas* se refiere a lo mismo. Al decir consigo, se refiere a la persona, y la persona de los seres humanos es el alma, luego la vasija es el alma de las diez vírgenes. Esto implica que las vírgenes insensatas tenían su alma vacía, sin aceite, mientras que las vírgenes prudentes tenían sus almas llenas de aceite. ¿Y qué es el aceite? Todos sabemos que el aceite representa al Espíritu Santo, que es Dios mismo; es la unción de la que habla 1 Juan 2.20, 27.

Esto nos lleva a concluir que las vírgenes insensatas, aunque tienen a Dios en su espíritu humano, su alma está vacía, no ha sido llena por el Señor, mientras que las vírgenes prudentes, además de tener a Dios en su espíritu humano, su alma también estaba llena, saturada, con la vida y la naturaleza de Dios.

Debemos entonces tener claridad sobre la verdad de la salvación, la cual pocos creyentes disciernen, en cuanto a las tres etapas que tiene:

1. La Salvación del espíritu

Una persona es salva mediante un acto sencillo de creer en el Señor Jesús y ese creer consiste en recibirlo: "***Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios***" Juan 1.12-13. Cuando una persona cree en el Señor Jesús y lo recibe, inmediatamente se convierte en hijo de Dios, porque es engendrada por Dios, es decir, Dios entra en su espíritu humano y comienza a morar, a vivir en él.

Esto es equivalente a nacer de nuevo, a ser engendrado por Dios, a ser regenerado. Una persona que ha recibido al Señor es salva por la eternidad y nunca irá al lago de fuego, no sufrirá la se-

gunda muerte, porque al convertirse en hija de Dios, ha recibido la vida eterna: "***yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano***" Juan 10.28.

La teología que afirma que la salvación se pierde no es más que un invento de satanás para infundir temor a los creyentes. Cree en la palabra del Señor y haz realidad para ti la maravillosa verdad de que la salvación es eterna, no se pierde por ningún motivo: "***yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás***". Esta palabra la dice el Señor, quien es Dios y como tal no puede mentir.

Entienda que la vida eterna no es solamente algo que sale de Dios y que Dios nos da, sino que la vida eterna es Dios mismo, es la persona de Dios y es Él en persona quien viene a morar en los creyentes como la vida eterna, como la vida que no tiene limitaciones, como la vida que nada ni nadie puede destruir.

Podrás preguntar: ¿Entonces, si un creyente peca, no pierde la salvación? Para responder esa pregunta, debemos considerar algunos aspectos que son bien importantes: en primer lugar, un creyente debe ser una persona que siempre anda en el espíritu; cuando andamos en el espíritu es imposible cometer pecados; si andamos en el espíritu no pecamos: "***Todo aquel que permanece en él, no peca***" 1 Juan 3.6.

Observa que el secreto está en permanecer en Él. Él aquí, es el Señor, quien es el Espíritu y Él mora en nuestro espíritu humano, de manera que, si permanecemos en el espíritu, no podemos pecar. Además, el Espíritu nos dice: "***Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca***" 1 Juan 5.18. Pensamos que la palabra es suficientemente clara.

En segundo lugar, debido a que estamos en el proceso de transformación, el cual es progresivo, porque no siempre estamos en el espíritu, algunas veces caemos en diversas faltas, tales como ira, enojo, soberbia..., pero aun así la salvación no se pierde; aunque contristamos al Espíritu, Él no se va, solamente que en esos momentos no le permitimos que nos gobierne, pero Él no se va, sino que lo confinamos y no le permitimos actuar para continuar Su trabajo en nosotros. Por eso el Señor a través de Juan nos anima: "***Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo... Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos***

de toda maldad" 1 Juan 2.1-2; 1.9. Ten en cuenta que esta palabra ha sido dirigida a creyentes, no a incrédulos.

En tercer lugar, hay creyentes que cometen pecados de muerte, tales como fornicación, adulterio, homosexualismo, idolatría, homicidio...: "***Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida"*** 1 Juan 5.16. En ese caso, ese creyente no pierde la salvación. Esto no es invento de quien escribe, sino que así lo afirma la Biblia y creemos firmemente que ésta es la Palabra de Dios: ***"De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre... En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús***" 1 Corintios 5.1, 4-5.

Observa que aquí el Espíritu no afirma que esa persona, al ser entregada a satanás no irá al lago de fuego; solamente se entregó a satanás para que su carne sea destruida, pero su espíritu habrá de ser salvo el día del Señor, y ese día, sin duda, es el Tribunal de Cristo, donde los creyentes seremos juzgados, para recibir galardón o para ser castigados por mil años.

A esto se refiere el Señor Jesús cuando hablando a aquellos discípulos que están siendo entrenados para entrar en el reino de los cielos, les dice: "***Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres***" Mateo 5.13.

Personas que, habiendo recibido al Señor, que habiendo nacido de nuevo, cometen pecados de muerte, son la sal que se vuelve insípida y ya no sirven para nada distinto a ser echadas fuera del reino de los cielos y ser pisoteadas por los hombres.

Algunos podrán argumentar diciendo que, entonces como la salvación no se pierde, podemos pecar libremente y no tendremos problema, porque de todas maneras seremos salvos el día del Señor. No estamos afirmando nada de eso. Un hijo de Dios, que ama al Señor y procura agradarlo en todo, erradica de su vida los pecados que son de muerte. Eventualmente cometemos pecados que no son de muerte; el Espíritu trabaja en nosotros, oramos, confesamos al Señor, Él nos perdona y nos reconcilia consigo

mismo. Además, cuando el Señor nos perdona, borra el registro de esos pecados: "***Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad***" 1 Juan 1.9.

Ahora, si tú cometes pecados de muerte, aunque el Señor te perdonará en el Tribunal de Cristo, seguramente no podrás entrar en el reino de los cielos, sino que serás castigado en el milenio, quedando en las tinieblas exteriores, para ser transformado, y al final del reino milenario entrarás en la Nueva Jerusalén.

Depende exclusivamente de tu decisión: tú puedes decidir si tratas de vivir siempre en el espíritu y en ese caso nunca pecarás, no podrás hacerlo; como consecuencia, serás un vencedor.

Pero como estamos en un proceso progresivo, sabemos que por ahora no vivimos siempre en el espíritu y a veces cometemos pecados que no son de muerte. Vamos a la luz del Señor, Él nos alumbra, confesamos, nos arrepentimos y todo vuelve a ser como antes. Si buscamos cada día amar al Señor y agradarlo, llegará el día en que los 86.400 segundos que tiene un día, los viviremos en el espíritu.

Ahora si decides cometer pecados de muerte, es una decisión que tomas libremente y el Señor no te lo impedirá, pero sufrirás las consecuencias que ya hemos descrito. Una versión mejorada de 1 Juan 5.18 dice: "***Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues aquel que fue engendrado por Dios, se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca***". Así que la decisión es tuya y solamente tuya.

Capítulo 34

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (2)

La parábola de las Diez Vírgenes (continuación)

2. La Salvación del alma

El segundo aspecto de la salvación es la salvación del alma, y ésta no se da instantáneamente, como ocurre con la salvación del espíritu, sino que es un proceso que dura toda la vida del creyente en la tierra, y que depende de la disposición de éste.

Lamentablemente, casi todos los creyentes ignoran esta etapa de la salvación del hombre, y por su desconocimiento no se disponen para que el Señor pueda tratar su ser hasta saturar su alma y, de esa manera, en Su venida estén totalmente preparados para recibir al novio y puedan entrar en la plenitud de las Bodas del Cordero.

No obstante, le damos gracias al Señor porque Él nos ha dado una profunda revelación sobre el particular y nos ha mandado a escribirla para que muchos santos, aquellos que tienen corazón sincero y puro, puedan verla y vivirla a fin de que crezcan y, antes de la venida del Señor alcancen los cuatro puntos revelados en Efesios 4.13: la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, que es el equivalente a ser las vírgenes prudentes, de la parábola que estamos tratando.

Se hace necesario recalcar que los seres humanos fuimos creados con tres partes: espíritu, alma y cuerpo; igualmente que el alma tiene tres funciones: mente, voluntad y la parte emotiva o de los sentimientos, que conocemos como la emoción. Dios no solo tiene interés en el espíritu del hombre, sino que Él desea ganar, llenar y saturar también tu alma, es decir desea que la mente, la voluntad y la emoción sean totalmente llenas con la vida divina.

La obra de la salvación de Dios comienza en el espíritu humano, cuando Él viene a morar en el espíritu de aquellos que creen en Su nombre y lo reciben; desde ahí, el Señor satura cada una de las partes del alma, pero solamente en aquellos creyentes que se disponen para que Él lo haga. De esto hay muchos versículos en la Biblia y vamos a considerar unos pocos, por ejemplo, Romanos 12.2: "***No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta***".

La palabra invita a los hijos de Dios a no vivir conforme a la corriente de este siglo, en otras palabras, a no conformarse, a no tomar la forma del siglo, que es la corriente del mundo. Recordemos que el mundo es toda una

organización que satanás ha trabajado a lo largo de los tiempos, con el fin de oponerse a Dios, de introducir a las personas en él y de constituirlas en enemigas de Dios: "***¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?***" Santiago 4.4-5.

Pero ¿cómo se logra no conformarse a la corriente del mundo? La misma palabra nos muestra el camino: **transformándonos, por medio de la renovación de la mente**. Observa que todo el problema está en la mente. Por eso Romanos 8.5 nos muestra que un creyente es espiritual cuando piensa en las cosas del Espíritu y es carnal cuando piensa en las cosas de la carne.

Es muy fácil estar en la carne y pensar en las cosas de la carne. Pero, así mismo, es muy fácil pensar en las cosas del Espíritu y estar en él. No creas que ser espiritual, es decir, pensar en las cosas del Espíritu es difícil; no, es muy fácil, es solo volver tu mente a las cosas del Señor y ya está. Nos han enseñado viejos paradigmas diciéndonos que es muy difícil vivir en el espíritu, que es muy complicado ser espirituales, pero no es verdad: es tan fácil como llevarse el alimento a la boca. Y además de fácil es muy agradable y placentero.

Cuando un creyente pone la mente en el Espíritu, inmediatamente ella es renovada, porque el Espíritu siempre es nuevo, y eso equivale a ser transformados por medio de la renovación de la mente. La palabra transformar quiere decir cambiar de forma. Antes, la mente tenía la forma del mundo, de la carne; pero en la medida en que es puesta en el Espíritu, va cambiando de forma, va tomando la forma de Dios y eso nos lleva a comprobar cuál es la voluntad de Dios, la cual tiene tres características: es buena, es agradable y es perfecta.

En la voluntad de Dios no hay nada de maldad. La voluntad de Dios no tiene nada de satanás que es el maligno. Igualmente, la voluntad de Dios es agradable para Dios y para nosotros. No hay mayor placer en esta tierra que conocer y hacer la voluntad de nuestro Señor. La voluntad de Dios también es perfecta, es justa, porque en nuestro Dios no hay ninguna imperfección ni injusticia.

Otro versículo que habla de nuestra necesidad de ser renovados en nuestra mente lo encontramos en Efesios 4.23: "***renovaos en el espíritu de vuestra mente***". En la medida que pone-

mos nuestra mente en el Espíritu, que pensamos en las cosas del Espíritu, nuestra mente se renueva y esa renovación hace que seamos despojados del viejo hombre y a la vez seamos revestidos del nuevo hombre. En otras palabras, cuando nuestra mente es puesta en el Espíritu, el Señor nos despoja de las vestiduras harapientas de pecado y de injusticia con las que satanás nos ha engañado, y nos viste de Cristo mismo, que es el nuevo hombre.

Por estos dos pasajes, podemos ver que la parte o función más importante de nuestra alma es la mente. Ella es la parte líder de nuestro ser humano y por eso es tan necesario que en cada momento de nuestra vida pongamos cuidado dónde está nuestra mente. Ella no puede ser neutral: o está en el espíritu o está en la carne. O se renueva y vive en el nuevo hombre o se mantiene en la vejez del viejo hombre. O sigue la corriente de este mundo o se vuelve al espíritu y busca la voluntad de Dios, para agradarlo. No hay término medio.

Es por esto que el Espíritu nos amonesta a través de nuestro hermano Pedro: "***Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo***" 1 Pedro 1.13-16.

Si nuestra mente es ganada por el Señor, es más fácil ganar las otras dos funciones de nuestra alma, que son la voluntad y la emoción. La voluntad tiene que ver con nuestras decisiones, con nuestra obediencia al Señor. Cuando nuestra mente, donde está el entendimiento, que es la parte del alma que nos permite comprender las cosas del Señor, es decir, la mente es el entendimiento, cuando ese entendimiento está saturado por el Señor, es mucho más fácil ser obedientes a Él, y no sólo ser obediente, sino también tener una obediencia completa. Llegar a esa obediencia perfecta es un proceso que se va aprendiendo poco a poco y aún el Señor mismo tuvo que pasar por él: "***Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia***" Hebreos 5.8.

La emoción tiene que ver con todo aquello que nosotros amamos o aborrecemos, con lo que nos causa alegría o tristeza. Por medio de nuestra emoción reímos o lloramos, nos alegramos o nos entristecemos, y el deseo del Señor es que nuestra emoción esté totalmente saturada de Él. A veces el Señor se alegra con no-

sotros, a veces ríe con nosotros; a veces está airado, otras está triste.

¡Pero cuántas veces los creyentes actúan en contravía con el Señor: sienten alegría en cosas que lo desagradan; se entristecen porque Él los trata los reprende y los castiga; reniegan porque no satisface sus caprichos; se enfurecen porque las cosas no son como ellos piensan y desean!

Obtener la salvación de nuestras almas consiste en permitir que el Señor cada día llene las tres partes de ella. Pero el Señor, en esta era, no obliga a Sus hijos, sino que todo este proceso depende de la disposición que tenga el creyente para buscar al Señor y para permitirle que Él haga Su trabajo en el alma de cada uno.

Por esto el Señor Jesús después de que llevó a los discípulos a Cesarea de Filipo y le dio revelación a Pedro acerca de Su persona y después les dio alguna revelación acerca de la iglesia, y les dijo que, para poder tener la iglesia, debía padecer, morir y resucitar, afirmó: "***Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida [psique –Gr], la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará***" Mateo 16.24-25.

La solicitud del Señor no es obligante para Sus discípulos, sino que es un asunto de voluntad: ***si alguno quiere***. Si tú, que eres Su discípulo, quieres seguir al Señor, puedes hacerlo, y si no lo deseas, el Señor no te obliga. No hay ningún imperativo ni obligación, es un asunto voluntario. Si tu respuesta es afirmativa, entonces el Señor pone algunas condiciones: ***niéguese a sí mismo, y tome su cruz***. Negarse a sí mismo es negar tu alma y no es como algunos maestros bíblicos afirman que es no tener ninguna opinión, sino que es poner el alma en el Espíritu, para que sea Él quien gobierne a la persona y ésta no sea gobernada por su alma, porque cuando el alma de una persona es más fuerte que su espíritu, fácilmente, esa persona es gobernada por satanás.

El diablo desea con anhelo que nuestro espíritu, que es nuestro hombre interior, no sea fortalecido y siendo débil no pueda gobernarnos, sino que el alma sea fuerte, porque siendo así, el enemigo puede gobernar nuestra vida. A esto se refiere el Señor al decir *niéguese a sí mismo*; esto es negar la vida del alma.

En otras palabras, negarse a sí mismo, es no permitir que el alma nos gobierne, porque cuando el alma toma potestad sobre el espíritu humano, satanás es quien nos gobierna. Por el contrario, debemos hacer realidad la oración que el Espíritu nos ha legado a través de Pablo en Efesios

3.14 y subsiguientes, para que el Padre nos conceda, conforme a Sus riquezas en gloria, el ser fortalecidos en el hombre interior— el espíritu humano— por Su Espíritu, para que de esa manera seamos gobernados por el Señor y satanás no pueda tener ninguna ventaja en nosotros.

Tomar la cruz es hacer realidad la obra que el Señor Jesús realizó en la cruz. No hace referencia a cargar una pesada cruz, como algunos de manera jocosa afirman, alegando que en esa cruz que tienen que cargar está su familia, incluida la suegra. No, tomar la cruz es hacer realidad todo aquello que el Señor Jesús logró a nuestro favor, mediante Su muerte. Por ejemplo: cuando el Señor Jesús murió en la cruz, nosotros morimos con Él; morimos al pecado, a la injusticia, al viejo hombre. Cuando el Señor murió en la cruz condenó al pecado en la carne y nos libró de la esclavitud a la que nos tenía sometidos; ahora somos libres del pecado.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, aplastó a satanás, a sus príncipes, a sus gobernadores, a sus potestades y a sus ejércitos de maldad y nos liberó de todos ellos; satanás y los suyos ya no pueden tocarnos. Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, aplastó el reino de las tinieblas y nos trajo al reino de la luz. Cuando yo tomo toda esta obra maravillosa del Señor y la hago mi realidad, estoy tomando la cruz y eso me permite seguir al Señor.

Finalmente, junto con negarse a sí mismo y tomar la cruz, debemos también seguir al Señor. Observa con cuidado y verás que es al Señor a quien debemos seguir y no a los hombres, ni a los ministerios particulares, ni a las organizaciones, ni a las doctrinas, sino al Señor. Esta precisamente es una de las características que deben tener los hermanos que serán las primicias de la gran cosecha del Señor: "***Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va***" Apocalipsis 14.4. "***Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre***" 1 Timoteo 2.5. Deja ya los demás mediadores, sigue solamente al Cordero.

El Señor concluye diciendo que si uno de Sus discípulos quiere salvar su alma la perderá. Esto quiere decir que, si tú no permites que, mediante negar tu vida del alma, tomar la cruz para que tu alma sea tratada y seguir al Señor por donde Él va, cuando el Señor venga y seas juzgado en el tribunal de Cristo, definitivamente la perderás y esto corresponde a las vírgenes insensatas que no tenían aceite en sus vasijas, sino que mantuvieron su alma intacta, no permitieron que el Señor la tratara y la llenara de Él mientras vivieron en la tierra.

Por el contrario, un santo que cada día se acerca con humildad al Señor y le suplica que trate su alma, que elimine de ella todas aquellas cosas que no pertenecen al Señor, que trate sus pensamientos, sus deseos y sus emociones, es una persona en quien el Señor puede trabajar para eliminar todo lo que le impide agradar al Señor. Un creyente así ha perdido su alma durante su vida en la tierra y en el tribunal de Cristo su alma será ganada para el disfrute del Señor. Esta clase de creyentes son las vírgenes prudentes, quienes además de tomar sus lámparas—su espíritu humano— tomaron aceite en sus vasijas—su alma—, para ir al encuentro del esposo.

3. La salvación del Cuerpo

Esta es la tercera etapa de la salvación y será real cuando el Señor regrese. Leamos lo que dice la palabra al respecto: "***He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria***" 1 Corintios 15.51-54.

Si estamos vivos para la venida del Señor, nuestro cuerpo será transformado de un cuerpo corruptible en uno incorruptible y esto se hará durante una fracción de tiempo muy pequeña, lo que dura un abrir y cerrar de ojos. Pero si para ese entonces hemos muerto, seremos resucitados con un cuerpo glorioso, para estar en la presencia del Señor: "***Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor***" 1 Tesalonicenses 4.16-17.

La redención de nuestro cuerpo no requiere ninguna labor de nuestra parte, sino que será la consecuencia de haber sido salvos en nuestro espíritu. En la venida del Señor, el cuerpo de todos los creyentes será transformado en un cuerpo de gloria, incorruptible, que ya no tendrá ninguna relación con el pecado, ni con la carne, ni con enfermedades, sino que será un cuerpo glorioso e incorruptible.

A manera de conclusión decimos que la salvación del espíritu se produce en forma instantánea cuando una persona cree, recibiendo al Señor, y esta salvación es eterna, es decir, no se pierde. Quienes hemos sido salvos, lo somos por la eternidad.

La salvación del cuerpo se dará cuando el Señor regrese; si estamos vivos, nuestros cuerpos serán transformados en un instante, en un cuerpo glorioso e incorruptible; si hemos muerto, seremos resucitados con un cuerpo, igualmente glorioso e incorruptible: "***el cual transfigurará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea conformado al cuerpo de la gloria Suya, según la operación de Su poder, con la cual sujeta también a Sí mismo todas las cosas***" Filipenses 3.21.

No obstante, la salvación del alma no es instantánea, sino que dura toda la vida que el Señor nos da, después de que hemos creído en Él; claro está que esta salvación, que es la transformación de nuestra persona, es posible solamente si hay disposición de parte del creyente, porque de no ser así, en el tribunal de Cristo, quienes no se dispusieron para que el Señor—Espíritu llenara sus almas, serán echados a las tinieblas de afuera; esto quiere decir que no podrán participar de las Bodas del Cordero, sino que durante ese periodo serán madurados, para que finalmente puedan entrar en la Nueva Jerusalén y disfrutar al Señor por la eternidad.

Los hijos de Dios que diariamente se disponen para que el Señor trate su alma, para que su mente, voluntad y emoción sean llenas de Él, son las vírgenes prudentes que tomaron sus lámparas y aceite en sus vasijas, para recibir al esposo; mientras que aquellos creyentes que vivieron su vida según sus puntos de vista y sus caprichos, siguiendo a hermanos, ministerios, iglesias y doctrinas, son las vírgenes insensatas que no se dispusieron para que el Señor las tratara, las trabajara y las transformara, y así alcanzaran la estatura de la plenitud de Cristo. Estos hermanos no maduraron y no dieron frutos para el Señor, no lograron el pleno conocimiento del hijo de Dios y no llegaron a la unidad de la fe. Sin embargo, el Señor en Su misericordia les dará mil años para que sean tratados y puedan alcanzar todos estos requisitos para entrar en la Nueva Jerusalén.

Continuando con la parábola de las diez vírgenes, el versículo 5 afirma: "***Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron***". Cabecear y dormirse es morir. Todas las personas antes de morir cabecean y la muerte para los creyentes es dormir. Esta parábola tiene que ver con los creyentes que ya han partido

de esta tierra, que como dice Pablo, *durmieron en Cristo*: "***Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza***" 1 Tesalonicenses 4.13.

El versículo 6, continúa hablando: "***Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!***". La medianoche generalmente es la hora en que las personas duermen profundamente, lo cual quiere decir, que sin importar que la muerte haya venido sobre los creyentes, cuando el Señor venga, ellos oirán el clamor y la voz del Señor y serán despertados de su sueño para recibir al esposo: "***No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz" Juan 5.28.*** El Espíritu a través de Pablo nos habla de manera similar: ***"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero***" 1 Tesalonicenses 4.16.

El versículo 7 es bien diciente: "***Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas***". Cuando el Señor Jesús regrese, todos los creyentes que hayan muerto resucitarán para recibirlo.

Como el llamado es a media-noche, es necesario tener la lámpara con qué alumbrar, por eso las diez vírgenes las arreglan, es decir, las encienden. Pero hay un problema para las cinco vírgenes insensatas: ellas no tienen aceite en sus vasijas y por esa causa aunque pueden encender sus lámparas, éstas no alumbrarán mucho tiempo, porque en su depósito—vasijas— no tienen aceite.

Como son muy recursivas, las vírgenes insensatas acuden a las vírgenes prudentes para que éstas les den aceite: "***Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan***" Mateo 25.8.

Ahora las vírgenes insensatas tienen afán, porque el tiempo para adquirir aceite ya ha pasado, entonces, usando la lógica humana, dicen: "***Como la prudentes tienen aceite y nosotras no, deben darnos de su aceite, deben compartirlo con nosotras, pues son nuestras hermanas y entre creyentes debemos compartir***". Esto sería lo más lógico entre personas que se aman y que aman al Señor, pero pensar de ese modo se limita a un concepto muy natural.

Escuche la respuesta de las vírgenes prudentes: "***Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas***" Mateo 25.9. Esto de-

muestra que la lógica humana no tiene ningún valor en esta situación. La respuesta de las vírgenes prudentes no es manifestación de egoísmo, sino que estos creyentes sí conocieron la voluntad de Dios y la forma en que Él opera en Sus hijos para transformarlos; por eso dedicaron su vida a prepararse para la venida del Señor.

Las vírgenes insensatas pretendían que no les costara nada llenar sus vasijas de aceite—llenar sus almas del Espíritu, de las riquezas del Señor—, pero debido a que durante su vida no buscaron conocer ni agradar la voluntad del Señor, creyeron que la salvación de sus almas era gratuita y que no tenía ningún precio. ¡Qué equivocadas están!

El cristianismo contemporáneo tiene la misma actitud. Los cristianos piensan que ya fueron salvos y que un día irán al cielo sin ningún problema, porque, dicen, "***el Señor ya pagó por nosotros y nos da la salvación gratuitamente***". Aunque esto es verdad, es incompleto. Los cristianos de hoy no conocen la palabra de Dios, porque no la escudriñan, porque no buscan ganar revelación de ella en sus espíritus y son verdaderos ignorantes de las cosas del Señor, a quien dicen amar.

Los hermanos ignoran que en este tiempo que antecede a la venida del Señor estamos viviendo una profunda degradación de la iglesia, especialmente el que corresponde al periodo de Laodicea, que es la última carta escrita por el Señor a través de Juan y corresponde a la situación de la iglesia que estará en la tierra en el periodo inmediatamente anterior a la segunda venida de Cristo. Esta es la razón por la cual el Señor le dice al ángel de esa iglesia: "***Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas***" Apocalipsis 3.18.

Observa que el Señor no le dice al ángel que Él le dará gratuitamente oro, vestiduras blancas y colirio, sino que le aconseja que los compre del Señor. Sin duda, comprar quiere decir que hay que pagar un precio. ¿Y qué precio es? No es dinero, no es oro, sino es lo que el Señor mismo nos da, para que compremos de Él. ¡Qué misericordioso es el Señor! Aunque nos exige un alto precio para ganar el galardón, Él mismo nos da los medios para que podamos pagarlo y ese medio es la gracia: Dios mismo, con todas Sus riquezas.

Él nos suple Su gracia para que nosotros compremos de Él oro refinado en fuego y de esa manera seamos ricos; vestiduras blancas, para que en Su venida no estemos desnudos y nos

escondamos de Él, así como estaba Adán en el Huerto de Edén, cuando se vio desnudo y se escondió de la presencia del Señor; y, finalmente, para que compremos colirio y podamos ver todo lo que quiere mostrarnos y revelarnos.

Esta es la razón por la que las vírgenes prudentes les dicen a las insensatas: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Si las vírgenes prudentes hubiesen compartido de su aceite con las insensatas, les hubiese faltado a las dos. En esta pequeña porción, el Señor quiere enseñarnos muchas lecciones, que gracias a Él, aún tenemos tiempo de aprender.

En primer lugar, llenar tu alma del Espíritu es asunto que depende exclusivamente de ti, de tu disposición para agradar al Señor y para hacer Su voluntad. Si cada día aprovechas y redimes bien el tiempo, procurando ser lleno de Su persona, de Su palabra y de Su Espíritu, tu vasija rebosará cuando Él venga y tendrás suficiente para presentarte delante de Él, sin vergüenza y sin temor: "***Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, redimiendo bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor***" Efesios 5.15-17.

En segundo lugar, si bien es cierto que necesitas la ayuda de otros santos para crecer en el Señor, también es cierto que nadie puede hacer la obra en ti, ni por ti. Nadie puede vencer por ti y nadie puede hacer que tú venzas. Todo depende del empeño que pongas para agradar al Señor, para llenarte de Él, para permitirle que trabaje Su ser en ti y para ser probado en todo lo que el Señor quiera, cuando lo quiera.

Cuando estés siendo juzgado en el tribunal de Cristo no podrás culpar a nadie por tu falta de crecimiento—falta de aceite—, porque tuviste todas las oportunidades que el Señor te dio para que te llenaras de Él.

Si tú querido hermano, hoy no redimes bien el tiempo, si no aprovechas cada momento de tu vida para vivir en comunión con el Señor, cuando llegue el momento de recibir al esposo, ya será tarde y no habrá nada que hacer.

Observa bien las palabras que les dicen las vírgenes prudentes a las insensatas: ***id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Comprad para vosotras mismas*** quiere decir que yo no puedo cederle a nadie mi experiencia personal con el Señor. Ésta se atesora para mí y solamente para mí, y en ello no hay egoísmo, sino que esa es la determinación del Señor: "***haceos tesoros en el cielo, donde***

ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan" Mateo 6.20.

Las vírgenes insensatas atendieron el consejo de las prudentes y fueron a la ciudad a buscar quién les vendiese el aceite: "***Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta***" Mateo 25.10.

¡Qué descuido tan grande de esas vírgenes al no aprovechar el tiempo que tuvieron durante su vida para preparar la venida del esposo! Cuando reaccionaron, lamentablemente ya era demasiado tarde y no había nada que pudieran hacer.

Apreciado lector: tal vez esta última sea tu condición. Tal vez tu vasija está vacía y no tiene aceite para alumbrarte cuando venga el Señor. Tal vez confías en que estar en la congregación de tal o cual líder sea suficiente para entrar en las Bodas del Cordero. Tal vez creas que debido a que llevas muchos años, ya te "*graduaste*" y no necesitas nada más, sino que estás listo para recibir al Señor. Mira que solamente las vírgenes que estaban preparadas entraron con el Señor en las Bodas y las demás se quedaron por fuera.

El Señor ha permitido que este libro sea escrito y publicado y que haya llegado a tus manos como una amonestación llena de amor, para que te vuelvas al Señor y te decidas a aprovechar el tiempo que aún te queda, para prepararte para las Bodas, porque un día se cerrará la puerta y quienes se quedaron por fuera, de ninguna manera podrán entrar.

Cuando las vírgenes insensatas regresaron, la puerta de las Bodas se había cerrado. No obstante, ellas clamaron al esposo para que les abriera la puerta: "***Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos!***" Mateo 25.11. Estas vírgenes fueron pertinaces e insistentes, pero la respuesta del Señor fue firme: "***Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco***" Mateo 25.12.

¡Qué respuesta más desoladora! Esas vírgenes estaban convencidas de que por el hecho de haber sido salvas un día, cuando creyeron en el Señor y lo recibieron en su espíritu, tenían garantizada su entrada a las Bodas del Cordero, que es equivalente a entrar en el reino de los cielos. Pero la respuesta del Señor es tajante: ***De cierto os digo, que no os conozco***. ¡Qué momento más triste, desolado y doloroso, para los hermanos que no aprovecharon su vida de creyentes en la tierra, para agradar al Señor!

¿Por qué el Señor les dará esa respuesta? Porque ellas, las vírgenes insensatas, durante el

tiempo que vivieron en la tierra, no se dieron a conocer del Señor aun siendo personas regeneradas y salvas. Estas vírgenes, siendo creyentes genuinos, nunca se preocuparon por vivir en comunión y en intimidad con el Señor; no se preocuparon por agradar al Señor, por conocer Su palabra, por obtener revelación y visión. Estos hermanos se conformaron con asistir cada domingo a un culto o a una reunión, pero jamás fueron a "*su aposento*"—el espíritu humano— a preguntarle al Señor si Él se agradaba con su vivir o si, por el contrario, le molestaban las actitudes y su vivir.

Estos santos no usaron la unción que moraba en su espíritu, que es Dios mismo; no aprendieron a oír y a obedecer la voz del Señor. Ellos se preocuparon solamente por sus intereses, siguieron a hombres, pero no al Señor, tal vez dieron testimonios de tantas cosas, milagros y hechos mentirosos que hoy los líderes del cristianismo hacen que sus seguidores testifiquen, pero nunca permitieron que el Señor trabajara y creciera en ellos; por eso la respuesta tan dura: ***no os conozco***.

Es la misma respuesta que el Señor da a quienes pretenden entrar en el reino de los cielos aduciendo que hicieron tres cosas en Su nombre: profetizaron, echaron fuera demonios y realizaron obras prodigiosas: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?***" Mateo 7.21-22. Pero escucha la respuesta del Señor: "***Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad***" Mateo 7.23

¡Qué triste será ese momento para muchos hijos de Dios, en el que sean juzgados por el Señor para premiarlos o para castigarlos! Por eso el Señor nos amonesta y nos advierte: "***Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir***" Mateo 25.13.

Velar aquí no se refiere a esa práctica tan difundida en el cristianismo de reunirse en determinados lugares para pasar la noche orando. En esas llamadas veladas de oración, generalmente se ora no para complacer al Señor, sino para satisfacer el morbo de quienes oran y para complacer la ambición de los líderes.

Velar quiere decir estar alerta en todo momento, vivir siempre en el espíritu, en comunión con el Señor, escuchándolo y hablándole, arrepintiéndose de aquello en que Él nos ilumina, suplicándole que haga Su trabajo en nosotros hasta que Sus deseos sean

satisfechos.

Velar implica que cuando estemos durmiendo en nuestro tiempo de reposo, aún podemos mantenernos en el espíritu satisfaciendo al Señor: "***Yo dormía, pero mi corazón velaba***" Cantares 5.2. A

un mientras estamos en el sueño de la noche, nuestro espíritu y nuestra alma pueden estar en comunión continua con el Señor.

Todo depende de cuál es la actitud que tenemos cuando nos acostamos para descansar. Si vamos al lecho estando en el espíritu, estamos seguros de que pasaremos una noche en el Señor y aun nuestros sueños serán con Él; pero si lo último que manifestamos antes de dormir fue la carne, nuestro reposo no satisfará al Señor.

Que el Señor te permita, querido lector, obtener de la parábola de las diez vírgenes, muchas lecciones de vida, y que tú le abras todo tu ser para que Él te revele todos los secretos que hay en ella y que sea un aliciente para que seas de las vírgenes prudentes que están totalmente preparadas para recibir al esposo en Su venida y puedas entrar y gozar de las Bodas del Cordero que durarán mil años de gozo, alegría, disfrute, paz, consuelo y mucho, mucho más...

Capítulo 35

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (3)

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (1)

Cuánto agradecemos al Señor por Su bondad y longanimidad para nosotros, al revelarnos todas las delicias que hemos venido disfrutando a lo largo de la lectura de este libro.

Cuánto le agradecemos por el privilegio que nos ha dado al permitirnos vivir en este tiempo, que si bien son días muy malos, también sabemos que está manifestando en nosotros y a través de nosotros Su gloria, la revelación de Su Palabra y de Sus misterios; la visión del reino de Dios y del reino de los cielos, para que en estos pocos años que quedan antes del regreso del Señor, podamos prepararnos y estar en Su presencia disfrutando de todas Sus riquezas en ese reino.

"***Mas donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia***" Romanos 5.20. En este tiempo el pecado ha llenado la tierra, y ésta se ha colmado de densas tinieblas, y son pocas las personas que tienen una relación de comunión íntima con el Señor. No obstante, nosotros vivimos esa realidad de la gracia que nos sobreabunda, por el amor y la misericordia del Señor.

En Mateo 25 hay otra parábola en la que el Señor hace una comparación del reino de los cielos, y como nuestro interés y nuestro llamamiento es para entrar en él, tenemos que mirarla desde la perspectiva del Espíritu, para que podamos recibir revelación de otra de las facetas de las riquezas de nuestro precioso Señor y disfrutemos toda la visión que Él ha preparado para aquellos que le amamos con amor inalterable: "***La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén***" Efesios 6.24.

Leamos la parábola: "***Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de***

tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" Mateo 25.14-30.

Es bien interesante observar las palabras con las que el Señor introduce la parábola: ***Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes***. Una vez más el Señor está interesado en hablar del reino de los cielos y aquí lo compara con un hombre que se fue lejos. Indudablemente ese hombre es el Señor Jesús, quien como hombre murió y resucitó y después de haber resucitado ascendió al cielo, al trono del Padre, para, como Dios-hombre, ser Dios sobre todas las cosas.

Sin embargo, antes de irse lejos llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. ¡Cuán amoroso es nuestro amado Señor! Todo lo que Él es, todo lo que tiene, todo lo que logró mediante Su plan de redención y todo lo que será en el futuro, nos fue entregado. ¡Qué generoso es el Señor! Él nos entregó a nosotros, Sus hijos, todos Sus bienes; no se reservó nada, sino que todo nos lo dio.

Tal vez no alcanzamos a comprender ni a realizar ni un pequeño porcentaje de lo que implica que el Señor haya llamado a Sus siervos y les haya entregado todos Sus bienes. En verdad necesitamos espíritu de sabiduría y revelación para que podamos comprender el inmenso amor de nuestro Señor. Esos bienes son Él mismo con todo lo que es, tiene y ha realizado.

La parábola nos recuerda, en primer lugar, que el Señor no entregó sus bienes a uno o a unos pocos en particular, sino a todos Sus hijos, porque todos somos siervos Suyos; y en segundo lugar, no nos entregó a todos la

misma porción, sino que los distribuyó en distintas proporciones de acuerdo con la capacidad de cada uno: A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad.

El Señor conoce a cada uno de Sus siervos suficientemente para poder determinar de qué es capaz. Él no nos da una carga, ni pone sobre nuestros hombros un encargo que no podamos llevar, sino que es misericordioso y nos carga de acuerdo con nuestra capacidad.

Él es un Padre tan genuino que sabe hasta dónde puede ir cada uno de Sus hijos, qué responsabilidad es capaz de asumir y cuánto puede soportar. Es como un hogar donde hay niños de distintas edades: los mayores pueden asumir responsabilidades más grandes de las que pueden asumir los menores. Antes de irse, el Señor entregó una porción de sus bienes a Sus siervos y luego se fue lejos.

Es interesante observar que la relación que, el hombre que se va lejos establece con aquellos a quienes les entrega sus bienes, es una relación amo-siervo, y esta relación implica una conducta de absoluta obediencia y sumisión de los siervos, con respecto a los deseos y la voluntad del amo.

Por un lado, nosotros somos hijos de Dios y como tales tenemos derecho a heredar todas las riquezas que tiene nuestro Padre Dios. Por otro lado, somos Sus amigos, y como tales tenemos acceso a conocer Sus secretos y Sus misterios. Igualmente, como siervos del Señor debemos absoluta sumisión y obediencia a Su voluntad; de parte de Él, gozamos de toda Su confianza, porque Él nos entregó todos Sus bienes; y para que exista tal actitud, se requiere que haya una confianza total que permita depositar Sus bienes en manos de los siervos.

Dones, operaciones y ministerios

La parábola nos da la idea de que el hombre es un gran hacendado y en su hacienda tiene muchos siervos, que deben hacer determinadas tareas conforme a sus aptitudes. Esto nos lleva inmediatamente a la descripción que del Cuerpo de Cristo hace 1 Corintios 12. En este capítulo el Espíritu primero nos hace ver la diferencia entre quienes siguen a ídolos mudos y quienes aman al Señor. A estos último los denomina espirituales: "***No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los espirituales. Sabéis que cuando erais gentiles, se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos. Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede decir SEÑOR JESÚS, sino por el Espíritu Santo***" (Lit.).

Los primeros tres versículos muestran que, a quienes ahora son creyentes, antes se les extraviaba para seguir a ídolos mudos, pero ahora que han creído en el Señor, son personas que hablan, pero su hablar no es sobre cualquier tema, ni de cualquier manera, sino son personas que hablan por el Espíritu Santo, no para maldecir a Jesús, sino para aceptar y vivir bajo Su señorío, para llamarlo Señor.

Y a estos que viven la realidad del señorío de Cristo, el Espíritu les ha dado distintos dones para que sean de provecho para quienes los reciben: palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, dones de sanidades, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, géneros de lenguas e interpretación de lenguas: "***Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere***". 1 Corintios 12.7-11.

La palabra destaca que estos dones, que podemos equipararlos a los bienes que el hombre repartió a sus siervos en la parábola de los talentos, son repartidos por el Espíritu según Su voluntad, como Él quiere, y que todas la cosas hechas mediante los dones, en realidad son hechas por el Espíritu: ***Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu.*** Es el Espíritu que opera los dones en y mediante el receptor y no quien recibe los dones es quien hace las obras.

Podemos decir entonces que no depende de la capacidad natural que cada quien tiene, como inteligencia, habilidades sicomotrices, aptitudes y otras, para hacer determinadas cosas, sino que es el Espíritu quien capacita a los siervos para que su vida en el cuerpo tenga ciertas características. Pero el Espíritu insiste que es Él quien opera en los siervos para producir lo que Él quiere y no son los siervos los que, por medio de los dones que han recibido, operan para que el Espíritu haga de acuerdo con la voluntad de ellos. Es muy importante comprender esto, porque debido a las interpretaciones equivocadas, muchos cristianos pretenden adecuar al Espíritu a sus puntos de vista y no se someten a la voluntad del Espíritu.

Estos dones han sido interpretados erróneamente y son tema de controversia teológica a lo largo de los siglos de la existencia de la iglesia. Algunos grupos cristia-

nos, especialmente los de corte pentecostal, enfatizan en sus enseñanzas algunos de estos dones, aquellos que son espectaculares, como el de hablar lenguas y hacer milagros, porque ellos permiten tener ciertas manifestaciones de orgullo a quienes se precian de tenerlos, y los lleva a ser admirados por los demás.

Debemos tener claridad de, en primer lugar, que los dones son manifestaciones del Espíritu, lo cual quiere decir, que es el Espíritu quien se manifiesta y no la persona a través de la cual el don se hace manifiesto.

En otras palabras, cuando un hermano tiene una o unas de las manifestaciones del Espíritu, no debe enorgullecerse, porque esa manifestación no es de su propiedad, no le pertenece. Simplemente es el Espíritu quien ha decidido manifestarse por medio de un o unos hermanos, para que todo el cuerpo reciba el provecho de esa(s) manifestación(es).

Debido a que a los creyentes carnales y a los falsos creyentes les encanta la popularidad, la fama y la admiración de los demás, en verdad estos dones han sido descuidados y muchas veces es satanás quien aprovecha la ocasión para llenar de mentiras a los santos. Es difícil oír hablar entre los miembros de las iglesias evangélicas sobre el don de palabra de sabiduría, que es el primero que se menciona en la lista. Como ese don no es espectacular y no da la posibilidad de que en quien lo opera el Espíritu sea popular ni famoso, es muy raro encontrar hermanos que busquen este don, que es muy profundo y precioso. Los hermanos ni siquiera tienen una remota idea del contenido del don de palabra de sabiduría.

Palabra de sabiduría

Como ya hemos afirmado reiteradamente, la Biblia se interpreta a sí misma, y debemos ser cuidadosos en no agregarle nada. Pero para poder obtener la interpretación genuina de la Biblia, se requiere alcanzar revelación. Este es el contenido de una de las grandes oraciones que Pablo, guiado por el Espíritu Santo, consignó en Efesios 1: "***para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él***" v. 17. Aquí Pablo tiene una profunda carga por nosotros y le ruega al Padre que nos dé un espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, porque la mayor necesidad que tenemos los creyentes es conocer a nuestro Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tal vez el grado de mayor ignorancia entre los cristianos es la falta de conocimiento de Dios en el cual creen, y no tienen conocimiento porque no hay en ellos espíritu de sabiduría, y no hay

espíritu de sabiduría porque les falta revelación y no tienen revelación porque no la piden al Señor: "***Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada***" (Santiago 1.5).

Los cristianos contemporáneos centran sus peticiones a Dios en muchas cosas distintas a sabiduría y revelación. La mayoría está preocupada porque Dios les provea bienes materiales; porque les supla con quien casarse; porque su congregación sea muy grande; porque el Señor sane algunas enfermedades que padecen; porque el líder sea el más famoso de los famosos, y tantas otras peticiones que nada tienen que ver con sabiduría, revelación y conocimiento de Dios. Casi nadie entra en el espíritu para suplicarle al Señor que le dé espíritu de sabiduría y de revelación y con él alcance el mayor grado de conocimiento posible acerca de la persona del Señor, de Su plan, de Su deseo, y teniendo una palabra de sabiduría, pueda suplirse a sí mismo y a otros, de todas las riquezas del Dios sublime en el que ha creído.

La sabiduría no es solamente algo que Dios da y sale de Él, sino que es la persona misma de Dios. En el universo solamente hay una persona que es sabia, y esa persona es Dios, porque Él es la sabiduría misma: "***Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría: justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor***" 1 Corintios 1.30-31. Cuando Dios habla, lo hace con sabiduría, porque en Él no hay ninguna necedad; todo Su hablar es sabio; todas las palabras que salen de Su boca son la sabiduría.

Cuando Él encuentra algunos de Sus hijos dispuestos a dejarse usar, actúa por medio de ellos y a esto se refiere la palabra cuando afirma que a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría. Obsérvese bien que es el Espíritu quien da la palabra de sabiduría, lo cual quiere decir que es el Espíritu quien habla palabra de sabiduría por medio del creyente y no el creyente quien tiene sabiduría. El hermano no es más que un vaso, un recipiente en el cual Dios se deposita para manifestarse como palabra de sabiduría.

A esto se refiera Pablo cuando dice: "***Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria***" 1 Corintios 2.6-7. Obsérvese que Pablo no usa la primera persona del singular (yo), sino plural (nosotros), para mostrar

que no es él quien tiene la sabiduría, sino que es Dios mezclado con Pablo, quien habla sabiduría, para que Dios y Pablo sean glorificados, porque ese es el deseo del Señor: glorificarnos junto con Él, pero no que nosotros nos glorifiquemos separados de Él, porque eso es vanagloria.

No debemos confundir la sabiduría espiritual que, como ya hemos afirmado, es Dios mismo, con la sabiduría de este siglo, que es el equivalente de la mal llamada ciencia: "***Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe"*** 1 Timoteo 6.20, 21. Lamentablemente, muchos líderes cristianos basan sus enseñanzas en esa mal llamada ciencia. Enseñan la Biblia con esa sabiduría vana y se desvían y desvían a sus seguidores de la fe genuina.

Es necesario establecer aquí la diferencia que hay entre la sabiduría espiritual y la sabiduría del alma, porque las dos son confundidas por los cristianos, y piensan que tienen sabiduría de Dios, cuando su sabiduría se limita a una simple sabiduría del alma.

Si tú amable lector has puesto atención al versículo 17 de Efesios 1 encontrarás que la sabiduría, la revelación y el pleno conocimiento del Padre se dan en el espíritu humano: "***para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él***". Para nada se menciona aquí el alma, ni el entendimiento, que es la mente humana, que está en el alma del hombre, porque en ella no se puede obtener la sabiduría, ni la revelación, ni el conocimiento de Dios.

A quienes amamos a Dios, Él nos da esta sabiduría, revelación y conocimiento: "***Para aquellos que lo aman, Dios ha preparado cosas que nadie jamás pudo ver, ni escuchar ni imaginar***" 1 Corintios 2.9. Aquí los tres aspectos tienen relación con el alma del hombre: ver, oír y pensar. Las cosas que Dios ha preparado para los que lo aman, no se pueden percibir con el alma. Pero vea lo que dice el siguiente versículo: "***Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios***" 1 Corintios 2.10. ¿Dónde las revela el Espíritu? Lógicamente en el espíritu humano donde Él mora.

Con el alma podemos entender, saber algunas de esas cosas profundas nada más, pero nunca conocerlas, porque se conocen solamente en el espíritu humano.

Por eso Pablo, guiado por el Espíritu nos enseña la diferencia entre la sabiduría humana—del alma— y la sabiduría espiritual:

"***Y yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui anunciándoos el misterio de Dios con excelencia de palabras o de sabiduría… y ni mi palabra ni mi proclamación fue con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios***" 1 Corintios 2.1, 3, 4.

El Señor establece aquí una clara diferencia entre la sabiduría del espíritu y la sabiduría humana del alma. Mientras que la primera nos permite conocer los misterios de Dios, y esta es la palabra de sabiduría como don del Espíritu Santo; la segunda nos permite conocer las cosas de este siglo, del hombre y en esa sabiduría están sumergidos los hombres de ciencia, los desarrolladores de tecnología. Mediante esa sabiduría el hombre puede conocer la química, la física, la electricidad, la medicina, la sicología, la electrónica, la robótica, la informática; mediante ella puede crear y fabricar toda clase aparatos que le ayudan a vivir una vida más cómoda, tales como un avión, un automóvil, una máquina lavadora, un refrigerador, un robot, una nave interestelar, y todas las cosas inventadas mediante la tecnología; pero esa sabiduría nunca será útil para conocer ni comprender a Dios.

¡Que siempre haya en nosotros un clamor al Señor para que nos dé espíritu de sabiduría; que nos suministre revelación y que podamos conocerlo cada día más, porque entre más lo conocemos más lo amamos, y entre más lo amamos, más lo satisfacemos; y entre más lo satisfacemos más nos llena de Él y más disfrutamos mutuamente: Él de nosotros y nosotros de Sus riquezas!

Palabra de ciencia

La segunda manifestación que el Espíritu quiere tener entre los creyentes es la de palabra de ciencia: ***a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu***. El más grande deseo que el Señor tiene con nosotros Sus hijos es que lo conozcamos. Si volvemos a Efesios 1.17, que contiene una de las dos grandes oraciones que el Espíritu nos dio a través de Pablo, veremos que el conocimiento de Él es otra de las peticiones por las que debemos orar a diario: "***para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él***". Pero debe observarse que este conocimiento es acerca de Él, de Su persona, de Su plan, de Sus misterios y de Sus deseos. No es conocimiento de las cosas terrenales.

Ser creyente podemos compararlo con tener una profesión universitaria; por ejemplo, un médico es una persona que todos los días estudia acerca del cuer-

po humano con el fin de conocer los más mínimos detalles de éste y pasa toda su vida estudiando, acaba Su profesión y apenas logra conocer un pequeño porcentaje del objeto de su estudio.

Como creyentes debemos invertir la mayor parte del tiempo de nuestra vida buscando conocer al Señor, pero debemos saber que ese conocimiento no se da en el intelecto, es decir en la mente, sino que es un conocimiento propio del espíritu humano.

Aquí está la base del gran fracaso del cristianismo, especialmente del último siglo: la gran mayoría de los hijos de Dios han tratado de conocerlo intelectualmente, han tratado de interpretarlo usando su mente sin el espíritu y por eso se oyen las más estrafalarias interpretaciones de la Biblia, porque quienes las hacen usan su mente sin someterla al espíritu. Lo máximo que logran es repetir la letra de muchos versículos y con ello no tienen la oportunidad de tocar la vida, sino que se llenan de muerte y llenan de muerte a quienes los escuchan y los siguen: "***el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivific***a" 2 Corintios 3.6.

Pablo no oró pidiendo al Señor que nos diera una mente revelada donde podamos conocer al Señor, sino que nos dé un espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él. La palabra griega traducida como conocimiento es ***epignosis*** y hace referencia al pleno, al máximo conocimiento de Él. En verdad nuestro espíritu es la única parte de nuestro ser, que fue creada con la capacidad de alcanzar el pleno conocimiento de Dios. Lógicamente que necesitamos el alma como complemento de la revelación y el conocimiento, pero aquélla sólo sirve para comprender algunas de las cosas que han sido reveladas y que conocemos en el espíritu humano.

Recordemos que, en la caída del hombre, cuando éste comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, estando en el huerto de Edén, de las tres partes humanas la más dañada fue el alma, porque fue totalmente poseída y corrompida por satanás y ésta es la parte del hombre que él anhela usar para corromperlo más, separarlo de Dios y dañar Su plan.

En la caída, el espíritu humano solamente fue amortecido, perdió casi todas sus funciones, pero aún satanás no pudo dañarlo como dañó al alma. Por eso debemos poner mucha atención y colaborar con el Señor en el proceso de salvación de nuestra alma, que dura toda la vida que nosotros pasamos aquí en la tierra como creyentes, pero que depende totalmente de nuestra disposición.

Si permitimos que el Señor trabaje en nuestra alma hasta transformarla completamente, entraremos en el reino de los cielos; de lo contrario, esa transformación del alma durará mil años. Al final de ellos habrá alcanzado el grado de transformación que el Señor ha determinado y finalmente entraremos en la Nueva Jerusalén.

En la caída del hombre, el cuerpo humano también fue totalmente damnificado, a tal grado que tiene que ser desechado para recibir, en la resurrección, un cuerpo totalmente nuevo y espiritual, que ya no tiene ninguna relación con el pecado.

Solamente unos pocos hijos de Dios—las primicias— no tendrán que pasar por la muerte, sino que sus cuerpos serán transformados en un instante y subirán directamente al trono de Dios. De la misma manera, los cuerpos de los creyentes que estén vivos cerca del final de la Gran Tribulación serán transformados en un instante, y subirán a los aires para recibir al Señor y para participar del juicio del Tribunal de Cristo.

Todos los demás creyentes tendrán que pasar por la muerte, para que su cuerpo, que fue dañado por el pecado sea totalmente destruido y después resuciten con un cuerpo glorioso e incorruptible.

Volviendo al tema del alma, debemos tener claridad que, en el asunto de sabiduría, revelación y conocimiento de Dios, el alma juega un papel muy distinto al que muchos creyentes creen: solo sirve para entender, para saber algunas de las cosas que el creyente conoce en su espíritu. Es por esto que el Espíritu complementa la oración de Pablo en los siguientes términos: "***alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis…***" Efesios 1.18. Los ojos sirven para ver, y cuando nuestro entendimiento es iluminado, alumbrado, entonces podemos ver, es decir, podemos saber. Téngase en cuenta que el entendimiento es la mente humana y la mente es la parte más importante del alma y el alma es la persona del hombre, el alma es el hombre mismo.

Cuando el Señor habla de alumbrar quiere decir que este alumbramiento requiere luz, y la luz se refiere a Dios, porque ese es uno de Sus atributos, es Su esencia: la luz. "***Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él***" 1 Juan 1.5. Para que alumbrados los ojos de nuestro entendimiento no es nada distinto a que Dios, que es luz, llene nuestra alma, la sature de Él, pero primero se requiere que el alma—especialmente la mente— sea sometida totalmente al espíritu.

En estas condiciones somos iluminados en nuestro enten-

dimiento y podemos saber, es decir, tenemos una visión de algunas de las cosas que Dios ha revelado a nuestro espíritu y que se resume en cuatro aspectos: ***primero***, la esperanza a la que Él nos ha llamado; ***segundo***, las riquezas de la gloria de su herencia en los santos; ***tercero***, la supereminente grandeza de su poder que venció la muerte en Cristo, que lo resucitó y lo ascendió por encima de los poderes espirituales y humanos; y, ***cuarto***, el encabezamiento de la iglesia por parte de Cristo.

No sabemos cuánta luz tienes, apreciado lector, sobre estos cuatro puntos que el Señor quiere mostrarte, pero es un buen tema para orar muchas veces. Tampoco sabemos cuánto conoces al Señor en tu espíritu, cuánta revelación, sabiduría y conocimiento de él has buscado en tu espíritu, pero sí sabemos que este es un tema muy apropiado para orar sin cesar, para que el Espíritu pueda manifestarse en ti mediante el don de conocimiento o palabra de ciencia. No descuidemos estos dos dones que encabezan la lista, porque si los tenemos, de ellos depende en gran medida que tengamos un vivir agradable al Señor.

De esta manera tendremos fruto abundante para el disfrute de Dios y nuestro fruto será permanente. Cuando tenemos ese fruto permanente, el Padre se agrada en nosotros y nuestra vida se tornará en una vida de continua comunión con Dios y de mutua satisfacción de Él y nuestra.

Fe

El tercer don señalado en esta relación de las manifestaciones del espíritu es la fe. En el Nuevo Testamento hay dos acepciones para la fe: una, es un sustantivo y la otra es un verbo. La gramática de la lengua española nos enseña que un sustantivo es una palabra que designa personas o cosas, reales o imaginarias. Luego cuando se usa el término fe como sustantivo, se refiere a una persona y esa persona es Dios, con todo lo que Él es y posee. La fe es Dios mismo: Su persona, Su plan, Su deseo, Su trabajo en Sus hijos, Su trabajo en el hombre, Su obra en la tierra...

Cuando la fe es un verbo, sabemos que un verbo es una palabra que hace referencia a una acción, luego la fe en este sentido se refiere a la actitud de creer que nosotros tenemos frente a esa fe que es Dios. A esto los estudiosos de la Biblia han llamado la fe objetiva y la fe subjetiva respectivamente. La primera se refiere a lo que la fe es en sí, que, insistimos, es la persona de Dios, y la fe subjetiva es aquello que nosotros creemos acerca de esa fe objetiva.

La fe objetiva no cambia, pero nuestra fe subjetiva sí. Cuando una persona recibe al Señor, su

fe subjetiva es muy pequeña, es poco lo que conoce y lo que cree del Señor, pero en la medida en que va ejercitando su fe, ella va creciendo hasta que un día su fe subjetiva llega a ser igual a la fe objetiva y a esto se refiere Efesios 4.13 cuando dice que una de nuestras metas es llegar a la unidad de la fe, es decir, llegar al punto en que la fe subjetiva de un creyente es igual a la fe objetiva, que repetimos es Dios mismo.

En el asunto de la fe hay enseñanzas tan erróneas entre la gente del mundo y entre los creyentes, porque se confunde la fe con la esperanza y casi siempre se tienen esperanzas sobre cosas mundanas y ridículas. Es común oír a las personas, y aun a los creyentes decir frases más o menos así: "***Yo tengo fe que mi hijo va a ingresar a la universidad; yo tengo fe que voy a ir a tal cual lugar; yo tengo fe que mi futuro será exitoso***".

Todas estas son expresiones de esperanza y aún es una esperanza no fundada en el deseo de Dios, sino en el mundo. Nuestra esperanza debe estar fundamentada en que el Señor llene y sature nuestra alma; nuestra esperanza debe estar en que cuando el Señor venga, si estoy aún vivo, o cuando yo muera, esté totalmente lleno de Él en mi corazón, de tal manera que pueda arrebatarme como las primicias o que me resucite para ascender como el hijo varón, y en los dos casos estar en Su trono, para un disfrute maravilloso.

Esta es una buena esperanza que se da mediante el ejercicio de la fe genuina; las demás cosas son añadiduras: mi futuro, la educación de los hijos, el matrimonio, la salud y otras, el Señor tiene cuidado con aquellos de Sus hijos que buscan el reino de Dios: "***Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas***" Mateo 6.33. En pocas palabras, la esperanza es preparar la venida del Señor, amar esa venida y prepararnos, para que cuando se dé estemos totalmente llenos de Él.

El don de fe, en consecuencia, es un ejercicio que diariamente debemos hacer, recibiendo toda la revelación y la sabiduría que el Señor nos suple, para que Él crezca dentro de nosotros, sature con Su vida y naturaleza todas las partes de nuestro ser, de tal manera que cuando Él venga, o nosotros salgamos de este mundo, todas las áreas de nuestro ser humano estén totalmente saturadas de Él.

Cuando lleguemos a este punto, habremos alcanzado la unidad de la fe a la que se refiere Efesios 4.13, y que también fue el testimonio que dio nuestro hermano Pablo, cuando estaba a punto de ser sacrificado: "***Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cer-***

cano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" 2 Timoteo 4.6-8

Este, al igual que los demás dones es una manifestación del Espíritu y Él los reparte como quiere. Por eso debemos evitar la jactancia cuando el Señor en Su misericordia quiera usarnos, manifestándose por medio de nosotros. Toda la gloria es del Señor y no nuestra. El interés y el trabajo del Espíritu es porque crezcamos en el Señor y lleguemos al pleno conocimiento de Él, que alcancemos Su estatura y que obtengamos fruto que permanezca, para Su deleite, es decir, fruto que nunca cese, que nunca deje de satisfacer al Señor.

La fe subjetiva tiene que ver con recibir todo aquello que el Señor es y ha hecho por nosotros y esos hechos son pasados, es decir, están consumados.

Cuando disfrutamos los atributos del Señor, cuando disfrutamos Su amor, Su luz, la vida eterna, la justicia, la soberanía, la santidad, la bondad, la fidelidad, la paciencia y longanimidad del Señor, Su humildad y mansedumbre, el dominio propio y todas las demás virtudes y atributos propios de Él, estamos haciendo que nuestra fe subjetiva crezca.

Igualmente, en la medida que disfrutamos Su obra de redención en la que se incluye Su encarnación, que es la mezcla de la naturaleza divina de Dios con la naturaleza humana de Jesús; cuando hacemos nuestro, ese vivir humano de Jesús en el que en Sus pensamientos palabras y hechos agradó al Padre, en otras palabras, el padre hizo Sus obras en Jesús.

De igual manera, cuando disfrutamos la derrota que el Señor le propinó a satanás mediante Su muerte en la cruz; lo mismo cuando hacemos nuestro disfrute Su resurrección, en la que ahora Dios no solo está mezclado con Jesús, sino con todos nosotros Sus hijos; cuando confesamos y hacemos realidad el hecho de que Él ascendió y nosotros ascendimos con Él y estamos sentados en lugares celestiales con Cristo; y cuando reconocemos que Él vino como el Espíritu Santo el día de Pentecostés y nos metió en Él, es decir, nos bautizó, siempre que nosotros disfrutamos esos hechos que son pasados, consumados, estamos ejercitando nuestra fe subjetiva, ella va creciendo y llegará el día en que nuestra fe será tan grande como Dios mismo que es la fe objetiva.

Capítulo 36

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (4)

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (2)

Continuamos tratando el tema de los dones que tienen que ver con la parábola de los talentos que hemos venido disfrutando desde el capítulo anterior

Dones de sanidades

Es el cuarto don por medio del cual se manifiesta el Espíritu Santo. Si eres cuidadoso al leer la palabra y se acercas a ella sin presunción, entenderás que aquí no se habla solamente de sanidades físicas, sino que el Señor habla de una sanidad integral.

Veamos: Un versículo que les gusta recitar a los "*especialistas en sanidades*" está en 1 Pedro 2.24 "***quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados",*** que a la vez es una cita de Isaías 53.5: ***"Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados***".

Los interesados en la realización de "*curas milagrosas*" recitan la parte que dice "*por cuya herida o por su llaga fuimos sanados o curados*", pero olvidan el contexto del versículo. Primero dice que el Señor llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, que fue herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados. Afirma que nosotros mediante Su muerte morimos a los pecados y que ahora vivimos a la justicia, es decir, ya no practicamos hechos de injusticia, sino que presentamos nuestros miembros para agradar a Dios: "***ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas de justicia***" Romanos 6.13. Igualmente, el pasaje afirma que el castigo de nuestra paz fue sobre Él y ahora sí agrega la frase tan trillada por los cristianos: por Su herida fuisteis sanados o por su llaga nosotros fuimos curados.

Téngase en cuenta que esa sanidad es una sanidad integral, que comienza en las partes interiores del ser humano. Cuando una persona cree y recibe al Señor Jesús, su espíritu humano es vivificado, su alma es restaurada y en su cuerpo comienza un proceso de vivificación que culminará en la venida del Señor, donde el cuerpo humano de los creyentes será totalmente cambiado: "***He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y***

los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" 1 Corintios 15.51-53 y Filipenses 3.21: "***el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas***".

Es por esto que Romanos 8.10-11 afirma: "***Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros***". Lee estos dos versículos con espíritu de discernimiento y con oración y notarás el orden que tiene el Señor. ***Primero*** Él trabaja Su sanidad en nuestro espíritu y nuestra alma, viniendo a morar en ellos, especialmente en nuestro espíritu, desde donde hace Su trabajo de transformación del alma, y cuando esto es real, cuando Cristo está en el creyente, el cuerpo de éste está muerto. ¿Muerto para qué? Para el pecado, es decir, no puede pecar, porque una persona que vive en el Espíritu, todo su ser es gobernado por Él y no puede pecar. Su espíritu está lleno de justicia y lleno de vida, la vida eterna, la vida de Dios.

Cuando esto es así la palabra trae una promesa hermosa: Si el Señor Espíritu, que levantó a Jesús de entre los muertos, mora en nosotros, hará algo maravilloso con el cuerpo mortal de los creyentes: lo vivificará, es decir, suplirá también Su vida eterna en él.

Observa que el verbo está en tiempo futuro, lo cual quiere decir que es un hecho que sucederá después. ¿Cuándo? Cuando el Señor Jesús regrese, cuando suene la séptima trompeta, que es la última, la final, los muertos en Cristo resucitarán primero, con un cuerpo de gloria semejante al cuerpo del Señor Jesús resucitado; y los que vivamos en esa época —a lo cual aspiramos en el Señor— seremos transformados, transfigurados en nuestro cuerpo, y recibiremos un cuerpo semejante al del Señor resucitado. Esta es una verdadera y genuina sanidad.

Volvamos a 1 Pedro 2.24 y hablemos de esa pequeña frase: "***por su herida fuimos sanados***". ¿Qué herida es esa? El Señor, cuando fue juzgado y muerto por los judíos y los romanos, fue golpeado, abofeteado, coronado de espinas, atravesado por clavos de metal en sus pies y en sus manos, y de esas heridas manó sangre,

toda Su sangre.

Pero además de estas, hay una herida muy especial, de la cual Juan hace un relato, también especial: "***uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua***" Juan 19.34.

Sin duda Pedro e Isaías se refieren a esta herida o llaga, y sólo Juan vio ese detalle, aparentemente insignificante, pero muy revelador: de la herida que el soldado produjo en el costado del Señor, salió sangre y agua. Todos los que estaban cerca de la cruz de Jesús vieron que de Él salía sangre, pero solo Juan vio el agua.

Esa sangre y esa agua que salieron de la llaga del Señor Jesús son nuestra genuina sanidad. Todos los hombres estábamos enfermos. Satanás sembró en el hombre, desde Adán, su naturaleza de enfermedad que se llama el pecado, y esa horrible enfermedad, finalmente produce la muerte. Todos los hombres estábamos condenados a la muerte eterna, a pasar la eternidad en el lago de fuego. Pero ¡Aleluya!, cuando el soldado romano enterró la lanza en el costado del Señor, salió sangre y agua para nuestra sanidad, para que podamos vivir para la justicia y vivir por la eternidad. Por eso el Señor es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

¿Qué significado tienen la sangre y el agua? Sabemos por la Biblia que en la sangre está la vida BIOS, la vida física de los seres vivos que tienen sangre. Génesis 9.4. Al ser derramada, Jesús estaba muriendo en Su carne por todos nosotros: "***Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu***" 1 Pedro 3.18. A los ojos de Dios, todos los hombres morimos en Jesús.

De otro lado esa sangre derramada, tiene como función limpiarnos de todos nuestros pecados. Eso dice la palabra de Dios en 1 Juan 1.7: "***pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado***".

¿Y cuál es el significado del agua que Juan vio en el costado de Jesús? Los hermanos que son superficiales, que no tienen el hábito de sumergirse en las profundidades de la palabra, afirman que el agua a la que se refiere Juan no es otra cosa que el plasma de la sangre, el cual está compuesto en un 90% de agua y un diez por ciento de múltiples sustancias disueltas en ella, especialmente proteínas, glúcidos, lípidos y productos de desecho del metabolismo. Esto es verdad,

pero el Espíritu no quiere que nos detengamos en esas cosas que no van más allá de un simple conocimiento mental. El Señor desea que en cada pasaje de Su palabra encontremos el significado espiritual.

Muy bien. En la Biblia, algunas veces el agua significa muerte, como en Génesis 1.2, donde la tierra estaba cubierta por agua y en ella no había ninguna clase de vida, es decir estaba llena de muerte. Igualmente, en Juan 2, cuando Jesús, en las Bodas de Caná, transformó el agua en vino, las seis tinajas que estaban allí para un rito religioso de los judíos, fueron llenas de agua hasta el borde, lo cual significa que los hombres religiosos se llenan de muerte hasta el borde, pero cuando invitan a Jesús a vivir en ellos, Él transforma esa muerte religiosa en vida, representada aquí por el vino que surgió de la transformación que hizo Jesús de agua en vino.

De la misma manera, el agua que salió del costado de Jesús representa la vida, según podemos verlo en Juan 7.37-39: "***En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado***".

Los judíos estaban celebrando la más grande fiesta, la fiesta de los Tabernáculos; y debe suponerse que estaban saciados, llenos de vida; pero no era así, porque sus fiestas, a pesar de que habían sido ordenadas por Dios, no las veían como tipos de Jesús y ellos las habían convertido en meros ritos religiosos.

Por eso, cuando la fiesta había llegado a su punto más alto, el Señor alzó la voz para decirles: "**sus fiestas les producen sed y ustedes están sedientos. Deben venir a mí para que desde su interior corran ríos de agua viva. Para tener esos ríos de vida basta hacer algo muy pequeño: creer en Mí**". Cuando una persona recibe al Señor Jesús, inmediatamente el Espíritu viene a morar en su espíritu humano y Él es una fuente inagotable de agua de vida.

Otro pasaje que nos presenta el agua tipificando la vida eterna está en Juan 4.1-42 donde Jesús se encuentra con la mujer samaritana. Entre las muchas cosas que ocurren en el pasaje, está aquella donde Jesús le dice a la mujer que le dé de beber. Ella rechaza la petición, por la discordia que existía entre judíos y samaritanos. El Señor le replica diciéndole que si ella supiera quién es el que le pedía de beber, ella le

pediría y Él produciría en su interior una fuente de agua que salte para vida eterna: "***Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua borbotante para vida eterna"*** vs. 13-14 traducción literal.

Lo anterior nos lleva a concluir que el agua que salió del costado de Jesús representa la vida eterna. Cuando el Señor murió en la cruz, nosotros no solo morimos con Él, sino que el Señor juzgó y eliminó todas las cosas que satanás había introducido en el hombre y que le impedían acercarse a Dios, cosas tales como el pecado—la naturaleza de satanás—, los pecados—las conductas humanas propias de la naturaleza pecaminosa que mora en el hombre—, el mundo, que es el sistema diabólico que atrapa a los hombres y que los convierte en enemigos de Dios, las divisiones en razas, géneros, nacionalidades, el viejo hombre y otras.

Todas ellas fueron destruidas por el Señor en la cruz y nos liberó de esos fardos y ataduras, para que ahora en plena libertad podamos recibir la vida de Dios que es el Espíritu, que según Juan 7.39 hemos recibido todos los que creemos en el Señor Jesús. ¿No es maravilloso? ¡Demasiado precioso!

Esta es la verdadera sanidad como don, que el Espíritu reparte a los creyentes a cada uno como Él quiere, pero el cristianismo, sin lograr entender la palabra, porque no quieren buscar al Señor, sino que los hermanos se dedican a seguir a hombres que los desvían y pretenden hacer del don de sanidades una orgía, donde no es el Espíritu Santo quien se manifiesta, sino el diablo con sus huestes ha hecho de este don algo repugnante a los ojos del Señor.

A algunos líderes cristianos, "*sanadores*" de profesión, les encanta reunir multitudes y practicar algunas "*curas milagrosas*". A ellos les complace hacer oraciones que más bien parecen fórmulas mágicas, mediante las cuales algunas personas son "*sanadas*" de diversas enfermedades.

Ahora, si el hecho se da frente a una cámara de televisión, mucho mejor, porque de esa manera el "*sanador*" es conocido a nivel local, nacional y mundial, y su fama llega mucho más allá de la fama de los hombres mundanos famosos. Luego las personas que fueron curadas se paran frente a la cámara, con micrófono en mano, a testificar que el señor las sanó, pero no aclaran cuál señor, porque indudablemente se refieren al señor que "*oró*" por ellas, pero no al Señor Jesús; a Él ni siquiera lo nombran.

Ahora bien, esos testimonios se dan sobre sanidades intangibles, invisibles: "*que yo tenía un fuerte dolor en el vientre y cuando el reverendo oró por mí, me pasó el dolor*". ¿Quién puede dar una constancia de esa sanidad? Nadie. En una época reciente, en el cristianismo se puso de moda un milagro de calzar los dientes y aparentemente era evidente que algunas piezas dentales eran calzadas con plata. Claro está que a nadie le constaba que con anterioridad los dientes no hubiesen sido calzados en un consultorio odontológico. Junto con estos milagros surgió el de tocar a las personas para que cayesen a tierra y esta es una moda contemporánea.

Por favor no nos acusen de incrédulos ni de herejes, aduciendo que no creemos que el Señor pueda sanar. Claro que el Señor nos ha sanado en nuestro espíritu; lo ha llenado de vida. En la medida que le permitimos transformar nuestra alma, llenándola con Su vida divina; y, eventualmente, cuando Él quiere sana nuestro cuerpo de diversas enfermedades: cáncer, leucemia, dolores diversos, todo lo hace según Su voluntad.

Lo negativo de esas señales está en el origen, la intención y la consecuencia de esas llamadas "*sanidades divinas*", practicadas por algunos grupos llamados cristianos. Queremos recordar nuevamente Mateo 7.21-23: "***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad***".

Todos esos "*milagros*" de sanidades, de tumbar a la gente y de tantas cosas aberrantes que practica el cristianismo, se originan en una fuente de maldad, pero no en el Señor, y lo afirmamos así por varias razones: l**a primera**, casi siempre, esas personas que testifican las sanidades, ni siquiera son salvos, no son hijos de Dios, no son regenerados y no han nacido de nuevo; **segunda**, la sanidad practicada en ellos no produce vida, no hay una búsqueda del Señor, no hay ninguna glorificación para el Señor.

Es lo mismo que ocurrió cuando el Señor sanó a diez leprosos en Lucas 17. Sólo un samaritano regresó al Señor para glorificarlo y Él fue salvo porque tuvo fe, es decir creyó en quien lo había sanado. **Tercera**, La única intención que tiene el "*sanador*" es la de volverse famoso, la de ganar adeptos y seguidores, porque eso

le representa un ingreso económico sustancioso.

Cuando el Señor Jesús sanaba a las personas de diversas enfermedades siempre les rogaba que no lo dijesen a nadie; a algunos simplemente les ordenó que se mostraran al sacerdote para testimonio, pero les encarecía que no lo llenaran de fama, porque al Señor no le agrada para nada la fama entre los hombres; a Él le encanta lo secreto, lo privado: "***Pero no queréis venir a Mí para que tengáis vida. Gloria de los hombres no recibo. Mas Yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros***" Juan 5.40-42.

Todo lo contrario, hacen los mercaderes contemporáneos de la sanidad, que la utilizan como medio para llenarse de fama. Todos estos son hechos de maldad que en el día del tribunal de Cristo no tendrán ningún valor, sino que por el contrario testificarán contra quienes los practicaron.

Si tú querido lector quieres saber un poco más del origen de todos estos hechos "*milagrosos*", te recomiendo que leas el libro ***El Poder Latente del Alma***, escrito por Watchman Nee, un hermano que vivió en el siglo XX y a quien el Señor le dio mucha visión sobre Sus negocios, y sobre este tema tiene mucha claridad, la cual plasmó en el libro señalado. Mediante la lectura de este libro, el Señor te ayudará a salir del engaño en que ha caído el cristianismo contemporáneo. Este libro se puede conseguir en Internet de manera gratuita.

Deseamos aclarar lo siguiente: de ninguna manera estamos tratando de atacar organizaciones o personas. Sabemos que estas palabras levantarán controversia, especialmente entre los dirigentes que lideran esas organizaciones, y lejos esté de nosotros querer desatar una polémica que dañe a los hermanos.

Solamente deseamos presentar la revelación y la visión que el Señor, en Su misericordia, nos ha otorgado a lo largo de más de tres décadas de haber recibido al Señor y haberlo servido, siguiendo al Espíritu, especialmente en el último decenio. No podemos saber cuántos de esos líderes son lobos disfrazados de ovejas, o sea cuántos son falsos maestros y cuántos son genuinos creyentes que han caído en lazo del diablo.

Si eres un creyente genuino y lees estas líneas con humildad, estamos convencidos de que el Señor te dará revelación en tu espíritu y alumbrará los ojos de tu entendimiento para que puedas saber estas cosas.

Hablamos aquí para los genuinos creyentes, no para los lobos disfrazados de ovejas, con la intención y la esperanza de que, para aquéllos, el Señor en Su misericordia, les haga resplandecer

la luz del evangelio en la faz de Jesucristo.

A ustedes hermanos queridos, los alentamos con amor a que busquen la verdad que les será revelada mediante la unción que ustedes recibieron del Señor y mora en su espíritu. Es tiempo de salir de tanta mentira y engaño y de venir al Señor para tener un encuentro real con Él; es tiempo de ser iluminados para seguirlo a Él como el camino, porque no hay un camino diferente a la persona del Señor Jesús.

Sin pretender ser Pablo, sino simplemente hermanos que han sido objeto de la misericordia del Señor, con todo el amor y el respeto, repetimos con humildad la palabras que Pablo profirió cuando estaba de paso por Mileto: "***Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios***" Hechos 20.26-27.

Pablo no rehusó hablar toda la palabra que el Señor le pidió que hablara, sin importar que eso le causara inconvenientes, envidias, detracciones, murmuraciones e intenciones de matarlo.

Hoy el Señor desea encontrar algunos de Sus hijos que enciendan el candelero y no lo pongan debajo del almud, sino en lo más alto, para que alumbre a todos los que están en casa.

Esperamos, querido lector, que estas palabras sean de iluminación para ti. Podemos ratificar las palabras con las que Pablo se despidió de los hermanos con quienes se reunió en esa ocasión: "***Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados***" v. 32.

Pablo no encomendó a los hermanos a un ministerio particular, ni a una organización ni a un líder, sino a Dios y a la palabra de Su gracia, porque en el Señor, que es la Palabra misma, está el poder que puede sobreedificarnos y darnos herencia con los santificados. ¡Que esta sea tu realidad!

De ninguna manera estamos afirmando que la sanidad divina no sea real y que el Señor no pueda sanar las enfermedades que hay en el cuerpo de las personas, pero es necesario encontrar y seguir algunos principios que el Señor desea que sigamos y que Él estableció cuando anduvo en carne aquí en la tierra.

Si observamos algunos pasajes en los que el Señor sanó a diferentes personas, encontraremos esos principios. Por ejemplo, en Lucas 17 encontramos el relato cuando el Señor sanó a diez leprosos: "***Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales***

se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!" vs. 12-13. La lepra era una de las más aterradoras enfermedades que podían azotar a una persona, porque quien la padeciese debía aislarse de sus congéneres.

Por eso es que la Biblia afirma que aquellos hombres se pararon lejos y alzaron la voz rogándole al Señor que los sanara, que usara Su misericordia para con ellos y los liberara de ese terrible flagelo. El Señor Jesús no hizo ninguna clase de oración, sino simplemente les dijo: "***Id, mostraos a los sacerdotes***" v. 14. El Señor no armó un espectáculo, llamando a las multitudes para que se congregaran y vieran el milagro de sanidad que iba a realizar, sino que les dijo con sencillez: vayan a los sacerdotes y muéstrense a ellos.

Los hombres tampoco le replicaron diciendo que lo que ellos deseaban era ser sanados y no ir a los sacerdotes. Ellos simplemente obedecieron y se fueron. "***Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados***" v. 14. El Señor ni siquiera profirió una palabra para pedir que la lepra desapareciera, simplemente les pidió que obraran según Su voluntad y ellos obedecieron y ¡oh, qué respuesta tan agraciada! Mientras iban fueron sanados, su lepra fue quitada, su piel fue limpia, su enfermedad desapareció.

Uno de ellos que era samaritano, decidió agradecerle al Señor y regresó: "***Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano***" vs. 15-16. Este era el deseo del Señor: que aquellos hombres que habían sido sanados le dieran la gloria al Señor, pero solo uno, el 10% de los que habían sido limpios, regresó para alzar la voz y glorificar a Dios.

Este es un primer principio: en todo lo que Dios hace en nosotros, debemos darle el crédito, la gloria a Dios y no a los hombres, ni a nosotros mismos.

En el cristianismo ocurre lo contrario: cuando se da una supuesta sanidad, la gloria es toda para el hombre que presuntamente produjo la sanidad, y Dios no es glorificado: "***Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?***" vs. 17-18.

El segundo principio que podemos ver aquí es que la sanidad se produjo sobre una enfermedad que era evidente. Todos los que habían visto a aquellos hombres sabían que eran leprosos y vieron, por lo menos a uno, que había sido limpio de su lepra. Esa es una genuina sanidad. Pero

la sanidad no se quedó ahí, sino que produjo un hecho todavía más honroso: "***Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado***" v. 19.

El haber obedecido al Señor yendo a mostrarse a los sacerdotes como el Señor le mandó, sanó su lepra, y el haber regresado para glorificar al Señor, lo salvó. ¿De qué sirvió a los otros nueve ser limpios de su lepra, si no fueron salvos? De muy poco.

El Señor no sólo quiere sanar nuestro cuerpo, sino Él quiere tomar nuestro espíritu y nuestra alma y producir en ellos Su sanidad, porque, hablando espiritualmente, la lepra es una manifestación de la corrupción interior que hay en el hombre. En otras palabras, todos los hombres son leprosos, y son sanados de su lepra solo si van al Señor.

Otro caso lo encontramos en Mateo 8.1-4, cuando un hombre que tenía lepra vino y se postró delante de Él y le dijo: "***Señor, si quieres, puedes limpiarme***".

Este hombre no trató de manipular al Señor, ni de obligarlo a hacer su voluntad, como enseñan hoy los líderes cristianos diciendo que en la oración hay que ordenarle al Señor lo que Él tiene que hacer por nosotros. No, este leproso se sometió totalmente a la voluntad del Señor y por eso le dijo: "***Señor***". Su primera actitud es la de reconocer el señorío de Cristo. Luego le dice: "***si quieres***".

Con estas palabras, el leproso se estaba sometiendo a la voluntad del Señor, no tratando de manipularlo para que el Señor obrara según su capricho. Dos principios más que debemos aprender aquí: Necesitamos en toda nuestra manera de vida reconocer que Jesús es nuestro Señor, que nosotros somos Sus siervos y que Él hace las cosas según Su deseo y no según el nuestro.

Cuando el Señor encuentra corazones así, Su respuesta no tiene demora: "***Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció***". El Señor ejerció Su voluntad sobre una persona sumisa, que no estaba llena de soberbia.

En los días que se estaba redactando este libro vimos en la TV a un predicador enseñando a orar el Padre Nuestro y diciendo que algunos oraban diciendo: "**Señor, si es Tu voluntad, sana a la persona de esta o aquella enfermedad**". Luego él decía que esa era una forma insensata de orar, decirle al Señor que sane si era Su voluntad, es una tontería, que se debía orar diciéndole al Señor que Él tenía que sanarla.

¡Qué insensatez y qué soberbia la del predicador de marras!

Dios nunca responderá una oración donde le damos órdenes o intentamos manipularlo. Una oración así es de la carne y Dios no oye, ni ve, ni entiende nada que salga de nuestra carne: "***Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo***" 1 Pedro 5.5-6.

Luego el Señor le dice al que había sido leproso: "***Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos***" El Señor no quería violar la ley de Moisés, ni dar ocasión para ser acusado por los judíos de tal violación, pero le recomendó que no lo dijera a nadie. Aquí hay otro principio: al Señor no le gusta la publicidad; por el contrario, le encanta el secreto. Es todo lo contrario a lo que ocurre en el cristianismo: ¡cuánto les encanta la publicidad a los que fungen de sanadores!

Un tercer ejemplo de genuina sanidad lo encontramos en Mateo 8.5-13, donde un centurión le rogó al Señor que sanara a su siervo que estaba paralítico. Cuando el Señor le dijo que iría a sanarlo, el centurión le respondió que no era digno de que Jesús entrara bajo su techo, pero que bastaba que dijera una palabra y el siervo sanaría, porque él mismo era hombre bajo autoridad y que tenía soldados bajo sus órdenes y éstos hacían lo que él les pedía.

El Señor se maravilló por el hecho de que entre Su pueblo, los israelitas, no encontrara tanta fe como la hallada en aquel extranjero—el centurión era romano—, y sentenció: "***Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes***" vs. 11-12.

Pocos serán los israelitas que entren en el reino de los cielos, distintos a Abraham e Isaac y Jacob, al igual que serán pocos los creyentes que logren ese galardón, que está reservado a aquellos que creen en el Señor y en Su palabra, que lo siguen y lo obedecen. Los demás serán echados en las tinieblas de afuera donde habrá lloro y crujir de dientes.

Una vez que el Señor disfrutó de la fe de aquel centurión le dijo: "***Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora***" v. 13. Podemos observar que el centurión no tenía ningún afán de que el Señor hiciera algo para sus intereses, sino que Jesús fuese glorificado, porque ese gentil creyó en el Señor, creyó que Su palabra era la palabra de Dios y que se cumplía por encima de todas las

cosas.

El centurión no buscó llenarse de fama, pues ni siquiera se conoce su nombre, ni tampoco el nombre del paralítico, lo que se constituyó en una oportunidad para que el Señor fuera glorificado y además dejara una revelación acerca del reino de los cielos.

Un cuarto caso de sanidad lo encontramos en Marcos 1.29-31 cuando sanó a la suegra de Pedro, que estaba postrada en cama con fiebre y el Señor la tomó de la mano y la levantó y la fiebre la dejó y ella sirvió al Señor. Aquí el Señor produjo una sanidad en una persona que tenía un corazón para servirlo y no para que la multitud se gloriara por su morbo de ver milagros, lo que sí ocurre hoy en el cristianismo degradado.

Un caso de sanidad que llama poderosamente la atención es el registrado en Juan 9, donde al pasar Jesús vio un hombre que había nacido ciego. Ese hecho despertó la religiosidad de los discípulos y le preguntaron: "***¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?***". La religión que estaba arraigada en los discípulos les hacía considerar que la enfermedad del ciego debía ser culpa de sus padres o de él, pero la respuesta del Señor fue totalmente contraria a sus conceptos religiosos: "***No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él***" v. 3.

En el siguiente versículo Él se muestra como la luz del mundo y la necesidad de hacer Sus obras mientras esté de día, porque cuando venga la hora de las tinieblas no le sería posible trabajar. Entonces, para sanarlo, hizo una cosa que nadie esperaba, contraria a todos los conceptos humanos: "***Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo***" vs. 6-7.

Tal vez la multitud y los mismos discípulos esperaban que impusiera sus manos sobre él, que dijera una oración o que liberara una palabra, ordenando a la ceguera que desapareciera; pero no fue así, sino que escupió en la tierra, hizo lodo, se lo untó y le mandó al estanque del Enviado a que se lavara. El ciego obedeció, se lavó y recobró la vista.

Aquí hay una evidencia de su estado anterior de ceguera no solamente testificado por él, sino por sus padres y sus vecinos. Esta sanidad causó tal controversia entre los fariseos que hicieron venir ante ellos al ciego para preguntarle si había sido ciego y cómo había recibido la vista. Al testificar él sobre su sanidad no le creyeron; entonces llamaron a sus padres, quienes testificaron

la veracidad de la sanidad, pero tampoco les creyeron y los expulsaron, acusando al Señor Jesús de ser un pecador.

Después de esto el Señor oyó que lo habían expulsado, se encontró con Él y este hombre lo recibió, creyó en Él y lo adoró.

El objetivo de una sanidad genuina es que una persona en verdad sirva al Señor después de ser sanada. Si miramos atentamente el capítulo encontraremos que la sanidad practicada en este ciego no fue solamente física, sino una sanidad integral, que abarcó el espíritu, el alma y el cuerpo de aquel hombre.

Además Jesús aprovechó la ocasión para mostrarles a los fariseos que ellos eran ciegos espirituales y que permanecían en su pecado creyendo que veían, pero que por su orgullo religioso no podían ver quién era Él y no podían venir a Él.

Son tantos casos de sanidad que hay en el Nuevo Testamento, que sería interminable relatarlos todos; y de esa manera poder mostrar cuánta mentira y tergiversación hay en las sanidades que practica el cristianismo contemporáneo, porque son obras que no hace el Señor sino los hombres, en su ambición por ganar adeptos y llenarse de fama.

Para cerrar este tema, podemos ver la sanidad practicada por el Espíritu a través de Pedro y Juan cuando subían al templo y que está relatada en Hechos 3.1-10. En el pasaje se relata que un hombre que era cojo de nacimiento se sentaba en una de las puertas del templo para pedir limosna, y cuando Pedro y Juan lo vieron, pusieron en él sus ojos y le ordenaron en el nombre de Jesucristo de Nazaret que se levantara y caminara. Ellos le dieron la mano, lo levantaron y al instante los pies y los tobillos se le afirmaron; se levantó, comenzó a saltar y a dar la gloria a Dios. El hombre que fue sanado alabó y glorificó a Dios, no a Pedro y a Juan, porque la sanidad la había hecho el Señor y no los hermanos.

Lo mismo ocurre en 1 Corintios 12, donde la palabra reitera una y otra vez, que es el Espíritu quien reparte los dones y hace los prodigios según es Su voluntad, y el propósito de esos repartimientos es darle la gloria a Dios y no a los hombres.

Ni el Señor, ni los primeros discípulos practicaron estos dones para arrastrar tras de sí a las multitudes, ni para convertirse en hombres famosos, reconocidos y alabados por las multitudes, como ocurre hoy en el cristianismo, donde el diablo falsifica los dones y engaña a las personas para que, furtivamente, lo sigan a él.

Capítulo 37

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (5)

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (3)

La parábola de los talentos habla de que el Señor al partir nos dio talentos que no son nada distintos a los dones de los que habla la Biblia, especialmente en 1 Corintios 12. Continuamos en este capítulo disfrutando esos dones-talentos-

Hacer milagros

Este es el quinto don que el Espíritu Santo reparte entre los creyentes, es decir, a la iglesia, a cada uno como Él quiere. Este don, también es mal interpretado entre los grupos cristianos y aprovechado por los falsos maestros, a quienes les gusta la popularidad, la fama y ser vistos por los hombres.

Los milagros que hace el Espíritu no son un espectáculo para satisfacer el morbo de la gente, sino que tienen como objetivo que las personas crezcan en vida y glorifiquen al Señor.

¿A ti, apreciado lector, no te parece milagroso que el Dios eterno se haya despojado de Su gloria, haya vivido en esta tierra por más de tres décadas, haya ido a la cruz y haya muerto, haya resucitado y entrado en ti para morar en tu espíritu humano y desde allí transformar tu alma, hasta llevarte a tener Su estatura? ¿No te parece milagroso que ese precioso Señor cada día viva dentro de ti y te transforme poco a poco, en la medida que se lo permites, hasta que alcances la estatura de Él? ¿No crees que sea un verdadero milagro vivir en este mundo lleno de maldad, siendo guardado y cuidado por Él?

Cuando un hombre es engendrado, satanás desea que ese engendramiento sea producto del pecado: fornicación o adulterio. El diablo desea matarlo en el vientre de su madre en la gestación, o que muera al nacer. Si no logra nada de esto, lucha para que la vida de ese ser esté lejos de Dios, pero si no lo logra, se esfuerza por meterlo en una religión, para que allí viva una vida de fanatismo religioso, ciego, prisionero y alejado de la realidad de Dios.

No obstante, el Señor en Su gran misericordia, te escogió a ti, para que tengas una genuina comunión con Él, para acercarte a Él, para que te encierres con Él en el aposento—el espíritu humano—, para que vivas para agradarlo y complacerlo, para que alcances Su estatura, para que llegues a la unidad de la fe, para que diariamente seas transformado, te parezcas más a Él y lo manifiestes en tu diario vivir.

El Señor trabaja en ti cada día por medio la unción, para que puedas llegar al pleno conocimiento de Él; Él desea transformarte completamente antes de Su venida, para que puedas entrar en el reino de los cielos y reinar con Él en el reino de mil años, disfrutando de todas Sus riquezas.

El Señor hace a diario tantas cosas en la vida de Sus hijos que le permiten trabajar, que son verdaderos milagros. El sólo hecho de haber sido escogidos es un maravilloso milagro; el hecho que Él viva en nosotros es un milagro portentoso; lograr vivir cada día en esta tierra agradándolo, en medio de esta generación perversa y adúltera es un milagro.

Todos estos milagros que el Espíritu opera en nosotros no son un espectáculo que satisface el morbo del hombre natural caído, sino que satisface al Señor, y son de provecho para el genuino creyente.

A los falsos creyentes, que son uno con satanás, les encantan los milagros espectaculares y nosotros como creyentes genuinos, debemos ser cuidadosos para no caer en la trampa del enemigo. Si lees cuidosamente y con oración Mateo 4.1-11, verás que cuando el Señor Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo, éste hizo un gran esfuerzo para que el Señor cayera en sus redes, haciendo algún milagro.

Satanás, en la tentación, hizo uso de su astuta inteligencia, porque lo primero que puso delante del Señor fue una necesidad muy humana, como es la del sustento. El Señor Jesús llevaba cuarenta días sin probar bocado y lógicamente debía tener hambre. Entonces el enemigo le dice: "***Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan***".

¿Te imaginas lector, lo que implicaría el "*milagro*" de convertir una piedra en pan, con el que puedas saciar tu hambre? Así ya no tendríamos necesidad de trabajar, sino que podríamos comer de todos los alimentos que deseáramos, convirtiendo las piedras en tales. Pero observa bien que el origen de ese posible milagro era satanás mismo.

Imagina que el Señor hubiera cedido a la tentación y que efectivamente hubiera convertido en pan la piedra que satanás le presentó, e imagina además que este milagro hubiera ocurrido en este tiempo: diarios, revistas, estaciones de televisión y de radio y de Internet, se hubieran congregado en torno al Señor para difundir Su fama por todo el mundo. ¡Qué famoso hubiera sido el Señor! ¡Y qué gloria para satanás!

Pero no, el Señor se mantuvo firme. Su respuesta fue unas palabras sencillas consignadas en la Biblia: "***Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios***". Nuestro genuino alimento, el alimento que nutre de verdad, es toda palabra que sale de la boca de Dios. Busquemos sin cesar esa palabra y nutrámonos con ella cada día.

Si eres un creyente cuidadoso, notarás que toda tendencia a los milagros espectaculares y visibles se origina en satanás.

El diablo, a pesar de haber sido derrotado por el Señor, no desistió. Guardó la esperanza de que, en una segunda ocasión, tal vez el Señor caería.

Entonces lo llevó a la santa ciudad y lo puso en el pináculo del templo y le dijo: "***Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, En sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra***". Qué es la santa ciudad, qué es el templo y qué es el pináculo del templo. Jerusalén es la ciudad más amada por los judíos, es su centro religioso y la capital política del estado actual de Israel, ciudad por la que han luchado por miles de años para tenerla.

El templo ha sido motivo de orgullo de los israelitas, porque este es el único lugar que, en el Antiguo Testamento, los israelitas tenían para encontrarse con Dios, y ellos lo convirtieron en su centro religioso; y el pináculo debería ser la parte más alta de ese templo, tal vez era el edificio que se podía ver de más lejos. Como es sabido, cuando Salomón edificó el templo original, a la entrada erigió dos columnas de bronce, cada una de la cuales medía cerca de 11 metros de altura. Estas columnas se veían desde muy lejos y como eran metálicas, cuando alumbraba el sol, ellas reflejaban su luz, para testificar que allí estaba el lugar donde Dios se encontraba con Su pueblo.

Como se sabe, el rey babilonio Nabucodonosor, destruyó la ciudad y el templo, llevó cautivos a los judíos y solo después de setenta años, el rey persa Ciro, por mandato de Dios, decretó el regreso de los israelitas a su tierra, y después de mucho sufrimiento y en el transcurso de casi cincuenta años, lograron reconstruir el templo y la ciudad, pero en esa reconstrucción no se habla nada de las columnas Jaquín y Boaz. Probablemente el diseño fue modificado y le hicieron un pináculo en el pórtico de Salomón, como reemplazo de las columnas, porque ese, precisamente, es el significado de la palabra pináculo: "*Parte superior y más alta de un edificio o templo. Remate en la arquitectura gótica; adorno terminal, piramidal o cónico. Parte más sublime de una ciencia o de otra cosa inmaterial*".

Si juntamos estos tres elementos: la ciudad santa, como el centro religioso de los judíos; el templo, como el lugar de adoración de los religiosos judíos; y el pináculo, como la parte más elevada y visible de la religión, podemos entender cuál era la intención de satanás con respecto al Señor Jesús: el diablo deseaba que el Señor fuera el líder religioso más notable de todos los tiempos, simplemente haciendo un pequeño milagro consistente en lanzarse desde el pináculo, para ser visto por la turba sedienta de "***milagros***".

Como en la primera tentación el Señor le había respondido

con la Biblia, satanás en su astucia pretendió utilizar la misma arma, por eso le recitó un pasaje que se encuentra en Salmos 91.11, 12, donde el salmista habla del cuidado amoroso de Dios por los Suyos.

De este hecho tenemos muchas cosas que aprender. ***En primer lugar***, la diferencia que hay en las palabras de la Biblia saliendo de la boca del Señor y de un pasaje de la Biblia expresado por satanás.

En el primer caso, la Biblia es la palabra de Dios que nos alimenta, nos nutre y nos da vida; en el segundo caso, satanás toma la Biblia para falsificarla y con su falsificación engaña a la gente. Eso son todas las religiones cristianas: una fuente diabólica de engaño, aparentemente basadas en la Biblia. En segundo lugar, el pasaje nos enseña a ser cuidadosos, al pretender llenarnos de fama para ser conocidos, respetados y alabados en el medio religioso.

Tenemos que decir con mucha tristeza que este es el afán de los líderes del cristianismo contemporáneo. Cuán ardientemente desean hacer obras milagrosas para llenarse de fama, para ser honrados, para ser alabados y para ser conocidos de todo el mundo. Cómo les encanta esos títulos honrosos de pastor, reverendo, presbítero, apóstol, evangelista internacional, profeta, teólogo, monseñor, padre, papa, arzobispo, obispo, anciano, hermano responsable, diácono, hermano de servicio, cardenal y otros.

Si bien es verdad que en la iglesia hay algunas funciones como apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro, anciano y diácono, también es cierto que esos no son títulos para llenarse de fama, ni para obtener reconocimiento, sino son funciones que el Señor dio en el pasado a algunos hermanos para que Sus hijos, los santos, sean perfeccionados y el cuerpo de Cristo sea edificado. En consecuencia, mientras más sea la humildad y el secreto para ejercer esas funciones, más será honrado el Señor y no los hombres.

Si lees cuidadosamente en el capítulo 2 de Apocalipsis, en lo atinente a la iglesia en Éfeso, encontrarás que desde el comienzo de la degradación de la iglesia, ya había falsos apóstoles, que los hermanos descubrieron y rechazaron: "***y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos***" v. 2, pero que con el tiempo se introdujeron en la iglesia, y de esos falsos y mentirosos apóstoles, hoy está lleno el cristianismo.

Por todo esto es que el Señor acude nuevamente a la Palabra para responder al diablo: "***Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios***" Mateo 4.7.

Esta es una de las razones por la cual, como creyentes debemos esforzarnos en la gracia para

que la Palabra de Cristo more en abundancia en nuestros corazones: "***La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales***" Colosenses 3.16.

La frase, La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, hace referencia a que debemos tomar la palabra en nuestro espíritu por medio de revelación y hacerla realidad en nuestro diario vivir, y con esa palabra hecha realidad venceremos a satanás: "***Y ellos le han vencido por causa de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y despreciaron la vida de su alma hasta la muerte***" Apocalipsis 12.11.

En la medida que disfrutamos la Palabra, ésta se hace realidad en nosotros y se convierte en nuestro testimonio. Este testimonio vence a satanás, de la misma manera que el Señor lo venció en el pináculo del templo.

No piense que satanás desiste fácilmente; él es pertinaz, persistente, terco y constante, en tratar de hacernos caer. Hay un dicho que dice la "*tercera es la vencida*", y él pensó que, si el Señor no había caído en dos ocasiones, la tercera sería su gran oportunidad, y en ella fue mucho más osado y atrevido. Ahora le llevó a un monte muy alto, desde donde se podían ver los reinos del mundo.

Cuando subimos a la cúspide de una montaña, nos sentimos muy agradados, porque desde allí se ve un panorama muy amplio y todo parece fácil. Cuando volamos en un avión sobre una cadena montañosa, nos parece hermosa y fácil de franquearla. Allí llevó satanás al Señor para mostrarle los reinos del mundo: "***Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos***" Mateo 4.8.

Observa que los reinos del mundo tienen gloria. El mundo, es el reino que satanás domina y con el cual cautiva a la humanidad y en el que tristemente están cautivos muchos hijos de Dios, y ese mundo es muy agradable al alma caída de los hombres.

En el relato de Lucas, satanás añade algo acerca del mundo, cuando dice: "***A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos***" 4.6-7. El diablo afirma que la potestad y la gloria del mundo le han sido entregadas y que quiere darle todo eso a Jesús, con la condición de que lo adore.

Esta es una prueba contundente de que todo el sistema que se conoce como el mundo es de satanás; el mundo yace, está postrado bajo su potestad; el mundo todo sirve, sigue y adora a satanás.

Por eso Jesús en Su oración, cuando estaba cerca la hora de Su crucifixión, ora al Padre pidiendo por Sus discípulos y dice: "***No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo***" Juan 17.15-16.

El mundo no es tan detestable como el pecado, sino es muy agradable para las personas que no han creído en el Señor y para los hijos de Dios que son carnales y viven en el viejo hombre. La gloria del mundo es muy atractiva y si no crees, observa el éxito que tienen las congregaciones cristianas, atrayendo a sus seguidores por medio de música mundana: "*rock cristiano*", *reggaetón, hip hop, baladas, "metal cristiano", "vallenato cristiano*".

Observa las letras que tienen las canciones de artistas cristianos famosos y no encontrarás en ellas ningún contenido espiritual, ni la expresión del Señor.

Cuántos grupos cristianos celebran fiestas paganas como la navidad, la semana santa, el día de la madre y otras. Cuántos cristianos viven esclavos de la moda en el vestir, de la ropa de marca, de los sitios exclusivos.

En la mayoría de las congregaciones cristianas existen las "roscas", generalmente conformadas por personas que pertenecen al mismo grupo socioeconómico o estrato social, discriminando y despreciando a los demás. Todo esto es el mundo y su gloria, que satanás pretendió mostrarle al Señor Jesús, tratando de que Él cayera en su tentación.

Vea lo que el diablo le dice: "***Todo esto te daré, si postrado me adorares***" Mateo 4.9. ¡Qué osadía la del diablo! Pedirle a Dios que lo adorara, que se postrara ante él. Si es así con el Señor, qué más no pretenderá de los hombres; y ha logrado que el mundo entero lo adore. Por eso Juan dice: "***Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero yace bajo el maligno***" 1 Juan 5.19. El mundo secular con todos sus "departamentos" constituye una abierta adoración a satanás; quienes están en él, cumplen sus deseos y cumplen su voluntad.

El mundo religioso es la mayor fuente de adoración a satanás: el islam, es el movimiento más radical de adoración a satanás, con su predicación de odio y de muerte hacia los demás, prometiendo el cielo a quienes se inmolen para dar muerte a los hombres por medio del terrorismo suicida.

El catolicismo romano, con sus miles de santos y vírgenes, no son más que la transferencia de las mitologías paganas antiguas, en las cuales se tenían dioses, que ahora fueron cambiados por santos y vírgenes. Sus sacerdotes, con sus cultos, sus misas y sus ceremonias, rinden servicio de adoración a satanás e inducen a los pueblos a adorar al diablo.

Los mismos grupos evangéli-

cos están llenos de idolatría siguiendo a "*ministros*" y líderes y dejando de lado al Señor que los rescató y que mora en el espíritu de los creyentes, pero que ellos desconocen e ignoran abiertamente, y nos haríamos interminables nombrando las miles de sectas adoradoras de satanás que existen en la tierra, tales como los gnósticos, los taos, la cienciología, los mormones, los budistas, los testigos de Jehová...

Queremos insistir que, si satanás pretendió que el Señor Jesús, quien es Dios, lo adorase, cuánto más no pretenderá con los hombres y más si en ellos no está el Señor.

Como creyentes debemos ser cuidadosos frente a sus asechanzas, no debemos olvidar que anda como león rugiente alrededor buscando a quien devorar, pero debemos estar firmes en la fe y resistirlo. Haciendo así no le quedará más remedio que huir: "S***ed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo***" 1 Pedro 5.8-9.

Es por esto que el Señor, frente a la tercera tentación, le dio una respuesta contundente: "***Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás***" Mateo 4.10.

Cuando el diablo venga a molestarte, a importunarte y a tentarte, háblale la palabra que está constituida como vida en tu corazón y él huirá. Se cuidadoso en el asunto de adorar, porque fácilmente tú, aun siendo un creyente genuino, puedes adorar a satanás.

Uno de los caminos por medio de los cuales satanás engaña al mundo contemporáneo, es la tenencia y cuidado de mascotas: perros, gatos, monos y otros animales, a los cuales los dueños les prodigan más cuidado que a sus propios hijos. No importa cuántos sacrificios tienen que hacer para proporcionarles bienestar a sus mascotas. Existen clínicas, colonias vacacionales, centros para el tratamiento del estrés, clínicas de reposo, clínicas dentales, salones de belleza para mascotas, y toda clase de centros que brindan bienestar a esos animales.

Las personas se vuelven esclavos de sus mascotas, confiesan que las adoran, se desvelan porque no les falte nada, mientras que en el mundo hay cientos de millones de personas que mueren de hambre, porque no tienen nada para comer. Conocí una familia donde tenían un perro viejo, sarnoso, achacado y a punto de morir. Todas las tardes una de las hijas sacaba el perro al parque a pasear y cuando salían de casa, la mamá le hacía la señal de la cruz, supuestamente para bendecirlo y lo trataba como si fuera

un hijo. Cuando el perro murió vistieron luto por él, como acostumbran a hacer los católicos cuando mueren sus familiares.

Aún muchos cristianos han caído en esta ola mundana. He visto y oído a líderes cristianos hablar a favor de mantener mascotas en sus casas y éstas se convierten en un centro idolátrico de adoración que desplaza al Señor.

Ve bien la respuesta del Señor: "***Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás***". En el universo solo hay un ser digno de ser adorado: el Señor nuestro Dios. Por favor papá y mamá, nunca diga que usted adora a su hijo; abuelo no adore a su nietos; nieto no adore a su abuelo; no adore a su novio ni a su novia, no adore a determinado artista, no adore la música, no adore a nadie distinto al Señor su Dios, porque Él es el único digno de ser adorado en todo el universo; Él y nadie más.

El asunto de los milagros es bien serio, y esperamos que el Señor pueda darte revelación y comprensión sobre el particular y no olvides las palabras que el Señor dirá en el tribunal de Cristo a aquellos que reclaman haber hecho muchos milagros en Su nombre: "***Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?***" Mateo 7.22.

Así como el Señor le dio una respuesta contundente a satanás, de la misma manera hará con aquellos creyentes que reclamarán la práctica de muchos milagros: "***Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad***" Mateo 7.23.

Esperamos que medites esto en tu corazón y anhelamos que el Señor te dé mucha sabiduría y revelación y capacidad para comprender estas palabras que han salido de la boca de Él.

Si tú apreciado lector, eres esa clase de personas que le encantan los milagros que tanto propala el cristianismo degradado, no hay duda de que satanás te engaña a su gusto. Estamos ad-portas de la Gran Tribulación, y en esa época, satanás, sabiendo que su tiempo está llegando a su fin, hará todos los esfuerzos para engañar a las personas y empleará todo tipo de artimañas y milagros engañosos.

La Biblia nos muestra que, en la Gran Tribulación, un hombre que la Biblia llama la bestia o el anticristo o el inicuo o el hombre de pecado, gobernará al mundo, porque satanás le habrá dado todo su poder.

Como ayudante de él se levantará otro hombre al que la Biblia denomina el falso profeta. Éste último erigirá una estatua del anticristo: "***Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a***

la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase" Apocalipsis 13.14-15.

Esta imagen hablará para delatar a aquellos hombres que no adoren a la bestia y de esa manera esas personas, que sin duda son los creyentes que han de pasar por la Gran Tribulación, serán asesinadas por el anticristo y sus seguidores.

El falso profeta, además, hará que todos los hombres que vivan durante la Gran Tribulación sean marcados en la frente y en la mano derecha, con el número de la bestia, y sin esa marca nadie podrá vivir, porque no podrán comprar, ni vender, a menos que se tenga la marca que el falso profeta hará poner en todos los hombres "***Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre***" Apocalipsis 13.16-17.

Pero sus "milagros" no se detienen ahí. El Señor en Su misericordia, y por causa de Sus hijos que tengan que pasar por esa terrible prueba de la Gran Tribulación, pondrá dos testigos, que durante casi todos los tres años y medio de la Gran Tribulación profetizarán y darán ánimo a los creyentes de esa época. Ellos tienen poder para echar fuego por su boca cuando alguien quiera hacerles daño, tienen poder para cerrar el cielo a fin de que no llueva durante los días de su profecía, para convertir las aguas en sangre y para herir la tierra con plagas: "***Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera. Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran***" Apocalipsis 11.5-6.

En contrapartida, el falso profeta hará descender fuego del cielo: "***También hace grandes señales, de tal manera que aún hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres***". Aquellos creyentes que les gusta ver esa clase de milagros y la gente del mundo serán totalmente engañados y no podrán distinguir el origen de ellos, si es Dios o satanás. Por todo esto debemos evitar ser morbosos, buscando esa especie de milagros espectaculares tan difundidos en el cristianismo contemporáneo. ¡Que el Señor nos dé espíritu de sabiduría y revelación para agradarlo solo a Él y para buscar y hacer Su voluntad!

Capítulo 38

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (6)

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (4)

¡Qué delicia la que nos está revelando al Señor al mostrarnos la realidad de los dones que el Espíritu Santo suministra a los miembros de Su cuerpo! Continuamos disfrutándolos.

Profecía

Es el sexto de los dones que el Espíritu suministra a los creyentes, y como en el caso de los cinco anteriores, los hermanos lo desconocen.

En el Antiguo Testamento, Dios levantó de entre el pueblo de Israel, para guiarlos, un grupo de sacerdotes que eran descendientes de una familia y pertenecían a una tribu. Del seno de la tribu de Leví y de la descendencia de Aarón surgieron los sacerdotes; aunque este no era el deseo original que había en el corazón de Dios, ya que Él deseaba que todo Su pueblo fuera un reino de sacerdotes, pues así lo testifica Éxodo 19.5: "***Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa***".

El hecho de que hubiera un grupo de mediadores entre el pueblo y Dios no estaba en el deseo del corazón de Dios, es decir, esa no era Su voluntad buena, agradable y perfecta, sino que esa clase sacerdotal fue establecida por Moisés después del episodio del becerro de oro registrado en Éxodo 32.

Mientras vivieron Moisés y Josué, el sacerdocio fue normal y se comportó de acuerdo con las directrices que Dios les había señalado, pero cuando llegó el tiempo de los jueces, que fue una época de gran degradación para el pueblo de Israel, el sacerdocio también se degradó y en la época de Elí, sus hijos y él mismo, no observaron una conducta que agradara al Señor, y en el tiempo de los reyes, tanto de Israel como de Judá, aunque el sacerdocio existía, en buena medida se había degradado y cuando el Señor Jesús vino en carne, los sacerdotes eran una clase que no tenía ninguna revelación, ni servían al Señor de acuerdo con Su voluntad.

Los sacerdotes antiguo-testamentarios, tenían entre sus funciones las de presentar ofrendas a Dios por sí mismos y por el pueblo, es decir, eran una clase mediadora entre los hombres y Dios, y el sumo sacerdote, además ejercía la función de consultar a Dios en los asuntos que el pueblo requería, y esto lo hacía por medio del Urim y el Tumim; en otras palabras, esta función consistía en hacer conocer al pueblo la voluntad de Dios.

Para realizar esta última función, debido a la degradación del sacerdocio, Dios levantó profetas entre el pueblo, que eran los portavoces de Dios en Israel: Dios hablaba a ellos Su voluntad, ma-

nifestaba Su indisposición por la conducta de los reyes y del pueblo en general y ellos la transmitían al pueblo tal y como el Señor les indicaba.

Por eso es por lo que profetas como Isaías, Jeremías y Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Sofonías, Hageo, Zacarías, Malaquías y todos los demás profetas, en sus libros incluyeron muchas veces las frases: "***Así dice Jehová el Señor", "Me dijo Jehová", "visión de…", "Profecía sobre Babilonia revelada a Isaías", "Profecía sobre tal o cual reino o ciudad", "Palabra de Jehová que vino a…", "vino a mí palabra de Jehová diciendo", "Oíd la palabra que Jehová ha hablado***".

Los profetas tenían la función básica de oír, de ver, o ambas, la palabra del Señor y transmitirla fielmente al pueblo o a quien fuese dirigida, y esa palabra contenía generalmente alguna advertencia, manifestaba el disgusto de Dios por la conducta nefasta de los reyes, de los príncipes, de los sacerdotes o del pueblo en general; advertía sobre un hecho que ocurriría en el futuro; y lo más importante, contenía revelaciones profundas acerca de la persona de Dios, de Su plan y de la venida del Señor Jesús, entre otros.

Pero aún entre el pueblo de Israel se levantaron falsos profetas que lo engañaban, que nunca fueron llamados por Dios para ejercer tal función, que hablaban palabras no inspiradas por Dios, sino por el enemigo. La diferencia entre los profetas levantados por Dios y los falsos profetas, consistió en que los dichos de los primeros siempre se cumplieron tal y como lo anunciaron, mientras que del hablar de los segundos nunca se cumplió nada.

Por todo esto, podemos concluir que un profeta, es una persona que Dios toma, le revela Sus verdades profundas y Sus misterios, y él las transmite tal cual Dios ha hablado, sin añadir ni quitar nada, es decir, un profeta es una persona fiel a Dios.

En el Nuevo Testamento, entre el pueblo de Dios, la iglesia, el cuerpo de Cristo, debido a que después de que el Señor Jesús resucitó, vino como el Espíritu a morar dentro de Sus escogidos y repartió entre ellos muchos dones y uno de ellos es el don de profecía, por medio de Él se constituyen los profetas neotestamentarios.

Pero los profetas neotestamentarios no son una clase especial y distinguida dentro de la iglesia, sino que el deseo del Señor es que todos seamos profetas y todos profeticemos. Esto es lo que dice el Espíritu Santo acerca de las reuniones de la iglesia, cuando éstas en verdad son normales y genuinas: "***Porque podéis profetizar todos uno por***

uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados" 1 Corintios 14.31.

Una reunión normal y genuina de la iglesia no es una reunión donde un hermano habla y los demás están mudos o solo dicen amén y aplauden. No, una verdadera reunión, aquella que agrada al Señor, es una reunión de profetas donde todos pueden profetizar en orden, uno a uno, y de esa manera todos aprenden, y todos los asistentes son exhortados—animados, alentados.

De otro lado, la profecía no hace referencia a adivinar o predecir cosas que ocurrirán en el futuro, porque a decir verdad todo lo que ha de ocurrir en el futuro está predicho en la Biblia, donde está la Palabra de Dios; solamente necesitamos revelación para ver y entender lo que el Señor ha determinado y aquello que ahora necesitamos para hacer Su voluntad.

Lamentablemente los grupos denominacionales han degradado el asunto de profetizar y uno ve y escucha, en la televisión llamada cristiana, profecías acerca del futuro de determinado "*ministro*", del éxito que va a lograr en su "ministerio" y cosas de ese estilo, llenas de superficialidad. Los grupos de corte pentecostal norteamericano profetizaron a principios del siglo pasado la inminente destrucción de la ciudad de San Francisco a causa de un terremoto y aunque sí ha habido grandes terremotos en esa zona, San Francisco aún permanece en el siglo XXI. Los profetas fueron mentirosos y sus profecías falsas.

El Nuevo Testamento nos da mucha luz y realidad sobre la función del profeta en la iglesia. Leamos 1 Corintios 14.3: "***Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación***". Un hermano que es un genuino profeta, que tiene un don de profecía genuino, conforme a la voluntad del Espíritu, cumple tres funciones: edificar, exhortar y consolar. Todo lo que vaya más allá de estas tres funciones, está fuera del contexto del Espíritu y de la palabra.

1. Edificación

La edificación de la iglesia no se logra por añadir multitudes o por conquistar la tierra habitada para el Señor. Jesús dice claramente: "***Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere…Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre***" Juan 6.44, 65. Para ser salvos, no hay un camino distinto sino venir a Jesús y no podemos venir a Jesús a menos que el Padre así lo determine, porque "***no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia***" Romanos 9.16. Es Dios quien nos escoge y no nosotros quienes determinamos

quiénes han de ser salvos y quiénes no. Tú podrás argumentar que estas palabras no animan a predicar el evangelio. Por favor no lo tomes así, porque no hay de nuestra parte ninguna intención en ese sentido.

Debemos predicar el evangelio todos los días, pero debemos entender tres principios fundamentales en la predicación del evangelio: ***el primero***, predicar el evangelio no consiste en decirle a las personas un poco de palabras sin contenido para convencerlas de que se conviertan a Dios o para que hagan ciertas cosas que se consideran correctas.

Se debe recordar que el evangelio es una persona, es el Señor Jesús, y una correcta predicación del evangelio consiste en penetrar hasta el espíritu de las personas y sembrar en él a esa Persona maravillosa.

El segundo principio consiste en que, para predicar el evangelio, debemos usar además de nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestro espíritu, donde mora el Espíritu de Dios. Para predicar el evangelio debemos estar en el espíritu y debemos rogarle al Señor que nos indique a aquellas personas que Él ha escogido, porque muchas veces, aramos en el desierto, predicando a personas que nunca vendrán al Señor, porque el Padre no las llevará a Jesús, y eso es lo que hacen las congregaciones cristianas, llenar sus grupos y sus edificios de personas que no son regeneradas, que no son salvas, que no son hijos de Dios: "***Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a Mí, si no le fuese dado del Padre***" Juan 6.65.

Lamentablemente, la traducción deficiente al español de algunos pasajes de la Biblia, guían a los hermanos a una interpretación equivocada, como ocurre por ejemplo en Hechos 2.47, pasaje que la versión Reina Valera 1960 traduce así: "***Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos***". El interlineal griego traduce este versículo de la siguiente manera: "***Y el Señor añadía a ellos los que iban siendo salvos cada día***". Un modo y un tiempo verbal cambian totalmente el sentido de una frase y eso ocurre con la traducción inexacta del pasaje citado en la versión Reina Valera, hecho que satanás aprovecha para confundir, engañar y desviar aun a los hijos de Dios.

Si nos atenemos a la traducción de la Reina Valera, entonces el Señor añade primero a la iglesia a las personas y después las salva, lo cual no es verdad. Sin embargo, eso fue exactamente lo que ocurrió cuando la iglesia llegó a su punto más bajo de degradación en la etapa de Pérgamo: el emperador romano Constantino declaró que el culto cristiano no era ilegal en su imperio, a partir

del año 313 d. C., y la iglesia fue llena de personas no regeneradas, no nacidas de nuevo, y satanás aprovechó la ocasión para llenar la iglesia de corrupción. Pero el Señor actúa al contrario, primero llama a las personas y las salva haciendo que ellas reciban al Señor Jesús y luego las introduce en la iglesia, para que allí completen el proceso de salvación.

El tercer principio que debemos considerar en la predicación del evangelio consiste en que éste no sólo se le anuncia a incrédulos, sino que mucho más debemos evangelizar a los creyentes, introduciendo en su espíritu y en su alma a la Persona del Señor Jesús, con el fin de que todos seamos perfeccionados. Por esto Pablo afirma en Colosenses 1.27-28: "***es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre***".

Un genuino predicador del evangelio no termina su tarea cuando ha llevado a las personas a que reciban al Señor y sean salvas, redimidas y regeneradas, sino que en verdad ahí comienza su labor, la cual consiste en trabajar, llenando a esas personas de Cristo y todas Sus riquezas, hasta presentarlas perfectas en Cristo Jesús. A eso se refiere cuando anuncia que Cristo Jesús es la esperanza de gloria de los gentiles.

La gloria es la expresión de Dios y Su plan consiste en llenarnos de Él hasta que lo expresemos en todas nuestra manera de vida: palabras, pensamientos, actos y deseos, todo debe tener a Cristo como expresión. Esta es la esperanza de gloria, que es Cristo en nosotros.

Y esto es exactamente profetizar hablando a los hombres para edificación. Un hermano que profetiza hacia otros debe estar lleno de Cristo, al punto de que ese Cristo transborde y sea transferido a quienes lo oyen. De esta manera, la iglesia, el cuerpo de Cristo es edificado.

No como hacen la mayoría de los predicadores frente a sus congregaciones, que en determinado momento del culto toman la palabra, leen uno o más versículos de la Biblia y empiezan a proferir una cantidad de palabras vacías, sin revelación y sin visión, que no son más que fábulas profanas y de viejas, que tocan la emoción y la mente de las personas, cautivan su atención por lo novedosas, pero no hay ni una pizca de revelación y nunca llegan al espíritu de los creyentes. Esa no es una profecía genuina.

2. Exhortación

Se tiene la creencia común de que exhortar es regañar o re-

prender a los hermanos por los pecados o los errores que han cometido, y no hay nada más equivocado que esa interpretación. El verdadero sentido de esa palabra en este pasaje es el de dar aliento, animar, rogar, insistir.

Normalmente, como creyentes, en nuestro diario vivir tenemos dificultades; a veces satanás lanza dardos de fuego a nuestro corazón que producen dudas; muchas veces estamos desanimados y nos sentimos solos y desamparados; a veces, por causa de nuestras palabras, actos y pensamientos no adecuados, contristamos al Espíritu y eso produce en nosotros desasosiego, tristeza, malestar e incomodad en nuestro interior. Cuando un hermano está en esa condición, lo que hace la mayoría de los cristianos es dar consejos, y por esa razón casi todas las congregaciones tienen una oficina de consejería.

Los consejeros son hermanos que generalmente ignoran que tienen un espíritu humano, y si lo saben, desconocen para qué sirve ese espíritu y no tienen la más mínima idea de cómo usarlo. Por esa razón, el servicio de consejería de las congregaciones se convierte en una actividad que escasamente llega al alma de los aconsejados, pero no hay la realidad de la exhortación de que habla la palabra de la Biblia que venimos considerando.

Para exhortar a un hermano, que reiteramos, no consiste en regañarlo ni reprenderlo, sino en alentarlo y animarlo, es posible solamente cuando tenemos experiencias reales con Cristo y la palabra. Cuando estamos llenos del Señor al hablar a otros lo transbordamos, transferimos la persona de Él a los oyentes y ésta se convierte en una verdadera exhortación, un aliento poderoso que consuela y sostiene al hermano, además de edificarlo.

Una palabra de exhortación dada a un hermano debe tocar su espíritu, y desde él infundir en su alma al Cristo experimentado y realizado por quien imparte la exhortación. Debemos tener cuidado porque nuestra exhortación puede llegar solamente al alma de quien la recibe y en este caso será de poca utilidad, será una exhortación que tiene muy poca duración y su efecto llega a ser escasamente lo que un sicólogo le puede brindar a su paciente: unos consejos que tocan su alma, especialmente su emoción y le suministran un aliento pasajero que empieza a extinguirse inmediatamente el paciente abandona el consultorio del sicólogo.

No es tarea fácil discernir el alma del espíritu. La mayoría de los cristianos centran todas sus actividades en el alma y debido a la excitación que esos hechos producen en el alma, se sienten agradados en su emoción y pien-

san que están agradando a Dios, pero a Dios no le agrada nada que salga de nuestra alma y se quede en el alma de quien nos oye.

Las cosas que agradan a Dios deben provenir de nuestro espíritu, donde habita Dios como el Espíritu, porque a Él solamente le agrada a aquello que se origina en Él mismo. Para esto es muy útil la palabra que el Espíritu habla en Hebreos 4.12: "***Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón***".

Un creyente que ejercita el don de profecía que le confiere el Espíritu Santo, debe ser una persona que es capaz de exhortar en vida y con espíritu a quien lo oye y no de transmitirle solamente unas palabras que tocan su alma y lo matan espiritualmente. Quien exhorta a otro hermano debe hacerlo desde su espíritu y debe penetrar en el espíritu de la persona exhortada.

3. Consolación

La tercera característica que tiene el genuino profetizar es hablar a los hombres para consolación. Al oír esta palabra, no podemos olvidar que el verdadero consolador es el Señor mismo, y para disfrutarlo, podemos leer 2 Corintios 1.3: "***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación***". Pablo, quien había tenido genuinas experiencias de vida con el Espíritu, describe en este pasaje, de manera maravillosa, la consolación de que ha sido objeto por parte de Dios y llama al Señor como el Padre de misericordias y Dios de toda consolación.

Pablo no habla así porque lo había leído en algún libro o porque alguien se lo había contado, sino porque la consolación de Dios era su experiencia real a lo largo de su vida de creyente y de servicio a Dios: "***el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones***" (v. 4). Pablo experimentaba diariamente la consolación del Padre, pero Él no la experimentaba para jactarse o para sentirse superior a los demás, sino para tomar la consolación con la que Dios lo consolaba en sus tribulaciones y con ella consolar a otros: "***para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios***" v. 4.

Observa que Pablo siente la necesidad de consolar a quienes están en cualquier tribulación, pero esa consolación no sale de él solamente, porque no es inventada por él, sino que su consolación es la consolación con la que él ha sido consolado por Dios. Esta

actitud muestra que Pablo es un hermano que aprendió a ser humilde, al dejar que el Señor lo consolara con la misericordia y la capacidad que el Padre tiene para consolarlo. Él no se satisface con ser consolado, sino que anhela y realiza el hecho de que otras personas puedan ser consoladas con el mismo consuelo con que él ha sido consolado por el Padre.

Tú no puedes consolar a otro con tus palabras, con tus pensamientos, con tus consejos ni con tus deseos. Si quieres profetizar para consolar a los hermanos, lo primero que tienes que hacer es llenarte del Señor hasta la plenitud; debes saturarte con Su palabra y experimentarla cada día; debes aprender a tener comunión íntima con el Señor, y entonces, Su palabra de consuelo surgirá sin necesidad de hacer ningún esfuerzo, sino dejando que el río de vida que hay en tu interior fluya libremente.

Para que un río natural fluya por su cauce no es necesario poner potentes máquinas que muevan el agua; el río fluye simplemente porque en él hay agua en abundancia. De la misma manera, en el campo espiritual, si eres una persona que diariamente haces que la palabra de Cristo more abundantemente en tu interior, espontáneamente ella fluirá desde allí e inundará de vida, de edificación, de exhortación y de consolación a otros, y de esta manera será ejercitado en la iglesia el genuino don de profecía, de acuerdo con lo que el Espíritu Santo reparte a cada uno como Él quiere.

Discernimiento de espíritus

Es el séptimo de los dones a que se refiere el Espíritu Santo en 1 Corintios 12, y este es un don que se caracteriza por su ausencia en los grupos evangélicos, porque si este don se ejercitara, satanás no tendría tanta oportunidad de engañar a los creyentes como los ha engañado y los tiene engañados.

Jesús mismo advirtió que en los tiempos que antecedieran a Su venida, se levantarían falsos cristos y falsos profetas, que engañarían, aun si fuere posible a los mismos escogidos: "***Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán… Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos… Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes***" Mateo 24.4-5, 11, 24-25.

Los cristianos están muy atentos cuando aparece alguien que dice que viene en nombre del Señor o que dice que es el Cris-

to, para rechazarlo y satanizarlo, pero no se dan cuenta que, en sus congregaciones, casi todos los líderes se han convertido en falsos profetas, en falsos cristos y en engañadores, porque los cristianos no tienen el hábito de vivir y andar en su espíritu, donde pueden discernir si el espíritu en el que sus líderes les hablan es de Dios o es del diablo.

Detente un momento y medita en lo que dice el Señor Jesús mismo: ***Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán***.

Es verdad que en el mundo hay falsos profetas por doquier, pero dentro del cristianismo contemporáneo es igual: ***Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos***. Pon cuidado a lo que dice el Señor, en el sentido de que muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos. El engaño no es para unos pocos, sino para muchos. Este es el misterio de iniquidad y hoy ese misterio está en plena acción.

Para evitar caer en tanta trampa, tú querido hermano, debes aprender a vivir y a andar en tu espíritu, donde está el Señor y allí tendrás pleno discernimiento de quién te habla y qué es lo que habla. Así evitarás ser engañado.

Oye bien la advertencia que el Espíritu Santo nos hace a través de Juan: "***Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo***" (1 Juan 4.1).

Esta es una de las grandes carencias del cristianismo contemporáneo: un hombre que se dice pastor, líder o reverendo, o que toma cualquier título, se pone al frente de ellos, les enseña aparentemente la Biblia, pero sin ninguna revelación, ni realidad, ni vida, y los hermanos lo ponen en un trono como un dios y creen todo lo que él les dice, sea verdad o mentira, sin tomarse la molestia de ir al Señor que está dentro de ellos, como la unción que les enseña todas las cosas, para preguntarle si esta palabra es verdad, si hay alguna revelación en ella, si viene del espíritu o simplemente sale de una persona sagaz, de alguien que es un maestro en utilizar con astucia las artimañas del error.

Observa bien que el Espíritu Santo dice que no creamos a todo espíritu, sino que antes es necesario probarlos, para saber si son de Dios: "***Así ya no seremos niños, zarandeados por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de enseñanza y por la astucia y los artificios de quienes emplean artimañas engañosas***" Efesios 4.14.

Te hacemos unas preguntas y esperamos que las respondas tú mismo con toda honestidad: ¿Alguna vez te has postrado delante del Señor y le has preguntado si

tu líder es un creyente genuino o es un falso profeta que ha salido por el mundo para engañarte a ti y a otros?

¿Has llevado a la presencia del Señor la palabra que has escuchado de la boca de tu líder y le has preguntado al Señor, en oración, si esa palabra salió de la boca del Señor o de la boca de quien la habló?

A los creyentes los invade la pereza de ir al Señor a buscar revelación de Él y es muy grande el perjuicio que sufren por esta actitud descuidada. Si por lo menos fuésemos como los hermanos de Berea que recibieron la palabra con toda solicitud, pero averiguaron en las Escrituras si lo que Pablo y Silas les hablaban era conforme al Señor: "***Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así***" Hechos 17.11.

¿En qué se manifiesta un falso profeta que tiene espíritu de anticristo? La palabra del Señor nos responde con sencillez: "***En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo***" 1 Juan 4.2-3.

Pero esta no es una simple confesión que sale de los labios, sino que tiene que venir de lo profundo del ser, desde el espíritu, basada en la revelación, la realidad y la experiencia que se tiene de la persona del Señor Jesús. Aquí el punto importante es reconocer que Jesucristo ha venido en carne, que siendo el Dios eterno, un día, por amor a nosotros se hizo carne, como lo declara Juan 1.14: "***Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad***".

Jesús no apareció de un día para otro, sino que siendo Dios pasó por el proceso de ser engendrado en una mujer, para adquirir la carne que todos los hombres tenemos, pero sin pecado, porque aunque Él tenía la apariencia de carne de pecado, en su interior no estaba la naturaleza diabólica que se llama pecado. Debemos entender que Él tomó carne y sangre para poder morir, porque como Dios no podía morir, pues la muerte no puede tocar a Dios, pero con el fin de que todos muriésemos en Él, se hizo carne y vivió entre nosotros.

Cuando el Señor murió en la cruz, en su carne destruyó a satanás y al pecado—la naturaleza satánica—, y luego fue bajado de la cruz y sepultado. En la cruz y

en su tumba quedó la carne y Él resucitó con un cuerpo glorioso e inmortal, pero aún sigue siendo hombre, sin dejar de ser Dios, porque nunca ha dejado de serlo y como Dios hombre, subió al Padre para ser entronizado como Dios-hombre en el universo: "***Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre***" 1 Timoteo 2.5.

La confesión de que Jesucristo ha venido en carne no es algo liviano, sino que es bien profundo, y para llegar a ella necesitamos una buena experiencia de vida con nuestro Señor.

El Señor añade sobre los falsos profetas que tienen espíritu de anticristo, al decir que hablan del mundo y el mundo los oye, porque ellos son del mundo: "***Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye***" (1 Juan 4.5).

¡Qué difícil es en este tiempo encontrar hombres que hablen la palabra de Dios! En los días que se estaba escribiendo este libro oímos con asombro a un líder evangélico bien conocido y famoso, decir las siguientes palabras: "*Es una tontería y una insensatez orar a Dios pidiéndole que sane a una persona si es su voluntad*".

¡Qué necedad, truhanería e insensatez la del predicador! Se cree más alto que Dios para darle órdenes. Cuando oramos al Señor, lo único que debemos buscar es Su voluntad y no la nuestra, debemos acercarnos a Su trono no para darle órdenes, sino para buscar Su gracia y Su misericordia y para que Él haga de nuestras vidas lo que le plazca, sabiendo que nunca se equivoca.

Nunca podemos ni debemos acercarnos al Señor con soberbia, porque lo único que encontraremos será Su resistencia y Su rechazo: "***Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros***" 1 Pedro 5.5-7. Un hablar como el de ese predicador no es un hablar de Dios, sino un hablar mundano, que es oído por quienes están en el mundo y por quienes pertenecen al mundo. Es un hablar propio del anticristo.

Debemos saber que a los santos no puede enseñarlos nadie distinto a Dios, porque Él es el único sabio y el verdadero maestro. Por eso el Señor Jesús nos enseña: "***Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos… Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo***" Mateo 23.8, 10. Por eso el Espíritu nos

amonesta en Santiago: "***Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación***" 3.1.

Tú preguntarás: ¿No puede, entonces, haber maestros en la iglesia? Claro que sí debe haberlos, pero debemos entender que los apóstoles, profetas, evangelistas y pastores—maestros son constituidos por el Señor, no por ellos mismos, ni por una organización, ni por un grupo de hermanos. Oiga y lea bien esta palabra: "***Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros***" Efesios 4.11.[1]

En otras palabras, los hermanos que desempeñan esta función en la iglesia son simples instrumentos que por amor al Señor se han dado a Él y el Señor los usa hablando las palabras que Él quiere hablar y haciendo las obras que Él quiere hacer, pero nada puede ser de su propia iniciativa.

Ser apóstoles, profetas, evangelistas o pastores—maestros, no es un título ni una posición dentro de la iglesia, es sencillamente una función por medio de la cual el Señor utiliza a quien quiere.

Es por todo esto que en 1 Corintios 12 el Señor afirma que los dones son repartidos por el Espíritu Santo a cada uno como Él quiere. Sabemos que el lenguaje de este libro es insuficiente para expresar lo que hay en el corazón, pero esperamos con sinceridad que el Señor le revele al lector que lo busca lealmente, la profundidad de lo relatado aquí.

El Espíritu Santo busca con anhelo encontrar en la iglesia algunos santos a quienes pueda darles don de discernimiento de espíritus, porque es una necesidad sentida en este tiempo de profunda degradación.

1. Revelación sobre el tema puedes encontrarla en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** del mismo editor y publicado en la página www.las-primicias.com

Capítulo 39

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (7)

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (5)

Aún hay más riquezas que el Señor nos concede a Sus hijos por medio de los dones que el Espíritu reparte a los miembros de la iglesia.

Diversos géneros de lenguas

El octavo de los dones que el Espíritu reparte a cada uno como Él quiere, es el de hablar en otras lenguas, y que produce dos actitudes bien distintas en los cristianos, según sea su tradición.

Los grupos llamados fundamentalistas no tienen ningún interés en la práctica de hablar en otras lenguas y los grupos de corte pentecostal lo persiguen con anhelo, al punto de que han llegado a afirmar que quien no habla en lenguas no ha sido bautizado por el Espíritu Santo, afirmación que no tiene ningún respaldo de la palabra de Dios, ni del Espíritu.

La primera vez que se habló en diversas lenguas fue el día de Pentecostés y vamos a detenernos un poco a mirar la situación ocurrida allí.

Ciento veinte de los discípulos del Señor se habían reunido en un lugar de Jerusalén, que la Biblia identifica como el aposento alto, después de que habían regresado del Monte del Olivar, donde vieron al Señor ascender al cielo. El Señor Jesús antes de Su ascensión les había pedido que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre que Él les había prometido, y ellos, obedientes a la palabra del Señor, fueron al aposento alto, donde permanecieron en oración y ruego, durante diez días, hasta que llegó la fiesta de Pentecostés.

El hecho de que ciento veinte personas fuesen capaces de permanecer durante diez días en oración, sin discusiones, sin competir y sin disputarse ningún liderazgo, es prueba de que en ellos había ocurrido algo maravilloso, y entenderlo nos ayudará a aclarar el bautismo en el Espíritu Santo y su relación con hablar en lenguas.

Debemos recordar que cuarenta días antes de la ascensión del Señor, Él había llevado a Sus discípulos a orar en Getsemaní. Mientras el Señor Jesús estaba en comunión con el Padre, en una agonía tan intensa que lo hizo sudar gotas de sangre, los discípulos se durmieron en tres ocasiones. El Señor los reprendió porque no habían sido capaces de velar con Él una hora. Sin embargo, en el aposento alto oraron durante diez días.

De la misma manera, mientras anduvieron con el Señor en carne, se disputaban quién sería el primero en el reino de los cielos y hasta dos hermanos, los hijos de

Zebedeo le pidieron que les permitiese sentarse en el reino uno a Su derecha y otro a Su izquierda. Esto disgustó profundamente al resto de los discípulos. Aquí hay una clara demostración de una oscura disputa por el liderazgo.

Sin embargo, en el aposento alto estaban orando durante diez días, sin caer en el profundo sueño que cuarenta días antes les había sobrevenido en Getsemaní y no hay ningún indicio de que disputaran acerca de quién o quiénes iba(n) a ser el (los) dirigente(s) entre ellos.

¿Cuál es la razón de este cambio tan profundo, que no podemos catalogarlo como menos que un milagro? No debemos olvidar lo ocurrido la noche de la resurrección, que en Juan 20 está narrado con mucho detalle. El Espíritu nos muestra que cuando llegó la noche del día de la resurrección, que era el primer día de la semana, los discípulos estaban en algún lugar, encerrados, con las puertas bien cerradas y aseguradas, por miedo de los judíos, y de pronto ocurrió algo maravilloso: "***vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros***" v. 19. El Señor no tocó a la puerta, ni llamó, sino que se puso en medio de ellos, y les dijo una frase que los identificaba: "***paz a vosotros***".

¡Qué maravilloso!, el Señor ya no estaba limitado por Su cuerpo carnal, sino que ahora tenía un cuerpo resucitado, glorioso, sin ninguna relación con la carne mortal, y así se presentó a los discípulos. Con el fin de que ellos creyesen, "***y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado***" v. 20, les permitió que vieran las heridas que habían causado los clavos en sus manos y la que había causado el soldado romano cuando le abrió el costado con la lanza.

Este pasaje disipa las dudas que algunos teólogos plantean, al decir que probablemente cuando el Señor fue crucificado, los clavos fueron puestos entre la muñeca y el antebrazo, pero la palabra dice sin ambages, que el Señor les mostró las manos, no el antebrazo.

Una vez que los discípulos no tienen ninguna duda sobre la identidad del Señor, reaccionaron: "***Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor***" v. 20. La reacción no podía ser distinta a la que describe la Biblia: regocijo, sumo gozo, éxtasis. Ellos estaban siendo testigos del hecho más maravilloso que ha ocurrido en la historia del hombre: ¡El Señor ha resucitado! La resurrección es la confirmación de la aceptación plena del Padre, acerca de la obra redentora que el Señor Jesús había efectuado por los hombres.

¡Qué bienaventuranza tan elevada para esos hermanos! ¡Fueron testigos de la resurrección del Señor! ¡Tuvieron el pri-

vilegio de verlo resucitado! Lógicamente, un evento así no puede producir nada distinto a un profundo gozo, que la Biblia llama regocijo.

Una vez que en ellos no había ninguna duda de que el Señor Jesús resucitado, nuevamente estaba en su medio, les anunció paz y les dijo: "***Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío***" (v. 21). El Señor como Dios y como hombre es un enviado, pero Él no quiere continuar la obra solo, sino que quiere hacerla junto con Sus discípulos. Ahora los discípulos son parte de Él, son Su extensión, son el canal por medio del cual el Señor puede continuar Su obra de redención para muchos hombres y por eso lo primero que hace es suplirles Su paz y enviarlos.

El versículo 22 es clave para entender el tema que estamos tratando: "***Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo***". Este también es un hecho totalmente nuevo, del que podemos obtener varias conclusiones:

Antes de que Jesús viniera en carne, muriera y resucitara, ningún hombre había recibido dentro de él al Espíritu Santo.

1. El Espíritu Santo no es nadie distinto al soplo de Jesús resucitado. Esto nos permite reafirmar que Dios es uno y solamente uno, pero no debemos caer en el sibelianismo, más conocido como los "*unitarios*" o "*Jesús solos*", porque ellos afirman que el Padre fue en el Antiguo Testamento y desapareció para dar lugar al Hijo y que ahora el Hijo es el Espíritu.

De esta manera podemos afirmar vehementemente la otra cara de la verdad: aunque Dios es uno, Dios es tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y los tres son eternos, coexisten de eternidad a eternidad y no se pueden separar, a pesar de que en Su obra haya una clara distinción. Sin embargo, debemos ser cuidadosos, para no incurrir en el triteísmo—tres dioses separados— como le ocurre a la mayoría de los cristianos que profesan ser trinitarios. Tácitamente ellos aceptan la existencia de tres dioses, y eso tampoco es verdad.

¿En qué nos basamos para hacer esta afirmación? Los hermanos de corte trinitario afirman que cuando el Señor Jesús, que es el Hijo vino a la tierra, el Padre se quedó en el cielo y esa es una verdad parcial: Si bien es cierto que el Padre quedó en el cielo, también es cierto que el Padre vino en y con el Hijo. Por eso el Señor afirma: "***Yo y el Padre uno somos***" Juan 10.30 y "***Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada***" Juan 8.29.

Igualmente, en Juan 14, cuan-

do Tomás le dijo que los discípulos no sabían adónde iba, ni tampoco conocían el camino, el Señor le respondió: "***Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí***" Juan 14.6. Observa bien el tiempo verbal: ***nadie viene***. El Señor no dijo nadie va, como si el Padre y Él estuviesen separados, como si el Padre estuviese en el cielo y Él aquí en la tierra, sino que le muestra la verdad de que el Padre está en Él y mora en Él, que nunca se han separado, porque no es posible esa separación, y añade: "***Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto***" 14.7. Eso quiere decir que ver al Señor Jesús es lo mismo que ver al Padre.

En ese momento Felipe interpela al Señor: "***muéstranos el Padre, y nos basta***". Los discípulos a excepción de alguna revelación que había tenido Pedro no podían entender quién era en verdad Jesús. Ellos no podían comprender que Jesús es Dios y que el Padre estaba en Él y que el Padre y Él eran uno, eran el mismo. El Señor, entonces le responde: "***¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace Sus obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras***" vs. 10-11.

El asunto aquí es de ejercitar la fe, creer, y creer que el Padre y Jesús son uno, que en ellos no hay división ni separación, que Jesús—el Hijo— es en el Padre y el Padre es en Jesús—el Hijo—. Cuando el Señor dice: "***creedme que yo soy en el Padre***", la preposición ***en***, es traducida de la preposición griega ***eis***, que quiere decir ***dentro de***. Eso quiere decir que el Señor estaba diciendo: "***Creedme que soy dentro del Padre y el Padre dentro de mí***".

Cuando el Señor hablaba, las palabras que decía eran en realidad las palabras del Padre, es decir, era el Padre quien hablaba, pero a la vez quien hablaba era el Hijo. En pablaras sencillas, hablan el Padre y el Hijo; ellos no pueden separarse, no pueden dividirse, y todo lo que hacen lo hacen por el Espíritu, porque el Espíritu es Dios.

Una vez más el Señor le ruega que le crean que es el Padre quien mora dentro de Él y Él mora dentro del Padre, y les pide que, si no pueden ejercitar la fe para creer, que miren las obras que Él ha hecho en ellos y delante de ellos, para que puedan creer que esas obras han sido hechas por el Padre que mora en Él.

Esto nos lleva a concluir que, aunque el Padre se quedó en el cielo, también vino en el Hijo y

con el Hijo, a vivir como hombre en carne en Jesús en esta tierra. Por esa razón, cuando Jesús habló una noche con Nicodemo le dijo: "***Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo***" Juan 3.13. ¿Dónde estaba el Señor, cuando habló estas palabras? ¿En el cielo o en la tierra? Si somos sencillos como es el Señor, tenemos que decir que estaba en la tierra y a la vez estaba en el cielo.

Para complementar esta verdad, vea lo que el Señor afirma en Juan 1.18: "***A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer***". ¿Dónde está el Unigénito Hijo, en la tierra o en el cielo? Está en el cielo y en la tierra, y siempre está en el seno del Padre. Nunca está separado de Él.

Volvamos a Juan 14, donde el Señor Jesús está hablando con Sus discípulos acerca de quién es Él con respecto al Padre y quién es Él con respecto al Espíritu Santo: "***De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre***" v. 12. Quien quiera podrá argumentar que Jesús está en la tierra y el Padre en el cielo, porque el Señor dice: "***Voy al Padre***". Pero ya hemos demostrado por la Biblia y por el Espíritu, que es imposible que ellos se separen: los tres son uno, inseparables e indivisibles.

Para poder entender debemos ser creyentes, abrir nuestro ser al Señor para que Él pueda revelarnos Su palabra. No podemos olvidar que Jesús es, por un lado, Dios completo, y por otro, es hombre perfecto, pero en ese momento estaba en carne y como hombre era solamente una criatura, pero no Hijo de Dios sino el Hijo del Hombre.

Cuando Él resucitó fue designado, declarado, Hijo de Dios, insisto como hombre, porque como Dios siempre ha sido y es el Hijo de Dios: "***que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos***" Romanos 1.4.

En el momento de la resurrección del Señor, además de ser el Hijo Unigénito, se convirtió en el Hijo Primogénito, es decir el primero de muchos hijos de Dios, los cuales somos nosotros. Esto corresponde a lo que el Señor dice en Juan 14:2. "***En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis***". La ida del Señor no es la ascensión que ocurrió cuarenta días después, sino que la ida aquí hace referen-

cia a Su muerte, y la venida no se refiere a Su segunda venida, que ocurrirá unos dos mil años después de Su ascensión—dentro de poco—, sino a Su resurrección.

Por medio de la muerte y la resurrección del Señor Jesús, nosotros ya no tenemos ningún impedimento para ir al Padre, para tener comunión con Dios, sino que tenemos un camino nuevo y vivo, tenemos Su sangre eternamente eficaz para acercarnos con confianza al trono de la gracia y para vivir en los lugares celestiales en Cristo Jesús. A esto se refiere el Señor cuando declara: "***El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre***" Juan 14.12.

Gracias a la muerte y la resurrección del Señor, ahora podemos pedir al Padre en el nombre de Jesús, pero entendiendo que esta no es una fórmula repetitiva, usada por la mayoría de los cristianos: "***Padre, en el nombre de Jesús…"***, Una fórmula así, se convierte en un rezo católico, sino que es la realidad que ha ocurrido con la muerte y la resurrección del Señor.

Ahora el Señor es el mediador entre Dios y los hombres y en Su nombre podemos pedir al Padre. Debemos entender que pedir en el nombre del Señor es pedir en la persona del Señor Jesús. Una oración que el Padre oye y que el Señor responde, es aquella que el Señor Jesús hace en nosotros. Esto quiere decir que es el Señor quien ora en nosotros al Padre y no nosotros directamente y este es uno de los significados de 1 Timoteo 2.5: "***Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre***".

Cuando oramos de esa manera, lo estamos haciendo según Su voluntad, y el Señor responde esa oración y el Padre es glorificado en el Hijo: "***Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré***" (Juan 14.13-14), es decir, el Padre es expresado en el Hijo, complacido por el Hijo, agradado por el Hijo y lógicamente también en nosotros.

Ahora necesitamos saber acerca del Espíritu, porque los "*triteístas*" dicen que el Señor se fue al cielo y que en su reemplazo nos dejó el Espíritu Santo como el otro consolador. Los "sibelianos" o "*unitarios*" afirman que el Señor se convirtió en el Espíritu Santo, y los Testigos de Jehová, que son una secta herética, afirman que el Espíritu Santo es una energía.

Veamos, mediante la misericordia del Señor, la revelación del Espíritu y la palabra, la verdad sobre este asunto.

Primero debemos entender

que los tres de la deidad son Dios, un solo y único Dios—no dioses— eternamente, es decir, nunca han dejado de serlo. En otras palabras, el Padre es Dios eternamente, el Hijo es Dios eternamente y el Espíritu Santo es Dios eternamente.

El Señor ahora pide a los discípulos que guardemos Sus mandamientos como prueba de nuestro amor por Él y como respuesta, Él rogará al Padre para que nos dé otro consolador: "***Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre***" Juan 14.15-16.

El adjetivo otro aquí no se refiere a separación, sino a distinción, y al hablar de otro Consolador, implica necesariamente que previamente hay un Consolador. Para que exista otro, necesariamente tiene que haber antes uno. ¿Quién es un Consolador y quién es otro Consolador? Del otro Consolador dice el Señor que estará con nosotros para siempre y lo define como "***el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros***" v. 17. La palabra verdad, se traduce mejor como realidad, porque gracias a que el Señor viene como el Espíritu, ahora Dios es real en nosotros, es decir, por medio del Espíritu, todo lo que Dios es y posee es nuestra realidad cotidiana.

Al hablar del otro Consolador, el Espíritu de realidad, dice que el mundo no puede verlo ni conocerlo, pero nosotros, Sus discípulos, sí podemos conocerlo por medio de la fe porque "***mora con vosotros, y estará en vosotros***".

Observa bien los tiempos verbales empleados por el Señor en este versículo. Mora está en presente y estará está en tiempo futuro. Mientras el Señor estaba en carne con los discípulos, Él moraba con ellos, vivía con ellos, luego Él es un Consolador. Dentro del Señor Jesús, estando en carne, moraba el Espíritu Santo, porque Él fue quien lo engendró: "***Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es***" Mateo 1.20.

¿Quién es el Padre de Jesús? El Espíritu Santo, el Padre. Igualmente, Él estaba revestido exteriormente del Espíritu Santo, porque cuando fue bautizado, el Espíritu Santo que ya moraba en Él, lo ungió exteriormente: "***Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él***" Mateo 3.16

El otro Consolador no solo moraría con ellos, sino en ellos, es decir dentro de los discípulos. Debido a que el Señor Jesús aún tenía un cuerpo de carne, no podía entrar en los discípulos, pero una vez que Él murió y resucitó, Su cuerpo carnal fue transformado y resucitó con un cuerpo espiritual y glorioso, que podía atravesar las paredes y las puertas, pues eso ocurrió la noche del día de la resurrección en el lugar donde los discípulos estaban escondidos y allí el Señor "***sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo***" Juan 20.22. ¿Quién es el Espíritu Santo aquí? El soplo, el aliento de Jesús resucitado y glorificado. Esta es una prueba indubitable de la unidad del Espíritu con el Hijo y el Padre.

Por esto es que volviendo a Juan 14, el Señor les dice a Sus discípulos: "***No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros***" v. 18. Si el Espíritu Santo y el Señor Jesús se pudieran separar o estuvieran separados debió decir: "***No os dejará huérfanos, vendrá a vosotros***", pero la persona verbal utilizada aquí es la primera, demostrando que Él y el Espíritu son uno solo.

Es por eso que el Espíritu Santo en 1 Corintios 15.45 afirma: "***Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán llegó a ser, espíritu vivificante***" (Gr.). El primer Adán es Adán y el postrer Adán, el último Adán, es el Señor Jesús y Él llegó a ser el Espíritu vivificador, el Espíritu dador de vida. ¿Cuándo llegó a ser ese Espíritu? Cuando resucitó; por eso vino a Sus discípulos y sopló e introdujo en ellos el Espíritu Santo, que es vivificador, dador de vida.

Ningún hombre tiene palabras adecuadas para expresar la importancia y la profundidad de este hecho. Desde ese momento Dios no sólo estaba en el cielo, sino que ahora vivía en algunos hombres, aquellos que había escogido para convertirlos en Sus hijos. Un poco más de tres décadas antes, Él moraba en Jesús y vivía Su vida divina en un hombre en la tierra, pero ahora no solo vivía en Jesús sino en Sus discípulos. ¿Cuántos había en ese momento? La Biblia no lo dice; lo que sí dice es que, entre el 40º y el 50º días posteriores, había ciento veinte hermanos en el aposento alto. Esta es la razón por la cual el Señor Jesús le dijo a María Magdalena, cuando ella lo buscó y lo encontró la mañana de la resurrección: "***No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios***" Juan 20.17.

Gracias a la resurrección del Señor, ahora hay una nueva relación entre Dios y los hombres. El Señor no le dice a María: "***ve***

y diles a mis discípulos o a mis siervos o a los apóstoles, sino ve y diles a mis hermanos". Desde ese momento la relación es filial y orgánica, es de hermandad, porque tanto el Señor como los discípulos son hijos de Dios; Jesús hombre es el primogénito, el mayor del resto de los hermanos.

Ahora Dios es nuestro Padre, no solamente nuestro Creador; nosotros somos Sus hijos, porque Él nos ha engendrado, nos ha dado Su naturaleza divina, nos ha hecho partícipes de Él. Por eso la declaración de Juan en su evangelio: "***Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios***" 1.12, 13.

Todo esto ocurrió la noche de la resurrección cuando el Señor Jesús sopló dentro de los discípulos Su aliento, que es el Espíritu Santo. Sabemos que esto es bien difícil de comprender en nuestra mente, porque aún estamos en carne.

No te preocupes por comprenderlo, solo disfruta el hecho maravilloso de que Dios es uno y es tres, que el Padre, el Hijo y el Espíritu no son tres Dioses sino uno solo, pero que sí hay distinción en la obra de cada uno de ellos y que ahora los tres moran en nuestro espíritu.

Si tú has sido influido por la doctrina de los "*trinitarios*", argumentarás que sólo el Espíritu mora en los creyentes. Pero por la Biblia podemos ver que esa no es la verdad completa, sino una parte de la verdad, porque la verdad es que los tres moran en nuestro espíritu humano. Volviendo a Juan 14, encontramos estas palabras del Señor Jesús: "***Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él***" v. 23.

Guardar la Palabra del Señor requiere que lo amemos y si lo amamos y guardamos Su palabra, Él promete que el Padre nos amará y el Señor Jesús, junto con el Padre, vendrá a nosotros y hará morada con nosotros.

Pero en Juan 20.22 fue el Espíritu Santo quien entró en los discípulos para hacer Su morada en quienes aman al Señor y en 14.23 dice que es el Padre y el Hijo. Finalmente ¿quién hace morada dentro del creyente? ¿El Padre, el Hijo o el Espíritu Santo? Si le crees al Espíritu y a la Palabra, debes confesar que los tres, El Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, moran en el creyente.

En Juan 14.23 el Señor Jesús promete que a quien le ame y guarde Su palabra, el Padre le amará, y Él y el Padre vendrán a

morar con él y en Juan 20.22 una vez el Señor había resucitado, sopló dentro de ellos el Espíritu Santo. Los tres están morando dentro de los creyentes. Si bien es verdad que el Padre mora en el cielo, que el señor Jesús ascendió de manera visible delante de Sus discípulos, y que el Espíritu Santo es los siete Espíritus de Dios que como las siete lámparas arden delante del trono de Dios, también es cierto que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moran dentro de nosotros, y esto es un hecho muy elevado, pero cierto.

Nosotros tenemos la bienaventuranza, la dicha, el privilegio, de que el Dios hermoso, maravilloso, santo y único, mora en nuestro espíritu y no solamente los tres moran en nosotros, sino que nosotros moramos en Él. Este es el genuino bautismo en el Espíritu Santo.

La palabra bautismo se traduce de la palabra griega ***ebaptizein*** y quiere decir ***estar debajo de, estar cubierto por, estar dentro de***. Por eso el Señor una vez resucitado, les dijo a los discípulos: "***Por tanto, id, y haced discípulos entre todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo***" Mateo 28.19.

El Señor comisionó a Sus discípulos para que fueran a las naciones y de entre ellas ganaran discípulos y que los bautizaran en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando dice en el nombre, la preposición en, en griego es ***eis***, que quiere decir ***dentro de***, luego una traducción literal de la frase sería, bautizándolos para dentro del nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Observemos un detalle que hay en esta frase. ¿Cuántos nombres hay aquí? Tú responderás que hay tres, el del Padre, del Hijo y el del Espíritu Santo; pero no es así. La frase dice en el nombre, mostrando que hay un solo nombre: otra vez llegamos a la verdad de que Dios es tres y es solamente uno, e insistimos que no trates de entenderlo, solamente disfrútalo. Llegará el día en que entenderemos todos los misterios, cuando nuestra alma haya sido completamente transformada y nuestro cuerpo sea transfigurado: "***Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido***" 1 Corintios 13.12.

Concluimos que en el mandato de hacer discípulos y de bautizarlos, hay solamente un nombre y ese único nombre es el del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso es que el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, dijo por boca de Pedro: "***Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para***

perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" Hechos 2.38. Aquí Pedro no dice en el nombre, ni en los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino en el nombre de Jesucristo.

De estos dos versículos se ha formado una gran controversia teológica: los "*trinitarios*" dicen que Pedro estaba equivocado, que solamente debemos atender a las palabras del Señor Jesús y que debemos bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los "unitarios" pelean que la verdad está en Pedro y que se debe bautizar solamente en el nombre del Señor Jesús y los dos grupos se ubican cada uno en una orilla y sus posiciones son irreconciliables.

Entre los "*trinitarios*" hay genuinos hijos de Dios, y no estamos afirmando que sus organizaciones agraden al Señor, sino que entre ellos hay genuinos hijos de Dios y lo mismo ocurre entre los "unitarios"; ahí hay hermanos que han sido redimidos por el Señor y que son hijos legítimos de Dios.

El problema está en que los hermanos no han sido enseñados a guardar la unidad del Espíritu y a vivir vinculados por la paz que el Espíritu da, sino que los dirigentes, engañados por satanás, los han mal enseñado a guardar la unidad de la doctrina, y ninguna doctrina puede lograr la unidad entre los hijos de Dios, sino el Espíritu.

Cualquiera que sea el bando donde te encuentres, vuélvete al Espíritu, a la única comunión que el Señor acepta que es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor y permite que Él te revele las verdades que necesitas para ser verdaderamente libre. "***Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres***" Juan 8.36

Amable lector: en Hechos no fue Pedro quien habló, ni quien se inventó una doctrina; fue el Espíritu Santo quien tomó a los doce que se pusieron de pie y especialmente a Pedro para hablarle a la multitud que estaba allí congregada, y en el Espíritu no hay contradicción. Tanto en Mateo 28.19 como en Hechos 2.38 fue el Espíritu Santo quien habló y nadie distinto al Espíritu Santo que es el Dios Tres uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cuando tocas al Padre, tocas al Dios completo; cuando te relacionas con el Hijo, el Señor Jesús, te relacionas con el Dios tres uno y cuando vas al Espíritu no vas a un tercio de Dios sino al Dios completo.

Creyendo haber logrado aclarar un poco esta confusión que las mentes no puestas en el Espíritu han traído a los hermanos, podemos proseguir para dilucidar el don de diversos géneros de lenguas, del cual habla 1 Corintios 12.10.

Debemos entonces remontarnos a la primera vez que ocurrió este hecho en la iglesia, y fue el día de Pentecostés, el día que la iglesia fue introducida en la tierra.

Al considerar Hechos 2, el versículo 1 nos dice que: "***Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos***". Los ciento veinte discípulos que estaban en el aposento alto, en Jerusalén, estaban unánimes y juntos. La palabra unánime, quiere decir un ánima, una sola alma. Los hermanos habían llegado a ser de una sola alma, pero no alcanzaron la unanimidad porque se habían puesto de acuerdo firmando un documento, ni porque habían nombrado un líder—apóstol, pastor o reverendo—, sino porque ellos habían aprendido a ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu: "***diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz***" Efesios 4.3, es decir, cada uno de los ciento veinte era cuidadoso en ser uno en su espíritu con el Espíritu Santo.

En otras palabras, ellos estaban en la única comunión, la del Señor Jesucristo: "***Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor***" 1 Corintios 1.9. Los hermanos no estaban en la comunión de Pedro, de Juan, de Mateo, de Santiago o de María, sino que estaban en la única comunión: la del Hijo Jesucristo nuestro Señor, porque Dios no nos ha llamado a ninguna otra comunión; esta única comunión es igualmente la comunión de los apóstoles.

El hecho de estar en esa comunión, que es lo mismo que guardar la unidad el Espíritu, les permitió ser unánimes, es decir, los ciento veinte tenían el mismo pensamiento, el mismo hablar, los mismos deseos, el mismo sentir, se guiaban por la misma regla. Se cumplió el ruego que el Espíritu hace a los hijos de Dios por medio de Pablo en 1 Corintios 1.10: "***Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer***".

Estas son las manifestaciones de la unanimidad, la cual es posible cuando los creyentes son diligentes en guardar la unidad del Espíritu: Todos hablamos una misma cosa, y esa "cosa" no es nada diferente a la persona y la obra del Señor Jesús. Cuando hay unanimidad, no hay división, es decir, hay una única visión, la que da el Espíritu a cada creyente y que es única, porque el Espíritu es único.

El prefijo di, quiere decir dos, luego la división se da cuando entre los hermanos no hay la única

visión que da el Espíritu Santo, sino que cada uno tiene su propia visión, salida de su mente carnal.

La tercera manifestación de la unanimidad consiste en estar perfectamente unidos, sin fisuras, sin hendiduras y se manifiesta en que todos los santos tienen el mismo pensamiento, el pensamiento del Espíritu, y un único parecer, igualmente el parecer del Espíritu.

Tristemente este no es el vivir de los cristianos contemporáneos. Cada uno tiene un hablar distinto, cada uno ve las cosas del Señor de manera distinta, cada quien tiene su propio pensamiento; cada uno desea las cosas a su gusto y los pareceres y sentires en todos son distintos.

Todo esto es así porque los hermanos no han aprendido a vivir bajo la única comunión, la del Señor Jesucristo, sino que cada grupo vive bajo la comunión de su organización, de su líder y de sus doctrinas. Los hermanos no han sido enseñados y no han aprendido a ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu, y por eso la iglesia hoy tiene tantas divisiones como organizaciones y hermanos existen.

No era este el caso de los ciento veinte que estaban en el aposento alto, el día de Pentecostés, sino que después de la resurrección del Señor, una vez Él hubo soplado dentro de los discípulos el Espíritu Santo y los hubo preparado durante cuarenta días, ellos tuvieron la práctica de ser uno con el Espíritu, durante los diez días que permanecieron en el aposento alto, después de que el Señor ascendió; y cuando llegó el día de Pentecostés, habían logrado la meta de ser unánimes y de permanecer juntos.

Los ciento veinte que estaban en el aposento alto estaban unánimes y juntos cuando llegó el día de Pentecostés, porque aprovecharon los diez días anteriores para llenar sus almas de las riquezas del Señor. Su preocupación y sus actividades de esos diez días se limitaron a suplicar al Señor que llenara su mente, voluntad y emoción con las insondables riquezas de Cristo, y lo lograron. Por eso Dios pudo manifestar las maravillas que hizo ese día y los posteriores, porque tenía un grupo de discípulos que era totalmente uno en sus almas y que mantenían la unidad del espíritu.

En un ambiente así, el Espíritu tiene toda la libertad para hacer Su voluntad y es por eso que el relato de la palabra continúa: "***Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del***

Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" Hechos 2.2-4.

Estos ciento veinte hermanos ahora están preparados y dispuestos para que el Señor haga Su voluntad y se manifieste por medio de ellos. Estando allí, de repente, vino del cielo un estruendo, parecido a un viento recio.

Observa que el viento recio vino del cielo; no se origina en otra fuente distinta al trono de Dios. Ese viento llenó toda la casa donde los hermanos estaban sentados.

Ellos no estaban ansiosos, no estaban de rodillas, no estaban gritando; estaban sentados, reposados en el Señor, disfrutando Sus riquezas, esperando en Él. En esa actitud el Señor le repartió a cada uno lenguas como de fuego, y ahora sí comenzaron a hablar en otras leguas; pero no hablaban cualquier cosa, sino lo que el Espíritu les daba que hablasen.

En ellos se cumplió el clamor de Pablo a los Corintios: "***Que habléis todos una misma cosa***" y ese hablar era el hablar del Espíritu. ¡Qué cosa más hermosa! ¡Con cuánta facilidad el Señor se expresa cuando somos diligentes en ser uno con Él, en llenar nuestra alma con Sus riquezas y en ser unánimes!

El Señor continúa Su relato diciendo que en esos días vivían en Jerusalén judíos piadosos, que habían venido de distintas naciones que había en la tierra y que cuando oyeron el estruendo se juntaron para ver qué había allí, y al ver que los ciento veinte hablaban en su propia lengua, se confundieron, pero en unos pocos minutos, la confusión se tornó en asombro y admiración.

Los judíos reunidos allí, habían venido de regiones donde se hablaban por lo menos quince distintos idiomas y dialectos. Podemos compararlo a un eventual suceso, en el que en alguna plaza de una ciudad de la tierra se reuniesen franceses, alemanes, colombianos, canadienses, polacos, italianos, suecos, brasileños, daneses, holandeses, ingleses... y un grupo de hermanos comenzaran a hablar en la lengua de cada una de estas personas. Lógicamente, el hecho los atraería poderosamente.

Pero aquel no era un hablar humano, sino era divino, de las cosas divinas, y era así, porque era el Espíritu quien hablaba mediante cada uno de ellos. Él hablaba las maravillas de Dios: "***¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?... les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios***" Hechos 2.8, 11. Ese hablar no tenía por contenido

cualquier tema, sino que ellos hablaban las maravillas de Dios.

Este es un genuino don de diversos géneros de lenguas, que nada tiene que ver con el hablar en lenguas que tienen muchos grupos cristianos contemporáneos, especialmente de corte pentecostal, en donde el hablar en lenguas se convierte en una gritería, en la que nadie entiende qué están diciendo los que hablan tales lenguas.

En esos hablares se cumple aquello que el Espíritu nos dice a través de Pablo en 1 Corintios 14.7-8: "***Ciertamente las cosas inanimadas que producen sonidos, como la flauta o la cítara, si no dieren distinción de voces, ¿cómo se sabrá lo que se toca con la flauta o con la cítara? Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?***". Si no hay claridad en lo que los santos hablan en lenguas, esas lenguas son inútiles y podemos afirmar que no se originan en el Señor, porque Él no hace nada que no sea útil para la edificación de Su cuerpo: "***Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís? Porque hablaréis al aire***" 1 Corintios 14.9. Este hablar al aire es propio de los grupos cristianos que insisten en esas lenguas llenas de confusión que hoy existen en su medio.

El genuino don de hablar en diversos géneros de lenguas tiene una característica fundamental: tiene significado. De otra manera no es útil ni para quien habla esas lenguas ni para quien las oye: "***Tantas clases de idiomas hay, seguramente, en el mundo, y ninguno de ellos carece de significado. Pero si yo ignoro el valor de las palabras, seré como extranjero para el que habla, y el que habla será como extranjero para mí***" 1 Corintios 14.10, 11. Generalmente esta actividad es aprovechada por satanás para introducir su naturaleza mentirosa y engañar a los hermanos.

Todo esto implica que el hablar en lenguas de los hermanos que estaban en el aposento alto, debió ser un hablar muy ordenado, porque los que estaban presentes entendieron lo que el Espíritu hablaba en la lengua de cada uno. No era nada parecido a la gritería que tienen los grupos que supuestamente practican este don en sus reuniones, en donde es imposible entender lo que hablan en lenguas raras y nunca se puede saber si es el Señor quien está hablando, lo cual es improbable, o si es el enemigo usando el alma de las personas presentes para engañar y mentir.

Tampoco tiene que ver el hablar en lenguas con el bautismo del Espíritu Santo, como afirman los grupos pentecostales, porque, aunque la Biblia afirma que

todos fueron llenos del Espíritu Santo, pero no dice que todos comenzaron a hablar en otras lenguas: "***Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen***" Hechos 2.4. Tal vez, algunos de los ciento veinte, tal vez quince o diecisiete, fueron usados por el Espíritu para hablar los distintos idiomas y dialectos de los judíos que estaban allí, de distintas nacionalidades y procedencias. Esto es verdad porque ellos entendieron lo que el Espíritu les hablaba.

De otro lado, debemos entender en qué consistió la llenura del Espíritu Santo en Pentecostés. Sabemos que el Nuevo Testamento fue escrito en griego y hemos visto que el griego es un idioma mucho más amplio que la mayoría de las lenguas modernas, y que en él distintas palabras solamente encuentran una palabra en nuestros idiomas, pero que tienen diferente significado. Cuando el Espíritu afirma que el viento que soplaba ***llenó*** la casa donde estaban sentados, la palabra griega es ***eplerosen***, que quiere decir llenar por dentro, y es el equivalente a lo ocurrido con los discípulos la noche de la resurrección, cuando el Señor sopló y ellos recibieron en su espíritu al Espíritu Santo. En Pentecostés ellos ya estaban llenos interiormente del Señor. Por eso soportaron diez días orando juntos.

Pero cuando la palabra afirma que todos fueron ***llenos*** del Espíritu Santo, la palabra que usa el original para ***llenos*** ahora es ***eplestehesay***, que quiere decir llenar por fuera, investir, revestir. Como ellos ya estaban llenos interiormente del Espíritu Santo, ahora necesitaban tener un vestido exterior del Espíritu, para llevar a cabo el encargo que el Señor les había dado.

Podemos comparar estos dos aspectos de la llenura interior y exterior del Espíritu Santo, con un policía de tránsito. Para poder desempeñar esta función, el policía va a una academia, donde es enseñado en todas las particularidades del policía y un día se gradúa como tal. Esto es similar a la llenura interior. Sin embargo, lo que manifiesta su autoridad frente a los conductores de vehículos, es el uniforme de policía. Si una persona va conduciendo un automóvil y un policía sin uniforme, le ordena que pare, el conductor no le obedecerá, porque pensará que es un delincuente, a pesar de que es un policía; pero si el policía está vestido con su uniforme de policía, todos los conductores reconocen su autoridad y le obedecen. El uniforme se asimila a ser llenados exteriormente, que fue lo que ocurrió con los ciento veinte en Pentecostés.

Para producir esta llenura fue que el Señor les pidió en Lucas

24:49: "***He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto***".

Otro ejemplo podemos verlo en el Señor Jesús: cuando nació estaba lleno interiormente del Espíritu Santo, porque fue engendrado por el Espíritu Santo, y cuando fue bautizado fue lleno exteriormente del Espíritu, investido por Él para llevar a cabo la comisión encomendada por Dios: "***Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él***" (Mateo 3.16).

Esto es lo que ocurre con una persona que recibe al Señor Jesús creyendo en Su nombre: El Espíritu Santo lo llena interior y exteriormente y ese es el bautismo en el Espíritu Santo y no tiene nada que ver con hablar diversos géneros de lenguas. Cuando una persona recibe al Señor es automáticamente bautizada por el Espíritu, y para dar testimonio delante de los hombres, de los ángeles y aún de satanás, esa persona se bautiza en agua, como testimonio exterior de una realidad que ha ocurrido en su interior.

Las Lenguas: una señal para los incrédulos y no para los creyentes

De otro lado, las lenguas tienen otra función específica: ser señal para los incrédulos, no para los creyentes: "***Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos***" 1 Corintios 14.22. Y esta verdad es confirmada por lo ocurrido en Hechos 2.

La fiesta de Pentecostés era la segunda de las grandes fiestas que los israelitas, por mandato del Señor, debían celebrar todos los años. El Pentecostés se celebraba cincuenta días después de la Pascua y era una fiesta donde se traían los primeros frutos de la cosecha, y se comían dos panes con levadura, distinto a la fiesta de la Pascua, donde durante siete días debían comer pan sin levadura. Esos dos panes se refieren a la entrada al reino de Dios de judíos y gentiles. La levadura se refiere a cosas negativas, entre ellos el pecado, y el Señor en Su misericordia, incluyó en Su plan a judíos y a gentiles, sin importar su condición de pecadores.

A esa fiesta, como era lógico, habían venido judíos "de todas las naciones bajo el cielo", es decir, judíos, de nacimiento y judíos por conversión, que no vivían en Jerusalén. En ese tiempo, sin duda, el tema de moda era la muerte en la cruz del Señor Jesús y Su resurrección, lo cual quiere decir que debía haber mucha expectativa entre los asistentes a la

fiesta.

Pero los judíos no iban a creer en un hombre que hacía cincuenta días había sido condenado a morir crucificado. De acuerdo con la Biblia la muerte en la cruz se daba a los criminales malditos y era tan abominable para los judíos que ellos no tenían autoridad para condenar a nadie a morir crucificado, y por eso los principales de los judíos acudieron a Poncio Pilatos, porque los romanos, que era el imperio dominante de la época, sí usaban esa clase de suplicio.

En el pueblo de Israel no se hablaba de alguien que hubiese sido crucificado, porque ser colgado en un madero era una maldición; entonces, ellos tenían la firme convicción de que si Jesús había sido condenado a muerte por medio de la crucifixión, ese hombre debía ser maldito por Dios: "***Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)***" Gálatas 3.13, y no había ninguna posibilidad de que creyeran en un hombre que según la ley, era maldito.

Esta es la razón por la cual el Espíritu tomó a algunos de los ciento veinte que estaban en el aposento alto y habló por medio de ellos en los distintos idiomas que hablaban los judíos incrédulos allí presentes, y eso los llevó a creer, a arrepentirse y a recibir al Señor: "***Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo***" Hechos 2.37-38.

A consecuencia de este hecho, los judíos creyeron y más de tres mil personas fueron añadidas por el Señor a la iglesia: "***Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas***" Hechos 2.41.

Como conclusión, un grupo que requiere que haya hablar en lenguas, está conformado por incrédulos. Los creyentes no necesitan anhelar este don, a menos que el Señor necesite hablar a incrédulos y no hay en el lugar alguien que pueda hablarles en su propia lengua. Por esto, necesitamos ver el siguiente don que es complementario con este y se trata del don de interpretación de lenguas.

Capítulo 40

OTRAS PARÁBOLAS DEL REINO DE LOS CIELOS (8)

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (6)

Interpretación de Lenguas

Es el último de los dones que el Espíritu Santo reparte a cada uno de los santos, como Él quiere, y forman una sola entidad con el de ***diversos géneros de lenguas***.

Para que en la iglesia se haga todo decentemente y en orden, el Espíritu desea que cuando haya un hablar en diversos géneros de lenguas, a la vez haya hermanos que sean usados por el Señor para interpretar los misterios que está hablando el Espíritu.

Cuando la iglesia se reúne en un lugar, no se debe impedir el hablar en lenguas, pero se debe tener cuidado, porque muchas veces el hablar en lenguas procede de la emoción de quien la habla y no de la comunión del Espíritu Santo con el espíritu del hablante. Por eso el Señor, con miras a poner orden en el asunto dice: "***Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios***" 1 Corintios 14.27-28. De tajo, el Espíritu aquí descarta el desorden que hacen muchos grupos cristianos donde hablan en lenguas y ese hablar se convierte en una gritería que nadie puede entender y que satanás aprovecha para introducir encubiertamente sus mentiras.

Observa bien lo que dice la palabra: ***Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno.*** Se requiere ser cuidadoso para que todo en la reunión tenga el orden que agrada al Señor. En una reunión, donde el Espíritu preside, no debe haber más de tres que hablen en esas lenguas, y deben hacerlo por turno, es decir, uno después de otro y no todos a la vez.

Así mismo, para que el hablar en diversos géneros de lenguas sea genuino, debe haber un hermano que interprete, y esa interpretación debe ser examinada y aprobada por la unción que mora en cada uno de los participantes en la reunión, para corroborar que efectivamente sea del Espíritu; o para rechazarlo, si la fuente de ese hablar no es el Señor. Si no hay intérprete, los hablantes en lenguas deben callar y hablar bajito para ellos y para el Señor.

Unas lenguas genuinas, que son apropiadamente interpretadas, son de mucho beneficio para la iglesia y también para los incrédulos que eventualmente estén en la reunión de los santos. Un hablar en lenguas genuino que es interpretado, se convierte en una profecía que juzga y convence a los incrédulos y los llevará a creer en el Señor: "***Si, pues,***

toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos? Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros" 1 Corintios 14.23-25.

Un hablar en lenguas genuinas en primer lugar es ordenado, por turno y con intérprete. En segundo lugar, no debe ser motivo de escándalo ni de confusión, para quien tiene un primer contacto con los hermanos. Muchos que vienen por primera vez a una reunión donde todos gritan en lenguas para hacerse notar, consideran que es una reunión de locos y generalmente se van para no volver.

Pablo afirma que él hablaba en lenguas más que todos los hermanos, pero que cuando se reunía, prefería hablar cinco palabras que fueran comprensibles y que edificaran a quienes lo oían, que diez mil palabras en lenguas que nadie podía entender y que no contribuían a la edificación de los hermanos: "***Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros; pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida***" 1 Corintios 14.18-19.

El Señor desea que, en una reunión de la iglesia, todo lo que se hable sea comprensible, para que todos aprendan y sean edificados, lo cual no se da con un hablar en lenguas cuando no hay quien las interprete: "***Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios***" 1 Corintios 14.2.

Si bien la persona que ora en lenguas se edifica a sí misma, y esto es verdad si las lenguas son genuinas, las personas que lo oyen no ganan nada y no tienen cómo ser uno con ese hablar ni cómo beneficiarse del hablar.

Se puede orar en lenguas, pero cuando oramos junto con otras personas, debemos tener claridad de que nuestra oración no es de nuestra exclusividad, sino que afecta a quienes se encuentran con nosotros. Por eso, además de orar con el espíritu, debemos hacerlo también con el entendimiento: "***¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento***" 1 Corintios 14.15.

El deseo del Señor es que de esa oración no solo participe quien la

realiza, sino que todo el cuerpo sea beneficiado con ella, por medio de entender las palabras que son emitidas: "***Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho. Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado***" 1 Corintios 14.17.

El deseo del Señor en toda reunión de la iglesia no importa el lugar donde ésta se dé, es que todos los hermanos sean edificados, incluso aquellas personas que se reúnen por primera vez.

No debe usarse el don de lenguas como una oportunidad para mostrarse y ser importante ante los demás, sino que debe hacerse todo para el Señor, en orden, decentemente y con miras a agradarlo y a que todos los miembros del cuerpo se satisfagan en el Señor y sean edificados.

Esperamos que estas palabras aclaratorias nos ayuden a entender los distintos dones que el Espíritu reparte a cada uno de los miembros del Cuerpo de Cristo, para que todos obtengan provecho de ellos, para que sean usados conforme al Espíritu, y no permitamos ningún abuso ni desviación de parte de satanás, y para que entendiendo el uso y la función de estos dones, podamos entender la parábola de los talentos de la cual estamos hablando.

Teniendo claridad de que los dones son las cosas que hace el Espíritu, repartiendo a cada miembro como Él quiere "***pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere***" 1 Corintios 12.11, no podemos avanzar sin antes hablar de las otras cosas que el Señor da a la iglesia para que desarrollemos esos talentos que el Señor nos dio a cada uno de Sus hijos, para que los desenvolvamos y alcancemos Su estatura.

Debemos entender que, en la parábola de los talentos, el Señor, antes de irse, —aunque también se quedó en nuestro espíritu—, repartió dones a cada uno según su capacidad. Así lo confirma 1 Corintios 12.13: "***Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu***".

Téngase bien claro que el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia, no es un grupo particular o especial de creyentes, sino que ese cuerpo está integrado por todos los hijos de Dios, aquellos que el Padre ha dado al Hijo y que el Hijo ha recibido por medio

de la regeneración, entrando en ellos y constituyéndolos en hijos de Dios: "***Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere…ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre***" Juan 6.44, 65.

Venir a Jesús y ser parte de Su cuerpo es un asunto de elección del Padre y no de nosotros. Todos aquellos que el Padre ha traído al Hijo conforman el único cuerpo, que junto con el Señor Jesús como la Cabeza, viene a ser el Cristo.

Algunos maestros estudiosos de la Biblia hablan de Cristo y la iglesia, y de manera muy sutil dan a entender que son dos entidades separadas y distintas, porque pretenden que su grupo es la única iglesia y que los demás hermanos, los que no están con ellos y que no siguen sus enseñanzas, no son miembros del cuerpo. Este punto de vista no se ajusta a la palabra, porque ella es tajante al afirmar que todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, y esos muchos miembros, junto con la cabeza—el Señor Jesús—son el Cristo.

El versículo 13 aclara aún más el panorama al afirmar que todos fuimos bautizados—introducidos— dentro de un mismo cuerpo, sin importar la condición de esclavitud o de libertad, ni tampoco la raza a la cual se pertenece: "***Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres***", y además, a todos se nos ha hecho participantes de ese Espíritu que es único: "***y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu***".

Si eres cuidadoso al leer, meditar y orar la palabra, notarás que el bautismo en el Espíritu, no tiene nada que ver con hablar o no hablar en lengua desconocida, sino que el bautismo del Espíritu tiene que ver primero con la elección que el Padre hizo con respecto a nosotros; segundo, con el hecho de habernos traído a Jesús; tercero, con la fe que Él nos dio para creer y recibir al Señor; y, cuarto, que fuimos introducidos dentro del único Cuerpo por medio del Espíritu, del cual bebemos permanentemente, en la medida que nos disponemos a hacerlo.

Retomando el tema central de este capítulo, que es la Parábola de los Talentos de Mateo 25.14-30, encontramos que "***el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes"*** v. 14.

El Señor Jesús nos entregó todos Sus bienes; todas Sus riquezas, todo lo que Él es, todo lo que tiene y todo lo que ha logrado por medio de Su obra de redención, que incluye Su encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización, glorifi-

cación y descenso como el Espíritu de poder, todo es nuestro, todo nos ha sido entregado, en mayor o menor grado, de acuerdo con nuestra capacidad: "***A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos***" Mateo 25.15.

Si bien es cierto, que hace un poco menos de 2.000 años, Él ascendió para ser entronizado a la diestra del Padre, es igualmente cierto que como el Espíritu está dentro de nosotros, procurando nuestra disposición para multiplicar Sus bienes: "***Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asimismo, el que había recibido dos, ganó también otros dos***" vs. 16-17.

¡Qué equivocadas son las interpretaciones que tiene el cristianismo respecto de estos dos versículos! Están convencidos que multiplicar los talentos es hacer obras para Dios, especialmente en el asunto de predicar el evangelio, porque limitan esta actividad a ganar adeptos para que su grupo crezca y se convierta en multitud.

Recordemos que el Señor no desea de nosotros ninguna obra, sino que quiere que nos dispongamos para que Él pueda hacer Sus obras en nosotros. En otras palabras, desea que andemos en las "***buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***" Efesios 2.10. Observa que las obras son preparadas de antemano por Dios y no por los hombres: "***Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere***" 1 Corintios 12.11. Negociar los cinco o los dos o un talento y ganar otro tanto, es simplemente caminar en esas obras que Él ha preparado de antemano para nosotros, es decir, vivir y andar por el Espíritu.

De esta manera el Señor crece en nosotros y va saturando poco a poco nuestra alma, hasta que logramos los cuatro elementos de que habla Efesios 4.13: llegar a la unidad de la fe; alcanzar el pleno conocimiento del Hijo de Dios; ser el hombre de plena madurez que produce frutos permanentemente para el disfrute del Señor; y, alcanzar la estatura de la plenitud de Cristo. Esto es multiplicar los talentos.

Sin embargo, debido a la naturaleza caída y ambiciosa de los creyentes que no buscan madurar en el Señor, los que tienen un solo talento se llenan de inconformismo y lo entierran: "***Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor***" Mateo 25.18. A esto se refiere 1 Corintios 12.15-16: "***Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy***

ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?".

En el cristianismo contemporáneo hay dos tendencias extremas, que no son nada saludables para la vida del cuerpo: una consiste en un complejo de inferioridad de la mayoría de los hermanos, al comparar su función con la de otros miembros y creer que es menos valiosa. Los hermanos creen que ser pie es inferior a ser mano y menosprecian el valor que el Señor les da como miembros del cuerpo, o que ser oreja es inferior a ser ojo y tratan de excluirse del cuerpo.

La otra tendencia es la de creer que en el cuerpo hay miembros superiores e inferiores, miembros más y menos importantes, y la mayoría se sienten inferiores y menos importantes y dedican su vida de creyentes a seguir ciegamente a hombres que se convierten en "*sus líderes*", pero no siguen al Señor que es el único líder, la Cabeza de la iglesia y que guía a todos los miembros del cuerpo a través de la unción que han recibido y que mora en ellos: "***Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él***" 1 Juan 2.27.

En esto consiste cavar en la tierra y enterrar el talento. No desempeñar la función que el Señor le ha asignado a cada uno como miembro de Su cuerpo y permitir que sean otros los que hacen las cosas por el creyente que anula su talento.

A esta terrible parálisis del cuerpo, contribuyen los líderes ambiciosos que no ayudan a todos los miembros a funcionar y además de no ayudarlos, se lo impiden: "***Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato?***" 1 Corintios 12.17. En los grupos cristianos, de la denominación que sean, todo se hace en función de un líder, que consciente o inconscientemente se considera que es todo el cuerpo.

Ha habido, a lo largo de la historia de la iglesia, algunos hermanos a quienes el Señor les ha dado revelaciones y visiones genuinas, pero la gran mayoría de esos hermanos, con contadas excepciones, han conformado con esas visiones y revelaciones, organizaciones excluyentes, considerando que su organización es la única que el Señor acepta y que todos aquellos que están fuera de ella, están excluidos y no pueden agradar a Dios. Debido a eso los congregados deifican a los líderes y los convierten en sus ídolos, desplazando al Señor a un segundo lugar. Este es un pecado muy grande del que los creyentes

contemporáneos necesitan arrepentirse.

Pero no es así como piensa el Señor y como ha planeado Sus negocios: "***Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso***" 1 Corintios 12.18. El Señor es quien distribuye las distintas funciones del cuerpo como Él quiere, porque el cuerpo es de Su propiedad, no de una organización particular. Él es la Cabeza del cuerpo y no lo es un líder particular. Él es soberano para poner los miembros en el Cuerpo como a Él le place, y nosotros, los creyentes, debemos someternos a ese arreglo, que es conforme a Su voluntad.

El cuerpo de Cristo—que es Cristo mismo—, así como el cuerpo humano, no puede ser un solo miembro. En otras palabras, en el cuerpo todos los miembros deben funcionar en la medida que Dios les ha dado. Pero no es esto lo que ocurre en el cristianismo contemporáneo degradado, porque allí es el pastor, el reverendo, el "*apóstol*" quien ordena, decide y hace todas las cosas; los hermanos no pueden hacer nada, si primero no se consulta con el líder, porque si el Espíritu le muestra algo, pero no es aprobado por el "jefe", inmediatamente es acusado de rebeldía, puesto en disciplina, y si no la acepta, es expulsado, satanizado y excomulgado del grupo.

Al Señor no le es permitido decidir nada, solamente el líder tiene la palabra. El Señor ha sido expulsado de ese grupo. Esta es la iglesia contemporánea que corresponde a la situación de Laodicea. No obstante, el Señor, por el inmenso amor que tiene por Sus hijos, les dice: "***He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo"*** Apocalipsis 3.20.

Los miembros del Cuerpo no se excluyen

El Cuerpo tiene muchos miembros, y todos son distintos y tienen una función diferente, pero a pesar de ser muchos miembros, todos ellos forman un solo cuerpo "***Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo***" 1 Corintios 12.19-20, y bajo ninguna circunstancia pueden excluirse: "***Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros***" 1 Corintios 12.21.

Cada uno de los hijos de Dios hemos sido puestos en el cuerpo de Cristo según la voluntad de Dios y nadie puede excluirnos, ni usurpar nuestra función, ni impedirnos desarrollar nuestro(s) talento(s) para multiplicarlos, de tal manera que cuando el Señor venga y nos pida cuentas, podamos entregarle "*Su capital*" con

todos los "*rendimientos*", que Él ha ganado durante nuestra vida en la tierra.

Entiende querido hermano que eres miembro del cuerpo de Cristo y la función que el Señor te ha dado es honrosa y que tú debes honrar al Señor disponiéndote para que Él trabaje y multiplique tus talentos. Nadie puede excluirte del cuerpo; nadie puede impedir que la vida divina que el Señor te ha dado fluya y se multiplique; nadie puede impedir que la palabra del Señor corra a través tuyo y te limpie para que puedas dar frutos para el disfrute del Señor: "***todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado***" Juan 15.2-3.

Sin embargo, si eres de aquellos santos que no dan fruto, si en ti el Señor no encuentra nada que pueda disfrutar cada día, es decir, si eres de aquellos hermanos que consideran que el Señor se equivocó al ponerte en el lugar del cuerpo que te puso y en darte la función que te dio, y por esa causa cavas en la tierra y entierras tu talento, estás propenso a ser quitado: "***Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará***" Juan 15.2.

Ser quitado quiere decir que no hay posibilidad de permanecer en el Señor, es decir, no se puede vivir y andar por el Espíritu y en ese caso "***el que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden***" Juan 15.6.

Los miembros del cuerpo se ayudan entre sí

Como en el cuerpo humano, en el cuerpo de Cristo, la iglesia, no hay un solo miembro innecesario, sino que cada uno es indispensable con relación a los demás, todos son indispensables, todos están puestos por el Señor para ayudarse mutuamente y no para despreciarse ni para excluirse. A veces un hermano se cree que es el miembro más débil del cuerpo, por su condición, pero a ese miembro débil, el Señor le dice: "***Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios***" 1 Corintios 12.22.

Una ilustración que puede ayudarnos mucho es comparar algunos miembros entre sí, por ejemplo, el dedo meñique con el muslo. El primero es tan pequeño, aparentemente débil e insignificante, pero cuántas cosas hermosas y refinadas pueden hacerse con ese pequeño dedo. ¿Quién podría ejecutar una hermosa melodía en un instrumento musical, si faltase el dedo meñique de alguna de sus manos? El muslo, con todo y tener el hueso más grande del cuerpo y gran cantidad de poderosos músculos, no puede desempeñar la función del pequeño meñique.

Si bien el muslo tiene capacidad de desarrollar trabajos tan pesados en los que el meñique sería aplastado, los dos son tan necesarios e importantes para el cuerpo humano, que el faltar uno cualquiera de ellos, no sería posible vivir una vida completa. De la misma manera en el cuerpo de Cristo, todos los miembros, por insignificantes y débiles que parezcan son necesarios e imprescindibles, y con el funcionamiento de ellos, el cuerpo es armonioso y Dios es plenamente satisfecho y glorificado.

En la mente natural caída se hace discriminación de algunos miembros, porque otros miembros los consideran indignos e indecorosos, pero ese no es el pensamiento del Señor con respecto a los miembros del cuerpo: "***y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro***" 1 Corintios 12.23. Si Dios nos ve directamente nos encuentra desnudos, indignos e indecorosos, pero cuando el Señor nos ve en Cristo, nos encuentra dignos, decorosos y hermosos.

Pero si no estamos llenos de Cristo, si no le permitimos al Señor que nos vista de Él, estamos desnudos delante de Dios. Por eso el Señor aconseja a quienes vivimos la última etapa de la iglesia: "***Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres... vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez***" Apocalipsis 3.18.

Como miembros del cuerpo, debemos ayudarnos mutuamente a vestirnos de Cristo. En la medida en que nos suplimos a Cristo solidariamente, nos vestimos de Él, y esto es vestirnos dignamente. No se trata aquí de tapar el pecado de los hermanos como muchos acostumbran, sino en suplirnos unos a otros del Cristo que diariamente disfrutamos, para que ningún miembro del Cuerpo manifieste su desnudez espiritual, cometiendo actos pecaminosos que lo avergüencen y avergüencen al Señor.

Si un hermano comete alguna falta, debemos ayudarlo, amonestándole con amor, teniendo cuidado de no ser tentados a cometer las mismas faltas: "***Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado***" Gálatas 6.1, pero a la vez debemos ser cuidadosos de no participar en pecados ajenos: "***No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro***" 1 Timoteo 5.22.

Igualmente, como hijos de Dios que hemos de entrar en el reino de los cielos, debemos ser

cuidadosos en cuanto a los pecados que son de muerte y los que no son de muerte, porque cuando alguien cae en los primeros, seguramente ha sido excluido del reino de los cielos: "***Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte***" 1 Juan 5.16-17.

El hecho de que el Señor haya dado a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno, con ello no estableció ninguna jerarquía en la iglesia, ni hizo a unos miembros más importantes y a otros menos, sino que Él sabe qué responsabilidad puede soportar cada quien en el cuerpo, e igualmente sabe que en la medida en que cada creyente negocie con sus talentos puede duplicarlos.

Tal vez el hermano que recibió un talento considere que el Señor le dio menos honor, que tiene menos importancia en el cuerpo, que aquellos hermanos que recibieron cinco y dos talentos, pero el Señor en ningún momento piensa así, sino que por el contrario: "***Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios mezcló juntamente el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba***" 1 Corintios 12.24—Gr.

Para Dios no hay en el cuerpo miembros más o menos importantes, sino que nos mezcló a todos Sus hijos y estableció un equilibrio entre todos, "***para que no haya división en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros***" 12.26.

La palabra preocupar quiere decir ocuparse de antemano. Cuando vivimos la realidad del Cuerpo de Cristo, cada uno de nosotros estamos preocupados por el crecimiento de cada uno de los hermanos, y trabajamos en oración y en la enseñanza, supliéndonos unos a otros con la riquezas del Espíritu, para que ninguno entierre sus dones, sino que todos los santos los multipliquen y en la venida del Señor todos tengan qué presentarle: "***La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales***" Colosenses 3.16. No se trata de una competencia cualquiera, donde el que llega primero es el vencedor, sino que el Señor desea que todos alcancemos la meta de ser vencedores.

La realidad de la vida del cuerpo implica que "***si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro***

recibe honra, todos los miembros con él se gozan" 1 Corintios 12.26. El sufrimiento, el dolor y la lucha de un santo, deben afectar y conmover a todo el cuerpo y así mismo la honra y la alegría de un miembro del cuerpo, deben ser motivo de alegría para todos los santos. En este aspecto, no hay duda de que falta casi todo.

La preocupación de los líderes cristianos se centra en que los feligreses asistan al culto del domingo o a las reuniones de la cruzada que organizan periódicamente, pero no hay una genuina preocupación por el crecimiento y el bienestar espiritual de las ovejas que dicen pastorear. Por su parte, los feligreses están preocupados porque el Señor cubra sus necesidades y siendo así no hay otro motivo de preocupación, aunque el hermano que se sienta a su lado haya enterrado su don y esté propenso a ser excluido del reino de los cielos.

Las funciones en el cuerpo

Todos aquellos que hemos creído en el Señor, que lo hemos recibido, hemos sido regenerados, hemos nacido de nuevo y somos miembros de Su cuerpo. En esto no debemos tener la menor duda: "***Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular***" 1 Corintios 12.27.

Todos los hijos de Dios hacemos parte del cuerpo de Cristo y cada uno de nosotros en particular somos miembros de Su cuerpo. No podemos equivocarnos tratando de excluir a algún hermano del cuerpo de Cristo, sin importar dónde esté o con quién se reúne; ni tampoco podemos errar tratando de incluir a alguno que el Señor no haya escogido y traído a Su cuerpo.

La iglesia no es un cuerpo deforme ni desordenado, sino que al igual que el cuerpo humano, cada uno tiene una función de acuerdo con los talentos que el Señor le ha dado, y esas diferentes funciones hacen que el cuerpo sea ordenado y sumamente armonioso: "***Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente, apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas***" 1 Corintios 12.28.

Dios ordenó el cuerpo como Él quiso y no tiene nada que ver con los nombramientos que hacen las organizaciones cristianas. Es muy común ver hoy a algunos predicadores en televisión y oírlos en radio exaltando sus títulos de apóstol, profeta, evangelista internacional, reverendo, presbítero, pastor y otros. Casi siempre esos títulos son auto impuestos por la persona que se jacta de tener una u otra función, o son

otorgados por la organización a la que pertenecen, pero no han sido funciones constituidas por el Señor, como lo dice la palabra de Dios: "***Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros***" Efesios 4.11.

La palabra dice que ha sido el Señor quien puso a unos en la iglesia como apóstoles, a otros como profetas, a otros como hacedores de milagros, a otros como aquellos que sanan, a otros como ayudantes de los hermanos, a otros como administradores y a otros como los que hablan lenguas y como intérpretes de lenguas. Pero estas funciones no implican jerarquización, ni un orden de importancia, porque ya el Señor nos ha mostrado que en el cuerpo no hay miembros que sean más importantes que otros, sino que cada miembro se distingue porque tiene una función específica.

Tampoco estas funciones implican liderazgo y sumisión como exigen los líderes del cristianismo contemporáneo, sino que se debe tener claridad de que el Líder y la Cabeza de la iglesia es el Señor Jesús y nadie más, y los creyentes debemos sujetarnos, someternos y obedecer sólo a Él.

Los apóstoles, los profetas, los hacedores de milagros, los ministradores de sanidades, los ayudantes, los administradores, los que tienen don de lenguas, son hermanos nada más, que ejercen sus funciones dependiendo de la Cabeza. Ellos no son hermanos especiales que tienen alguna autoridad para enseñorearse de los demás hermanos y someterlos a sus caprichos y a sus puntos de vista.

Si todos los santos viésemos y entendiésemos esta realidad se acabaría el gran problema de división, porque la única cabeza sería el Espíritu, y todos nos someteríamos a Él y seríamos diligentes en guardar la unidad del Espíritu.

Todos los santos pueden y deben ejercer las funciones que el Señor ha establecido en la iglesia. Por eso el Señor pregunta: "***¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos?***" 1 Corintios 12.29-30. Si el Señor pregunta, es porque todos los miembros en la iglesia pueden tener todos y cualquiera de los dones, a menos que un hermano haya decidido enterrar su talento.

En otras palabras, un hermano de un talento puede ejercer la función de apóstol, puede ser profeta, puede ser maestro, puede hacer milagros, puede ministrar sanidades, puede hablar lenguas y puede interpretarlas, lo mismo que uno que tiene dos

u otro que tiene cinco talentos, porque el don no es propiedad del hermano, sino es el Espíritu quien opera en Él, como y cuando quiere.

En la iglesia todos los santos deben anhelar el ejercicio de los dones, pero el Señor nos muestra un camino más excelente: el amor, que es tratado en el capítulo 13 de 1 Corintios.

Sobre el amor, solo queremos decir de manera sucinta que este no es solamente un sentimiento, sino que es la expresión de la vida de Dios a través de nosotros, porque Dios es amor. Podemos amar verdaderamente cuando estamos saturados de la vida de Dios y esa vida transborda desde nuestro vaso para llenar a otros vasos. Ese es el amor que cumple todas las consideraciones de 1 Corintios 13.

Agradecemos al Señor por habernos aclarado el contenido de 1 Corintios 12. Esperamos que tú querido lector y hermano, tengas ahora una luz un poco más clara acerca de estos asuntos, y así podamos ganar toda la luz que el Señor quiere darnos por medio de la Parábola de los Talentos, que tiene que ver con el reino de los cielos.

Volvamos entonces a ella y sigamos disfrutando de todas las riquezas que el Señor quiere mostrarnos.

Cuando el Señor se fue lejos y dio a cada uno de sus siervos talentos en cantidades distintas, tenía un objetivo bien claro: pedirles cuentas a Su regreso. "***Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos***" Mateo 25.19.

Ha pasado un buen tiempo desde que el Señor ascendió, y la mayoría de Su pueblo ha olvidado Su regreso. Pero el Señor regresará y Su venida está más cercana de lo que muchos creen, y todos tendremos que ir a Su presencia para rendirle cuentas de los talentos que Él nos entregó. El día de entrega de esas cuentas no es nada distinto al Tribunal de Cristo, que el Señor establecerá en los aires, hacia el final de la Gran Tribulación, cuando los que estén muertos serán resucitados y los que estén vivos serán transformados para subir a los aires, para ser juzgados de acuerdo con las obras que hicieron mientras estaban en el cuerpo: "***Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo… Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arreba-***

tados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor" 2 Corintios 5.10; 1 Tesalonicenses 5.16-17.

Una vez que todos estos hechos ocurran, cada uno de nosotros los creyentes, debemos presentarnos delante de Él para arreglar cuentas y saber si estamos preparados para entrar o no en el reino de los cielos.

Los siervos que, en la parábola, hacía mucho tiempo habían recibido los talentos, fueron llegando uno a uno: "***Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor***" Mateo 25.20-23.

Los que habían recibido dos y cinco talentos, negociaron con ellos y los duplicaron. No debe entenderse la multiplicación de los talentos como haber hecho obras para el Señor, sino en haber permitido que el Señor trabajara en ellos, con el fin de ser totalmente saturados de la vida y la naturaleza divinas.

Estos hermanos son aquellos que alcanzaron los cuatro puntos de los que habla Efesios 4.13: ***la unidad de la fe***, que consiste en que el Señor ha crecido tanto en el alma del creyente, al punto de que la fe subjetiva llegó a ser igual a la fe objetiva; su creencia llegó a ser igual a todo lo que el Señor es.

El segundo punto es que llegaron al ***pleno conocimiento del Hijo de Dios***. Así como un profesional en cualquier rama de la ciencia o la tecnología conoce profundamente todas las cosas que tienen que ver con su profesión, los creyentes debemos anhelar conocer totalmente al Señor, porque entre más lo conocemos más lo amamos, lo respetamos, lo seguimos y lo obedecemos.

El tercer punto es llegar a ser ***un hombre de plena madurez***; la madurez tiene que ver con producir frutos permanentemente, para que el Señor pueda disfrutar de Su trabajo en nosotros.

El cuarto punto tiene que ver con ***crecer hasta alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo***. Cuando estemos en el Tribunal de Cristo, seremos comparados con Él

y sólo aquellos que sean iguales a Él en estatura, en crecimiento en la vida divina, entrarán en el reino de los cielos.

Estos son los siervos que habían recibido cinco y dos talentos y fueron felicitados por el Señor porque habían sido fieles en lo poco: ***Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor***.

No creas que recibir cinco o dos talentos es una carga demasiado pesada, o es una responsabilidad muy grande. El Señor dice que es poco y que, debido a la fidelidad de los siervos, ahora sí Él los pondrá sobre mucho y están listos para entrar en el gozo sin igual del Señor, es decir, estos son los vencedores que entrarán en el reino de los cielos.

El Señor no demanda de sus siervos grandes cosas, sino solamente una: ***fidelidad***. Es decir, Él desea de nosotros que aprendamos a vivir en el espíritu y a mantenernos en Su comunión. Este vivir, además de que no es difícil, es muy grato y placentero.

Pero había otro siervo a quien el Señor le había dado una carga aún más pequeña, un talento; pero su vivir fue bien distinto al de los dos anteriores. Él, en lugar de trabajar el talento para multiplicarlo, fue y cavó en la tierra y lo enterró, y cuando se presentó delante del Señor fue tan altivo, que a cambio de humillarse y reconocer su carencia y su falta de fidelidad, le echó al Señor la culpa de su fracaso: "***Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo***" Mateo 25.24-25.

Esta clase de creyente corresponde a aquellos hermanos que nunca buscan una comunión íntima con el Señor, que se conforman con el sermón semanal que les imparte el líder del grupo donde se reúnen, pero que no se preocupan por tocar el espíritu, por buscar revelación y luz en la palabra; son aquellos hermanos que no buscan la voluntad del Señor, que nunca tienen ningún fruto para que el Señor pueda disfrutar, que son indiferentes al hablar del Señor, que se llenan de religiosidad y de reglas exteriores, que siempre están propensos a la crítica, porque ésta se manifiesta claramente delante del Señor: "***te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste***".

Son hermanos que viven una vida de continuo temor, que no pueden disfrutar el amor del Señor y que nunca llegan a ser

perfeccionados: "***En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor***" 1 Juan 4.18.

Estos son hermanos a quienes se les pregunta que si el Señor viniera hoy qué sería de ellos y confiesan que serían derrotados porque les falta mucho crecimiento; y si se les repite la pregunta dentro de cinco, diez o quince años, la respuesta es idéntica. Su vida espiritual no avanza. Procuran vivir por la visión que otros puedan tener; se amparan en liderazgos humanos y alegan que sus líderes son los siervos que el Señor ha puesto en la iglesia y que bajo su cobertura todo estará bien.

Si observas la parábola con cuidado, te darás cuenta de que el Señor le pide cuentas a cada uno; que la rendición de cuentas es individual y no colectiva; que ningún creyente puede responder por otro, sino que personalmente cada uno estará cara a cara con el Señor rindiendo cuentas de su vivir como creyente.

La situación del siervo que recibió un talento, y en lugar de abrirse al Señor para que Él lo trabajara y produjera frutos, es muy triste y dolorosa, porque inmediatamente viene la maldición del Señor: "***Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí***" Mateo 25.26.

El Señor no discute con el siervo acerca de que Él sea duro y que siega donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido, sino que lo trata de malo y negligente. ¡Qué dura ha de ser esta palabra para quien tenga que recibirla en el Tribunal de Cristo! Es una maldición que ha de taladrar el corazón hasta lo más profundo. El Señor a cambio de justificarse frente a la acusación del siervo, le muestra lo que debió haber hecho con el talento que había recibido: "***Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses***" v. 27.

Aquí el Señor muestra la necesidad que tenemos de vivir con y para el cuerpo como miembros de él. No podemos crecer nosotros solos, necesitamos de la ayuda, el apoyo, la oración y la enseñanza de otros hermanos.

La iglesia no es un archipiélago donde cada miembro es una isla separada e incomunicada de los demás miembros, sino que es un cuerpo donde todos nos ayudamos unos a otros, donde todos disfrutamos al Cristo que mora en nuestro espíritu. Por eso es tan importante no dejar de reunirnos y tener reuniones que sean espirituales, es decir, reuniones en las que nuestro espíritu tenga un encuentro con el Espíritu del Se-

ñor, en la que Él sea quien hace, habla, enseña, consuela, exhorta y disfruta.

Tampoco se crea que por el hecho de ir a una reunión o más en la semana, sea suficiente para crecer y madurar y para multiplicar los talentos. Si bien es verdad que bajo ninguna circunstancia debemos dejar de congregarnos, también lo es que si la reunión a la que tú asistes no es una reunión del Espíritu, tampoco hay ningún fruto.

Las reuniones del cristianismo se reducen a un programa previamente establecido donde hay unas pocas oraciones generalmente salidas de la carne, no del Espíritu. Igualmente se cantan algunos coros e himnos de muy bajo contenido espiritual, porque buscan agradar el alma de los asistentes, sin tocar el espíritu. A continuación, si hay artistas cristianos, éstos se presentan para ser aplaudidos, para aumentar su fama y para ser alabados. Después el pastor, reverendo, apóstol o con cualquier título, hace un discurso a manera de sermón donde supuestamente habla la palabra de Dios.

Los asistentes a la reunión se emocionan hasta el éxtasis, gritan vítores, aplauden, admiran al predicador, y en ese estado de emoción, cuando todo el poder que hay en el alma de las personas se ha liberado, ocurren una cantidad de "*milagros*" en los que no está el Señor, porque de ninguna manera lo glorifican, sino que los asistentes creen más en el predicador y lo encumbran en el pedestal de la fama.

En un tipo de reunión así, no hay ni un milímetro de edificación espiritual. Simplemente los asistentes se han emocionado en su alma, pero la vida del Señor no ha crecido nada en ellos.

Recalcamos el hecho de que una reunión del Espíritu no es nada distinto al encuentro del espíritu de los creyentes con el Espíritu de Dios. Cuando la reunión es de ese tipo, en ella el Espíritu es quien decide lo que se ha de hacer en cada momento, y no un hermano que se constituye en director o líder de la reunión. En esa reunión, tal vez el Espíritu desea orar y va tomando, en orden, a cada uno de los presentes y ora Su carga.

Tal vez el Espíritu desea disfrutar un himno que tenga una letra inspirada en el Espíritu, que revela los misterios de Dios, Su persona y Su plan; los hermanos, entonces, hablan acerca del contenido del himno, revelando los distintos puntos del mismo y manifestando la experiencia que hayan podido tener con respecto a él, y luego lo cantan una o dos veces, según el Espíritu guíe.

En esa reunión espiritual, si no es muy numerosa, lo cual es recomendable, el Espíritu puede

trazar un tema bíblico que puede ser revelado a muchos de los hermanos presentes en la reunión, y en orden, uno por uno, va expresando la revelación que el Espíritu va dando, para que los presentes sean enseñados, sean edificados, consolados y exhortados.

En cada reunión espiritual el Señor se siembra a Sí mismo como semilla a través de la palabra que revela por medio de los profetas, que en distinta medida son todos los que asisten a la reunión. Cada hermano durante la semana, labora en esa palabra hasta producir una cosecha de las riquezas de Cristo, cosecha que se debe llevar a la siguiente reunión para que todos puedan comer de la comida espiritual exuberante, que el Señor suministra a todos y a cada uno de los santos.

Este es un verdadero ejercicio de los dones y esto lo hacen los hermanos que deciden no enterrar el (los) talento(s) que el Señor les entregó, con el fin de que su vida de creyente produzca frutos a ciento, a sesenta, y a treinta por uno: "***Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno***". (Mateo 13.23)

Las genuinas reuniones de la iglesia están tipificadas en el Antiguo Testamento por la fiesta de los Tabernáculos, en la cual los israelitas llevaban los productos que habían obtenido del procesamiento de los frutos de la siega de la buena tierra. Durante siete días ellos hacían enramadas y comían todo aquello que habían llevado para celebrar la fiesta.

Si sabemos que la buena tierra representa a Cristo, la tierra de Canaán, a la que Dios había introducido a Su pueblo, después de que había vagado por el desierto durante cuarenta años, y que la última y gran fiesta, la de los Tabernáculos tenía como ingrediente principal el disfrute de los productos de esa tierra. Las reuniones genuinas, del Espíritu, son aquellas donde los creyentes disfrutan del Cristo maravilloso que cada uno ha disfrutado durante una semana.

Si lees cuidadosamente Levítico 23 desde el versículo 23 hasta el final del capítulo, encontrarás que los israelitas no podían ir a la fiesta con las manos vacías, sino que debían llevar alguna parte de lo que habían obtenido de su trabajo en la tierra de Canaán.

De la misma manera, los creyentes no vamos a la reunión con las manos vacías, sino que en nuestra vida diaria nos dedicamos a cultivar a Cristo, a disfrutar de Sus insondables riquezas, y llevamos nuestro disfrute para que, junto con los hermanos, tengamos en cada reunión un banquete esplendoroso, donde el Señor y nosotros disfrutamos

y donde el Señor y nosotros nos satisfacemos.

Este es el ejercicio de los talentos; y si hacemos así los multiplicaremos y en la venida del Señor tendremos qué presentarle y tendremos cómo gloriarnos y gozarnos con Él.

Por eso, amable lector, tú debes ejercitar los dones que el Espíritu Santo te ha dado, para que tus talentos no permanezcan enterrados. Si los entierras, tendrás que escuchar de la boca del Señor una frase que no es nada halagadora: "***Siervo malo y negligente".*** Además, tu talento te será quitado y entregado a quienes ganaron más talentos sobre los que el Señor les dio: ***"Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado***" Mateo 25.28-29, y luego una sentencia que a ninguno le gustaría oír: "***Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes***" Mateo 25.30.

El lector podrá comprender con claridad que todos los siervos, tanto los que recibieron cinco talentos, como el que recibió dos y así mismo al que le fue dado un talento, son siervos del Señor, es decir son hijos de Dios, son personas regeneradas, nacidas de nuevo y hacen parte del reino de Dios, pero eso no les garantiza que puedan entrar en el reino de los cielos, porque solamente entrarán aquellos siervos que trabajaron sus talentos y los multiplicaron y no así el siervo malo y negligente que prefirió cavar en la tierra para enterrar su talento.

Si eres un hijo de Dios que has recibido un talento no lo entierres; vuélvete al Señor para que Él lo trabaje en ti y verás que en muy poco tiempo dejará de ser un talento para convertirse en dos y luego en cuatro. Cuando el Señor venga serás felicitado por Él y puesto en el reino de los cielos para gobernar junto con Él. Ningún hermano de un talento debería ser excluido del reino de los cielos. ¡Depende de ti!

Reiteramos que trabajar los talentos que el Espíritu nos suministra, no tiene nada que ver con hacer obras para Dios, sino en permitir que Él trabaje Sus obras en nosotros, aquellas que Él preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

Esperamos que tomes en serio estas palabras, desentierra tu talento, multiplícalo y en la venida del Señor tendrás qué presentarle para que seas un vencedor y puedas entrar en el reino de los cielos.

Capítulo 41

LA RECOMPENSA DEL REINO DE LOS CIELOS

El Señor habló otra parábola del reino de los cielos, en la que nos revela cuál será la recompensa para cada uno de aquellos de Sus hijos que lo alcancen.

Esta parábola se encuentra en Mateo 20 y vamos a leerla: "***Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados? Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo. Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos***" vs. 1-16)

Ganar el reino de los cielos es similar a ganar un salario, una recompensa, que se obtiene a partir de la celebración de un contrato o convenio. Esto quiere decir que el reino de los cielos no se nos dará gratuitamente, sino que debemos trabajar para ganarlo, pero hay que tener cuidado, porque debido a la falta de revelación, podemos caer en la enseñanza del cristianismo contemporáneo de hacer obras para Dios, pretendiendo así agradarlo, y adquirir el derecho de reclamarle por ellas.

No se debe perder de vista el hecho de que las obras de Dios no son aquellas que Sus hijos hacen de su propia iniciativa, sino las que Él ha preparado de antema-

no y que desea que andemos en ellas: "***Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas***" Efesios 2.10.

Cuando fuimos regenerados y nacimos de nuevo por medio de creer en el Señor, fuimos constituidos como el nuevo hombre y ese nuevo hombre es "***creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad***". En el nuevo hombre no hay nada distinto a la persona del Señor Jesús, y gracias a Su muerte y resurrección, nosotros hemos sido creados de acuerdo con el deseo del Señor en justicia, santidad y realidad [verdad].

En otras palabras, al ser injertados en Cristo, hemos sido añadidos al nuevo hombre y en la medida que vivimos en Él por medio de renovar nuestra mente, que consiste en ponerla en el espíritu, somos llenos de santidad, de justicia y de realidad.

Ser santos implica que somos totalmente saturados con la naturaleza del Señor, porque Él es el Único santo y toda la inmundicia que satanás introdujo en nosotros es eliminada y erradicada. De la misma manera, al ser vestidos de Cristo expresamos Su persona, que es justa. En Dios no hay nada incorrecto ni torcido y en la medida que nos llenamos de Él, nuestros actos y nuestra conducta se convierten en una expresión genuina de Su persona justa. La santidad tiene que ver con llenarnos en nuestro interior de la persona del Señor y la justicia es la expresión exterior del Dios santo y justo que mora en nuestro interior.

El nuevo hombre también es verdadero, real. Recordemos que la verdad no es un concepto filosófico que hace diferencia entre lo bueno y lo malo o entre lo agradable y desagradable, sino que la verdad es una persona: el Señor Jesucristo "***Yo soy el camino, y la verdad, y la vida***" Juan 14.6.

Dios estuvo oculto durante siglos para la humanidad y un día por amor a nosotros decidió hacerse carne en Jesús, y ese pequeño hombre que anduvo en carne en la tierra durante más de treinta años, es Dios manifestado, Dios hecho real para los hombres. Dejó de ser un Dios lejano que habitaba solamente en el cielo, y decidió venir a mezclarse con los hombres, a vivir entre ellos y con ellos. Un día ese Dios-hombre fue a la cruz y murió, y después de tres días resucitó, y la noche de Su resurrección, buscó a Sus discípulos y se sopló en ellos como el Espíritu Santo y después los vistió de Él mismo el día de Pentecostés, para hacer Sus obras por medio de ellos.

Cuando nosotros creímos en Él, recibirnos la misma dosis de Espíritu que recibieron los pri-

meros discípulos, y el Dios Tres Uno maravilloso y completo, vino a morar dentro de nosotros y es real para nosotros. Dios no solamente está hoy en el cielo, sino que mora dentro de nosotros los creyentes, para ser nuestra realidad cotidiana: "***No os dejaré huérfanos; vengo a vosotros… El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él***" Juan 14.18-23.

En cada instante de nuestro vivir podemos disfrutar de la persona y de todas las riquezas de ese Dios maravilloso, que un día nos escogió y en quien hemos creído. Esa realidad la podemos vivir poniendo nuestra mente en el Espíritu y esto es vivir en el nuevo hombre, y en esto consiste manifestar la justicia, la santidad y la realidad. Esto es andar en las buenas obras que Él preparó de antemano para que anduviésemos en ellas, en el nuevo hombre.

La parábola que referimos en este capítulo dice que el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. Obsérvese cuidadosamente que aquí se habla de un contrato y recuérdese que un contrato es un acuerdo realizado entre dos partes, en la que cada una se compromete a cumplir unas obligaciones y en contrapartida se generan unos derechos.

No hay duda de que el padre de familia de la parábola es el Señor y los contratados son los hijos de Dios. Dice la parábola que el padre de familia salió en la mañana a contratar los obreros para que fueran a laborar en su viña. El Señor podría hacer Su labor solo, porque Él es perfecto y todas Sus obras son perfectas; sin embargo, por amor, ha escogido a algunos hombres y los ha contratado para que laboremos junto con Él. Por esto, Pablo guiado por el Espíritu ha escrito: "***Porque nosotros somos colaboradores de Dios***" 1 Corintios 3.9.

Un colaborador es uno que labora junto con, que es dirigido, guiado y gobernado por aquel que lo ha contratado. Colaborar con Dios no consiste en tener un título o una posición superior a los demás, sino que nos unimos a Dios y laboramos junto con Él en Su viña, pero no usando nuestra voluntad, sino conociendo Su voluntad para hacer lo que le agrada, sometiéndonos en todo a Él, para desarrollar la labor que Él hace en nosotros y desde nosotros, conforme a Su voluntad, a Su deseo y al plan que Él ha trazado desde la eternidad.

En el cristianismo contemporáneo, algunos que se autodenominan apóstoles y maestros, nombran un grupo de colaboradores que viven en la misma ciudad, en otras ciudades, en otras regiones y en otros países y

los llaman "*sus colaboradores*". Esto no tiene ningún sustento en la palabra de Dios. Un colaborador es uno que es llamado por el Señor y labora junto con el Señor, siendo guiado, gobernado y dirigido por Él, y en ningún caso implica que ese colaborador tiene dominio y autoridad sobre los hermanos. En la iglesia todos somos colaboradores de Dios, porque todos debemos laborar junto con Él, según la medida de la gracia que nos ha sido dada.

Volviendo a la parábola, encontramos que habla de distintas horas del día en las que el padre de familia sale a buscar obreros para contratarlos a que vayan a trabajar en su viña, y esas distintas horas son la mañana, la hora tercera, la hora sexta, la hora novena y finalmente la hora undécima. Aunque hemos afirmado que el reino de los cielos comenzó realmente cuando Jesús murió y resucitó, no podemos tapar la otra cara de la verdad, porque en el Antiguo Testamento encontramos que hubo algunos hombres que agradaron a Dios y ellos estarán en el reino de los cielos cuando éste se manifieste plenamente. Veámoslo en Mateo 8.11: "***Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos***".

Aquí dice el Señor claramente que Abraham, Isaac y Jacob, que vivieron en el Antiguo Testamento, se sentarán en el reino de los cielos, es decir, harán parte de la manifestación máxima del reino de los cielos, porque fueron hombres que, a pesar de vivir en esa época, caminaron siempre con Dios y lo agradaron; ellos vivieron en plena y permanente comunión con Dios, lo agradaron, lo obedecieron en todo lo que Él los guio, y ahora el Señor testifica del agrado que ellos le proporcionaron.

Igualmente podemos encontrar otros hijos de Dios que en el Antiguo Testamento, hacen parte del reino de los cielos. Por ejemplo, Abel, que con su manera de vida agradó a Dios y su testimonio no fue temporal, sino que se mantiene hasta la posteridad: "***Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella***" Hebreos 11.4.

Otro de estos hermanos fue Enoc, quien caminó con Dios durante su vida y agradó a Dios, a tal punto que el Señor le evitó pasar por la muerte, y lo tomó vivo de la tierra, constituyéndose así en un tipo de las primicias, primicias que al igual que Enoc, serán aquellos santos del Nuevo Testamento que viven agradando al Señor y antes del comienzo de la Gran Tribulación, el Señor transformará sus cuerpos y los arreba-

tará vivos para Su trono: "***Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios***" Hebreos 11.5. Obsérvese la declaración del Espíritu acerca de Enoc, de que antes de ser transpuesto tuvo testimonio de haber agradado a Dios.

Las Primicias son aquellos hijos de Dios del Nuevo Testamento que han dedicado Su vida para andar con el Cordero por donde quiera que va, es decir, son aquellos que viven y andan por el Espíritu, que conocen la voluntad de Dios y la obedecen, que viven en permanente comunión con el Señor, siendo saturados por el Señor y, que antes de la Gran Tribulación, serán transformados en su cuerpo y arrebatados para el trono de Dios.

Otro hijo de Dios agradable al Señor fue Noé, y de él testifica el Espíritu: "***Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe***" Hebreos 11.7.

Noé tenía comunión con Dios, y en esa comunión el Señor le advirtió sobre algunas cosas que aún no eran reales, pero en ellas había pensado Dios y había decidido hacerlas. Noé no se puso a discutir con Dios acerca de Su idea, aparentemente absurda, de construir un arca, que no iba a navegar en un río ni en el mar, y tampoco había posibilidad de que lloviera, porque hasta ese momento no había llovido en la tierra: "***Jehová Dios aún no había hecho llover sobre la tierra... sino que subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra***" Génesis 2.5-6.

No obstante, Noé no se puso a discutir con Dios, sino que fue obediente y con temor preparó el arca en que su casa se salvase. Noé trabajó con el Señor en Su viña. Con esa actitud de obediencia a Dios, que la Biblia denomina fe, Noé no solo ganó el reino de los cielos, sino que condenó al mundo y salvó a su familia. En los días de Noé el hombre se había corrompido a tal grado que "***se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón***" Génesis 6.6, porque "***vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal***" v. 5. Por esta causa, el Señor determinó raer "***de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho***" v. 7.

Sin embargo "***Noé halló gra-***

cia ante los ojos de Jehová" v. 8. ¿Por qué Noé halló gracia a los ojos de Dios? Porque era un hombre que andaba en comunión con Dios, que escuchaba Su palabra y la obedecía sin contender, sin cuestionar y sin objetar las decisiones de Dios. En medio de los pueblos llenos de corrupción entre los que vivía, se mantuvo aferrado a Dios, haciendo lo que le agradaba, sin mirar las circunstancias que lo rodeaban.

La situación en el mundo contemporáneo es similar, y al respecto el Señor dice que "***como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre***" Mateo 24.37-39.

Quienes somos creyentes y vivimos en este tiempo, que sin duda es la antesala de la venida del Señor, somos testigos de la profunda corrupción en que han caído las personas. En todo lado se practican pecados sexuales, homicidios, robos, orgías, borracheras, etc., y las gentes del mundo no tienen ningún conocimiento de Dios, y no dan ninguna gloria al Señor.

De la misma manera, y es muy triste decirlo, la iglesia se ha degradado a tal punto que hasta los creyentes genuinos han sido engañados. El cristianismo se ha organizado en grupos que siguen doctrinas particulares, a líderes que fungen de ser los enviados por el Señor y a ministerios que no tienen nada que ver con el ministerio del Espíritu.

Los que se dicen creyentes se aferran a ministerios que proclaman ser el único ministerio, pero es muy raro encontrar en este tiempo a creyentes que sigan al Señor en su espíritu, que sean colaboradores con Dios, que se esfuercen en la gracia por conocer al Señor, que quieran andar en las obras que Él preparó de antemano, sino que son como ovejas que no tienen pastor, porque han dejado al Único Pastor que es el Señor, siguen a hombres que se llaman a sí mismos pastores, a quienes el Señor no ha constituido como tales.

No se crea que la maldad consiste solamente en hacer cosas malignas, tales como cometer distintas clases de pecado; la maldad también se manifiesta en no seguir al Señor, en caer del primer amor, es decir en no tenerlo a Él como el primero en nuestro vivir; la maldad se manifiesta en no buscarlo, en no conocerlo, en no tratar de obtener revelación de Él, en no obedecerlo, y todas estas cosas son comunes en el cristianismo contemporáneo.

En esta época Dios debe estar

tan dolido en Su corazón como lo estuvo en la época de Noé y por eso va a venir ese periodo de horrendo juicio que la Biblia denomina la Gran Tribulación, y en la cual todos los habitantes de la tierra tendrán que sufrir los rigores del justo juicio de Dios, incluyendo la mayoría de los creyentes, aquellos que no aprovecharon su vida para llenarse del Señor y madurar, y estando vivos ser arrebatados al trono de Dios como las Primicias, antes de la Gran Tribulación.

El Señor hoy está buscando a aquellos de Sus hijos que quieran ir a trabajar a Su viña en la hora undécima.

Deseamos que tú apreciado lector, seas uno que te encuentres con el Padre de familia y seas enviado por Él a laborar en Su viña y puedas alcanzar el galardón de entrar en el reino de los cielos.

Estos que somos contratados por el Señor a la hora undécima, somos la realidad del tipo representado por Noé en el Antiguo Testamento, que gracias a su obediencia y comunión con el Señor, preparan el arca, para que "*su familia*" sea salva en ella. Hoy el Señor anhela encontrar hombres y mujeres que le crean a Él y que mediante la fe de ellos, él pueda condenar al mundo al juicio de destrucción que vendrá en los tres años y medio de la Gran Tribulación.

Esos obreros que el Señor contrata en la hora undécima, son aquellos que construyen el arca, para que en ella sean salvos los que han decidido seguir al Señor y que Él tomará antes de esa terrible época de la Gran Tribulación, y viven la realidad anunciada por el Señor al ángel de la iglesia en Filadelfia: "***Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra***" Apocalipsis 3.10.

Si profundizamos en el tema de Noé y el arca, podremos obtener revelación de algunos puntos que nos serán de mucha ayuda para aquellos creyentes que, por misericordia, hemos alcanzado los últimos tiempos, previos a la venida del Señor.

El arca que Noé construyó bajo la guía de Dios tiene muchas particularidades, de las cuales va-mos a considerar dos. ***La primera*** que nos llama la atención es que el arca tenía solamente una ventana ubicada en la parte superior, de tal manera que Noé, cuando miraba a través de ella sólo podía mirar hacia arriba y no podía ver lo que estaba ocurriendo a su alrededor: "***Una ventana harás al arca, y la acabarás a un codo de elevación por la parte de arriba***" Génesis 6.16.

¿Alcanzas a imaginar qué ocu-

rrió cuando empezó a llover, cuando las fuentes del abismo se rompieron y las aguas empezaron a inundar la tierra? Si antes no había llovido sobre la tierra y las gentes comenzaron a ver que el agua iba subiendo de nivel hasta cubrirles los pies, luego las rodillas, luego subió hasta la cintura y hasta el pecho. ¿Te imaginas la angustia de las gentes, gritándole a Noé para que les abriera la puerta y les permitiera entrar en el arca para salvarse? Pero Noé no podía verlos, porque la ventana por la que podía mirar estaba orientada hacia arriba, hacia los cielos y no podía ver la angustia de las personas.

La segunda particularidad que deseamos considerar acerca del arca es que Dios mismo fue quien cerró la puerta. Una vez que entraron Noé y su familia con todos los animales que Dios le había mandado entrar, Él cerró la puerta: "***Jehová le cerró la puerta***" Génesis 7.16. Por un lado, Noé no podía ver el clamor y la angustia de las personas, porque no tenía una ventana lateral por donde pudiera verlos, sino que la ventana miraba al cielo, y cuando Noé miraba a través de ella, no podía ver nada de lo que ocurría en la tierra. Por otro lado, aunque hubiera visto y oído el clamor y la angustia de los habitantes de la tierra, no hubiese podido abrirles la puerta del arca, porque era Dios quien la había cerrado y ni Noé ni su familia tenían posibilidad de abrirla.

Mientras que los habitantes de la tierra estaban sufriendo una angustia extrema, Noé disfrutaba de la comunión y del cuidado de Dios, sin ver ni oír nada de lo que les ocurría a los habitantes de la tierra, entre quienes había sido pregonero de justicia, pero ellos no creyeron ni se arrepintieron, para evitar la condenación.

Lo mismo ocurrirá de aquí a pocos años, cuando el Señor, de manera secreta, arrebate a las Primicias y al Hijo Varón, y los lleve a Su trono, para disfrutar de Su presencia permanente y de todas Sus riquezas. Mientras tanto, los demás hombres, tanto creyentes como incrédulos, tendrán que pasar por el juicio de la Gran Tribulación: "***Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?***" Apocalipsis 6.15-17.

Mientras aquellos vencedores serán arrebatados al trono de Dios, los que permanecen vivos estarán pasando por sufrimientos indescriptibles, que aquéllos ni verán ni oirán. Los vencedores

estarán guardados en el arca, que bajo la guía de Dios están preparando en esta época, siguiendo al Cordero por donde quiera que va, viviendo en continua comunión con Dios, oyendo Su voz, haciendo Su voluntad y andando en las obras que Él preparó de antemano: "***Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra***" Apocalipsis 3.10.

Otro personaje que vivió en el Antiguo Testamento, de quien la Biblia da testimonio de haber agradado a Dios, es Abraham, que viene a ser uno con Isaac y Jacob. Abraham era un hombre que seguramente vivía muy cómodo con su familia, en la tierra de los caldeos. No obstante, un día Dios lo llamó para que dejara su parentela y saliera de allí y fuera a otra tierra, a lo cual él obedeció: "***Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba***" Hebreos 11.8.

Al Señor le agradan las personas que tienen comunión con Él, oyen Su voz y la obedecen, como es el caso de Abraham. Viviendo en su tierra con su familia, Dios le pidió que abandonara todo aquello y fuera a una tierra que él no conocía y vivió allí como un extraño: "***Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa***" Hebreos 13.9, y estando allí, Dios le dio promesas en el sentido de que su descendencia sería grande y numerosa como las estrellas del cielo y como la arena del mar.

Abraham no tenía un hijo porque Sara su mujer era estéril; sin embargo, cuando llegó el tiempo determinado por Dios, él engendró en Sara su mujer a Isaac: "***Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad***" Hebreos 11.11. Esta es una demostración de que no solo Abraham agradó a Dios, sino que su familia deleitaba al Señor.

El mundo contemporáneo es similar, es estéril para producir hijos genuinos de Dios, como era estéril Sara la mujer de Abraham. Pero estamos llegando al tiempo, donde la estéril dará los hijos suficientes para el Señor y Él podrá venir a la tierra y tomar posesión de sus reinos, para establecer el reino de los cielos.

Cuando Isaac era un joven de unos veinte años, Dios le pidió a Abraham que se lo ofreciera en sacrificio, y Abraham anduvo con él camino de tres días para hacer lo que el Señor le había pedido. Esta fue la prueba cumbre de obediencia de Abraham a Dios;

y al ser un hombre totalmente obediente, unos dos mil años después, el Señor testificó que Abraham se sentaría en el reino de los cielos junto con Isaac y Jacob, y con muchos que vendrían de oriente y de occidente: "***Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes***" Mateo 8.11-12.

Sin embargo, el Señor testifica a la vez, que los hijos del reino serán echados en las tinieblas de afuera, donde habrá lloro y crujir de dientes.

Todos aquellos que han nacido de nuevo, que han sido regenerados por la vida del Señor Jesús y redimidos por Su sangre, son hijos de Dios, son hijos del reino; pero no todos se sentarán en el reino de los cielos, sino aquellos que, como Abraham, aprendan a ser obedientes al Señor.

Dentro de esos hombres de fe que en el Antiguo Testamento agradaron a Dios, podemos mencionar a Isaac, quien se dedicó a disfrutar de todas las riquezas que Dios le había provisto a través de su padre Abraham. Es un tipo que el Señor nos presenta para que lo imitemos y sigamos su ejemplo. Isaac hizo muy poco, distinto a disfrutar de toda la labor con la que su padre había obtenido inmensas riquezas, bajo la bendición del Señor.

Es necesario que veamos que esto es lo que el Señor desea de Sus hijos. Nuestro Padre amoroso ha trabajado a lo largo de los siglos para que nosotros hoy podamos disfrutar de todas Sus riquezas con que nos ha bendecido.

Con toda sencillez y humildad debemos acercarnos al trono de la gracia para recibir Su suplir, entendiendo que la gracia es todo lo que Dios es, tiene y ha logrado, y que está disponible para nuestro disfrute: "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***" Hebreos 4.16.

Todo esto es el contenido de ir a trabajar en la viña del Señor. Nuestro trabajo en Él no es nada distinto a un disfrute continuo, permanente y lleno de gozo de la persona de Dios y Sus riquezas.

Podríamos traer muchos ejemplos del Antiguo Testamento de obreros que el Señor contrató para que trabajaran en Su viña, tales como Jacob, quien cuando Dios le pidió que bendijera a sus hijos y les hablara de cosas que les ocurrirían en lo porvenir, lo hizo conforme el Señor le encargó: "***Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre***

el extremo de su bordón" Hebreos 11.21.

Lo mismo podríamos decir de Moisés quien prefirió sufrir el vituperio, después de ser el hijo del rey de la potencia mundial de la época, escogió ir al desierto a sufrir los rigores del mismo, y luego cuando Dios lo llamó para que sacara a Su pueblo Israel de debajo de la tiranía de Faraón, no dudó, sino que lo hizo conforme el Señor le mandó y soportó a ese pueblo durante cuarenta años, conduciéndolo a través del desierto: "***Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado***" Hebreos 11.24-25.

Qué decir de Josué, quien después de la desaparición de Moisés, fue obediente a Dios, guiando al pueblo para conducirlo e introducirlo en la tierra prometida. Después de la muerte de éste, Dios levantó algunos jueces y luego profetas y algunos reyes que gobernaron al pueblo, e hicieron solamente lo que Dios les ordenó.

Hasta aquí los obreros que Dios contrató en la mañana, a la hora tercera y a la hora sexta, pero faltan de los de la hora novena. Ellos son los hermanos que desde la ascensión del Señor hicieron la voluntad de Él, entre los cuales podemos incluir a Pedro, Juan, Pablo y los demás apóstoles y todos aquellos hermanos que a lo largo de los siglos han tenido que pasar por sufrimientos indescriptibles, para laborar junto con el Señor en Su viña.

Todos ellos han tenido múltiples sufrimientos debido especialmente a la persecución que satanás ha levantado contra los santos, a lo largo de la historia de la iglesia. Después de que el diablo se entronizó y fijó su morada en la iglesia, en la degradación de Pérgamo, se ha dedicado a perseguir y a matar a todos aquellos santos que procuran ser fieles al Señor, y en esta persecución sobresale la más nefasta y macabra empresa religiosa montada por el catolicismo romano a lo largo y ancho de casi todo el mundo, con el fin de combatir, según ellos, a los herejes, sin darse cuenta que la mayor herejía que se ha levantado en toda la historia de la iglesia, es la propalada por la iglesia católica romana.

Esta persecución es la más larga en la historia de la humanidad pues abarcó desde el siglo XII hasta un poco más allá de la mitad del siglo XX, y en ella fueron miles y tal vez millones los genuinos hijos de Dios que murieron a manos de los inquisidores, levantados por toda Europa y América.

No obstante, a pesar de que el catolicismo romano pretendió acallar las voces de aquellos que

denunciaban las mentiras con las que esa iglesia ha engañado al mundo entero, la verdad se ha mantenido y de una u otra manera la viña del Señor ha seguido creciendo, y así sea en escala pequeña, hoy existe en la tierra un remanente de hijos de Dios que lo amamos y lo seguimos y oímos, y obedecemos Su llamamiento, y nos contratamos con Él para trabajar en Su viña.

Los Obreros de la hora Undécima

Sin duda estamos en los tiempos que anteceden a la Gran Tribulación, época que dará comienzo a la segunda venida del Señor Jesucristo, y a pesar de que son tiempos difíciles, donde las gentes se han olvidado del Señor y practican toda clase de pecados, es bien cierto que el Señor está tocando a las puertas de algunos de Sus hijos para que, oyendo Su voz y abriéndole la puerta, Él pueda entrar a ellos, para tener un disfrute íntimo y mutuo, y juntos puedan laborar en Su obra.

Llegará un día en que todos los creyentes estaremos frente al tribunal del Señor, para ser juzgados conforme a las obras que hayamos hecho mientras estábamos en el cuerpo y si hemos oído Su voz, y hemos ido con Él a laborar en Su viña, seremos dignos de ser recompensados: "***Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros***" Mateo 20.8.

Nótese la disposición determinada por el Señor para el pago de los jornales: comenzando por los últimos y terminando por los primeros. Tú que estás leyendo este libro y quienes lo estamos escribiendo, pudimos haber nacido en la edad antigua o en la edad media y haber sido llamados en esa época a la viña del Señor, o aún pudimos haber nacido en el Antiguo Testamento. Pero el Señor nos ha dado tal misericordia, que hemos nacido en el siglo XX o en el XXI y el Señor nos dio Su gracia llamándonos a trabajar en Su viña a la hora undécima.

¡Cuán bienaventurados somos! Nosotros estamos disfrutando del esfuerzo y del trabajo que nuestros hermanos antepasados y del pasado reciente, han laborado en la viña. Hoy estamos disfrutando de los frutos de su labor: "***He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y***

vosotros habéis entrado en sus labores" Juan 4.35-38.

Aquellos que tuvieron que laborar desde la mañana, junto con los que fueron a la viña a la hora tercera y los de la hora sexta, tuvieron que sufrir los rigores del día, los abrasadores rayos del sol, el frío de la lluvia, el viento, la brisa y la persecución del enemigo, pero no dejaron que la viña desapareciera; y nosotros, los que hemos sido contratados a la hora undécima, hemos entrado en las labores de ellos, y nos ha tocado la parte menos complicada. ¡Cuán bienaventurados somos!

Cuando llega la hora undécima, el calor no es sofocante, está muy cerca la hora de ir a descansar y hay una renovada esperanza. Aún tenemos la oportunidad, si el Señor nos concede Su gracia para ello, de no sufrir la muerte y de ser transformados para subir a Su trono como las Primicias, para tener el mayor disfrute que el hombre pueda gozar con Dios.

Nosotros, los trabajadores de la hora undécima estamos viviendo en la última de las manifestaciones de la iglesia que corresponde a la época de Laodicea y tenemos la oportunidad de alcanzar la promesa que el Señor hace al ángel de esa iglesia: "***Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono***" Apocalipsis 3.21.

Como hemos afirmado, Laodicea es la última etapa de la degradación de la iglesia, caracterizada por la tibieza de los creyentes al afirmar que son ricos, que se han enriquecido y que no necesitan nada del Señor.

Sin embargo, el Señor les hace ver su condición de desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos, y los anima a que compren de Él tres cosas que los hará vencedores: oro refinado en fuego, que no es más que experiencias genuinas con el Señor, para ser ricos y enriquecer a otros; vestiduras blancas para que tengan con qué vestirse y no tengan que avergonzarse de su desnudez.

Esas vestiduras no son nada distinto a llenarse del Señor para poder expresarlo con una conducta justa; y, colirio para ungir sus ojos y poder ver todo lo que el Señor está haciendo y desea, y así tener la luz del mundo, que es el Señor, y con esa luz poder alumbrar para ver el camino por donde se debe andar en medio de la noche oscura, y así mismo alumbrar a otros para que juntos podamos caminar el camino que es el Señor mismo.

En otras palabras, ser vencedor en la condición de Laodicea, que consiste en oír la voz del Señor y ser contratado por Él para ir a laborar en Su viña, con el fin

de que en ella haya fruto abundante, para que seamos limpiados y permanentemente haya una cosecha con la que el Señor puede alimentarse y nosotros podamos disfrutar.

Imagínate que cuando el Señor venga y nos arrebate, si tú has sido uno que, fiel y diligentemente, has trabajado en Su viña, el Señor te diga: "Jaime, o Juan, o José, o Esteban, o Pedro o Efraín, o Patricia... o como te llames, siéntate en mi trono, porque tú has vencido y has adquirido ese derecho, así como yo vencí y obtuve el derecho de sentarme en el trono de mi Padre" ¿Crees tú que habrá mayor privilegio en todo el universo y en toda la historia, que un hombre pueda alcanzar?

Será tan elevado el galardón para los trabajadores de la hora undécima que aquellos que fueron contratados en la mañana, a la hora tercera, a la sexta y aun a la hora novena protestarán: "***Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día***" Mateo 20.10-12.

Si vemos esta decisión desde el punto de vista de nuestra mente natural caída, concluiremos que tienen razón: tuvieron que trabajar durante todo el día bajo un sol abrasador; muchos de ellos fueron martirizados poniendo su vida por amor al Señor. Sus esfuerzos han sido muy grandes y esperan que su galardón sea mayor; pero todo eso está bajo la soberanía el Señor.

A nosotros, que hemos trabajado una sola hora, el Señor nos hace iguales a ellos. A nosotros que estamos disfrutando de la labor y el esfuerzo de ellos, nos da el mismo premio, y si lo comparamos, aunque es el mismo denario, veremos que es superior, porque habiendo trabajado tan poco, hemos alcanzado tanto.

Esta es una contundente demostración de dos principios: el ***primero***, que en el cuerpo de Cristo no hay jerarquía alguna, no hay hermanos que son más importantes que otros, no hay hermanos grandes ni pequeños. Sencillamente, todos somos miembros de ese cuerpo y todos tenemos la misma vida, que es la vida divina de Dios y todos podemos disfrutar de Sus riquezas con que Él nos ha agraciado. Ese disfrute depende de nuestra disposición.

Debemos rechazar toda jerarquización entre los hijos de Dios. Debemos entender que el Líder, el Único dirigente en la iglesia es el Señor Espíritu; todos los hermanos, por la misericordia del

Señor, somos miembros de Él y Él es nuestra Cabeza, el Único a quien debemos oír, seguir y obedecer.

El ***segundo*** principio que debemos tener en cuenta aquí es que el Señor como Cabeza del cuerpo es soberano y hace las cosas como a Él le place: "***Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?***" Mateo 20.13-15.

Debemos vencer ese mal hábito que es común en el cristianismo contemporáneo, mediante el cual tratan de darle órdenes a Dios, de manipularlo, para que Él haga conforme a sus caprichos y no buscan someterse a Su voluntad y hacer lo que a Él le agrada.

Igualmente, las oraciones que hacen los cristianos, generalmente salidas de su alma y nunca del espíritu, son peticiones encaminadas a que Dios satisfaga sus necesidades, pero nunca se oye una oración pidiendo por las necesidades del Señor. La oración del cristianismo se limita a satisfacerse a sí mismos, pero es muy difícil encontrar oraciones que pretendan complacer y agradar el corazón del Señor.

Finalizando la parábola diremos que a todos aquellos que el Señor contrató, les dio como pago un denario. No hubo mayor o menor valor para quienes trabajaron antes o después. Observemos que es el padre de familia quien sale a contratar los obreros. Esta es una evidente manifestación de que es el Señor quien llama, quien contrata, que no depende de lo malo o lo bueno, de lo espiritual o carnal que seas tú, sino que depende del llamamiento del Señor: "***Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia***" Romanos 9.16.

Considera que al tener la oportunidad de leer este libro, si lo haces con corazón sincero y te vuelves al Señor y le ruegas que se te revele, estás siendo contratado por el Señor, en la hora undécima, para ir a trabajar en Su viña, y esto es motivo de bienaventuranza.

Puedes aceptar o rechazar el contrato. Si lo aceptas y aprovechas el tiempo que resta, para laborar junto con el Señor, es decir, para colaborar con Él, recibirás como recompensa un denario, al igual que aquellos hermanos que antes de ti laboraron arduamente en la viña del Señor.

No se piense que el denario que se recibe como recompensa hace referencia a un valor monetario. En verdad el denario se refiere a que aquellos trabajadores que fueron contratados por el Señor

y laboraron en Su viña, recibirán como recompensa el reino de los cielos, al que podrán entrar y reinar con Él durante mil años, disfrutando de Su plenitud.

Pero si hacemos comparaciones encontraremos que hay mayor bienaventuranza para los que fueron contratados en la hora undécima, porque con una labor más pequeña, son recompensados con ese maravilloso reino y muchos de ellos tendrán la bienaventuranza adicional de no pasar por la muerte, es decir, de estar vivos cuando el Señor venga de manera secreta a raptarlos, transformando sus cuerpos en un instante, en un abrir y cerrar de ojos y llevándolos directamente a Su trono, para cantar el cántico nuevo que nadie más puede aprender sino las primicias y para entrar en el pleno disfrute de toda la plenitud de nuestro amado Dios.

La parábola termina con dos frases que son bien reveladoras: "***Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos***" Mateo 20.16.

La primera hace referencia a que no importa el orden en el que el Señor nos ha llamado a laborar en Él y con Él, de todas maneras, alcanzaremos el mismo reino de los cielos, el mismo gozo y disfrute. No te menosprecies por su condición humilde, o porque tú no has hecho grandes obras para el Señor; Él no las necesita. Gózate, porque sin importar quién eres, el Señor te está llamando a laborar con Él en Su viña, y gózate aún más porque estás siendo llamado en la hora undécima, porque la labor que en Su soberanía te ha correspondido es mucho menor que la que les ha tocado a otros hermanos.

Busca con anhelo ardiente al Señor, dile que deseas agradarlo; acércate confiadamente a Su trono de gracia, donde has de hallar gracia y misericordia para crecer en Él, para que tu alma sea saturada con Su vida y naturaleza y cada día Él pueda encontrar fruto para Su disfrute.

La ***segunda*** frase porque muchos son llamados, mas pocos escogidos, confirma la revelación que el Señor nos ha concedido en el sentido de que no todos los hijos de Dios entrarán y disfrutarán del reino de los cielos, sino solamente aquellos que el Señor ha llamado para tal y que a la vez han escuchado Su llamamiento.

Sabemos que, para que una persona entre en el reino de Dios, necesita que el Señor la haya escogido antes de la fundación del mundo y la haya llamado para ese reino: "***Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a***

los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" Romanos 8.29-30.

Obsérvese que a quienes llegamos a ser hijos de Dios Él nos conoció antes de la fundación del mundo, y una vez que fuimos conocidos—escogidos—, se nos dio un destino anticipado—predestinación—, el cual consiste en ser hechos conformes a la imagen de Su Hijo; luego nos llamó, y desde ese momento comenzó un proceso de justificación y glorificación, que depende totalmente de nuestra disposición hacia el trabajo que el Señor desea hacer en nosotros.

La justificación y la glorificación son un proceso que todos los hijos de Dios tenemos que lograr, pero algunos lo alcanzaremos antes del reino milenario, antes de la venida del Señor y estos son nuevamente escogidos, según dice la palabra cuando afirma que muchos son llamados, mas pocos escogidos.

Antes de la fundación del mundo hubo una elección de parte de Dios sobre nosotros y ésta nos garantiza entrar en el reino de Dios, pero de entre esos hijos de Dios que están en Su reino, que son los muchos llamados, hay una segunda elección—escogidos—, para entrar en el reino de los cielos, y estos serán los vencedores de todos los tiempos.

Obsérvese que entre los muchos llamados para el reino de Dios, que son todos los hijos de Dios de todos los tiempos, los escogidos para entrar en el reino de los cielos son pocos. Tal vez tú, querido lector estás entre esos pocos escogidos. De ser así, no menosprecies la elección que el Señor ha hecho en ti, porque si lo menosprecias perderás tu galardón.

Es por eso que el Señor le advierte al ángel de la iglesia en Filadelfia: "***He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona***" Apocalipsis 3.11.

Pareciera que el Señor dijera que el cupo es limitado, y que siendo escogido puede ser que, si no soy fiel, mi corona me sea quitada y dada a otro.

Quienes han de ser vencedores hoy están viviendo la realidad de Filadelfia, y ésta no es un grupo cristiano particular, sino que son aquellos hermanos que viven la realidad de cada una de las cosas en ella descritas, pero, aun así, el creyente puede defeccionar en algún momento y perder su corona: "***la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza***" Hebreos 3.6.

Pablo mismo, siendo quien fue, un fiel siervo del Señor Jesús, en algún momento afirmó

que él podía perder el galardón: "***sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado***" 1 Corintios 9.27, y en otra ocasión afirmó: "***si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos***" Filipenses 3.11.

La palabra griega traducida como resurrección aquí es ***zanastasiu***, distinta de la palabra traducida como resurrección en el versículo 10, que es ***anastaeos***. Nosotros sabemos que todos los seres humanos hemos de resucitar: los creyentes para el juicio en el Tribunal de Cristo en Su venida y los incrédulos al final del milenio para juicio de condenación en el Trono Blanco.

El juicio para los creyentes, el juicio del Tribunal de Cristo será hacia el final de la Gran Tribulación y antes del comienzo del reino milenario. En él, los vencedores serán premiados entrando en el reino de los cielos para reinar con el Señor por mil años, mientras que los demás creyentes, los no vencedores, serán echados en las tinieblas exteriores, donde llorando y crujiendo los dientes, serán transformados para entrar, al final del milenio, en la Nueva Jerusalén.

En otras palabras, todos participaremos de la resurrección anastaeos, pero si el resucitado no fue vencedor, sufrirá daño de la segunda muerte "***El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte***" Apocalipsis 2.11, mientras que el vencedor no.

Esta última es una resurrección ***zanastasiu*** que podría traducirse como la súper resurrección. De ella disfrutarán los vencedores que resuciten antes de la Gran Tribulación, es decir los que conformarán el Hijo Varón.

Sabemos que al final de su vida en la tierra Pablo testificó que sería beneficiario de la súper resurrección, porque con seguridad afirmó: "***Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida***" 2 Timoteo 4.6-8.

La corona de justicia es el denario de la parábola, es el galardón, es la entrada al reino de los cielos y es la participación en la súper resurrección, de lo cual Pablo estaba seguro que participaría. Pero durante su carrera de creyente fue consciente que bien podría perderlo. Por eso nos insta a que amemos la venida del Señor, a que corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, a que pongamos nues-

tros ojos en Jesús y solamente en Él, y lleguemos a la meta siendo vencedores.

Todo está servido en la mesa del gran banquete de nuestro Señor. Todas Sus riquezas están a tu disposición. Ser vencedor o derrotado es un asunto que depende enteramente de ti. Si decides tomar al Señor como tu única guía, como tu única cabeza, como tu Señor, como tu todo; si decides seguirlo por donde Él va, si decides tener a diario comunión íntima con Él para oír Su voz y obedecerlo, si decides hacer solamente las obras que Él preparó de antemano para caminar en ellas, sin duda tú, amado lector, serás de los vencedores que reinarán con el Señor en el reino de los cielos. ¡Decídete hoy!

Capítulo 42

EL JUICIO DE LAS NACIONES (1)

El Señor nos ha inquietado a concluir este libro buscando revelación en algunos versículos de Mateo 25, relacionados con la forma como han de ser juzgadas las naciones, después de la Gran Tribulación y antes del comienzo del milenio que es el reino de los cielos, porque en ese juicio hemos de participar todos los hijos de Dios que logremos ser vencedores.

Es necesario aclarar lo que el Señor nos ha mostrado acerca de los tiempos que vendrán muy seguramente en este siglo y no más allá de la tercera década de él. Cuando sea abierto el sexto sello registrado en Apocalipsis 6, comenzará la Gran Tribulación. Antes serán arrebatados el Hijo Varón y las Primicias para ser llevados al trono de Dios en el cielo. Una vez que haya ocurrido este arrebatamiento, se abrirá el sexto sello y comenzará la época de juicio para quienes moran sobre la tierra, época que se llama en la Biblia la Gran Tribulación y que tendrá una duración de tres años y medio.

Casi todos los teólogos cristianos y los maestros bíblicos afirman equivocadamente que antes de la Gran Tribulación serán arrebatados la totalidad de los cristianos. Otros afirman que la Gran Tribulación tendrá una duración de siete años, confundiéndola con la septuagésima semana profetizada por Daniel, con relación al pueblo de Israel. Quienes defienden esta línea, con respecto al rapto, se ubican en tres corrientes doctrinales. La primera, llamada pretribulacionista, dicen que toda la iglesia será arrebatada antes del comienzo de esos siete años. Otros llamados medio tribulacionistas afirman que el arrebatamiento se dará a la mitad de los siete años, es decir en medio de la Gran Tribulación. Los postribulacionistas, se inclinan por afirmar que el arrebatamiento será al final de los siete años de la tribulación.

Debemos aclarar dos temas fundamentales aquí: el primero, la diferencia entre la septuagésima semana de la profecía de Daniel, incluida en las setenta semanas y la Gran Tribulación; y el segundo tema acerca del rapto de los creyentes, que no se dará en un momento único, sino que tiene por lo menos cuatro momentos.

LA SEPTUAGÉSIMA SEMANA Y LA GRAN TRIBULACIÓN

Daniel, uno de los grandes profetas de la Biblia vivió en los tiempos de la deportación del Reino de Judá a Babilonia, entre quienes fue llevado cautivo. Debido a que tuvo un corazón incondicional para el Señor, Dios le mostró grandes visiones y le dio enormes revelaciones acerca del futuro de Su pueblo y de cosas que ocurrirían con él.

Entre las diversas profecías emitidas por Daniel encontramos una que tiene que ver con lo que ocurriría con el pueblo de Israel en setenta semanas contadas hacia el futuro del tiempo en que él vivió.

Veamos: "***Setenta semanas están determinadas en cuanto a tu pueblo, y en cuanto a tu santa ciudad, para acabar con la transgresión, para poner fin a los pecados, y para hacer expiación de la iniquidad, para introducir la justicia perdurable, y para poner sello a la visión y la profecía, y para ungir al Santo de los santos. Sabe pues, y entiende que desde que salga la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén, hasta el Mesías, el Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas: la ciudad volverá a edificarse con calle y foso, bien que en tiempos de angustia. Y después de las sesenta y dos semanas será muerto el Mesías; y no será más suyo el pueblo: y el pueblo de otro príncipe que ha de venir, destruirá la ciudad y el Santuario; y su fin será como con avenida de aguas; y hasta el fin de la guerra están decretados asolamientos. Y dará validez al pacto para con muchos en la semana restante, y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda vegetal; luego sobre el ala de las abominaciones vendrá el asolador; y hasta la consumación, y consumación decretada, se derramará la ira sobre el pueblo asolado***" Daniel 7.24-27.

El Señor le mostró a Daniel unos hechos que tendrían una duración de setenta semanas. Esos hechos profetizados por el Señor serían de exclusiva ocurrencia en el pueblo de Israel y la ciudad de Jerusalén: ***Setenta semanas están determinadas en cuanto a tu pueblo, y en cuanto a tu santa ciudad***. Obsérvese que la profecía no tiene ninguna relación con la iglesia, ni con otro pueblo distinto a Israel, ni con ciudad diferente a Jerusalén.

Al final de las setenta semanas ocurrirán seis hechos trascendentales para el pueblo de Israel: ***el primero***, se acabarán las transgresiones; ***el segundo***, se acabará el pecado; ***el tercero***, se expiará la iniquidad; ***el cuarto***, comenzará un periodo de auténtica justicia que no se acabará; ***el quinto***, sellará la visión y la profecía; y ***el sexto***, ungirá el Lugar Santísimo. Antes de que estos seis hechos sean realidad para el pueblo de Israel, habrá tres acontecimientos especiales, cada uno con determinado número de semanas, distribuidas así:

1. Las primeras siete semanas

Para aclarar los distintos tiempos de las setenta semanas, el Señor le dice a Daniel: ***Sabe pues, y entiende que desde que sal-***

ga la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén, hasta el Mesías, el Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas: la ciudad volverá a edificarse con calle y foso, bien que en tiempos de angustia.

De acuerdo con la profecía de Jeremías, los judíos debían pasar en cautiverio un periodo de setenta años: "***También toda esta tierra será una desolación y un asombro; y estas naciones servirán al rey de Babilonia setenta años***" Jeremías 25.12. Durante ese periodo el imperio babilonio cayó y fue encumbrado el imperio medo-persa.

Al parecer Daniel, que había sobrevivido a los setenta años, le hizo ver a Ciro el Grande, rey de Persia, que unos ciento sesenta años atrás, Dios había hablado de él por medio del profeta Isaías, cuando dijo: "***el que dice de Ciro: ¡Pastor mío es, que cumplirá toda mi voluntad! y diciendo a Jerusalén: ¡Serás reedificada! y al Templo: ¡Serán echados tus cimientos!***" Isaías 44.28.

Es por esto que en el primer año de su reinado, el rey Ciro promulgó un decreto donde ordenaba a quienes hubiesen quedado del pueblo de Dios que subieran a Jerusalén a edificar la casa de Dios y la ciudad de Jerusalén: "***En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, ayúdenle los hombres de su lugar con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén***" Esdras 1.1-4.

Después de la salida del pregón, todos aquellos de quienes el Señor despertó el espíritu, subieron a Jerusalén y comenzaron la reedificación del templo, la cual concluyeron unos diecisiete años después, habiendo sorteado muchas dificultades suscitadas por los enemigos del pueblo judío.

Sin embargo, la reconstrucción de Jerusalén y de sus muros solo fue concluida hasta pasados unos cincuenta años. De esta manera se cumplieron las primeras siete semanas de la profecía de Daniel. Si se tiene en cuenta que estas semanas son de años, las

primeras siete semanas corresponden a cuarenta y nueve años: "***Y Jacob amó a Raquel, y dijo: Yo te serviré siete años por Raquel tu hija menor… Venida la mañana, he aquí que era Lea; y Jacob dijo a Labán: ¿Qué es esto que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué, pues, me has engañado? Y Labán respondió: No se hace así en nuestro lugar, que se dé la menor antes de la mayor. Cumple la semana de ésta, y se te dará también la otra, por el servicio que hagas conmigo otros siete años. E hizo Jacob así, y cumplió la semana de aquélla; y él le dio a Raquel su hija por mujer***" Génesis 29.18, 25-28.

Después de que el templo, la ciudad y los muros fueron reconstruidos, el pueblo se estableció nuevamente y recobraron el culto que Dios les había ordenado mediante la ley, y en esas condiciones, pasados unos cuatrocientos años vino el Señor Jesús como el Mesías profetizado, pero rechazado por Su pueblo.

2. Las siguientes sesenta y dos semanas

Continuando con la profecía de las setenta semanas de Daniel, leemos lo siguiente: "***Y después de las sesenta y dos semanas será muerto el Mesías; y no será más suyo el pueblo: y el pueblo de otro príncipe que ha de venir, destruirá la ciudad y el Santuario; y su fin será como con avenida de aguas; y hasta el fin de la guerra están decretados asolamientos"***. Sesenta y dos semanas son cuatrocientos treinta y cuatro años, y ese es el tiempo transcurrido entre la conclusión de la reedificación de Jerusalén y los muros, hasta la muerte del Señor Jesús.

Después de la muerte del Señor Jesús vino el general romano Tito, hijo del emperador Vespasiano, y tomó cada una de las piedras con que fue construido el templo y las arrojó fuera de los muros de la ciudad; igualmente destruyó la ciudad de Jerusalén y el pueblo de Dios fue esparcido por la tierra quedando sin patria. Así se cumplieron las palabras que el Señor pronunció antes de Su muerte con respecto al templo, cuando dijo: "***Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron Sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. Respondiendo El, les dijo: ¿Veis todo esto, verdad? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada***" Mateo 24.1-2.

Igualmente se cumplió lo profetizado por Daniel en la profecía de las setenta semanas cuando dijo que después de las sesenta y dos semanas sería muerto el Mesías y que el pueblo no sería más Su pueblo y que el príncipe de otro pueblo vendría y destruiría la ciudad y el santuario. La profecía se cumplió sin faltar una sola

palabra.

Llama la atención la frase y no será más suyo el pueblo. Debido a que el pueblo de Israel rechazó al Señor, porque rechazaron y dieron muerte al Mesías que Él mismo les había prometido, Dios dejó a un lado a Israel y comenzó a adelantar Su plan por medio de la iglesia, ahora conformada por judíos y gentiles. En otras palabras, el trato y la historia de Dios con Israel quedó suspendida y esa suspensión ha durado cerca de dos mil años, pero sin desconocer que Israel sigue siendo el pueblo escogido por Dios desde el Antiguo Testamento, y que en poco tiempo reiniciará Sus tratos con él.

Solamente en el año 1948 los israelíes volvieron a tener la tierra de Palestina como su patria, aunque en una extensión bastante inferior a la que Dios le había entregado por medio de Josué. Desde la destrucción del templo en el año setenta, ellos no han podido recobrarlo. Actualmente, el lugar donde fue edificado el templo, el Monte Moriah, está ocupado por una mezquita musulmana llamada el domo de la roca, la tercera en importancia para el mundo islámico.

3. La septuagésima semana

Hasta la muerte del Mesías y la destrucción del templo y de Jerusalén, han transcurrido siete semanas y sesenta y dos semanas de la profecía de Daniel, es decir, han transcurrido sesenta y nueve semanas, quedando una por cumplirse, que es un periodo de siete años en los que el Señor retomará Su historia con Su pueblo elegido en el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel.

Leamos lo profetizado por Daniel al respecto: "***Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolado***r" Daniel 9.27.

Los judíos ortodoxos de la actualidad luchan por recuperar el lugar donde se ha de reedificar el templo, pero debido a que no tienen el poder político de la nación de Israel no han logrado hacerlo. Sin embargo, tendrá que llegar el momento en que la reconstrucción del templo será un hecho y se hará en el lugar que desde el Antiguo Testamento Dios había designado por medio del rey David. Esta es la razón por la cual la profecía afirma: ***Y por otra semana confirmará el pacto con muchos***.

Una vez que el templo haya sido reedificado y todas las actividades del culto sean reestablecidas comienza la septuagésima

semana, que es la última de la profecía de las setenta semanas que el Señor le dio al profeta Daniel. Esta septuagésima semana será un periodo de siete años en los cuales el Señor retomará Su historia con el pueblo de Israel, y dentro de esa semana, siete años, ocurrirá la Gran Tribulación, más específicamente en la segunda mitad de la semana, es decir, los últimos tres años y medio.

En ese periodo ocurrirá lo descrito en Apocalipsis 12.18—13.8: "***Y él se puso de pie sobre la arena del mar. Y vi subir del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, nombres de blasfemia. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. Una de sus cabezas parecía tener una herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón porque había dado su autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá combatir contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de Su nombre y de Su tabernáculo, los cuales están en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los moradores de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo***".

Al comienzo de Apocalipsis 12 el Espíritu narra lo que ocurrirá con la mujer que está encinta y que da a luz un Hijo varón al que satanás desea devorar tan pronto como nace, pero ese Hijo Varón fue arrebatado para el trono de Dios. Inmediatamente el Hijo Varón es posicionado en el trono de Dios, se da una batalla en el cielo en la que hay dos bandos en una contienda enorme: por un lado, está Miguel y sus ángeles y por otro están satanás y sus ángeles. Éstos son derrotados y ya no hay más lugar para ellos en el cielo y son arrojados a la tierra.

Como satanás ya no puede acercarse al cielo a acusar a los hijos de Dios, se llenará de furia e irá a hacer guerra contra el resto de la descendencia de la mujer, pero Dios la ayuda y la sostiene por mil doscientos sesenta días. El tiempo que hace guerra contra el resto de la descendencia de la mujer es igual a tres años y medio que es el tiempo que dura la Gran Tribulación. A pesar de que el señor guarda al resto de

la descendencia de la mujer, es decir, los creyentes que estén vivos en esa época, le es permitido a satanás hacer guerra contra el resto de la descendencia, que son aquellos que guardan los mandamientos de Dios y los que tienen el testimonio de Jesús.

Podemos afirmar que quienes guardan los mandamientos de Dios son los judíos que estarán en la tierra en la Gran Tribulación y los que guardan el testimonio de Jesús, son los creyentes que hacen parte de la iglesia y que igualmente estarán sobre la tierra y tendrán que pasar por casi toda la Gran Tribulación: "***Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús***" Apocalipsis 12.17.

Una vez el dragón pierde la batalla contra Miguel y sus ángeles y es arrojado del cielo a la tierra, se para sobre la arena del mar para hacer subir de él a la bestia escarlata que tiene siete cabezas y diez cuernos. Esa bestia es el anticristo o el inicuo o el hombre de pecado.

Algunas de las características que describe la Biblia sobre esa bestia son: ***primera***, sube del mar. El mar en Apocalipsis representa a las naciones gentiles, lo cual quiere decir que la bestia será un gentil y saldrá de una nación gentil.

Segunda, tiene siete cabezas y diez cuernos. Sabemos que el siete representa la unión de Dios con el hombre para llevar adelante Su plan, y que diez para Dios es un número competo porque es cinco más cinco, y cinco es responsabilidad, luego diez para Dios es responsabilidad completa. El anticristo tiene apariencia de agradar a Dios y de seguir Sus mandatos, pero solo es apariencia, en realidad él sigue los mandamientos del dragón, y con su apariencia engañará a los moradores de la tierra.

Tercera, en sus cuernos tiene diez diademas y en las diademas nombres de blasfemia. En el Antiguo Testamento, las vestiduras del sumo sacerdote incluían una diadema que era una lámina de oro con una inscripción que decía SANTIDAD A JEHOVÁ: El anticristo no tendrá solo una sino diez y con nombres de blasfemia. Esta puede ser una imitación de la iglesia católica romana que está llena de nombres de blasfemia de santos y vírgenes. Todos esos santos y vírgenes son nombres blasfemos.

Cuarta, su apariencia es de leopardo, sus pies de oso y su boca de león. Esta bestia es el cumplimento de la profecía dada a Daniel en el capítulo 7 de su libro en la que habla de cuatro bestias, de las cuales las tres primeras tienen apariencia de león,

oso y leopardo y una cuarta bestia espantosa y horrible y de una fuerza descomunal, tenía diez cuernos, igual a la de Apocalipsis, que describe al anticristo.

Los tres animales a los que se parece la bestia son depredadores, y se caracterizan por su enorme capacidad de destruir la vida. De los felinos no hay un animal más veloz que el guepardo, ya que cazando una presa desarrolla velocidades que alcanzan entre 70 y 100 km/h. El anticristo tomará la totalidad de la tierra en un tiempo récord. Será el gobernante que logrará la mayor rapidez en dominar a la tierra habitada. Su aparición será al comienzo de la septuagésima semana profetizada por Daniel y hacia la mitad de la semana dominará toda la tierra habitada.

Los pies de esta bestia son semejantes a las del oso. Este depredador tiene una fuerza descomunal que hace que toda presa que caiga en sus extremidades nunca pueda escapar. En la profecía de Daniel 7 a la bestia que tiene apariencia de oso le fue dada la orden de levantarse y devorar mucha carne. No ha habido ni habrá una época de la historia de la humanidad donde muera tanta gente como en la Gran Tribulación y todos serán asesinados por el anticristo que es la bestia escarlata.

La boca de la bestia escarlata es semejante a boca de león. En la profecía de Daniel 7 la bestia semejante al león tenía alas como de águila que le fueron arrancadas y se levantó y se puso derecha; además, se le dio corazón de hombre. Aunque el león es un depredador, sin embargo, en algunos pasajes, especialmente de Apocalipsis, representa al Señor Jesús, debido a que el león es considerado el rey de la selva y no hay ningún animal que le pueda hacer frente y vencerlo.

El Señor Jesús es el León de la tribu de Judá que vence a satanás y lo destruye. El anticristo se presenta con apariencia de león para engañar a los moradores de la tierra, quienes mayoritariamente creerán que es el libertador que los salvará de sus muchos dolores, pero por el contrario les causará muchos dolores y los destruirá.

La ***quinta*** característica de la bestia escarlata, que es el anticristo, consiste en que recibe todo el poder del dragón—satanás—, su trono y grande autoridad. Para dominar al mundo entero se requiere mucho poder y mucha capacidad y satanás tiene suficiente de eso. Usará su poder, su trono, desde el cual gobierna al mundo, y autoridad para destruir buena parte de la humanidad, por medio del anticristo.

La ***sexta*** característica nos dice que tiene una herida de muerte que es sanada. Eso no es nada distinto a que es asesinado

y vuelto a la vida. Por eso se llama anticristo, porque trata de imitar y falsificar toda la obra del Señor Jesucristo, y en este caso la resurrección. Regresar de la muerte se convierte en un milagro espectacular que hará que todas las gentes se admiren y se declaren seguidores de la bestia: ***y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón porque había dado su autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá combatir contra ella?***

La ***séptima*** característica nos dice que se le da una boca que hable cosas grandiosas y blasfemias. El anticristo hablará cosas extraordinarias, "elevadas", y difíciles de comprender, pero todas ellas serán blasfemias contra Dios: ***Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de Su nombre y de Su tabernáculo, los cuales están en el cielo.***

La ***octava*** característica consiste en que se le da poder para actuar durante cuarenta y dos meses, los que equivalen exactamente a tres años y medio que será el periodo que dura la Gran Tribulación, los mismos mil doscientos sesenta días que es igual al tiempo durante el cual la mujer será sustentada en el desierto, de acuerdo con el relato de Apocalipsis 12.14: "***Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde será sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo***". Un tiempo es un año, tiempos son dos años y medio tiempo seis meses, lo cual totaliza tres años y medio, igual a cuarenta y dos meses.

La ***novena*** característica nos dice que hará guerra contra los santos y los vencerá. La mayoría de los creyentes que estén vivos para la época de a Gran Tribulación tendrán que pasar casi todo ese periodo y serán atacados por el anticristo y vencidos por él. Además de que todos los creyentes que tengan que pasar ese terrible periodo en la tierra, serán perseguidos por el anticristo, muchos de ellos serán asesinados por los seguidores y adoradores de satanás y de la bestia escarlata.

Esto será posible porque el falso profeta erigirá una estatua a la bestia, la cual hablará y denunciará a quienes no lo adoren con el fin de que sean muertos: "***Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y sus moradores adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. También hace grandes***

señales, de tal manera que aún hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra a causa de las señales que se le ha dado hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tenía la herida de espada, y revivió. Y se le dio el poder de infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no adorase a la imagen de la bestia" Apocalipsis 13.11-15.

La décima característica de la bestia nos dice que todos los moradores de la tierra, de toda tribu, lengua, pueblo y nación, la adorarán. Sus adoradores serán aquellos cuyos nombres no habían sido escritos en el libro de la vida del Cordero, es decir, todos los hombres que no son creyentes. Como es imposible que los hijos de Dios que vivan en esa época adoren al anticristo y al dragón, entonces serán perseguidos y muertos.

Es muy importante que tengamos presente este hecho, porque nos ayudará a dilucidar el juicio de las naciones que será después de la Gran Tribulación.

La profecía de Daniel dice que "***por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador***" Daniel 9.27.

A la mitad de la semana, es decir, a los tres años y medio del comienzo de la última semana, que es exactamente el comienzo de la Gran Tribulación, hará cesar el sacrificio, que es lo que nos dice el Espíritu por medio de Pablo en 2 Tesalonicenses 2.3-4: "***Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de iniquidad, el hijo de perdición, el cual se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios, proclamándose Dios***".

El anticristo invadirá Jerusalén, tomará el templo, se proclamará en él como dios y hará que se detenga todo el culto que los judíos profesan a Dios en ese lugar.

Esta es la septuagésima semana de las setenta profetizadas por Daniel, en el capítulo 9 de su libro, y que tiene que ver especialmente con el pueblo de Israel. No obstante, dentro de esa semana está la Gran Tribulación que se realizará en la última mitad de ella y ese periodo sí tiene que ver con los israelitas por un lado, y por otro con la iglesia neotesta-

mentaria, además de que tiene que ver con toda la tierra.

Capítulo 43

EL JUICIO DE LAS NACIONES (2)

EL RAPTO O ARREBATAMIENTO

Este tema, que es de vital comprensión para los hijos de Dios, lo mismo que la Gran Tribulación y la septuagésima semana profetizada por Daniel, son causa de confusión en el cristianismo debido a la falta de revelación y visión que hay en esa religión. Por eso debemos buscar claridad en el Señor, para que tengamos revelación acerca de cómo sucederán los acontecimientos que el Señor ha profetizado en Su palabra.

En primer lugar, el rapto de la iglesia no es un momento único, sino que hay por lo menos cuatro momentos donde los creyentes serán arrebatados y no todos irán al cielo, sino que unos pocos serán llevados directamente al trono de Dios y otros a los aires.

Veamos. Ya hemos afirmado que cuando sea abierto el sexto sello, se dará comienzo a la Gran Tribulación. La apertura del sexto sello tendrá algunos acontecimientos que la Biblia describe de manera precisa: "***Miré cuando abrió el sexto sello, y hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como saco hecho de crin, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera arroja sus higos verdes cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo fue retirado como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removieron de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los generales, los ricos, los poderosos, y todo esclavo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de la ira de Ellos ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?***" (Apocalipsis 6.12-17).

El primer gran evento es que se produce un terremoto tan grande, y los montes y las islas son removidos de su lugar. Este será un fenómeno natural de tan grandes y escalofriantes dimensiones que hará de la tierra un lugar poco apropiado para vivir. Muchas ciudades del continente americano, europeo y asiático están asentadas sobre cadenas montañosas y si esos montes son removidos, las ciudades serán devastadas y dejarán de ser lugares aptos para vivir, especialmente por la escasez de agua y de otros elementos indispensables para la vida. Lo mismo ocurrirá con las islas grandes y pequeñas en las que también existe un considerable número de habitantes.

Igualmente dice el Señor que cuando Él abra el sexto sello, las estrellas del cielo caerán sobre la tierra, así como caen los higos

cuando la higuera es sacudía por un fuerte viento. Esta puede ser una lluvia de meteoritos o la caída de algunos objetos que andan por el espacio que se estrellarán contra la tierra. Cualquier objeto que entre en la atmósfera terrestre, debido al rozamiento con la atmósfera produce una enorme estela de luz y libera una cantidad de calor que es inconcebible, aun para los científicos más avezados.

El tercer evento que se dará con la apertura del sexto sello es que el sol se pone negro como si estuviera de luto y la luna se pone roja como el color de la sangre. Al parecer, cuando satanás se rebeló junto con la tercera parte de los ángeles y con los seres vivos que había en la tierra, nuestro sistema solar fue juzgado. Pasados muchos años, el Señor decidió recrear la tierra para poner allí al hombre, pero es muy probable que el trono de satanás haya sido puesto en el sol, y aun a sus ángeles caídos se les ha permitido andar y gobernar en todo el sistema solar. Por eso, el juicio no se da solamente sobre la tierra, sino sobre otros cuerpos que integran nuestro sistema solar, especialmente los que tienen que ver con la tierra y con la vida que en ella hay, tales como el sol y la luna.

Cuando Dios creó al hombre lo puso sobre la tierra y le dio dominio sobre ella, pero éste prefirió unirse a satanás y permitirle que tomara posesión de la tierra, estableciera su sistema mundano y gobernara sobre ella. Ahora, con la apertura del sexto sello, el Señor ha dado comienzo al juicio sobre los astros en que tiene injerencia satanás y su reino de tinieblas.

El cuarto hecho notable es la angustia que vendrá sobre los reyes de la tierra, sobre los hombres grandes, sobre los militares, sobre los esclavos y sobre los libres, es decir, sobre todos los hombres que estén vivos, porque ellos saben que ha llegado la hora del juicio de Dios: ***Y los reyes de la tierra, y los grandes, los generales, los ricos, los poderosos, y todo esclavo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de la ira de Ellos ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?*** Ese juicio no permitirá a nadie sostenerse en pie.

Observa detenidamente la frase porque ***el gran día de la ira de Dios ha llegado***. Este gran día de la ira de Dios indudablemente es la Gran Tribulación. Por eso podemos afirmar sin temor a equívocos que la Gran Tribulación comenzará con la apertura del sexto sello.

El arrebatamiento del Hijo Varón

Antes de ese día, del comienzo de la Gran Tribulación, vendrá el primer evento del rapto de algunos creyentes. ¿Quiénes son? El Hijo Varón del que habla Apocalipsis 12. Recordemos que el Hijo Varón son los creyentes que tanto en el Antiguo como del Nuevo Testamento vivieron en la tierra agradando al Señor, permitiéndole que Él hiciese Su obra de transformación en ellos y creyeron hasta alcanzar los cuatro puntos relatados en Efesios 4.13, es decir, la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Esos santos partieron de este mundo, es decir, murieron. Ellos serán resucitados con un cuerpo glorioso y serán arrebatados para Dios y para Su trono: "***Y ella dio a luz un hijo varón, que pastoreará con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado a Dios y a Su trono***" (Apocalipsis 12.5). Dar a luz aquí es resucitar.

El arrebatamiento de las Primicias vivas

Si nos atenemos al orden establecido por el Espíritu por medio de Pablo, primero serán resucitados los muertos y luego quienes estén vivos serán transformados y arrebatados, lo cual nos lleva a colegir que inmediatamente después de que el Hijo Varón sea dado a luz y arrebatado, las primicias vivas serán transformadas y arrebatas, igualmente al cielo, según lo descrito en Apocalipsis 14.1-5. Tanto el Hijo Varón como los que han de ser arrebatados vivos antes del comienzo de la Gran Tribulación, constituyen Las Primicias.

En este pasaje, las Primicias, que han de ser 144.000 creyentes que tienen el nombre del Padre y del Cordero escrito en sus frentes, que están junto con el Cordero en el Monte de Sion, que cantan un cántico nuevo que solamente ellos pueden aprender, que son vírgenes que no se han contaminado con mujeres, que son comprados de entre los de la tierra y de entre los hombres como Primicias para Dios y para el Cordero, que siguen al Cordero por donde quiera que va y que no tienen ninguna mentira en su boca, serán arrebatados vivos al trono de Dios, porque así lo afirma especialmente el versículo 3: "***Y cantan un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron comprados de la tierra***".

Este constituye el segundo evento del rapto, que corresponde a las Primicias y que junto con el Hijo Varón irán al cielo, al trono de Dios.

¿Por qué razón afirmamos que este arrebatamiento será antes de la Gran Tribulación? Por tres razones: l***a primera***, porque el Señor le promete al ángel de la iglesia en Filadelfia lo siguiente: "***Por cuanto has guardado la palabra de Mi perseverancia, Yo también te aguardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre toda la tierra habitada, para probar a los que moran sobre la tierra***" Apocalipsis 3.10.

La hora de prueba que vendrá sobre la tierra habitada, sin duda alguna es la Gran Tribulación, y el Señor le promete a quienes viven la realidad de Filadelfia, guardando la palabra del Señor y no negando Su nombre, que los ha de guardar de esa hora de prueba. Para guardarlos los arrebatará a Su trono, para que no tengan que pasar por esa hora crítica, como sí tendrán que pasar los demás creyentes que estén viviendo en esa época.

La segunda razón para nuestra afirmación es porque Dios estableció un orden según el cual los muertos en Cristo serán resucitados primero y luego los que vivan serán transformados y arrebatados vivos: "***Porque el Señor mismo con exclamación de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor***" 1 Tesalonicenses 4.16-17.

La tercera razón que nos da seguridad en que este orden ha sido establecido por Dios está en el hecho de que el capítulo 12 de Apocalipsis habla del Hijo Varón y el capítulo 14 habla de las Primicias. Los últimos 11 capítulos de Apocalipsis describen detalles de lo acaecido en los primeros 11 y esos hechos tienen una secuencia cronológica. Atendiendo a esto, afirmamos que primero resucita el Hijo Varón y después son transformadas y arrebatadas las Primicias vivas. Si se observa detenidamente los dos capítulos se apreciará que después de cada uno de esos eventos, se habla de la Gran Tribulación, en ambos casos.

El tercer evento de arrebatamiento será el de la mayoría de los creyentes que ocurrirá ceca del final de la Gran Tribulación. En ese rapto participarán dos grupos de creyentes: los que murieron antes de la Gran Tribulación pero que no resucitaron como el Hijo Varón, los que murieron durante la Gran Tribulación y los que estén vivos en el momento del rapto.

A ellos se refiere Pablo, cuando guiado por el Espíritu proclama: "***Por lo cual os decimos esto en virtud de la palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con exclamación de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor***" 1 Tesalonicenses 4.15-17.

El Señor aquí ha establecido un orden: primero, quienes murieron en Cristo resucitarán; luego los que están vivos en ese momento serán arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en el aire. ¿Cómo será ese evento?: "***He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transfigurados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: «Sorbida es la muerte para victoria»***" 1 Corintios 15.51-54.

Cuando suene la séptima trompeta, la cual hace parte del séptimo sello, será la venida visible del Señor, y quienes han muerto en Cristo y no resucitaron como el Hijo Varón y los santos que fueron martirizados durante la Gran Tribulación o simplemente quienes murieron en ese periodo resucitarán primero, y los hijos de Dios que estén vivos en el momento de la venida del Señor serán transformados de su cuerpo corruptible a uno incorruptible y subirán a recibir al Señor en los aires, para estar siempre con el Señor: "***el cual transfigurará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea conformado al cuerpo de la gloria Suya, según la operación de Su poder, con la cual sujeta también a Sí mismo todas las cosas***" Filipenses 3.21.

Observa que ellos subirán a los aires, no al trono de Dios como ocurre con las Primicias, con el Hijo Varón y con los dos testigos. ¿Qué harán en los aires? Allí será establecido el Tribunal de Cristo donde los hijos de Dios que no fueron las Primicias ni el Hijo Varón serán juzgados, no conforme a sus pecados sino conforme al crecimiento que hayan logrado en el Señor antes de ese juicio. En otras palabras, serán juzga-

dos para saber si alcanzaron los cuatro puntos de los que habla Efesios 4.13: "***hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo***".

Los hijos de Dios que hayan alcanzado estos cuatro aspectos serán declarados vencedores y entrarán en el reino de los cielos; éstos son los vencedores salidos de la Gran Tribulación. Algunos estudiosos de la Biblia les llaman los vencedores tardíos. Junto con el Hijo Varón y las Primicias conforman el total de los vencedores y serán quienes reinarán con el Señor en el reino de mil años, que es el reino de los cielos y las Bodas del Cordero.

Este juicio será un poco antes del final de la Gran Tribulación. ¿Por qué razón lo afirmamos? Apocalipsis 15.2-4 dice: "***Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado***".

Sobre el mar de vidrio estarán de pie aquellos santos que ganaron la victoria sobre la bestia y su imagen, sobre su marca y el número de su nombre. Esta victoria solamente puede ser ganada por quienes pasaron por la Gran Tribulación, porque solamente en ese periodo es que el anticristo se manifiesta para perseguir y matar a los hijos de Dios y para hacer que los moradores de la tierra lo adoren y sean marcados con su número.

Y es cerca del final, porque inmediatamente después de que estos santos están de pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios, cantando el cántico de Moisés y del Cordero, ocurrirá el último episodio de la Gran Tribulación que es el derramamiento de las siete plagas postreras de la ira de Dios: "***Después de estas cosas miré…y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles. Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad en la tierra las siete copas de la ira de Dios***" Apocalipsis 15.5, 8; 16.1.

Cuando sean derramadas las siete copas que contienen las siete plagas últimas del juicio

de Dios que será la Gran Tribulación, en la tierra no habrá un solo creyente. Tal vez estarán solamente los dos testigos; de los demás santos todos habrán sido arrebatados primero a los aires y luego, los que hayan sido encontrados vencedores delante del trono de Dios, sobre el mar de vidrio, aquellos que lograron ser vencedores en la Gran Tribulación. Para esa parte del juicio, el de las siete plagas postreras de la ira de Dios, en la tierra estarán solamente los incrédulos, la bestia, satanás y el falso profeta. Contra ellos el juicio será tan severo, tal como lo describe cada una de las siete plagas de las siete copas.

El cuarto evento del rapto será el arrebatamiento de los dos testigos. Durante la Gran Tribulación habrá dos testigos que desde el templo pedirán a los moradores de la tierra que no adoren a la bestia y alentarán a los hijos de Dios a que se mantengan fieles al Señor, porque su victoria no demorará mucho tiempo, y harán señales de parte de Dios tales como emitir fuego de su boca y dañar a quienes quieran hacerles daño; cerrar el cielo para que no llueva durante el tiempo de su profecía; convertir las aguas en sangre y para traer plagas que hieran la tierra cuantas veces sea necesario: "***Y daré a Mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Señor de la tierra. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera. Estos tienen potestad para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen potestad sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran. Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres estarán en la calle de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también fue crucificado el Señor de ellos. Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sus cadáveres sean puestos en sepulcro. Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra. Pero después de tres días y medio entró en ellos el aliento de vida que venía de Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y***

sus enemigos los vieron" Apocalipsis 11.3-12.

La profecía de estos dos testigos durará mil doscientos sesenta días, es decir la totalidad de la Gran Tribulación. Al final de su profecía la bestia subirá y los matará y expondrá sus cadáveres durante tres días y medio, hecho que alegrará a los moradores de la tierra y por ese motivo se mandarán regalos entre ellos; cualquier parecido con la navidad pagana celebrada por el cristianismo. Cuando se cumplan los tres días y medio, el Señor los resucitará y una voz del cielo los llamará y los hará subir al cielo. Este es el último episodio del rapto de los hijos de Dios.

Una vez que hemos logrado claridad acerca de la profecía de las setenta semanas de Daniel y específicamente la septuagésima semana y acerca del rapto de los creyentes, los hijos de Dios, podemos entrar a considerar en profundidad el tema de este capítulo que es el Juicio de las Naciones.

Para verlo leamos primero Mateo 25.31-46: "***Pero cuando el Hijo del Hombre venga en Su gloria, y todos los ángeles con El, entonces se sentará en el trono de Su gloria, y serán reunidas delante de El todas las naciones; y separará los unos de los otros, como separa el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a Su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los de Su derecha: Venid, benditos de Mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me acogisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a Mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te acogimos, o desnudo, y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a Ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que por cuanto lo hicisteis a uno de estos Mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me acogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te asistimos. Entonces les responderá diciendo: De cier-***

to os digo que por cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a Mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, mas los justos a la vida eterna".

En primer lugar, es necesario aclarar que este es un juicio distinto del juicio del Tribunal de Cristo en el que serán juzgados los creyentes para saber si han de entrar o no en el reino de los cielos.

Igualmente, este juicio es diferente del juicio del gran trono blanco que será al final del milenio antes de la venida de la Nueva Jerusalén, juicio que será para los incrédulos y será para condenación. Tampoco hace referencia al juicio por el que estamos pasando mientras vivimos en la tierra los hijos de Dios que hemos decidido seguirlo a Él por donde quiera que va y que seremos tomados para el trono de Dios, o como el Hijo Varón o como las Primicias: "***Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?***" 1 Pedro 4.17.

El juicio de las naciones será para las personas no regeneradas que están en los distintos países de la tierra y que han sobrevivido a la Gran Tribulación.

Dice el pasaje que cuando el Hijo del Hombre venga en Su gloria, y todos los ángeles con Él, entonces se sentará en el trono de Su gloria, y serán reunidas delante de Él todas las naciones. Aquí se habla de una venida visible, donde todo ojo lo verá: "***He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, aun los que le traspasaron; y todas las tribus de la tierra harán lamentación por ÉL Sí, amén***" Apocalipsis 1.7.

Esta venida del Señor es muy distinta a la primera, cuando vino en carne. En ella Él se despojó de Su gloria, nació como hombre en un hogar humilde y todo Su vivir humano fue lleno de humildad; ahora viene en plena gloria y traerá con Él Su trono.

En esta segunda venida no vendrá solo, sino todos los ángeles con Él. ¿Quiénes son Sus ángeles aquí? La expresión Sus ángeles no se refiere a ángeles que son espíritus, sino que son los vencedores.

Este juicio tendrá lugar una vez que haya terminado la Gran Tribulación y se haya determinado quiénes fueron vencedores en el juicio del Tribunal de Cristo. Aunque en esa escena habrá ángeles, el Señor se sentará en Su trono de gloria junto con los vencedores que son uno con Él, para juzgar a las naciones. El Señor aquí será el Cristo corporativo: Él mezclado y siendo uno con Sus vencedores ¡Qué privilegio, para quienes hemos de vencer,

sentarnos con el Señor en Su trono, para juzgar a los hombres!: "***Al que venza, le daré que se siente conmigo en Mi trono, como Yo también he vencido, y me he sentado con Mi Padre en Su trono***" Apocalipsis 3.21.

Para juzgar a las naciones, una vez ha venido con Sus vencedores, el Señor separará a quienes hacen parte de las naciones en dos grupos, que no tienen nada que ver con nacionalidad, raza o religión, porque nada de eso es de interés para el Señor. De los dos grupos en que los separará pondrá unos a Su derecha y los llamará ovejas y los otros la izquierda y los llamará cabritos.

¿Cuál es la base para esa separación? El comportamiento que cada uno de ellos tuvo con los santos, los hijos de Dios que pasaron por la Gran Tribulación. Dependiendo de la actitud que cada uno de los allí juzgados tuvieron con los hijos de Dios que pasaron por la Gran Tribulación, serán ovejas o serán cabritos: "***tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me acogisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a Mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te acogimos, o desnudo, y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a Ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que por cuanto lo hicisteis a uno de estos Mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis***". Esta será la respuesta a las ovejas.

De manera similar responderá a los cabritos: "***tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me acogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te asistimos. Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que por cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a Mí lo hicisteis***".

Observa que todo depende de la ayuda y la asistencia que estas personas han prodigado o dejado de suplir a uno de estos Mis hermanos más pequeños.

Cuando comience la Gran Tribulación todas las personas que vivan en la tierra serán marcadas con el número de la bestia o con su nombre, bien en la frente [al parecer los hombres] o bien en la mano derecha [al parecer las mujeres], y sin esa marca no se podrá acceder a ningún elemen-

to que permita a las personas sobrevivir, es decir, no se podrá comprar, no se podrá vender, no se podrá acceder a un trabajo, ni se podrán hacer transacciones bancarias; en otras palabras, las personas serán totalmente controladas por medio de esa marca: "***Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca, es decir, el nombre de la bestia o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de un hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis***" Apocalipsis 13.16-18.

Como es obvio, los creyentes genuinos, los hijos de Dios que vivan en esa época no permitirán que les sea impuesta la marca, entonces ellos tendrán que pasar hambre, sed y desnudez. Como por medio de la marca, el anticristo tendrá control sobre todos los hombres, perseguirá a todos los que no lo adoren, hiriéndolos, encarcelándolos y matándolos.

Algunos de quienes viven alrededor de esos Mis hermanos más pequeños, tendrán misericordia de ellos y los ayudarán con comida, ropa y los visitarán en el hospital y en la cárcel. Ellos serán las ovejas. Otros, por el contrario, serán indiferentes frente al padecimiento de los santos, y más bien colaborarán en su persecución; ellos serán los cabritos. Esta es la causa por la cual el Señor responde a cada uno de los grupos, de la manera que lo hace.

¿Cuál será la recompensa o el castigo para cada uno de ellos? A las ovejas el Señor dirá: ***Venid, benditos de Mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.*** Tendrán como herencia el reino que Dios les había preparado desde la fundación del mundo. Observa que aquí no dice desde antes de la fundación del mundo, como lo dice para los que habían sido escogidos y predestinados para ser hijos de Dios: ***"según nos escogió en El antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de El en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad***" Efesios 1.4-5.

Etas ovejas no serán regeneradas, es decir no tendrán un nuevo nacimiento como tenemos los creyentes. Ellos serán las naciones sobre las cuales reinará el Señor con los vencedores en el reino milenario que es la manifestación máxima del reino de los cielos.

¿Con qué base hacemos esta afirmación? Porque al final del milenio, satanás será soltado de

su prisión en la que había sido encadenado en el abismo y vendrá a engañar a las naciones para que suban a Jerusalén a destruirla. Si fueran regenerados, no serían engañados por el diablo, pero al no ser regeneradas, satanás puede inducirlas, en su último esfuerzo por derribar el reino de Dios: "***Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo… Cuando los mil años se cumplan, satanás será soltado de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo, que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos***" Apocalipsis 20.1-3, 7-10.

Aquellos de las naciones que al final del milenio se hagan uno con satanás subiendo a rodear el campamento de los santos y la ciudad amada serán aniquilados con fuego que Dios hará descender del cielo. Aquellos de las naciones que no suban a participar en la destrucción del campamento de los santos y de la ciudad amada serán las naciones por la eternidad y tendrán como centro de gobierno la Nueva Jerusalén en la nueva tierra y el nuevo cielo.

¿Cuál es la sentencia para los cabritos?: "***Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles".*** Su destino será el lago de fuego donde serán echados junto con el anticristo y el falso profeta. Como estos habitantes de la tierra adoraron a satanás, amaron a la bestia y siguieron al falso profeta, Dios no se tomará la molestia de separarlos, sino que los mantendrá unidos en el lago de fuego por la eternidad: ***"Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro del lago de fuego que arde con azufre***" Apocalipsis 19.20.

Es bueno recordar que con el inicio del milenio se cumple el objetivo de la profecía de las se-

tenta semanas de Daniel: "***acabar con la transgresión, para poner fin a los pecados, y para hacer expiación de la iniquidad, para introducir la justicia perdurable, y para poner sello a la visión y la profecía, y para ungir al Santo de los santos***" Daniel 9.24.

Como satanás es apresado durante mil años, el pecado será quitado de la tierra y quienes moren en ella como las naciones no pecarán, porque la fuente de la naturaleza pecaminosa que es el diablo estará fuera de combate, será aprisionado en el abismo: "***El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová***" Isaías 65.25.

El Señor hasta aquí, en Su gran misericordia nos ha mostrado un panorama suficientemente amplio en el que nos ha dado a conocer algunos aspectos del reino de Dios, el reino de los cielos y nos ha advertido sobre el reino de las tinieblas y su operación.

Con la lectura de este libro, amable lector, tienes la capacidad y la información suficiente para tomar una decisión espiritual y razonable. Aún puedes entrar en el reino de los cielos y reinar con el Señor sobre las naciones por mil años. Además, tienes la posibilidad de ser parte de las Primicias o del Hijo Varón o ser transformado durante mil años de lloro y crujir de dientes en las tinieblas de afuera. Rogamos al Señor porque seas guiado por Él y tomes la decisión más acertada.